EL HOMBRE ESPIRITUAL

3 VOLÚMENES EN 1

WATCHMAN NEE

EL HOMBRE ESPIRITUAL

(Tres tomos en Uno)

Watchman Nee

CONTENIDO

1. Introducción
2. Prefacio de la segunda edición
3. Prefacio
4. Preámbulo
5. Lista de palabras importantes

Primera sección: introducción con respecto al espíritu, el alma y el cuerpo……20

1. El espíritu, el alma y el cuerpo
2. El espíritu y el alma
3. La caída del hombre
4. El camino de la salvación

Segunda sección: la carne……..58

1. La carne y la salvación
2. El cristiano carnal
3. La cruz y el Espíritu Santo
4. La jactancia de la carne
5. La actitud que el creyente debe tener frente a la carne

Tercera sección: el alma……..101

1. Cómo ser libres del pecado y de la vida del alma
2. La experiencia del creyente anímico
3. Los peligros de la vida del alma
4. La cruz y el alma
5. El creyente espiritual y el alma

Cuarta sección: el espíritu……..154

1. El Espíritu Santo y el espíritu del creyente
2. El hombre espiritual
3. La obra espiritual
4. La oración y la guerra espiritual

Quinta sección: el análisis del espíritu: la intuición, la comunión y la conciencia…….……196

1. La intuición

2. La comunión
3. La conciencia

Sexta sección: andar según el espíritu……238

1. Los peligros de la senda espiritual
2. Las leyes del espíritu
3. El principio de que la mente ayude al espíritu
4. La condición normal del espíritu

Séptima sección: el análisis del alma (1): la parte emotiva……...279

1. El creyente y las emociones
2. El amor
3. Los deseos
4. Una vida centrada en los sentimientos
5. Una vida de fe

Octava sección: el análisis del alma (2): la mente……..324

1. La mente, un campo de batalla
2. La condición de una mente pasiva
3. Cómo ser libre
4. La ley de la mente

Novena sección: el análisis del alma (3): la voluntad…….370

1. La voluntad del creyente
2. La pasividad y sus peligros
3. Conceptos erróneos de los creyentes
4. El camino a la libertad

Décima sección: el cuerpo…….423

1. El creyente y su cuerpo
2. La enfermedad
3. Dios es la vida del cuerpo
4. La victoria sobre la muerte

INTRODUCCION

Esta obra consta de diez secciones distribuidas en tres tomos. Se comenzó a escribir a finales de 1925, y se concluyó en junio de 1927.

La siguiente explicación, dada por el autor acerca del carácter del libro, fue tomada de un anuncio que él publicó en el número 3 de la revista *El testimonio actual:*

"Esta obra da énfasis a la realidad espiritual. Por lo tanto, el contenido de cada tomo puede ser verificado por la experiencia; ninguna porción está en el ámbito de la teoría.

En la actualidad, lo que más desalienta a los creyentes que desean progresar en la senda espiritual es no encontrar la forma de hacerlo. Como resultado, buscan a tientas, su condición es inestable y se estancan en las mismas encrucijadas año tras año sin saber qué camino deben seguir. El autor de este libro se hallaba en la misma condición. Debido a eso, en este libro se recalca una dirección clara con respecto a la senda apropiada. El propósito de cada capítulo es dirigir a los creyentes en la dirección correcta. Por lo tanto, todos los que buscan a Dios con corazón sincero, podrán avanzar. Casi todos los capítulos empiezan presentando la posición del pecador y avanzan paulatinamente hacia la cumbre de la vida espiritual.

"El libro en su totalidad tiene un enfoque muy amplio, pues en él se da respuesta a los interrogantes que los creyentes tienen con respecto a la vida espiritual. Por ejemplo, se explican clara y detalladamente asuntos difíciles, tales como escuchar la voz de Dios y entenderla. Después de leer este libro, los problemas espirituales más relevantes quedarán resueltos.

"La regeneración, la salvación, la santificación, el negarse al yo, el ser llenos del Espíritu Santo y de poder, el bautismo del Espíritu Santo, la comunión, la oración, el estudio de la Biblia, la identificación con la muerte de Cristo, la carne, la vida del alma, las emociones, las experiencias sobrenaturales, los milagros, el discernimiento de las lenguas, la intuición, la conciencia, la revelación de Dios, la obra espiritual, la guerra contra Satanás, los espíritus malignos, la posesión demoníaca, el libre albedrío, la renovación de la mente, la pasividad, la consagración, los afectos, la sensación de ser ferviente o de estar frío, el cuerpo, la enfermedad, la manera de escapar de la muerte y muchos otros temas, son explicados de manera profunda y al mismo tiempo con sencillez.

"Si un creyente desea seguir el camino espiritual, debe leer este libro. Si alguien desea ayudar a otros a que vean su condición, no puede perderse este libro.

“Todo aquel que lea este libro encontrará luz incluso en temas que ordinariamente son pasados por alto. Aun un asunto tan conocido como es la regeneración, se podrá entender de una manera que antes habría sido inimaginable”.

PREFACIO DE LA SEGUNDA EDICION

Damos gracias al Señor porque desde que publicamos este libro en el otoño de 1928, creyentes de muy diversos lugares lo han estado solicitando. En un lapso breve la primera edición se nos agotó. Muchos nos han comunicado francamente la liberación que han experimentado por medio de la verdad contenida en este libro. Esto nos muestra que lo que Dios nos encomendó no ha sido en vano. Verdaderamente tenemos que agradecerle al Señor por la manera en que los hijos de Dios han recibido este libro.

Desde entonces, en estos dos años no hemos podido ofrecer este libro en su forma completa, como juego de tres tomos. Originalmente, yo no tenía la intención de que se imprimiera la segunda edición, pensando que dos mil ejemplares en circulación eran suficientes. Al mismo tiempo, me oponía a publicar apresuradamente otra edición porque quería ver el resultado de poner en práctica las verdades contenidas en este libro. Pero durante los últimos dos años se han solicitado varios centenares de ejemplares de este libro. También vimos, por muchos testimonios, que las verdades contenidas en este libro se pueden practicar, que pueden liberar al hombre y que los hijos de Dios las necesitan. Por consiguiente, no podemos posponer más la reimpresión de este libro.

Esta edición no difiere mucho de la primera en cuanto a la enseñanza y a la verdad. Sin embargo, debido a que he recibido más luz y he obtenido un nuevo conocimiento con respecto a cosas que aún no estaban claras cuando escribí la primera edición, decidí incluir en esta edición muchos cambios y adiciones. Para llevar a cabo la obra de redacción, pedí ayuda al Señor, y traté de conservar, hasta donde fue posible, la terminología utilizada usada en las Escrituras.

Estamos conscientes de que en muchos casos nuestras terminología difiere de la que se usa en la Biblia. Por ejemplo, utilizamos el término “redención” con relación a la obra completa que el Señor Jesús llevó a cabo en la cruz, pese a que el significado bíblico de la palabra “redención” se limita exclusivamente a la acción de cubrir el pecado.

Existen muchos términos que nos parecen correctos, pero que al examinarlos a la luz de la Biblia, son inexactos. Por ejemplo, hemos oído las expresiones “vencer el pecado”, “crucificar el yo”, “crucificar la vida del alma” y sabemos a lo que ellas se refieren. Pero en la Biblia no se encuentran estas expresiones. La Biblia no habla de “vencer el pecado”, sino de “ser libres del pecado”. El fin de la salvación no es que venzamos al pecado, sino que nuestro viejo hombre sea crucificado y que seamos librados del pecado y de su poder. (Cuando se usa la expresión “vencer los pecados”, se alude a la experiencia individual.) De igual manera, la Biblia no dice que debemos “morir al yo”, sino que debemos “negarnos a nosotros mismos”. “Uno no puede crucificar el yo”, pues éste es quebrantado cuando

tomamos la cruz. Esto se debe a que nuestra personalidad se halla en el yo y no puede ser crucificada. Una vez que el yo muere, nuestra persona muere. El yo es nuestra propia persona. Por lo tanto, solamente podemos negarnos al yo y tomar la cruz para ponerle fin. El significado de llevar la cruz no es morir, sino estar dispuesto a morir. De la misma manera, la Biblia no dice que debemos crucificar la vida del alma, sino que debemos perder la vida del alma, pues si nuestra vida natural fuera crucificada, nuestra vida física también terminaría.

Esto no significa que en la primera edición no estábamos conscientes de estas diferencias. Creemos que si los principios y hechos espirituales son correctos, la terminología no es tan importante. Al hacer cambios, aun en esta edición, no hemos tratado de corregir esas disparidades. Pero recientemente el Señor nos recordó que debemos ser más cuidadosos en este asunto. El nos ha mostrado cómo un término impreciso puede producir una verdad inexacta y cómo la exactitud en la terminología es importante. Por supuesto, preferimos tener la realidad espiritual que la terminología exacta. Pero cuando tenemos la realidad espiritual, también vale la pena que tengamos la terminología precisa. Además, una terminología exacta nos proporcionará más luz. Debido a esto, en muchos casos hemos cambiado la terminología. Espero que podamos hacer lo mismo en las demás publicaciones.

Quisiera que los lectores prestaran atención al efecto específico y personal que la verdad produce en nosotros. Por esta razón no he mencionado muchas verdades objetivas. Este es el carácter de este libro. Emprendí la escritura de este libro debido a que creí que había un vacío en cuanto a las verdades específicas y aplicadas. Por lo tanto, los lectores deben saber que lo dicho aquí con respecto a las diversas verdades no es completo; es sólo una exposición del aspecto aplicado de esas verdades.

Este libro circulará de nuevo para llevar a cabo la obra que Dios le designó. Sólo lamento mi limitación como escritor. Siempre se pierde algo de la verdad de Dios cuando ésta es puesta en las manos de los hombres. Lo único que puedo decir es que toda la gloria debe ser dada a Dios, y yo soy responsable por cualquier defecto. Que Dios bendiga lo que pueda bendecir.

El autor
Shanghai, 30 de mayo de 1932.

PREFACIO

Doy gracias con todo mi corazón al Señor, a quien sirvo, por darme el privilegio de escribir este libro. Tenía la esperanza de que un mejor escritor se responsabilizara de ello, pero al Señor le agradó encomendarme esta tarea. Si dependiera de mí, yo sería el último que escribiría esta obra. Mi renuencia no se debe a la timidez, sino a que pienso que escribir un libro acerca del progreso espiritual y la estrategia para la guerra espiritual no es una tarea fácil para alguien que ha sido creyente por menos de diez años. Entre los creyentes que procuran ser espirituales existe siempre el peligro de ser excesivamente limitados con respecto a su propia experiencia espiritual. Esto no es saludable, porque la autoevaluación y el autoanálisis, son una forma de cultivar la vida del yo y hace que la mente de las personas se llene de pensamientos vanos. En la Biblia no se insta a que los creyentes relaten sus experiencias; esto es algo que necesita la dirección del Espíritu Santo. En el caso de experiencias que son tan maravillosas y tan profundas como ser arrebatado "al tercer cielo", es mejor esperar "catorce años" antes de divulgarlas. Es muy importante que prestemos atención a las experiencias, pero una mente que está llena de experiencias, hace más difícil que la persona renuncie a la vida de su yo. No tengo experiencias del "tercer cielo" ni he recibido grandes revelaciones; sólo he recibido del Señor gracia para aprender, y eso de manera incompleta, a seguirle en las cosas pequeñas de la vida diaria. En este libro únicamente he tratado de transmitir a los hijos de Dios lo que yo recibí de parte del Señor en estos pocos años.

Consideré necesario escribir este libro hace unos cuatro años. En ese entonces, debido a mi debilidad física, reposaba en una pequeña casa al lado de un lago, estudiando la Palabra y orando. Vi la necesidad de que los hijos de Dios tuvieran un libro basado en la enseñanza de las Escrituras y la experiencia espiritual, que hiciera un análisis claro de la vida espiritual y que permitiera que el Espíritu Santo guiara y dirigiera a los santos para que no tuvieran que buscar a tientas. Para entonces, comprendí que el Señor me había encomendado esta tarea. Así que, empecé a escribir el capítulo que trata de la diferencia entre el espíritu, el alma y el cuerpo, luego el capítulo acerca de la carne, y medio capítulo acerca de la vida del alma. Por varias razones, me detuve por un tiempo. Una de ellas fue el hecho de que se me pidió hacer otras cosas. Esta razón no habría sido suficiente para detenerme, porque si hubiera querido, habría encontrado el tiempo para escribir. El motivo principal por el que no seguí escribiendo fue que en aquel entonces, las verdades que el Señor me había dicho que debía escribir, no habían sido confirmadas completamente en mi experiencia. Si hubiera escrito el libro en tal condición, su valor y su poder habrían disminuido. Quería aprender más y confirmar en mi experiencia estas verdades, para que lo que escribiera no fuera sólo teoría, sino hechos espirituales. Esto detuvo la obra por tres años.

Puedo decir que durante ese período, todos los días tuve en mi mente la escritura de este libro. Ante los hombres, la publicación de este libro se había retrasado, pero en lo más recóndito de mi ser, yo entendía claramente que estaba bajo la mano del Señor. Durante los últimos años, las verdades contenidas en este libro, particularmente las del tomo tres, han liberado a muchos de la autoridad de las tinieblas, lo cual demuestra que hemos visto la realidad espiritual. El Señor ha derramado Su gracia en mí de una forma especial, para mostrarme la meta de la redención y la forma de distinguir entre la nueva creación y la vieja creación. Tengo que darle las gracias por ello. El Señor me ha permitido viajar más durante los últimos años y me ha dado la oportunidad de conocer, en diversos lugares, a muchos de Sus hijos. Esto, por supuesto, enriqueció mis observaciones, conocimiento y experiencia. Al relacionarme con otros, el Señor me mostró la escasez que existe entre Sus hijos y el camino de salvación revelado en la Biblia. Puedo decir a mis lectores que aun cuando este libro es un libro que examina la vida espiritual, todos los puntos contenidos en él pueden ser comprobados en la experiencia.

Recientemente, debido a la enfermedad que tuve, comprendí, por un lado, la realidad de la eternidad y, por otro, mi deuda para con la iglesia de Dios. Por lo tanto, deseé terminar este libro a la mayor brevedad posible. Le doy gracias a Dios el Padre y también a algunos pocos de mis amigos en el Señor, quienes me prepararon un lugar tranquilo debido a la debilidad de mi cuerpo. Esto me permitió terminar en pocos meses las primeras cuatro secciones. Aunque aun no he iniciado las secciones restantes, Dios el Padre siempre está presto a darme gracia cuando la necesito. Ahora que este libro está a punto de publicarse, quisiera ser franco en cuanto a algunos aspectos: no fue fácil aprender las verdades de este libro, y fue aún más difícil escribir acerca de ellas. Durante esos dos meses, puedo decir que estuve en las garras de Satanás. ¡Cuánto conflicto hubo! ¡Cuánta oposición! Todas la fuerzas del espíritu, el alma y el cuerpo se enfrentaron contra el Hades. Por lo pronto, tal batalla ha cesado. Sin embargo, las secciones restantes, no se han concluido. Espero que aquellos que apoyaron a Moisés en el monte, no se olviden de José, quien pelea en el valle. Sé que el enemigo aborrece profundamente este libro y que tratará de hacer lo que esté a su alcance por estorbarlo e impedir que llegue a la gente. Y aun cuando se publique, impedirá que la gente lo lea. Que el enemigo no prevalezca en este asunto.

Debido a lo voluminoso del libro, lo dividí en tres tomos. Algunas partes del libro dan énfasis a la vida espiritual, y otras, a la batalla espiritual. Las partes que hablan de la batalla espiritual, también aluden a la vida espiritual, y viceversa. La diferencia básica entre las diversas partes es el énfasis. Ya que el propósito de este libro es *guiar a los que no tienen un rumbo definido,* se presta más atención a los pasos mismos del camino que a exhortaciones a tomarlo. Esta obra no es una exhortación a ir en pos de verdades espirituales, sino que se dirige a quienes desean seguir dichas verdades, pero no han encontrado la manera de hacerlo; se dirige a quienes tienen el deseo de encontrar la guía apropiada. Este libro no se escribe como un sermón ni como un análisis retórico. Existen variaciones en el grado de profundidad, a lo cual el lector debe poner atención.

Tengo la plena certeza de que las condiciones espirituales de los lectores son diferentes. Los grados de vida espiritual mencionados en el libro también varían completamente de una sección del libro a otra. Por lo tanto, si el lector se encuentra con pasajes que no entiende, no debe rechazarlos ni tratar de investigarlos con su mente, pues se trata de

verdades dirigidas a los que tienen más madurez. Si lee de nuevo esos pasajes más adelante, quizás en quince días o un mes, descubrirá que entiende más. En síntesis, este libro habla de la vida y de la experiencia espiritual, y no se puede entender simplemente usando un método. Lo que uno considera común o trivial, al final puede resultar lo más valioso. El crecimiento espiritual que una persona haya alcanzado determinará el grado de comprensión que tendrá de este libro. ¿Significa esto que una persona puede entender cierto aspecto sólo cuando ha llegado a ese punto en su experiencia? No, pues si ése fuera el caso, no habría necesidad de que se escribiera este libro. Hay un misterio en la experiencia espiritual del creyente: cuando el Señor desea conducir al creyente a una vida espiritual profunda, le muestra algo de los principios básicos de ese nivel de vida espiritual antes de introducirlo en ella. Muchos creyentes que experimentan cierto grado de espiritualidad, piensan que ya llegaron a ese nivel, sin darse cuenta de que eso es solamente el principio de la obra que el Señor usa para guiarlos a lo correspondiente a dicho nivel. Por lo tanto, cuando el creyente alcanza cierta espiritualidad, mas sin entrar plenamente en ese nivel, puede beneficiarse de las enseñanzas contenidas en este libro.

Al leer una obra como ésta tengamos presente que no debemos tomar el conocimiento adquirido, como una herramienta para hacernos un autoanálisis. Si nos vemos a la luz de Dios, nos conoceremos a nosotros mismos, y a la vez, continuaremos abiertos en el Señor. Pero si nos analizamos continuamente, nos encerraremos en nuestros propios pensamientos y sentimientos. La autoevaluación nos impedirá perder nuestro yo en Cristo. Un creyente no sabe nada, a menos que el Señor le haya enseñado en lo profundo de su ser. El autoanálisis y el conocimiento propio son peligrosos para la vida espiritual.

Recordemos que en el camino de salvación la meta de Dios es liberarnos por medio de la vida nueva que nos dio cuando fuimos regenerados y librados (1) del pecado, (2) de lo natural (nuestra naturaleza) y (3) de lo sobrenatural (y sus aspectos pecaminosos). Los tres pasos de liberación son indispensables. Si el creyente limita el camino de la salvación y se conforma solamente con la victoria sobre el pecado, pierde de vista la voluntad de Dios. La naturaleza buena también debe ser vencida, así como las cosas sobrenaturales del enemigo. Es necesario vencer el pecado, pero a menos que uno también venza la estrechez de su ser natural y la maldad sobrenatural, no es perfecto. Tal victoria sólo proviene de la cruz. Por la gracia de Dios, espero poner más atención a estos puntos y presentarlos con claridad.

Con excepción de la sección del tomo tres que trata del cuerpo, este libro podría considerarse psicología bíblica. Lo tratado en él se basan en las Escrituras y lo podemos corroborar en nuestra experiencia espiritual. El resultado de nuestro estudio es que en cada experiencia espiritual, como por ejemplo, la regeneración, hay cambios específicos en nuestro hombre interior. Después de estudiar este tema, veremos que la Biblia divide al hombre en tres partes: el espíritu, el alma y el cuerpo. Más adelante estudiaremos la función de estas tres partes, especialmente las funciones del espíritu y el alma. También veremos lo que constituye cada parte y en qué difiere de las otras.

Es necesario hacer una aclaración para proporcionar una mejor comprensión de la primera sección del tomo uno. Es indispensable que los creyentes espirituales que buscan más del Señor conozcan la diferencia que hay entre el espíritu y el alma y entre sus respectivas funciones. El creyente puede andar según el espíritu sólo después de entender lo que es el

espíritu y lo que es ser espiritual. En la actualidad esto no se conoce en China, debido a lo cual tratamos el tema detenidamente en la primera sección. Los creyentes que tienen suficiente conocimiento no encontrarán dificultad en dicha sección. Pero quienes no están familiarizados con esta clase de distinción, sólo deben prestar atención a la conclusión, por lo pronto, y deben pasar a la segunda sección. La primera sección no trata de la vida espiritual, sino del conocimiento necesario para la vida espiritual. Se tendrá una mejor comprensión si primero se termina el libro y luego regresa a esa sección.

También es necesario dar una explicación con respecto a la traducción de las Escrituras usadas en este libro. Le doy gracias a Dios por darnos una buena traducción en chino. En muchos pasajes es mejor que algunas de las versiones inglesas, pero en otros, debido a la gramática del chino, la traducción tiende a alejarse del significado original. Debido a esto, es obvio que hay cierta limitación cuando estudiamos la vida espiritual. Donde esto ocurre, he tenido que ofrecer mi propia traducción. No nos preocupamos mucho por el estilo, pues nuestra meta es comunicar el significado espiritual de la palabra.

La enseñanza de la diferencia entre el alma y el espíritu no proviene de mí. Andrew Murray dijo que tanto la iglesia como los individuos deben temer a la actividad desordenada de la mente y de la voluntad del alma más que a cualquier otra cosa. F. B. Meyer añade que a menos que uno sepa diferenciar entre el alma y el espíritu, no se puede ni imaginar lo que es la vida espiritual. También Otto Stockmayer, Jessie Penn-Lewis, Evan Roberts y la señora Guyón han dado testimonios similares. Ya que hemos recibido la misma comisión que ellos, tengo la libertad de citar sus escritos. Debido a que son tantos los pasajes en los que aludo a ellos, no hice una lista específica del origen de la cita.

Este libro no está dirigido exclusivamente a los creyentes en general, sino también a quienes están en la obra del Señor y son más jóvenes que yo. Los que tienen la responsabilidad de guiar a otros en la búsqueda espiritual, deben comprender que estamos guiando a algunos a salir y a otros a entrar. Debemos saber de dónde venimos y hacia dónde nos dirigimos. ¿Quiere el Señor que solamente ayudemos a algunos, por un lado, a no pecar y, por otro, a ser fieles? ¿O hay algo más profundo que esto? Para mí, la Biblia es muy clara con respecto a este punto. La meta de Dios es guiar a Sus hijos a salir por completo de la antigua creación e introducirlos en la nueva creación. No importa cuán buena parezca a los hombres la antigua creación, a los ojos de Dios está condenada. Si los obreros cristianos sabemos lo que debemos derribar y lo que debemos edificar, guiaremos a los demás por el debido rumbo.

La vida espiritual comienza con la regeneración, que consiste en recibir la misma vida de Dios. Es inútil gastar energía exhortando, persuadiendo, debatiendo, explicando e investigando para terminar sólo con un entendimiento mental, algunas decisiones y algo de actividad emocional, sin que se haya logrado que la persona reciba la vida de Dios en su espíritu. Espero que todos los que tienen la misma responsabilidad que yo de predicar la Palabra de Dios, se den cuenta de que nada es provechoso a menos que el hombre reciba la vida de Dios en lo más profundo de su ser. Qué gran viraje dará nuestra labor si estamos conscientes de esto. Comprenderemos que muchos que dicen haber creído en el Señor Jesús, realmente no han creído. Muchas lágrimas y muestras de arrepentimiento, buena

conducta, celo y labor no son lo que caracteriza al creyente. Si conocemos nuestra responsabilidad, estaremos satisfechos cuando otros reciben la vida preeminente de Dios.

Debido a la limitación del espacio y del tema en sí, muchas doctrinas básicas son mencionadas brevemente. Si el Señor retrasa Su venida y si me permite permanecer sobre la tierra, espero más adelante presentar estas doctrinas en otra obra. Cuando recuerdo cómo el enemigo trató de impedir que aprendiera las verdades contenidas en este libro, especialmente las que constan en el tomo tres, estoy consciente de que aun si el creyente obtiene un ejemplar de este libro, Satanás impedirá que lo lea; y aun si lo lee, hará que lo olvide. Por lo tanto, advierto a los lectores que deben pedir a Dios que destruya la obra de Satanás para que no les estorbe la lectura de este libro. Espero que mientras lean, oren y conviertan en oración lo que leen. También pedimos que Dios les dé el yelmo de la salvación. De no ser así, olvidarán lo que hayan leído o su mente se llenará de un sinfín de teorías.

Quisiera dirigir unas palabras a los hermanos que ya adquirieron las verdades de este libro: si Dios les dio la gracia y los libró de la carne y del poder de las tinieblas, deben predicar estas verdades. Por lo tanto, después de familiarizarse con este libro y de recibir las verdades que contiene, deben usarlo como texto y reunir a unos cuantos creyentes y enseñárselas. Si la obra completa es demasiado extensa, deben, por lo menos, enseñarles una o dos secciones. No permitan que las verdades contenidas aquí permanezcan ocultas. También es provechoso prestar este libro para que otros lo lean.

Deposito esta humilde obra en la mano del Señor. Si a El le place, ruego que la bendiga para que mis hermanos y hermanas crezcan en la vida espiritual y venzan en la lucha espiritual. Que se haga la voluntad de Dios, que la voluntad del enemigo sea destruida y que el Señor Jesús venga pronto a reinar. Amén.

El autor
Shanghai, 4 de junio de 1927

PREAMBULO

Me regocijo por haber concluido la última sección de esta obra. Cuando escribí el prefacio, sólo había terminado las primeras cuatro secciones. Mientras escribía las últimas cuatro, descubrí que tenía mucho más que decirles a los lectores. Esta es la razón por la que escribo este preámbulo.

Comencé a escribir este libro hace dieciséis meses, durante los cuales he tenido una carga constante. El enemigo no está contento cuando ve que la verdad de Dios es predicada de este modo, y envió ataques desde todos los ángulos. Me parecía que era más de lo que yo podía soportar. Pero gracias al Señor que Su gracia me sostuvo hasta el día de hoy. Muchas veces pensé que no era posible seguir adelante; pues la presión en el espíritu era enorme y mi cuerpo estaba muy débil. Era como si hubiera perdido la esperanza de conservar la vida. Pero el Dios a quien sirvo y a quien pertenezco me fortaleció conforme a Su promesa y en respuesta a las oraciones de muchos. Por fin todo pasó, y he descargado el peso que tenía sobre mí. ¡Qué gran consuelo!

Ofrezco este libro a nuestro Dios con mis dos manos. Oro pidiendo que como El concluyó lo que comenzó, asimismo bendiga este libro para que Su iglesia cumpla lo que El le encomendó. Pido al Señor que bendiga a cada lector, a fin de que encuentre la senda apropiada y aprenda a seguir al Señor hasta la perfección. Mi espíritu y mi oración acompañan a este libro. Que Dios lo use según Su voluntad excelente.

Hermanos, en términos humanos un escritor no debe entusiasmarse mucho con su propio trabajo. Pero eso no me preocupa, pues no destaco este libro simplemente porque yo lo escribí. Nuestro objetivo es proclamar la verdad. Si este libro hubiese sido escrito por otra persona, tendría más libertad para recomendarlo. Por lo tanto, les pido que me perdonen, pero me veo obligado a hacerlo. Sólo sé que la verdad contenida en este libro es importante y es por esta razón que no puedo evitar recomendarlo, a pesar de que yo lo escribí. Hasta donde entiendo la voluntad de Dios, me doy cuenta de que la verdad aquí comunicada es muy necesaria en esta era. Puedo estar equivocado, pero puedo asegurar que yo no inicié la escritura de esta obra; recibí una comisión específica del Señor para emprenderla. Además, las verdades de este libro no son mías sino de El. Aun mientras escribí este libro, El me dio muchas bendiciones nuevas.

Quisiera que mis lectores entendieran claramente que este libro no trata de teorías sobre la vida y la lucha espiritual. Yo mismo puedo testificar que las verdades contenidas en este libro las aprendí pasando por muchos sufrimientos, pruebas y fracasos. Casi todas las

enseñanzas fueron marcadas por el fuego. Las palabras no fueron escritas a la ligera, sino que se originaron en la parte más profunda de mi ser. Dios sabe de dónde proceden.

Los que lean este libro notarán de inmediato que su estilo es diferente al de otras obras. Además, hay muchos términos especializados difíciles de comprender. Permítanme aclarar algunos puntos. Quien no ha escrito un libro como éste, no comprenderá en realidad, cuántas dificultades presenta. Cuando toma la pluma para comenzar, le sobrevienen todo tipo de problemas. Tuve que inventar varios términos, pues de lo contrario, no habría podido expresar muchas verdades. Espero que los lectores presten especial atención a los términos espirituales apropiados. Una vez que éstos sean usados más ampliamente, dejarán de sonar extraños. Le agradezco al Señor porque durante los últimos años, muchos términos espirituales han llegado a ser comunes entre los creyentes chinos y ya se entienden sin mucha explicación. Espero que los lectores no encuentren dificultad con la terminología.

No traté de agrupar verdades afines en la misma sección, ya que solamente podía mencionar las diferentes verdades a medida que avanzaba. Aunque algunas verdades son similares a otras, tuve que posponerlas para una discusión posterior. Muchas veces, debido a la importancia de algunos temas, los menciono reiteradas veces, con la esperanza de que los hijos de Dios reciban una profunda impresión de los mismos. Creo sinceramente que los creyentes de hoy olvidan fácilmente. Por esta razón, me veo obligado a repetir los temas en el momento oportuno para que no los pierdan de vista. Muchos reciben una verdad sólo después de varios recordatorios. "La palabra, pues, de Jehová les será mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá" (Is. 28:13).

También me doy cuenta de que en muchas ocasiones este libro parece contradecirse. Cuando los lectores lleguen a esos pasajes, deben darse cuenta de que en realidad, ése no es el caso; pues la contradicción es sólo aparente. Ya que este libro trata de la esfera espiritual, muchas teorías parecen incongruentes (2 Co. 4:8-9); pero, *en la experiencia,* se complementan. Reconozco que en muchas ocasiones parecen incomprensibles, pero mi ruego es que hagan lo posible por entender y traten de no interpretar mal. Si alguien procura intencionalmente entender mal, puede encontrar en este libro cosas que yo jamás dije.

Creo sinceramente que sólo una clase de persona puede entender este libro. Mi intención original al escribirlo, fue suplir la necesidad de muchos creyentes. Por lo tanto, sólo lo comprenderán los creyentes que reconocen su necesidad. Para ellos este libro será una guía. Si algún lector no está necesitado, catalogará el libro como teórico o lo criticará. La medida de necesidad del lector determinará hasta dónde entenderá el libro. Si el lector no tiene ninguna necesidad en su experiencia, este libro no le resolverá nada y sólo servirá como objeto de crítica. Por lo tanto, el lector debe prestar atención a esto.

Cuanto más profunda es una verdad, más fácil es que se convierta en teoría, ya que cuanto más profunda es, más difícil es tener acceso a ella sin la operación del Espíritu Santo. Cuando la persona no comprende una verdad, la clasifica como teoría. Así que, cuando leemos un libro como éste, debemos cuidarnos de recibir su contenido sólo en la mente,

pensando que eso es suficiente, ya que en realidad, eso es muy peligroso. En dado caso, la carne y el espíritu maligno nos engañarán.

El lector tampoco debe tomar el conocimiento adquirido en este libro como un arma para criticar a otros. Es fácil clasificar a una persona como anímica y a otra como carnal; lo difícil es reconocer si nosotros mismos estamos en esa condición. La función de la verdad es liberar al hombre, y no debe usarse para criticar. Temo que algunos que tienen la tendencia natural a presumir, no cambien después de recibir las verdades contenidas en este libro, sino que las utilicen para criticar a sus hermanos y hermanas. La intención no es juzgar a los hombres sino guiarlos por la senda correcta. Si criticamos a otros, queda en evidencia que nosotros mismos no estamos en mejor condición que ellos, e inclusive, somos un poco más carnales. Este es el peor daño, y debemos guardarnos de caer en él.

En el prefacio mencioné algo que quisiera repetir dada su extrema importancia. Quisiera reiterar que nunca debemos analizarnos a nosotros mismos. Después de leer un libro de esta naturaleza, es fácil hacernos una autoevaluación sin darnos cuenta. Cuando prestamos atención a la vida interior, tendemos a caer en un análisis excesivo de nuestros propios pensamientos y sentimientos y de las actividades de nuestro hombre interior. De esta manera, podemos avanzar externamente, pero en realidad, será más difícil rechazar la vida del yo. Si nos encerramos en nosotros mismos, perderemos la paz. Cuando esperamos que la santidad nos llene, y vemos que nuestra condición no concuerda con nuestro ideal, naturalmente nos sentimos mal. Dios no tiene la intención de que nos encerremos en nuestra introversión, pues ésta produce letargo espiritual. Obtenemos descanso sólo cuando nos volvemos al Señor y dejamos de mirarnos a nosotros mismos. En la medida en que nos volvamos al Señor recibiremos liberación. Descansamos en los logros de la obra del Señor Jesús y no en nuestra experiencia fugaz. La verdadera vida espiritual no gira en torno al análisis continuo de nuestros sentimientos y pensamientos, sino a la contemplación del Salvador.

El lector no debe engañarse pensando que todas las cosas sobrenaturales deben ser rechazadas. Mi único propósito es ayudarle para que pueda determinar si tales cosas provienen de Dios. Creo firmemente que muchas cosas sobrenaturales son de Dios, pues he visto muchas de ellas. Sin embargo, también tengo que admitir que hay muchas cosas sobrenaturales que afirman falsamente ser de Dios. No tengo la más mínima intención de que el hombre rechace todo lo que sea sobrenatural; sólo quiero que tenga presente el principio de las diferencias básicas que hay entre estas dos cosas y sus manifestaciones. Cuando un creyente se enfrenta con cosas sobrenaturales, antes de aceptarlas o rechazarlas, debe ponerlas a prueba cuidadosamente según los principios revelados en las Escrituras.

Con respecto al alma, creo que muchos creyentes oscilan entre un extremo y otro. Por lo general pensamos que una persona anímica, es decir, una persona que vive centrada en su alma, es muy emotiva, y pensamos que ser anímico es ser sentimental. Debido a esto clasificamos como anímicos a aquellos que son sensibles y que se emocionan fácilmente. Muchas personas piensan que la vida intelectual es la vida espiritual. Pero no olvidemos que una persona intelectual no necesariamente es espiritual.

No debemos permitir que la actividad del alma cese por completo. Es muy fácil irnos o a un extremo. Puede ser que algunas veces hayamos catalogado la emoción y el entusiasmo como algo bueno y hayamos actuado de acuerdo a ello. Cuando descubrimos que aquello procedía del alma, empezamos a suprimir y a reprimir dichas actividades. Aunque esto parece correcto, no nos hace espirituales. Creo firmemente, que si los lectores no comprenden bien esto, morirán espiritualmente, ya que su espíritu estará encarcelado en un alma insensible e inerte sin poder expresarse. Si el entusiasmo de una persona expresa el sentimiento del espíritu, tiene gran valor. En síntesis, si el creyente reprime demasiado sus emociones, sólo llegará a ser una persona encerrada en su mente, no una persona espiritual.

En cuanto a la última sección quisiera añadir algo. Quizás yo no sea el más apropiado para escribir esto, debido a la debilidad de mi cuerpo. Sin embargo, precisamente debido a esta enfermedad y a que mis sufrimientos son mayores que los de otros, puedo escribir al respecto detalladamente. Muchas veces no me atrevía a escribir, pero gracias al Señor que finalmente lo hice. Espero que las personas cuyas experiencias con su tabernáculo terrenal sean similares a las mías, acepten lo que he escrito y lo reciban como una luz de un hermano que ha visto luz en medio de las tinieblas. Por supuesto, los creyentes de hoy contienden mucho acerca de la sanidad divina. Un libro como éste, donde se enseñan *principios*, no debe ser utilizado en ningún debate con hermanos y hermanas con respecto a *detalles.* Expresé lo que quise decir. Mi petición, ahora, es que en nuestra enfermedad debemos hacer una diferencia entre lo que viene de nosotros mismos y lo que viene de Dios. No quisiera añadir más.

Confieso que este libro tiene muchas deficiencias. Sin embargo, laboré hasta donde pude. Les ofrezco la mejor labor que pude realizar. Reconozco cuán serias son las repercusiones de publicar este libro. Debido a ello, con temor y temblor, oro pidiéndole a Dios que nos conduzca a la experiencia. Ahora que este libro se ha culminado, lo encomiendo a la conciencia de los hijos de Dios, y lo pongo en sus manos para que lo disciernan y lo juzguen.

Sé que un libro que pone en evidencia las tácticas del enemigo, sin duda provocará la ira de las potestades de las tinieblas, lo cual suscitará mucha oposición. Aun así, mi intención al escribir este libro no es agradar a los hombres. Por lo tanto, ninguna de esas cosas me afectan. También estoy consciente de que algunos del remanente de Dios recibirán ayuda de este libro y me estimarán más de lo debido. A estos quisiera decirles que no soy más que hombre y, además, bastante débil. Las enseñanzas de este libro pueden dar testimonio de la debilidad que experimento.

Ahora este libro está a disposición de los lectores, por la gracia de Dios. Si usted tiene el ánimo y la paciencia para avanzar después de leer la primera sección, es posible que Dios lo bendiga con la verdad contenida allí. Si lee todo el libro, le aconsejo, que más adelante lo lea una segunda vez. Queridos amigos, mientras leemos estas líneas, levantemos los ojos a nuestro Padre y acerquémonos nuevamente a El en fe recostándonos en Su regazo, y recibamos Su vida una vez más. Que podamos confesar de nuevo que no somos nada y que en El habita toda la plenitud. Nosotros no tenemos nada, ya que El lo posee todo. A menos que El nos dé y que Su gracia nos llene, seguiremos siendo pecadores sin esperanza. Alabémosle con un corazón agradecido, por la gracia que el Señor Jesús nos ha otorgado.

Oh Padre santo, he aquí lo que me has confiado. Si lo aceptas, bendícelo. Pero preserva a Tus hijos en este tiempo final y líbralos de la carne corrupta y de los perversos espíritus malignos. Padre, edifica el Cuerpo de Tu Hijo; destruye al enemigo de Tu Hijo; ¡apresura la venida de Su reino! Padre Dios, ¡Confío en Ti! ¡Te anhelo! ¡Confío en Ti!

El autor
Shanghai, 25 de junio de 1928.

LISTA DE PALABRAS IMPORTANTES EN CUANTO A EL ESPIRITU, EL ALMA Y EL CUERPO

El espíritu y el alma, a los cuales alude este libro, y sus respectivas funciones, son temas importantes. Lo que hemos abarcado es un bosquejo al respecto; sin embargo, hay muchas áreas que no hemos mencionado. Debido a que hay muchas palabras importantes que no se tradujeron del griego de una manera uniforme en las diferentes versiones de la Biblia, y estamos conscientes de que en muchos casos es difícil, llega a ser imposible entender para los que, aunque desconozcan el idioma original, desean escudriñar el tema con detenimiento. Para complacer a estos hermanos, hemos preparado una lista de palabras con el fin de mostrar las diferentes traducciones que la Biblia ofrece de cada expresión griega.

EL ESPIRITU

La palabra "espíritu" es *ruaj* en hebreo, el idioma en que se escribió el Antiguo Testamento, y *pneuma* en griego, el idioma del Nuevo Testamento. Estas dos palabras se usan unas setecientas veces, la mitad de las cuales se refiere al Espíritu Santo y a los espíritus malignos. Cerca de cien veces, especialmente en el Antiguo Testamento, la palabra se usa refiriéndose al viento. Sólo unas cuantas veces *ruaj* se traduce "lados o hileras" (1 Cr. 9:24 Jer. 52:23; Ez. 42:16-20). Las demás veces se refiere a la parte más importante del hombre, el espíritu.

EL ALMA

La palabra "alma" es la palabra hebrea *nephesh* en el Antiguo Testamento y la palabra griega *psique* en el Nuevo. Estas dos palabras se usan cerca de ochocientas veces en el Antiguo y el Nuevo Testamento.

LA CARNE

La palabra "carne" es *basar* en hebreo, en el Antiguo Testamento, y *sarx* en griego, en el Nuevo Testamento. Dicho término se usa cerca de cuatrocientas veces.

EL CORAZON

La palabra "corazón" en hebreo es *leb*, en el Antiguo Testamento, y *kardia* en el Nuevo, y se usa unas setecientas veces.

NOUS

La palabra “mente” en griego es *nous*, y se usa más de veinte veces en el Nuevo Testamento.

LA MENTE

Hay algunas palabras en el idioma original que se refieren a la mente, al intelecto y a los pensamientos. No podemos enumerarlos todos aquí. Sin embargo, cuando el lector encuentre una palabra que no debe traducirse espíritu ni alma ni corazón, y tampoco es *nous*, lo más probable es que se trate de la mente.

PRIMERA SECCION INTRODUCCION CON RESPECTO AL ESPIRITU, EL ALMA Y EL CUERPO

CAPITULO UNO

EL ESPIRITU, EL ALMA Y EL CUERPO

En la actualidad la mayoría de la gente piensa que el hombre consta sólo de dos partes: el alma y el cuerpo, donde el alma es la parte psicológica e invisible que se encuentra dentro del hombre, y el cuerpo es la parte externa y visible. Este concepto, aunque tenga algo de base, es bastante pobre e inexacto. Aparte de la revelación que Dios da, ninguna idea que provenga de este mundo es confiable. Es cierto que el cuerpo es el cascarón del hombre. Pero el alma y el espíritu nunca se confunden en la Biblia. Además de ser términos diferentes, el alma y el espíritu son realmente dos substancias diferentes. La Palabra de Dios no divide al hombre en dos partes, sino en tres partes: el espíritu, el alma y el cuerpo. En 1 Tesalonicenses 5:23 dice: "Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y vuestro espíritu y vuestra alma y vuestro cuerpo sean guardados perfectos". Este versículo claramente divide a la persona en tres partes: el espíritu, el alma y el cuerpo. El apóstol afirma que el ser de los creyentes ha de ser santificado "por completo". ¿A qué se refería con esto? Dijo que el espíritu, el alma y el cuerpo deben ser preservados. Está claro, entonces, que una persona *completa* tiene espíritu, alma y cuerpo. Este versículo también presenta una clara distinción entre el espíritu y el alma. De no ser así, no diría "vuestro espíritu *y* vuestra alma". Puesto que Dios dijo esto, podemos ver que existe una diferencia entre el espíritu y el alma del hombre, por lo cual podemos concluir que el hombre está compuesto de tres partes: espíritu, alma y cuerpo.

¿Por qué es importante distinguir entre el espíritu y el alma? Porque conocer esta diferencia determina en gran manera la vida espiritual del creyente. Si los creyentes no saben hasta dónde llega su espíritu, ¿cómo podrán entender la vida espiritual? Y si no entienden la vida espiritual, ¿cómo van a crecer en ella? No crecen debido a que descuidan o desconocen la diferencia que hay entre el espíritu y el alma. Y muchas veces creen que algo del alma es espiritual; viven constantemente centrados en su alma, y no buscan las cosas espirituales. Si mezclamos lo que Dios separó, inevitablemente sufriremos pérdida.

El conocimiento espiritual se relaciona estrechamente con la vida espiritual. Sin embargo, es crítico que el creyente esté dispuesto a recibir la enseñanza del Espíritu Santo. En tal caso, el Espíritu Santo hará una separación entre el alma y el espíritu en la experiencia del creyente, aunque éste ni siquiera conozca dicha verdad. Un creyente con poco conocimiento sobre la diferencia entre el alma y el espíritu puede experimentar dicha diferencia. Por otro lado, un creyente que conozca esta verdad puede estar muy

familiarizado con ella sin experimentarla en absoluto. Lo óptimo, obviamente, es tener tanto el conocimiento como la experiencia. A muchos creyentes les falta la experiencia, por lo cual es bueno permitir que conozcan las diferentes funciones del alma y del espíritu, ya que así buscarán las cosas espirituales.

No sólo en 1 Tesalonicenses se presenta al hombre como una entidad que consta de tres partes; otros pasajes de las Escrituras hacen lo mismo. Hebreos 4:12 dice: "Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón". El apóstol divide los elementos intangibles del hombre en dos partes, el alma y el espíritu, y alude a su cuerpo al hablar de las coyunturas y los tuétanos, que corresponden a la mente y la voluntad respectivamente. Así como un sacerdote dividía el sacrificio y abría las partes con un cuchillo para que nada quedara escondido, así el Señor Jesús por medio de la palabra de Dios divide a aquellos que le pertenecen; El penetra y divide cada parte, ya sea la parte espiritual, la parte anímica o la física. Ya que el alma y el espíritu pueden dividirse, obviamente no deben ser la misma cosa. Por lo tanto, este pasaje también asevera que el hombre está compuesto de tres elementos: el espíritu, el alma y el cuerpo.

Debido a que muchas versiones de la Biblia que comúnmente usamos no hacen una diferenciación estricta de las palabras "espíritu" y "alma", a los lectores les es difícil determinar dicha diferencia sólo basándose en las Escrituras. Al traducir la Biblia, debemos mantener la diferencia de estos vocablos. Cuando el hombre común traduce libros, inventa términos nuevos. ¿Por qué no hacer lo mismo en la traducción del libro de más amplia circulación? Ya que Dios utilizó dos términos diferentes para el espíritu y el alma, nosotros no debemos confundirlos.

LA CREACION DEL HOMBRE

Génesis 2:7 dice: "Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser [un alma] viviente". Primero Dios creó la figura de un hombre con el polvo de la tierra, y luego sopló en su nariz "aliento de vida". Cuando el aliento de vida entró en contacto con el cuerpo del hombre, se produjo el alma. El alma es el resultado de la unión del cuerpo del hombre y su espíritu. Por eso es que la Biblia llama al hombre "un alma viviente". El "aliento de vida" es el espíritu del hombre y sustenta su vida. El Señor Jesús nos dice que "el Espíritu es el que da vida" (Jn. 6:63). El aliento de vida viene del Creador. Sin embargo, no debemos confundir este espíritu, o "aliento de vida", con el Espíritu Santo. El Espíritu Santo y el espíritu humano son dos entidades diferentes. Romanos 8:16 nos muestra que el espíritu del hombre es diferente al Espíritu Santo. "El Espíritu mismo da testimonio *juntamente con* nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios". La palabra "vida" en la expresión "el aliento de vida" es *chay,* y es plural, lo cual indica que el aliento de Dios produce dos vidas, una espiritual y una psicológica. Esto significa que cuando el aliento vital de Dios entró en el cuerpo humano, vino a ser el espíritu. Del mismo modo, cuando este espíritu se fusionó con el cuerpo, se produjo el alma. Este es el origen de las dos vidas que llevamos dentro, la vida espiritual y la vida anímica. Pero debemos hacer una distinción: el espíritu no es la vida de Dios depositada en el hombre, sino simplemente el soplo vital del Omnipotente (Job. 33:4). El

espíritu que el hombre recibió en el principio no es la vida de Dios que recibe cuando es regenerado. La vida que recibimos cuando fuimos regenerados es la propia vida de Dios; es la vida representada por el árbol de la vida. El espíritu del hombre es eterno, pero no posee "la vida eterna".

"Y el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra". Esto se refiere al cuerpo del hombre. "Y sopló en su nariz el aliento de vida". Esto indica que el espíritu del hombre procede de Dios. Así, este hombre vino a ser "un alma viviente". Cuando el espíritu infundió vida al cuerpo, el hombre llegó a ser un alma viviente, una persona viva, consciente de sí misma. El hombre es un ser tripartito, pues posee espíritu, alma y cuerpo. Según este versículo, el hombre fue creado con dos elementos independientes: el espíritu y el cuerpo. Cuando el espíritu entró en el cuerpo, se produjo el alma. El cuerpo estaba inerte, pero cuando se encontró con el espíritu de vida, se produjo una tercera entidad, el alma. Sin el espíritu, el cuerpo está muerto. Cuando vino el espíritu, el cuerpo recibió vida. Cuando el espíritu está en el cuerpo, se produce algo orgánico, a lo cual llamamos el alma.

El hombre llegó a ser "un alma viviente", lo cual significa que cuando se unen el espíritu y el cuerpo no sólo se produce el alma, sino que además los dos se *incorporan* a ésta. En otras palabras, el alma y el cuerpo quedan plenamente unidos al espíritu, y éste y el cuerpo quedan incorporados al alma. Antes de que Adán cayera, su espíritu y su carne no tenían el conflicto que tienen en nosotros hoy. Los tres elementos de su ser estaban en perfecta armonía y estaban integrados. El alma sirvió de eslabón y vino a ser el asiento de la personalidad del hombre, permitiéndole existir independientemente. El alma es la consumación de la unión entre el espíritu y el cuerpo, y es la totalidad de los elementos que constituyen al hombre. Cuando el espíritu y el cuerpo del hombre se integraron perfectamente, el hombre llegó a ser un alma viviente. Por eso decimos que el alma es el resultado de la unión de dos cosas; además es la personalidad misma del hombre. Examinemos el siguiente ejemplo: si ponemos una gota de tinta en una vasija con agua, la tinta y el agua se mezclan y llegan a ser agua entintada. Se puede decir que es tinta y, de hecho, lo es. También se puede decir que es agua, porque todavía sigue siendo agua. La tinta y el agua mezcladas llegan a ser una tercera sustancia: agua entintada. (El alma, producida por la unión del espíritu y del cuerpo, es un elemento independiente.) De la misma manera, el espíritu y el cuerpo eran dos elementos independientes, pero su combinación produjo el alma.

Dios caracteriza al hombre por su *alma* ya que allí residen las cualidades de éste, del mismo modo que los ángeles son caracterizados por su espíritu. El hombre no es sólo un cuerpo, ni es sólo un cuerpo con aliento de vida, sino que llegó a ser un alma viviente. Por eso es que, como veremos luego en la Biblia, Dios usa la palabra "alma" para referirse al hombre. Esto se debe a que el hombre es juzgado por su alma, pues ella lo representa y expresa las características de su personalidad. El alma es el órgano con el que expresa su libre albedrío, y tanto el espíritu como el cuerpo están incorporados a ella. Si el alma decide obedecer a Dios, puede hacer que el espíritu sea el amo de todas las cosas, según lo dispuso Dios; pero también puede hacer a un lado al espíritu y tomar como amo la parte que quiera. El espíritu, el alma y el cuerpo se pueden comparar con una bombilla eléctrica, en la cual están la electricidad, el filamento y la luz. El cuerpo es el filamento, el espíritu es la electricidad, y el alma es la luz. La electricidad es la fuente que produce la luz; el filamento es el material

físico que conduce la electricidad para que la luz sea emitida. Cuando el espíritu y el cuerpo se combinan, se produce el alma. El alma lleva consigo las características de la combinación del espíritu y el cuerpo, y es el producto de la unión de ambos. El espíritu es la fuerza motriz del alma, mientras que el cuerpo es el medio por el cual ella se expresa, así como la electricidad es la fuente de la luz, y el filamento es el medio en el que la luz brilla.

Sin embargo, debemos tener presente que en la vida presente, el alma es la expresión completa del hombre, mientras que en la vida venidera, en la resurrección, el espíritu será dicha expresión. Por eso la Biblia dice: "Se siembra cuerpo anímico, resucitará cuerpo espiritual" (1 Co. 15:44). Puesto que estamos unidos al Señor resucitado, por El nuestro espíritu puede controlar todo nuestro ser. Todo nuestro ser puede ser controlado, porque no estamos unidos al primer hombre Adán, que es un alma viviente, sino al postrer Adán, quien es el Espíritu vivificante.

LAS FUNCIONES DE EL ESPIRITU,
EL ALMA Y EL CUERPO

Con el cuerpo uno puede conocer el mundo físico; con el alma se puede conocer a sí mismo; y con el espíritu puede conocer a Dios. El cuerpo tiene cinco órganos, correspondientes a los cinco sentidos, que le permiten al hombre comunicarse con el mundo físico. Es el medio por el cual nos relacionamos con nuestro entorno e interactuamos con él. En el alma se halla el intelecto, el cual hace posible que el hombre exista independientemente. El asiento de los afectos genera sentimientos hacia otros seres humanos o hacia los objetos. Los afectos se originan en los sentidos. Todo esto es parte del hombre, constituye su personalidad y le faculta para estar consciente de sí mismo. El espíritu es la parte con la cual el hombre se comunica con Dios y con la cual lo adora, le sirve y mantiene su relación con El. En el espíritu el hombre está consciente de Dios. Por consiguiente, Dios mora en el espíritu; el yo se halla en el alma, y los sentidos son parte del cuerpo.

En el alma convergen el espíritu y el cuerpo. El hombre se comunica con el Espíritu de Dios y con la esfera espiritual por medio del espíritu, y por éste recibe y expresa el poder y la vida que se hallan en dicha esfera. Por medio de su cuerpo se comunica con el mundo exterior e interactúa con él. El alma se halla entre esos dos mundos y pertenece a ambos. Por un lado, se comunica con la esfera espiritual por medio del espíritu, y por otro, se comunica con el mundo físico por medio del cuerpo. El alma tiene el poder de tomar decisiones con respecto a las cosas que la rodean; puede acogerlas o rechazarlas. El espíritu no puede controlar el cuerpo directamente; requiere un medio. Este instrumento es el alma, la cual fue producida cuando el espíritu se unió con el cuerpo y es el vínculo entre ambos. El espíritu puede gobernar el cuerpo por medio del alma y sujetarlo bajo el poder de Dios. Por su parte, el cuerpo también puede inducir al espíritu por medio del alma a amar al mundo.

De los tres elementos del hombre, el espíritu es el que se une a Dios y es el más elevado. El cuerpo está en contacto con el mundo material y es el más inferior. Entre estos dos se halla el alma, la cual toma la naturaleza de los otros dos. Como tal, llega a ser el eslabón que los une. Por medio del alma las otras dos partes pueden comunicarse y actuar en conjunto. La

función del alma es mantener al espíritu y al cuerpo en su debido orden, para que no pierdan su relación. De esta manera, el cuerpo, que es el más superficial, se someterá al espíritu; éste, por ser más elevado, podrá controlar el cuerpo por medio del alma. El alma es en efecto, el elemento principal del hombre y busca al espíritu para recibir el suministro que éste recibe del Espíritu Santo. Luego comunica al cuerpo lo que recibe para que éste pueda participar de la perfección del Espíritu Santo y llegue a ser un cuerpo espiritual.

El espíritu del hombre es su parte más noble y mora en lo más recóndito de él. El cuerpo es la parte superficial y más exterior. El alma mora entre el espíritu y el cuerpo y es el enlace entre los dos. El cuerpo es la corteza del alma, mientras que el alma lo es del espíritu. Cuando el espíritu intenta controlar al cuerpo, necesita la ayuda del alma. Antes de que el hombre cayera, el espíritu controlaba todo su ser por medio del alma. Cuando el espíritu quería hacer algo, lo comunicaba al alma, y ésta activaba el cuerpo para que siguiera la orden del espíritu. Así opera el alma como medio.

El alma es potencialmente la parte más fuerte porque tanto el espíritu como el cuerpo están ligados a ella, la consideran su personalidad y son afectados por ella. Pero al principio, cuando el hombre no había pecado, el poder del alma estaba completamente sujeto al espíritu. Por lo tanto, el poder del alma era el poder del espíritu. El espíritu no podía controlar al cuerpo directamente; tenía que hacerlo por medio del alma. Vemos esto en Lucas 1:46-47: "Mi alma magnifica [presente] al Señor; y mi espíritu ha exultado [pretérito] en Dios mi Salvador". Se aprecia el cambio de tiempo en el idioma original, que indica que el espíritu primero se regocija, y luego el alma magnifica al Señor. Primero el espíritu comunica su exultación al alma, y después el alma expresa esta ación por medio del cuerpo.

En conclusión, el alma es la sede de la personalidad, ya que la voluntad, el intelecto y los afectos se encuentran en ella; con el espíritu el hombre se comunica con la esfera espiritual, y con el cuerpo se relaciona con el mundo físico. El alma está en medio de estas dos partes y determina cuál de las dos esferas ha de gobernar. Algunas veces el alma rige por medio del intelecto y de los sentidos; cuando eso sucede, el mundo psicológico lleva las riendas. Si el alma no cede su gobierno al espíritu, éste no puede gobernar. Por lo tanto, para que el espíritu pueda regir el alma y el cuerpo, el alma tiene que darle la autorización. Esto obedece a que el alma es el origen de la personalidad del hombre.

El alma es el amo de la persona porque incluye la voluntad. Si el espíritu controla todo el ser, ello se debe a que el alma cedió y tomó una posición sumisa. Si el alma se rebela, el espíritu no tiene poder para controlarla. En esto consiste "el libre albedrío". El hombre tiene pleno derecho a tomar sus propias decisiones, pues no es una máquina controlada por la voluntad de Dios. El tiene su propia facultad de reflexión. Puede escoger obedecer la voluntad de Dios, o puede oponerse a ella y seguir la voluntad del diablo. Según lo que Dios dispuso, el espíritu es la parte más noble y debe controlar todo el ser del hombre. Sin embargo, la parte principal de la personalidad del hombre, la voluntad, pertenece al hombre. La voluntad del hombre (el alma) tiene potestad de escoger si permite que el espíritu gobierne o si deja que lo haga el cuerpo, o puede hacer que el yo presida. Debido a que el alma es tan poderosa, la Biblia la llama "alma viviente".

EL TEMPLO Y EL HOMBRE

El apóstol Pablo dijo en 1 Corintios 3:16: "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?" El apóstol recibió la inspiración de que el hombre es un templo. Así como en el pasado Dios moraba en el templo, de la misma manera hoy el Espíritu Santo mora en los creyentes. La Biblia compara al hombre con el templo y, al hacerlo, muestra los tres elementos del hombre con mayor claridad.

Sabemos que el templo estaba dividido en tres partes. La primera parte era el atrio, el cual era visible y estaba accesible a todo el pueblo. Allí se ofrecía a Dios la adoración externa. Luego, estaba el lugar santo, donde sólo los sacerdotes podían entrar para ofrecer a Dios la sangre, el aceite, el incienso y el pan. Aunque estaban muy cerca de la presencia de Dios, no llegaban a El, porque todavía estaban fuera del velo. Dios moraba en el Lugar Santísimo, desde donde irradia Su gloria infinita. Por otra parte, el Lugar Santísimo era oscuro, y nadie podía acercarse a Dios allí, salvo el sumo sacerdote, a quien se le permitía entrar una sola vez al año. Esto demuestra claramente que antes de que el velo fuera rasgado, no había nadie detrás del velo.

El hombre es el templo de Dios y también consta de tres partes. El cuerpo, igual que el atrio, es externo y visible. Es ahí donde el hombre debe obedecer todos los mandamientos de Dios. Fue también ahí donde el Hijo de Dios murió por el hombre. Más adentro, está el alma del hombre, la cual es la vida interior que hay en el hombre e incluye su parte emotiva, su voluntad y su mente. Este es el Lugar Santo de una persona regenerada, y allí se encuentran el amor, los pensamientos y los deseos. En este lugar hay mucha luz, todo es claro y obvio, y los sacerdotes entran y salen para servir a Dios. Más adentro, detrás del velo, está el Lugar Santísimo, al cual no llega la luz natural y no es visible a los ojos humanos. Este es "el abrigo del Altísimo" (Sal. 91:1) y la morada de Dios, a donde ningún hombre puede entrar a menos que Dios quite el velo. Este corresponde al espíritu humano. El hombre no sólo tiene cuerpo y alma, sino también espíritu; éste es más profundo que la consciencia que el hombre tiene de sí mismo, y está fuera del alcance de sus sentimientos. Allí tiene comunión con Dios.

En el Lugar Santísimo no se necesita luz, porque allí mora Dios. En el Lugar Santo el candelero con sus siete brazos irradia luz. En el atrio todo está expuesto bajo la luz del sol. Este es un cuadro de la persona regenerada. Su espíritu es el Lugar Santísimo, donde Dios mora. A este lugar se entra por la fe y, como es totalmente oscuro, el creyente no puede ver, sentir ni entender. El alma es como el Lugar Santo, donde hay una gran capacidad de entendimiento, muchos pensamientos, abundante conocimiento e innumerables preceptos; allí uno comprende lo pertinente al mundo psicológico y al mundo físico. En este lugar está la luz del candelero. El cuerpo es el atrio, que es visible y cuyas actividades y conducta son visibles.

El orden que Dios establece no debe equivocarse. Este orden es: "espíritu y alma y cuerpo" (1 Ts. 5:23). No es "alma y espíritu y cuerpo", ni "cuerpo y alma y espíritu". El espíritu es el más noble; por lo tanto se menciona primero. El cuerpo es el más superficial; por eso se menciona al último. El alma está ubicada entre los dos, y a eso se debe que sea puesta en medio. Cuando vemos claramente el orden que Dios les da, vemos la sabiduría que expresa

al comparar al hombre con el templo. Vemos cómo el Lugar Santísimo, el lugar santo y el atrio concuerdan con el orden y el grado de importancia del espíritu, el alma y el cuerpo, respectivamente.

La obra del templo gira en torno a la revelación de lo que es el Lugar Santísimo. Todas las acciones efectuadas en el atrio y en el lugar santo son determinadas por la presencia de Dios, que se halla en el Lugar Santísimo, el cual es el lugar más íntimo del templo y al cual están supeditados los otros lugares. En el Lugar Santísimo parece que no hay mucho trabajo, pues es muy oscuro. Muchas actividades se llevan a cabo en el lugar santo, y las incontables obras realizadas en el atrio son controladas por los sacerdotes que ministran en el lugar santo. De hecho, el Lugar Santísimo es un lugar silencioso y quieto. Sin embargo, todas las actividades del lugar santo están dirigidas por la inspiración que proviene de allí.

El significado espiritual de esto es fácil de entender. El alma es el órgano que expresa nuestra personalidad, pues incluye la mente, la voluntad, la parte emotiva, entre otras; parece ser el amo de las actividades de todo el ser. Aun el cuerpo está bajo su dirección. Sin embargo, antes de que el hombre cayera, aunque había muchas actividades y obras del alma, todas estaban bajo el control del espíritu. El orden que Dios estableció es: (1) el espíritu, (2) el alma y (3) el cuerpo.

CAPITULO DOS

EL ESPIRITU Y EL ALMA

EL ESPIRITU

Es muy importante que los creyentes sepan que tienen un espíritu. Más adelante veremos que toda comunicación entre Dios y el hombre se produce en el espíritu. Si un creyente no sabe qué es su espíritu, no sabrá cómo tener comunión con Dios en el espíritu, y sustituirá la obra del espíritu por actividades del alma, como por ejemplo, las de la mente y la parte emotiva. Como resultado, permanecerá en la esfera del alma y no llegará a la esfera espiritual.

En 1 Corintios 2:11 se habla del espíritu del hombre que está en él.

En 1 Corintios 5:4 se hace referencia a "mi espíritu".

Romanos 8:16 habla de "nuestro espíritu".

En 1 Corintios 14:14 de nuevo se menciona "mi espíritu".

En 1 Corintios 14:32 se usa la expresión "el espíritu de los profetas".

Proverbios 25:28 menciona el espíritu del hombre.

Hebreos 12:23 menciona los espíritus de los justos.

Zacarías 12:1 dice que Jehová formó el espíritu del hombre dentro de él.

Estos versículos demuestran que el hombre tiene espíritu, el cual no es el alma ni el Espíritu Santo. Por medio de este espíritu, nosotros adoramos a Dios.

De acuerdo con lo que enseña la Biblia y según la experiencia del creyente, se puede decir que el espíritu del hombre está compuesto de tres partes, o que tiene tres funciones. Estas tres partes son la conciencia, la intuición y la comunión (con Dios, que es lo mismo que la adoración).

La conciencia es el órgano que discierne entre lo correcto y lo incorrecto, lo cual no es afectado por el conocimiento intelectual; es más bien un juicio directo y espontáneo. Muchas veces, la conciencia condenará aun las cosas que los razonamientos de uno toleran. La obra de la conciencia es independiente y directa en su mayor parte; no es afectada por las circunstancias. Si un hombre comete un error en su conducta, su conciencia lo censurará. La intuición es la percepción que se tiene dentro del espíritu, la cual es absolutamente diferente a la percepción del cuerpo y a la del alma. Esta percepción es directa y no depende de nada más; no necesitamos la ayuda de la mente ni de la parte emotiva ni de la voluntad para tener este conocimiento, ya que viene directamente de la

intuición. Por medio de la intuición, el hombre puede verdaderamente "conocer", mientras que la mente sólo le permite tener un entendimiento intelectual. Los creyentes conocen todas las revelaciones de Dios y toda la actividad del Espíritu Santo por medio de la intuición. El creyente debe seguir la voz de la conciencia y la instrucción de la intuición. La comunión que se tiene en el espíritu es la adoración a Dios. La mente, la parte afectiva y la voluntad son órganos del alma y no pueden adorar a Dios. Dios no viene por medio de nuestros pensamientos ni nuestras emociones ni nuestros deseos. A Dios se le conoce directamente por medio del espíritu, es decir, por medio del "hombre interior", y no por medio del alma, que es el hombre exterior.

Basándonos en lo anterior, comprendemos cómo estas tres partes —la conciencia, la intuición y la comunión— están profundamente integradas y cómo se relacionan entre sí. La conciencia está ligada a la intuición, porque la juzga según ésta; ella condena la conducta que es contraria a la intuición. La intuición también está ligada a la comunión o adoración. En la intuición el hombre conoce a Dios, quien se revela a Sí mismo y también Su voluntad por medio de la intuición. Ni las aspiraciones ni las conjeturas no nos llevarán al conocimiento de Dios. No añadiremos más por el momento, pues discutiremos esto en detalle más adelante.

El espíritu contiene la función de la conciencia, aunque eso no significa que el espíritu sea la conciencia. Podemos ver esto en los siguientes versículos:

"Porque Jehová tu Dios había endurecido su espíritu" (Dt. 2:30).

"Jehová ... salva a los contritos de espíritu" (Sal. 34:18).

"Renueva un espíritu recto dentro de mí" (Sal. 51:10).

"Habiendo dicho Jesús esto, se conmovió en espíritu" (Jn. 13:21).

"Su espíritu fue provocado viendo la ciudad llena de ídolos" (Hch. 17:16).

"Pues no habéis recibido espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor" (Ro. 8:15).

"El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios" (Ro. 8:16).

"Pues yo ... presente en espíritu, ya como presente he juzgado al que tal cosa ha hecho" (1 Co. 5:3).

"No tuve reposo en mi espíritu" (2 Co. 2:13)

"Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía" (2 Ti. 1:7)

El espíritu también abarca la intuición, que es el conocimiento de las cosas. Vemos esto en los siguientes versículos:

“El espíritu está dispuesto pero la carne es débil” (Mt. 26:41).

“Jesús, conociendo en Su espíritu” (Mr. 2:8).

“Y gimiendo profundamente en Su espíritu” (Mr. 8:12).

“Jesús ... se indignó en Su espíritu” (Jn. 11:33).

“Este ... siendo ferviente de espíritu” (Hch. 18:25).

“Ahora, he aquí, ligado yo en espíritu, voy a Jerusalén” (Hch. 20:22).

“Porque, ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?” (1 Co. 2:11).

“Porque confortaron mi espíritu y el vuestro” (1 Co. 16:18).

“Por cuanto su espíritu recibió refrigerio de todos vosotros” (2 Co. 7:13).

El espíritu tiene la función de la comunión o adoración. Vemos esto en los siguientes versículos:

“Y mi espíritu ha exultado en Dios mi Salvador” (Lc. 1:47).

“Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y con veracidad” (Jn. 4:23).

“Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu” (Ro. 1:9).

“Sirvamos en la novedad del espíritu” (Ro. 7:6).

“Habéis recibido espíritu filial, con el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” (Ro. 8:15).

“El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu” (Ro. 8:16).

“Pero el que se une al Señor, es un solo espíritu con El” (1 Co. 6:17).

“Oraré con el espíritu” (1 Co. 14:15).

“Si bendices sólo con el espíritu” (1 Co. 14:16).

“Y me llevó en espíritu” (Ap. 21:10).

En estos versículos vemos que el espíritu incluye por lo menos tres partes: la conciencia, la intuición y la comunión. Aunque una persona que no es regenerada no ha recibido la vida divina, de todos modos tiene estas tres facultades, aunque en tales circunstancias sólo tiene comunión con los espíritus malignos. En algunos la manifestación del espíritu es mayor, y

en otros es menor, pero esto no significa que esa persona, antes de ser regenerada, no está muerta en sus delitos y pecados. La Biblia no considera a una persona salva sólo porque su conciencia esté activa, porque su intuición sea aguda o porque tenga inclinaciones e intereses espirituales. Estas cosas sólo demuestran que el hombre tiene espíritu y que éste es diferente al intelecto, a la parte emotiva y a la voluntad, pues éstas son parte de su alma. Antes de ser regenerado el hombre, su espíritu está separado de la vida de Dios, pero después de ser regenerado, comienzan a vivir la vida de Dios y el Espíritu Santo en su espíritu y a vivificarlo, y hacen de éste el instrumento del Espíritu Santo.

La razón por la cual estudiamos las principales características del espíritu, es mostrar que el hombre tiene un espíritu que es independiente de sus otras partes. Dicho espíritu no es la mente ni voluntad ni la parte afectiva del hombre. En él se halla la función de la conciencia, de la intuición y de la comunión. Allí Dios nos regenera, nos instruye y nos guía a Su descanso. Debido a que los creyentes han estado por mucho tiempo controlados por el alma, su conocimiento del espíritu es muy débil. Debemos acercarnos a Dios en temor y temblor, y pedirle que nos muestre en nuestra experiencia lo que es del espíritu y lo que es del alma.

Antes de ser regenerada una persona, su espíritu se halla profundamente sumergido dentro de su alma, la cual lo envuelve y está entretejida con él. De esta manera, las funciones de la conciencia se mezclan con el alma, y la persona no puede distinguir entre lo que viene del alma y lo que viene del espíritu. Además, ya que las principales funciones del espíritu para con Dios están perdidas y muertas, ellas llegan a ser suplementarias para el alma. Cuando las funciones de la mente, la parte emotiva y la voluntad se fortalecen, las funciones del espíritu se eclipsan. Por lo tanto, después de que el creyente es regenerado, llega a ser necesario que el alma y el espíritu estén divididos. Si buscamos en las Escrituras (lo cual haremos en breve), descubriremos que el espíritu de una persona que no ha sido regenerada parece que hiciera lo mismo que el alma. Los siguientes versículos demuestran esto:

"Sucedió que por la mañana estaba agitado su espíritu" (Gn. 41:8).

"Entonces el enojo [o el espíritu] de ellos contra él se aplacó" (Jue. 8:3).

"Mas el que es impaciente de espíritu enaltece la necedad" (Pr. 14:29).

"Mas el espíritu triste seca los huesos" (Pr. 17:22).

"El necio da rienda suelta a toda su ira [o su espíritu]" (Pr. 29:11).

"Y los extraviados de espíritu aprenderán inteligencia" (Is. 29:24).

"Por el quebrantamiento del espíritu aullaréis" (Is. 65:14).

"Y las cosas que suben a vuestro espíritu" (Ez. 11:5).

"Y no ha de ser lo que habéis pensado [en vuestro espíritu]" (Ez. 20:32).

“Mas cuando su corazón se ensoberbeció, y su espíritu se endureció en su orgullo” (Dn. 5:20)

Los versículos mencionados muestran la función del espíritu de una persona que no ha sido regenerada, y podemos ver cuánto se parecen a las funciones del alma. El propósito de estos versículos al decir que el espíritu se conduce de cierta manera, en vez de decir que el alma lo hace, es destacar la condición de esas personas en la parte más profunda de su ser. Los espíritus de tales personas son controlados y afectados por sus mentes. Por eso el espíritu lleva a cabo las funciones del alma, pues todavía está presente, y las funciones mencionadas se consideran funciones de sus espíritus. Un hombre no pierde el espíritu ni hace que éste desaparezca sólo porque su alma haya tomado el control.

EL ALMA

Además del espíritu, el órgano con el cual nos comunicamos con Dios, también tenemos alma. En ella el hombre está consciente de sí mismo y de su propia existencia. El alma es el órgano que constituye la personalidad del hombre. Todo lo que incluye la personalidad, es decir, todo elemento que constituye al hombre como tal, es parte del alma. Su intelecto, su mente, sus ideales, su amor, sus reacciones, sus juicios, su voluntad, etc., todo ello es parte del alma.

Ya dijimos que el espíritu y el cuerpo están fusionados en el alma. Por eso, ella constituye la personalidad del hombre y el centro de su ser. Por esta razón la Biblia llama alma al hombre, como si fuera la única parte que tuviese.

Por ejemplo, Génesis 12:5 habla de las almas que salieron de Harán. Cuando Jacob condujo su familia a Egipto, la Biblia dice que “todas las almas [o personas] de la casa de Jacob, que entraron en Egipto, fueron setenta” (46:27). Existen muchos otros casos similares en el idioma original, donde la palabra “alma” se usa refiriéndose a personas. Esto obedece a que el alma es el asiento de la personalidad y su parte más destacada. La conducta del hombre es regida por su personalidad. La existencia del hombre, sus características y su vida provienen de su alma. Por eso la Biblia llama a los hombres almas.

Los tres elementos principales que conforman la personalidad del hombre son la voluntad, la mente y la parte afectiva. La voluntad es el órgano que reflexiona, forma juicios y decide. Sin la voluntad, el hombre sería una máquina. La mente es el órgano pensante; es nuestro intelecto. Nuestra inteligencia, conocimiento, y todo lo que incumbe a nuestra capacidad mental procede de la mente. Sin la mente, el hombre sería incoherente. La parte emotiva es el asiento del amor, el odio y los demás sentimientos. Podemos amar, odiar, regocijarnos, enojarnos, entristecernos y alegrarnos por esta facultad. Sin ella, el hombre sería insensible como la madera o como una piedra. Si estudiamos la Biblia cuidadosamente, encontraremos que los tres elementos principales de la personalidad del hombre pertenecen al alma. Ya que la cantidad de versículos es demasiado grande, sólo mencionaremos algunos como ejemplo.

El alma incluye la voluntad:

“No me entregues a la voluntad de mis enemigos” (Sal. 27:12).

“Y no lo entregarás a la voluntad de sus enemigos” (Sal. 41:2).

“Y te entregué a la voluntad de las hijas de los filisteos, que te aborrecen” (Ez. 16:27).

“La dejarás en libertad [según su alma]” (Dt. 21:14).

“No digan en su corazón: ¡Ea, alma nuestra!” (Sal. 35:25).

“Cuando alguno hiciere voto a Jehová, o hiciere juramento ligando su alma con obligación” (Nm. 30:2).

“Poned, pues, ahora vuestros corazones y vuestros ánimos [o vuestras almas] en buscar a Jehová vuestro Dios” (1 Cr. 22:19).

“Por volver a la cual suspiran [o elevan su alma] ellos para habitar allí” (Jer. 44:14).

“Las cosas que mi alma no quería tocar” (Job 6:7),

“Y así mi alma tuvo por mejor la estrangulación” (Job 7:15).

Las expresiones “querer”, “desear”, “buscar”, “poned”, “suspiran”, “no quería” y “tuvo por mejor”, todas son funciones de la voluntad del hombre y, por ende, proceden del alma. Así que, el alma incluye la voluntad.

El alma también incluye el intelecto o la mente:

“El día que yo arrebata a ellos ... el anhelo de sus almas, y también sus hijos y sus hijas” (Ez. 24:25).

“Con enconamiento de ánimo” (Ez. 36:5).

“El alma sin ciencia no es buena” (Pr. 19:2).

“¿Hasta cuándo pondré consejos en mi alma...?” (Sal. 13:2).

“Estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien” (Sal. 139:14).

“Lo tendré aún en memoria, porque mi alma está abatida dentro de mí” (Lam. 3:20).

“Guarda la ley y el consejo, y serán vida a tu alma” (Pr. 3:21-22).

“Así será a tu alma el conocimiento de la sabiduría” (Pr. 24:14).

“Sin ciencia”, “consejos”, “lo sabe”, “en memoria”, etc., son actividades de la mente o el intelecto del hombre. La Biblia los considera parte del alma. El alma incluye el intelecto o la mente humana.

El alma también incluye los afectos:

El alma puede amar:

“Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma” (Dt. 6:5).

“El alma de Jonatán quedó ligada con la de David, y lo amó Jonatán como a sí mismo” (1 S. 18:1).

“Y darás el dinero por todo lo que deseas ... o por cualquier cosa que tú deseares” (Dt. 14:26).

“Lo que deseare tu alma, haré por ti” (1 S. 20:4).

“Y el deleite de vuestra alma” (Ez. 24:21).

“Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios de Jehová” (Sal. 84:2).

“Así clama por ti, oh Dios, el alma mía” (Sal. 42:1).

“Hazme saber, oh tú a quien ama mi alma” (Cnt. 1:7).

“Con mi alma te he deseado en la noche” (Is. 26:9).

“Mi Amado, en quien se complace Mi alma” (Mt. 12:18).

“Mi alma magnifica al Señor” (Lc. 1:46).

“Y una espada traspasará tu misma alma” (Lc. 2:35).

Estos versículos revelan que amar es una función del alma, pues de ella proviene.

El alma puede odiar:

“Que le hace que su vida aborrezca el pan, y su alma la comida suave” (Job 33:20).

“Y hiera a los cojos y ciegos aborrecidos del alma de David” (2 S. 5:8).

“Y también el alma de ellos me aborreció a mí” (Zac. 11:8).

“Está mi alma hastiada de mi vida” (Job 10:1).

“Su alma abominó todo alimento” (Sal. 107:18).

Vemos en estos versículos que el odio es una función del alma.

El alma puede ser afectada de otras maneras:

“Todo el pueblo estaba en amargura” (1 S. 30:6).

“Su alma está en amargura” (2 R. 4:27).

“Y él fue angustiado a causa de la aflicción de Israel” (Jue. 10:16).

“¿Hasta cuándo angustiaréis mi alma...?” (Job 19:2).

“Mi alma se alegrará en mi Dios” (Is. 61:10).

“Alegra el alma de tu siervo” (Sal. 86:4).

“Su alma desfallecía en ellos” (Sal. 107:5).

“Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí” (Sal. 42:5)..

“Vuelve, oh alma mía, a tu reposo” (Sal. 116:7)..

“Quebrantada está mi alma de desear” (Sal. 119:20).

“Se deshace mi alma de ansiedad” (Sal. ll9:28).

“Suavidad al alma” (Pr. 16:24).

“Y se deleitará vuestra alma con grosura” (Is. 55:2).

“Cuando mi alma desfallecía en mí” (Jon. 2:7).

“Mi alma está profundamente triste” (Mt. 26:38).

“Ahora está turbada Mi alma” (Jn. 12:27).

“Atormentaba día tras día su alma” (2 P. 2:8).

Los versículos anteriores muestran cómo es afectada el alma. El sentimiento de ser afectado procede del alma. En ellos podemos ver las funciones de nuestras emociones. El amor, el odio, el sentido de haber sido afectado y las sensaciones, además de otros sentimientos, proceden del alma. Esto nos muestra que nuestra parte afectiva también es parte de nuestra alma.

LA VIDA DEL ALMA

Algunos eruditos que han estudiado la Biblia afirman que en griego existen tres palabras diferentes que se traducen vida: (1) *bios,* (2) *psique,* y (3) *zoe.* Aunque todas ellas se refieren a la vida, denotan conceptos diferentes. *Bios* se refiere a la vida física o biológica. Cuando el Señor Jesús dijo que la viuda había echado todo el "sustento" que tenía, El usó esta palabra (Lc. 21:4). *Zoe* es la vida más elevada, la vida espiritual. Siempre que la Biblia menciona "vida eterna", usa la palabra *Zoe. Psique* es la vida que imprime aliento al hombre; es su vida natural o psíquica, es decir, la vida del alma. La Biblia usa esta palabra cuando se refiere específicamente a la vida del hombre.

Dediquemos nuestra atención a las expresiones "alma" y "vida del alma", la cuales son traducciones de la misma palabra en el idioma original. El Antiguo Testamento fue escrito en hebreo, y el Nuevo, en griego. En el Antiguo Testamento, tanto "alma" como "vida anímica o del alma" provienen de la palabra *nephesh.* En el Nuevo Testamento, "alma" y "vida del alma" son traducciones de la palabra griega *psique.* Vemos, entonces, que el alma es uno de los tres elementos del hombre y es su vida anímica, su vida natural.

En muchas versiones de la Biblia, dicha palabra es traducida simplemente "vida". Veamos algunos ejemplos:

"Pero carne con su vida, que es su sangre, no comeréis" (Gn. 9:4).

"Porque la vida de la carne en la sangre está" (Lv. 17:11).

"Los que acechaban la vida del niño" (Mt. 2:20).

"¿Es lícito en sábado, hacer bien, o hacer mal, salvar una vida o destruirla? (Lc. 6:9).

"Hombres que han arriesgado sus vidas por el nombre de nuestro Señor Jesucristo" (Hch. 15:26).

"Ni estimo preciosa mi vida para mí mismo" (Hch. 20:24).

"Y dar Su vida en rescate por muchos" (Mt. 20:28).

"El buen Pastor pone Su vida por las ovejas" (Jn. 10:11, 15, 17).

En los pasajes anteriores, la palabra vida en el idioma original es *nephesh* o *psique.* Pero no se traduce alma porque no tendría sentido [en estos contextos]. Se le da este uso porque se refiere a la vida del hombre.

Dijimos ya que el alma es uno de los tres elementos del hombre. La vida del alma es la vida natural del hombre, la vida que le permite existir independientemente, ser orgánico y vivir. Esta es la vida que hace al hombre apto para vivir como tal. Ya que la Biblia utiliza *nephesh* y *psique* para denotar tanto al alma como la vida misma del hombre, podemos

fácilmente ver que estas dos cosas, aunque se distinguen, son inseparables. Se distinguen debido a que en algunos lugares *psique* puede considerarse el alma o la vida, pero no ambas. La misma palabra se usa muchas veces, por ejemplo, en Lucas 12:9-23 y Marcos 3:4, pero no se puede usar la misma palabra en español. Si lo hacemos, el sentido sería confuso. Por otro lado, el alma y la vida del hombre son inseparables porque ambas están plenamente integradas dentro de él. Si el hombre no tiene alma, no tiene vida. La Biblia no nos dice que una persona carnal tiene vida aparte del alma. La vida del hombre es el alma que ocupa el cuerpo. El alma que está unida al cuerpo es la vida del hombre. La vida no es más que la expresión del alma. Ya que nuestra vida física es la vida del alma, la Biblia llama a nuestro cuerpo "cuerpo anímico" (1 Co. 15:44).

La idea de que el alma es la vida del hombre es crucial. Tiene mucho que ver con que seamos cristianos espirituales o anímicos. Más adelante hablaremos al respecto.

Ya vimos muchos versículos que prueban que el alma contiene la mente, la parte emotiva y la voluntad. Sabemos que los pensamientos del hombre, las imaginaciones, los juicios, los sentimientos, las emociones, las reacciones y los deseos provienen del alma. Por lo tanto, la vida del hombre es una vida que está unida a la mente, a la parte afectiva y a la voluntad y las expresa. Todo lo pertinente a la esfera natural que se halla en la personalidad del hombre, constituye las facultades del alma. La vida anímica es la vida natural del hombre de carne. Las diferentes actividades mencionadas anteriormente en las Escrituras, como por ejemplo, el amor, el odio, el conocimiento, el consejo, la amargura, el regocijo y las decisiones son funciones de la vida anímica.

EL ALMA Y LA PERSONA

Después de haber visto que el alma es nuestra personalidad, el órgano con el cual reflexionamos y nuestra vida, concluimos que ella es el yo, y asimismo, el yo es el alma. La Biblia tiene abundantes pruebas de este hecho.

En Números 30 "ligar el alma con obligación" se menciona más de diez veces. En el idioma original, todos estos lugares dicen "ligando su alma". Esto nos muestra claramente que el alma es nuestro yo. En muchos pasajes la Biblia traduce la palabra "alma" como la persona misma. Mencionemos sólo algunos casos:

"Ni os contaminéis con ellos, ni seáis inmundos por ellos" (Lv. 11:43).

"No contaminéis vuestras personas" (Lv. 11:44).

"Según ellos habían tomado sobre sí y sobre su descendencia" (Est. 9:31).

"Oh tú, que te despedazas en tu furor" (Job. 18:4).

"Por cuanto se justificaba a sí mismo" (Job. 32:2).

"Tuvieron ellos mismos que ir en cautiverio" (Is. 46:2).

Además, en Exodo 12:16 “lo que cada cual haya de comer” es, en el idioma original “lo que cada alma haya de comer”. En Números 35:11 y 15, “Donde huya el homicida que hiriere a alguno de muerte sin intención” es, en el idioma original, “Donde huya el homicida que hiere a algún alma sin intención”. En Números 23:10 dice: “Muera yo la muerte de los rectos” es, en el idioma original: “Muera mi alma”. En Levítico 2:1, Cuando una persona ofreciera oblación” es, en el idioma original, “Cuando un alma ofreciera oblación”. En Salmos 131:2 dice: “Como un niño destetado está mi alma”. En Ester 4:13: “No pienses que escaparás” es, en el idioma original, “No pienses en el alma...” En Amós 6:8: “Jehová el Señor juró por Sí mismo” es, en el idioma original, “Jehová el Señor juró por Su alma”. Estos pocos versículos nos indican en diferentes maneras que el alma es la persona misma.

En el Nuevo Testamento tenemos el mismo caso. En 1 Pedro 3:20 las ocho personas son llamadas ocho almas. En Hechos 27:37 los doscientos setenta y seis sobrevivientes son doscientos setenta y seis almas. En Romanos 2:9, los hombres malvados son las almas malvadas. Advertir a las almas malvadas, significa advertir a los hombres malvados. Jacobo 5:20 dice que hacer que un pecador se arrepienta, es salvar a un alma de la muerte . En Lucas 12:19 el hombre rico en su necedad habló palabras de consuelo a su propia alma, es decir, a sí mismo.

Por lo tanto, es obvio que en la Biblia el alma del hombre o la vida anímica del hombre es el hombre mismo. Los ejemplos anteriores nos muestran que en esos casos, si usáramos la palabra “alma” o “vida” en la traducción, no sería comprensible. La única manera es traducirla es “sí mismo”, “uno mismo”, “ellos”. Esto se debe a que el Espíritu Santo considera al alma o la vida del hombre, como al hombre mismo. Podemos confirmar esto con las palabras del Señor Jesús.

Mateo 16:26 dice: “Porque ¿qué aprovechará al hombre, si gana todo el mundo, y pierde la vida de su alma [psique] O, ¿qué dará el hombre a cambio de la vida de su alma [psique]?

Lucas 9:25 dice: “¿Qué aprovecha al hombre, si gana todo el mundo, y se pierde o se malogra él mismo?

Mateo dice lo mismo que Lucas. En un caso, se menciona “la vida del alma”, mientras que en el otro, se menciona “a sí mismo”. Aquí, vemos que para el Espíritu Santo es igual el término de Mateo “la vida del alma” que el de Lucas, o podemos también decir, que para El es igual en Lucas el término “a sí mismo” que en Mateo. La vida o el alma del hombre es el hombre mismo. Así que, el hombre mismo es su alma o su vida.

Después de haber leído estos versículos referentes al alma, concluimos que el alma del hombre, es simplemente su vida, es él mismo, su personalidad y lo que ésta incluye, a saber: su voluntad, su mente y su parte emotiva. Llegamos a la conclusión de que el alma humana, incluye todo lo que lo constituye un ser humano. Todo hombre que vive en la carne, tiene alma y todo lo que ella contiene. El alma es la vida que comparten todos los hombres de carne. Antes de ser regenerado el hombre, su vida consta de su yo, su vida, su aliento, su fuerza, su mente, sus propósitos, su amor, sus sentimientos, todo lo cual es del alma. En otras palabras, la vida del alma, es la vida que él adquiere desde el vientre de su

madre. Todo lo que esta vida posee (antes de que la persona crea en el Señor) y todo lo que pueda llegar a tener, pertenece a la vida anímica. Si entendemos claramente lo que es del alma, será fácil comprender lo que es del espíritu, y podremos diferenciar entre las cosas espirituales y las anímicas.

CAPITULO TRES

LA CAIDA DEL HOMBRE

El hombre que Dios creó es muy diferente al resto de la creación. El hombre, igual que los ángeles, tiene espíritu y, al igual que los animales, también tiene alma. Cuando Dios creó al hombre le dio libre albedrío. No lo hizo como una máquina que sólo pudiese obrar de acuerdo a ciertas instrucciones. Cuando observamos en Génesis 2 la orden que Dios dio al hombre con respecto a lo que debía y lo que no debía comer, notamos que el hombre no es una máquina inerte accionada por Dios, sino que posee libre albedrío. Si queremos obedecer a Dios, podemos hacerlo. Si queremos desobedecerlo, también podemos. El hombre tiene poder absoluto sobre sí mismo. Tanto la obediencia como la desobediencia están a su discreción; puede escoger obedecer o desobedecer según su voluntad. Esto es muy importante. Tenemos que darnos cuenta de que en nuestra vida espiritual, Dios nunca nos priva de nuestra libertad. Por lo tanto, sin nuestra participación activa, El no hará nada por nosotros. Ni Dios ni el diablo pueden obrar en nosotros sin el consentimiento de nuestra voluntad, debido a que el hombre tiene libre albedrío.

El espíritu era originalmente la parte más elevada del hombre, y el alma y el cuerpo estaban sujetos a él. En condiciones normales, el espíritu es como la señora de la casa, el alma es como el mayordomo, y el cuerpo es como los sirvientes. Cuando la señora de la casa necesita hacer algo, lo comunica al mayordomo, y éste a los sirvientes, quienes lo lleven a cabo. La señora da la orden en privado, mientras que los sirvientes reciben la orden del mayordomo. Aparentemente el mayordomo es el amo, pero el verdadero amo es la señora de la casa. Desafortunadamente, el hombre cayó, fracasó y pecó, así que el orden original de espíritu, alma y cuerpo se trastornó.

Dios le dio al hombre completo poder sobre sí mismo. De hecho, el alma del hombre fue provista de muchos dones que provienen de Dios, de los cuales los más importantes son la mente y la voluntad, o sea las facultades con las cuales está consciente de sí mismo y toma decisiones. La meta original de Dios era que el hombre le recibiera y digiriera su vida espiritual con la verdad y la realidad contenida en ella. Dios le dio estas capacidades al hombre a fin de que viviera para El según el conocimiento de Dios y según Su voluntad. Si el espíritu y el alma del hombre fueran tan perfectos, sanos, vivientes y normales como cuando fueron creados, su cuerpo habría permanecido inmutable durante el tiempo. Si él hubiera utilizado la voluntad de su alma para tomar el fruto del árbol de la vida, *la misma vida de Dios* habría entrado en su espíritu y habría invadido su alma y cambiado su cuerpo, de modo que jamás habría muerto ni habría visto corrupción; además habría recibido la vida eterna. Si ése hubiera sido el caso, la vida anímica habría sido llena plenamente de la vida del espíritu, y todo el ser del hombre habría llegado a ser espiritual. Pero, cuando el orden del espíritu y el alma se trastornó, el hombre interior quedó en tinieblas, y el cuerpo mortal del hombre dejó de ser perpetuo. Pronto todo lo que pertenecía al cuerpo entró en la destrucción y la corrupción.

Sabemos que el alma del hombre no escogió el árbol de la vida, sino el árbol del conocimiento del bien y del mal. En Génesis 2:17 Dios le prohibió a Adán comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, y le dijo que el día que de él comiera ciertamente moriría. Sin embargo, en el versículo anterior Dios le había prometido que los frutos de *todos* los otros árboles podían comerse. Vemos en este capítulo que Dios mencionó intencionalmente el árbol de la vida primero, y después el del conocimiento del bien y del mal. También declaró que podían comer del fruto de todos los árboles, excepto el árbol del conocimiento del bien y del mal. ¿No era acaso el propósito de Dios que Adán comiera el fruto del árbol de la vida? Este hecho es innegable.

El fruto del árbol del *conocimiento* del bien y del mal es el fruto que eleva el alma del hombre y ahoga el espíritu. El *conocimiento* del bien y del mal constituye la obra del alma en este mundo. Dios le prohibió al hombre que comiera de ese fruto, no sólo con el fin de probar al hombre, sino porque sabía que dentro de él estaba la vida espiritual y la vida anímica y que si el hombre comía de ese fruto, la vida anímica se desarrollaría y su vida espiritual moriría. Esto significa que perdería el conocimiento con respecto a Dios y moriría para El. En esto vemos el amor de Dios. El conocimiento del bien y del mal es maligno, es de este mundo y se fija en la parte intelectual del alma. Cuando el hombre comió del árbol del conocimiento del bien y del mal, la vida de su alma se desarrolló y se elevó. Cuando la vida anímica se desarrolla, la vida espiritual es suprimida, pierde el conocimiento de Dios y queda como muerta.

Muchos siervos de Dios están de acuerdo en que el árbol de la vida es la vida que Dios da al hombre en Su Hijo Jesucristo, es decir, la vida eterna, la vida increada de Dios. Vemos dos árboles, uno para desarrollar la vida espiritual y el otro para desarrollar la vida anímica. Aunque el hombre no tenía pecado, tampoco era santo ni justo. Se hallaba en una posición neutral; podía recibir la vida de Dios y llegar a ser una persona espiritual, participando la naturaleza de Dios, o podía desarrollar su vida anímica, haciéndose un ser centrado en el alma y dando muerte a su espíritu. La naturaleza tripartita del hombre fue creada por Dios completamente equilibrada, pero si alguna de sus tres partes experimenta un desarrollo anormal, las otras partes inevitablemente sufren pérdida.

Si entendemos el origen del alma y el principio de su vida, recibiremos una gran ayuda en nuestra vida espiritual. El espíritu proviene de Dios y es dado por El (Nm. 16:22), pero el alma no tiene una relación directa con Dios. El alma fue producida cuando el espíritu entró en el cuerpo. El alma se caracteriza por su asociación con la creación. Es una vida creada y se halla en la esfera natural. Si la vida anímica permanece en el lugar de mayordomo y permite que el espíritu sea el amo, su utilidad será muy grande, porque por sus decisiones, el hombre puede recibir la vida de Dios y relacionarse con El en vida. Pero si la vida anímica se desarrolla, suprimirá al espíritu y someterá la conducta del hombre a la esfera natural de la creación, incapacitándolo así para que se una con la vida sobrenatural e increada de Dios. Cuando el hombre comió del árbol del conocimiento del bien y del mal, su vida anímica se desarrolló y cayó en la muerte.

La tentación de Satanás empezó con una pregunta. El sabía que una vez que sugiriera un interrogante, Eva tendría que ejercitar su *mente* para pensar. Si Eva hubiera estado dispuesta a sujetarse al control del espíritu, habría rechazado esa pregunta. Pero cuando

decidió responder la pregunta, tuvo que utilizar su mente, y su alma tuvo que actuar independiente de su espíritu, fuera de su propio límite. Además, la pregunta de Satanás estaba llena de errores. El formuló la pregunta de modo capcioso para que Eva corrigiera los errores. De esta manera, su mente se activó más. Pero Eva fue aún más allá; en su respuesta alteró la palabra de Dios. El enemigo la tentó diciéndole que si comía, sus ojos se abrirían, y ella sería como Dios, conociendo el bien y el mal. "Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría" (Gn. 3:6). Este fue el razonamiento de Eva. Al principio Satanás comenzó a estimular la mente, la cual está en el alma. Después dio otro paso y sedujo la voluntad de Eva, y ella pecó.

La obra del enemigo comienza con una necesidad física. Primero le dijo que comiera del fruto, lo cual estaba relacionado con el cuerpo. Después avanzó y la tentó en su alma al decirle que si su cuerpo tomaba el fruto, sus ojos se abrirían, y ella conocería el bien y el mal. Le indicó que su búsqueda de conocimiento era legítima. Como resultado, su espíritu se rebeló contra Dios, pues puso en duda la intención que Dios tuvo al prohibirle que comiera. La tentación de Satanás viene primero al cuerpo, después al alma y por último llega al espíritu.

Después de que Eva fue tentada, determinó en su voluntad: (1) "que el árbol era bueno para comer", lo cual atañe a "los deseos de la carne"; su carne fue estimulada primero; (2) que "era agradable a los ojos", lo cual se relaciona con "los deseos de los ojos"; su cuerpo y su alma también fueron engañados; que (3) el árbol era "codiciable para alcanzar la sabiduría", lo cual tiene que ver con "la vanagloria de la vida". La palabra "codiciable" indica que la parte emotiva y la voluntad, las cuales yacen en el alma, se activaron. La función del alma había sido puesta en movimiento, y no había forma de detenerla. Ella dejó de ser un espectador, y su inclinación y su deseo por el fruto despertaron. De hecho, la parte emotiva es un amo peligroso para el hombre.

¿Por qué surgió el deseo? No sólo los deseos de la carne y los deseos de los ojos empezaron a hacer exigencias, sino que la curiosidad del alma la incitó a aspirar a ir más lejos. Aquello la haría sabia. La actividad del alma muchas veces puede ser detectada, cuando descubrimos que aspiramos a adquirir sabiduría y conocimiento, incluyendo el conocimiento espiritual. No esperar a Dios, no tener confianza en la guía del Espíritu Santo y tratar de incrementar el conocimiento con la ayuda de la mente y los libros, son actividades de la carne y traerán perjuicio a la vida espiritual. Ya que la caída del hombre vino por anhelar conocimiento, Dios usó la insensatez de la cruz para destruir la sabiduría de los sabios. El origen de la caída fue el poder intelectual. Por lo tanto, si un hombre quiere ser salvo, tiene que acogerse a la locura de la cruz a fin de no confiar en el poder de su intelecto. El árbol del conocimiento condujo al hombre a la caída, pero Dios usó la locura de la cruz (1 P. 2:24) para salvar al hombre. Por lo tanto, "si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase necio, para que llegue a ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es necedad para con Dios" (1 Co. 3:18-19; 1:18-25).

Después de leer cuidadosamente la historia de la tentación y la caída, podemos ver cómo la rebelión de Adán y Eva los condujo a desarrollar sus almas, y como resultado el espíritu perdió su posición y cayó en las tinieblas. Las partes más importantes del alma son su

mente, su voluntad y su parte emotiva. La voluntad es el amo del hombre, ya que es el órgano que decide. La mente es el órgano pensante, y la parte emotiva es el órgano que puede amar. El apóstol nos dijo que "Adán no fue *engañado"* (1 Ti. 2:14). Esto nos muestra que la mente de Adán no estaba confundida; pero Eva sí fue débil en su mente e intelecto. "Sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión" (2 Ti. 2:14). El relato de Génesis dice: "Y dijo la mujer: La serpiente me *engañó,* y comí" (Gn. 3:13). Adán dijo: "La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí [no dice me engañó]" (v. 12). Adán no fue engañado, así que su mente estaba todavía lúcida. Sabía que el fruto les estaba prohibido, y aún así comió, debido a su parte afectiva. Adán *sabía* que todas las palabras de la serpiente eran ardides del enemigo. Cuando leemos las palabras del apóstol, nos damos cuenta de que Adán pecó deliberadamente, y no como Eva, que pecó haber sido engañada. El amaba a Eva más que a sí mismo. La idolatró y amó tanto que se rebeló contra el mandamiento del Señor por causa de ella. Qué lamentable fue esto. Su cabeza fue controlada por su corazón, y su razón fue vencida por su amor. ¿Por qué los hombres "no han creído a la verdad"? Porque "se han complacido en la injusticia" (2 Ts. 2:12). No es por falta de razón, sino por falta de deseo. Por lo tanto, cuando un hombre verdaderamente se vuelve al Señor "con el corazón [no con la cabeza,] cree para justicia" (Ro. 10:10).

Satanás sedujo la voluntad de Adán utilizando sus sentimientos y lo hizo pecar. A Eva la engañó confundiendo su mente, ganando su voluntad y haciéndola pecar. Cuando la voluntad, la mente y la parte emotiva del hombre fueron envenenadas por la serpiente para que siguiera a Satanás y se rebelara contra Dios, el espíritu, con el cual el hombre se comunica con Dios, recibió un golpe fatal. Aquí vemos el principio de la obra de Satanás. El engañó al alma del hombre para que pecara por medio de cosas de la carne (comer del fruto). Una vez que el alma peca, el espíritu cae en oscuridad y degradación. En ese orden efectúa sus acciones, de afuera hacia adentro. Ya sea que obre usando el cuerpo del hombre o su mente o sus sentimientos con el propósito de ganarse su voluntad, si el hombre le rinde su voluntad, él se apodera de todo su ser y sumerge en muerte su espíritu. La manera en que Satanás actuó la primera vez, es la manera en que obra de ahí en adelante. Pero Dios siempre actúa de adentro hacia afuera. El primero obra en el espíritu del hombre, después alumbra su mente, conmueve su parte emotiva y, finalmente, hace que use su voluntad para que active su cuerpo y lleve a cabo la voluntad de Dios. Todas las obras del diablo van de afuera hacia adentro, mientras que las del Espíritu de Dios se extienden de adentro hacia afuera. De esta manera podemos diferenciar lo que es de Dios y lo que es de Satanás. Esto nos muestra que una vez que Satanás gana la voluntad del hombre, lo controla.

Debemos tener presente que el alma es el órgano de la personalidad del hombre, expresa su libre albedrío y es su amo. Por eso la Biblia a menudo nos dice que es *elalma* la que peca. Miqueas 6:7 menciona "el pecado de mi alma". Ezequiel 18:4, 20 habla de "el alma que pecare". En Levítico y Números, algunas versiones usan la expresión "si un alma peca". La intención de pecar proviene del alma. El pecado se puede definir como la respuesta de la voluntad a la tentación. Por lo tanto, el pecado depende de la voluntad, la cual pertenece al alma. Por esta razón, la expiación está dirigida al alma. "Haced expiación por vuestras personas" [o almas] (Ex. 30:15). "Para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas" (Lv. 17:11). "Para hacer expiación por vuestras almas delante de Jehová" (Nm. 31:50). Ya que la que peca es el alma, es ella la que requiere expiación. Por la misma razón solamente

un alma puede expiar los pecados. “Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida [o alma] en expiación por el pecado ... Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por Su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos” (Is. 53:10-12).

Si estudiamos el carácter del pecado de Adán, encontraremos que además de la rebelión también existe la independencia. Debemos tener presente lo que es el libre albedrío. El árbol de la vida denota dependencia. En el principio, el hombre no había recibido la vida de Dios. Si la hubiera recibido, habría obtenido la vida eterna. Esto nos muestra que era posible que el hombre obtuviera la forma de vida más elevada, y también nos muestra que no la obtuvo. El hombre sólo llega a poseer la vida más elevada cuando adquiere *lavida* de Dios. Esto es lo que significa la dependencia. El árbol del conocimiento del bien y del mal crea independencia. El hombre quiere tener el conocimiento que Dios no le ha dado y trata de obtener las cosas aparte de El, valiéndose de su propia voluntad, lo cual muestra su independencia. La rebelión del hombre contra Dios fue una señal de independencia porque indica que ya no necesita a Dios. La búsqueda del conocimiento del bien y el mal también es una señal de independencia, pues muestra que no está satisfecho con lo que Dios le dio. Queda clara la diferencia entre ser espiritual y ser anímico. Ser espiritual significa confiar plenamente en Dios y estar satisfecho con lo que El nos da. Ser anímico es volverle la espalda y deliberadamente buscar lo que El no nos ha otorgado, en particular, buscar conocimiento. La independencia es una característica del alma. No importa cuán bueno sea un asunto, aun si se trata de la adoración, si no existe una dependencia *total* de Dios y si existe algún rastro de seguridad o confianza propia, entonces el alma está de por medio. Dentro del hombre, el árbol de la vida no puede crecer vigorosamente al lado del árbol del conocimiento del bien y del mal. Esta rebelión e independencia es el principio de la transgresión tanto para los incrédulos como para los creyentes.

EL ESPIRITU, EL ALMA Y EL CUERPO DEL HOMBRE DESPUES DE LA CAIDA

Adán llegó a existir por el aliento de vida, el espíritu. El espíritu es el órgano que conoce a Dios, oye Su voz, tiene comunión con El y puede conocerle bien. Después de que Adán cayó, su espíritu se adormeció.

Al principio, Dios le dijo a Adán: "Porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Gn. 2:17). Después de que Adán y Eva comieron del fruto, vivieron algunos cientos de años. Esto muestra que la muerte de la que Dios habló no era sólo la muerte física. La muerte de Adán comenzó en su espíritu. ¿Qué clase de muerte era? La definición científica de la muerte, es *la finalización de toda comunicación con el medio ambiente.* Cuando el espíritu muere, pierde su comunión con Dios. Cuando el cuerpo muere, el espíritu deja de tener comunicación con el cuerpo. Por lo tanto, el hecho de que el espíritu haya entrado en un estado de muerte no significa que haya abandonado el cuerpo; simplemente significa que perdió su conocimiento de Dios y que estaba muerto para *El.* La muerte espiritual significa que la comunión con Dios cesa. Por ejemplo, tomemos el caso de una persona muda. Tiene boca y pulmones, pero no puede hablar por algún problema con el sistema del habla. Se puede decir que su boca está muerta para el lenguaje humano. Cuando Adán desobedeció a Dios, su espíritu murió. El espíritu seguía en él, pero estaba muerto para Dios y había perdido sus facultades. El conocimiento intuitivo que el hombre tenía de Dios en su espíritu, se corrompió por el pecado, y el espíritu quedó muerto para las cosas de la esfera espiritual. A partir de entonces, el hombre puede tener religión, moral, educación, aptitud, poder y salud física y mental, pero está muerto para Dios. Puede hablar acerca de Dios, hacer conjeturas acerca de El, y hasta predicar; sin embargo, para Dios está muerto. No puede oír la voz del Espíritu de Dios. Es por eso que muchas veces en el Nuevo Testamento Dios se refiere a quienes viven en la carne como personas muertas.

La muerte espiritual del primer hombre se extendió gradualmente al cuerpo. Aunque después de que el espíritu murió, el hombre siguió vivo por un tiempo largo, durante ese lapso la muerte estaba operando en él hasta que su espíritu, alma y cuerpo quedaron embargados por la muerte. En ese entonces, aquel cuerpo que podía haber sido transformado y glorificado regresó al polvo. Cuando el hombre interior dentro del hombre quedó en caos y caído, su cuerpo físico estaba destinado a la muerte y la destrucción.

De ahí en adelante, el espíritu de Adán (así como el de todos sus descendientes) quedó bajo el dominio del alma. Poco después, el espíritu fue absorbido por el alma, se fusionó con ella, y las dos partes quedaron entretejidas. Por eso el autor de Hebreos dice en 4:12 que la palabra de Dios tiene que penetrar y dividir el espíritu del alma, lo cual es necesario por haberse hecho uno solo. Después de que el espíritu quedó entretejido con el alma, el hombre comenzó a vivir en un mundo conceptual. Empezó a actuar de acuerdo con su intelecto y con sus sentimientos. Para entonces, el espíritu había perdido todo su poder y sus sentidos, y había quedado embotado. Originalmente, el espíritu tenía la facultad de conocer a Dios y servirle. Ahora había perdido sus funciones y había caído en un estado comatoso. Aunque todavía estaba allí, era como si no estuviese. Este es el significado de la expresión que leemos en Judas: "Los anímicos, que no tienen espíritu" (v. 19). (En este versículo no se alude al Espíritu Santo, sino al espíritu humano, ya que la expresión anterior

dice “anímicos”. Si el alma es humana, el “espíritu” mencionado a continuación también debe de ser humano. La posición del artículo en el griego también confirma esto). Esto no significa que el espíritu del hombre ya no exista, pues Números 16:22 claramente dice que Dios es “el Dios de los espíritus de *toda carne*”. Todas las personas del mundo tienen espíritu. Pero éste se halla cubierto completamente por los pecados y no puede tener comunión con Dios.

Aunque este espíritu está muerto para Dios, todavía obra tan activamente como la mente y el cuerpo. De hecho está muerto para Dios, pero sigue activo en otras áreas. En algunos casos un hombre caído puede tener un espíritu más fuerte que su alma y su cuerpo, y puede todavía gobernar sobre todo su ser, pero la mayoría de las personas son anímicas o carnales. No obstante, las personas anteriormente mencionadas son “espirituales”, ya que sus espíritus son más desarrollados que los de otros. Podemos encontrar esa clase de personas entre los que practican el espiritismo, la adivinación, la brujería, etc. Ellos se comunican con la esfera espiritual, no por medio del Espíritu Santo, sino de los espíritus malignos. Los espíritus de los hombres pecaminosos están unidos a Satanás y a los espíritus malignos. Sus espíritus están muertos para Dios, pero vivos para Satanás y receptivos a la operación de los espíritus malignos dentro de ellos.

El alma se sujeta a las exigencias de los sentidos y se convierte en su esclava, así que aun cuando el Espíritu Santo luchara por darle lugar a Dios, el esfuerzo sería inútil. Por eso las Escrituras dicen: “No contenderá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne” (Gn. 6:3). En la Biblia, la carne se refiere a la vida y la naturaleza del alma y del cuerpo del hombre no regenerado. A menudo se refiere a la naturaleza pecaminosa que se halla en el cuerpo. Esta carne es la naturaleza común al hombre y a los animales. Ahora el hombre está completamente bajo el control de la carne y no le es posible escapar. El alma reemplazó al espíritu, que era el que gobernaba, y ahora todo es independiente y centrado en el yo. Ahora el hombre se conduce según los deseos del corazón. Aun en asuntos religiosos y en la búsqueda más celosa de Dios, el hombre se vale del poder de su alma y toma decisiones independientes para buscar a Dios a fin de agradarle, sin la revelación del Espíritu Santo. El alma no sólo se desarrolla de esta manera, sino que además es controlada por el cuerpo. Los deseos del cuerpo, sus sensaciones y exigencias, reclaman la obediencia del alma, para que lleve a cabo sus ordenes y los satisfaga. No sólo están todos los descendientes de Adán muertos en sus espíritus, sino que son “de la tierra, terrenales” (1 Co. 15:47). Están completamente bajo el control de la carne y andan de acuerdo con la vida del alma y en la naturaleza carnal. Tales personas no pueden tener comunión con Dios. Algunas veces expresan su fuerza intelectual, y otras, su lujuria; y frecuentemente expresan las dos cosas. La carne controla todo su ser sin ninguna restricción.

Esta es la clase de personas a las que se alude en Judas 18 y 19: “Burladores, que andarán según sus impías concupiscencias. Estos son los que causan divisiones; los anímicos, que no tienen espíritu”. Ser *anímico* es lo opuesto a *tienen espíritu.* El espíritu, que era el más elevado y debía estar unido a Dios y debía gobernar el alma y el cuerpo, quedó rodeado por el alma, cuyos motivos e intenciones son totalmente terrenales. El espíritu perdió su posición original y quedó en una condición anormal. Por eso la Biblia dice que tales

personas no tienen espíritu. El resultado de esta condición completamente anímica es que se burlan, actúan de acuerdo con sus propias lujurias y causan divisiones.

En 1 Corintios 2:14 también se habla de las personas anímicas no regeneradas: "Pero el hombre anímico no acepta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son necedad, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente". Ellas son controladas por sus almas, las cuales dominan sus espíritus; son lo opuesto al hombre espiritual. Aunque puedan ser muy inteligentes y tengan ideas y teorías maravillosas, no pueden decir nada acerca de las cosas del Espíritu de Dios. No pueden recibir la revelación del Espíritu Santo. ¡Qué diferente es esta perspectiva de la del mundo! El mundo piensa que el poder intelectual y la razón del hombre son omnipotentes, y que el hombre puede descubrir toda clase de verdades en el mundo por medio de su mente. Pero la Palabra de Dios considera todo eso como vanidad.

Aunque el hombre sea anímico, se da cuenta de la incertidumbre de esta vida y busca vida eterna en la era venidera. Sin embargo, el hombre nunca encuentra la verdad relacionada con la vida por medio de su mente ni de teorías, ya que éstas no son medios fidedignos. Muchas veces las personas inteligentes sostienen puntos de vista divergentes. Las teorías llevan al hombre al error. Son castillos en el aire y no conducen a nada, salvo a la oscuridad eterna.

De hecho, a menos que el poder intelectual sea dirigido por el Espíritu Santo, no es confiable y es muy peligroso. Puede juzgar correcto lo que en realidad está equivocado, y lo erróneo como correcto. Si no tenemos cuidado, no sólo sufriremos perdida temporal, sino que también podemos sufrir un daño permanente. Los pensamientos oscuros del hombre generalmente lo llevan a la muerte eterna. Sería bueno que el hombre anímico no regenerado tenga esto presente.

Además, cuando un hombre es carnal, no sólo está bajo el gobierno del alma, sino que su alma está íntimamente ligada a su cuerpo. Muchas veces el cuerpo induce al alma a cometer los pecados más viles. El cuerpo de pecado está lleno de deseos y concupiscencias, y sus inclinaciones y motivos son terrenales, lo cual obedece a que fue creado del polvo de la tierra. Desde que el veneno de la serpiente entró en el cuerpo del hombre, sus deseos legítimos se convirtieron en lujuria. Desde que el alma obedeció al cuerpo y se rebeló contra lo ordenado por Dios, quedó sujeta al cuerpo y le obedece. En tales circunstancias, la concupiscencia del cuerpo se expresa en diferentes formas de pecado por medio del alma. La autoridad del cuerpo es tan grande que hace que el alma sea incapaz de resistir y sea una esclava obediente.

El hombre consta de tres partes: el espíritu, el alma y el cuerpo. La intención original de Dios era que el espíritu mantuviera la preeminencia y gobernara el alma. Después de que el hombre se hizo anímico, el espíritu fue subyugado y se convirtió en siervo del alma. Después de que el hombre se hizo carnal, la carne, que ocupaba el lugar más bajo, comenzó a reinar. El hombre dejó de ser gobernado por el espíritu y pasó a ser gobernado por el alma, y ésta a su vez fue regida por el cuerpo. Paso a paso fue cayendo, y la carne tomó el control. ¡Qué lamentable fue esto!

El pecado dio muerte al espíritu, y la muerte espiritual pasó a todos los hombres; de modo que todos están muertos en pecado y en transgresiones. El pecado también hizo que el alma se independizara, de tal manera que la vida anímica se convirtió en una vida independiente y egocéntrica. Además, el pecado le dio al cuerpo poder para que la naturaleza pecaminosa reinase por medio de él.

CAPITULO CUATRO

EL CAMINO DE LA SALVACION

EL JUICIO EJECUTADO EN EL GOLGOTA

La muerte entró al mundo debido a la caída del hombre. Esta es una muerte espiritual que separa al hombre de Dios, y vino por medio del pecado. Desde el momento de la caída hasta hoy no ha habido ningún cambio: la muerte siempre viene por medio del pecado. Romanos 5:12 dice que "el pecado entró en el mundo por medio de un hombre". Adán pecó, y el pecado entró en el mundo. "Y por medio del pecado la muerte"; esto nos muestra que el resultado inevitable del pecado es la muerte. "Y así la muerte pasó a todos los hombres". ¿Por qué razón? "Por cuanto todos pecaron". No sólo la muerte pasó a todos los hombres, sino que según la traducción literal de esta frase, la muerte "se extendió a todos los hombres". El espíritu, el alma y el cuerpo se llenaron de la muerte. La muerte está presente en cada parte del hombre. Por lo tanto, el hombre no tiene otra alternativa que recibir la vida de Dios. El camino de la salvación no depende del esfuerzo del hombre por mejorar, porque "la muerte" no tiene posibilidad alguna de mejorarse. El pecado primero debe ser juzgado, y entonces podemos ser libres de la muerte que viene por medio del pecado. Esta es la salvación que Jesucristo efectúa.

Según la Biblia, el hombre que peque debe morir. Por lo tanto, ningún animal ni ningún ángel puede morir por el hombre como sustituto llevando el castigo del pecado. Es la naturaleza tripartita *del hombre* la que peca; por lo tanto, el que muere debe tener esa misma naturaleza. Sólo la naturaleza humana puede redimir la naturaleza humana. Ya que todos los hombres pecaron, la muerte de uno mismo no lo puede redimir de su propio pecado. Debido a esto, el Señor Jesús vino y tomó la naturaleza humana a fin de llevar sobre sí el juicio dictado contra la naturaleza humana. El no tenía pecado, así que Su naturaleza santa podía redimir la naturaleza pecaminosa del hombre, por medio de la muerte. El murió como un substituto, llevó sobre Sí el castigo por el pecado y dio Su vida en rescate de muchos, para que todo el que crea en El sea librado del juicio (Jn. 5:24).

Cuando el Verbo se hizo carne, incluyó a toda carne en Sí mismo. Así como la acción de un hombre, Adán, representa las acciones de toda la humanidad, así la obra de otro hombre, Cristo, también representa la obra de toda la humanidad. Debemos ver que Cristo incluyó a toda la humanidad para poder entender lo que es la redención. La transgresión de Adán es la transgresión de toda la humanidad, pasada y presente. Esto se debe a que Adán fue el primero del género humano, y todos los hombres provienen de él. De igual manera, la justicia cumplida por Cristo llega a ser la justicia de toda la humanidad, pasada y presente. Esto obedece a que Cristo es el primero del nuevo linaje, el cual es el nuevo hombre y nace de Cristo.

Tenemos un ejemplo de esto en Hebreos 7, donde el apóstol trata de mostrar que el sacerdocio de Melquisedec es superior al de Leví. Debido a que Abraham le dio a

Melquisedec los diezmos de todo y fue bendecido por él, se concluye que Melquisedec es superior a Leví. ¿Por qué llegamos a tal deducción? "Porque aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro" (v. 10). Sabemos que Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob, y Jacob a Leví; así que, Leví fue biznieto de Abraham. Cuando Abraham ofreció los diezmos y recibió la bendición, aunque Leví no había nacido ni su padre ni su abuelo, la Biblia reconoce el diezmo de Abraham y la bendición que recibió, como el diezmo de Leví y la bendición para él. Si Abraham es inferior a Melquisedec, entonces Leví también debe serlo. Este evento nos ayuda a entender por qué todos se consideran pecadores por haber pecado Adán, y por qué todos fueron juzgados cuando Cristo lo fue. Cuando Adán transgredió, todos estaban en sus lomos, y cuando Cristo fue juzgado, las vidas de todos los pecadores regenerados también estaban en sus lomos. Por esta razón, cuando Cristo fue juzgado por el pecado del hombre, todos los que creen en El también fueron reconocidos como ya juzgados, y todos los que creen en El no serán juzgados.

Debido a que la naturaleza humana debe sufrir el juicio, el Hijo de Dios, el hombre Jesucristo, llevó sobre la cruz, en Su espíritu, alma y cuerpo el castigo que merecía la humanidad.

Examinemos primeramente el castigo que sufrió Su cuerpo. El hombre peca por medio de su cuerpo, pues éste hace que el hombre peque y sienta placer al hacerlo. Por lo tanto, la parte del hombre que necesita ser castigada es el cuerpo. ¿Quién puede comprender completamente el sufrimiento del cuerpo del Señor Jesús mientras estaba sobre la cruz?. En el Antiguo Testamento, los salmos mesiánicos (los que se relacionan con Cristo) nos dan una descripción clara de la agonía de Su cuerpo: "Horadaron mis manos y mis pies" (Sal. 22:16). El profeta lo describió como Aquel "a quien traspasaron" (Zac. 12:10). Sus manos, Sus pies, Su frente, Su costado y su corazón fueron traspasados por los hombres; El fue horadado por los seres humanos pecaminosos y para el bien de ellos. Allí El sufrió intenso dolor. Debido a que el peso de Su cuerpo había estado colgando de la cruz sin ningún soporte, tuvo una fiebre alta causada por la falta de circulación de la sangre en todo Su cuerpo. Su boca se secó, y El clamó, "Mi lengua se pegó a mi paladar" (Sal. 22:15), y "En mi sed me dieron a beber vinagre" (Sal. 69:21). A las manos les encanta pecar; por eso, deben ser clavadas. Ya que a la boca le gusta pecar, debe sufrir. Los pies van en pos del pecado; así que, deben ser traspasados. A la cabeza le place pecar; por ende, debe llevar una corona de espinas. El castigo que el cuerpo humano merece, fue ejecutado a cabalidad sobre Su cuerpo. Fue así como El sufrió el dolor físico, hasta que la muerte puso fin a todo ello. Aunque El podía evitarse esos sufrimientos, El entregó Su cuerpo voluntariamente para sufrir esos indescriptibles dolores y agonías. No se retractó ni por un momento, hasta que supo que "todo estaba consumado" (Jn. 19:28). Sólo entonces, rindió Su vida.

No sólo Su cuerpo sufrió, sino también Su alma. Nuestra alma es la parte por la cual estamos conscientes de nosotros mismos. Cuando el Señor Jesús estaba en la cruz, le ofrecieron vino mezclado con mirra para que perdiera la sensibilidad y no sintiera dolor, pero El lo rechazó. No quiso dejar de estar consciente. El alma del hombre anhela los placeres del pecado; por eso, El debía estar muy consciente de los dolores por el pecado. El escogió beber la copa que Dios le dio, y no beber la que le haría perder el sentido.

¡Qué vergonzoso era morir en una cruz! Era un castigo para los esclavos que escapaban. Un esclavo no tenía posesiones ni derechos civiles. Hasta su cuerpo pertenecía a su amo; por lo tanto, la cruz, el castigo menos honroso, se aplicaba a los esclavos. El Señor Jesús tomó nuestro lugar como un esclavo y fue clavado en la cruz. Isaías se refirió a El como esclavo; Pablo también dijo que El era un esclavo. El vino como un esclavo para salvarnos a nosotros, quienes a lo largo de nuestras vidas éramos esclavos del pecado y de Satanás. Eramos esclavos de las concupiscencias, de la ira, de los vicios y del mundo; habíamos sido vendidos al pecado; pero El murió para librarnos de nuestra esclavitud y llevó sobre sí toda nuestra vergüenza.

La Biblia nos dice que los soldados echaron suertes sobre Sus vestidos (Jn. 19:23). Cuando fue crucificado, estaba casi desnudo. Esta vergüenza era parte de la crucifixión. El pecado quita nuestras vestiduras de luz y nos desnuda. El Señor Jesús fue despojado de Su ropa delante de Pilato y luego en el Gólgota. ¿Cómo reaccionó Su naturaleza santa? ¿No pisoteó esto la santidad de Su humanidad y lo avergonzó? ¿Quién puede comprender cómo se sintió Su alma en esa hora? Mientras todos los hombres disfrutaban la gloria del pecado, nuestro Salvador sufría la vergüenza del pecado. Ciertamente, a esa hora Dios "lo cubrió de afrenta", y "Tus enemigos, oh Jehová, han deshonrado. Porque tus enemigos han deshonrado los pasos de Tu ungido" (Sal. 89:45, 51). Pero El "sufrió la cruz, menospreciando el oprobio" (Heb. 12:2).

Nadie puede comprender en verdad cómo sufrió Su alma en la cruz. Por lo general, solamente pensamos en los sufrimientos de Su cuerpo y olvidamos los sentimientos de Su alma. La semana anterior a la Pascua, El dijo: "Ahora está turbada mi alma" (Jn. 12:27). Esto habla de la cruz. Cuando estaba en Getsemaní dijo: "Mi alma está profundamente triste, hasta la muerte" (Mt. 26:38). Sin estas palabras no podríamos entender la agonía en Su alma. Isaías 53:10-12 dice tres veces que El dio Su vida (o alma), afligió su alma, y derramó su vida (o alma) hasta la muerte. Ya que El cargó con la maldición y la vergüenza de la cruz, todo aquél que cree en El ya no necesita cargar con ello.

Su espíritu también sufrió grandemente. El espíritu es la parte por medio de la cual el hombre tiene comunión con Dios. El Hijo de Dios es santo y sin pecado, separado de los pecadores. Su espíritu, en unión con el Espíritu Santo, nunca tuvo un momento de oscuridad ni de confusión. Constantemente disfrutó la presencia de Dios. "Porque no estoy Yo solo, sino Yo y el que me envió, el Padre" (Jn. 8:16). "Porque el que me envió, conmigo está" (v. 29). Por eso, podía orar: "Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes" (11:41-42). Sin embargo, mientras estaba sobre la cruz (el momento en que más necesitaba la presencia de Dios), El clamó: "Dios Mío, Dios Mío, ¿por qué me has desamparado? (Mt. 27:46). Su espíritu estaba separado de Dios. Se sintió solo, rechazado y aislado. Siguió siendo obediente, haciendo la voluntad de Dios; pero fue abandonado, no por nada Suyo, sino por el pecado de otros.

El peor daño que causa el pecado es el que le causa al espíritu. Por lo tanto, aun tal Santo, el Hijo de Dios, debido a que cargó con el pecado de otros, llegó a estar separado de Dios. Es un hecho que en la eternidad insondable "Yo y el Padre uno somos" (Jn. 10:30); esta verdad permaneció vigente aun mientras estuvo sobre la tierra. La humanidad no podía separarle de Dios, pero el pecado lo hizo, aunque era el pecado de otros. El sufrió la

separación espiritual por nosotros, a fin de que nuestro espíritu pudiera reconciliarse con Dios.

Cuando El vio la muerte de Lázaro, quizá pensó en Su propia muerte, así que "se indignó en Su espíritu (Jn. 11:33). Cuando anunció que sería traicionado y moriría en la cruz, "se conmovió en espíritu" (13:21). Debido a eso, cuando estaba en el monte llamado Gólgota recibiendo el juicio de Dios, clamó: "Dios Mío, Dios Mío, ¿por qué Me has abandonado?" "Me acordaba de Dios, y me conmovía; me quejaba, y desmayaba mi espíritu" (Sal. 77:3). Esto se debió a que Su espíritu se separó del Espíritu de Dios, quedó desprovisto en Su espíritu de la fuerza del Espíritu Santo, quien normalmente lo sustentaba (Ef. 3:16). Así que clamó: "He sido derramado como aguas, y todos Mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas. Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte" (Sal. 22:14-15).

Por un lado, el Espíritu Santo, el Espíritu de Dios, se apartó de El; mientras que por otro, el espíritu malvado de Satanás se burlaba de El. Las palabras de Salmos 22:11-13 parecen indicar esto: "No te alejes de mí .... porque no hay quien ayude. Me han rodeado muchos toros. Fuertes toros de Basán me han cercado. Abrieron sobre mí su boca como león rapaz y rugiente".

Su espíritu, por un lado, sintió el abandono de Dios, y por otro, resistió la burla y el desprecio del espíritu maligno. Cuando el espíritu del hombre se separa de Dios, se exalta a sí mismo y se convierte en presa fácil para la operación de los espíritus malignos (Ef. 2:2). Sin embargo, el espíritu del hombre debe ser completamente quebrantado, para que el hombre no pueda resistirse a Dios ni unirse al enemigo. El Señor Jesús fue hecho pecado por nosotros en la cruz. Su naturaleza santa fue completamente quebrantada, debido a que la naturaleza pecaminosa del hombre fue juzgada por Dios. Cristo fue abandonado por Dios, y experimentó la parte más dolorosa del juicio de Dios, ya que el amor de Dios, Su rostro bondadoso y Su luz se escondieron de El, haciendo que el Salvador sufriera en tinieblas la ira del castigo de Dios sobre el pecado. El resultado del pecado es ser abandonado por Dios.

Ahora, tanto nuestra naturaleza pecaminosa como nuestro espíritu, alma y cuerpo fueron castigados. La naturaleza pecaminosa del hombre fue plenamente juzgada en la naturaleza humana y santa del Señor Jesús, la cual ganó la victoria en El. Los castigos que merecían el cuerpo, el alma y el espíritu de los pecadores fueron infligidos al Señor Jesús. El es nuestro representante. Nosotros llegamos a ser uno con El por la fe, y El llega a ser uno con nosotros. Su muerte es nuestra muerte. Su persona juzgada es nuestra persona juzgada. En El, nuestro espíritu, alma y cuerpo fueron juzgados y castigados. Es como si nosotros mismos hubiéramos pasado por esos castigos. Por lo tanto, "no hay condenación para los que están en Cristo Jesús" (Ro. 8:1).

Esto es lo que El logró en nuestro favor. Esta es nuestra posición ante la ley. "Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado" (Ro. 6:7). En nuestra posición estamos muertos en el Señor Jesús. Ahora debemos permitir que el Espíritu Santo aplique este hecho a nuestra experiencia. La cruz es el lugar donde el espíritu, alma y cuerpo del pecador son juzgados, y mediante la muerte y resurrección del Señor Jesús, el Espíritu Santo de Dios

puede impartirnos Su naturaleza santa. La cruz lleva el castigo del pecador y libera la vida del Señor Jesús. Por lo tanto, de ahora en adelante, todo el que quiera recibir la cruz, será regenerado por el Espíritu Santo y recibirá la vida del Señor Jesús.

LA REGENERACION

Antes de que el hombre sea regenerado, su espíritu está muy lejos de Dios y está muerto. La muerte significa separación de la vida. La máxima expresión de la vida es Dios. Puesto que estar muerto significa estar separado de la vida, entonces estar muerto es estar separado de Dios. El espíritu del hombre que está separado de Dios está amortecido y no tiene comunión con El. El alma controla todo su ser; así que dicho hombre vive por sus ideas o por sus reacciones. Las lujurias y los deseos del cuerpo subyugan su alma.

El espíritu del hombre se amorteció; por lo tanto, es necesario que sea resucitado. El nuevo nacimiento del que el Señor Jesús habló a Nicodemo, es el nuevo nacimiento del espíritu. Nacer de nuevo no tiene que ver con nuestro cuerpo, como pensó Nicodemo, ni con nuestra alma, porque no solamente el "cuerpo de pecado" es anulado (Ro. 6:6), sino que además "los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne [el alma] con sus pasiones y concupiscencias" (Gá. 5:24). Debemos recalcar especialmente que la regeneración es la impartición de la vida de Dios en el espíritu del hombre. Debido a que Cristo redimió nuestra alma y destruyó el principio de la carne, nosotros, quienes somos uno con El, podemos participar de Su vida resucitada que venció la muerte. Nuestra unión con la muerte de Cristo y nuestro paso inicial de recibir Su vida de resurrección se hallan en nuestro espíritu. Nacer de nuevo es un asunto exclusivo del espíritu, y no tiene relación con el alma ni con el cuerpo.

El hombre es un ser único en toda la creación, no por tener alma sino por tener espíritu. Al unirse el espíritu y el alma se forma un hombre. Esta unión hace que el hombre sea un ser único en el universo. De acuerdo con la Biblia, el alma del hombre por sí sola no tiene ninguna relación con Dios. La relación del hombre con Dios se lleva a cabo en el espíritu. Dios es Espíritu, y los que le adoran deben utilizar sus espíritus. Sólo el espíritu puede relacionarse con el Espíritu y adorar a Dios. Por lo tanto, en la Biblia vemos que solamente el espíritu puede servir al Espíritu (Ro. 1:9; 7:6; 12:11), conocer al Espíritu (1 Co. 2:9-12), adorar a Dios, quien es Espíritu (Jn. 4:23-24; Fil. 3:3), y recibir revelación de Dios quien es Espíritu (Ap. 1:10; 1 Co. 2:10).

Por lo tanto, debemos tener presente que Dios siempre se relaciona con el hombre por medio del espíritu humano y cumple Su plan por medio de dicho espíritu. Por lo tanto, para que el espíritu del hombre cumpla el propósito de Dios, debe permanecer en una unión constante y viva con Dios mismo, y en ningún momento seguir las emociones, los deseos ni las ideas del alma, pues contradicen la ley divina. De no ser así, la muerte vendrá, y el espíritu interrumpirá su unión con Dios quedará desconectado de la vida de El. Ya dijimos que esto no significa que el hombre pierda su espíritu, sino que éste cede su posición al alma. Cuando el espíritu del hombre obedece el impulso de su "hombre exterior" en la forma de ideales y deseos, el resultado es que pierde su comunión con Dios. Esto constituye la muerte. Quienes están muertos "en delitos y pecados" se entregan a "los deseos de la carne y de los pensamientos" (Ef. 2:1, 3).

La vida de un hombre no regenerado está casi enteramente bajo el control del alma. Primero, el hombre experimenta ansiedad, curiosidad, gozo, orgullo, compasión, vicios, placer, asombro, vergüenza, amor, arrepentimiento, entusiasmo y felicidad. Segundo, el hombre tiene ideales, imaginaciones, supersticiones, dudas, suposiciones, investigaciones, inferencias, experiencias, análisis, reflexiones, etc. Tercero, el hombre tiene deseos de obtener poder, riquezas, aprobación social, libertad, posición, fama, alabanza y conocimiento. El puede ser decisivo, dependiente, valiente y paciente; al mismo tiempo, puede ser temeroso, indeciso, independiente, obstinado y recalcitrante. Todas estas son manifestaciones del alma en sus tres aspectos: la parte emotiva, la mente y la voluntad. ¿Acaso no está la vida del hombre llena de éstas cosas? Sin embargo, la regeneración del hombre no se produce como resultado de ninguna de estas funciones. Uno puede arrepentirse de las ofensas, lamentarse por el pecado y proponerse, con lagrimas, mejorar; sin embargo, eso no trae salvación. La confesión, la decisión, así como muchos otros sentimientos religiosos no producen la regeneración. Aun la determinación de la voluntad, el conocimiento intelectual y la receptividad en la mente para escoger lo bueno, hermoso y noble, no pasan de ser funciones del alma, mientras que el espíritu puede permanecer completamente inactivo. En la salvación la voluntad, la parte emotiva y la mente del hombre no son lo principal ni lo básico; más bien, son secundarios o subordinados. Por lo tanto, sin importar el grado de sufrimientos del cuerpo, de la agitación de la emoción, de las exigencias de la voluntad o del entendimiento de la mente para reformar y mejorar al hombre, nada de eso es constituye el nuevo nacimiento. En la Biblia la regeneración sucede en una parte del hombre que es más profunda que el cuerpo y el alma. Es en su espíritu donde el Espíritu Santo le imparte la vida de Dios.

Debido a esto, todo obrero del Señor debe entender que nuestras habilidades naturales no pueden hacer que alguien nazca de nuevo. La vida y obra cristiana, de principio a fin, no debe confiar en el poder del alma. Si lo hace, el fruto sólo será en la esfera del alma y no penetrará a lo más profundo, al espíritu del hombre. Debemos depender del Espíritu Santo para impartir la vida de Dios a otros.

¿Cómo puede el hombre ser regenerado en el espíritu?

El Señor Jesús murió en lugar del pecador para recibir el castigo que éste merecía. El espíritu, el alma y el cuerpo del pecador, junto con todos sus pecados, fue juzgado en el Señor Jesús sobre la cruz. A los ojos de Dios y según Su propósito, la muerte del Señor Jesús es reconocida como la muerte todas las personas de este mundo. El, en Su humanidad santa, murió por toda la humanidad pecadora. Sin embargo, al hombre le corresponde algo; que es unirse por la fe en espíritu, alma y cuerpo al Señor Jesús. Esto significa que debe reconocer que el Señor Jesús viene a ser él mismo, y debe tomar la muerte y la resurrección del Señor Jesús como su propia muerte y resurrección. Este es el significado de Juan 3:16: “Para que todo aquel que en El cree ... tenga vida eterna”. El pecador debe usar su fe para creer en el Señor Jesús, estar unido a Su muerte, y así ser uno con El en Su resurrección. Entonces, podrá obtener la vida eterna, la cual es una vida espiritual (17:3) y nacerá de nuevo.

Debemos tener mucho cuidado para no considerar la muerte substitutiva del Señor y nuestra muerte juntamente con El como dos asuntos separados. Aquellos que ponen

atención al conocimiento tienen esta tendencia, pero no debe ser así en nuestra vida espiritual. La muerte substitutiva del Señor y nuestra muerte juntamente con El pueden diferenciarse pero nunca deben separarse. Cuando uno cree en la muerte substitutiva del Señor Jesús, en realidad ya murió con Cristo (Ro. 6:2). Creer que el Señor Jesús tomó mi lugar de castigo, es creer que yo ya fui castigado en El. La pena por el pecado es la muerte, y ése fue el castigo que el Señor sufrió por nosotros; por lo tanto, en el Señor Jesús yo ya estoy muerto. De no ser así, no hay salvación. Decir que El murió en mi lugar es decir que yo ya fui castigado y morí en El (aquellos que confíen en este hecho podrán experimentarlo).

La fe por la cual un pecador cree en la muerte substitutiva del Señor Jesús lo introduce en Cristo y lo une a El. Aunque muchas veces él solamente ve los problemas con respecto al castigo por el pecado y no comprende lo que es el poder del pecado, esta unión con el Señor es común a todos los creyentes. El que no está unido al Señor, no ha creído en El y no tiene nada que ver con El.

Creer en el Señor es unirse a El. Estar unido al Señor significa experimentar todo lo que El experimentó. En los versículos 14 y 15 de Juan 3 el Señor Jesús explicó claramente lo que significa estar unido a El. Es estar unido a El en Su muerte y crucifixión. Todo aquel que cree en el Señor Jesús está unido por lo menos en posición a la muerte de Cristo. Pero "si ... hemos crecido juntamente con El en la semejanza de Su muerte, ciertamente también lo seremos en la semejanza de Su resurrección" (Ro. 6:5). Por lo tanto, todo el que cree en la muerte substitutiva del Señor Jesús ha sido resucitado (en posición) con El. Aunque un creyente no haya experimentado plenamente el significado de la muerte del Señor, Dios ya le resucitó juntamente con Cristo, y en la vida resucitada del Señor ya recibió una vida nueva y nació de nuevo.

Debemos rechazar la idea de que el hombre debe experimentar la muerte y la resurrección con el Señor antes de nacer de nuevo. Según la Biblia, cuando una persona cree en el Señor Jesús, nace de nuevo. "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre ... son engendrados ... de Dios" (Jn. 1:12-13).

Tengamos presente que nuestra corresurrección con el Señor no es una experiencia posterior a la regeneración. Nacer de nuevo es resucitar juntamente con el Señor porque la muerte del Señor (o sea, nuestra muerte con El) eliminó el problema de nuestra vida pecaminosa. Entonces, en la resurrección del Señor (o sea, cuando resucitamos con El), se nos dio una vida nueva, la cual dio inicio a nuestra vida cristiana. Por eso la Biblia dice: "Dios .... nos ha regenerado ... mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos" (1 P. 1:3). Esto nos muestra que todo creyente, todo el que nace de nuevo ya fue resucitado con el Señor. Sin embargo, en Filipenses 3 el apóstol Pablo nos dice que el creyente todavía necesita aspirar a conocer "el poder de Su resurrección" (v. 10). A muchos cristianos, aunque ya nacieron de nuevo y participaron en la resurrección del Señor, les falta la manifestación del poder de la resurrección.

Así que no debemos confundir la posición con la experiencia. Cuando una persona cree en el Señor Jesucristo, aunque todavía sea débil o desconozca los hechos, Dios le dio una posición en la cual puede darse por muerto, resucitado y ascendido con el Señor. Aquellos

que fueron aceptados en Cristo, en posición, son aceptados igual que El. Sin embargo, los creyentes no necesariamente tienen la experiencia de este hecho. El creyente está en una posición en la que posee todas las experiencias del Señor Jesús. En experiencia, como mínimo, ya nació de nuevo. El nuevo nacimiento no se debe a que haya experimentado la muerte, la resurrección y la ascensión del Señor a cierto grado, sino a que cree en El. Su posición produce en él la experiencia de nacer de nuevo; aunque en la experiencia todavía no conoce el poder de la resurrección de Cristo (Fil. 3:10), ya fue vivificado, resucitado y está sentado en los lugares celestiales juntamente con Cristo (Ef. 2:5-6)

"Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre" (Pr. 20:27). En la regeneración el Espíritu Santo entra en nosotros; penetra en el espíritu del hombre como la luz de una lámpara. En esto consiste el "nuevo espíritu" del que habla Ezequiel 36:26. Debido a que el viejo espíritu estaba muerto, el Espíritu Santo deposita en él la vida increada de Dios, lo cual le infunde vida.

Antes de la regeneración, el espíritu del hombre era gobernado por su alma, la cual era dominada por el yo, el cual era regido por el cuerpo, y éste, a su vez, era controlado por la lujuria. Así que el alma llegó a ser la vida del espíritu; el yo vino a ser la vida del alma, y la lujuria se convirtió en la vida del cuerpo. Pero después de la regeneración del hombre, el Espíritu Santo gobierna su espíritu, hace que éste gobierne su alma, y por medio del alma también gobierna su cuerpo. Ahora el Espíritu Santo llega a ser la vida del espíritu, y el espíritu, la vida de todo su ser.

En la regeneración el Espíritu Santo revive el espíritu humano y lo renueva. En la Biblia, la regeneración se refiere al paso por el cual el hombre sale de la muerte y entra en la vida. La regeneración, igual que el nacimiento físico, sucede sólo una vez, y una es suficiente. En el nuevo nacimiento el hombre recibe la vida de Dios, nace de El y llega a ser hijo de Dios. Según las Escrituras la renovación se refiere a la obra que hace el Espíritu Santo en nuestro ser, llenándonos progresivamente de Su vida y venciendo completamente nuestra vida carnal. Es una obra larga, continua y progresiva. En tal persona es restaurado el orden original del espíritu y el alma.

También debemos prestar atención al hecho de que la regeneración no sólo nos restaura a la condición en que estaba Adán antes de la caída, sino que nos da algo más. Adán tenía espíritu, pero aunque había sido creado por Dios no contenía la vida increada de Dios, la cual es representada por el árbol de la vida. No había una relación vital entre Adán y Dios. Al igual que los ángeles, Adán fue llamado hijo de Dios (Lc. 3:38), ya que Dios lo creó directamente. Quienes creemos en el Señor Jesús somos "engendrados" de Dios (Jn. 1:12-13), y de este modo tenemos una relación vital con El. La vida que heredan los hijos es la vida del padre. Ya que nosotros nacimos de Dios, automáticamente tenemos Su vida (2 P. 1:4). Si Adán hubiera querido recibir la vida que Dios le ofreció por medio del árbol de la vida, habría tenido la vida eterna e increada de Dios. Su espíritu vino de Dios y existe para siempre, pero esa vida llega a ser eterna dependiendo de su respuesta al mandamiento de Dios y a lo que escogiera. Lo que los creyentes obtenemos en la regeneración es la vida de Dios, una vida que Adán pudo obtener, pero que no quiso. La regeneración no sólo sirve para restaurar el espíritu y el alma y sacarlos de su estado de confusión y tinieblas, sino que además, hace que el hombre posea la vida sobrenatural de Dios.

El espíritu amortecido y caído del hombre es vivificado al recibir la vida de Dios que le imparte el Espíritu Santo. En esto consiste la regeneración. La base sobre la cual el Espíritu Santo regenera al hombre es la cruz (véase Jn. 3:14-15). La vida eterna mencionada en Juan 3:16 es la vida de Dios que el Espíritu Santo deposita en el espíritu del hombre. Ya que esta vida es la vida de Dios, que nunca puede morir, todos los que son regenerados tienen esta vida, y por eso se dice que "tienen vida eterna". Si la vida de Dios muriera, la vida eterna que recibe el hombre inmediatamente perecería.

Después de la regeneración, la relación del hombre con Dios es igual a la que establece el nacimiento de un niño. Una vez que un hombre nace de Dios, no importa lo que suceda, Dios no puede negar que lo engendró. Por lo tanto, el hombre, al nacer de Dios, obtiene una posición ante El y una relación con El que no puede ser destruida en toda la eternidad. El hombre no recibe esto por medio del progreso ni la espiritualidad ni la santidad que obtenga después de haber creído, sino por medio de la regeneración que se efectúa cuando cree en el Señor Jesús como Salvador. Dios da a los regenerados vida eterna. Por lo tanto, esta posición y esta vida jamás pueden ser anulados.

Cuando el hombre es regenerado, obtiene la vida de Dios. Este es el *punto de partida de la vida cristiana y es la mínima experiencia de todo creyente.* Todo aquel que no haya creído en la muerte del Señor Jesús ni haya recibido Su vida sobrenatural, de la cual él carece originalmente sin importar con cuánto celo pueda progresar en la religión, la moralidad y el aprendizaje, está muerto a los ojos de Dios. *Todo aquel que no tiene la vida de Dios está muerto.*

Con la regeneración como punto de partida, la vida espiritual tiene la posibilidad de crecer. El nuevo nacimiento es el primer paso en la vida espiritual. En la regeneración, la vida espiritual está completa, pero no madura. La capacidad de esta vida está completa y puede ascender al plano más elevado; sin embargo, debido a que acaba de nacer, no es una vida madura. Es como una fruta que está verde, aunque tiene la vida completa; la capacidad de la vida se halla presente en plenitud, pero la fruta no tiene todas sus facultades orgánicas. Lo mismo sucede en la regeneración del hombre. En el hombre regenerado existe una capacidad inmensamente grande de la vida de Dios que le permitirá avanzar sin cesar. Desde ahí en adelante, el Espíritu Santo puede guiarlo hacia adelante hasta que el cuerpo y el alma sean totalmente sometidos.

DOS CLASES DE CREYENTES

En 1 Corintios 3:1, el apóstol clasificó a todos los creyentes en dos categorías: espirituales y carnales. Un cristiano espiritual es aquel en cuyo espíritu mora al Espíritu Santo y cuyo ser es gobernando por El. Entonces, ¿qué es ser carnal? En la Biblia, la carne se refiere a todo lo que pertenece a la naturaleza y vida del hombre no regenerado: todo el ser de un hombre no regenerado, todo lo que pertenezca a su espíritu, alma y cuerpo pecaminosos (Ro. 7:18). Por lo tanto, un cristiano carnal es uno que, habiendo nacido de nuevo y habiendo recibido la vida de Dios, no puede vencer su carne, y por el contrario, ésta lo vence. Ya vimos la condición del hombre caído: su espíritu está amortecido y es gobernado por su alma y su cuerpo. Un cristiano carnal, entonces, es aquel que obedece a su alma y a su cuerpo para pecar y para conducirse.

Si después de ser regenerado un hombre permanece por un largo período en la carne, la salvación no se perfeccionará en él, pues sólo cuando él crece en la gracia y llega a ser espiritual es perfeccionada la salvación en él. El camino de salvación que vemos en el Gólgota consiste en que Dios ya preparó Su salvación para que todo pecador sea regenerado y para que todo hombre regenerado llegue a la condición de un hombre espiritual capaz de vencer la vieja creación.

SEGUNDA SECCION — LA CARNE

CAPITULO UNO

LA CARNE Y LA SALVACION

La palabra *carne* en hebreo es *basar* y en griego *sarx*. Esta palabra es común en la Biblia y se usa con varios sentidos, pero principalmente se refiere a *una persona no regenerada*. Si vemos lo que Pablo dijo, tendremos una visión clara de su significado. El dijo: "Yo soy de carne" (Ro. 7:14). No era sólo su naturaleza ni sólo parte de su ser era carne, sino el yo, su misma persona; *todo el ser* de Pablo era carne. En el versículo 18, en una aclaración adicional, declara: "En mí, esto es, en *mi carne*". Queda claro que la carne, en el uso bíblico, se refiere a todo lo que está en el hombre cuando todavía no ha sido regenerado. Aparte de tal uso, algunas veces se usa (1) con referencia a la parte blanda que forma el cuerpo, aparte de la sangre y los huesos; (2) para denotar el cuerpo humano mismo; y (3) para denotar a todas las personas del mundo. Estas connotaciones diferentes están entrelazadas. En el principio el hombre fue creado como un ser tripartito, constituido de espíritu, alma y cuerpo. El alma, como la personalidad y la parte sensible del hombre, por un lado, está conectada con el mundo físico por medio del cuerpo, y por otro, tiene acceso a la esfera espiritual por medio del espíritu. Por lo tanto, el alma tiene que decidir si se somete al espíritu para así estar identificada con Dios y Su voluntad, o si ceder al cuerpo y a las tentaciones del mundo material. En la caída del hombre, el alma rechazó la autoridad del espíritu y se hizo esclava del cuerpo y sus concupiscencias. Es así como el hombre vino a ser carnal. Ya que el espíritu perdió su noble posición y quedó cautivo y puesto que el alma está sujeta al poder del cuerpo, el hombre es considerado en la Biblia como un ser carnal y que se volvió carne. Como el alma está sujeta a la carne como su esclava, todo lo que es del alma vino a ser carne.

(1) El cuerpo humano consta de carne, huesos y sangre. La carne es la parte del cuerpo que es consciente de sí misma, y por medio de ella percibimos el mundo exterior. Una persona carnal es una persona que sigue la percepción que recibe del mundo físico. La carne no es solamente carne, pues también consta del hombre que se conduce según la percepción que la carne le da.

(2) El cuerpo humano, esté vivo o muerto, es carne. Pero en el sentido espiritual, "la carne" se refiere al cuerpo vivo, y a la vida que sustenta al cuerpo. Según el pasaje de Romanos 7, que se cita más adelante, sabemos que existe una relación entre los pecados de la carne y el cuerpo del hombre: "Pero veo otra ley en *mis miembros*, que está en guerra contra le ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en *mis miembros*" (v. 23). En el capítulo ocho, el apóstol muestra cómo puede uno vencer la carne. Dice que si uno quiere vencer la carne, debe dar muerte a las practicas del cuerpo "por el Espíritu" (v. 13). Aunque la carne está compuesta de alma y el cuerpo, existe una relación entre "la carne" y el cuerpo

físico del hombre. Así, la Biblia usa la palabra *sarx* al hablar de la carne en el sentido físico, y emplea la misma palabra al hablar de la carne en el sentido psíquico

(3) Todo lo que hay en el hombre proviene de la carne, y por esa razón él es carnal. Ningún hombre en el mundo es excluido según la Biblia de la categoría de carnal, ya que todos los hombres están sujetos al control de la carne (incluyendo el alma y el cuerpo). Todos ellos andan tras los pecados del cuerpo y del yo, que es el alma. Así que, cuando en las Escrituras se hace alusión a todos los hombres, se les llama "toda carne". Ya que todos los hombres son de carne, la palabra *sarx* se usa con relación tanto a la carnalidad del hombre así como al hombre mismo.

¿COMO LLEGO EL HOMBRE A SER CARNAL?

El Señor Jesús dijo: "Lo que es nacido de la carne, carne es" (Jn. 3:6). Vemos ahí que el Señor habla de tres cosas: (1) Lo que es la carne, (2) cómo llegó el hombre a ser carne, y (3) cuál es la naturaleza de la carne.

¿Qué es la carne? "Lo que es nacido de la carne, carne es" ¿Quién es entonces nacido de la carne? El hombre. Así que el hombre es carne. Todo lo que en el hombre pueda ser innato, o lo que haya adquirido de sus padres cuando nació, es carne. Por bueno o virtuoso que sea un hombre, por mucho talento, inteligencia o amabilidad que posea, es carnal. No importa cuán malo, inmundo, necio, inútil o cruel sea, sigue siendo de la carne. El hecho de que el hombre es carne indica que *todo* lo que hereda por nacimiento, todo lo que él sea (sea bueno o malo), es de la carne. Todo lo que hereda al nacer, aunque sólo esté en su forma embrionaria y no se haya desarrollado, es de la carne.

¿Cómo llegó el hombre a ser carne? "Lo que es *nacido* de la carne, carne es". El hombre no llegó a ser carnal por aprender a ser malo ni por cometer fechorías. El no llega a ser carnal debido a que peca y gradualmente se vuelve carnal. El hombre carnal no es necesariamente uno que se entrega a los placeres de la carne o que hace lo que se le antoja y está completamente controlado y subyugado por los deseos viles del cuerpo. El Señor Jesús dijo que un hombre es carne en el mismo momento en que nace. Así que para determinar si un hombre es carnal, no necesitamos examinar su conducta ni su carácter. Basta con saber de quién nació. Todos los hombres son engendrados de padres humanos; por lo tanto, son nacidos de hombre. Todo hombre que mora en la tierra nace como todos los demás, es decir, es engendrado por otro ser humano. Así que, a los ojos de Dios, todos los hombres, sin excepción, son carne (Gn. 6:3); por eso, en numerosas ocasiones Dios no llama al género humano los hombres, sino como "toda carne". Puesto que todos los hombres nacieron de la carne, ¿es posible acaso que alguno no sea carne? Así que, de acuerdo con la Palabra de Dios, es un hecho que el hombre es carne, y esto sólo depende de su nacimiento. El hombre llega a ser carne porque es engendrado de sangre y de voluntad de carne y de voluntad de hombre. No es su conducta ni la conducta de sus padres lo que determina qué clase de persona es.

¿Cuál es la naturaleza de la carne? "Lo que es nacido de la carne, carne *es*" Así, el que es nacido de la carne *es* carne. Educar al hombre, reformarlo, cultivarlo, controlarlo con reglas morales y con religión no pueden hacer que deje de ser carne, porque lo que es nacido de la

carne, carne *es*. Puesto que nació de la carne, es carne y seguirá siendo carne, a pesar de la cantidad de labor o energía que se invierta en él. Si desea dejar de ser carne, tiene que nacer de otra especie que no sea carne, pero como nació de la carne, siempre será carne, y es innecesario añadir más. Siendo así, ningún esfuerzo humano ni algún milagro puede hacer que uno deje de ser carne. El Señor Jesús dijo que el hombre *es* carne, y esto es concluyente. La cuestión de si el hombre es carnal no yace en la conducta del hombre, sino en lo establecido en los párrafos anteriores. ¿De quién o de qué nacimos? Si nacimos de la carne, aunque empleemos cualquier método para cambiar, de nada servirá, porque tal vez podamos cambiar de condición y modificar algo de nuestra conducta gradualmente, pero *seguimos siendo* carne, no importa cuánto haya cambiado exteriormente ni a qué posición haya llegado.

EL HOMBRE NO REGENERADO

El Señor Jesús dijo que el hombre no regenerado nace una sola vez, y es carne y vive en la esfera de la carne.

Cuando un hombre no ha sido regenerado, vive en la concupiscencia de su carne, satisfaciendo los deseos de la carne y de los pensamientos, y es por naturaleza hijo de ira (Ef. 2:3) porque "no los que son hijos según la carne son los hijos de Dios" (Ro. 9:8). El alma está dominada por la atracción de los deseos del cuerpo y, en tal condición, comete pecados vergonzosos. Pero ya que en este momento el hombre está muerto para Dios (Ef. 2:1), está muerto en sus delitos y en la incircuncisión de su carne (Col. 2:13) y no está consciente en lo más mínimo de que está en pecado y quizá hasta esté orgulloso de sí mismo, pensando que es mejor que otros. De hecho, cuando un hombre está en la carne, la sed de pecar, que actúa por medio de la ley, opera en sus miembros y lleva fruto para muerte (Ro. 7:5). Ya que es "carnal, vendido al pecado", (v. 14) sirve "con la carne, a la ley del pecado" (v. 25).

Debido a que la carne es excesivamente débil (aunque es bastante fuerte para cometer pecados y seguir los deseos de la mente), no puede satisfacer a Dios ni cumplir Sus requerimientos, y tampoco puede guardar la ley (Ro. 8:3). La carne no solo es incapaz de cumplir la ley de Dios, sino que ni siquiera puede sujetarse a ella, "por cuanto la mente puesta en la carne es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede" (v. 7). Sin embargo, esto no significa que la carne se conduce a su antojo y rechaza por completo las cosas de Dios. De hecho, hay hombres carnales que hacen lo posible por guardar la ley. La Biblia no dice que los que son de la carne no andan de acuerdo a la ley, sino que afirma que "por las obras de la ley ninguna carne será justificada" (Gá. 2:16). Es común que los que son de la carne no guarden la ley; eso mismo es evidencia de que son de la carne. Sin embargo, Dios dispuso que el hombre es justificado por la fe en Jesucristo, y no por la ley (Ro. 3:28). Por lo tanto, aun si una persona carnal trata de guardar la ley, eso sólo demostrará que se somete a sí misma y a su propia voluntad, mas no a Dios, y así establece otra justicia que no es la de Dios. Esto también demuestra que ella *es* carnal. De todos modos, "los que están en la carne no pueden agradar a Dios" (8:8). Estos tres *"no pueden"* (es decir, la carne no puede guardar la ley, no puede sujetarse a la ley, y no puede agradar a Dios) juzgan a todos los hombres carnales con respecto a sus pecados.

Ante Dios, la carne es absolutamente corrupta. Ya que la carne está estrechamente ligada a las pasiones, la Biblia frecuentemente habla de "los deseos de la carne" (2 P. 2:18). Aunque el poder de Dios es grande, El no transforma la naturaleza de la carne en algo que le agrade. El mismo dice: "No contenderá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne" (Gn. 6:3). La corrupción de la carne está fuera del alcance de Dios; es algo que El no puede cambiar. Tampoco el Espíritu Santo en Su luchar contra la carne puede hacer que ella deje de ser carne. Lo que es nacido de la carne, carne *es*. Sin embargo, el hombre por no entender la Palabra de Dios intenta reformar y mejorar la carne. Pero la Palabra de Dios es verdadera y permanece para siempre. Ya que la carne está en un estado tan deplorable delante de Dios, El les dice a Sus santos que aborrezcan "aun la ropa manchada por su carne" (Jud. 23).

Dios conoce la verdadera condición de la carne, y sabe que ésta no puede cambiar. Todo aquel que intente mejorar o cambiar su propia carne, aun negándose al yo, está destinado a fracasar. Dios sabe que la carne no puede cambiar ni mejorar ni reformarse. Así que, aunque El quiere salvar al mundo, El no emprende la tarea de cambiar la carne, porque eso no conduciría a nada. Dios no cambia la carne del hombre, sino que le da una nueva vida para que pueda cooperar con El en llevar la carne a la muerte. La carne debe *morir*. Este es el camino de la salvación.

LA SALVACION

Romanos 8:3 dice: "Lo que la ley no pudo hacer, por cuanto era débil por la carne..." Esto representa la verdadera condición de la persona moral, la cual es parte de los hombres carnales. Quizá ellos deseen sinceramente guardar la ley, pero son de carne. Por ser débiles, no pueden guardar toda la ley. Estas personas están en cierta categoría. Hay otra categoría de hombres que no guardan la ley de Dios en lo más mínimo. La mente de ellos está puesta en la carne, la cual es "enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede" (v. 7). Sin embargo, la ley declara que el que guarda la ley vive por la ley, y el que no la guarde será condenado a la perdición. ¿Qué tanto de la ley debe guardarse? La respuesta es toda la ley, "porque cualquiera que guarda toda la ley, pero tropieza en un solo punto, se hace culpable de todos" (Jac. [Stg.] 2:10). "Ya que por las obras de la ley ninguna carne será justificada delante de El; porque por medio de la ley es el conocimiento claro del pecado" (Ro. 3:20). Así que, cuanto más se esfuerce el hombre por guardar la ley, más consciente es de que está lleno de pecado y menos capaz es de guardar la ley de Dios. Por lo tanto, la primera parte de Romanos 8:3 nos muestra la condición del hombre y cuán pecaminoso es.

Debido a que el hombre es pecaminoso, Dios decidió salvarlo, y la forma de hacerlo fue "enviar a Su propio Hijo en la semejanza de la carne de pecado". Puesto que Su Hijo no tiene pecado, sólo El puede salvar. "En la semejanza de la carne de pecado" se refiere al nacimiento del Señor Jesús en la tierra, cuando tomó un cuerpo humano y se identificó con la humanidad. El propio Hijo de Dios, el Verbo vino "en la semejanza de la carne de pecado", es decir, El se hizo carne. Este versículo presenta la encarnación. Lo importante que debemos destacar aquí es que El es el Hijo de Dios y que no tiene pecado. El texto no dice que fue hecho "carne pecaminosa" sino que vino "en la semejanza de la carne de pecado", es decir, El se hizo carne, teniendo la semejanza del cuerpo pecaminoso del

hombre. Aunque El se hizo carne, seguía siendo el Hijo de Dios; así que permaneció sin pecado. Pero como también tenía la semejanza de la carne pecaminosa del hombre, estaba unido íntimamente con los pecadores que estaba en el mundo.

¿Cuál fue el propósito de la encarnación del Señor? Fue ser hecho un sacrificio por el pecado (Ro. 8:3); esta es la obra que la cruz efectúa. El Hijo de Dios vino para redimirnos del pecado. Aquellos que son carnales pecan en contra de la ley y no pueden cumplir la justicia de Dios; por lo tanto, deben perecer y sufrir el castigo que merecen por el pecado. Pero el Señor vino al mundo, tomó la semejanza de la carne de pecado y se identificó completamente con todos los hombres carnales. Así que, cuando murió en la cruz, todos los hombres carnales fueron juzgados en El, como si hubiesen recibido el castigo por sus pecados. El no tenía pecado y, por ende, no tenía que recibir ese castigo, pero cuando El recibió el castigo, tenía la semejanza de la carne de pecado. Por consiguiente, como Cabeza de un nuevo linaje, al sufrir el castigo incluyó en Sí mismo a todos los pecadores. Esto resuelve el problema del castigo.

El hombre carnal que debía recibir el castigo, ahora tiene en Cristo un sacrificio por el pecado. Pero ¿qué va a suceder con la carne que está llena de pecados? El "condenó al pecado en la carne". Fue por causa del pecado que El murió. Así que Dios, al que no tenía pecado lo hizo pecado por nosotros. Cuando el Señor Jesús murió, murió en la carne (1 P. 3:18). Cuando murió en la carne, los pecados que cargó en Su carne fueron crucificados con El. Eso es lo que significa la afirmación de que "condenó al pecado en la carne". Condenar significa juzgar o castigar. El juicio y el castigo por el pecado es la muerte, o sea que es "juzgar al pecado en la carne" o "condenar al pecado en la carne". Esto significa que El dio muerte al pecado en la carne. Por lo tanto se puede ver que cuando el Señor Jesús murió, no solo murió como un sacrificio por el pecado sufriendo el castigo en lugar del hombre, sino que también trajo el castigo al pecado. Así como el pecado fue condenado en el cuerpo del Señor cuando El murió, asimismo el pecado es condenado en la carne del creyente que está unido a la muerte del Señor; y el pecado ya no tiene poder para hacerle daño.

LA REGENERACION

La salvación por la cual Dios libra a las personas del castigo que merece la carne, así como de su poder, fue llevada a cabo en la cruz en la cual fue clavado Su Hijo. Ahora El ha puesto esta salvación delante de todos los hombres, para que todo aquel que la reciba sea salvo.

Dios ya sabe que no hay nada bueno en el hombre. La carne no puede agradarle, ya que es completamente corrupta y no tiene remedio. Puesto que es absolutamente imposible repararla, Dios no puede esperar que el hombre, después de creer en Su Hijo, tenga algo con qué agradarle, a menos que El le otorgue al hombre algo nuevo, algo que no sea la carne. *Por lo tanto, cuando el hombre cree que el Señor Jesús murió por él y le recibe como su Salvador personal, Dios le otorga una nueva vida, Su propia vida increada*. Esto es lo que la Biblia llama regeneración. Dios no *cambia* nuestra carne, sino que nos da Su vida. La carne del hombre, sea regenerado o no, es corrupta. La carne de un pecador es la misma que la carne de un santo. Aunque un hombre haya nacido de nuevo, su carne no

mejora por el hecho de haber nacido de nuevo. La regeneración de uno no afecta en nada la carne, pues ni puede mejorarla ni hacerla buena. La carne es la carne y jamás puede cambiar. Dios no utiliza Su vida para educar ni para adiestrar la carne. El usa la nueva vida que le da al hombre para vencer la carne.

La regeneración es una relación establecida por un verdadero nacimiento entre el hombre y Dios. En el texto original, la palabra *nacer* en el sentido de *nacerde nuevo* se refiere a dar a luz e indica que uno nace de Dios. Así como nuestro cuerpo de carne nació de nuestros padres, así nuestra vida espiritual nació de Dios. Dar a luz significa "impartir vida". Por lo tanto, decir que nacimos de Dios equivale a decir que recibimos la vida nueva que proviene de Dios. Así como recibimos la vida carnal cuando nacimos de nuestros padres, asimismo recibimos la vida espiritual cuando nacimos de Dios, que es la vida verdadera.

Ya sabemos que el espíritu de los seres humanos está muerto, su alma controla toda su persona; actúan de acuerdo con las lujurias del cuerpo y no hay nada bueno en ellos. Así que, cuando Dios nos salva, debe de restaurar en nosotros la posición de nuestro espíritu para que podamos tener comunión con El nuevamente. Por lo tanto, cuando creemos en el Señor Jesús, Dios pone Su propia vida en nuestro *espíritu* y lo resucita. Por eso, el Señor Jesús dijo: "Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es" (Jn. 3:6). Sólo entonces la vida de Dios, la cual es "el Espíritu" al que se alude aquí, entra en nuestro espíritu humano y hace que recobre su posición. Desde ese momento el Espíritu Santo mora en nuestro espíritu humano. De esta manera, el hombre es transferido a una esfera espiritual. Ahora el espíritu está vivificado y recobra el gobierno. El "espíritu nuevo" mencionado en Ezequiel 36:26 también se refiere a la vida nueva que recibimos cuando somos regenerados.

La condición para que un hombre sea regenerado no es que haga alguna obra especial, sino que crea en el Señor Jesús como Salvador. "Mas a todos los que le recibieron, a los creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Jn. 1:12-13). Los que creen en el Señor Jesús como su Salvador, son nacidos de Dios y, por ende, son Sus hijos.

La regeneración es la base fundamental de la vida espiritual, y en ella se apoya toda edificación posterior. Sin la regeneración, indiscutiblemente la persona no tiene vida espiritual y, por ende, no puede esperar crecimiento en ésta. Así como las personas del mundo no pueden edificar una casa en el aire, tampoco nosotros podemos ayudar a una persona no regenerada a crecer. Enseñarle a una persona no regenerada a hacer el bien y a adorar a Dios es como enseñarle a un muerto, pues no ha recibido la vida espiritual; es intentar reparar y mejorar la carne, es decir, hacer lo que Dios mismo no hace. Indiscutiblemente, todo creyente debe saber que fue regenerado, que recibió una vida nueva. La regeneración consiste en recibir una vida que anteriormente uno no poseía. A menos que uno nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Es decir, no puede ver todos los misterios espirituales del reino de Dios ni "gustar su sabor". No importa cuánto haya mejorado su vida, no tiene otro destino que esperar la muerte y el juicio.

¿Cómo puede uno saber si es regenerado? Juan 1 nos dice que el hombre nace de nuevo creyendo en el nombre del Hijo de Dios y recibiéndolo. El nombre del Hijo de Dios es

"Jesús". Este nombre indica que "El ... salvará a Su pueblo de sus pecados" (Mt. 1:21). Creer en el nombre del Hijo de Dios es creer que El nos salva de los pecados, que murió en la cruz por nuestros pecados para librarnos del castigo y del poder del pecado, y recibirle como nuestro Salvador. Si uno quiere saber si es regenerado o no, lo único que debe hacer es preguntarse si ha ido a la cruz como un pecador sin esperanza para *recibir* al Señor Jesús como Salvador. Si lo ha hecho, es regenerado. Todo aquel que cree en el Señor Jesús es regenerado.

LA GUERRA ENTRE LO NUEVO Y LO VIEJO

Después de que un hombre cree y es regenerado, lo más importante para él es saber todo lo que recibió en su regeneración y cuánto le queda de su talento natural. Saber estas cosas lo mantendrá avanzando en su senda espiritual. Examinemos lo que está incluido en la carne del hombre y cómo el Señor Jesús al redimir al hombre trata los elementos de la carne. En otras palabras, ¿qué recibe el creyente en la regeneración?

Romanos 7:14 dice: "Yo soy carne, vendido al pecado". Los versículos 17 y 18 dicen: "El pecado ... mora en mi ... esto es, en mi carne". En estos dos versículos vemos que los elementos de la carne son "pecado" y "mi". Este "pecado" es el poder del pecado; y este "mi" es lo que comúnmente llamamos el yo. Si el creyente desea entender la vida espiritual, no debe confundir estos dos elementos de la carne.

Sabemos que en la cruz el Señor Jesús ya puso fin al pecado de nuestra carne. Por lo tanto, la Biblia nos dice que "nuestro viejo hombre fue crucificado" (Ro. 6:6). Con respecto al problema del pecado, la Biblia no nos dice que debamos ser crucificados, ya que esto fue llevado a cabo por Cristo y se cumplió plenamente; así que, el hombre no tiene que hacer nada. Por eso la Biblia nos insta a considerar este asunto como verdadero (v. 11) para que podamos recibir la eficacia de la muerte de Cristo y ser completamente librados del poder del pecado (v. 14).

Aunque la Biblia no nos dice que seamos crucificados por nuestros pecados, si nos dice que debemos llevar el yo a la cruz. El Señor Jesús dijo en varias ocasiones que debemos negarnos a nosotros mismos, tomar la cruz y seguirlo. Esto se debe a que existe una diferencia entre lo que el Señor hizo con nuestros pecados en la cruz y lo que hace con nuestro yo. Sabemos que el Señor Jesús llevó nuestros pecados en la cruz (El no lo había hecho antes), pero se negó a Su yo toda la vida, no solamente cuando estuvo en la cruz. Por lo tanto, el creyente puede vencer el pecado en un momento, pero necesita toda su vida para negarse a sí mismo.

La epístola a los Gálatas muestra muy claramente la relación entre un creyente y estos dos aspectos de la carne. Nos dice: "Pero los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias" (5:24). Esto significa que el mismo día que una persona se entrega a Jesucristo, su carne es crucificada. Sin la enseñanza del Espíritu Santo, uno pudiera concluir que la carne fue eliminada ya que *fue* crucificada. Pero por otro lado, la Biblia también nos dice: "Andad por el Espíritu, y así jamás satisfaréis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne" (vs. 16-17). Esto revela claramente que una persona que pertenece a Cristo Jesús y que ya

tiene al Espíritu Santo morando en él, todavía tiene la carne, la cual no sólo existe, sino que es especialmente poderosa. ¿Cómo explicamos esto? ¿Hay acaso porciones de la Escritura que se contradicen? ¡No! El versículo 24 recalca el aspecto pecaminoso de la carne, mientras que el versículo 17 da énfasis al yo que mora en la carne. La cruz de Cristo pone fin al pecado, y el Espíritu Santo pone fin al yo por medio de la cruz, mediante la cual Cristo liberó completamente del poder del pecado a los creyentes, para que ya no señoreara sobre ellos. Por medio del Espíritu Santo, Cristo habita en los creyentes para que puedan diariamente vencer su yo y obedecerle a El. Ya fuimos librados del pecado, pero nos negamos al yo día tras día.

Si un creyente entiende lo que es la salvación completa efectuada en la cruz, entonces en su regeneración (es decir, cuando recibe a Jesús como Salvador) puede, por un lado, ser librado completamente del pecado, y por otro, recibir una nueva vida. Desgraciadamente, muchos obreros no presentan a los pecadores la salvación de una manera completa. Por lo tanto, los pecadores sólo creen en la mitad de la salvación y son salvos a medias. Sus pecados fueron perdonados, pero les falta la fuerza para dejar de pecar. Algunas veces la salvación se predica de una manera completa, pero debido a que a los creyentes sólo les interesa tener la gracia del perdón de pecados y no les interesa realmente ser librados del poder del pecado, sólo reciben una salvación a medias.

Si un creyente cree en una salvación completa cuando es regenerado y recibe por lo tanto esta salvación, experimentará menos derrota al pelear contra el pecado y tendrá más experiencia al pelear contra el yo. Sin embargo, esta clase de creyente es extremadamente raro. Aunque no nos atrevemos a decir cuántos hay, sí podemos decir que hay muy pocos. La mayoría solamente recibe la mitad de la salvación. Por consiguiente, casi todas sus batallas se libran contra el pecado. Además, hay algunos que cuando son regenerados, ni siquiera saben lo que es el yo.

Lo que experimentamos antes de la regeneración también influye en esto. Muchas personas tienden a hacer mucho bien antes de creer. (Por supuesto, no tienen la fuerza ni la capacidad para hacerlo.) Aunque en comparación, sus conciencias son más sensibles, su aptitud para hacer el bien es débil y, en consecuencia, el conflicto es inevitable. Esto es lo que la gente en el mundo llama, el conflicto entre la razón y la lujuria. Cuando estas personas escuchan acerca de la salvación completa, aceptan sinceramente la gracia de la liberación del pecado, de la misma manera en que reciben la gracia para el perdón del pecado. Existe otro grupo de personas cuyas conciencias son insensibles antes de la regeneración. Pecan terriblemente y son extremadamente malvadas; nunca tratan de hacer el bien. Cuando oyen acerca de la salvación completa, espontáneamente reciben de la gracia para el perdón del pecado y descuidan (aunque no rechazan) la gracia para la liberación del pecado. Este tipo de personas tendrán la experiencia de pelear con el pecado en su carne después de ser regeneradas.

¿A que se debe lo anterior? Se debe a que cuando una persona nace de nuevo y recibe una nueva vida, esta nueva vida exige que se aleje del gobierno de la carne y que obedezca a Dios. La vida de Dios es incondicional y debe obtener autoridad completa. Tan pronto como esta vida entra en el espíritu del hombre, le insta a apartarse de su antiguo amo, el pecado, y a obedecer al Espíritu Santo sin reservas. No obstante, el pecado está

profundamente arraigado en él. Aunque su voluntad haya sido renovada por causa de la vida regenerada, dicha voluntad sigue unida al pecado y al yo, y muchas veces sigue inclinada hacia el pecado. Debido a esto, es inevitable que surja un gran conflicto entre la vida nueva y la carne. Ya que hay un gran número de personas en esta categoría, quiero prestar atención especial a su experiencia. Pero quiero recordar a mis lectores que el fracaso y lucha prolongada contra el pecado (que es diferente del yo) es innecesaria.

La carne quiere ejercer completo control y procura mantener al hombre siempre sujeto a ella, mientras que la vida espiritual procura llevar al hombre a una obediencia total al Espíritu Santo. La carne y la vida espiritual son diferentes en todo aspecto. La naturaleza de la carne es la del primer Adán, pero la naturaleza de la vida espiritual es la del postrer Adán. Los motivos de la carne son terrenales, pero la intención de la vida espiritual es celestial. La carne se centra en el yo para todo, pero la vida espiritual se centra en Cristo. Ya que son tan diferentes, la persona no puede evitar conflictos constantes con la carne. La carne trata de guiar al hombre al pecado, mas la vida espiritual procura guiarlo a practicar la justicia. Debido a que los creyentes no conocen la salvación completa, en muchos casos, después de ser regenerados, experimentan esta lucha interna.

Cuando los creyentes jóvenes descubren tal conflicto, se confunden. Algunos se desaniman, pensando que son malos y que no pueden avanzar. Algunos hasta dudan si fueron verdaderamente regenerados. Ellos deben saber que es precisamente por haber sido regenerados que tienen tal conflicto. Antes la carne ejercía su control sin ninguna resistencia. Además, ya que el espíritu de ellos estaba muerto, no se daban cuenta de que eran pecaminosos, aun cuando habían pecado mucho. Ahora la nueva vida que recibieron trae consigo el deseo, la luz, el pensamiento y la naturaleza de Dios. Al entrar esta nueva luz en el hombre, le muestra que él es fundamentalmente corrupto y sucio. Naturalmente, el nuevo deseo no quiere permanecer en la corrupción ni en la suciedad y trata de andar según la voluntad de Dios. Entonces la carne desea espontáneamente pelear contra de la vida espiritual, lo cual hace que el creyente sienta que hay dos personas dentro de él. Cada una tiene su propia opinión y poder, y cada una trata de vencer a la otra. Si él sigue la vida espiritual y vence, se regocija grandemente, pero si vence la carne, no podrá evitar sentirse condenado. Este conflicto interno es una prueba de que tal persona nació de nuevo.

El propósito de Dios no es mejorar la carne, sino darle muerte. Dios da Su vida al hombre cuando éste es regenerado, con el fin de poner fin al yo, a la carne con esa vida. Aunque la vida que Dios le da al hombre es muy poderosa, una persona recién regenerada es igual que un recién nacido. Por lo tanto, es todavía muy débil. Pero la carne, por haberle gobernado tanto tiempo, tiene mucho poder. Además, no ha recibido la salvación completa por la fe. Así que, aunque nació de nuevo, le cuesta mucho no ser carnal; es decir, le es muy difícil librarse del gobierno de la carne. Lo más lamentable es que aunque este hombre ha nacido de nuevo y la luz celestial ha resplandecido sobre él, y además se da cuenta de que la carne es horrible y desea con todo su corazón vencerla, es muy débil en sus propias fuerzas y no puede vencerla. Este es un tiempo de muchas lágrimas y mucha tristeza. Más aún, toda persona regenerada tiene el deseo de ser limpia de sus pecados a fin de agradar a Dios; pero su voluntad no es lo suficientemente fuerte, y la mayoría de las veces es vencida por la carne. Consecuentemente, sus victorias son pocas y sus derrotas, muchas. ¿Cómo no ha de aborrecerse a sí misma?

La experiencia de Pablo, mencionada en Romanos 7, describe tal conflicto: "Porque lo que hago, no lo admito; pues no practico lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago ... Pues yo se que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso practico ... Así que yo, queriendo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está conmigo. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que está en guerra contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros" (vs. 15, 18-19, 21-23). Los corazones de muchos que han tenido la misma experiencia realmente responderán unánimes con el anhelo final de Pablo: "¡Miserable de mí! ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte?" (v. 24).

Entonces, ¿cuál es el significado de esta batalla? Esta batalla también es una especie de disciplina del Espíritu Santo. Dios ya preparó una salvación completa para el hombre, pero éste no la obtiene por no conocerla o por no desearla. Dios sólo puede darle al hombre lo que éste crea, acepte y tome como suyo. Por lo tanto, cuando las personas piden perdón y regeneración, Dios las perdona y las regenera. Mediante esta batalla Dios hace que los creyentes busquen la victoria *completa* en Cristo y la hagan suya. Si el creyente no ha obtenido esta salvación por no conocerla, procurará descubrirla mediante esa batalla. Entonces, el Espíritu Santo tendrá la oportunidad de revelarle que Cristo en la cruz puso fin al hombre viejo para que pueda creer y obtener la victoria. Si el creyente no ha recibido esta salvación por no desearla, la verdad que él tiene no pasa de ser simple conocimiento. Por medio de tal batalla, él descubrirá que es inútil simplemente tener el conocimiento. Por sus constantes fracasos, surgirá en él un deseo de experimentar la verdad que ya conoce.

Esta batalla se intensifica con el tiempo. Si los creyentes no ceden fácilmente sino que permanecen fieles, tendrán muchas más batallas feroces. Si no obtienen liberación, esta batalla nunca cesará.

CAPITULO DOS

EL CRISTIANO CARNAL

Todo creyente puede, igual que Pablo, ser lleno del Espíritu Santo al momento de creer y ser bautizado (Hch. 9:17-18). Sin embargo, muchos creyentes no creen verdaderamente que Cristo murió y resucitó como un hecho cumplido por ellos, ni aplican en la práctica el principio de la muerte y la resurrección, al cual el Espíritu Santo los llama a obedecer. Permanecen sujetos al control de la carne, como si no hubiesen muerto y resucitado, aunque en realidad ya murieron y resucitaron, según lo que Cristo efectuó, y piensan que deben morir a ellos mismos y vivir para Dios de acuerdo con su obligación como discípulos. Se puede decir que esta clase de creyentes es anormal. Pero los creyentes anormales no sólo se encuentran en estos días, pues ya existían en los tiempos de los apóstoles. Los corintios son un ejemplo de esto, como lo podemos ver en lo que Pablo les dijo:

"Y yo, hermanos, no pude hablaros como a hombres espirituales, sino como a carne, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no alimento sólido; porque aún no erais capaces de recibirlo. Pero ni siquiera sois capaces ahora, porque todavía sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois carnales, y andáis según lo humano?" (1 Co. 3:1-3).

Aquí el apóstol clasifica a los creyentes en dos categorías: los espirituales y los carnales. Los creyentes espirituales no son en ninguna manera cristianos extraordinarios, sino que son normales. Son los cristianos carnales los que son extraordinarios, ya que son anormales. Los corintios eran cristianos, pero no eran espirituales, sino carnales. Tres veces en ese capítulo de la Biblia el apóstol afirma que eran carnales. Por la sabiduría que el apóstol había recibido del Espíritu Santo, sabía que primero debía determinar a qué grupo realmente pertenecían para definir qué verdad doctrinal les debía ministrar.

A la luz de las Escrituras, la regeneración es un nacimiento. Cuando uno es regenerado, el espíritu que yace en lo más recóndito de su ser, es renovado y habitado por el Espíritu de Dios. Sin embargo, se necesita tiempo para que el poder de esta nueva vida se extienda desde el centro hacia la circunferencia. Por lo tanto, no podemos esperar que un niño en Cristo tenga la fuerza de un joven ni la experiencia de un padre. Un creyente recién regenerado, aun si ama al Señor con todo su corazón, es ferviente en su servicio y avanza fielmente con el Señor, se le tiene que dar tiempo para que tenga la oportunidad de reconocer mejor cuán abominables son el pecado y el yo, y para que entienda mejor la voluntad y el camino de Dios en la vida espiritual. Por supuesto, entre estos creyentes, a menudo existen algunos que realmente aman al Señor con fervor extraordinario y se deleitan grandemente en la verdad, pero esto no es más que la operación de las emociones y los pensamientos que no han sido probados por fuego, y en consecuencia no perdura. De

todos modos, es inevitable que un creyente recién regenerado sea carnal, ya que no conoce la carne, aunque esté lleno del Espíritu Santo. Uno no puede eliminar las obras de la carne si no se da cuenta que ellas son el producto de la carne. Por lo tanto, en realidad muchos creyentes recién nacidos son verdaderamente carnales.

En la Biblia no se espera que una persona que acaba de creer en el Señor sea espiritual inmediatamente. Sin embargo, si por años o aun décadas no se le ve ningún progreso y permanece en la condición de niño, aquello no es apropiado, y su caso es de lo más triste. Después de hablar de los que son niños en Cristo, el apóstol añade que quienes permanecen como niños por un período largo, también son de la carne. Por supuesto, así es. Antes de eso, Pablo dice que los creyentes corintios son carnales, niños en Cristo, pero aun en ese tiempo ellos seguían siendo carnales. Para ese entonces, deberían haber crecido y llegado a cierta madurez, pero se estancaron al punto de permanecer como niños. En consecuencia, siguieron siendo creyentes carnales.

El tiempo necesario para que un creyente pase de la etapa de ser carnal a la de ser espiritual no es tan largo como algunos se imaginan. Aunque no habían pasado muchos años desde que los creyentes corintios habían llegado a ser cristianos, el apóstol estimaba que ya era tiempo de que hubiesen dejado la etapa de la niñez y de vivir en la carne. El esperaba que a estas alturas ya fueran espirituales. El propósito de la redención es quitar todos los impedimentos para que el Espíritu Santo tome pleno control de todo el ser de uno y lo haga espiritual. Esta redención nunca fracasa, pues el poder del Espíritu Santo no es insignificante. Así como un pecador carnal puede llegar a ser un creyente regenerado, de igual manera, un creyente regenerado que todavía es carnal, puede llegar a ser espiritual. Lo triste es que entre los creyentes de hoy hay algunos que han permanecido como niños, no solamente por algunos años, sino que continúan en su viejo yo por décadas sin progreso alguno. Además, aunque hay algunos que progresan en la vida espiritual en pocos años, se sorprenden pensando que eso no es lo usual. En realidad, esto es lo normal; no es otra cosa que el crecimiento normal.

¿Cuántos años hace que creímos en el Señor? ¿Hemos llegado a ser espirituales? No debemos llegar a ser niños viejos, lo cual causa aflicción al Espíritu Santo y nos trae pérdida a nosotros mismos. Como creyentes regenerados debemos anhelar una vida espiritual completa y debemos permitir que el Espíritu Santo sea Amo y Señor en todo, para que pueda en el menor tiempo posible guiarnos a lo que Dios ha preparado para nosotros. Por ningún motivo debemos desperdiciar nuestro tiempo quedándonos estancados. Podemos investigar las razones por las que una persona permanece como niño por tanto tiempo, sin crecimiento alguno. Por lo general hay dos razones: una es que quienes cuidan de los creyentes, sólo prestan atención a la gracia de Dios y a la posición que los creyentes tienen en Cristo, y no los instan a ir en pos de experiencias espirituales, o ellos mismos, por desconocer la vida en el Espíritu Santo, son incapaces de guiar a los que cuidan a una vida más abundante. La segunda razón es que los creyentes mismos muestran muy poco interés en las cosas del Espíritu, pensando que basta con ser salvos; o no tienen hambre ni sed de las cosas del Espíritu; o, después de conocer los requisitos, no están dispuestos a hacer lo requerido, porque es demasiado difícil. Debido a esto, hay muchos en la iglesia que envejecen siendo niños.

¿Cuáles son las características de un creyente carnal? La primera es que sigue siendo niño mucho tiempo (He. 5:11-14). La etapa de la niñez no debe exceder a unos cuantos años. Una persona es regenerada por creer en la redención que el Hijo de Dios efectuó por ella en la cruz. Cuando cree, también debe creer que fue crucificada juntamente con el Salvador y permitir que el Espíritu Santo la libre del poder de la carne. Si ignora este principio, inevitablemente será carnal durante muchos años.

La segunda característica de un creyente carnal, es la incapacidad de recibir las enseñanzas espirituales. "Hermanos ...os di a beber leche, y no alimento sólido; porque aún no erais capaces de recibirlo. Pero ni siquiera sois capaces ahora". Los corintios se jactaban de su gran conocimiento y de su elevada sabiduría. Hasta donde sabemos, la iglesia en Corinto fue posiblemente la iglesia que tenía más conocimiento entre las iglesias de ese tiempo. Ellos fueron "enriquecidos en ...todo conocimiento" (1:5). Debido a eso, Pablo dio gracias a Dios por ellos. Si en esa ocasión Pablo les hubiera anunciado las verdades espirituales, ellos habrían entendido cada palabra, pero todo habría estado en la mente. Aunque ellos tenían tanto conocimiento, no tenían el poder para expresar en sus vidas prácticas lo que sabían. Es posible que en la actualidad haya muchos creyentes carnales que conocen algunas doctrinas y que pueden impartir verdades espirituales, pero ellos mismos no son espirituales. El verdadero conocimiento espiritual no consiste en pensamientos maravillosos y profundos, sino en una experiencia práctica que se obtiene en el espíritu como resultado de una armonía en el creyente entre la vida y la verdad. La inteligencia no sirve, y tampoco basta con tener un deseo ferviente de conocer la verdad. Nuestra vida debe ser completamente obediente al Espíritu Santo para poder aprender de El. De no ser así, sólo se producirá una comunicación de ideas de una mente a otra. Un conocimiento de esta clase no puede hacer que una persona carnal sea espiritual. Por el contrario, su vida carnal hará que su conocimiento también sea carnal. Lo que le falta a esta clase de persona no es más enseñanzas espirituales (el apóstol veía que no era muy necesario mencionar esto), sino un corazón dispuesto a someterse al Espíritu Santo, a obedecerle y a tomar el camino de la cruz. El conocimiento espiritual sólo fortalece la carnalidad de una persona así, y le ayuda a engañarse a sí misma, pensando que es espiritual, pues si no fuera así, ¿cómo podría saber tantas cosas espirituales? Pero ¿cuántas de las cosas que sabe las ha aprendido en la vida diaria, y cuántas son sólo con conceptos intelectuales? ¡Qué Dios nos dé Su gracia!

Hay otra clara evidencia de que uno es carnal. "Porque todavía sois carnales" ¿Cuál es la razón? "Pues habiendo entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois carnales, y andáis según lo humano? (1 Co. 3:3). Los pecados de los celos y la contienda son una evidencia de que uno es carnal. Había contiendas en la iglesia de Corinto, y varios creyentes alegaban: "Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo" (1:12). Aunque había algunos que contendían por Cristo, diciendo: "Yo [soy] de Cristo", esto también era obra de la carne. La carne está llena de envidia y contienda. Exaltar a Cristo con esta actitud también es de la carne. Por lo tanto, cualquier jactancia sectaria es, en el mejor de los casos, nada más que balbuceo de niños. Las divisiones dentro de la iglesia se deben exclusivamente a la falta de amor y a andar según la carne, así como Dios lo expresa en este pasaje. Contender por la verdad es sólo un pretexto.

Los pecadores del mundo son hombres de carne. Debido a que no son regenerados, tienen sus almas y sus cuerpos como amos. Si un creyente también es de la carne, entonces anda

según lo humano. Los hombres del mundo son carnales por naturaleza y, por lo tanto, se justifica en cierta medida que un recién regenerado esté en la carne. Pero pasan años de haber creído en el Señor, mas cuando usted debería ya ser espiritual desde hace mucho tiempo, ¿por qué todavía anda según lo humano?

Fracasar y pecar con frecuencia como los demás, pone de manifiesto que la persona es de la carne. Si un creyente no puede vencer su mal genio ni su peculiaridad y sigue siendo egoísta, contencioso, jactancioso, no puede perdonar las faltas de otros, habla con aspereza, entonces indiscutiblemente todavía es de la carne, no importa cuántas verdades espirituales conozca, cuántas experiencias espirituales piense que ha obtenido, ni cuán ferviente o eficaz sea su labor.

Ser carnal significa "andar según lo humano". Debemos preguntarnos, si hemos cesado completamente de andar según lo humano. Si todavía hay cosas en nuestra vida que siguen dando la apariencia de gente mundana, entonces todavía somos de la carne. No es necesario discutir sobre la terminología si espirituales o carnales. Si no somos gobernados por el Espíritu Santo, ¿qué nos ganamos, aunque nos llamen espirituales? Es un asunto de vida, no de terminología.

LOS PECADOS DE LA CARNE

La lucha del apóstol en Romanos 7 era una lucha en contra del pecado que mora en el cuerpo. Dijo: "Porque el pecado, tomando ocasión ... me engañó ... me mató ... yo soy ... vendido al pecado ... ya no soy yo quien obra aquello, sino el pecado que mora en mí" (vs. 11, 14, 17, 20). Cuando los creyentes todavía son carnales, usualmente son vencidos por el pecado que mora en ellos, tienen muchas luchas y frecuentemente cometen pecados.

Las exigencias de nuestro cuerpo, generalmente están clasificadas en tres categorías: el nutrimiento, la procreación y la defensa. Antes de la caída del hombre, estos tres asuntos eran legítimos y no estaban contaminados por el pecado. Pero después de que el hombre cayó y heredó la naturaleza pecaminosa, estos asuntos se convirtieron en el medio para cometer pecados. Debido a que necesitamos alimento, el mundo hace uso de la comida y la bebida para seducirnos. La primera tentación que confrontó la humanidad se relacionó con este asunto. Así como en ese entonces el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal engañó a Eva, así los placeres de comer y beber llegaron a ser pecados de la carne hoy. No debemos tomar este asunto ligeramente, porque con mucha frecuencia muchos creyentes carnales han tropezado en este punto. Fue también por la comida y la bebida que los creyentes corintios hicieron tropezar a muchos hermanos (1 Co. 8). En esa ocasión, era requisito que los diáconos y los ancianos de la iglesia hubieran vencido el asunto de la comida (1 Ti. 3:3, 8). Sólo un hombre espiritual sabe cuán poco aprovecha entregarse a comer y a beber. Por lo tanto, ya sea lo que uno coma o beba o haga cualquier otra cosa, debe hacerlo todo para la gloria de Dios.

En segundo lugar, después de la caída del hombre, la procreación se convirtió en la concupiscencia del hombre. En las Escrituras, la concupiscencia y la carne están generalmente unidas. Aun en el huerto de Edén, la codicia despertó la concupiscencia y la vergüenza. Pablo en su primera epístola a los corintios también menciona juntos estos

pecados (6:13, 15). Inclusive consideraba que la borrachera estaba relacionada con la inmundicia (vs. 9-10).

Finalmente, tenemos el asunto de defendernos. Cuando el pecado nos controla, el cuerpo comienza a demostrar su fuerza en su intento por preservarse. Cualquier cosa que amenaza nuestra paz, nuestra felicidad y nuestra comodidad debe ser combatida. La manifestación de esto se ve en el enojo y los pleitos, los cuales provienen del temperamento del hombre, cuyo origen es la carne y, por ende, son pecados de la carne. Muchos pecados se producen directa e indirectamente al tratar de defendernos, ya que el poder motivador interior es el pecado. Obramos con el fin de preservar nuestros intereses personales, nuestra existencia, nuestra reputación, nuestra opinión y muchas otras cosas más. A partir de esto cometemos los pecados más horribles del mundo.

Si analizamos los pecados del mundo uno por uno, veremos que generalmente se relacionan con las tres categorías mencionadas anteriormente. Un cristiano carnal es controlado, cuando menos, por una de esas cosas. Sin excepción, los hombres del mundo están sujetos al control de los pecados del cuerpo, lo cual es apenas de esperarse, ya que no son regenerados y todavía son de la carne. Pero no es normal que una persona regenerada fluctúe incesantemente entre la victoria y la derrota, que no pueda librarse del poder del pecado y que permanezca en la carne. El creyente debe permitir que el Espíritu Santo escudriñe su corazón para que la luz de Dios lo alumbre y pueda conocer lo que prohiben la ley del Espíritu Santo y la ley de la naturaleza, lo que le impide tener dominio propio y le impide servir a Dios libremente en el espíritu. A menos que esos pecados sean eliminados, no tenemos posibilidad de entrar en la vida espiritual.

LAS COSAS DE LA CARNE

La carne tiene muchas salidas. Ya vimos que ante Dios, la carne es enemiga de El, y es imposible que ella le agrade. Sin embargo, si el Espíritu Santo no le revela esto al creyente o al pecador, no podrán saber cuán despreciable, cuán horrible y cuán contaminada es la carne a los ojos de Dios. Solamente cuando Dios por Su Espíritu, revela la verdadera condición de la carne, el hombre puede rechazarla de acuerdo con la perspectiva de Dios.

Por el lado del hombre, las manifestaciones de la carne son evidentes. Si no se justifica a sí mismo ni satisface “los deseos de su carne” (Ef. 2:3), seguramente verá cuán corruptas son las manifestaciones de la carne desde la perspectiva del hombre. En Gálatas 5:19-21 se enumeran los pecados de la carne para que no haya posibilidad de que alguien entienda mal: “Y manifiestas son las obras de la carne, que son: fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, disensiones, divisiones, sectas, envidias, borracheras, orgías, y cosas semejantes a éstas”.

Al enumerar estos pecados, el apóstol dice: “Manifiestas son las obras de la carne”. Estas obras son evidentes a los que les interesa ver. Cualquiera que quiera saber si es de la carne o no, sólo debe preguntarse si practica alguna obra de la carne. El que es de la carne no necesita cometer todas las obras enumeradas en esta lista para ser reconocido como una persona de la carne. Si practica uno solo de estos pecados, eso es suficiente para determinar

que él es de la carne, porque si la carne ya no tuviera autoridad, nada de eso se expresaría. La presencia de cualquier obra de la carne es evidencia de que ésta existe.

Los pecados mencionados pueden dividirse en cinco categorías: (1) pecados del cuerpo que son extremadamente corruptos, tales como la fornicación, la inmundicia y la lascivia; (2) pecados asociados con Satanás y comunicaciones sobrenaturales con él, tales como la idolatría y la hechicería; (3) pecados relacionados con el mal genio, como por ejemplo las enemistades, los pleitos, los celos y las explosiones de ira; (4) pecados relacionados con divisiones religiosas, tales como las disensiones, las divisiones, el sectarismo y la envidia; y (5) pecados relacionados con el libertinaje, tales como las borracheras y las orgías. Todos estos pecados pueden verse fácilmente, y cualquiera que practique alguno de ellos es de la carne.

Después de dividir estos pecados en cinco categorías, podemos ver que algunos de los pecados parecen menos viles, y otros más corruptos. Sin embargo, no importa cómo los vea el hombre, a los ojos de Dios todos ellos provienen de la misma raíz, a saber, la carne, independientemente de si ésta es corrupta o civilizada. Los creyentes que cometen los pecados más corruptos, se dan cuenta fácilmente de que ellos son de la carne. Es más difícil para los que pueden vencer esos pecados que son comparativamente más corruptos. Por lo general, ellos piensan que son mejores que los demás, y no admiten fácilmente que todavía son carnales. Piensan que si no cometen los pecados más viles, no andan según la carne y no se percatan de que la carne es carne, no importa cuán civilizada parezca. Aunque "enemistades ... disensiones, divisiones, sectas" puedan parecer más limpias en comparación con "fornicación, inmundicia, lascivia ... orgías", todas ellas son fruto del mismo árbol. Ojalá que podamos orar con respecto a éstos tres versículos delante de Dios, para que el Señor abra nuestros ojos y podamos conocernos a nosotros mismos. Que nos humillemos por medio de tal oración. Que oremos hasta llorar y gemir por nuestros pecados, hasta que comprendamos que solamente hemos asumido el nombre de cristianos, o peor aún, el de cristianos espirituales, cuando en realidad nuestra vida sigue llena de las obras de la carne. Que podamos orar hasta ser reavivados en nuestros corazones y estemos dispuestos a abandonar todo lo que es de la carne, para que la gracia de Dios nos sea aplicada.

El primer paso en la obra del Espíritu Santo es dejar al creyente convicto de pecado (Jn. 16:8). A menos que el pecador esté consciente del pecado por medio del Espíritu Santo, no podrá ver la perversidad de sus pecados ni podrá refugiarse en la obediencia de Cristo para huir de la ira futura. Pero tal persona debe estar consciente del pecado una vez más; ya que como creyente debe estar convicto de pecado. Si no nos damos cuenta de lo horrible y lo perverso de la condición de nuestra carne, lo cual produce una profunda contrición, no llegaremos a ser hombres espirituales. Los pecados cometidos difieren de una persona a otra, pero todos somos igualmente carnales. Esta es la hora en que debemos humillarnos, postrarnos delante de Dios y permitir voluntariamente que el Espíritu Santo nos deje convictos de nuestros pecados una vez más.

LA MUERTE ES NECESARIA

Cuanto más iluminación reciba el creyente de parte del Espíritu Santo, más claramente verá la lamentable condición de la carne y más intensificará su lucha contra ella, pero también más frecuentes y evidentes serán sus fracasos. En la derrota, el Espíritu Santo le revelará con mayor claridad el pecado y la debilidad de su carne, lo cual producirá en él un profundo sentir de reproche para consigo mismo y una intensa determinación de luchar contra el pecado de la carne. Esta reacción en cadena de sentirse miserable se puede extender bastante tiempo, y sólo será librado totalmente cuando comprenda las obras profundas de la cruz.

Es muy significativo y profundo que el Espíritu Santo guíe al creyente por dicha senda, por medio de derrotas y aflicciones. Antes de que la cruz pueda realizar su obra profunda, el hombre debe entrar en un proceso de preparación que le permita con el tiempo aceptar la obra de la cruz sin impedimento de ninguna clase. El propósito del Espíritu Santo al guiar al creyente por este camino es prepararlo para esto.

Por experiencia, puede verse que aunque Dios condena la carne como corrupta e incurable, el creyente mismo no piensa así. El tal vez esté consciente en su mente de que ése es el veredicto de Dios, pero carece de la percepción espiritual para reconocer que la carne es verdaderamente contaminada y corrupta. Puede asentir a lo que Dios dice, pero todavía no ha descubierto que la percepción de Dios nunca está equivocada. Debido a eso, el creyente procura constantemente enmendar su carne; ése es el hecho, aunque él no lo afirme abiertamente.

Dado que muchos creyentes no entienden el camino de la salvación, intentan vencer la carne peleando contra ella. Piensan que la victoria o la derrota se decide por la medida del esfuerzo que hagan. Por lo tanto, esperan con todo su corazón que Dios les dé más poder espiritual para vencer la carne. Esta batalla se extiende por un largo período. Sin embargo, siempre habrá más derrotas que victorias y ningún prospecto de un triunfo total sobre la carne.

Durante este tiempo, el creyente sigue, por un lado, peleando la batalla y, por otro, trata de enmendar y mejorar la carne o someterla y corregirla. El ora, lee la Biblia y establece una cantidad de reglas y preceptos con la esperanza de subyugar, cambiar y controlar la carne. Se fija normas, tales como no toques, no pruebes, no manejes, no gustes, e inconscientemente piensa que la corrupción de la carne se debe a la falta de preceptos, de ética y de educación, y que después de someterla a cierto adiestramiento espiritual, dejará de darle problemas. No sabe que para subyugar la concupiscencia de la carne, las normas y los preceptos son absolutamente inútiles (Col. 2:21-23).

Por un lado, el creyente trata aparentemente de erradicar la carne, pero al mismo tiempo procura mejorarla. En tales circunstancias, el Espíritu Santo le permite seguir luchando y sufrir la derrota, y le deja agobiado en sus propias acusaciones y remordimientos, con el fin de que al pasar por esas situaciones unas cuantas veces, comprenda que la carne no tiene remedio, que su método es inútil y que debe haber otro camino de salvación. De esta manera, lo que sólo conocía intelectualmente acerca de la corrupción de la carne, ahora lo sabe por experiencia.

Si el creyente tiene una fe firme y sincera en lo que Dios dice, y le suplica al Espíritu Santo que le revele la santidad de Dios para poder, bajo la luz de esa santidad, ver la verdadera condición de la carne, indudablemente será oído. De este modo, quizá se ahorre algunos sufrimientos de los que ha experimentado. Sin embargo, hay muy pocos creyentes en esta condición. El hombre siempre desea usar su propio método, y piensa que después de todo, él no es tan corrupto. Pero la lección debe aprenderse; por consiguiente, el Espíritu Santo pacientemente le permite aprender poco a poco mediante la experiencia, acerca de su yo.

Ya vimos que no podemos obedecer a la carne y que tampoco podemos educarla ni enmendarla. No importa el método espiritual que se emplee, simplemente es imposible cambiar en lo más mínimo la naturaleza de la carne. Entonces, ¿qué podemos hacer? La carne debe morir. Es lo que Dios determinó. La muerte es el único camino. Nosotros queremos combatir la carne, cambiarla, hacer resoluciones y usar innumerables métodos para vencerla, pero Dios dice que la carne debe morir. Si la carne muere, todo estará resuelto. La cuestión no es obtener la victoria, sino darle muerte.

Esto es bastante lógico. La razón por la cual somos carne es que nacimos de ella. "Lo que es nacido de la carne, carne es". De donde se sale, allí se vuelve. Si tratamos de ganar, saldremos perdiendo. Puesto que nacimos de la carne, somos carne. Si morimos, quedamos libres de la carne. La muerte es el único camino. "Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado" (Ro. 6:7). Cualquier método que no le dé muerte a la carne, será inútil. La muerte es el único camino de salvación,

Puesto que la carne es tan corrupta (2 P. 2:10), ni aun Dios puede cambiarla. Fuera de darle muerte, no hay otro camino. Ni siquiera la preciosa sangre del Señor Jesús puede limpiar la carne del hombre. En las Escrituras vemos que la sangre del Señor Jesús sólo nos limpia de nuestros pecados, transgresiones e iniquidades, pero no dice que nos limpie de la carne. La carne tiene que ser crucificada (Gá. 5:24). Tampoco el Espíritu Santo puede mejorar la carne; por eso no mora en el pecador, quien es de carne (Gn. 6:3). Cuando El mora en los creyentes, Su intención no es ayudar a mejorar la carne, sino luchar contra ella (Gá. 5:17). "Sobre carne de hombre [se refiere al aceite de la santa unción como tipo del Espíritu Santo] no sea derramado" (Ex. 30:32). Así nos damos cuenta de que nuestras oraciones y súplicas al Señor para que nos ayude a cambiar, a mejorar y a progresar, a ser amorosos y a servirle mejor, no conducen a nada. Gran parte de nuestra esperanza es vana; la esperanza de que algún día alcanzaremos la santificación, que experimentaremos al Señor cada día y que glorificaremos Su nombre en todas las cosas. No debemos intentar enmendar la carne para que colabore con el Espíritu de Dios. La carne está destinada a morir. Sólo al darle muerte a la carne somos librados. De lo contrario, permaneceremos para siempre como sus esclavos.

CAPITULO TRES

LA CRUZ Y EL ESPIRITU SANTO

Muchos creyentes, puede decirse que la mayoría, no fueron llenos del Espíritu Santo en el momento en que creyeron en el Señor. Durante muchos años después de haber creído, todavía siguen en las redes del pecado y han llegado a ser cristianos carnales. Lo que trataremos en la siguiente sección acerca de la manera en que un cristiano carnal puede ser salvo de su carne, se basa en la experiencia de los creyentes de Corinto y de otros en la misma condición. No estamos diciendo que el creyente primero debe creer en la obra substitutiva de la cruz y después creer su obra de identificación. Ya que muchos creyentes no tienen una revelación clara acerca de la cruz desde el principio, sólo han creído la mitad de la verdad, y por esta razón necesitan otra oportunidad para creer la otra mitad. Si el lector ya creyó en los dos aspectos de la obra de la cruz, esta sección no estará relacionada muy estrechamente con él. Pero si como la mayoría, únicamente creyó la mitad de la verdad, esta sección le será de incalculable ayuda. Sin embargo, queremos que el lector entienda claramente que no es necesario creer en los dos aspectos de la cruz por separado. Debido a la falta de fe del hombre, es necesario volver a creer.

LA SALVACION QUE LA CRUZ TRAE

En Gálatas 5, después de enumerar muchos aspectos de la carne, el apóstol añade: "Pero los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias" (v. 24). He ahí la salvación. A lo que los creyentes prestan atención es muy diferente a lo que Dios presta atención. Los creyentes se preocupan por "las obras de la carne" (v. 19) que son acciones de la carne. Prestan atención a pecados aislados: el enojo de hoy, los celos de mañana y la disputa de pasado mañana. El creyente se lamenta por un pecado en particular y anhela conseguir la victoria sobre él. Sin embargo, todos estos pecados son frutos del mismo árbol. Mientras se corta una fruta, crece otra. Crecen una tras otra sin parar, hasta que finalmente no hay ningún día de victoria. Dios presta atención a la carne (v. 24), no a las obras de la carne. Si un árbol está muerto, ¿acaso esperamos que lleve fruto? Los creyentes hacen planes para acabar con las ofensas (los frutos), y se olvidan de acabar con la carne (la raíz). Por eso, es inevitable que antes de resolver algún pecado, ya ha surgido otro. Necesitamos ir a la raíz del pecado.

Los que son niños en Cristo necesitan conocer más profundamente el significado de la cruz, ya que aún son carnales. La obra de Dios consiste en crucificar juntamente con Cristo el viejo hombre de los creyentes, ya que los que son de Cristo "han crucificado la carne con sus pasiones y deseos". No importa si se trata de la carne o de sus poderosos deseos, todo ello fue clavado en la cruz. Por medio de la cruz del Señor los pecadores obtuvieron la regeneración y supieron que habían sido redimidos de sus pecados. Ahora, también por medio de la cruz los creyentes que son niños carnales, aunque tal vez hayan sido regenerados hace muchos años, pueden obtener la salvación y ser librados del dominio de

la carne, para poder andar según el Espíritu Santo y ya no andar según la carne; de este modo podrán llegar a ser hombres espirituales en poco tiempo.

La caída del hombre está en contraste con la obra de la cruz, ya que la salvación que ésta proporciona es justamente el remedio para aquélla. Una es la enfermedad, y la otra es la cura; así que, se contraponen la una a la otra. Por un lado, el Salvador murió en la cruz por el pecador a fin de redimirlo de su pecado para que el Dios santo pueda perdonarlo legalmente; por el otro, el pecador, habiendo muerto junto con el Salvador en la cruz, ya no es gobernado por la carne. Sólo esto puede hacer que el espíritu del hombre recupere su propio dominio, que el cuerpo sea su servidor externo y que el alma sea su intermediario. De este modo, el espíritu, el alma y el cuerpo son restaurados a su condición original.

Si desconocemos el significado de la muerte que describimos en este versículo, no podremos recibir la salvación. El Espíritu Santo debe revelarnos esto.

"Los que son de Cristo Jesús" son todos los que creen en el Señor. Todos los que creen en El y fueron regenerados le pertenecen. No importa cuál sea su nivel espiritual ni cuánto se esfuerce, si ya fue libre del pecado ni si fue plenamente santificado ni si ha sido vencido por la lujuria; lo que cuenta es si uno está unido a Cristo en la esfera de la vida. En otras palabras, ¿fue regenerado? ¿Creyó en el Señor Jesús como Salvador? Si uno creyó, *no importa* cuál sea su condición espiritual, si es victorioso o está derrotado, ya crucificó la carne.

Lo importante no es la ética ni la espiritualidad, ni el conocimiento ni las obras; sólo cuenta si uno pertenece a Cristo o no. Si uno le pertenece a El, ya crucificó la carne; no es que está crucificando ni que crucificará, sino que ya crucificó la carne.

Necesitamos la perspectiva correcta. Este versículo no habla de la experiencia, independientemente de cuál sea, sino que establece un hecho. "Los que son de Cristo Jesús", ya sean débiles o fuertes, "*han crucificado* la carne con sus pasiones y concupiscencias". Uno podrá decir que todavía peca, que el mal genio persiste y que las pasiones siguen siendo muy fuertes; pero Dios dice que ya fuimos crucificados. No prestemos atención a nuestras experiencias presentes. Fijemos nuestra atención en lo que Dios dice. Si no escuchamos ni creemos Su Palabra, y nos centramos en nuestras experiencias diarias, jamás viviremos la realidad de que nuestra carne ya fue crucificada. No prestemos atención a nuestros sentimientos ni a lo que experimentamos. Dios dice que nuestra carne fue crucificada, esto significa que es un hecho que lo fue. Primero tenemos que escuchar y creer la Palabra de Dios, después lo experimentaremos personalmente. Dios dice que nuestra carne ya fue crucificada. Debemos responder: "¡Amen! Sí, mi carne fue clavada en la cruz". Al hacer esto, veremos que nuestra carne verdaderamente fue crucificada.

Entre los creyentes de Corinto había adulterio, celos, pleitos, divisiones, litigios, y practicaban muchos otros pecados. Eran carnales, pues eran niños en Cristo; aún así, seguían siendo de Cristo. ¿Se puede decir que la carne de estos creyentes había sido verdaderamente crucificada? Sí, hasta la carne de estos creyentes tan carnales fue crucificada. ¿Cómo puede ser eso?

Tengamos presente que la Biblia no nos dice que nos crucifiquemos. Sólo nos dice que fuimos crucificados. No necesitamos crucificarnos a nosotros mismos, pues ya lo fuimos *con* el Señor Jesús (Gá. 2:20; Ro. 6:6). Si fuimos crucificados juntamente con Cristo cuando El fue clavado en la cruz, entonces nuestra carne también fue clavada en la cruz. Esto no significa que nos crucificamos a *nosotros mismos*, sino que cuando El Señor Jesús fue crucificado nos llevó en Su cruz. Por lo tanto, a los ojos de Dios, nuestra carne ya fue crucificada; esto ya se llevó cabo y es un hecho. No importa si la persona lo experimenta o no, la Palabra de Dios dice: "Los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne". Si deseamos tener la experiencia de la crucifixión de la carne, no debemos prestar atención a nuestras experiencias. Por supuesto, tener experiencias no es malo, pero pueden estorbar para que no asumamos nuestra posición. Debemos creer la Palabra de Dios. El dijo que mi carne ya fue crucificada. Creo que mi carne verdaderamente fue crucificada. Dios lo afirma, y yo confieso que la Palabra de Dios es verdad. Así tendremos la experiencia. Primero debemos prestar atención al hecho que Dios estableció, y luego prestamos atención a la experiencia personal.

Ante Dios, la carne de los corintios había sido crucificada con el Señor Jesús, pero ellos no habían tenido esa experiencia. Quizás esto se debía a su ignorancia de los hechos establecidos por Dios. Por lo tanto, el primer paso para que recibamos la salvación es ponerle fin a la carne en conformidad con el punto de vista de Dios. No es que la carne va a ser crucificada, sino que ya fue clavada en la cruz, no según lo que vemos, sino lo que creemos, a saber, la Palabra de Dios. Si estamos firmes en el hecho de que la carne fue crucificada podremos, en nuestra experiencia, ponerle fin. Si no abandonamos nuestro interés por progresar espiritualmente y si no permanecemos firmes en este hecho, dando por sentado que en *toda circunstancia* nuestra carne ya fue crucificada, no podremos experimentar ese hecho. Los que quieran tener la experiencia, no deben centrarse primeramente en sus experiencias; *sólo deben creer la Palabra de Dios.* De esta manera, pueden obtener la experiencia.

EL ESPIRITU SANTO Y LA EXPERIENCIA

"Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones por los pecados ... operaban en nuestros miembros a fin de llevar fruto para muerte. Pero ahora estamos libres ... por haber muerto..." (Ro. 7:5-6). A esto se debe que la carne ya no pueda dominarnos.

Ya creímos y confesamos que nuestra carne fue crucificada. Sólo ahora, y no antes, podemos prestar atención a nuestra experiencia. Aunque ahora ponemos atención a la experiencia, aún así, nos aferramos firmemente a los hechos que tenemos ante Dios, ya que lo que Sus logros y la experiencia que tenemos de ellos, son dos cosas inseparables.

Dios ya hizo lo que podía hacer; ya lo logró todo. Ahora nos preguntamos qué haremos con lo que El logró y cuál será nuestra actitud ante lo que El llevó a cabo. El crucificó nuestra carne, no en teoría, sino en realidad. *Si creemos y ejercemos nuestra voluntad para escoger lo que Dios hizo por nosotros, eso mismo se convertirá en nuestra experiencia en vida. No se nos pide que hagamos nada, porque Dios ya lo hizo todo. No se nos exige que crucifiquemos nuestra carne, porqueDios la crucificó*. Ahora la pregunta es: ¿Creemos que esto es verdad? ¿Queremos que se lleve a cabo en nuestra vida? Si lo creemos y lo

deseamos, debemos cooperar con el Espíritu Santo para obtener esta experiencia. En Colosenses 3:5 dice: "Haced morir, pues, vuestros miembros terrenales". Esta es la manera de llegar a la experiencia. La palabra "pues" comunica este versículo con lo anterior. El versículo 3 dice: "Porque habéis muerto". Esto fue lo que Dios logró para nosotros. "Porque habéis muerto". "Haced morir, pues, vuestros miembros terrenales". La primera afirmación es un hecho que nos concede dicha posición en Cristo. La segunda oración es la experiencia que tenemos. Podemos ver la relación entre estas dos. El fracaso que los creyentes tienen en la carne se debe a que no ven la relación de estas dos muertes. Algunos sólo quieren poner fin a su carne, prestando atención primeramente a las experiencias que tienen de la muerte, pero cuanto más tratan de dar muerte a su carne, más se aviva ésta. Otros reconocen la verdad de que su carne fue crucificada juntamente con Cristo, pero no buscan la realidad práctica de ello. En ninguno de estos casos llegan a experimentar la crucifixión de la carne.

Si deseamos hacer morir nuestros miembros, debemos tener una base. De no ser así, aunque anhelemos tal experiencia, confiando vanamente en nuestros propios esfuerzos, no la obtendremos. Los creyentes que saben que la carne murió con el Señor y no aplican lo que el Señor logró por ellos, descubrirán que el conocimiento solo también es inútil. Para hacer morir nuestra carne, debemos primero identificarnos con la muerte de Cristo. Sobre dicha identificación, debemos hacer morir nuestra carne. Estos dos pasos deben ir juntos y se respaldan el uno al otro. Si sólo estamos satisfechos con conocer el hecho de nuestra identificación con Su muerte, pensando que todo es espiritual y que la carne ya llegó a su fin, nos engañamos a nosotros mismos. Del mismo modo, si al hacer morir las obras malignas de la carne, les prestamos demasiada atención y no tomamos la actitud de que nuestra carne murió, esto también será en vano. Si al hacer morir la carne, olvidamos que la muerte ya tuvo lugar, no podremos hacer morir nada. "Habéis muerto". Yo ya morí con el Señor Jesús porque cuando El murió, crucificó allí mi carne. "Haced morir, pues", ahora debe ser parte de nuestra experiencia, aplicando la muerte del Señor Jesús, haciendo morir todas las prácticas de nuestros miembros. "Haced morir" está basado en "habéis muerto". Haced morir significa aplicar la muerte del Señor Jesús para ejecutar la sentencia de muerte sobre cada miembro. La muerte del Señor es la muerte que tiene mayor autoridad, es la más letal, y nada que se le enfrente puede sobrevivir. Ya que estamos identificados con esa muerte, si alguno de nuestros miembros es tentado y la lujuria comienza a activarse, podemos aplicar esta muerte para darle fin a ese miembro y hacer que muera instantáneamente.

Nuestra unión con Cristo en Su muerte se convierte en una realidad en nuestro espíritu. (La muerte de Cristo es la muerte más poderosa y activa). Ahora lo que debe hacer el creyente es echar mano de la muerte que se encuentra en su espíritu, para ponerle fin a todas las actividades en sus miembros, ya que la lujuria que hay en ellos puede operar en cualquier momento. Esta muerte espiritual no se produce de una vez por todas. Si el creyente no está alerta y pierde la fe, la carne opera de nuevo. Si un creyente desea ser totalmente conformado a la muerte del Señor, debe hacer morir sin cesar las prácticas de sus miembros, para que lo que está en su espíritu se extienda a su cuerpo.

Pero, ¿cómo podemos tener el poder para aplicar la muerte del Señor a nuestros miembros? En Romanos 8:13 dice: "Si por el Espíritu hacéis morir lo hábitos del cuerpo..." Si el

creyente desea hacer morir las prácticas del cuerpo, debe depender del Espíritu Santo para hacer que su identificación con la muerte de Cristo llegue a ser su experiencia; y cuando hace morir las prácticas de su cuerpo por medio de la muerte del Señor, debe creer que el Espíritu Santo hará que la muerte de la cruz sea real en esas prácticas. La crucifixión de la carne de los creyentes juntamente con Cristo es un hecho consumado. No hay necesidad de crucificar la carne de nuevo. Pero si las prácticas malignas del cuerpo parecen surgir de nuevo, el Espíritu Santo aplicará la muerte que la cruz del Señor Jesús obtuvo en nuestro favor, para que cada práctica maligna sea eliminada por el poder de la muerte del Señor. Las prácticas malignas de la carne están listas para manifestarse continuamente y en todo lugar. Por lo tanto, si el Espíritu no llena con el poder de la santa muerte del Señor Jesús al creyente, éste no podrá vencer. Pero si el creyente da muerte de esta manera a las prácticas de su carne, entonces el Espíritu Santo que lo habita logrará el propósito de Dios en él, que consiste en que el cuerpo de pecado sea anulado (6:6). Cuando uno que es niño en Cristo conoce esta cruz, puede ser librado del dominio de la carne y unirse al Señor Jesús en la vida de resurrección.

De aquí en adelante, el creyente debe andar por el Espíritu y así no satisfará los deseos de la carne (Gá. 5:16). Debemos comprender que no importa cuánto ha sido arraigada y cimentada en nuestra vida la muerte del Señor, no podemos pensar ni por un momento que ya no tenemos que vigilar a fin de impedir que las prácticas de nuestros miembros nos perturben. Cuando un creyente no anda por el Espíritu ni es guiado por El, inmediatamente anda en la carne. La verdadera condición de la carne, según lo revela Dios en Romanos 7 después del versículo 5, es la condición típica del creyente. Si por un momento el creyente deja de andar por el Espíritu, inmediatamente llega a ser la clase de persona allí descrita. Ya que Romanos 7 se encuentra entre el capítulo seis y el capítulo ocho, algunos afirman que una vez que el creyente ha pasado por el capítulo siete y ha experimentado el Espíritu de vida en el capítulo ocho, el capítulo siete llega a ser historia. Pero en realidad el capítulo siete y el capítulo ocho son paralelos y simultáneos. Si el creyente no anda según el Espíritu Santo, según el capítulo ocho, automáticamente se encuentra en la experiencia del capítulo siete. El apóstol Pablo dice en Romanos 7:25: "Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado". "Así que", es la conclusión a la descripción de las experiencias relatadas antes de 7:25. Antes del versículo 24 él era un fracaso. Llega a ser victorioso en el versículo 25. Pero sólo después de fracasar y obtener la victoria dice: "Con la mente yo mismo sirvo a le ley de Dios", lo cual significa, que lo que Dios desea es esta nueva vida. "Con la carne a la ley del pecado" significa que a pesar de servir a la ley de Dios con su mente, de todos modos su carne siempre sirve a la ley del pecado. Independientemente del grado al que había sido librado de la carne, ésta seguía sirviendo a la ley del pecado (v. 25). Esto indica que la carne siempre es carne. No importa cuánto haya crecido uno ni cuánto haya sido cimentada nuestra vida en el Espíritu Santo, la naturaleza de la carne no cambia, pues sigue sirviendo a la ley del pecado. Así que, aunque no andemos según la carne y seamos guiados por el Espíritu de Dios (8:14) y seamos librados de la opresión de la carne, necesitamos constantemente hacer morir las prácticas del cuerpo y andar en conformidad con el Espíritu Santo.

LA EXISTENCIA DE LA CARNE

Necesitamos comprender que aun cuando podamos hacer morir la carne y anularla (en el griego el significado es "destruir" en Ro. 6:6), de todos modos sigue existiendo. Es un grave error pensar que ya eliminamos la carne y que el pecado fue desarraigado de nosotros. Esta doctrina desvía a las personas. La vida regenerada no modifica a la carne. Es decir, nuestra crucifixión juntamente con Cristo no hace que la carne desaparezca. El Espíritu Santo, quien mora en nuestro espíritu, no obliga a las personas a que dejen de andar según la carne. La carne o "la naturaleza carnal", como la llaman algunos, siempre existe en el creyente. Siempre que el creyente cree las condiciones para que actúe, ella opera inmediatamente.

Ya vimos cómo el cuerpo del hombre está asociado con la carne. Mientras estemos unidos a este cuerpo, no podremos separarnos de nuestra carne a tal grado que no tenga posibilidad de operar de nuevo. Lo que es nacido de la carne, carne es. Antes de la transfiguración de este cuerpo corrupto que recibimos de Adán, no hay manera de que la carne sea erradicada de nuestro interior. Nuestro cuerpo aún no ha sido redimido (Ro. 8:23). Por lo tanto, tenemos que esperar hasta la segunda venida del Señor para experimentar esta redención (1 Co. 15:22-23, 42-44, 51-56; 1 Ts. 4:14-18; Fil. 3:20-21). Por eso, mientras permanezcamos en este cuerpo, ni por un día debemos dejar de velar en contra de las actividades de la carne en él.

Debemos estar conscientes de que nuestro andar puede ser, cuando mucho, como el de Pablo, quien dijo: "Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne" (2 Co. 10:3). Debido a que aún estaba en su cuerpo, seguía andando en la carne. Pero debido a la corrupción y la perversidad de la carne y su naturaleza, el no militaba según la carne. Aunque aún estaba en la carne, no andaba según la carne (Ro. 8:4). A menos de que un creyente sea librado de su cuerpo físico, no le será posible, por ningún medio, separarse de su carne. El vive físicamente en la carne (Gá. 2:20). Desde la perspectiva espiritual, él no milita según la carne. Si Pablo aún tenía una carne según la cual militar (aunque no lo hacía), ¿quién se atrevería a afirmar que no tiene carne? En consecuencia, vemos que la cruz y el Espíritu Santo son necesarios en todo momento.

Debemos prestar atención especial a este punto. De no ser así, los creyentes caerán en la hipocresía o en la negligencia, pensando que su carne ya fue terminada y que, por ende, son perfectamente santos y no tienen que vigilar. Es un hecho que los hijos de padres regenerados y santificados también son carne y necesitan ser regenerados igual que todos los demás. Nadie puede decir que los hijos de padres santificados no son carne y que no necesitan ser regenerados. El Señor Jesús dijo: "Lo que es nacido de la carne, carne es" (Jn. 3:6). Esto prueba que el que engendra ¡también es carne! La carne sólo da a luz carne. El hecho de que los hijos son carne demuestra que los padres todavía no son libres de la carne. La razón por la cual los santos transmiten la naturaleza caída a sus hijos es que ésa es su naturaleza originalmente. No es posible que transmitan la naturaleza divina que recibieron en la regeneración, ya que no les pertenece, pues la obtuvieron individualmente mediante la gracia de Dios. Los hijos de los creyentes poseen la naturaleza pecaminosa porque los creyentes mismos tienen una naturaleza pecaminosa que les transmiten. Esto prueba que la naturaleza pecaminosa aún existe en los creyentes.

Desde esta perspectiva, vemos que una nueva creación en Cristo nunca recupera, en *esta* vida, la posición que Adán tenía antes de la caída, por el simple hecho de que su cuerpo no ha sido redimido (Ro. 8:23), sin mencionar otras cosas. Inclusive, una persona que está en la nueva creación todavía tiene tanto la naturaleza pecaminosa como la carne. Algunas veces sus sentimientos y sus deseos no son perfectos y son menos nobles que los de Adán antes de que pecara. A menos que la carne del hombre sea eliminada desde su interior, nunca podrá tener sentimientos, deseos ni amor perfectos. El hombre jamás puede llegar a estar por encima de la posibilidad de pecar, puesto que la carne todavía existe. Si el creyente no anda según el Espíritu Santo y le da lugar a la carne, ésta de nuevo ejercerá su dominio. Sin embargo, no debemos menospreciar la salvación lograda por Cristo. Hay muchos pasajes en la Biblia que nos dicen que todo lo que es nacido de Dios no puede pecar. Esto significa que todo aquel que nace de Dios y se llena de Dios no está inclinado a pecar, lo cual no significa que no haya posibilidad de pecar. Cuando decimos que la madera flota, significa que la madera no tiende a hundirse, no que sea imposible sumergirla, ya que si se remoja por varios días, puede hundirse. Hasta la mano de un niño puede hundirla. Pero la madera por naturaleza tiende a flotar. De la misma manera, Dios nos salvó hasta el punto de que no estamos inclinados a pecar, pero no nos ha salvado hasta el punto en que seamos incapaces de pecar. Si un creyente permanece inclinado al pecado, ello demuestra que aún es carnal y que no ha experimentado la salvación completa. El Señor Jesús opera en nosotros para que no estemos inclinados al pecado, pero al mismo tiempo, nosotros debemos estar alerta, pues si somos contaminados por el mundo y tentados por Satanás, existe la posibilidad de que pequemos.

El creyente debe darse cuenta de que, por un lado, es una nueva creación en Cristo, el Espíritu Santo mora en su espíritu, la muerte de Jesús opera en él y además tiene la vida santificadora, pero, por otro lado, todavía posee la carne pecaminosa y puede experimentar su existencia y su inmundicia. Posee una vida santificadora debido a que el Espíritu Santo juntamente con la muerte de la cruz hacen morir las prácticas de sus miembros para que la carne no actúe, mas esto no indica que la carne no esté en él. Después de ver el hecho de que un creyente transmite su naturaleza pecaminosa a sus hijos, comprendemos que lo que obtenemos no es la perfección natural que tenía Adán cuando aún no había pecado. Y también sabemos que la existencia de la carne no impide que los creyentes sean santificados.

Todos los creyentes deben admitir que aún los que son más santos también tienen momentos de debilidad. Pueden entrar pensamientos pecaminosos inadvertidamente en sus mentes; pueden proferir palabras indeseables sin querer; pueden sentir que es difícil someter su voluntad al Señor, y pueden incluso confiar en sí mismos. Todo ello es obra de la carne. Si el creyente se mantiene sujeto a Cristo, y no da lugar a la carne, su experiencia de vencer a la carne perdurará. El creyente debe saber que la carne puede volver en cualquier momento a ejercer su poder. La carne no es erradicada del cuerpo, pero como nos presentamos al Señor (Ro. 6:13), el cuerpo ya no está bajo el dominio de la carne y es regido por el Señor. Si un creyente anda según el Espíritu Santo (esto se refiere a no permitir que el pecado domine nuestro cuerpo, v. 12), no importa qué planee el pecado, no podrá hacerle tropezar, y se mantendrá siempre libre. De este modo, el cuerpo no es gobernado por la naturaleza pecaminosa y es libre para ser el templo del Espíritu Santo y llevar a cabo la obra santa de Dios. La manera en que los creyentes obtienen su libertad es

la misma que los mantiene libres. Los creyentes obtienen la libertad debido a que respondieron a Dios con un fuerte "sí", y a la carne con un fuerte "no", aceptando la muerte del Señor. Durante el transcurso de esta vida, mientras estén en el cuerpo, este "sí" a Dios y "no" a la carne debe continuar. Ningún creyente puede llegar al punto donde no pueda ser tentado. Debido a esto, es necesario un buen discernimiento, velar, orar y, algunas veces, ayunar para saber cómo andar según el Espíritu Santo.

Sin embargo, el creyente no debe restringir el propósito de Dios, ni disminuir su propia esperanza. Aunque no debe pecar es posible que peque. El Señor Jesús murió por nosotros y crucificó nuestra carne juntamente con El, y el Espíritu Santo mora en nosotros a fin de manifestar en nosotros la realidad de lo que el Señor Jesús logró. Tenemos la posibilidad de no ser gobernados por la carne. *Su existencia es un llamado a velar, pero no debe hacer que nos rindamos.* La cruz eliminó por completo la carne. Si estamos dispuestos a hacer morir, por el Espíritu Santo, las prácticas de nuestro cuerpo, experimentaremos lo que logró la cruz. "Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, habréis de morir, mas si por el Espíritu hacéis morir los hábitos del cuerpo, viviréis" (Ro. 8:12-13). Puesto que Dios nos concedió semejante gracia y tan grande salvación, si cometemos el error de vivir según la carne, la responsabilidad recae sobre nosotros. Ya que tenemos tal salvación, no somos deudores a la carne ni estamos obligados a pagarle nada. Si todavía vivimos según la carne, es porque queremos, no porque tengamos que hacerlo.

Muchos santos que ya tienen cierta madurez tiene largos períodos de victoria completa. La carne existe, pero sus efectos son anulados. Su vida, naturaleza y actividad, ha sido eliminada por los creyentes, quienes son uno con la muerte del Señor mediante el Espíritu Santo, para que la carne, aunque exista, sea como si no existiera. Dado que la obra de hacer morir la carne es tan profunda y tan aplicable, y ya que el creyente es tan fiel en seguir al Espíritu Santo de una manera constante, la carne no tiene poder para resistir y no tiene mucha fuerza para estimular al creyente, aunque ella sigue presente en él. Esta victoria completa sobre la carne está al alcance de todos los creyentes.

He aquí una advertencia: "Porque si vivís conforme a la carne, habréis de morir; mas si por el Espíritu hacéis morir los hábitos del cuerpo, viviréis". Puesto que la salvación es completa, no hay excusa alguna para rechazarla. Todo lo mencionado en este versículo depende de esas dos condiciones. Dios por Su parte no puede hacer nada más, pues ya lo logró todo. Ahora todo depende del hombre y de su respuesta a la obra de Dios. Aunque hayamos sido regenerados, si vivimos conforme a la carne, moriremos, perderemos nuestra vida espiritual y viviremos como si estuviéramos muertos. Si vivimos por el Espíritu, también debemos morir en la muerte de Cristo. Si por la muerte de Cristo hacemos morir todas las prácticas de la carne, experimentaremos la verdadera muerte. Pero si no morimos de esta manera, moriremos de la otra. De todos modos moriremos. ¿Cuál muerte preferimos? Cuando la carne vive, el Espíritu Santo no puede vivir. Entonces, ¿cuál de los dos deseamos que viva? Dios dispuso que nuestra carne con todo su poder y sus actividades queden bajo el poder de la muerte del Señor Jesús en la cruz. Lo único que necesitamos es la muerte. Hablemos menos de la vida y mencionemos primero la muerte, porque si no hay muerte, no hay resurrección. ¿Estamos dispuestos a obedecer la voluntad de Dios?

¿Estamos dispuestos a permitir que la cruz de Cristo sea nuestra experiencia? Si es así, debemos, por medio del Espíritu Santo, hacer morir todas las prácticas del cuerpo.

CAPITULO CUATRO

LA JACTANCIA DE LA CARNE

EL OTRO ASPECTO DE LA CARNE

Los aspectos antes mencionados ¿incluyen todas las obras de la carne? Aparte de ellos, ¿existen otras obras de la carne? ¿Deja la carne de estar activa bajo el poder de la cruz? Lo que se dijo anteriormente principalmente recalca el aspecto de los pecados de la carne, es decir, la lujuria del cuerpo humano, pero no el otro aspecto de la carne. Ya dijimos que la carne incluye las obras del alma y la concupiscencia del cuerpo. Examinamos al cuerpo en detalle; pero no hemos hablado específicamente con respecto al alma. En cuanto al cuerpo, el creyente debe deshacerse de todos sus pecados y corrupción; del mismo modo, el creyente debe rechazar las obras del alma, las cuales ante Dios no son menos corruptas que las del cuerpo.

La Biblia dice que las obras de la carne son de dos clases (aunque ambas son de la carne): las obras injustas y las que la carne considera justas. La carne no solamente engendra pecados sino también justicia. No solamente es vil, ya que también puede ser noble. No sólo tiene lujuria, sino también buenos pensamientos. Todo esto estudiaremos más adelante.

La Biblia utiliza la palabra *carne* para designar la vida y la naturaleza corrupta del hombre, es decir, el alma y el cuerpo. Cuando Dios creó al hombre, puso su alma entre el espíritu y el cuerpo, es decir, entre lo que es divino y espiritual y lo sensual y físico. La tarea del alma es vincular el espíritu y el cuerpo, dándole a cada uno su lugar correspondiente, capacitándolos para comunicarse entre sí y para que mediante esta armonía el hombre pueda obtener la unidad del espíritu y el cuerpo. Pero el alma cede a las tentaciones que se suscitan en los sentidos, escapa de la autoridad del espíritu y se somete al control del cuerpo. El alma y el cuerpo unidos constituyen "la carne", la cual no sólo carece de espíritu, sino que además se opone al espíritu. La Biblia dice: "Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu" (Gá. 5:17).

La oposición de la carne contra el espíritu y contra el Espíritu Santo tiene dos aspectos. Cuando la carne peca, se rebela contra Dios e infringe Su ley y se opone abiertamente al espíritu. Pero cuando la carne hace el bien, obedece a Dios y hace la voluntad de Dios, también lo hace en enemistad contra el espíritu. El cuerpo, como parte de la carne, está lleno de pecado y de lujuria; así que, cuando se expresa a sí mismo, comete multitud de pecados, contristando al Espíritu Santo. Sin embargo, el alma, como parte de la carne, no es tan corrupta como el cuerpo. El alma es el principio de vida del hombre; es su yo y consta de las facultades de la voluntad, la mente y la parte emotiva. Desde el punto de vista del *hombre*, no todas las obras del alma son corruptas, pues ella se centra solamente en los pensamientos, las ideas y las preferencias de la persona. Aunque estos pecados giran en torno al yo, no son necesariamente viles. Lo que caracteriza las obras del alma es la

independencia la dependencia de uno mismo. Aunque la conducta de esta parte de la carne no es tan vergonzosa como la otra, de todos modos es enemiga del Espíritu Santo. Debido a que la carne se centra en el yo, la voluntad propia se levanta por encima de la voluntad de Dios. Aunque sirve a Dios, no lo hace según El, sino según sus propias ideas. Hace lo que es bueno a sus propios ojos y toda su conducta se origina en el yo. Aunque la carne no haya cometido nada que *el hombre* considere pecaminoso; incluso pudo tratar de cumplir los mandamientos de Dios, en todo caso el yo es el centro de todas sus actividades. El engaño y la fuerza del yo, van más allá de lo que el hombre puede imaginar. La carne es enemiga del Espíritu Santo, no sólo cuando peca contra Dios, sino también al servirle y complacerle, ya que todo lo que hace se basa en sus propios esfuerzos, en vez de ser guiada *exclusivamente* por el Espíritu, dependiendo por completo de la gracia de Dios. Por eso es enemiga del Espíritu Santo y lo apaga.

Podemos encontrar muchas personas a nuestro alrededor que por naturaleza son buenas, pacientes y afectuosas. Ahora bien, el creyente aborrece el pecado; así que, si puede librarse de él y de las obras de la carne descritas en Gálatas 5:19-21, se siente satisfecho. Lo que realmente anhela es la justicia, por eso se esforzará por actuar rectamente anhelando poseer los frutos mencionados en Gálatas 5:22-23. Pero he aquí el peligro. Los creyentes no han aprendido a aborrecer su carne en su totalidad; desean solamente librarse de los pecados que ella comete. Saben rechazar las obras de la carne, pero no saben que la carne misma debe ser destruida. Lo importante es que la carne no solamente comete pecados, sino que también puede hacer buenas obras. Si la carne aún hace el bien es evidente que está viva. Si un hombre muere, su capacidad para hacer el bien, o hacer el mal, muere con él. Si todavía puede hacer el bien, indudablemente no ha muerto.

Sabemos que todos los hombres son carne. La Biblia enseña que no hay nadie en el mundo que no sea de carne, ya que todo pecador nació de la carne. Pero sabemos que muchos antes de ser regenerados e incluso muchos que jamás han creído en el Señor y nunca han sido regenerados han hecho muchas obras loables. Son verdaderamente afectuosos, pacientes y buenos; parece que han sido así desde que nacieron. Ellos pueden ser muy buenos, pero basándonos en lo que el Señor Jesús le dijo a Nicodemo en Juan 3:6, vemos que ellos siguen siendo carne. Esto confirma el hecho de que la carne puede hacer el bien.

Pablo dijo a los Gálatas: "¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora os perfeccionáis por la carne?" (3:3). Estas palabras nos muestran que la carne puede hacer el bien. Los creyentes de Galacia habían caído en el error de hacer el bien valiéndose de la carne. Habían empezado por el Espíritu Santo, pero no continuaron en ese camino para ser perfeccionados. En lugar de eso, trataron de perfeccionarse por medio de su propia justicia, inclusive por la justicia según la ley. Por eso el apóstol les hizo esa pregunta. Vemos, entonces, que la carne puede hacer buenas obras. Si la carne de los gálatas sólo hubiera podido hacer el mal, Pablo no habría tenido que hacer aquella pregunta, puesto que sería obvio que los pecados de la carne no pueden perfeccionar de ninguna manera lo que empieza el Espíritu Santo. Vemos que ellos querían alcanzar una posición de perfección mediante los hechos justos de su carne, pues deseaban perfeccionar con su carne lo que había iniciado el Espíritu Santo. Realmente intentaron con todas sus fuerzas hacer el bien, pero el apóstol nos muestra aquí que los hechos justos de la carne y las obras del Espíritu

Santo son completamente diferentes. Lo que una persona hace con la carne lo hace ella misma, y tales obras no pueden perfeccionar lo que inició el Espíritu Santo.

En el capítulo anterior, el apóstol dio un mensaje sólido: "Porque si las cosas que destruí, las mismas vuelvo a edificar, transgresor demuestro ser" (Gá. 2:18). Esto se refiere a aquellos que habiendo sido salvos y habiendo recibido el Espíritu Santo, dependen de la carne, el yo, para obrar con justicia según la ley (vs. 16-17, 21). "Las cosas que destruí" indica que el apóstol consideraba al hombre un ser incapaz de salvarse por sus propias obras. Siempre derribó las obras de los pecadores, pues sabía que no los podían salvar. "Las mismas vuelvo a edificar" alude a edificar de nuevo *ahora*. El apóstol parecía decir: "No podéis ser salvos por vuestras propias obras, pues fuisteis justificados al creer en el Señor". Si volvemos a edificar las obras de justicia que ya derribamos, pensando que ahora las debemos hacer por nuestro esfuerzo, demostramos que somos transgresores. Siendo pecadores no podemos recibir la vida por medio de las obras de la ley; del mismo modo, después de haber recibido la vida, no podemos ser perfeccionados por medio de las buenas obras de nuestra carne. Si así fuera, esto probaría que el apóstol era un transgresor. En realidad, ¡qué vanas son las obras justas de la carne!

En Romanos 8 también vemos que "los que están en la carne no pueden agradar a Dios" (v. 8). Esto implica que las personas carnales también tratan de agradar a Dios. Obviamente, tratar de agradar a Dios también es una buena obra de la carne, excepto que esto no puede agradar a Dios. Debemos tener una comprensión profunda de que la carne sí puede hacer obras justas. De hecho, es experta en hacerlas. Por lo general, pensamos que la carne sólo significa lujuria y pensamos que es completamente corrupta como la concupiscencia. En cuanto al cuerpo se refiere, la carne incluye la lujuria, pero en cuanto al alma, las actividades de la voluntad, la mente y la parte emotiva, no son necesariamente tan corruptas como las lujurias. Además, en la Biblia el término *deseo* no se utiliza sólo para referirse a algo corrupto, como en Gálatas 5:17 donde dice: "El [deseo] del Espíritu es contra la carne". Aquí el deseo del Espíritu Santo se opone al de la carne. Por lo tanto, deseo en la Biblia no siempre es corrupto; significa tener un fuerte anhelo.

Todo lo que una persona puede hacer antes ser regenerada es simplemente el resultado de los esfuerzos de la carne. Por eso puede hacer tanto el bien como el mal. El error del creyente radica precisamente en que sólo sabe que lo malo de la carne debe ser destruido, pero ignora que tiene que hacerse lo mismo con lo bueno de la carne; desconoce que así como las malas obras de la carne pertenecen a la carne, también las buenas obras le pertenecen. La carne es carne y sigue siéndolo ya sea que haga el bien o el mal. Lo que pone en peligro a un cristiano es su ignorancia o su rechazo a enfrentar la necesidad de desprenderse del todo de la carne, incluyendo lo que es bueno; él solamente sabe o acepta que debe deshacerse de lo malo de la carne. La lección que debe aprender ahora es que lo bueno de la carne no es menos carnal que lo malo. Ambos pertenecen a la carne. Si la bondad de la carne no es erradicada, no importa lo que haga el creyente, no podrá ser librado del poder de la carne. Además, ya que la carne puede hacer el bien, si el creyente se lo permite, pronto verá que la carne también hace el mal. Si la justicia propia no es erradicada, pronto la seguirá la injusticia.

LA NATURALEZA DE LAS BUENAS OBRAS DE LA CARNE

Dios se opone enérgicamente a la carne porque conoce muy bien su verdadera condición. Su propósito es que los creyentes sean completamente libres de la antigua creación y experimenten plenamente la nueva creación. Sea buena o mala, la carne pertenece a la antigua creación. Hay una gran diferencia entre lo bueno que proviene de la carne y lo bueno que procede de la vida nueva. La carne se centra en el yo, puede hacer el bien sola, y lo hace con sus propias fuerzas. No necesita depender del Espíritu Santo ni humillarse ni esperar en Dios, y tampoco necesita implorar a Dios; lo único que tiene que hacer es tomar sus propias decisiones, pensar por sí sola y actuar por su cuenta. Naturalmente, es inevitable que se adjudique a sí misma la gloria, diciéndose: "¡Ahora soy mejor que antes!" "Ahora, realmente soy buena". Además, estos logros no llevan al hombre a Dios, pues hace que se envanezca en secreto. Dios quiere que el hombre acuda a El, completamente desvalido y totalmente sumiso al Espíritu Santo, esperando humilde y confiadamente en El. Cualquier cosa buena de la carne que gire en torno al yo es una abominación a los ojos de Dios, porque es la obra del yo y da la gloria al hombre mismo; no es obra del Espíritu Santo ni procede de la vida del Señor Jesús.

En Filipenses 3:3 el apóstol mencionó "confianza en la carne". En el texto original, "confiar" equivale a creer. El dice que él mismo no "creía en la carne". La mejor obra de la carne es ¡la confianza en uno mismo! No necesita confiar en el Espíritu Santo, porque se siente capaz. Cristo crucificado es la sabiduría de Dios, pero el creyente confía en su propia sabiduría. Lee la Biblia, predica, escucha la Palabra y cree en ella; sin embargo, todo eso lo hace mediante el poder de su propia mente, y no piensa ni por un momento pedirle al Espíritu Santo que lo instruya. Muchos creen que ya recibieron toda la verdad, aunque lo que tienen pertenece más a los hombres que a Dios, ya que lo recibieron de otros o de su propia búsqueda. Su corazón no ha aprendido a esperar en Dios para que El le revele Su verdad en Su luz.

Cristo también es poder de Dios. Pero, ¡cuánta confianza existe en la obra cristiana que uno lleva a cabo! Empleamos más tiempo en planes y métodos humanos que en esperar delante de Dios. El tiempo que se utiliza en preparar los temas y las secciones de un mensaje, excede muchísimo al que se utiliza para recibir poder desde lo alto. El problema no es que no proclamemos la verdad ni que no confesemos la persona y obra de Cristo como nuestra única esperanza, ni que no queramos glorificar Su nombre, sino en que como nuestra confianza está en la carne, la mayor parte de nuestras obras está muerta. Al predicar, confiamos en la sabiduría humana para presentar una doctrina. Usamos ejemplos apropiados y variamos las expresiones para conmover a los hombres. También usamos exhortaciones sabias para conducir a los hombres a tomar una decisión. Sin embargo, ¿cuál es el verdadero resultado? En este tipo de obra, ¿en qué medida confiamos en el Espíritu Santo y hasta donde confiamos en la carne? ¿cómo puede la carne darle vida al hombre? ¿tiene realmente la antigua creación el poder suficiente para ayudar al hombre a que llegue a ser la nueva creación?

Las buenas obras de la carne están constituidas de la seguridad y la confianza que uno tiene en sí mismo. Para la carne es imposible depender de Dios, pues es demasiado impaciente

para tolerar la demora que conlleva ser dependiente. Mientras se considere fuerte, nunca dependerá de Dios. Incluso en momentos de desesperación, la carne sigue haciendo planes y buscando salidas; nunca tiene la sensación de impotencia. Si los creyentes quieren comprender lo que son las obras de la carne, lo único que necesitan es ponerla a prueba. Todo lo que no se obtiene como fruto de esperar en Dios es de la carne. Todo lo que puede producirse o hacerse sin depender del Espíritu Santo, es de la carne. Todo lo que un creyente decide según su propio criterio, sin necesidad de buscar la voluntad de Dios, es de la carne. Si el corazón está falto del sentir profundo de debilidad e impotencia y no siente que debe depender completamente del Señor, entonces, todo lo que haga es de la carne. No obstante, eso no significa que todas estas cosas sean perversas o malas; no importa cuán buenas o piadosas sean, aun leer la Biblia, orar, adorar, predicar, si no se hacen dependiendo completamente del Espíritu Santo, son el resultado de la carne. Mientras se le permita a la carne vivir y de estar activa, ella es capaz de hacerlo todo, ¡hasta someterse a Dios! En todas las obras de la carne, aun las que son buenas, el yo es siempre el factor principal, salvo que algunas veces se esconde y otras se manifiesta. La carne nunca reconoce su debilidad ni su inutilidad. Aun si hace el ridículo, se rehusa a reconocer su incapacidad.

"¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora os perfeccionáis por la carne?" Esta pregunta revela una gran verdad: lo que en el principio es recto, pues procede del Espíritu, no necesariamente continúa siendo así. Además, la experiencia de los creyentes nos muestra que lo que al principio es del Espíritu, fácilmente llega a ser algo de la carne. A menudo cuando uno recibe una verdad, la recibe del Espíritu Santo, pero después de un tiempo esa verdad se convierte en una jactancia de la carne. Ese fue el caso de los judíos en aquellos días. Muchas veces cuando nos sujetamos a Dios, nos negamos nuevamente al yo, y recibimos poder para salvar almas, ya que lo hacemos dependiendo verdaderamente del Espíritu Santo; pero al mismo tiempo convertimos la gracia de Dios en nuestra propia gloria, considerando lo que es de Dios como si fuera nuestro. Lo mismo ocurre con nuestra conducta. Por medio de la obra que el Espíritu Santo efectúa al comienzo, experimentamos un gran cambio que hace que amemos lo que antes odiábamos y que aborrezcamos lo que antes amábamos. Pero gradualmente el yo empieza a infiltrarse. Consideramos la mejoría de nuestra conducta como un logro personal y nos ensalzamos a nosotros mismos, o dejamos de depender del Espíritu Santo y nos volvemos descuidados, confiando en nosotros mismos para seguir adelante. En la experiencia de los creyentes, hay incontables casos donde al principio el Espíritu Santo era su centro, pero más adelante la carne vuelve a ser su centro.

¿Por qué tantos hijos de Dios buscan deseosos una consagración absoluta y anhelan intensamente más vida abundante, y a pesar de eso fracasan? A menudo, al escuchar los mensajes, al conversar con personas, al leer libros espirituales o al orar, Dios mismo les muestra que es perfectamente posible tener una vida de plenitud en el Señor. El creyente percibe la sencillez y la dulzura de una vida semejante y no ve ningún obstáculo en su camino que le impida conseguirla. El creyente es introducido en la experiencia, recibe bendiciones, poder y gloria, como nunca antes había recibido. ¡Es maravilloso! Sin embargo, aquello no dura mucho. ¡Qué lástima! ¿Por qué? ¿Será que la fe es imperfecta? ¿O quizá la consagración no es incondicional? Tanto la consagración como la fe son verdaderas. Entonces, ¿por qué sucede esto? La razón por la cual se pierde tal experiencia y

la manera de recuperarla parecen fuera de nuestro alcance. Realmente, no hay otra razón que la confianza en la carne. El creyente piensa que puede perfeccionar por la carne lo que comenzó por el Espíritu. Sustituye al Espíritu Santo por el yo. El yo desea ir al frente y espera que el Espíritu Santo esté a su lado para ayudarle. La obra y la posición del Espíritu Santo han sido sustituidas por las de la carne. No depende totalmente de la dirección del Espíritu Santo para llevar a cabo toda la obra, ni espera en el Señor. Esto significa que quiere seguir al Señor Jesús sin negarse a sí mismo. Esta es la raíz de todos los fracasos.

LOS PECADOS QUE SE MANIFIESTAN INMEDIATAMENTE DESPUES DE ESTA EXPERIENCIA

Si un creyente está tan seguro de sí mismo que se atreve a completar la obra del Espíritu Santo con la energía de la carne, no solamente no llegará a la madurez espiritual, sino que andará sin rumbo ni meta. Muy pronto verá que los pecados que previamente había vencido regresan. Quizá nos sorprenda leer esto. No obstante, es una realidad que cuando la carne sirve a Dios, el poder del pecado se fortalece. ¿Por qué los fariseos eran tan orgullosos pero seguían siendo esclavos del pecado? ¿Porque estaban demasiado convencidos de que eran justos y de que servían a Dios con gran celo? ¿Por qué el apóstol reprendió a los gálatas? ¿Por qué manifestaban las obras de la carne? ¿No era más bien porque trataban de obtener la justicia por obras y porque querían perfeccionar por la carne la buena obra que el Espíritu santo había comenzado? Cuando un creyente joven se da cuenta de que la cruz lo salva de la carne y del pecado, corre el peligro de dejar de dar muerte a su yo y de dejar de confiar en su capacidad para hacer el bien. Con el tiempo, cae de nuevo en los pecados de la carne. El peor error del creyente es no permanecer en la experiencia en la cual el Señor lo limpió de los pecados; y por consiguiente no la prolonga. En lugar de eso, sin darse cuenta, intenta mantener esa victoria haciendo uso de sus propias obras y determinaciones. Quizá tenga éxito por un tiempo, pero no pasará mucho tiempo sin que sus pecados regresen. Tal vez difieran en algo a los anteriores, pero no dejan de ser pecados. Entonces, el creyente se desanima, sabiendo que no puede sostener por mucho tiempo la victoria sobre sus pecados; o se vuelve hipócrita, tratando de ocultarlos y sin confesar que ha pecado. ¿Cuál es la razón de tal fracaso? Si la carne nos proporciona el poder para hacer el bien, también nos proporciona el poder para pecar. Tanto el yo como la capacidad de hacer el bien o el mal son expresiones de la misma carne. Si la carne tiene la oportunidad de pecar, se dispone a hacer el bien. Pero una vez que tiene la oportunidad de hacer el bien, de inmediato peca.

Es así como Satanás engaña a los hijos de Dios. Si los creyentes mantuvieran la carne crucificada, Satanás no tendría ninguna oportunidad de obrar, porque "la carne es el taller de Satanás". Si toda nuestra carne, no solamente parte de ella, está realmente bajo el poder de la muerte del Señor, Satanás se encontrará sin empleo. Así que, Satanás está dispuesto a permitir que los creyentes hagan morir la parte pecaminosa de la carne, pero engaña a los creyentes para que retengan la parte buena, sabiendo que si la parte buena de la carne permanece, *la vida* de la carne permanece intacta, y de ese modo tiene su taller para obrar; con el tiempo recupera lo que había perdido. Sabe que si la carne puede vencer al Espíritu Santo en el asunto de servir a Dios, también puede mantener la victoria en servir al pecado. Es por eso que muchos creyentes vuelven a servir al pecado después de haber sido librados de él. Si el Espíritu Santo no mantiene un control total y constante para dirigirlos en la

adoración, no tiene el poder para dirigirlos y controlarlos en su vida diaria. Si yo no me he negado a mí mismo por completo ante Dios, tampoco puedo negarme ante los hombres; y a causa de esto no puedo vencer mi odio, ni mi mal genio ni mi egoísmo, pues estas dos cosas son inseparables.

Los creyentes de Galacia, por ignorancia, llegaron a morderse y devorarse unos a otros (Gá. 5:15). Ellos no solamente querían perfeccionar por la carne lo que había sido empezado por el Espíritu, sino que también deseaban quedar bien en la carne (6:12) y gloriarse en la carne (v. 13). Obviamente tuvieron mucho éxito en hacer el bien por medio de la carne, pero también fueron muy exitosos en hacer el mal. No se daban cuenta de que mientras la carne pudiera servir a Dios con sus propias habilidades y sus propias ideas; también serviría al pecado. Si el creyente no puede prohibirle a la carne que haga el bien, tampoco puede prohibirle que haga el mal. La mejor manera de no pecar es no permitir que el yo haga el bien. Ya que desconocían el grado de corrupción de la carne, querían en su necedad utilizarla, sin saber que ella es igualmente corrupta sea que vaya en pos de la concupiscencia o se jacte de hacer el bien. Por un lado, querían perfeccionar por medio de la carne lo que el Espíritu Santo empezó, pero por otro lado, querían erradicar las pasiones y los deseos de la carne. En consecuencia, no podían hacer lo que Dios deseaba que hicieran.

CAPITULO CINCO

LA ACTITUD QUE EL CREYENTE DEBE TENER FRENTE A LA CARNE

LA CARNE DESDE EL PUNTO DE VISTA DE DIOS

Sería bueno que los creyentes refrescasen su memoria con respecto al veredicto de Dios acerca de la carne. El Señor Jesús dijo: "La carne para nada aprovecha" (Jn. 6:63). Ni los pecados de la carne ni la justicia de la carne traen provecho alguno. Todo lo que es nacido de la carne, sea lo que sea, es carne, y nunca puede dejar de serlo. Aunque la carne predique, escuche, ore, ofrende, lea las Escrituras, cante himnos o haga el bien, Dios ya nos dijo que nada de eso es de provecho. No importa cuánto confíen en la carne los creyentes, Dios dijo que no es de provecho y que no ayuda a la vida espiritual. La carne no puede cumplir la justicia de Dios.

"La mente puesta en la carne es muerte" (Ro. 8:6). Desde el punto de vista de Dios, en la carne hay muerte espiritual. No existe otro camino excepto ponerla en la cruz. No importa cuánto bien pueda hacer, cuánto pueda pensar, planear u obtener alabanza del hombre, a los ojos de Dios, todo lo que se origina en la carne lleva en letras mayúsculas la etiqueta que dice: "MUERTE".

"La mente puesta en la carne es enemistad contra Dios" (Ro. 8:7). La carne está completamente en contra de Dios, y no tiene la posibilidad de mezclarse con El. Y esto no sucede sólo con las maldades que se originan en la carne, sino que también los pensamientos y las acciones más nobles de la carne son enemistad contra Dios. Hacer obras justas, sin siquiera mencionar los pecados, es actuar aparte de Dios.

"Porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede" (Ro. 8:7). Cuánto mejor haga alguien hace las cosas, más se aleja de Dios. En el mundo, ¿cuántos hombres buenos desean creer en el Señor Jesús? Realmente, la justicia propia no es justicia, sino injusticia. No importa quién sea un hombre, por su propia cuenta no puede hacer lo que la Biblia enseña. Sea bueno o sea malo, no puede sujetarse a la norma de Dios. Si es malo, ofende la ley, y si es bueno, establece una justicia aparte de la del Señor Jesús, y pierde el propósito original de la ley. "Porque por medio de la ley es el conocimiento claro del pecado" (3:20).

"Y los que están en la carne no pueden agradar a Dios" (Ro. 8:8). Este es el veredicto final. No importa cuán intachable sea la conducta del hombre, si se origina en el yo, no puede agradar a Dios, pues El sólo se complace en Su Hijo. Aparte de El y de Su obra, ningún hombre ni ninguna obra humana pueden agradar a Dios. Lo que el hombre hace en su carne tal vez parezca bueno, pero ya que lo hace con sus propias fuerzas y a partir del yo, no agrada a Dios. El hombre puede diseñar muchas buenas obras para mejorar y avanzar, pero debido a que todo ello se origina en la carne, no complace a Dios. Esto no sólo se aplica a las personas no regeneradas, sino también a las regeneradas. Si hacemos algo por nuestro

propio esfuerzo, no importa cuán bueno o productivo sea, Dios no se complacerá en ello. Lo que agrada o desagrada a Dios no tiene relación alguna con el bien o mal, sino con el origen de las cosas. La conducta puede ser muy buena, pero, ¿de dónde procede?

Al leer estos pocos versículos, realmente vemos cuán vana es la conducta del hombre que se expresa según la carne. Los creyentes deben ver con precisión la evaluación que Dios hace acerca de la carne, ya que de esta manera no se equivocarán. Aunque los seres humanos hacen una distinción entre una conducta buena y una mala, Dios no hace distinción en la conducta, sino que evalúa el origen de las obras. Delante de Dios, una acción perversa y corrupta es igual a la obra más excelente de la carne. Ambas son de la carne y no pueden agradarle. En el mismo grado en que Dios aborrece la injusticia, aborrece la justicia que el hombre se atribuye a sí mismo. Delante de Dios, las buenas obras que se hacen en la esfera natural, sin regeneración y sin unión con Cristo ni dependencia del Espíritu Santo no son menos carnales para Dios que el adulterio, la inmoralidad, la impureza, el libertinaje, etc. Por muy excelentes que sean las buenas obras del hombre, si no surgen de una dependencia *absoluta* del Espíritu Santo, son carnales y, por ende, Dios las rechaza. Dios abomina todo lo que pertenece a la carne, independientemente de las apariencias externas, tanto si se trata de un pecador como de un santo. Su veredicto es el mismo: la carne debe morir.

LA EXPERIENCIA DE LOS CREYENTES

Pero ¿cómo pueden ver los creyentes lo que Dios ve? Dios odia tanto la carne como su conducta; sin embargo, los creyentes son clementes para con ella, y no pueden rechazarla totalmente, como Dios lo hace, con excepción de las obras malignas de la carne,. Además, los creyentes continúan haciendo muchas cosas en la carne confiando en ellos mismos, creyendo que han recibido la gracia de Dios en abundancia y pueden utilizar la carne para hacer obras de justicia. Por causa de este autoengaño, el Espíritu Santo de Dios debe llevarles por la senda más vergonzosa para que conozcan su carne y tengan la perspectiva de Dios. Dios permite que nuestra carne caiga, se debilite y hasta peque, para que comprendamos si hay o no algo bueno en la carne. Con frecuencia, cuando los creyentes piensan que están progresando espiritualmente, el Señor los prueba para que se conozcan a sí mismos. Con frecuencia, el Señor les revela Su santidad para que la corrupción de la carne sea juzgada. Algunas veces El permite que Satanás les ataque, para que experimenten el sufrimiento. Esta lección es la más difícil de aprender, y aun habiéndola aprendido, la victoria no se aprende de la noche a la mañana. Sólo gradualmente, después de muchos años, los creyentes se dan cuenta de cuán traicionera es la carne. Incluso lo mejor de ella es corrupto. Es posible que Dios permita que los creyentes experimenten Romanos 7 para que finalmente estén dispuestos a declarar junto con Pablo: "Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien" (v. 18). ¡Cuán difícil es aprender a decir esto! Si no fuera por las innumerables experiencias de derrotas dolorosas, los creyentes seguirían confiando en ellos mismos y considerándose capaces. Sólo después de que han fracasado cien o mil veces comprenden que su propia justicia no es de fiar en lo absoluto, y que en la carne *no mora el bien.*

Sin embargo aquí no termina todo. El juicio de uno mismo debe ser constante. Porque cuando los creyentes cesan de juzgarse a sí mismos, dejan de tratar la carne como inútil y

detestable y asumen una actitud levemente vana y de complacencia en sí mismos; entonces Dios se ve obligado a hacerlos pasar por el fuego a fin de consumir la escoria. ¡Qué pocos son los que se humillan y reconocen su inmundicia! Si esto no sucede, Dios no quitará Su disciplina de ellos. Ya que los creyentes no pueden librarse de la influencia de la carne ni por un momento, necesitan juzgarse a sí mismos continuamente. De no ser así, volverán nuevamente a jactarse en la carne.

Muchos piensan que el Espíritu Santo sólo convence de pecado a las personas del mundo que necesitan creer en el Señor Jesús, pero debemos saber que esta obra del Espíritu Santo es tan esencial en los santos como en los pecadores. El debe convencer a los santos de sus pecados no una ni dos veces, sino diariamente. Ojalá que podamos experimentar más la convicción del Espíritu Santo, para que nuestra carne sea puesta bajo juicio para siempre a fin de que no vuelva a reinar. No olvidemos, ni por un momento, la verdadera condición de nuestra carne, y la evaluación que Dios hizo de ella. Ojalá que nunca volvamos a confiar en nosotros mismos (es decir, en la carne), pensando que puede hacer algo para agradar a Dios. Que dependamos siempre del Espíritu Santo y que no le cedamos ni el más mínimo espacio al yo.

Si hubo alguien alguna vez en el mundo que pudiera jactarse de su carne, esta persona fue Pablo, porque en cuanto a la justicia que es por la ley, era irreprensible. Aún hoy, si alguien se pudiera jactar de su carne, también debería ser Pablo, porque fue un apóstol, que vio al Señor con sus propios ojos y fue grandemente usado por el Señor. Sin embargo, no lo hizo porque conocía la carne. Cuando tuvo la experiencia que describe en Romanos 7, ya conocía la verdadera condición de su yo. Dios había abierto sus ojos para que viera, por experiencia, que en su carne sólo había pecado. Percibió que la justicia propia en la que se había enorgullecido en el pasado era sólo basura y pecado. Había aprendido esta lección y, por eso mismo, no se atrevía a confiar en la carne. En realidad, no olvidó lo que había aprendido, y continuaba aprendiendo. El podía decir: "No teniendo confianza en la carne, aunque yo tengo también motivos para confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más" (Fil. 3:3-4). Aunque tenía muchas razones para confiar en la carne, él no solamente sabía lo que Dios pensaba de la carne, sino que además, sabía que la carne es engañosa, y que no podía fiarse de ella en lo más mínimo. En los siguientes versículos, vemos cuán humilde era Pablo: "No teniendo mi propia justicia" (v. 9); "Si en alguna manera llegase a la superresurrección de entre los muertos" (v. 11); "No que lo haya alcanzado ya, ni que ya haya sido perfeccionado; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús" (v. 12). Si los creyentes desean ser verdaderamente espirituales, deben saber que no se pueden atrever, en absoluto, a tener confianza en ellos mismos, ni a sentirse satisfechos o complacidos consigo mismos, ya que ello es una prueba de que confían en la carne.

Si los hijos de Dios se esfuerzan sinceramente por alcanzar una vida más abundante, y están dispuestos a aceptar la evaluación que Dios hace de la carne, por extenso que sea su progreso espiritual, no se considerarán más fuertes que otros. Ni dirán: "Siempre he sido diferente a los demás", sino que estarán dispuestos a permitir que el Espíritu Santo les revele la santidad de Dios y la corrupción de su carne, sin temor a quedar desnudos. De lo contrario, el Espíritu Santo hará que comprendan cuán corrupto es el yo, todas las veces que sea necesario; quizá así, sus fracasos disminuirán en cierta medida. Qué lamentable es

que aun cuando los creyentes no deseen confiar en la carne, sean impuros pensando que su yo puede hacer algo. Debido a esto, Dios no puede evitar permitirles experimentar fracasos, a fin de eliminar hasta la más leve confianza en sí mismos.

LA CRUZ Y LA OBRA PROFUNDA DEL ESPIRITU SANTO

Ya que la carne es tan sutil, los creyentes deben experimentar momento a momento la obra profunda del Espíritu Santo por medio de la cruz. Una vez que los creyentes comprenden la condición de su carne delante de Dios, es indispensable que experimenten la cruz y la profunda obra del Espíritu Santo. Mediante la cruz, los creyentes son librados tanto del pecado de la carne como de la justicia de la carne. Al andar según el Espíritu, los creyentes no seguirán la carne para pecar y tampoco la seguirán para hacer obras justas.

De hecho, la obra de la cruz fue consumada de modo perfecto y completo por la eternidad, lo cual va más allá de nuestra comprensión. Sin embargo, el proceso de esta realidad en la experiencia del creyente es cada vez más profunda. Poco a poco, el Espíritu Santo enseña a los creyentes los principios de la cruz. Si uno es fiel en someterse a El, gradualmente experimentará más profundamente lo que la cruz ya logró. Esto significa que la cruz, desde el punto de vista objetivo, es absoluta y nada se le puede agregar, pero en la experiencia es progresiva y puede penetrar cada vez más profundamente.

Los creyentes deben estar conscientes de que en la cruz murieron con el Señor Jesús, ya que el Espíritu Santo *sólo* opera mediante la cruz. Aparte de ésta, El no tiene otro instrumento. Los creyentes deben entender de una manera renovada la enseñanza de Gálatas 5:24. No solamente fueron crucificadas las pasiones y los deseos de la carne, sino que la carne misma (incluyendo toda su justicia y su capacidad para llevar a cabo acciones justas) también fue crucificada. En la cruz no sólo fueron crucificadas las pasiones y los deseos, sino también la carne, que es la que da a luz las pasiones y los deseos, aunque el hombre la respete y la ame. Cuando los creyentes ven esto, y voluntariamente rechazan todo lo que es de la carne (sea bueno o malo), entonces pueden andar según el Espíritu Santo, agradar a Dios y alcanzar una vida completamente espiritual. Es indispensable estar dispuesto. Lo que la cruz logró es un hecho cumplido, pero la medida en que ello es una experiencia en el hombre, lo determina su conocimiento de ella, su disposición y su fe.

Si los creyentes no rechazan todo lo bueno que se encuentra en la carne, verán en muchas cosas, que aunque la carne parece poderosa y capaz de obrar, cuando el verdadero llamamiento de Dios viene instándolos a ir al Gólgota a sufrir, ellos son muy débiles y rehuyen el llamado, sin poder avanzar. No importa cuán buena o fuerte sea la carne, jamás puede satisfacer los requisitos de Dios. ¿Por qué fracasaron los discípulos en el huerto de Getsemaní? Porque "el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil" (Mt. 26:41). La debilidad provoca grandes fracasos. Ella con su poder y sus obras puede ser excelente, pero sólo puede manifestar su capacidad en asuntos que se adaptan a su propio gusto. En cuanto a lo que Dios verdaderamente requiere, la carne inevitablemente retrocede. La muerte es inevitable; si no fuera así, la voluntad de Dios no podría efectuarse.

Todo lo que procede de nuestro interior, nuestros deseos, nuestra opinión y todo lo que nos ayuda a desarrollarnos y a ser vistos y respetados es nuestra carne. En ella están tanto la maldad natural como la bondad natural. Juan 1:13 menciona la voluntad de la carne, que es la que decide y planea hacer el bien para agradar a Dios. Sin embargo, todo esto tiene su origen en la carne del hombre y debe ser crucificado.

Colosenses 2:18 habla de la mente de la carne. La confianza que tienen los cristianos en sí mismos significa en realidad que confían en su sabiduría y que saben cómo servir a Dios y entender la enseñanza de las Escrituras. En 2 Corintios 1:12 se habla de la sabiduría carnal. Es muy peligroso que el hombre reciba *la verdad* que se encuentra en la Biblia con su sabiduría humana, porque él puede convertirlo muy sutilmente en un método para perfeccionar con su carne la obra del Espíritu Santo. Una verdad preciosa puede ser guardada sólo en la memoria y quedar en la mente de la carne. Solamente el Espíritu da vida; la carne para nada aprovecha. Todas las verdades, si no son vivificadas continuamente por el Señor, no serán de provecho para nosotros ni para otros. No nos referimos a los pecados; sino a lo que procede de la vida natural del hombre, aún cuando tal vida esté unida a Cristo. Esta obra es natural, y no del espíritu. No sólo debemos rechazar nuestra propia justicia, sino que también debemos negar la sabiduría de nuestra mente. Todo esto debe ser clavado en la cruz.

En Colosenses 2:23 se habla de culto voluntario en la carne. Tal adoración concuerda con nuestra opinión con respecto a las cosas del Espíritu de Dios. Los métodos que utilizamos para estimular, buscar o adquirir un sentido de devoción son adoración en la carne. Si no estamos dispuestos a adorar de acuerdo con la enseñanza de la Biblia ni a ser guiados por el Espíritu Santo en la obra cristiana, en el conocimiento bíblico y en la salvación de las almas, es posible que siempre andemos según la carne.

En muchas ocasiones la Biblia habla de "la vida" de la carne. Si la vida de la carne no ha pasado por la cruz, sigue tan viva en los creyentes como en los pecadores. La única diferencia es que en los creyentes la vida del Espíritu Santo se le opone. La vida de la carne puede llegar a ser la vitalidad de los creyentes; pueden recurrir a ella para obtener fuerza a fin de vivir sobre la tierra; esa vida puede fortalecer a los creyentes para que sirvan a Dios, para que mediten en la Palabra, para que se consagren a la obra de Dios y también para que hagan buenas obras. De hecho, puede hacer que los creyentes crean que es su vida, y al mismo tiempo, piensen que están obedeciendo a la Palabra y haciendo la voluntad de El.

Debemos saber que en la vida del hombre existen dos principios de vida diferentes. Muchos creyentes tienen una vida mezclada, algunas veces obedecen a una vida y otras veces a otra. Algunas veces dependen completamente del poder del Espíritu, pero otras, confían en sí mismos. No hay firmeza. "¿O lo que pienso hacer, lo pienso según la carne, para que haya en mí sí, sí y no, no?" (2 Co. 1:17). La característica de la carne es su inconstancia sí, sí, y no, no. La voluntad de Dios es que no andemos conforme a la carne ni por un momento, sino que andemos conforme al Espíritu (Ro. 8:4). Así que, debemos aceptar la voluntad de Dios.

"En El también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, al despojaros del cuerpo carnal, en la circuncisión de Cristo" (Col. 2:11). Debemos estar dispuestos a

permitir que el poder de la cruz, como el cuchillo de la circuncisión, corte completamente en nosotros, todo lo que es de la carne. Este corte debe ser profundo y crear una separación precisa, para que nada de la carne pueda esconderse ni permanecer en nosotros. La cruz y la maldición no pueden estar separadas (Gá. 3:13). Si entregamos nuestra carne a la cruz, la entregamos a la maldición, sabiendo que no hay nada bueno en ella y que no tiene otro destino excepto ser maldecida por Dios. Si no tenemos esta actitud en nuestro corazón, nos será difícil aceptar la circuncisión de la carne. El amor, los deseos, los pensamientos, el conocimiento, la mente, la devoción y toda obra de la carne deben ir a la cruz.

Ser crucificado con el Señor significa aceptar la maldición que el Señor sufrió. No fue algo glorioso cuando Cristo fue clavado para morir en la cruz (He. 12:2). Su ser estuvo pendiente del madero, y eso significa que allí fue maldito (Dt. 21:23). Si la carne es crucificada con el Señor, eso significa que también es maldita con El. No solamente aceptamos lo que la cruz logró, sino que también necesitamos participar de la cruz. Los creyentes deben reconocer que su carne no es apta para otra cosa que no sea sufrir la maldición de la muerte. Una vez que los creyentes ven el valor de la carne tal como Dios lo ve, entonces pueden tener la experiencia de participar de la cruz. Antes de que el Espíritu Santo pueda tomar el pleno control en los creyentes, la carne debe ser crucificada en su totalidad. Oremos para que Dios nos revele la verdadera condición de la carne, y la necesidad de llevarla a la cruz.

Hermanos, ¡cuán faltos de humildad estamos, y cuán poca disposición tenemos para aceptar la cruz del Señor! No queremos admitir que somos inútiles, impotentes y corruptos, que sólo merecemos la muerte. Hermanos, no necesitamos una vida perfecta, sino una muerte perfecta. Necesitamos morir perfecta y completamente. Ya hablamos bastante acerca de la vida, el poder, la santidad y la justicia. ¡Prestemos ahora atención a la muerte! ¡Permitamos que el Espíritu Santo penetre en lo más profundo de nuestra carne con la cruz de Cristo, para que la cruz pueda ser una verdadera experiencia en nuestra vida. Si morimos debidamente, también viviremos debidamente. Si nos unimos a El en la semejanza de su muerte, estaremos también unidos a El en la semejanza de Su vida. Clamemos a El para que abra nuestros ojos y podamos conocer lo esencial que es la muerte. ¿Debe El hacer esta obra? ¿Estamos listos para que El haga tal obra? ¿Estamos dispuestos a permitir que nos muestre nuestras debilidades? ¿Estamos dispuestos a ser crucificados públicamente fuera del campamento? ¿Permitiremos que el Espíritu de la cruz opere en nosotros? Espero que poseamos más de la muerte del Señor. ¡Qué podamos morir cabalmente!

Debemos ver claramente que la muerte de la cruz debe ser una experiencia continua. No podemos entrar en la etapa de la resurrección y pasar por alto la muerte. El grado de experiencia de la vida de resurrección, corresponde al grado de la experiencia de la muerte. Entre algunos creyentes existe el peligro de que al ir en pos de una vida ascendida, olviden que la muerte de la carne no puede interrumpirse. Abandonan la posición de muerte y siguen adelante. Como resultado toman las obras de la carne a la ligera o llegan a pensar que lo que hace la carne es del espíritu, ¡de ese modo espiritualizan la carne! ¡La muerte es el fundamento de todo! El hombre puede seguir su curso, pero no debe destruir el fundamento. Si la muerte de la carne no se mantiene de una manera continua, la vida ascendida y en resurrección sólo será una imitación. Nunca debemos pensar que somos espirituales, que hemos avanzado y que la carne ya no tiene poder para seducirnos. El

enemigo quiere que abandonemos la esfera de la cruz a fin de que seamos espirituales externamente, pero interiormente carnales. Declaraciones tales como: "Le doy gracias al Señor porque ahora somos esto y no aquello" no son más que ecos de la oración descrita en Lucas 18:11-12. Precisamente cuando los creyentes piensan que están libres de la carne, en realidad, están siendo engañados por ella. Siempre debemos permanecer en la muerte del Señor.

Nuestra seguridad se halla en el Espíritu Santo. El camino seguro que debemos tomar es estar completamente dispuestos a ser enseñados, tener temor de ceder el más mínimo terreno a la carne y entregarnos gozosos a Cristo, confiando en que el Espíritu Santo controlará nuestras vidas con el poder de Dios y en que la vida que procede de la muerte de Cristo se expresará en nosotros. Así como la carne anteriormente nos llenaba, ahora debemos permitir que el Espíritu nos llene. Debemos permitir que el Espíritu Santo nos gobierne y que derribe completamente el poder de la carne para que pueda llegar a ser nuestra nueva vida y para que Cristo se manifieste como nuestra vida. Entonces, podremos decir: "Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí". Sin embargo, la base de esta vida seguirá siendo: "Con Cristo, estoy juntamente crucificado" (Gá. 2:20).

Si vivimos con un corazón lleno de fe y sumisión, podemos esperar que el Espíritu Santo haga en nosotros la obra divina más maravillosa. "Si vivimos por el Espíritu" (esta es la fe que debemos tener para creer que el Espíritu mora en nosotros), "andemos también por el Espíritu" (5:25), esta es la sumisión que necesitamos. Debemos simple y confiadamente creer que el Señor nos dio Su Espíritu y que El vive en nosotros. Creamos en Su don y que el Espíritu Santo mora en nosotros. Tengamos esto como la llave de la vida de Cristo en nosotros: el Espíritu Santo mora en la parte más profunda de nuestro ser, nuestro espíritu. Meditemos en esto, creámoslo y recordémoslo hasta que, por la gloria y la realidad de esta verdad, un temor y asombro santo broten en nosotros debido a que el Espíritu Santo mora en nosotros. Debemos seguir Su dirección. Esto no está en nuestra mente ni en nuestros pensamientos, sino en nuestra vida y voluntad. Debemos ceder ante Dios y permitir que el Espíritu Santo regule toda nuestra conducta, y El manifestará al Señor Jesús en nuestra vida, ya que ésa es Su obra.

EXHORTACION

Si permitimos que el Espíritu, mediante la cruz, haga una obra profunda en nosotros, la circuncisión que recibimos será verdadera para nosotros día tras día. "Porque nosotros somos la circuncisión, los que servimos por el Espíritu de Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne" (Fil. 3:3). La confianza en la carne se pierde al recibir la circuncisión que no es ejecutada por manos de hombres. Para el apóstol, gloriarse en Cristo Jesús es el centro de todo. Claramente nos muestra, por un lado, el peligro y, por otro, la certeza. Poner nuestra confianza en la carne impide que nos gloriemos en Cristo Jesús, pero adorar en el Espíritu nos permite el gozo bienaventurado de la vida y la verdad. El Espíritu Santo exalta al Señor Jesús, pero humilla a la carne. Si de verdad deseamos gloriarnos en Cristo y permitirle que se gloríe en nosotros, y si queremos verdaderamente glorificarle en nuestra experiencia, debemos, por un lado, ser circuncidados por la cruz y, por otro, aprender a adorar en el Espíritu. Esto no es un esfuerzo nuestro, porque eso será obra de la carne. No es necesario usar nuestros métodos, porque éstos sólo se aplican

cuando cuentan con la ayuda de la carne. Debemos desconfiar de la carne, no importa lo buena o apta que parezca. Debemos confiar exclusivamente en el Espíritu Santo y obedecerle. Con esta clase de confianza y obediencia, la carne será humillada y se mantendrá en su posición bajo maldición, despojada de su poder. Que el Señor nos dé Su gracia, para que aumente el desprecio por nosotros mismos, considerándonos indignos de confianza y comprendiendo que somos inútiles, a fin de que no confiemos en nuestra carne en absoluto. En esto consiste la verdadera muerte. Sin la muerte, no se puede cumplir la voluntad de Dios.

"No uséis la libertad como ocasión para la carne" (Gá. 5:13). La carne debe mantenerse bajo muerte. Recibimos libertad en el Señor, pero no demos lugar alguno a la carne. No consideremos, inconscientemente, la obra del Espíritu como nuestra. Debemos velar y no permitir que la carne se encienda nuevamente. No nos debemos dar la gloria ni atribuirnos la victoria. Pues en tal caso, la carne tendrá oportunidad de obrar de nuevo. Después de haber ganado una victoria, no debemos sentirnos seguros, ya que si le damos lugar a la carne, nuestro fracaso será inminente. Aunque haya pasado mucho tiempo desde que la carne perdió su poder en usted, no crea que ya lo aprendió todo, que tiene fuerza para pelear contra la carne, y que siempre ganará. Si abriga esta clase de fortaleza propia y abandona su dependencia total, la carne ya habrá tenido la oportunidad de activarse y de nuevo lo introducirá en experiencias angustiosas. La actitud de debilidad debe ser mantenida con diligencia santa. Este es el lugar donde la carne atacará. La más mínima intención de utilizar el yo da ocasión para que la carne tenga oportunidad de actuar. No temamos ser avergonzados delante de los hombres. Inmediatamente después de enseñar acerca de crucificar la carne y de andar en el Espíritu, el apóstol dijo: "No nos hagamos vanagloriosos" (v. 26). Si sabemos lo inútiles que somos delante de Dios, tampoco debemos jactarnos delante de los hombres. Si cubrimos la debilidad de la carne ante los hombres porque queremos recibir gloria, le daremos una oportunidad a la carne para obrar. El Espíritu Santo puede ayudarnos y fortalecernos, pero no puede reemplazarnos. Constantemente debemos mantener la actitud de no dar ninguna ocasión a la carne.

"No proveáis para la carne a fin de satisfacer sus concupiscencias" (Ro. 13:14). La obra de la carne siempre tiene su precursor. Por lo tanto, no debemos dar terreno para ello. Siempre debemos velar para mantener la carne bajo maldición; debemos examinar si hemos hecho alguna provisión para ella en nuestros pensamientos. Un pequeño pensamiento acerca de nuestra bondad puede dar a la carne ocasión para obrar. Los pensamientos son decisivos, porque aunque únicamente hagamos provisión para la carne en nuestros pensamientos secretamente, dicho secreto se manifestará en palabras y hechos. La carne no debe tener ningún terreno. Al conversar con las personas, también debemos ser cuidadosos, pues cuando las palabras son muchas, la carne hará su obra. Aunque le guste mucho lo que desea decir, si no depende del Espíritu al hacerlo, no debe decir nada. De lo contrario, hará provisión para que la carne opere. Lo mismo se aplica a nuestras acciones. La carne tiene muchos planes, expectativas y métodos. Tiene su propia opinión, fuerza y capacidad. Todo ello puede ser excelente delante de los hombres, así como a nuestros propios ojos. Sin embargo, nunca tengamos clemencia; nunca retengamos ni siquiera lo mejor, transgrediendo así el mandamiento del Señor. Debemos darle muerte sin consideración, aun a lo que pensamos que es lo mejor, por la simple razón de que pertenece a nosotros mismos (a nuestra carne). La justicia de la carne debe ser aborrecida con igual intensidad que los

pecados. Debemos arrepentirnos de las buenas obras hechas por la carne, del mismo modo que nos arrepentiríamos por el pecado más horrendo que hayamos cometido en la carne. Siempre debemos mantener el punto de vista de Dios con respecto a la carne.

Si desafortunadamente fracasamos, debemos examinarnos a nosotros mismos, confesar nuestros pecados y pedirle al Señor que nos limpie con Su preciosa sangre. "Limpiémonos de toda contaminación de carne" (2 Co. 7:1). No tengamos compasión, ni nos preocupemos ni nos resistamos a deshacernos de lo que amamos, no sea que caigamos más profundamente en la carne. La enseñanza de los apóstoles consiste en que nos limpiemos; no es obra exclusiva del Espíritu Santo ni la sangre preciosa del Señor, sino que nosotros mismos también debemos limpiarnos. Saquemos a la luz toda la inmundicia de la carne y clavémosla en la cruz del Señor. Aunque lo que hayamos hecho no sea pecaminoso a los ojos de los hombres, si lo hicimos por nuestra propia cuenta, aunque sea lo mejor de nosotros, es inmundicia a los ojos de Dios. "Lo que es nacido de la carne, carne es". Ya sean personas o cosas, no hay diferencia. A Dios no le interesa la apariencia que tengan las acciones; es el origen lo que El ve. Por lo tanto, debemos limpiarnos, no sólo de nuestra pecaminosidad, sino de todas las obras de la carne. "Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales" (1 P. 2:11).

TERCERA SECCION — EL ALMA

CAPITULO UNO

COMO SER LIBRES DEL PECADO Y DE LA VIDA DEL ALMA

COMO SER LIBRADOS DEL PECADO

La base sobre la cual los creyentes son librados del pecado se halla en Romanos 6. Dios preparó esta libertad para todos los creyentes; así que, todos pueden recibirla. Debemos recalcar que en el mismo momento en que un pecador recibe al Señor Jesús como su Salvador y es regenerado, puede tener la experiencia de ser librado del poder del pecado. No tiene que esperar un largo período ni tiene que pasar por muchos fracasos para poder recibir estas buenas nuevas. Debido a que muchos creyentes han escuchado un evangelio incompleto o no están dispuestos a recibir el evangelio completo u obedecerlo incondicionalmente, tienen que esperar mucho tiempo para poder recibir el evangelio de Romanos 6. Realmente ésta es una bendición de la cual pueden participar todos los creyentes recién nacidos. Examinemos nuevamente lo que recibimos mediante la muerte y resurrección de nuestro Señor Jesús.

Romanos 6 comienza pidiéndonos que recordemos, no que esperemos. Dice que prestemos atención a lo que ya recibimos. El versículo 6 dice: "Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El para que el cuerpo de pecado sea anulado, a fin de que no sirvamos más al pecado como esclavos". Este versículo nos muestra tres personas: el pecado (singular en el griego), el viejo hombre y el cuerpo.

Hay una gran diferencia entre estos tres. Cada uno de ellos tiene una acción diferente en cuanto al pecado. El pecado al que se alude aquí, es conocido comúnmente como la raíz del pecado. La Biblia nos dice que anteriormente éramos esclavos del pecado, es decir, el pecado era el amo. Al cometer pecados, sabemos que el pecado primeramente ejerce su poder sobre nosotros y después nos esclaviza. Continuamente ejerce su poder a fin de retenernos para que al obedecer a nuestro viejo hombre pequemos. El viejo hombre está compuesto de todo lo que recibimos en Adán. Si deseamos saber qué es el viejo hombre, sólo necesitamos saber qué es el nuevo hombre. Todo lo que no es del nuevo hombre, pertenece al viejo hombre. Nuestro nuevo hombre se compone de todo aquellos que recibimos *de nuevo* el día que fuimos regenerados. Así que, el viejo hombre incluye todas las cosas de nuestra personalidad que no pertenecen al nuevo hombre. El viejo hombre es nuestra persona, nuestra vieja personalidad y todo lo viejo. Es por causa del viejo hombre que pecamos. A él le encantan los pecados y está sujeto al poder del pecado.

El cuerpo de pecado es nuestro cuerpo, el cual es usado como un títere en el momento de pecar. Es la parte física del hombre. El hecho de que sea llamado "cuerpo de pecado" indica que está sometido al poder del pecado, que está lleno de la lujuria del pecado y que el pecado se expresa por medio de él. De no ser así, el pecado sería solamente un poder invisible.

El pecado es el poder que nos arrastra a pecar. El viejo hombre es la parte mental que recibimos de Adán, mientras que el cuerpo de pecado es la parte física que recibimos de él. Por lo tanto, en la experiencia de pecar se tiene la siguiente secuencia: primero el pecado, luego el viejo hombre y, por último, el cuerpo. El pecado ejerce su poder para atraer, impulsar y forzar al hombre a cometer pecados. El viejo hombre se deleita en pecar, está de acuerdo con el pecado, se inclina hacia él y, por eso, conduce el cuerpo a pecar. El cuerpo es el títere exterior que lleva a cabo el pecado. Así que, cada vez que una persona peca, ese pecado es el resultado de la colaboración de estos tres. Se tiene la opresión por parte del poder del pecado, la inclinación del viejo hombre, y la realización por la acción del cuerpo.

¿Qué debe hacer una persona que quiera ser librada del pecado? Algunos dicen, basándose en la experiencia que acabamos de mencionar, que si alguien desea vencer el pecado, primeramente debe anular al pecado desde la raíz, ya que la maldad procede del pecado. Debido a tal razonamiento surgió la doctrina de la erradicación del pecado. Ellos piensan que si la raíz del pecado puede arrancarse, el hombre ya no pecará más y llegará a ser santo. Otros afirman que si alguien quiere vencer al pecado, basta con someter al cuerpo, ya que ésa es la parte del hombre que comete el pecado. Como resultado surgió en la iglesia un grupo de ascetas que utilizaron toda clase de métodos para reprimirse. Pensaban que si podían vencer la concupiscencia de sus cuerpos, serían santos. Realmente, ése no es el método de Dios. Romanos 6:6 nos muestra claramente Su camino. El deseo de Dios no es desarraigar al pecado por dentro ni reprimir al cuerpo por fuera. El le pone fin al viejo hombre, el cual está en medio de los otros dos.

LOS HECHOS DE DIOS

Cuando el Señor Jesús fue a la cruz, no sólo llevó nuestro pecado, sino que también nos llevó a nosotros y nuestro ser. Nuestro viejo hombre *ya fue* crucificado. Este es un hecho cumplido. Por lo tanto, el apóstol nos dice: "Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El". Esto significa que nuestro viejo hombre fue clavado en la cruz con El una vez y para siempre. Así como la crucifixión de Cristo es un hecho cumplido, igualmente lo es la crucifixión de nuestro viejo hombre (con El). Nadie duda que Cristo fue crucificado. ¿Por qué entonces dudamos que nuestro viejo hombre haya sido crucificado?

Muchos creyentes han escuchado la verdad de la cocrucifixión, que consiste en que fuimos crucificados juntamente con El, pero tal vez por falta de revelación de parte de Dios o por falta de fe, piensan que ellos mismos deben morir y deben hacer todo lo posible por crucificarse. Además, enseñan a los demás a hacer lo mismo. Sin embargo, el resultado es que no tienen la fuerza para ser librados del pecado. A pesar de lo que hagan, sienten que el viejo hombre no está muerto.

Esto es un gran error. La Biblia nunca nos dice que nos crucifiquemos a nosotros mismos. Por el contrario, lo que la Biblia nos enseña es que no depende de nuestra crucifixión, pues cuando *Cristo* fue a la cruz, también nos llevó allí para ser crucificados juntamente con El. La Biblia no nos muestra que desde este momento debemos empezar a crucificar nuestro viejo hombre, sino que nuestro viejo hombre ya fue crucificado con el Señor Jesús. No hay necesidad de buscar otros pasajes en las Escrituras; basta con leer Romanos 6:6: "Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El". No hay la más mínima sugerencia de que debamos crucificarnos a nosotros mismos, ni hay indicación alguna de que el logro de esta crucifixión se deba aplicar en el futuro. Se afirma, sin ambigüedad, que estamos crucificados con Cristo, y esta crucifixión conjunta es un hecho ya logrado.

He ahí el resultado de la frase más preciosa de toda la Biblia: "en Cristo". Ya que estamos en Cristo, unidos con El, cuando El fue a la cruz, nosotros fuimos en El; fue crucificado, nosotros también lo fuimos. ¡Cuán maravilloso es estar en Cristo!

Ninguna verdad que entendamos sólo intelectualmente nos capacitará para resistir las tentaciones. La revelación del Espíritu Santo es *absolutamente* indispensable. El Espíritu de Dios debe darnos una revelación para que podamos saber que estamos en Cristo y unidos a El. Esta revelación hará que *veamos* claramente que nuestro viejo hombre fue crucificado con El puesto que estamos en El. Esto no es una comprensión mental, sino una revelación del Espíritu Santo. Una vez que una persona recibe la revelación de parte de Dios, esta verdad espontáneamente llega a ser poderosa en él y le da la capacidad de creer. La fe proviene de la revelación, pues sin ella no hay fe. Muchas personas, por no tener revelación, carecen de la fe viva y sólo poseen un entendimiento mental. Hermanos, oremos pidiéndole a Dios que nos dé revelación para que podamos verdaderamente decir que *sabemos* "que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El".

¿Por qué razón fue crucificado nuestro viejo hombre? "Para que el cuerpo de pecado sea anulado". La versión china de la Biblia traduce esta expresión con el sentido de "que el cuerpo pecaminoso sea destruido", lo cual no es exacto. No es "cuerpo pecaminoso", sino "cuerpo de pecado". Y no debe traducirse "destruido", sino "anulado" o "paralizado" o "desempleado".

Anteriormente, cuando el pecado estimulaba nuestro viejo hombre, éste respondía y, en consecuencia, el cuerpo llevaba a cabo los pecados. Ahora, pese a que el pecado todavía incita al hombre viejo como solía y a que todavía impone su poder, debido a que el viejo hombre fue crucificado y el nuevo hombre tomó su lugar, el pecado no puede tentar a este hombre. Debido a que es un nuevo hombre, ya no es el viejo hombre que estaba de acuerdo con el pecado y que conducía al cuerpo a pecar. Ya que el viejo hombre fue crucificado, el cuerpo de pecado quedó desempleado y sin nada que hacer. Originalmente el oficio del cuerpo era pecar; ahora no puede pecar más. Por lo tanto, quedó imposibilitado. Alabado sea el Señor, pues esto es lo que El preparó para nosotros.

¿Por qué Dios hizo que nuestro viejo hombre fuera crucificado juntamente con Cristo e hizo que nuestro cuerpo quedara anulado? Su propósito era que ya no fuéramos esclavos del pecado. Como Dios hizo esto, de ahora en adelante no tenemos que obedecer al pecado

ni estar bajo su opresión ni estar atados por el poder del pecado. El pecado ya no puede ser nuestro amo. ¡Aleluya! Verdaderamente debemos alabar a Dios por esto.

DOS CONDICIONES

¿Cómo podemos entrar en estas bendiciones? Hay dos puntos muy importantes. El primero se menciona en el versículo 11: "Así también vosotros, consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús". He aquí una descripción de la fe. Dios declara que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo, y nosotros creemos Su Palabra y nos damos por muertos. ¿Cómo morimos? "Consideraos muertos *al pecado*". Dios declara resucitamos juntamente con Cristo; así que creemos Su Palabra y nos consideramos vivos. ¿Cómo vivimos? "Consideraos .... vivos para *Dios*".

Este reconocimiento no es otra cosa que creer en Dios según Su Palabra. El dice que nuestro viejo hombre fue crucificado, y nosotros reconocemos que nuestro viejo hombre ya murió. Dios dice que estamos vivos, así que nosotros nos consideramos vivos. El error de muchos es que quieren sentir, ver y experimentar, antes de creer la Palabra de Dios; sólo después de sentir o ver o experimentar algo entonces creerán que es cierto lo que Dios dijo de la crucifixión del viejo hombre. No saben que lo que Dios hizo ya está hecho *en Cristo.* Mientras creamos Su Palabra y demos por hecho que lo que El hizo es verdadero, el Espíritu Santo nos conducirá a la experiencia. Su Espíritu hará que lo que está en Cristo fluya en nosotros.

En el versículo 13 se menciona otro punto: "Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como armas de injusticia, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como armas de justicia". He aquí una descripción de la consagración, lo cual también es una parte muy importante. Si tenemos algo y no queremos soltarlo, aunque Dios desea que lo soltemos, el pecado tendrá dominio sobre nosotros; y nuestro "reconocimiento" será inútil. Si Dios quiere que hagamos algo, que vayamos a algún lugar o que hablemos de El, pero no queremos presentar nuestros miembros como armas de la justicia de Dios, no podemos ser liberados del pecado. Si no queremos abandonar algo y nos resistimos, es posible que el pecado vuelva a gobernarnos. Naturalmente, en tal condición, no tendremos poder para creer en la Palabra de Dios y considerarnos muertos. Si no nos damos por muertos, y nuestra fe se detiene, aunque estemos en Cristo en posición, nuestra conducta no estará en Cristo ni permaneceremos en el Señor como se describe en Juan 15, y tampoco experimentaremos el hecho de que ya fuimos crucificados, puesto que esto sólo es posible en Cristo.

Considerarse muerto y consagrarse deben ser experiencias específicas. Deben ser tan específicas como recibir al Señor Jesús como nuestro Salvador. Si no pasa de ser un entendimiento mental, sin la fe y sin la consagración específicas, entonces no es posible tener tal conducta.

Siempre que somos derrotados, indiscutiblemente podemos decir que se debe a que no tuvimos fe o a que no obedecimos. Fuera de estas dos, no hay otra razón. Si tenemos un fracaso, el problema radica en una de estas o en ambas. Debemos aprender a vivir por la fe en Cristo, sin mirarnos a nosotros mismos, ni pensar en nosotros mismos, ni ocuparnos en

nada que no sea Cristo. Debemos aprender constantemente a creer que estamos en Cristo y que todos los hechos que hay en Cristo son verdaderos. Al mismo tiempo, debemos mantener nuestra consagración mediante el poder de Dios. Debemos contar todas las cosas como basura. No existe nada sobre la tierra que no podamos abandonar por causa del Señor. No hay nada que debamos reservar para nosotros mismos. Todo lo que Dios pida de mí, no importa cuán difícil sea, ni cuánto esté en contra de la carne, mi corazón siempre estará dispuesto. Ningún precio es demasiado alto cuando se trata de Dios. No me preocupa ningún sacrificio, mientras pueda agradarlo. Cada día aprenderé a ser un hijo obediente.

Si tenemos esta *fe* y esta *consagración*, ¿cuál será el resultado? La Palabra de Dios es muy clara y nos lo dice en el versículo 14: "El pecado no se enseñoreará de vosotros".

LA RELACION ENTRE EL PECADO Y EL CUERPO

Cuando el creyente entiende la verdad de que fue crucificado juntamente con Cristo, y tiene la experiencia de haber sido librado del pecado, entra en una etapa *muy peligrosa.* Si en esta situación tiene la debida instrucción, y confía en el Espíritu Santo para que aplique la obra profunda de la cruz en él, entonces, podrá tener la experiencia de permanecer completamente en el espíritu. Pero si se conforma, pensando que tener una vida que vence al pecado es la vida más elevada y no permite que la cruz ponga fin a su vida anímica, entonces permanecerá en la esfera del alma creyéndola una experiencia del espíritu. Aunque su viejo hombre ya llegó a su fin, su vida anímica no ha sido eliminada por la cruz. La voluntad, mente y la parte emotiva de dicha vida están activas y sin ninguna restricción, por lo tanto, la experiencia de un creyente así, sigue siendo de la carne.

Necesitamos saber hasta qué punto la liberación del pecado ha afectado nuestro ser; así sabremos qué es lo que ha llegado a su fin y qué sigue vivo todavía. Debemos saber en especial que el pecado está particularmente relacionado con nuestro cuerpo. Al contrario de muchos filósofos, nosotros no pensamos que el cuerpo sea intrínsecamente malo, pero admitimos que el cuerpo es la esfera donde el pecado gobierna. Vemos en Romanos 6:6 que el Espíritu Santo llama a nuestro cuerpo el cuerpo de pecado, porque antes de experimentar la operación de la cruz y antes de que presentemos a Dios nuestros miembros como armas de justicia, nuestro cuerpo simplemente es el cuerpo de pecado. Antes de que nos consideráramos muertos al pecado y presentáramos nuestro cuerpo a Dios, el pecado poseía nuestro cuerpo y era su amo. Nuestro cuerpo es la fortaleza del pecado, su instrumento y guarnición. Por consiguiente, no hay otro término más apropiado que "el cuerpo del pecado".

Si leemos cuidadosamente la porción de Romanos 6 al 8, que nos habla de ser libres del pecado, veremos qué relación hay entre el cuerpo y el pecado. Además, veremos que la salvación plena consiste en salvar nuestro cuerpo hasta que sea totalmente libre de la obra y el servicio del pecado, y presente sus miembros a Dios.

El apóstol nos dice en el capítulo seis: "Para que el cuerpo de pecado sea anulado" (v. 6). "No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a las concupiscencias del cuerpo" (v. 12). "Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado

como armas de injusticia, sino presentaos vosotros mismos ... y vuestros miembros a Dios como armas de justicia" (v. 13).

De nuevo, Dios habla por medio del apóstol con respecto al cuerpo en el capítulo siete. "Las pasiones por los pecados ... obraban en nuestros miembros" (v. 5). "Pero veo otra ley en mis miembros ... que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros" (v. 23). "¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte? (v. 24)

La voz del Espíritu Santo es muy clara en el capítulo ocho. "El cuerpo está muerto a causa del pecado" (v. 10). "Vivificará también vuestros cuerpos mortales" (v. 11). "Mas si por el Espíritu hacéis morir los hábitos del cuerpo, viviréis" (v. 13). "La redención de nuestro cuerpo" (v. 23).

Después de leer estos versículos, debemos saber que Dios presta mucha atención a nuestro cuerpo. Esto se debe a que *el cuerpo es la esfera de lasactividades del pecado*. El hombre es esclavo del pecado porque su cuerpo es títere de éste. Pero en el momento en que su cuerpo queda sin oficio para el pecado, la persona deja de ser su esclavo. Un hombre es librado del pecado, cuando su cuerpo es libre del poder y la fuerza del pecado.

Por esto, "nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con El, para que el cuerpo de pecado sea anulado". La crucifixión del viejo hombre hace que el cuerpo quede libre del dominio del pecado. El viejo hombre, que es el colaborador del pecado, fue crucificado. Ahora, el nuevo hombre ocupa la posición que anteriormente tenía el viejo hombre. Ahora el Espíritu de Dios vive en nosotros. Aunque el pecado todavía está presente, su poder sobre el cuerpo fue destruido. Debido a la crucifixión del viejo hombre, el pecado ya no puede usar el cuerpo. Sin el viejo hombre como intermediario, el pecado no puede usar al cuerpo directamente.

Debemos recordar que somos libres del pecado solamente cuando nuestro cuerpo es librado. (Por supuesto, todavía tenemos que esperar hasta la redención completa en el futuro para ser libres de la presencia del pecado.) La vida natural, la vida anímica, por la cual vivimos, no ha sido quebrantada. Si consideramos la vida que vence el pecado como la vida más elevada, entonces juzgamos que la parálisis del cuerpo es la vida más elevada y habremos olvidado que además de nuestro cuerpo de pecado, todavía existe el alma natural y la vida anímica. Esta vida debe ser quebrantada, al igual que el cuerpo. Si un creyente solamente sabe que el cuerpo fue anulado (lo cual es maravilloso), pero no sabe cómo negarse a su vida anímica, su experiencia espiritual será superficial y no obtendrá mucha profundidad.

Ya dijimos que el yo (el alma) todavía es muy activo en la obra de Dios. De hecho, aunque el cuerpo está inactivo, la vida del alma sigue bastante activa. Aunque esta vida está escondida en el yo, tiene diferentes expresiones externas. La vida del alma comprende por lo menos, tres partes principales, la voluntad, la mente y la parte emotiva. Cuando los creyentes viven de acuerdo con la vida del alma, algunos se inclinan hacia la voluntad, otros hacia el intelecto, y otros hacia las emociones. Algunas veces se inclinan hacia una parte, y otras hacia otra. Aunque las manifestaciones externas son significativamente diferentes debido a las diferencias entre la voluntad, la mente y la parte emotiva, en

realidad, son las mismas ya que todas ellas pertenecen al alma. Para aquellos que se inclinan hacia la voluntad, el centro de su vida son sus preferencias personales, y no están dispuestos a obedecer la voluntad de Dios. Los que se inclinan hacia la mente, planean su rumbo según su propia sabiduría, en lugar de seguir calladamente la dirección del Espíritu Santo en su intuición. Por otro lado, los que se inclinan hacia las emociones, van en busca de placeres en sus sentimientos, considerando que ésa es la vida suprema. Pero si los creyentes andan de acuerdo a su vida anímica, no importa cuál sea su inclinación, tendrán una cosa en común, que viven mediante el poder del yo. El poder del yo constituye toda la fuerza natural que los creyentes poseían aún antes de creer en el Señor, sean talentos, habilidades, elocuencia, inteligencia, carisma, entusiasmo u otra cualidad. Con respecto a los creyentes que andan según la vida de su alma, debemos saber que, en principio, la vida anímica es la fuerza natural del yo, y en manifestación, dicha vida tiene tres diferentes expresiones: la rebeldía, la obstinada, el engreimiento y la búsqueda de placeres. Si un creyente vive por la vida del alma, valiéndose de su energía, inevitablemente tendrá estas tres expresiones. Si no avanza y no hace morir la vida de su alma, entonces nutrirá su vida anímica, lo cual no agrada a Dios, y perderá el fruto del Espíritu Santo.

EL ALMA COMO VIDA

Ya se dijo que el alma es nuestra vida inherente y que es el poder que hace posible que vivamos, que poseamos un ser y que existamos. (Todo esto se refiere a la carne). Nuestra alma es nuestra vida. La expresión "ser viviente" que aparece en Génesis 1:21 y 24, en el idioma original son la misma palabra que se traduce "alma"; por lo tanto, el alma es la vida que los hombres tienen en común con los animales. Esta vida es la vida *inherente* del hombre. Antes de que fuéramos regenerados, vivíamos sobre la tierra mediante esta vida; ésta es la vida que todos los hombres poseen. En el idioma griego [en el cual se escribió el Nuevo Testamento] la palabra traducida alma es *psique,* y denota la vida animal. La vida del alma es la clase de vida que hace que el hombre sea un ser viviente. La vida anímica pertenece a la esfera *natural*. Esta vida no es necesariamente pecaminosa, puesto que muchos creyentes ya vencieron los pecados por medio de la crucifixión de su viejo hombre juntamente con Cristo. Sin embargo, sigue siendo natural. Esta vida es la vida del hombre; por eso es muy humana. Esto es lo que hace que un hombre sea un hombre. Su vida es totalmente la vida de hombre, ya sea buena, amable o humilde; pero de todos modos, sigue siendo humana.

Esta vida es completamente distinta de la nueva vida que el Espíritu Santo nos imparte cuando somos regenerados. El Espíritu Santo nos da la vida increada del propio Dios, una vida extraordinaria, el eterno *zoe,* pero la otra es sólo la vida del hombre, la vida *psique*.

La vida se manifiesta por medio de las acciones; es el poder dentro del hombre que hace que todos sus miembros se muevan. Las actividades del hombre son la expresión de esta vida. Ese poder invisible que está detrás de la actividad humana es el potencial latente de esta vida. Todos nosotros estamos en una manera natural incluidos en esta vida. Esta vida es nuestra vida anímica.

EL ALMA Y EL PECADO

La vida del alma proporciona el poder para ejecutar todo lo que se le ordena. Si el espíritu reina, la vida del alma de acuerdo a la dirección del espíritu, ejerce su voluntad para decidir y hacer lo que el espíritu dicta. Si el pecado es el que reina en el cuerpo, la vida del alma, de acuerdo a la tentación del pecado, ejerce su voluntad para decidir y llevar a cabo lo que el pecado desea. La vida del alma obra de acuerdo a su amo. Solamente es responsable de ejecutar órdenes. Antes de la caída del hombre, ella proveía toda su energía para la dirección del espíritu, pero después de la caída, sigue el dominio del pecado. Desde que el hombre se hizo carne, el pecado que reina en el cuerpo vino a ser la naturaleza del hombre y esclavizó al alma, que es su vida. Esto hace que el hombre en todas sus acciones, siga al pecado. Es por eso que la naturaleza del hombre es el pecado, y el alma es su vida.

Cuando hablamos de nuestra vida y naturaleza, parece que considerásemos la vida y la naturaleza como la misma cosa, pero siendo exactos, hay una distinción entre la vida y la naturaleza. Aparentemente, el término vida es más extenso que naturaleza. Toda clase de vida tiene su propia naturaleza. La naturaleza es el principio natural de la vida, es la inclinación y el deseo de la vida. Mientras aún somos pecadores, nuestra vida es el alma y nuestra naturaleza es el pecado. Vivimos por el alma y la inclinación y el deseo de nuestra vida está en conformidad con el pecado. Para ser más específico en este punto, la decisión de portarnos bien procede del pecado, y la fuerza para seguir esa decisión viene del alma. La naturaleza pecaminosa propone, y la vida del alma da la energía. El pecado trama, y el alma ejecuta. Esta es la condición de todo creyente.

Cuando el creyente recibe la gracia de la muerte substitutiva del Señor Jesucristo en la cruz, aunque desconozca el hecho de haber sido juntamente crucificado con Cristo, Dios pone Su misma vida en él, para despertar su espíritu. Esta nueva vida, trae consigo la naturaleza divina. De ahí en adelante, en el creyente hay dos vidas, la del espíritu y del alma, y dos naturalezas, la de Dios y la del pecado.

Estas dos naturalezas, la vieja y la nueva, son distintas, están en discrepancia y no se pueden reconciliar. Contienden todo el día, tratando cada una de controlar el ser del hombre en su totalidad. En esta etapa, el cristiano es un niño en Cristo y es carnal. Su experiencia durante este período es muy inconstante y dolorosa, alternando entre victorias y derrotas. Más tarde, llega a conocer la salvación de la cruz, es decir, que si por la fe considera que el viejo hombre fue crucificado con Cristo, puede ser librado del pecado, dejando a su cuerpo inactivo y tan silencioso como la muerte. Ya que el viejo hombre fue crucificado, el creyente tiene el poder de vencer el pecado, y experimenta la promesa de que el pecado no se enseñoreará de él.

En esta etapa el creyente entra en la esfera donde el pecado está bajo sus pies. Las pasiones y deseos de la carne no le atraen. En esta condición, el creyente virtualmente piensa que es completamente espiritual. Cuando mira hacia atrás, y ve a muchos creyentes enredados aún por el pecado, inevitablemente se enorgullece y piensa que llegó a la etapa más elevada y que es espiritual. En realidad, la verdad es muy distinta de lo que piensa. Aún en esta etapa, inevitablemente, él es un creyente anímico.

EL CREYENTE ANIMICO

¿Por qué un creyente es anímico? Porque aunque la cruz ha obrado y quebrantado su naturaleza pecaminosa, la vida del alma sigue presente. Aunque todos los pecados proceden de la naturaleza pecaminosa, y el alma solamente obedece su dirección para ejecutar sus órdenes, el alma, de todos modos, la heredó de Adán. Aunque el alma no está contaminada completamente, no puede evitar el efecto de la caída de Adán. Ella es natural y muy diferente a la vida de Dios. Ciertamente, el viejo hombre corrupto del creyente ya murió; sin embargo, su alma sigue siendo la fuerza de su vida. El creyente es librado de la naturaleza pecaminosa, pero la vida anímica subsiste. Por eso, no puede evitar ser anímico. Aunque el viejo hombre ya no dirige al alma, ésta sigue siendo la fuerza de su vida. Debido a que la naturaleza de Dios reemplaza la naturaleza pecaminosa, espontáneamente todas las inclinaciones, los deseos y las ideas son buenas; esta condición no es como la antigua condición inmunda. No obstante, la ejecución de todo ello sigue siendo función de la vida del alma.

Una vida que depende del alma puede llevar a cabo el deseo del espíritu por medio de la fuerza natural (terrenal), en su intento por lograr la bondad sobrenatural (divina). En palabras sencillas, *el yo usa su fuerza para cumplir los requisitos de Dios*. En esta condición, aunque el creyente haya vencido al pecado al practicar obras de justicia, todavía es inmaduro. No obstante, pocos están dispuestos a depender de Dios y a reconocer su debilidad, inmadurez e incapacidad. El hombre en su naturaleza humana piensa que tiene fuerza. Quien no ha sido humillado por la gracia de Dios, nunca reconocerá que no sirve para nada. Debido a esto, no tiene interés en confiar en el Espíritu Santo al hacer las obras de justicia, sino que depende de la fuerza del yo (el alma) para corregir y mejorar su conducta vieja. El peligro en este caso es que el creyente trata de agradar a Dios con su poder y no sabe cómo utilizar la vida del alma, que le fue dada por Dios y que está en él, para incrementar la fuerza de la vida del espíritu mediante el Espíritu Santo, a fin de obedecer lo que dicta la nueva naturaleza que recibió. En realidad la vida espiritual está en una etapa infantil y no ha llegado a la madurez, donde puede expresar todas las virtudes de la naturaleza de Dios. Además, no puede hacerlo. Debido a la falta de paciencia, de humildad y de dependencia de Dios, el creyente no sabe que no importa cuán buenos sean sus esfuerzos, desde la perspectiva humana, él nunca podrá agradar a Dios. En consecuencia, aplica su poder anímico y natural para cumplir los requerimientos que Dios hace a Sus hijos. Tales obras son una mezcla de lo que es de Dios con lo que es del hombre, y expresan los deseos celestiales mediante la fuerza terrenal. Puesto que los hechos y la conducta del creyente son tales, él sigue siendo anímico, y no espiritual.

Muchos no entienden lo que es la vida del alma. La vida del alma es lo que comúnmente llamamos vida del yo. Algunos cometen el gran error de no distinguir entre el pecado y el yo. Piensan que el pecado y el yo son la misma cosa. Sin embargo, tanto en la enseñanza de la Biblia como en la experiencia espiritual ellos son diferentes. El pecado es inmundo, se opone a Dios y es abominable a lo sumo; mientras que el yo no es necesariamente inmundo, ni necesariamente se opone a Dios, ni es necesariamente abominable. Por el contrario, muchas veces el yo es muy honorable, desea ayudar a Dios y es bastante

afectuoso. Por ejemplo: es muy bueno estudiar la Biblia. Sabemos que estudiar la Biblia no es pecaminoso, pero en muchas ocasiones lo hacemos con nuestros propios esfuerzos. Aunque no es pecaminoso entenderla con nuestra inteligencia propia, es obra del yo. Tampoco es pecaminoso laborar para salvar a las personas, pero hacerlo con nuestras propias ideas y métodos está lleno del yo. Sabemos que ir en pos del crecimiento espiritual no es pecaminoso, pero cuán a menudo tal búsqueda tiene su origen en el yo carnal, quizás porque no queremos quedarnos atrás, o porque el crecimiento espiritual puede darnos muchas ventajas, o quizás porque podemos obtener alguna ganancia personal. Siendo explícito, todos sabemos que hacer el bien no es pecaminoso. Sin embargo, muchas buenas obras están llenas del yo. Algunas veces las buenas obras son la bondad natural de un individuo y no lo que recibió del Espíritu Santo cuando fue regenerado. Por ejemplo, existen muchas personas que antes de creer en el Señor y ser regeneradas, eran misericordiosas, pacientes y mansas. Su misericordia, paciencia y mansedumbre son naturales, carnales y del yo, no del espíritu. Por lo tanto, aunque ellos puedan ser todas estas cosas, que no son ni pecaminosas ni pecados en sí, están llenos de las obras que hace la vida del alma. Algunas veces los creyentes llevan a cabo buenas obras por medio de sus propias fuerzas, sin depender en absoluto del Espíritu de Dios.

Estos son sólo algunos ejemplos que nos muestran la distinción entre el pecado y el yo. Si seguimos avanzando en la senda espiritual, sabremos que en muchas cosas el pecado no tiene posibilidad de ganar terreno, pero el yo puede de alguna manera llegar a manifestarse. En realidad, el yo puede mezclarse con la obra más sagrada y la vida más espiritual.

Ya que el creyente ha estado por tanto tiempo bajo la esclavitud del pecado, una vez que es liberado de su poder, considera que logró andar en el nivel más elevado, sin saber que aun después de ser librado del pecado, tiene que vencer el yo continuamente, durante toda su vida.

Después de que un creyente es librado del pecado, el peligro más grande en el que incurre es que piense que todos los elementos peligrosos que había en él ya se fueron. No sabe que aunque el viejo hombre murió al pecado y que el cuerpo de pecado ha quedado paralizado, el pecado mismo no ha muerto. Ahora, él es un monarca derrocado que agotará toda su energía, aprovechando cualquier oportunidad para recobrar su trono. Es decir, el creyente puede seguir experimentando el hecho de que es libre del pecado, pero eso no significa que ya sea perfecto, pues aún tiene que lidiar continuamente con el yo.

Es una lástima que algunos creyentes que buscan la santidad y procuran ser libres del pecado se consideran santos una vez que han logrado su objetivo. Ignoran que ser libres del pecado es sólo el primer paso de un camino victorioso en la vida espiritual. Ser libres del pecado es sólo la victoria inicial que Dios nos ha dado para que en lo sucesivo, podamos tener continuas victorias. Vencer el pecado es la puerta, y una vez que damos ese paso, ya estamos adentro. Pero el camino que debemos recorrer durante toda nuestra vida es el de vencer el yo. Después de que vencemos el pecado, Dios nos llama a vencer el yo diariamente, lo cual en la mayoría de los casos es esa parte buena de nosotros que tiene más celo y más deseos de servir a Dios.

Si el creyente sólo tiene la experiencia de haber sido librado del pecado, pero no sabe lo que es negarse a sí mismo ni lo que es perder la vida anímica, corre el peligro de usar la energía del yo, es decir, su vida anímica para llevar a cabo la voluntad y la obra de Dios, y para vivir a Dios desde su interior cotidianamente. No sabe que además del pecado existen otros dos poderes dentro de él: el poder del espíritu y el poder del alma.

El poder del espíritu es el poder de Dios, recibido por el creyente en el momento de ser regenerado. El poder del alma es *el poder del yo,* el cual recibió de modo natural cuando nació. Este es el poder natural que posee antes de la regeneración.

El avance del creyente para llegar a ser un hombre espiritual depende de la manera en que aborda estas dos clases de poder dentro de sí. Si rechaza el poder del alma y depende únicamente del poder del espíritu, tendrá éxito en llegar a ser un hombre espiritual. Si utiliza el poder del alma, o el poder del espíritu juntamente con el poder del alma, será un hombre anímico, un hombre carnal.

La meta de Dios es que rechacemos todo lo que provenga de nosotros, lo que somos, lo que tenemos y lo que podemos hacer; que vivamos totalmente para El, participando diariamente de la vida que está en Cristo mediante el Espíritu Santo. Si un creyente no comprende esto o no está dispuesto a obedecer a Dios en esto, en lo sucesivo vivirá para Dios mediante la vida del alma y el poder del yo, y no será una persona espiritual, sino anímica.

Por consiguiente, el creyente espiritual permite que el Espíritu Santo opere en su espíritu, recibe a la persona del Espíritu Santo para que more en su espíritu y permitiendo que la vida que le da el Espíritu Santo le suministre la fuerza o el poder necesario para su vida diaria. Apropiándose del poder del Espíritu Santo, vive en la tierra sin tratar de hacer su voluntad, sino haciendo la del Señor. No confía en su inteligencia para planear nada en el servicio de Dios. Además, la regla de su conducta es permanecer quieto en su espíritu, sin ser controlado ni afectado por sus emociones.

El creyente anímico es exactamente lo opuesto. Aunque tiene la vida en su espíritu, no obtiene el suministro vital de la vida que hay en su espíritu. En su vida diaria persiste en hacer del alma su vida y depende del poder del yo. Actúa de acuerdo con sus preferencias y no obedece a Dios en su corazón. En la obra de Dios aún utiliza su inteligencia natural para hacer sus planes, y en su vida diaria es manipulado y afectado por el estímulo de sus emociones.

El problema de las dos naturalezas queda resuelto, pero el problema de las dos vidas sigue vigente. Tanto la vida del espíritu como la del alma conviven dentro de nosotros. La vida del espíritu es en sí misma muy fuerte, pero debido a que la vida del alma está arraigada profundamente en el hombre, ésta gobierna sobre todo su ser. Si uno no está dispuesto a negarse a su vida anímica ni a permitir que la vida del espíritu se exprese y opere, ésta hallará dificultad para desarrollarse.

Esta enseñanza es extremadamente importante, ya que si el creyente se centra únicamente en el problema del viejo hombre y estima que vencer las situaciones externas o los pecados inmundos comprende la totalidad de la vida cristiana, no podrá ir más allá de su vida

anímica, la cual Dios aborrece (tanto como al pecado). El creyente debe saber que vencer el pecado (aunque es de mucha bendición) es meramente una condición general de los creyentes y no es algo extraordinario. Por consiguiente, el hecho de que un creyente peque o sea esclavo del pecado es algo anormal y extraño. "Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?" Creer que el Señor Jesús murió como nuestro substituto es creer que nosotros también morimos con El. De lo contrario, no habría substitución. Si creímos en la muerte substitutiva del Señor Jesús, o sea, que nosotros fuimos crucificados juntamente con El, ¿no es extraño, que un muerto todavía peque?

No es difícil ser librado del pecado, ya que poseemos una salvación completa. El creyente debe aprender la lección completa, que quizá es más difícil, pero que es mas profunda, ésta es, aborrecer su misma vida. No sólo debe odiar su naturaleza pecaminosa, heredada de Adán, sino también su vida natural, por la cual él vive. Debe estar dispuesto no sólo a abandonar los pecados de la carne, sino también a negarse a todas las buenas obras que provienen de su vida natural. No sólo debe abandonar los pecados, sino también, desde el punto de vista de Dios, entregar esta vida pecaminosa a la muerte. La vida del Espíritu Santo no sólo no peca, sino que tampoco permite que el yo viva. El Espíritu Santo puede manifestar Su poder únicamente en aquellos que viven por El. Quien viva por su vida natural, no puede esperar ver las obras poderosas del Espíritu Santo. Debemos ser librados de todo lo natural, así como lo somos de todo lo inmundo. Si aún vivimos según el hombre (no necesariamente el hombre pecaminoso), en la esfera natural, el Espíritu Santo no puede gobernarnos. Si somos libres del pecado, pero aún pensamos, deseamos y vivimos como los hombres, sin confiar completamente en la obra del Espíritu Santo en nuestra vida, ¿cómo podrá el Espíritu Santo manifestar Su poder? Deseamos ser llenos con el Espíritu Santo, pero primero debemos eliminar la infiltración de la vida del alma.

EL ESPIRITU MEZCLADO CON EL ALMA

No decimos que la experiencia de un creyente anímico sea enteramente del alma, aunque hay un gran número de creyentes en esa categoría. Muchos creyentes anímicos tienen experiencias espirituales. Sin embargo, estas experiencias están mezcladas con las del alma. Ellos, conocen en general lo que es el andar espiritual de la vida, y el Espíritu Santo los hace aptos para llevar una vida espiritual. Sin embargo, debido a muchos obstáculos, a menudo buscan que *la vida natural les dé el poder necesario para vivir,* y esperan cumplir los santos requerimientos de Dios mediante su propia carne. Todavía siguen sus propios deseos y pensamientos para portarse bien y buscan el placer de sus sentidos y la sabiduría intelectual. Aunque pueden ser espirituales en conocimiento, en realidad son anímicos. El Espíritu Santo reside en su espíritu y les concedió la experiencia de vencer el pecado por medio de la operación de la cruz, pero no pueden evitar algunas veces seguir a su alma y otras a su espíritu. En el caso de algunos, esto se debe a que no han entendido el plan de Dios, pero en el de la mayoría se debe a que no están dispuestos a perder su vida anímica, porque todavía la aman.

En la experiencia, el espíritu y el alma se distinguen fácilmente. La vida espiritual únicamente sigue la dirección de la intuición percibida en el espíritu. Si el creyente se

conduce según su espíritu, asumirá una posición subordinada y no decidirá ni iniciará nada, sino que esperará en quietud la voz del Espíritu Santo en su espíritu. Tan pronto como su intuición escucha la voz interior, él se levanta a laborar en obediencia a la dirección de la intuición. En este andar espiritual, el creyente permanece en una actitud sumisa, y nunca inicia nada, pues el único que puede hacer esto es el Espíritu Santo.

Además, dicho creyente no tiene confianza en sí mismo ni usa su poder para hacer la voluntad de Dios. Siempre que debe hacer algo, acude únicamente a Dios, consciente de su propia impotencia, y le pide que le dé una promesa. Basado en la promesa de Dios, procede contando con el poder del Espíritu Santo como suyo propio. En una actitud así, Dios sin duda le concederá poder según Su Palabra.

La vida anímica actúa de modo exactamente opuesto, ya que se centra en el yo. Cuando un creyente es anímico, actúa de acuerdo al yo, lo cual significa que su conducta se origina en el yo, y sus pensamientos, razonamientos y deseos rigen su conducta. No es la voz del Espíritu Santo en su hombre interior lo que regula su conducta y determina sus acciones, sino los pensamientos, los razonamientos y los deseos de su hombre exterior. Aún el sentimiento de gozo sólo le proporciona placer por haber obtenido lo que a él le agrada.

Dijimos explícitamente que el cuerpo es la corteza del alma y que el alma es la cubierta del espíritu. Así como el lugar santo rodea al Lugar Santísimo, así el alma rodea al espíritu. Por consiguiente, es muy fácil que el espíritu sea afectado por el alma. El alma y el espíritu de los creyentes anímicos están estrechamente unidos. Aunque el alma fue librada del dominio del cuerpo y ya no está bajo el control de sus deseos, el espíritu no se ha separado del alma. Del mismo modo que su alma estaba unida al cuerpo (el uno era la vida, y el otro la naturaleza), el espíritu está unido al alma (uno provee poder, mientras que el otro proporciona la idea). De esta manera, el alma afecta al espíritu.

Debido a que el espíritu está rodeado por el alma, como si estuviera sepultado en ella, a menudo es influido por el estímulo de la mente. Una persona regenerada posee una paz inefable en el espíritu, pero debido a que el espíritu y el alma no se han separado, hasta el más ligero estimulo lo turbará y le quitará la tranquilidad de su espíritu. Esto se debe a que el alma tiene muchos deseos y pensamientos individuales. Algunas veces el alma se llena de gozo, lo cual influye en al espíritu y hace que el creyente piense que es la persona más feliz del mundo. Pero cuanto se irrita, piensa que es la persona más miserable del mundo. Un creyente anímico tiene estas experiencias constantemente.

Cuando los creyentes anímicos escuchan la enseñanza sobre la división del espíritu y el alma, quisieran saber dónde se halla su espíritu. Después de buscar con diligencia, no perciben la presencia de su espíritu. Muchos creyentes nunca han tenido una verdadera experiencia en el espíritu y no distinguen su espíritu de su alma. Además, debido a que su espíritu y su alma están todavía íntimamente ligados, consideran las experiencias del alma (tales como el gozo, la visión, el amor, etc.) como experiencias espirituales supremas. Puesto que no tienen ninguna experiencia espiritual, admiten todo esto y no tratan de substituir su alma por el espíritu, lo cual ocasiona pérdidas para ellos mismos.

Antes de que el andar de un creyente sea totalmente espiritual, experimentará la mezcla de su espíritu y su alma, como se describió anteriormente. En cuanto a sus sentimientos, no estará satisfecho con la tranquilidad en su espíritu, sino que buscará algún placer en sus afectos. En cuanto a su conducta, en su vida diaria algunas veces seguirá la dirección de la intuición, pero otras, se guiará por sus propios pensamientos, razonamientos y deseos. Una mezcla así, revela que hay dos fuentes dentro del creyente: una es de Dios, del Espíritu Santo, intuitiva, espiritual y del espíritu humano, la otra es del hombre, del yo, racional, natural y del alma. Antes de que el creyente llegue a la perfección, en algunas ocasiones sigue esto, y en otras, aquello. Si él se examina cuidadosamente bajo la luz de Dios, verá que tiene estas dos vidas dentro de sí. Reconocerá que algunas veces vive por una vida, y otras por otra. Algunas veces se da cuenta que debe vivir por fe con un corazón que confía en el Espíritu Santo, y otras veces vive de acuerdo a sí mismo y a lo que él llama un sentir espiritual. Vive mucho más en el alma que en el espíritu. La medida en la cual un creyente es anímico depende de su comprensión de la vida del espíritu, incluyendo el principio de la cooperación con Dios, y también, hasta dónde tome decisiones y actúe apoyado en la vida del alma. Las actividades de su vida natural en sus diferentes facultades determinan hasta dónde vive por su alma. Algunos pueden vivir totalmente en el mundo de sus sentimientos e ideales; otros viven algunas veces por su alma, y otras por su espíritu. Si el creyente no es enseñado por Dios mismo, ni recibe revelación del Espíritu Santo en su espíritu, no sabrá cuán abominable es la vida del alma, ni cómo disponerse para vivir totalmente en el espíritu.

CAPITULO DOS

LA EXPERIENCIA DE LOS CREYENTES ANIMICOS

LA VIDA DE LOS CREYENTES ANIMICOS

La vida de los creyentes anímicos no puede ser la misma en todos, debido a las diferencias de las personas. Cada individuo tiene su propia personalidad. Cuando uno cree en el Señor y es regenerado (eternamente), la personalidad no es aniquilada. De lo contrario, la eternidad ¡no sería muy interesante! Así que, la vida anímica de los creyentes difiere según la persona. Por esta razón, sólo podemos hablar en términos generales, mencionando los asuntos que son más prominentes en la vida anímica y describiendo en forma breve, las experiencias de los diferentes aspectos, a fin de que los hijos de Dios puedan comparar sus propias experiencias.

Los creyentes anímicos se caracterizan por ser curiosos. Estudian las profecías bíblicas para conocer los eventos futuros a fin de tener la información que satisface su mente curiosa. Tienden a mostrar sus diferencias y su superioridad en la forma de vestir, de hablar y de actuar. Procuran lograr un éxito instantáneo y espectacular en la mayoría de sus actividades. Aun antes de creer en el Señor, ya tenían tal inclinación, y encuentran muy difícil vencer su vida natural después. No son como los creyentes espirituales, que no buscan entender ningún asunto inquisitivamente. Los creyentes anímicos no tratan de reconciliar su experiencia con lo que Dios enseña, sino que principalmente prestan atención a la comprensión mental; es decir, les gusta razonar. El fracaso que sufren, debido a que su experiencia no concuerda con su ideal, no es lo que les entristece, sino que no pueden entender con sus ideales ni con su mente las experiencias espirituales que aún no han tenido, y de este modo cometen el error de engañarse a sí mismos, pensando que lo que han entendido mentalmente equivale a una experiencia espiritual. Realmente, éste es un gran error.

Los creyentes anímicos adoptan una actitud de justicia propia, aunque con frecuencia es difícil de captar. Se aferran tenazmente a sus opiniones aun en asuntos triviales. Sin duda, debemos preservar las verdades básicas de la Biblia, pero ciertamente podemos permitir que otros tengan libertad con respecto a asuntos secundarios. Aunque pensemos que nuestro entendimiento sea muy acertado y aunque creemos que estamos libres de error, de todos modos al Señor no le agrada que nos vayamos a los extremos. Debemos hacer a un lado las diferencias en los temas secundarios y buscar la unidad en los asuntos principales.

En muchos casos, la mente de los creyentes anímicos es perturbada por los espíritus malignos, y sus pensamientos se vuelven confusos, mezclados y, en ocasiones, contaminados. En su conversación responden lo que no se les pregunta, y su mente viaja a altas velocidades; cambian el tema de conversación frecuentemente, lo cual demsuetra lo difusos que son sus pensamientos. Aun cuando oran y leen la Biblia, su cuerpo está

presente pero su mente está lejos. En sus hechos, ya sea al relacionarse con las personas o con cualquier asunto, actúan sin pensar de antemano. No obstante, cuanto se les dice algo acerca de su conducta y de la manera en que deben conducirse, ellos seleccionan incidentes similares en los que se comportaron de acuerdo a lo *estipulado*, a fin de demostrar cuán cuidadosamente piensan y actúan, pues ocasionalmente, piensan antes de actuar. La conducta de un creyente anímico es muy inconstante.

Los creyentes anímicos se conmueven fácilmente. A veces están muy entusiasmados y contentos, mientras que otras, están deprimidos y tristes. Cuando están contentos, parece que el mundo es demasiado pequeño para contenerlos, y quieren huir a los cielos. Pero cuando están tristes, parece que no existen en este mundo. Algunas veces están extremadamente contentos y entusiasmados como si un fuego ardiera o como si hubieran encontrado un tesoro. En ocasiones cuando su corazón no está ardiendo, tienen una repentina sensación de pérdida, abatimiento e infelicidad. Su gozo o su abatimiento dependen de sus sentimientos. Son inestables e inconstantes. Su gozo y su aflicción gobiernan su vida.

Muchos creyentes anímicos son hipersensibles. Es difícil relacionarse con ellos porque piensan que todo gira en torno a ellos. Cuando no se les presta atención, se molestan. Cuando sospechan que los otros cambian su actitud para con ellos, se entristecen y se ofenden. Entablan amistades fácilmente con la gente. Dependen del afecto humano al grado que les es difícil separarse de las personas. Si existe un ligero cambio en las relaciones, eso les causa un dolor indecible en su alma, pero piensan que eso es sufrir por el Señor.

Dios conoce la debilidad de los creyentes anímicos. A menudo son egocéntricos y cuando consiguen algún progreso espiritual, se consideran especiales. A veces Dios les concede la gracia de tener experiencias extraordinarias, tales como el sentimiento de gozo y la sensación de que el Señor está muy cerca, que es muy real y tangible, todo ello con el propósito de que se humillen y se acerquen a Dios, quien les concedió esa gracia. Sin embargo, ellos no actúan de acuerdo con lo que Dios desea. No le dan la gloria a El ni se acercan a El por haberles dado gracia, sino que utilizan la gracia de Dios como base de su jactancia. Piensan que recibieron esa gracia porque son más fuertes que otros y creen que por tener tales experiencias son más espirituales que otros. Los creyentes anímicos tienen experiencias especiales y si son estimulados experimentan gozo. Todo esto hace que piensen que son más espirituales que otros, sin percatarse de que realmente todo ello es evidencia de que son anímicos. Los creyentes espirituales viven por la fe y no por sus sentimientos.

Algunas veces no es el sentimiento el que hace que los creyentes anímicos cambien. Con frecuencia, su corazón está fijo en el mundo que los rodea. Las personas, las cosas y los asuntos del mundo invaden su hombre interior, y hacen que pierdan la paz en su espíritu. Si ponemos a un creyente anímico en un ambiente alegre, estará alegre, pero si esta en una situación difícil, estará triste. Le falta el poder para crear su propio ambiente. Si lo que lo rodea es rojo, él se vuelve rojo, y si su entorno es negro, él se torna negro.

Los creyentes anímicos viven en una vida centrada en sus emociones. A fin de que los creyentes lleguen a ser espirituales, el Señor los capacita para que sientan Su presencia. Los

creyentes anímicos se deleitan muchísimo en estas experiencias. Cuando experimentan esos sentimientos, piensan que llegaron a la cumbre y que han avanzado en la senda de la espiritualidad. Aunque a veces el Señor no les da tales experiencias, ya que no han alcanzado una vida de fe, a menudo El les permite sentir Su presencia a fin de adiestrarlos gradualmente para que no confíen en sus sentimientos sino que dependan únicamente de la fe. Sin embargo, ellos no entienden la intención del Señor y piensan que cuando tienen tales sentimientos, su condición espiritual está en la cumbre, y que cuando tales sentimientos se van, su condición es pobre.

Una característica común del creyente anímico es que habla mucho. No es que no sepa que debe guardar silencio, sino que cuando se entusiasma es impulsado a entrar en discusiones que no tienen final. Una vez que comienza a hablar, pierde el control y se derrama como una avalancha en discusiones interminables. No es que no examina lo que dice, sino que cuando lo hace, no se puede restringir. Todo lo que expresa procede de los pensamientos que han estado dando vueltas en su mente todo el día. Sabe que no debe ser locuaz, pero una vez que se entrega a la conversación, no puede dejar de hablar. Sin embargo, cuando otros hablan de más, él se da cuenta de que eso no es apropiado y secretamente critica en su corazón. Ya que sus palabras son muchas, las ofensas son inevitables. Pierde la armonía con los demás debido a los argumentos, o se le acaba el amor por causa de las críticas, o simplemente pierde el control de su corazón debido a tanta palabrería. Por ser tan parlanchín brotan pensamientos repentinos en su conversación, desviándose del tema o extendiéndose en su conversación.

Aunque los creyentes anímicos saben que deben de ser piadosos y que no deben bromear, les gusta bromear o escuchar chistes cuando conversan. Les agrada escuchar conversaciones alegres y vivaces, o cualquier charla que estimule su estado de ánimo. Las bromas son indispensables para el creyente anímico. Aunque ése no es siempre el caso, porque algunas veces aborrece las pláticas frívolas; salvo que no logra ser constante. Siempre que su emoción es estimulada, inevitablemente busca la algarabía para obtener placer.

Los creyentes anímicos se complacen con lo estético y tienen sus propios gustos. Les agrada seguir las perspectivas artísticas de la gente mundana, y cambian sus gustos según eso. No tienen la actitud de estar muertos para los conceptos humanos de la belleza. Por lo tanto, es inevitable que se sientan orgullosos de tener cierto gusto artístico.

A menudo ellos se van a los extremos y oscilan de un extremo al otro. Es posible que admiren el arte exageradamente, o que desprecien la belleza por completo. De modo que ni su ropa andrajosa les molesta y lo consideran como su sufrimiento con el Señor. No saben que los creyentes deben procurar estar limpios (no necesariamente bellos).

Los que son intelectuales expresan su vida anímica asumiendo una actitud “bohemia”. En una mañana con brisa, o una noche con luna, se expresan en un tono heroico o triste. A menudo se quejan de sus vidas y lloran de angustia. Les gusta la literatura y admiran su belleza. También les gusta cantar y declamar, como si por recitar poemas tuvieran la experiencia maravillosa de trascender el mundo. Disfrutan los viajes, admiran las montañas y los ríos para así estar más cerca de la naturaleza. Algunas veces tienen el pensamiento de

escapar del mundo y vivir en la soledad, ya que ven que la condición del mundo es cada vez peor. Mientras examinan tales pensamientos, creen que son trascendentes y nobles. Les parece que los demás creyentes son corruptos y vulgarmente insoportables. Tales creyentes se consideran muy espirituales, sin darse cuenta cuán profundamente anímicos son. A ellos les es muy difícil entrar en una esfera totalmente espiritual. Están completamente controlados por sus emociones y no se dan cuenta del peligro que corren al vivir complacidos en sí mismos.

Después de que los creyentes anímicos aprenden la doctrina con respecto a la diferencia entre el espíritu y el alma, fácilmente pueden comprenderla con su mente natural. Espontáneamente, encuentran muchas actividades anímicas en las vidas de los demás y sin mucho esfuerzo perciben la conducta y los pensamientos anímicos de los demás, pero no se dan cuenta de que ellos son tan anímicos como aquellos a quienes censuran, ni que están en la misma condición.

Los creyentes anímicos en su mayoría tienen un cúmulo de conocimiento espiritual, pero sus experiencias no concuerdan con lo que saben. Debido a que poseen mucho conocimiento, censuran mucho según su propia opinión. El creyente anímico llega a caracterizarse por criticar a los demás. Recibe gracia para entender cierta verdad, pero a diferencia de los creyentes espirituales, no recibe gracia para ser humilde. Hay cierta dureza en su trato con las personas. Los que están cerca de ellos tienen la impresión de que son estrictos e inflexibles. Mientras que los creyentes espirituales, por haber sido quebrantada su corteza, son accesibles y amables.

A pesar de que dan crédito a la gracia de Dios y de que externamente le dan la gloria a Dios, todos sus pensamientos se centran en ellos mismos. No importa si se consideren buenos o malos, sus pensamientos no se apartan de ellos mismos. Así que todavía no se han perdido en Dios.

Los creyentes anímicos son orgullosos. Debido a que sus pensamientos están siempre centrados en ellos mismos, no pueden evitar ser orgullosos. Lo que más les duele es ser puestos a un lado, ya sea en la obra o en la evaluación de otros. No pueden soportar que otros no los entiendan o hablen de sus errores. Pero los hermanos espirituales gustosamente aceptan lo que Dios disponga para ellos, ya sea exaltación o rechazo. Los creyentes anímicos no están dispuestos a que se les considere inferiores ni a que se les menosprecie. Incluso, después de que por gracia llegan a conocer la verdadera condición de su vida natural y a comprender cuán corrupta es, y se humillan ante Dios considerándose lo peor del mundo, piensan que son más humildes que otros y se jactan de su humildad. El orgullo yace en lo más profundo de su corazón, oculto de los demás y también de ellos mismos.

LAS OBRAS DE LOS CREYENTES ANIMICOS

En cuanto a las obras, los creyentes anímicos no se quedan atrás, pues son bastante activos, tienen gran celo y están dispuestos a ayudar. Eso no significa que laboren así debido a que

Dios se lo ordenó. En realidad, hacen lo que les gusta y en conformidad con su entusiasmo. Piensan que es bueno laborar para el Señor, pero no saben que solamente es bueno cuando se labora en lo que Dios *ha asignado*. No están dispuestos a confiar ni tienen tiempo para esperar. No procuran sinceramente hacer la voluntad de Dios, sino que laboran de acuerdo con sus propias ideas y con los planes que ya hicieron. Laboran de tal manera que se consideran mucho más adelantados que los hermanos que avanzan más pausadamente. No saben que si han obtenido la gracia de Dios, es más fácil para ellos tener un andar espiritual que para otros creyentes que tienen gran celo religioso.

Las obras de los creyentes anímicos se basan principalmente en sus sentimientos. Pueden laborar cuando se sienten contentos; de lo contrario, se detienen. Cuando su corazón es ferviente y se emocionan, pueden testificar del Señor por horas sin cansarse. Pero si no tienen tales sentimientos, se sienten fríos en sus corazones y faltos de entusiasmo, aun cuando se enfrentan con una necesidad apremiante, por ejemplo alguien en el lecho de muerte; en tal caso sólo emiten unas cuantas palabras o no dicen nada en lo absoluto. Cuando son invadidos por sus sentimientos de gozo, pueden correr mil kilómetros, pero si no es así, no dan ni un paso. No pueden olvidarse de sus sentimientos al punto de hablar con el estomago vacío a una mujer samaritana ni con los ojos cansados a un Nicodemo.

A ellos les encanta sentirse ocupados. Sin embargo, a diferencia de los creyentes espirituales, cuando hay mucho trabajo les es imposible mantener la calma de su espíritu para llevar a cabo las órdenes que Dios da apaciblemente. La acumulación de trabajo perturba su corazón. Cuando las circunstancias son confusas, sus corazones también se confunden. Su corazón es gobernado por lo externo, y se caracterizan por ser llevados de acá para allá con muchos quehaceres (Lc. 10:40) y su corazón se carga de preocupación.

Los creyentes que se centran en el alma se desaniman fácilmente de su labor. No tienen una fe firme que confíe en Dios, quien puede llevar a cabo Su propia obra. No entienden la ley de la fe que Dios estableció. Son regulados por sus propios sentimientos y por la circunstancias. Siempre que sienten que han fracasado, aunque no sea necesariamente cierto, se desaniman. Desmayan cuando ven que el ambiente se nubla ya que no han entrado en el reposo de Dios.

Como no tienen una visión panorámica y sólo ven lo que tienen delante de ellos, se desaniman fácilmente. La victoria del momento les trae regocijo, y la derrota los entristece. No han aprendido a ver el final de la obra con fe. Desean victorias momentáneas para consolar los anhelos de *su* corazón, ya que sin eso, no pueden confiar en Dios ciegamente ni avanzar con perseverancia.

Es muy fácil para los creyentes anímicos descubrir los errores de los demás, aunque ellos no son necesariamente mejores. Son prontos para criticar y difícilmente perdonan. No pueden obedecer las sugerencias de otros. Cuando investigan y corrigen las deficiencias de los demás, se sienten orgullosos, satisfechos y se alaban a sí mismos. Algunas veces cuando ayudan a las personas, aunque esto sea bueno, en muchos casos sus motivos no son rectos.

Los creyentes anímicos con frecuencia se precipitan. No pueden esperar en Dios. Siempre hacen cosas de una manera apresurada, impetuosa y urgente. Aun al llevar a cabo la obra de

Dios, son impulsados por su entusiasmo y su fervor, y no pueden esperar hasta recibir instrucciones de parte de Dios para que los guíe y les abra el camino.

Las mentes de estos creyentes, por lo general están ocupadas con sus empresas. Calculan, planean, deliberan y son precavidos. Algunas veces recuerdan sus triunfos, sus fracasos y otros resultados. En ocasiones ven con antelación el futuro de su labor. Cuando piensan en el éxito que lograrán, el gozo los embarga. Pero cuando piensan en el lado oscuro, los vence la tristeza. En esos casos, a veces descuidan su comida y su descanso, ya que su mente está totalmente absorbida por su obra. ¿Piensan con la misma intensidad en su Señor? Muchas veces no. Piensan más en sus obras que en su Señor. Para ellos la obra del Señor es muy importante, pero a menudo se olvidan del Señor que les asigna la obra. La obra del Señor se convierte en el centro de todas sus actividades, mientras que el Señor de la obra queda relegado a un segundo plano.

Debido a que los creyentes anímicos pierden la verdadera visión espiritual, sus acciones siguen, sin que se den cuenta, la dirección de los pensamientos repentinos que afloran en sus mentes. Por lo tanto, las palabras que usan al predicar no son apropiadas ni suplen la necesidad de los oyentes. Pero debido a que suponen que hay ciertas necesidad en las personas, dicen cosas que no traen provecho aunque lo hacen tratando de ayudar. Hacen reproches cuando se necesita conmiseración, y consuelan cuando se debe reprender. Todo ello se debe a que no tienen el entendimiento espiritual y a que dependen demasiado de sus pensamientos limitados. Aun después de ver la evidencia de que sus palabras son inútiles, no quedan convencidos.

También hacen muchos planes y tienen muchas opiniones. Debido a esto es difícil que trabajen con otros. Piensan que tienen la razón en todo y esperan que los demás estén de acuerdo con ellos. Su condición para trabajar con otros es que éstos, de una manera absoluta, estén de acuerdo con sus puntos de vista. Para ellos, hasta la más mínima idea está crucialmente relacionada con la verdad que se haya predicado recientemente. No pueden permitir que otros avancen en la obra si difieren de ellos en alguna opinión. Ellos saben que no debe haber lugar para opiniones, pero si alguna opinión debe morir, no es la de ellos. Se dan cuenta de que las sectas no son bíblicas, pero no es la secta en particular la que debe desaparecer. Todo lo que no sea parte de sus creencias, lo consideran herejía, pero esas creencias son rechazadas por los demás creyentes anímicos. Además de esto, el afecto es muy importante en su obra. Les encanta tener su pequeño grupo, su propio círculo íntimo. No laborar en compañía de otros hijos de Dios. Así que, dividen y clasifican a los hijos de Dios de acuerdo con su gusto.

Al predicar, los creyentes anímicos no se atreven a depender totalmente de Dios. Ponen su confianza en sus ejemplos, anécdotas, interpretaciones y elocuencia, o en su poder de persuasión. Incluso, los más famosos confían plenamente en ellos mismos, y afirman: "Si lo digo yo, la gente tiene que escuchar". Es posible que dependan de Dios, pero también dependen de sí mismos. De ahí que es tan necesario tener una preparación académica muy avanzada. El tiempo que emplean en la oración, en buscar la voluntad de Dios y en esperar el poder desde lo alto, es menor que el que emplean concentrándose con ahínco en preparar bosquejos y en consultar fuentes de referencia. Memorizan mensajes enteros y los recitan en su predicación. Su mente ocupa el primer lugar en tal obra.

Naturalmente, en esas predicaciones uno se apoya más en los mensajes que en el Señor. Todo su interés gira en torno a lo que predican para conmover los corazones humanos, en vez de depender de que el Espíritu Santo les revele a los hombres su necesidad y de que el Señor les supla su necesidad. Hacen hincapié y confían en su propio mensaje; aunque pueda concordar totalmente la verdad; sin embargo, si no es avivada por el Espíritu Santo, esa verdad no trae ningún provecho. Confiar en el mensaje, en lugar de en el Espíritu Santo, produce muy pocos resultados espirituales. Tal vez las personas acepten la predicación, pero sólo llega a sus mentes.

A los creyentes anímicos les gusta usar palabras sensacionalistas en sus predicaciones, mientras que los creyentes espirituales pueden dar una enseñanza clara, que nadie se había ni siquiera imaginado, ya que el Señor les ha dado bastante experiencia. A los creyentes anímicos les gusta imitar esto, ya que ésa es una de sus características. Piensan que solamente ese mensaje cautivará a los oyentes. Al predicar, les agrada usar imaginaciones extrañas. Si un pensamiento peculiar llega a sus mentes mientras caminan, hablan, comen o durmiendo, ellos lo anotan para utilizarlo más tarde, sin siquiera preguntarse si tal pensamiento fue revelado a sus espíritus por el Espíritu Santo ni si es una experiencia para ellos ni si es sólo un pensamiento repentino que les llegó.

Algunos creyentes anímicos se deleitan en ayudar, pero debido a que no han alcanzado mucha madurez, cuando tratan de ayudar, no saben cómo dar el alimento *a su tiempo.* Esto no significa que no tengan conocimiento, pues en realidad saben demasiado. Cuando ven que algo está mal en alguien, o se les comenta alguna dificultad, se creen experimentados y tratan de brindar su ayuda. Basándose en su limitada visión y en la capacidad de discernimiento que han acumulado observando a los creyentes de más experiencia, hablan con fluidez acerca de las enseñanzas bíblicas y de experiencias de algunos hermanos. Al ayudar a otros, por lo general, dicen todo lo que saben, y quizás algunas veces se exceden, afirmando cosas que no saben, lo cual no pasa de ser especulaciones. Al ayudar a otros, hacen alarde de todo lo que tienen almacenado en su mente, y exhiben una cosa tras otra. No se preguntan cuál es la enfermedad específica de esta persona, ni si ésa es la necesidad de la persona, ni si las personas pueden absorber tantas enseñanzas. Son como Ezequías, que abrió las bodegas y mostró todos sus tesoros.

Algunas veces sin que nadie les pida que hablen, son motivados repentinamente y exponen muchas doctrinas espirituales, pero quizá muchas de ellas no son más que sus ideales. Hacen esto con el único fin de exhibir el conocimiento que poseen.

Sin embargo, todo eso difiere según los individuos. Algunos son muy callados y no dicen ni una palabra. Aun cuando hay una gran necesidad y ellos deberían hablar, mantienen la boca cerrada. Se inhiben por su temor y timidez naturales, y no tienen libertad. Se pueden sentar junto a los creyentes parlanchines y criticarlos en su corazón, pero su silencio no es de ninguna manera menos anímico.

Debido a que los creyentes anímicos no han echado raíces profundas en Dios, ni han aprendido a esconderse en Dios, siempre se hacen notorios. Aun cuando están haciendo una obra espiritual, procuran ocupar una posición prominente. Cuando asisten a una reunión, no

escuchan, sino que quieren ser escuchados. Se gozan a lo sumo cuando son tenidos en gran estima.

Les fascina tener un buen dominio de la terminología espiritual. Se deleitan en aprender términos, frases y expresiones especiales. Cuando la ocasión se presenta, usan un término tras otro. Mientras predican, usan palabras espirituales como material de su mensaje, aunque no sea de corazón. Lo mismo sucede en sus oraciones.

Son muy ambiciosos y siempre desean sobresalir entre los demás. En la obra del Señor, tienen un notable sentido de vanagloria. Aspiran a ser obreros poderosos, usados en gran manera por el Señor. ¿Cuál es la razón? Quieren ganar una posición para ellos mismos, es decir, buscan la gloria. Les agrada compararse con otros, probablemente no tanto con los obreros de Dios que no conocen, sino con los que conocen. Tal comparación y tal competencia secreta es muy intensa. Menosprecian a los que están más detrás que ellos espiritualmente, pues los juzgan inferiores o pobres. Cuando se comparan con los que tienen las experiencias más espirituales y profundas, piensan que ellos mismos no son inferiores. Siempre desean ser grandes y ser la cabeza. Esperan que su obra sea próspera y notoria. Claro que todas estas cosas están profundamente escondidas en sus corazones, y los demás no las perciben. Por supuesto, algunas veces sus pensamientos se mezclan con pensamientos puros, pero los pensamientos que mencionamos son más prevalecientes.

Es muy fácil para los creyentes anímicos estar satisfechos de sí mismos. Si el Señor los usa para salvar un alma, rebosan de júbilo. Si tienen algún éxito, se regocijan, pensando que son exitosos en el mundo espiritual. Si adquieren algo de conocimiento, piensan que han alcanzado una etapa verdaderamente profunda. Una evidencia común de que un creyente es anímico es que, como cualquier vaso pequeño, se llena fácilmente. Ellos no tienen la visión para percibir cuán grande y profundo es el océano. Mientras haya algo de agua en sus vasijas, están satisfechos. No se han perdido en Dios; pues si así fuera, no le darían mucha importancia a todas estas cosas. Sus ojos están siempre fijos en su yo insignificante, así que son afectados muy fácilmente por pérdidas o ganancias pequeñas. Debido a esta limitada capacidad Dios no puede usarlos. Si semejante jactancia resulta de salvar a diez almas para el Señor, ¿qué sucedería si se hubieran salvado mil?

Después de haber experimentado algo de éxito en la predicación, los creyentes anímicos se creen personas maravillosas. A menudo desarrollan sentimientos de superioridad y se deleitan pensando que son diferentes a los demás, que son “mayores que el mayor de los apóstoles”. Algunas veces se entristecen porque otros no los consideran así; piensan que no los aprecian porque no son capaces de reconocer que ellos son profetas procedentes de Nazaret. Piensan que en sus mensajes hay ideas que nadie ha descubierto jamás, y que si la audiencia no puede apreciar estos puntos maravillosos, se están perdiendo algo grandioso. Después de cada éxito, pasan varios días felicitándose a sí mismos, o cuando menos se sentirán complacidos por algunas horas. En tales condiciones, piensan que pronto la iglesia de Dios verá cuán grande evangelista o predicador o generador de avivamientos o escritor hay entre ellos. Si nadie les presta atención, se afligen.

Los creyentes anímicos son creyentes sin principios. Es decir, sus palabras y hechos no siguen principios definidos. Su manera de vivir concuerda con sus emociones y su

intelecto. Obran según se sienten o piensan, algunas veces de modo distinto e incluso, contrario a lo que acostumbran. Este cambio puede verse fácilmente en un creyente anímico después de que ha llevado a cabo alguna labor. Se convierten en cualquier cosa que hayan predicado. Si predican mensajes acerca de la paciencia, serán pacientes por un día o dos después de la predicación. Si exhortan a las personas a alabar a Dios, después del mensaje continuarán alabando a Dios. Pero nada de eso dura mucho tiempo. Eso obedece a que viven según sus emociones. Sus propias palabras motivan sus emociones para que vivan de cierta manera, pero cuando pasa la emoción, todo se acaba.

Un rasgo particular de los creyentes anímicos es que tienen muchos dones. Los creyentes que están atados por los pecados no son tan dotados como tampoco lo son los creyentes espirituales. Dios les da más dones a los creyentes anímicos con la intención de que voluntariamente los pongan en la cruz para volverlos a obtener con mayor gloria en resurrección, pero ellos no están dispuestos a hacerlo, sino que los usan exhaustivamente. Los dones originalmente dados por Dios debían haberse usado para la gloria de El; sin embargo, los creyentes anímicos creen que los dones les pertenecen y que la obra le pertenece a Dios. No confían en el Espíritu Santo para que los guíe o los use, sino que actúan en conformidad con sus propias ideas. Además, cuando la obra es un éxito, se glorían en ellos mismos.

Por supuesto, esta jactancia y esta admiración personal se hace secretamente. Pero por mucho que traten de parecer humildes y ofrecer la gloria a Dios, no pueden evitar centrarse en sí mismos. La gloria debe ser de Dios, de acuerdo, pero debe ser de Dios y también mía.

Dado que tienen muchos dones, buenos pensamientos y mucho entusiasmo, pueden fácilmente atraer el interés de las personas y motivar sus corazones. Por lo general, los creyentes anímicos tienen mucho carisma. Cuando laboran, los creyentes comunes fácilmente los reciben con cierto reconocimiento. Realmente no tienen poder espiritual ni tienen el poder del Espíritu Santo que fluye como ríos de agua viva; lo que poseen es de ellos mismos. Lo que la gente ve es lo que ellos tienen, pero allí termina; así que les es imposible hacer que otros reciban vida espiritual. Externamente aparentan ser muy ricos, pero en realidad están extremadamente secos.

Debemos agregar algo más: los creyentes no tienen que esperar hasta ser completamente librados del dominio del pecado para llegar a ser creyentes anímicos y tener las experiencias mencionadas anteriormente. De acuerdo con la experiencia de los creyentes, muchos están bajo el dominio del cuerpo para pecar y, al mismo tiempo, bajo el influjo del alma para vivir por sí mismos. Si vemos esto de acuerdo a la Biblia, lo entenderemos aún más claramente, porque ambos son carnales. Algunas veces pueden pecar, y otras, viven conforme a sí mismos; unas veces siguen al alma y otras al cuerpo. De hecho, muchos creyentes viven así. Si un creyente puede pecar y al mismo tiempo ser anímico, entonces también puede ser anímico y al mismo tiempo tener algunas experiencias espirituales. De todos modos, la experiencia del creyente es bastante compleja. Aunque esto se refiere a los detalles, lo importante es que el principio es el mismo. Lo más importante es preguntarnos qué tanto hemos sido purgados de las cosas deshonrosas. Si no es así, entonces todavía pertenecemos a ellas, y aunque tengamos experiencias espirituales, todavía no somos espirituales. Solamente somos espirituales cuando ya no tenemos la experiencia del pecado

ni del yo. Un creyente puede tener muchos sentimientos maravillosos en su alma, pero todavía tiene muchos deseos en el cuerpo. También puede tener muchas experiencias espirituales, pero todavía tiene los sentimientos del alma. Por supuesto, hay algunos que ya fueron librados de una esfera y entraron en otra.

CAPITULO TRES

LOS PELIGROS DE LA VIDA DEL ALMA

LAS MANIFESTACIONES DE LA VIDA ANIMICA

Ya mencionamos la manera en que se manifiesta la vida del alma. Lo podemos resumir en estas palabras: la manifestación de la vida del alma se puede clasificar generalmente en cuatro categorías: (1) usa la habilidad natural; (2) es obstinada, recalcitrante y desobediente a Dios; (3) afirma ser sabia y tiene muchas opiniones y planes; y (4) busca experiencias espirituales por medio de los sentimientos. Todo ello se debe a que la vida del alma es la habilidad natural y a que el alma se compone de la voluntad, la mente y la parte emotiva.

Debido a que las tres partes principales del alma son la mente, la parte emotiva y la voluntad, muchos creyentes, aunque son anímicos, tienen experiencias que son muy diferentes entre sí. Algunos se inclinan hacia el intelecto, otros hacia las emociones, y otros hacia la voluntad. Aunque estos aspectos son totalmente distintos, todos ellos son anímicos. Quizá un creyente que se incline hacia la mente, puede discernir que otro, que se inclina hacia las emociones, es anímico; por su parte, el que se inclina hacia los sentimientos, tal vez discierna que quien tiende a la mente es anímico. En realidad, ambas personas son anímicas. Lo que importa es que el creyente aplique la luz que Dios le revela, para que vea su propia condición, y que la verdad lo haga libre, en vez de usar esto como conocimiento y como una medida para criticar a otros. Si los hijos de Dios están dispuestos a aplicar la luz de Dios para ser iluminados, su vida espiritual cambiará.

La evidencia de que uno es anímico es la búsqueda, aceptación y propagación de la verdad a un nivel intelectual. Aun las experiencias más espirituales y la verdad más elevada solamente cultiva la mente. Aunque la vida de uno sea afectada, la meta original es satisfacer la mente. Cuando los creyentes son anímicos y son controlados por su mente, ésta se llena de deseos espirituales, los cuales dependen más de sus propios pensamientos que de la revelación de Dios. Lo que planean con su mente es más que lo que oran y que lo que dependen de Dios.

Lo que los creyentes más confunden con la espiritualidad es sus emociones El creyente que se inclina hacia las emociones, por lo general procura tener sensaciones; quiere sentir la presencia de Dios en su *corazón* o en su *cuerpo;* desea sentir el "fuego ardiente" del amor; quiere ser feliz, ser espiritual, sentirse eufórico y que la obra marche sin contratiempos. El creyente espiritual, algunas veces también tiene esta clase de sentimientos, pero no depende de ellos para seguir adelante ni para estar satisfecho. El creyente emotivo puede servir al Señor solamente cuando tiene estos sentimientos. De lo contrario, no da ni un paso.

La voluntad es la manifestación más común de la vida anímica. La voluntad es el órgano con el que uno toma decisiones. Así que, por medio de ella, los creyentes anímicos hacen del yo el centro de todos sus pensamientos, palabras, hechos y de su propia vida. Desean

entender cosas para ellos mismos; sentir deleite para sí mismos. Actúan en conformidad con su propio plan. La meta de su conducta es obtener gloria para sí mismos. Se centran en ellos mismos.

Vimos que en la Biblia la palabra *alma* se traduce *ser viviente* o *animado*. Así que, esta palabra en el idioma original denota la vida animal. Por esto, entendemos cuál es verdaderamente la manifestación de la vida anímica. Se podría decir que la vida y obra de los creyentes anímicos no es más que actividades animales o comportamiento animal. Hacen muchos planes, efectúan muchas actividades, su pensamiento está ocupado, sus emociones distraídas, y todo su ser, por dentro y por fuera, está lleno de agitación y confusión. Cuando se motivan, las otras partes de su ser también son estimuladas. Pero cuando están deprimidos y no sienten nada, sus pensamientos y su voluntad estarán confundidos. La vida del creyente anímico es muy activa durante todo el día en su cuerpo, en su mente y en sus emociones. Esta vida se rige por un comportamiento animal, y difiere mucho de la vida espiritual donde Dios es el Señor de todo.

En conclusión, la obra del alma hace que el creyente viva por su propia vida natural, que labore y sirva a Dios con sus habilidades y su voluntad, que procure conocer al Señor y acercarse a El, y que experimente la presencia del Señor mediante sus propios sentimientos; que use las facultades de su mente para entender la palabra de Dios y para calcular, planear e inferir.

Si el creyente le sirve a Dios sin recibir revelación llevando a cabo la obra mediante las capacidades de su vida creada, él mismo sufrirá una gran pérdida espiritual, y lo que haga no tendrá ningún fruto espiritual. Debe estar bajo la revelación de Dios para así darse cuenta de que es indigno delante de Dios, y cuán vergonzoso es usar la habilidad animal creada para agradar a Dios y para llevar a cabo la obra espiritual. Cuando vemos que un niño ambicioso se halaga a sí mismo y está lleno de jactancia, sentimos vergüenza por él. Así ve Dios nuestras actividades animales. Espero que tengamos más experiencias de arrepentirnos hasta el polvo, en vez de tratar de sobresalir.

LA LOCURA DE LOS CREYENTES

Muchos creyentes no perciben el daño que causan sus experiencias anímicas; sólo entienden que pecar es hacer cosas carnales que pueden contaminar al espíritu, y que eso es lo que debe ser rechazado y erradicado. La vida del alma es la vida común a todas las personas, y todos los animales tienen esta vida. ¿No es apenas lógico que vivamos por esa vida? No cometemos ningún pecado sólo por vivir basándonos en *la vida natural.* ¿Qué hay de malo en ello? Si el creyente recibe estas enseñanzas en su *mente*, no importa si se opone o está de acuerdo, no ve en su corazón por qué la Biblia enseña que la vida del alma debe ser rechazada. Por ejemplo, si alguien transgrede la ley de Dios y peca en contra, sabemos, por supuesto, que eso no es correcto. Pero si se esfuerza por hacer el bien y por desarrollar todas sus virtudes, ¿qué objeción podemos tener? Mientras él lleve a cabo la obra de Dios fervientemente, aun cuando no dependa del poder de Dios, piensa que está llevando a cabo la obra de Dios. Quizá hay muchas cosas que en realidad Dios no desea que *él* haga. Inclusive, lo que este creyente hace no es pecaminoso sino lo mejor que puede hacer. ¿Hay algo de malo en esto? Ya que Dios me dio muchos dones y tanta inteligencia, ¿por qué no

se me permite hacer uso de ellos en la obra? Al servir a Dios, ¿no es el momento oportuno para utilizar mis talentos? Si uno no tiene ningún talento, no hay nada que decir; pero si uno tiene talentos, ¿no es ésa una buena oportunidad para exponerlos y usarlos?

Antes era obvio que era correcto que uno no prestara atención a la Palabra de Dios; pero ahora, ¿cómo puede estar mal que utilice su mente en una manera diligente para tratar de entender el significado de la Biblia? ¿Puede haber maldad al leer la Biblia? Como hay tantas verdades que aún no entiendo, si no ejercito mi mente para estudiarla, tal vez tenga que esperar mucho tiempo? Ya que Dios nos dio la mente, ¿no era Su intención que la utilizáramos? Cuando usamos nuestra mente para planear la obra de Dios, ¿acaso pecamos? Si la usamos para las cosas de Dios, ¿por qué no podemos hacerlo?

Además, buscamos la presencia de Dios con toda sinceridad. En algunas ocasiones mi vida me ha dejado seco y mis obras ya no me interesan; entonces Dios me ha permitido sentir el amor del Señor Jesús como un fuego ardiendo en mi corazón, lo cual me llenaba de felicidad. Sentía que El estaba conmigo y que casi podía tocarlo. ¿No es esto el clímax de nuestra vida espiritual? Muchas veces, al perder este sentimiento, sentí que mi vida era muy árida, insípida, fría e inútil. En tales ocasiones, francamente deseaba buscar al Señor, y orar, a fin de que tal sentimiento regresara. ¿Cómo puede estar esto equivocado?

Muchos creyentes quisieran expresar en sus corazones estas cosas que acabo de mencionar, debido a que no diferencian entre lo que es espiritual y lo que es anímico. Aún no han recibido del Espíritu Santo la revelación *personal* que les muestra la maldad de su vida natural. Tienen que acudir al Señor con más frecuencia y estar dispuestos a aprender más, pidiendo al Espíritu Santo que les revele cuántas cosas malvadas hay en sus vidas naturales tan buenas. Al hacer esto, uno debe ser franco y humilde, y estar dispuesto a eliminar lo que el Espíritu Santo alumbre. Después de hacer esto, el Espíritu Santo a su debido tiempo, le mostrará cuán corrupta es la vida natural.

El Espíritu Santo le permitirá comprender que toda su obra y su vida están centradas en el yo y motivadas por el mismo, y que no permite que el Señor reine en todas las cosas. Las buenas obras que uno hace, las hace según uno mismo. Los creyentes anímicos buscan simplemente su propia gloria. No hacen nada con la intención de buscar la voluntad de Dios, ni están dispuestos a someterse a El ni a seguir Su guía confiando en Su poder. Sólo hacen lo que concuerda con su propia voluntad, siguiendo su propio camino en todo. Así que, todas sus oraciones y su búsqueda del Señor son sólo hipocresía. Aunque aplican el don que Dios les dio, solamente piensan en dicho don y se jactan en él, y hacen a un lado al Señor, quien se lo dio. Aunque tienen muchos dones, los usan indiscriminadamente sin preocuparse por la voluntad del Señor, quien les dio tales dones. Aunque buscan con celo la voz del Señor, no están dispuestos a esperar delante de Dios. Cuando buscan al Espíritu Santo para que les dé revelación y entendimiento, sólo buscan conocimiento para satisfacer el deseo de su mente. Aunque buscan la presencia de Dios y desean sentir el amor del Señor y Su cercanía, no lo hacen para el Señor, sino que simplemente desean estar contentos. No se complacen en el Señor, sino en las sensaciones, en lo que los reconforta, los alegra y los hace sentir en la gloria del tercer cielo. Toda su vida y su obra se centra en ellos mismos, y su esperanza es ser felices.

Sólo cuando el Espíritu Santo trae revelación al creyente, éste descubre cuán abominable es su propia vida y entiende cuán insensato es tratar de conservar su vida anímica. Esta revelación no es repentina ni de una vez por todas, sino que es gradual y progresiva. Cuando el Espíritu Santo resplandece con Su luz por primera vez en el creyente, éste se arrepiente en la luz y está dispuesto a que muera la vida de su alma. Pero como el corazón del hombre es perverso, al poco tiempo, quizá en unos pocos días, vuelve de nuevo a confiar en sí mismo, a amarse a sí mismo y a complacerse en sí mismo. Por lo tanto, la revelación vuelve con frecuencia para que el creyente esté dispuesto a renunciar a la vida de su alma. Lo más lamentable es que muy pocos se someten espontáneamente al Señor y acuden a El en todos estos asuntos. Por lo general, sólo después de que el Espíritu Santo permite que el creyente fracase un sinnúmero de veces y experimente muchas derrotas, llega él a estar dispuesto a renunciar a la vida del alma. Y aún si llega a esta condición, ¡cuán incompleta es su disposición y cuán inestable!

Los creyentes debemos abandonar nuestra necedad y aceptar el punto de vista *de Dios*, y reconocer que nuestra vida es incapaz de agradar a Dios. Debemos tener un corazón tal, que no tema permitir que el Espíritu Santo exponga, una por una, las vilezas de nuestra vida anímica. Por la fe, debemos confiar en la evaluación que Dios hizo de nuestra vida y estar dispuestos a que el Espíritu Santo, mediante la Palabra, nos revele lo que es nuestra vida. Solamente así, El podrá guiarnos en la senda de la liberación de nuestra vida anímica.

EL PELIGRO DE VIVIR CENTRADOS EN EL ALMA

Cuando los creyentes no han alcanzado o no están dispuestos a alcanzar lo que Dios quiere que alcancen, se encuentran inevitablemente en peligro. Dado que la meta de Dios es que los creyentes vivan en el espíritu, y no en el alma ni en el cuerpo, si ellos no viven en el espíritu, sufrirán pérdida. Existen por lo menos tres clases de peligros.

A. El peligro reprimir el espíritu

Todas las obras del Espíritu Santo, son hechas en el espíritu del hombre. Dios trabaja en el siguiente orden: primero hace que el Espíritu Santo se mueva en el espíritu humano, después brilla como luz en la mente (el alma) y, por último, hace que Su obra sea llevada a cabo por el cuerpo. Este orden es muy importante.

Puesto que el creyente nació del Espíritu, debe andar por el Espíritu. Sólo de esta manera podrá entender la voluntad de Dios, actuar con el Espíritu Santo y vencer todas las estratagemas del enemigo. El espíritu del creyente debe ser muy viviente. Los creyentes deben seguir la iniciativa del espíritu y no reprimir su acción, para que por medio de él, el Espíritu Santo lleve a cabo Su obra. El Espíritu Santo necesita la cooperación del espíritu humano para hacer que los creyentes sean victoriosos en su vida diaria, estén siempre listos y sean aptos para actuar cuando Dios lo ordena. (Más adelante hablaremos del problema del espíritu.)

Sin embargo, muchos creyentes no entienden la obra del espíritu ni pueden distinguir entre lo que es espiritual y lo que es anímico. Algunas veces toman lo espiritual por anímico, y lo

anímico por espiritual. En consecuencia, utilizan su habilidad anímica para vivir y laborar, e incluso suprimen la vida del espíritu. En realidad, se conducen según el alma, pero piensan que lo hacen según el espíritu. Esta necedad hace que su espíritu no pueda actuar en conformidad con el Espíritu Santo, y esto detiene la obra del Espíritu Santo en él.

Cuando el creyente vive en torno al alma, se conduce según los pensamientos, las imaginaciones, los planes y las visiones de la misma. Busca los sentimientos de felicidad y actúa de acuerdo con ellos. Como resultado, si tiene estas experiencias con frecuencia, estará contento, de lo contrario, se desanimará a tal grado que no podrá dar ni un paso. Esto hará que no viva en su vida espiritual, sino que viva de acuerdo con sus sentimientos, cambiando su vida de acuerdo con sus sentimientos. Es decir, el creyente no actúa ni se conduce según su órgano principal, su espíritu, sino que es atraído a vivir en los sentimientos externos de su alma y de su cuerpo. De esta manera, la noción de darle prioridad al espíritu es vencida por el alma y el cuerpo. Esto hace que el creyente llegue a ser insensible a dicha noción. Como resultado, llega a estar consciente de que tiene alma o de que tiene cuerpo. Así pierde la cooperación del espíritu con Dios, y el crecimiento de la vida espiritual se suprime o se detiene. El espíritu no podrá actuar ni hacer que el creyente reciba la capacidad y la dirección para pelear la batalla y para adorar a Dios. Si el espíritu no tiene plena libertad de gobernar dentro del hombre y si el hombre no echa mano del poder del espíritu para vivir en este mundo permitiéndole al Espíritu ser el amo en todas las áreas, no puede crecer para llegar a la madurez. Debido a que es tan delicado estar consciente del espíritu, si el hombre no aprende a seguir y discernir su sentir, ¿cómo podrá detectarlo, especialmente cuando hay estímulos externos actuando sobre los sentimientos de su vida anímica, que son tan turbulentos y fuertes? Los sentimientos del alma no solamente le impiden estar consciente del espíritu, sino que también reprimen el mismo.

B. El peligro de retroceder a la esfera del cuerpo

Muchas de las cosas que Gálatas 5 describe como "obras de la carne" son los deseos que naturalmente proceden del cuerpo del hombre. Sin embargo, no pocas de ellas también son obras del alma. "Disensiones, divisiones, sectas" (v. 20), etc., todo ello procede del alma del hombre, de su personalidad. Esto se debe a que los creyentes tienen diferentes ideas y opiniones. Pero debemos tener presente que estas cosas que el alma produce están en la misma categoría de los pecados del cuerpo: "fornicación, inmundicia, lascivia ... borracheras, orgías". Esto nos recuerda cuán estrecha es la relación entre el alma y el cuerpo. De hecho, no es posible separarlos; ya que el cuerpo que ahora poseemos es el "cuerpo anímico" (1 Co. 15:44). Así que, si el creyente solamente trata de vencer su naturaleza pecaminosa, mas no su vida natural, aunque quizá venza temporalmente sus pecados, no pasará mucho tiempo sin que recaiga en la esfera del cuerpo y del pecado. Tal vez no cometa algún pecado horrible, pero en todo caso no se puede deshacer de eso que se llama *pecado*.

Tengamos presente que la cruz es el lugar y el medio que Dios utiliza para ponerle fin a la vieja creación. La cruz no calcula que hay en nosotros que deba ser eliminado, sino que elimina la vieja creación en su totalidad. El creyente no puede ir a la cruz solamente para recibir la gracia de la muerte sustitutiva sin recibir la liberación que le trae morir

juntamente con Cristo. Una vez que uno recibe al Señor como Salvador por la fe, aunque solamente entienda el aspecto de la muerte sustitutiva o algo más, el Espíritu Santo obra continuamente, por medio de la nueva vida depositada en uno haciendo que espontáneamente aborrezca el pecado y guiándolo a buscar la experiencia de saber que murió juntamente con Cristo. Si uno persiste en resistir el deseo de esta nueva vida, aunque no pierde la vida, perderá el *deleite* y la dicha de esta vida, es decir, "el gozo de su salvación". De igual manera, si uno sabe que el poder de la salvación efectuada en la cruz lo capacita para vencer la naturaleza pecaminosa, el Espíritu Santo continuará guiándolo para que avance y para que procure experimentar la victoria sobre la vida natural. La cruz no dejará la obra a medias ni se detendrá, sino que obrará más profundamente cada vez. Si la vieja creación no ha sido completamente crucificada en la experiencia, la cruz no se detendrá, pues su meta es destruir totalmente lo que es de Adán.

Si un hijo de Dios recibió la gracia y experimentó la liberación de los pecados, pero no avanza a vencer su vida natural, y sigue viviendo en la vida de su alma, verá que su alma una vez más se unirá al cuerpo, guiando al creyente a retroceder y haciendo que de nuevo peque en aquello que ya había sido vencido. Así como cuando uno navega en contra de la corriente, si no avanza, retrocede. Si la cruz no opera de una manera profunda en nosotros, entonces, en poco tiempo, lo que había logrado, de hecho, se perderá. Esto nos muestra por qué muchos creyentes que una vez experimentaron cierta liberación del pecado, después recaen. Si la vida de la vieja creación persiste en el creyente, en poco tiempo se unirá con la naturaleza de la vieja creación.

C. El peligro de ser usados por el poder de las tinieblas

La epístola de Jacobo [o Santiago] fue dirigida a los creyentes. En los versículos 14 y 15 del capítulo tres, se describe explícitamente la relación que existe entre la vida del alma y la obra de Satanás, con estas palabras: "Pero si tenéis celos amargos y ambición egoísta en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, anímica, demoníaca". Aquí vemos que hay cierta sabiduría que proviene de Satanás. Esta sabiduría también pertenece al alma del hombre, lo cual nos lleva a concluir que es el resultado de la obra de Satanás en la mente. Eso es evidente. La carne es la herramienta del diablo, pero la obra de Satanás en el alma no es diferente a su obra en el cuerpo. Estos dos versículos nos dicen que la envidia y las contiendas se deben a que los creyentes buscan conocimiento, lo cual obedece a que el diablo opera en la vida del alma. Tal vez un creyente solamente sepa que el enemigo tienta al hombre a pecar, pero no sepa que también le *pone* pensamientos. La caída del hombre se debió a que el hombre amó el conocimiento y la sabiduría. Satanás todavía utiliza esa misma estratagema para hacer que los creyentes conserven su vida anímica como una herramienta para su obra.

El plan de Satanás es mantener a los creyentes en la vieja creación, y cuanto más lo logre, mejor. Si no puede hacer que el creyente permanezca en su pecado, utilizará la necedad y la falta de disposición de los creyentes para mantenerlos en su vida natural. Si no fuera así, las huestes del Hades perderían sus empleos. Si el creyente se une más al Señor en su espíritu, la vida del Espíritu Santo fluirá más en su espíritu, y la cruz diariamente obrará con más

profundidad. De este modo, el creyente podrá ser librado de la vieja creación cada vez más. La nueva creación es la propia vida de Dios sobre la cual Satanás jamás gastará su energía. Por lo tanto, Satanás necesita idearse una manera para hacer que el creyente retenga algo de la vieja creación, ya sea el pecado o la parte buena de la vida natural, ya que por medio de ésta puede seguir trabajando. Por lo tanto, el enemigo molesta al creyente constantemente confundiéndolo al permitirle que aborrezca sus pecados, con tal que ame su propia vida.

Mientras el creyente era todavía un pecador, satisfacía "los deseos de la carne", lo cual se refiere a los pecados, especialmente a los que se relacionan con el cuerpo. "Y de los pensamientos", lo cual se refiere a la vida del alma (Ef. 2:3). Sin embargo, el versículo 2 nos dice que ambos están bajo la operación del espíritu maligno. Nuestro propósito es que el creyente entienda que Satanás no solamente trabaja en el cuerpo, sino también en *el alma.* Lo que recalcaremos ahora es que el creyente fue salvo para ser librado no sólo de sus pecados, sino también de su vida natural. Espero que el Espíritu Santo abra nuestros ojos para que sepamos cuán importante es este paso. Si el creyente es librado del poder del pecado y de la vida anímica, el enemigo fracasará en cualquier nivel en que quiera trabajar.

Si un creyente es anímico y no sabe guardar su mente, el espíritu maligno fácilmente podrá utilizar la sabiduría natural del hombre para lograr lo que pretende. Fácilmente puede sembrar malos entendidos y prejuicios en la mente del hombre, haciendo que dude de la verdad de Dios y de la sinceridad del hombre. La obra del Espíritu Santo en el hombre es en gran manera estorbada cuando un espíritu maligno ocupa la mente. Aunque la intención del hombre tal vez no sea mala, sus pensamientos son traicionados por su mente. Las buenas ideas resisten la obra del Espíritu Santo, del mismo modo que lo hace la necedad de las personas del mundo. La obra del espíritu maligno no se limita a eso; algunas veces puede dar a un creyente una visión u otros pensamientos asombrosos, haciéndole creer que por ser sobrenaturales, deben proceder de Dios, y así lo engaña. Antes de que se dé muerte a la vida del alma, es imposible que la mente no sea curiosa, exhibiendo fenómenos como anhelar, obtener y escudriñar; de esta manera da la oportunidad a algún espíritu maligno de operar.

Las emociones como parte de la vida del alma del creyente son fácil presa del enemigo, y en ellas puede hacer su obra. Debido a que el creyente busca sentimientos de felicidad y está ansioso por sentir al Espíritu Santo, el amor del Señor Jesús y la presencia de Dios, el espíritu maligno le permite tener sensaciones extrañas, estimula emociones en su vida natural y le permite que los órganos del cuerpo tengan experiencias extrañas. Todo esto estorba la delicada función de la intuición del hombre y la voz del Espíritu Santo. (Si el Señor lo permite, discutiremos estos problemas en detalle, en la última parte de este libro.)

Si un creyente no pone fin a su vida anímica, sufrirá grandes pérdidas en la guerra espiritual. En Apocalipsis 12:11 vemos que una de las grandes condiciones para vencer al diablo es aborrecer la vida del alma hasta la muerte. La actitud de amarse a sí mismo y de tenerse compasión, debe llevarse a la cruz. De lo contrario, fracasaremos ante el enemigo. Los soldados de Cristo que tienen cierta simpatía o cierta preocupación por sí mismos, y un amor profundo por su propia vida, pierden la victoria. Esta actitud hace que el creyente se preocupe por sí mismo, se examine a sí mismo, lo cual le trae derrota. Si el enemigo puede

llenar el corazón del creyente de ansiedad y de preocupación por sí mismo, entonces lo vencerá.

Cada vez que tenemos dudas, dejamos que el enemigo vea nuestras debilidades. Debemos dar muerte a la vida del alma; así tendremos la posibilidad de derrotar al enemigo. Satanás puede trabajar en un alma que no tenga restricciones y puede atacar directamente el alma que no ha pasado por la cruz, y traer derrota al creyente. La vida del alma es la ayuda con la cual el enemigo cuenta dentro de nosotros. Si un creyente utiliza su propia fuerza y se rehusa a ser librado del dominio de la vida anímica, le dará al enemigo la oportunidad de que tome ventaja de él. No importa cuánto comprenda la verdad el creyente ni cuánto celo tenga en la guerra espiritual, el alma siempre es el punto peligroso. El peligro es aún mayor cuando el creyente llega a ser más espiritual, ya que la acción anímica se hace más difícil de detectar. Cuanto más imperceptible sea la acción de la vida anímica, más difícil es hallar la manera de exterminarla. En la vida espiritual muchas veces es casi imposible detectar cuando hay una mezcla del espíritu con una pequeña porción de expresión del alma. Algunas veces parece no existir ni la más mínima diferencia entre ser anímico y ser espiritual. Si el creyente no está alerta para resistir al diablo, fracasará por causa de la vida de su alma.

La obra que Satanás lleva a cabo en la vida anímica del creyente engañándolo, va más allá de lo que éste puede imaginar o esperar en la vida diaria. Quisiéramos advertir que según el precepto divino, debemos rechazar todas las cosas que recibimos de Adán, a saber, nuestra vida y nuestra naturaleza. Siempre será peligroso no obedecer a Dios.

CAPITULO CUATRO

LA CRUZ Y EL ALMA

EL LLAMAMIENTO DE LA CRUZ

En los cuatro evangelios el Señor Jesús, por lo menos en cuatro ocasiones les dijo a Sus discípulos que renunciaran a la vida del alma, que le dieran muerte y que lo siguieran a El. El Señor sabía que renunciar a la vida anímica es un requisito absolutamente indispensable para seguirlo a El, obtener la perfección de ser como El en servir al hombre y en hacer la voluntad de Dios. Aunque esas cuatro veces el Señor Jesús habló acerca de la vida del alma, hizo un énfasis diferente en cada caso. Sabemos que la vida del alma tiene varias manifestaciones; por eso el Señor da énfasis a un aspecto diferente cada vez. Todo discípulo del Señor debe prestar atención a lo que El dice. El Señor hace el llamado a que el hombre ponga la vida de su alma en la cruz.

LA CRUZ Y LOS AFECTOS DEL ALMA

En Mateo 10:38 y 39, el Señor Jesús dijo: "Y el que no toma su cruz y sigue en pos de Mí, no es digno de Mí. El que halla la vida de su alma, la perderá; y el que la pierde por causa de Mí, la hallará.

Estos versículos nos instan a perder la vida anímica por causa del Señor, y a llevarla a la cruz para que sea inmolada. Antes de estos versículos, el Señor Jesús dijo que los enemigos del hombre son los de su propia casa y habló de que un hijo, por causa del Señor, se separa de su padre, la hija de su madre, y la nuera de su suegra. Debido a que la voluntad de Dios se opone a la de nuestra familia, debemos, por causa del Señor, separarnos de quienes más amamos. Esta es la cruz, y eso es la crucifixión. Según la vida de nuestra alma, amamos a los que nos agradan; nos gusta obedecerles y deseamos actuar de acuerdo con sus deseos. Cuando nuestros amados están contentos, ¿no está alegre nuestro corazón? Pero en este pasaje, el Señor Jesús nos llama a no rebelarnos contra El a causa de nuestros amados. Cuando la voluntad de Dios está en conflicto con los deseos del hombre, aunque sea la persona a quien más amamos y la que más nos ama, y aunque sintamos dolor y nos resistamos a herir su corazón, debemos, por causa del Señor, tomar la cruz y entregar nuestros afectos a la muerte.

El Señor Jesús nos llama de este modo a abandonar nuestros afectos naturales. En el versículo 37 añade: "El que ama a padre o madre *más* que a Mí, no es digno de Mí; el que ama a hijo o hija *más* que a Mí, no es digno de Mí".

En Lucas 14:26 y 27 consta lo siguiente: "Si alguno viene a Mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos y hermanas, y aun la vida de su alma, no puede ser Mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de Mí, no puede ser Mi discípulo". En Mateo se le muestra al creyente la elección que debe hacer con respecto a sus afectos: debe

amar al Señor *más* que a su familia. En Lucas se describe la actitud que el creyente debe mantener hacia el amor que se origina en su vida anímica: debe aborrecerlo. En realidad, esto significa que el creyente no debe tener amor hacia los demás, debido a que los ama en el nivel natural. Se nos prohibe amar a otros, debido a que los amamos en lo natural. Aun seres que nos son tan queridos como son nuestros padres, nuestros hermanos, nuestra esposa y nuestros hijos están incluidos en la lista de prohibiciones. El amor natural se origina en la vida del alma y hace que el creyente se apegue a los demás, aferrándose a los que ama y exigiéndoles amor. Para el Señor esta clase de vida debe ir a la muerte. Aunque no hayamos visto al Señor y nuestros corazones todavía prefieran ir en pos de nuestros seres queridos, y nuestra vida exija tenerlos, El desea que tengamos un corazón que lo ame a El, a quien no hemos visto. Quiere que rechacemos el amor que procede de nuestra naturaleza. El Señor Jesús quiere que estemos libres de todo amor para con el hombre y que no utilicemos nuestro propio amor para amar a nuestros semejantes. El desea que amemos al hombre, no según el gusto natural de nuestra alma, ya que el amor de nuestro hombre *natural* debe cesar. Pero si llegamos a amar al prójimo, es porque tenemos una relación completamente nueva en el Señor. Los amamos por causa del Señor, a quien amamos, no con nuestro propio amor. Debemos, *por causa del Señor*, recibir de El Su amor para amar a nuestros semejantes. En pocas palabras, nuestro amor al prójimo debe ser regulado por el Señor. Si El quiere, debemos amar aun a nuestros enemigos. Si el Señor no quiere, no debemos amar ni a los seres más queridos de nuestra familia. El Señor no quiere que nuestros corazones se apeguen a nada, para que libremente le sirvamos a El.

Para que esto se cumpla, la vida del alma debe ser rechazada. En esto consiste la cruz. Obedecer a Cristo y hacer a un lado los sentimientos humanos hace que el amor natural de los creyentes sufra y se aflija, lo cual llega a ser para el creyente, en una manera práctica, la cruz. Esto lo capacita por medio de su disposición a negarse al yo y a perder la vida del alma que actúa en la esfera del amor. Con frecuencia, abandonar a los que uno ama hiere el corazón y quebranta el alma. Muchas lagrimas y gemidos y tristeza inefable se experimenta cuando se pierde un ser amado. Todo ello trae sufrimientos a nuestra vida. Pero nuestra alma se resiste a negarse a nuestros seres queridos por causa del Señor. Al hacer morir el alma, al estar *dispuestos a morir*, los creyentes logran escapar del poder del alma. La pérdida del afecto natural que experimentamos al poner nuestra vida anímica en la cruz, permite que el Espíritu Santo derrame el amor de Dios en nuestro corazón cuando entramos en Su presencia, pues esto hace que el amor del alma sea expresado por medio de Dios y en El.

Recordemos que desde la perspectiva humana, es legítimo y normal poseer la vida del alma, y no involucra corrupción como los pecados. El amor mencionamos, ¿no es compartido por los hombres? ¿No es legítimo amar a nuestra familia? Sin embargo, el Señor nos llama a vencer todo lo natural y, por causa de Dios, a renunciar aun a nuestros derechos legítimos para mezclarnos con Dios. Dios quiere que lo amemos más que lo que Abraham amaba a Isaac. Aunque Dios dio al hombre la vida del alma cuando lo creó, El desea que el hombre esté dispuesto a no vivir por esa vida. El hombre mundano no puede comprender el deseo de Dios; pero cuando el creyente gradualmente avanza y se pierde en la vida de Dios, llega a conocer Su voluntad. ¿Quién puede comprender por qué Dios, habiendo dado a Abraham un hijo, Isaac, le pidió que renunciara a él? Sin embargo, quienes conocen el corazón de Dios no se conforman con los dones naturales dados por Dios, sino

que desean descansar en Dios, el dador. El propósito de Dios es que estemos adheridos únicamente a El, y no a ninguna persona, cosa ni asunto, aunque estas personas, cosas o asuntos nos los haya dado El mismo.

Los creyentes están dispuestos con relativa facilidad a salir de Ur de Caldea, pero rara vez ven la importancia de ofrecer en el monte Moriah lo que Dios les dio. Esta es una de las lecciones más profundas de la fe. Es la lección de entrar en la vida de Dios, unidos a El. Dios quiere que Sus hijos lo abandonen todo y lleguen a ser Suyos totalmente. No sólo deben hacer a un lado las cosas que ellos mismos comprenden y consideran peligrosas, sino que también deben poner en la cruz, guiados por el Espíritu Santo, lo más legítimo de su vida humana, como por ejemplo, el afecto.

El deseo de nuestro Señor está lleno de significado, ya que el afecto del hombre es una facultad muy difícil de controlar. Si el creyente no pone sus afectos en la cruz y no está dispuesto a que se les dé muerte, tendrá grandes obstáculos en la vida espiritual. Debido a que las relaciones humanas son tan variables, los afectos cambian continuamente. Cuando la facultad del afecto es estimulada, el ser del creyente fácilmente pierde su normalidad espiritual. Un creyente anímico se molesta y pierde la paz en su espíritu con mucha frecuencia. La tristeza, los gemidos, los lamentos y las lágrimas son el resultado normal del afecto. Si el Señor no tiene la preeminencia en nuestros afectos, es difícil que la tenga en lo demás. Esto es una evidencia de la espiritualidad y también una forma de medirla. Por lo tanto, debemos aborrecer nuestra propia vida y no darle oportunidad a nuestro amor humano de actuar libremente. Lo que el Señor exige es contrario a nuestras intenciones naturales. Lo que amábamos, ahora debemos odiarlo. No sólo debemos odiar lo que amamos, sino también la facultad de donde procede el amor, es decir, nuestra vida anímica. Este es el camino hacia la espiritualidad. Si verdaderamente tomamos la cruz, ello evitará que el afecto del alma controle y afecte al espíritu, y nos capacitará para amar a otros por el poder del Espíritu Santo. Así trató el Señor a Su familia cuanto estuvo sobre la tierra.

LA CRUZ Y EL YO DEL ALMA

En Mateo 16:24-25 el Señor Jesús también habló de la relación que hay entre la vida del alma y la cruz: "Entonces Jesús dijo a Sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque el que quiera salvar la vida de su alma, la perderá; y el que la pierda por causa de Mí, la hallará". En estos versículos, de nuevo nuestro Señor hace un llamado a Sus discípulos a que tomen la cruz y a estar dispuestos a hacer morir y perder la vida del alma. Lo que dice aquí y lo que dijo en Mateo 10 no es lo mismo. La parte de la vida anímica que se destaca en Mateo 10 es el afecto, mientras que aquí en el capítulo dieciséis es el "yo" del hombre el que aparece en primer plano. Si leemos el pasaje anterior, veremos que el Señor Jesús les habla a los discípulos de la clase de sufrimientos que El tendría al ir a la cruz. Entonces Pedro, debido a su intenso afecto por el Señor, le dijo: "¡Dios tenga compasión de Ti, Señor!" Debido a que Pedro estaba poniendo su mente en las cosas del hombre, no estaba dispuesto a permitir que su Señor sufriera en la carne sobre la cruz. No entendía que el hombre debe poner su mente exclusivamente en las cosas de Dios. Aun si se trata de sufrir la muerte de cruz, debía poner la mente en las cosas de Dios. El no sabía que debía amar más la voluntad de Dios que a su yo. Era como si hubiera pensado: "Señor, vas a ir a la cruz a sufrir de tal manera, y aunque

estás haciendo la voluntad de Dios, llevando a cabo Su propósito y actuando de acuerdo a Su plan, ¿qué va a ser de Ti? ¿no piensas en los sufrimientos que pasarás por hacer la voluntad de Dios? Señor, ¡ten misericordia de Ti!"

El Señor le indicó, que tal manera de condolerse de uno mismo viene de Satanás, y luego se dirigió a Sus discípulos como si dijera: "No sólo yo iré a la cruz, sino también todo aquél que quiera seguirme y ser Mi discípulo. Mi destino también debe ser el vuestro. No creáis que Yo soy el único que debe hacer la voluntad de Dios, pues vosotros Mis discípulos también deben hacerla. Así como no me preocupo por Mí y aun estando en la cruz, incondicionalmente sigo haciendo la voluntad de Dios, así vosotros no debéis preocuparos por vuestra vida anímica, sino estar dispuestos a perderla para hacer lo que Dios quiere". Pedro le preguntó que por qué no tenía compasión de Sí mismo, pero el Señor le respondió que uno debe "negarse a sí mismo".

Hay que pagar un alto precio para hacer la voluntad de Dios. Al oír esto la carne tiembla. Cuando lo que nos gobierna es la vida del alma, no podemos ser gobernados por la voluntad de Dios. Esto se debe a que la vida del alma quiere seguir las intenciones del yo, pero no quiere obedecer la voluntad de Dios. Cuando vemos que Dios nos llama a ir a la cruz y a negarnos a nuestro yo, a sacrificarnos y perder todas las cosas por causa de El, inconscientemente nuestra vida del alma produce una actitud de autocompasión. A menudo, nuestra vida anímica nos impide estar dispuestos a pagar el precio necesario para obedecer a Dios. Cada vez que estamos dispuestos a escoger el camino angosto de la cruz y a sufrir por causa de Cristo, la vida anímica sufre pérdida. Solamente de esta manera perdemos nuestra vida anímica, y sólo por este medio podemos obtener la vida espiritual de Cristo para que nos gobierne totalmente y de una manera pura dentro de nosotros, y nos capacite para hacer lo que Dios desea en beneficio de toda la humanidad.

Si prestamos atención a la ubicación de los pasajes anteriores, comprenderemos la perversidad de la obra de la vida anímica. Pedro dijo esto poco después de recibir revelación de Dios, por la cual comprendió el misterio que el hombre no podía entender. Dios el Padre personalmente le había revelado que el humilde Jesús, a quien los discípulos seguían, era el mismo Cristo, el Hijo del Dios viviente. Sin embargo, inmediatamente después de recibir tal revelación, fue controlado por la vida de su alma y le aconsejó a su Señor que tuviera compasión de Sí mismo. Debemos saber que una revelación espiritual o un conocimiento maravilloso no pueden garantizarnos que no seremos controlados por el alma. Por el contrario, la vida anímica de quienes poseen conocimiento y experiencias elevadas puede ser más difícil de detectar que la de otros y, por ende, más difícil de ser eliminada. Si no aplicamos la cruz para ponerle fin a la vida anímica, ésta siempre permanecerá en el hombre intacta.

En esto vemos la incapacidad total de la vida del alma. La vida anímica de Pedro se manifestó, no para su propio beneficio, sino para el del Señor Jesús. El amaba al Señor, tuvo compasión de El y deseaba que el Señor fuera feliz; no deseaba que el Señor pasara por ningún sufrimiento. Su corazón no era malo, y de hecho, su intención era muy buena, pero esto no era más que su afecto humano, el cual procedía de su alma. El Señor no quería ningún sentimiento de conmiseración de parte del alma. A la vida anímica no se le permite ¡ni siquiera amar al Señor! Aquí vemos que es perfectamente posible ser anímico al servir

al Señor, al adorarle y al expresarle nuestro amor. También vemos que la vida del alma no es aceptable ni aun en el asunto de amar al Señor o ser solidario con El. El propio Señor Jesús sirvió a Dios haciendo a un lado Su alma. Del mismo modo, El no desea que el hombre le sirva por medio de su alma. El Señor insta a sus discípulos a hacer morir la vida anímica no sólo porque ésta puede amar al hombre, sino porque hasta es capaz de adorar al Señor. Lo que al Señor le interesa es de dónde procede la realización de Su comisión, no qué tan bien se lleve a cabo.

Aunque Pedro expresaba su amor hacia el Señor, ese amor era la manifestación de Pedro mismo. El adoraba más al cuerpo físico del Señor Jesús que la voluntad de Dios, y le aconsejó al Señor que se preocupara por Sí mismo. Esta era la manifestación de Pedro mismo. Por eso el Señor hizo este llamado. La vida del alma tiende a ser independiente, a servir a Dios de acuerdo con lo que ella considera bueno, pero no está dispuesta a andar según la voluntad de Dios. Hacer la voluntad de Dios equivale a perder el alma. Cada vez que la voluntad de Dios es llevada a cabo, la intención del alma es quebrantada. Cada quebranto de la intención del alma es una aplicación práctica de la cruz.

El Señor Jesús llamó a Sus discípulos a abandonar la vida anímica debido a que Pedro habló según su alma. Pero el Señor también notó que las palabras de Pedro venían de Satanás. Así vemos cómo Satanás utiliza la vida anímica del hombre. Si esta vida no es llevada continuamente a la muerte, Satanás tiene una herramienta con la cual trabajar. Pedro dijo aquello debido a su amor por el Señor, pero Satanás lo utilizó. Pedro oró al Señor y le pidió que tuviera misericordia de Sí mismo, pero Satanás lo inspiró a hacerlo. Es un hecho que Satanás puede decirle al hombre que ame al Señor y que ore. El no teme que el hombre ore ni que ame al Señor; lo que teme es que el hombre no utilice la vida anímica para amar y orar al Señor. Si la vida del alma sobrevive, Satanás puede expandir su obra. Espero que Dios nos haga comprender el daño que esta vida causa. Los creyentes no deben pensar que son espirituales solamente porque aman al Señor y anhelan las cosas celestiales. La vida del alma tiene que ir a la muerte. De lo contrario, la voluntad de Dios no se cumplirá, y la vida del alma será utilizada por Satanás.

La autocompasión, el amor propio, el temor a los sufrimientos y la evasión de la cruz son las manifestaciones de la vida del alma. La meta principal de la vida del alma es preservar su existencia. Por eso, no está dispuesta a sufrir ninguna pérdida. Por lo tanto, el llamado del Señor es que debemos negarnos al yo y tomar nuestra cruz, para así perder la vida de nuestra alma. Siempre que estamos ante la cruz, somos instados a perder nuestro yo. Debemos tener un corazón que haga caso omiso de nuestro yo, para que mediante el poder de Dios nos neguemos a nuestra vida anímica por causa de otros. El Señor dice que la cruz es *nuestra* porque es lo que cada uno de nosotros recibió de Dios. A fin de llevar a cabo la voluntad de Dios, El nos llama a tomar nuestra cruz. Es nuestra porque Dios nos la dio, pero también está relacionada con la cruz de Cristo, ya que cuando estamos dispuestos a tomar nuestra propia cruz, mediante el Espíritu de la cruz de Cristo, la fuerza de la cruz de Cristo entra en nuestro ser y nos capacita para perder la vida de nuestra alma. Cada vez que tomamos la cruz, perdemos nuestra vida anímica, pero cuando evadimos la cruz, nutrimos y preservamos la vida de nuestra alma.

Nótese bien que lo que el Señor Jesús dice aquí no es algo que pueda cumplirse de una vez por todas, mediante un gran esfuerzo. En Lucas 9:23 se agrega la expresión "cada día" a la frase "tome su cruz". Esta clase de cruz es continua e incesante. Con respecto a nuestra muerte al pecado, sabemos que esta cruz *ya es un hecho cumplido* que sólo requiere nuestro reconocimiento y aceptación. Pero con respecto a perder la vida del alma, esta cruz es distinta. No se refiere a un hecho logrado, sino que requiere una práctica y una experiencia diaria. Esto no significa que nunca perdemos la vida del alma o que gradualmente la perdemos; sino que la relación efectuada en la cruz con relación a la vida del alma es diferente a la relación realizada en la cruz con respecto al pecado. La muerte al pecado fue *lograda por Cristo* a favor de nosotros; pues cuando El murió, todos morimos con El. Pero perder la vida del alma no es un hecho logrado, sino que requiere que diariamente tomemos nuestra propia cruz mediante el poder de la cruz del Señor, determinándonos a negar el yo hasta que se pierda por completo.

Perder la vida del alma no es un asunto que pueda llevarse a cabo de una vez por todas, haciendo un gran esfuerzo, ni en un corto tiempo. Con respecto a morir al pecado, una vez que reconocemos nuestra posición de estar clavados en la cruz (Ro. 6:6), somos libres inmediatamente del pecado, y su poder no nos puede oprimir ni nos puede esclavizar más. La victoria completa se puede obtener en un instante. Sin embargo, la pérdida de la vida natural es un proceso que se realiza paulatinamente. Cuando la Palabra de Dios (He. 4:12) penetra cada vez más profundo, la obra de la cruz también se hace más profunda, y el Espíritu Santo hace que la vida espiritual crezca más, uniéndola más al Señor. El creyente no puede negarse a la vida anímica si no la conoce. La revelación de la Palabra de Dios debe incrementarse; entonces la obra de la cruz será más profunda. Por consiguiente, debemos tomar esta cruz diariamente. Cuanto más entendimiento haya acerca de la voluntad de Dios y de nuestro yo, más necesidad habrá de la obra de la cruz.

LA CRUZ Y EL AMOR DEL ALMA HACIA EL MUNDO

En Lucas 17:32-33 nuestro Señor dice algo parecido, pero da énfasis a las cosas del mundo: "Acordaos de la mujer de Lot. El que procure conservar la vida de su alma, la perderá; y el que la pierda, la conservará". Aquí el Señor habla nuevamente de que debemos perder la vida del alma, pero da especial énfasis a la pérdida de las pertenencias. El Señor nos dice que recordemos a la esposa de Lot, ya que ella no pudo olvidarse de sus posesiones ni aun en un momento de tanto peligro. No se regresó ni caminó hacia Sodoma, ni siquiera retrocedió un centímetro. Todo lo que hizo fue mirar hacia atrás. Pero, ¡cuánto quedó revelado en esa simple acción! Esto reveló un anhelo por su pasado.

Es posible que el creyente exteriormente deje el mundo y renuncie a todas las cosas, pero en su corazón aun ama lo que abandonó por amor al Señor. Esto es obra de la vida del alma. Un creyente que se ha consagrado al Señor no debe regresar al mundo, ni debe esforzarse por recuperar lo que abandonó por amor al Señor. Si su corazón no está dispuesto a separarse del mundo, eso es suficiente para mostrar que no ha visto claramente la posición del mundo en relación con la cruz. En ese caso, no es necesario que la vida del alma opere para hacer que el hombre regrese y vuelva al mundo. Basta con que el creyente

secretamente, en su corazón, se resista a abandonar las cosas que había decidido dejar o que ya había abandonado.

Cuando la vida del alma verdaderamente se ha perdido, nada del mundo pueden tocar el corazón del creyente. En realidad, la vida anímica pertenece al mundo; así que se resiste a abandonar las cosas del mundo. Solamente cuando el creyente está dispuesto a hacer morir la vida del alma, puede seguir decididamente la enseñanza que el Señor dio en el monte [Mt. 5—7]. En esa ocasión, el Señor no mencionó explícitamente la función de la cruz, pero sabemos que si un creyente tiene la experiencia genuina de haber muerto juntamente con el Señor, no sólo de haber muerto al pecado, sino también de negarse a la vida del alma basado en que "ya está muerto", tendrá que idear métodos para cumplir lo que Jesús enseñó en ese monte. Si la cruz no ha hecho una obra profunda en el alma del creyente, aun cuando pueda externamente vivir según lo que enseñó Jesús, su corazón internamente no estará en armonía con su conducta. Un creyente que ha perdido la vida de su alma, puede espontáneamente y sin fingimiento dar la capa cuando se le pide su túnica, pues está separado de todas las cosas mundanas.

La condición para ganar la vida espiritual es que debemos sufrir pérdida; sólo así tendremos ganancia. No importa cuánto hayamos acumulado para ser contados como ricos en el mundo, pues la realidad es que cuanto más ricos somos, más perdemos. No debemos usar la acumulación de bienes para medir nuestra vida; debemos medirla por la cantidad de pérdidas. Nuestra verdadera medida la determina cuánto vino hayamos derramado. Lo importante no es cuánto hayamos retenido, pues quien ha perdido más es quien más tiene para abastecer a otros. El poder del amor puede verse por el sacrificio del amor. Si nuestros corazones no han dejado de amar los bienes mundanos, nuestra vida anímica aún no ha estado bajo el quebrantamiento de la cruz.

En Hebreos 10:34 dice que ciertos creyentes fueron despojados de sus bienes, y lo aceptaron con gozo. Esto es el resultado de la obra de la cruz. La actitud de los santos hacia sus posesiones indica si la vida de su alma ha sido preservada o si ya ha sido llevada a la muerte.

Si realmente deseamos una vida pura y espiritual, debemos permitir que Dios obre en nuestro corazón para que nos separemos verdaderamente de todas las cosas mundanas y no volvamos a tener la intención que tuvo la esposa de Lot. Para experimentar la plenitud de la vida espiritual en Cristo es necesario dejar de amar los bienes materiales. Cuando el Espíritu Santo nos revela la realidad celestial y la plenitud de la vida espiritual, llegamos a menospreciar todas las cosas mundanas, ya que no tienen comparación con las celestiales. Esa es la experiencia que el apóstol Pablo describe en Filipenses 3. Primero, él contó todas las cosas como pérdida; después, lo perdió todo para ganar a Cristo; y finalmente, nos dijo que el resultado de esto es conocer el poder de la resurrección de Cristo. Ahí yace la plenitud de la vida espiritual. Por lo general, no sabemos cuánto poder tiene la vida del alma. Cuando somos probados en las cosas materiales, vemos lo que verdaderamente es nuestra vida anímica. Algunas veces parece que se requiere más gracia de parte de Dios para dejar las posesiones que para perder la vida. Los bienes materiales son realmente el medidor que muestra si la vida del alma se ha perdido o se ha preservado.

Los hijos de Dios que prestan mucha atención a lo que beben, comen y a su vida diaria deben permitir que la cruz haga una obra profunda en ellos para que sus espíritus no sean afectados ni encerrados por sus almas. De ese modo, sus espíritus se separarán de todas las cosas mundanas y podrán vivir en Dios sin obstáculos. Todo aquél que se preocupa por las cosas del mundo, lo hace debido a que su vida anímica no se ha perdido ni ha pasado por la cruz.

LA CRUZ Y EL PODER DEL ALMA

En Juan 12:24-25 el Señor Jesús de nuevo habló acerca de la vida del alma: "De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama la vida de su alma la perderá; y el que la aborrece en este mundo, para vida eterna la guardará". Más adelante, explicó el significado de estos dos versículos diciendo: "Y Yo, si soy levantado de la tierra, a todos atraeré a Mí mismo. Pero decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir" (vs. 32-33). Ese capítulo de la Biblia nos presenta el ministerio del Señor Jesús en su esplendor, pues había resucitado a Lázaro, y debido a eso muchos judíos creyeron en El; inclusive unos griegos vinieron a verlo. En tales circunstancias, El entró en Jerusalén donde fue bien acogido. Desde el punto de vista humano, parecía que la cruz no era necesaria y que el Señor podía atraer a los hombres hacia Sí mismo sin ella, pero El sabía que no había otra manera de que el hombre fuera salvo aparte de la cruz. Aunque Su obra externamente era muy próspera, El estaba consciente de que si no moría, no podría dar vida al hombre. Si moría, podría atraer a los hombres a Sí mismo y darles vida.

El Señor declaró explícitamente la función de la cruz. Consideró Su propio ser como un grano de trigo. Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, sigue siendo un solo grano. Si el Señor era crucificado y moría, podría dar vida a muchos hombres. Aquí el Señor indicó que la condición para llevar fruto es la muerte. Si no hay muerte no hay fruto. No hay otra manera de llevar fruto excepto mediante la muerte.

Sin embargo, nuestra meta no es detenernos a examinar cómo fue el Señor Jesús. Queremos prestar especial atención a la relación que esto tiene con nuestra vida anímica. El Señor Jesús, en el versículo 24 relacionó al grano de trigo consigo mismo, pero en el versículo 25 indicó que Su muerte y mucho fruto no deben aplicarse exclusivamente a El. El dio a entender que todo aquel que es Su discípulo debe seguir Sus pisadas y explicó la relación que tiene el grano de trigo con los creyentes. El grano de trigo representa la vida del alma. Si dicho grano no muere, no puede llevar fruto. De igual manera, si la vida del alma no muere, tampoco puede llevar fruto. Lo que el Señor Jesús recalca es la necesidad de llevar fruto. Aunque la vida del alma es muy poderosa, su poder no puede llevar fruto. Todos los talentos, los dones, el conocimiento, la sabiduría y el poder que proceden de la vida del alma, son incapaces de hacer que los creyentes produzcan muchos granos. Así como el Señor Jesús tuvo que morir a fin de llevar fruto, asimismo los creyentes deben morir para llevar fruto. El Señor indicó que aunque el poder de la vida anímica es bueno, es inútil en la obra de Dios para llevar fruto.

Cuando los creyentes laboran para el Señor, el mayor peligro que corren es que confíen y usen todo el poder de su vida anímica: su habilidad, sus dones, su conocimiento, su poder

de persuasión, su elocuencia y su inteligencia. En la experiencia de muchos creyentes espirituales, si no concentran toda su atención en dar muerte a la vida anímica, ésta será muy activa laborando para el Señor. Por un lado, deben pedirle al Señor que no permita que la vida del alma tenga oportunidad de inmiscuirse y, por otro, deben velar para no permitir que ella realice ninguna actividad. Así que, ¿cómo podrán impedir la intrusión de esta vida quienes no están dispuestos a renunciar a ella ni a velar ni a orar? Todas las cosas que pertenecen al alma deben morir. Debemos estar dispuestos a no depender de ellas para nada. Debemos estar dispuestos a permitir que Dios nos haga pasar por la oscuridad de la muerte sin depender de nada, sin tener ningún sentimiento, sin ver nada y sin ningún entendimiento, mas confiando silenciosamente en la obra de Dios. De esta manera, El hará que obtengamos una vida anímica gloriosa, pero en resurrección. "El que la aborrece [la vida de su alma] en este mundo, para vida eterna la guardará". La vida del alma no se pierde, sino que pasa por la muerte. Cuando morimos y no podemos ver ni sentir nada, Dios (no nosotros) puede usar nuestra vida anímica para impartirnos Su vida. Si la vida del alma no se pierde, el creyente sufrirá la mayor pérdida, mas si se pierde, será preservada para vida eterna, y Dios la podrá utilizar.

No debemos cometer el error de pensar que nunca jamás volveremos a usar nuestra mente ni nuestras habilidades. Este versículo explica claramente: "El que la aborrece [la vida de su alma] en este mundo, para vida eterna la guardará". Aparentemente, tenemos que perder nuestra alma, pero en realidad, la preservamos para vida eterna. Hacer morir el alma no es destruirla ni deshacernos de sus diferentes facultades, de la misma manera que "el cuerpo de pecado sea anulado" (Ro. 6:6) no significa amputar las manos ni los pies ni los oídos, ni sacarse los ojos. Después de destruir el cuerpo de pecado, se nos dice que "presentemos ... nuestros miembros a Dios como armas de justicia" (v. 13). De igual manera, hacer morir la vida del alma y tomar la cruz para seguir al Señor, no significa que de aquí en adelante vamos a ser como madera o piedras, sin sensaciones ni pensamientos ni ideas, ni que nos deshicimos del uso de todas las facultades del alma. Los miembros del cuerpo y las facultades del alma siguen presentes y se pueden utilizar, excepto que ahora son renovadas, fortalecidas y dirigidas por el Espíritu Santo. Lo importante es si las facultades de nuestra vida anímica son fortalecidas y dirigidas por el Espíritu Santo, mediante el espíritu humano, o por la vida del alma. Las facultades aun existen, pero la vida que las dirigía y animaba ha muerto. De esta manera, el Espíritu Santo tiene la oportunidad de ser la vida de estas facultades por medio de la vida trascendente de Dios.

Cada facultad de nuestra alma, aunque haya pasado por la muerte, sigue existiendo. Hacer morir la vida del alma no significa que nuestra mente, nuestra parte emotiva y nuestra voluntad hayan sido completamente aniquiladas y que ahora estén vacías. En la Biblia, leemos acerca del pensamiento, el deseo, el gozo, la satisfacción y el amor de Dios. Inclusive, hablando del Señor Jesús, la Biblia dice que El amó, se regocijó, se afligió y hasta lloró. Cuando estaba en el huerto de Getsemaní, "ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas" (He. 5:7). Podemos ver que las facultades del alma no se desvanecen, ni el creyente se hace insensible ni indiferente. El alma del hombre es su mismo yo, su personalidad y todas las facultades que pertenecen a su vida. Si todo esto no es vitalizado por la vida del Espíritu que viene de lo alto, entonces, recibirá poder para vivir de la vida del alma del hombre natural. En cuanto a sus facultades, el alma todavía está presente; pero en lo que se refiere a su vida, debe ser totalmente rechazada. Todo lo que pertenece al alma

debe mantenerse en la muerte. Solamente esto permite que el Espíritu Santo use cada facultad del alma sin interferencia de la vida natural.

Esta es la vida en resurrección. Si el hombre no ha obtenido la vida trascendente de Dios, una vez que se pierda en la muerte, está muerto y no puede resucitar. El Señor Jesús pudo morir y resucitar debido a que en El, estaba la vida increada de Dios, la cual puede pasar por la muerte, sin ser destruida y manifestarse de nuevo en la frescura y la gloria de la resurrección. El Señor Jesús derramó Su alma hasta la muerte y entregó Su espíritu en las manos de Dios. Debido a que Su espíritu tenía la misma vida de Dios, pudo resucitar. Su muerte solamente lo libró de la vida del alma, e hizo que Su vida, la vida del Espíritu de Dios, se manifestará en plenitud y gloria. Si un hombre muere sin la vida de Dios, aunque su espíritu permanezca para siempre, él no podrá resucitar en la vida eterna como lo hizo el Señor.

Es difícil que el hombre entienda que Dios, habiéndonos dado Su vida, desee que tengamos la experiencia de morir juntamente con el Señor, lo cual hace que Su propia vida en nosotros, pase de nuevo por la muerte y la resurrección. Sin embargo, esta es la ley de la vida de Dios. Debido a que poseemos esta vida, podemos pasar por la muerte y seguir viviendo. Tal muerte hace que perdamos la vida de nuestra alma, y nos hace aptos para estar en la resurrección de la vida eterna, donde obtenemos la vida de Dios de una manera más rica y más gloriosa.

El propósito de Dios es depositar Su vida en nosotros y conducir nuestra vida anímica a la muerte, para que cuando Su vida resucite, haga que nuestra vida anímica resucite juntamente con El y lleve fruto por la eternidad. Esta es la lección más elevada y más profunda de la vida espiritual. Unicamente el Espíritu Santo puede revelarnos cuán indispensable es la resurrección, y cuán necesario es mostrarnos que también la muerte es indispensable. Quiera el Espíritu de revelación mostrarnos que si no aborrecemos nuestra propia vida y no la hacemos morir, nuestra vida espiritual sufrirá mucha pérdida y será incapaz de llevar fruto. Cuando la vida de Dios, la cual está en nosotros, juntamente con nuestra vida anímica pasan por la muerte y la resurrección, podemos llevar fruto y hacer que sea fruto que permanezca para vida eterna.

CAPITULO CINCO

EL CREYENTE ESPIRITUAL Y EL ALMA

LA DISTINCION ENTRE EL ESPIRITU Y EL ALMA

Hemos puesto tanto empeño en hablar de la distinción que existe entre el espíritu y el alma, con sus respectivas actividades, con el fin de poder llegar a este punto. Un creyente que busca diligentemente a Dios, debe temer ante todo que el alma funcione más allá del límite establecido por Dios. Por mucho tiempo el alma ha tenido el control. Aun cuando el creyente está dispuesto a consagrarse a Dios, puede mantener la idea de que esto es *su* obra, y que tiene que llevar a cabo lo que ha consagrado a fin de agradar a Dios. Muchos creyentes no saben cuán profundamente debe obrar la cruz, aun al grado de que el creyente rechace su facultad de valerse por sí mismo. Muchos no ven la realidad de que el Espíritu Santo mora en ellos. Y tampoco conocen la autoridad tan grande que El debe ejercer, al grado de que la mente, la voluntad y los sentimientos de todo el ser del creyente deben sujetrásele, hasta que ya no haya nada de confianza en uno mismo. De no ser así, el Espíritu Santo no puede hacer la obra que desea. La tentación más grande del creyente que diligentemente busca el rostro de Dios es usar su habilidad para tomar decisiones y para hacer la obra de Dios, en vez de esperar humildemente confiando en que el Espíritu Santo lo moverá.

El Señor Jesús nos llama a la cruz para que aborrezcamos nuestra vida anímica a fin de que encontremos la oportunidad de perderla y no guardarla. El Señor desea que el yo sea inmolado y ofrecido incondicionalmente, para que el Espíritu Santo pueda obrar. Toda opinión, obra y capacidad intelectual de la vida anímica deben ser llevadas a la muerte, para que recobremos Su vida mediante la vida y dirección del Espíritu Santo. El Señor habló de que o aborrecemos nuestra vida anímica o la amamos. El alma se ama a sí misma. Si nosotros no aborrecemos nuestra vida natural con todo nuestro corazón, no podremos vivir genuinamente en el Espíritu Santo. Si un creyente no ha visto esto, no tendrá temor de su yo ni de su inteligencia, y no esperará ni buscará al Espíritu Santo ni confiará totalmente en El. Estos son los requisitos primordiales para la vida espiritual. La guerra entre el alma y el espíritu se libra secreta y continuamente en el interior del creyente. El alma, en pro del yo, quiere ser la cabeza y actuar por su cuenta. El espíritu, a favor de Dios, quiere ganar todo el ser del creyente y ser el amo con toda la autoridad. En tal situación, si el espíritu no obtiene la victoria, el alma toma el liderazgo. Si el creyente se convierte en el amo y espera que el Espíritu Santo sea su ayudante y bendiga su obra, inevitablemente perderá el fruto espiritual. Si no nos rechazamos a nosotros mismos ni perdemos la vida del alma, sino que seguimos sus ideas, opiniones y sugerencias, y si no rechazamos constantemente sus derechos y los reducimos a cenizas incondicionalmente y sin reservas, sin añorar lo que perdimos, no podremos tener una vida ni una obra espiritual que agrade a Dios. Si no estamos dispuestos a renunciar al poder, a los deseos y a la vivacidad de la vida anímica ni a hacerla morir, aborreciéndola constantemente, ella aprovechará cualquier oportunidad para volverse a levantar. La razón por la cual tenemos tantos fracasos en nuestra vida

espiritual es que mientras esperamos vencer la vida del alma recibiendo más del Espíritu Santo y de su poder, el aspecto bueno del alma no es quebrantado. Si no perdemos la vida del alma ni le damos muerte, sino que se le permitimos mezclarse con el espíritu, seguiremos fracasando igual que antes. Si nuestra vida no manifiesta exclusivamente el poder del Espíritu Santo, no pasará mucho tiempo sin que fracasemos de nuevo, debido a la sabiduría y la opinión del hombre.

La vida anímica de nuestro hombre natural es un obstáculo para nuestra vida en el espíritu. Nunca está satisfecha con Dios solo y siempre quiere agregar algo además de El. Nunca tiene un momento de paz. Antes de que la vida del alma del creyente sea quebrantada, ella vive de sus emociones y sentimientos, los cuales son muy variables; debido a esto, su vida es bastante inestable. Esto explica por qué la vida de los creyentes es como el vaivén de las olas del mar. Cuando los creyentes permiten que sus experiencias espirituales se mezclen con la vida de su alma, éstas llegan a ser tan inestables que él no es apto para tomar ningún liderazgo. Cuando no nos hemos negado a la vida del alma, ella constantemente induce al hombre a abandonar su centro, el espíritu. Algunas veces es el efecto de las emociones el que perjudica grandemente la libertad y la percepción del espíritu. El gozo y la tristeza hacen que un creyente pierda el dominio propio y sienta que ha estado sin restricción y que tiene problemas para contenerse. Algunas veces son las actividades excesivas de la mente las que hacen que la quietud de la vida espiritual sea afectada y se desordene. Sin duda, es bueno desear conocimiento espiritual. Sin embargo, si excede los límites espirituales, el resultado será la letra, y no el espíritu. Esto explica por qué muchos obreros, aunque predican las verdades excelentes son tan fríos y están tan muertos. Muchos creyentes que buscan la vida espiritual tienen una experiencia en común, algo que los hace gemir: su alma y su espíritu no son uno. Esto significa que la mente, la voluntad y la parte emotiva del alma a menudo se rebelan contra el espíritu y no obedecen sus mandamientos. A veces quieren actuar por su propia cuenta, independientes del espíritu y contradiciendo sus deseos. En esta clase de vida, la que usualmente sufre es la vida del espíritu.

La enseñanza presentada en Hebreos 4:12 es muy importante porque es precisamente ahí donde el Espíritu Santo nos dice cómo dividir el alma del espíritu en nuestra experiencia. Dividir el alma del espíritu no es una doctrina; el creyente puede y debe tener esa experiencia vital. ¿Qué significa dividir el alma del espíritu? En primer lugar, consiste en que Dios por medio de Su Palabra y mediante Su Espíritu que mora en nosotros, puede establecer una diferencia en nuestra experiencia entre las funciones y la expresión del alma y las del espíritu, enseñando al creyente a conocer lo que es la acción del espíritu, y lo que es la actividad del alma. Segundo, cuando el creyente está dispuesto a cooperar, puede experimentar una vida espiritual pura que no es afectada por el alma. En Hebreos 4 el Espíritu Santo habla del oficio del Señor Jesús como Sumo Sacerdote de los creyentes. El versículo 12 dice: “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón”. El versículo 13 añade: “Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en Su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y expuestas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta”. Aquí la Biblia habla de la manera en que el Señor Jesús lleva a cabo Su obra como Sumo Sacerdote con relación al espíritu y al alma de los creyentes. El Espíritu Santo compara al creyente con un sacrificio puesto sobre el altar. En el Antiguo Testamento, cuando el

pueblo ofrecía sacrificios, la víctima era atada sobre el altar; luego, el sacerdote la inmolaba con un cuchillo afilado, la abría por la mitad, para que las coyunturas y los tuétanos fueran cortados y abiertos. Las entrañas, que estaban escondidas anteriormente y no podían verse, eran abiertas y quedaban expuestas. Después de abrir el sacrificio, el sacerdote lo quemaba en ofrenda a Dios. El Espíritu Santo utiliza todo esto para describir la obra que el Señor Jesús hace en el creyente, y la experiencia que éste obtiene en el Señor. Así como el sacerdote abría con un cuchillo el sacrificio para que las coyunturas y los tuétanos quedaran expuestos y partidos por la mitad, así sucede con los creyentes hoy. Por medio de la Palabra de Dios, el alma se divide del espíritu por la acción del Sumo Sacerdote, el Señor Jesús, a fin de que el alma no afecte al espíritu, y de que el espíritu no sea controlado por el alma. De este modo, cada uno tiene su propio lugar, y el creyente puede distinguir entre lo que es del alma y lo que es del espíritu, sin confusión ni mezcla.

En la creación, el primer paso de la Palabra de Dios fue separar la luz de las tinieblas. De igual manera, la palabra de Dios ahora opera como una espada aguda dentro de nosotros, mediante el Espíritu Santo, a fin de distinguir entre el espíritu y el alma, para que la morada del Dios altísimo pueda estar totalmente separada de sentimientos viles y para que sepamos que nuestra alma debe someterse a Aquel que está en las alturas. Esto nos muestra de qué manera el espíritu es la morada del Espíritu Dios, y cómo el alma con todo su poder no debe actuar por ella misma, sino según la voluntad del Espíritu Santo, quien se manifiesta mediante el espíritu humano.

Anteriormente los sacerdotes utilizaban cuchillos para cortar y abrir los sacrificios, pero ahora el Sumo Sacerdote emplea la Palabra de Dios para dividir el alma del espíritu en el creyente. El cuchillo del sacerdote del Antiguo Testamento era muy afilado, ya que podía cortar el sacrificio en dos y podía penetrar y partir las coyunturas y los tuétanos, pese a que están sólidamente unidos. Ahora la palabra de Dios, utilizada por el Señor Jesús, es más cortante que toda espada de dos filos y puede dividir perfectamente las partes más íntimas del hombre, a saber: el alma y el espíritu.

La palabra de Dios es “viva”, pues tiene el poder de la vida, y “eficaz”, ya que puede hacer la obra; y es “más cortante que toda espada de dos filos”, pues penetra hasta el espíritu. La Palabra de Dios puede penetrar más allá del alma, hasta lo más recóndito del ser humano, el espíritu. De esta manera, los creyentes son guiados a lo que está más hondo que los sentimientos, a la vida eterna del espíritu. Si el creyente desea tener una vida estable en Dios, necesita entender qué significa penetrar en el espíritu. Unicamente el Espíritu Santo puede mostrarles a los creyentes lo que son la vida del alma y la vida del espíritu. Cuando el creyente en su experiencia puede distinguirlos y puede conocer su valor, deja atrás la vida superficial de las emociones y obtiene la vida espiritual sólida y profunda. Sólo entonces puede descansar. La vida del alma nunca trae reposo al hombre. Pero esto tiene que ser comprendido por experiencia. De no ser así, el entendimiento mental sólo hará a los creyentes más anímicos.

Debemos prestar especial atención a las palabras “penetra” y “partir”. La Palabra de Dios penetra en el alma y en el espíritu para poderlos partir. Cuando el Señor Jesús fue crucificado, Sus manos, Sus pies y su costado fueron traspasados. ¿Estamos dispuestos a permitir que la cruz opere en nuestra alma y en nuestro espíritu? El alma de María fue

traspasada (Lc. 2:35). Aunque Dios le había dado este hijo, ella tenía que cederlo y entregar todos sus derechos con respecto a ese hijo. Tenía que rechazar el amor natural y deshacerse de todo lo que estaba adherido a su alma. Esta es la obra que la Palabra de Dios debe hacer en nosotros.

Dividir el alma y el espíritu no solamente separa el alma del espíritu, sino que además parte al alma misma, lo cual tiene mucho significado, pues a fin de que la palabra de vida llegue a nuestro espíritu, primero tiene que partir el alma, ya que ella rodea al espíritu. La palabra de la cruz penetra en el alma y, al partirla, abre el camino para que la vida de Dios llegue al espíritu y lo libere del cautiverio en que lo tenía el alma. Cuando la vida del alma tiene las huellas de la cruz, mantiene una posición sumisa al espíritu. Si el alma no es un canal para el espíritu, entonces se convierte en su cadena. El alma y el espíritu nunca están de acuerdo en nada. Si el espíritu no tiene la preeminencia, las dos estarán en conflicto. El espíritu lucha para obtener la libertad y la autoridad, pero la vida del alma, que es bastante fuerte, hace lo posible por reprimirlo, pero cuando la vida del alma es quebrantada por la cruz, el espíritu es liberado. Si el creyente ignora el daño causado por el alma al no querer estar en armonía con el espíritu y al no estar dispuesta a abandonar el placer de vivir por los sentidos, él no podrá progresar. En tanto que el alma tenga aprisionado al espíritu, la vida del espíritu no puede brotar.

Al leer cuidadosamente la enseñanza de este pasaje bíblico, descubrimos que el espíritu se separa del alma mediante dos cosas: la cruz y la Palabra de Dios. El sacrificio tiene que ser puesto sobre el altar, y luego el sacerdote puede usar el cuchillo para partir el sacrificio en dos. Sabemos que el altar en el Antiguo Testamento es la cruz en el Nuevo Testamento. Por lo tanto, si los creyentes no están dispuestos a morir en la cruz, no pueden esperar que su Sumo Sacerdote divida el alma y el espíritu con la espada cortante de Dios, es decir, con Su Palabra. Primero somos puestos sobre el altar, y después la espada nos parte. Los creyentes tienen que ir a la cruz. Sólo entonces pueden esperar que el Señor Jesús cumpla Su tarea de Sumo Sacerdote y parta su alma y su espíritu mediante Su palabra. Por lo tanto, los creyentes que deseen obtener la experiencia de que su alma y su espíritu se dividan, deben escuchar la voz del Señor, que los llama a ir al Gólgota, para que ellos mismos se pongan en el altar, sin ninguna reserva confiando en que su Sumo Sacerdote los abrirá y dividirá su alma y espíritu con Su cortante espada. Ahora los creyentes se presentan como ofrenda agradable a Dios sobre el altar. Después de esto, el Sacerdote efectúa su oficio, usando su cuchillo para dividir. Los creyentes, por su parte, deben cumplir esta condición y confiar el resto de la experiencia a las manos de su fiel Sumo Sacerdote. En el momento oportuno, sin duda alguna, El les permitirá tener una experiencia espiritual plena.

Ya vimos que el Señor nos llama a que vayamos a la cruz para hacer morir la vida de nuestra alma. Si no nos ponemos sobre el altar, nuestro Sumo Sacerdote no podrá partir nuestra alma y nuestro espíritu con Su espada cortante. Debemos estar dispuestos a permitir que la cruz opere; entonces nuestro Sumo Sacerdote actuará en nosotros. Debemos seguir el ejemplo de nuestro Señor Jesús. Cuando El murió, derramó Su vida anímica hasta la muerte (Is. 53:12), pero entregó Su espíritu a Dios (Lc. 23:46). Nosotros debemos hacer lo mismo. La vida del alma tiene que morir. Si derramamos la vida de nuestra alma y encomendamos nuestro espíritu a Dios, en poco tiempo veremos que Dios nos dará a conocer el poder de la resurrección. En la gloria de la resurrección existe la vida espiritual plena.

LA PRACTICA

Como dijimos antes, el Sumo Sacerdote opera porque nosotros aceptamos la cruz. Veamos la manera en que el Señor Jesús, en la práctica, parte nuestra alma y nuestro espíritu.

Es necesario que nuestra alma y nuestro espíritu sean divididos

Si no sabemos esto, no se nos hará tal exigencia. El creyente debe pedirle al Señor que le muestre lo detestable de una vida en la que el espíritu y el alma están mezclados, y debe saber que en Dios existe una vida que es más elevada y a la vez más profunda, una vida que es exclusivamente del espíritu y que no es afectada por el alma. Debemos comprender que una vida en la que el espíritu y el alma están mezclados es una pérdida.

Debemos desear esta división

El creyente no solamente debe conocer, sino también desear sinceramente que su espíritu y su alma se dividan; debe haber un deseo intenso en el corazón para experimentar esta separación. Esto se debe a que ahora todos los problemas están en la voluntad del hombre. Si el creyente no está dispuesto o no quiere que su espíritu y alma se dividan, y prefiere disfrutar lo que él mismo considera bueno, Dios respetará su decisión y nunca lo forzará.

Debemos rendirnos totalmente

Si el creyente está dispuesto a tener la experiencia de que su espíritu y su alma sean partidos, debe ponerse sobre el altar de la cruz y estar dispuesto sin reservas y de corazón a aceptar el efecto de la cruz y a experimentar la muerte del Señor hasta que el espíritu y el alma se separen. Para tener esta experiencia, su voluntad continuamente debe ser una con la de Dios, escogiendo de una manera viva y activa esa separación. Además, debe mantener la actitud de que hasta que la obra de separación se efectúe, él no desea que el Sumo Sacerdote detenga Su operación.

Debemos permanecer en Romanos 6:11

Los creyentes deben tener mucho cuidado de no caer en pecados ni transgresiones mientras buscan la experiencia de que el espíritu y el alma se separen. La base para que el espíritu y el alma se separen es que el creyente ya murió al pecado. Por lo tanto, el creyente diariamente debe tener la actitud descrita en Romanos 6:11, es decir, debe considerarse verdaderamente muerto al pecado, y con todo su corazón debe mantener esta actitud en su voluntad: “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal” (v. 12). Sólo así, el creyente puede impedir que la vida del alma peque de nuevo por medio del cuerpo mortal.

Orar y leer la Palabra

El creyente debe escudriñar la Biblia en oración y meditación. Debe permitir que la Palabra de Dios penetre en él profundamente para que su vida anímica sea limpia por la Palabra de

Dios, porque si el creyente puede andar según la Palabra de Dios, su vida anímica no podrá actuar. Este es el significado de lo dicho en 1 Pedro 1:22: "Puesto que habéis purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad".

Tomar la cruz diariamente

Para que el Señor pueda dividir nuestro espíritu de nuestra alma, nos dará oportunidades para que en las circunstancias tomemos la cruz. Si el creyente toma la cruz diariamente, rechaza el yo y no es dirigido por la carne ni un sólo momento, y si el Espíritu Santo constantemente le revela las actividades del alma en su vida diaria, entonces experimenta la vida del espíritu. Si el creyente se somete fielmente, el Señor dividirá su alma y su espíritu en lo secreto para que pueda tener una vida espiritual pura.

Andar por el Espíritu

Andar por el Espíritu es una condición que nos salvaguarda, y también es la condición para que nuestro espíritu y nuestra alma sean separados. En todas las cosas, los creyentes deben procurar andar por el espíritu, distinguiendo lo que es del espíritu de lo que es del alma, decidiendo seguir de una manera incondicional todo lo que sea del espíritu y rechazar lo que sea del alma. El creyente debe aprender a conocer la obra de su propio espíritu y seguirlo.

Todas éstas son condiciones que los creyentes deben cumplir. El Espíritu Santo necesita que nosotros colaboremos con El. Si no aceptamos lo que nos corresponde, el Señor no podrá hacer lo que le toca a El. Si hacemos nuestra parte, nuestro Sumo Sacerdote dividirá nuestro espíritu y nuestra alma mediante el poder de la cruz y la espada cortante del Espíritu Santo. El hará que todo lo que provenga de las emociones, los sentimientos, la mente y la habilidad natural, se separe del espíritu, y que no se mezclen en lo absoluto. Es indispensable que nosotros nos pongamos en el altar, pero nuestro Sumo Sacerdote hará la separación de nuestro espíritu y nuestra alma con una espada cortante. Si verdaderamente nos ponemos en la cruz, nuestro Sumo Sacerdote llevará a cabo Su deber de separar nuestro espíritu y nuestra alma. Esta es Su labor; por lo tanto, no tenemos que preocuparnos por esa parte. Cuando El ve que nosotros cumplimos los requisitos necesarios para que El opere, a su debido tiempo, El separará nuestro espíritu y nuestra alma.

Todo creyente que ve el peligro de que su espíritu y su alma se mezclen, tratará de ser librado. El camino de la liberación está abierto, pero no es fácil. El creyente debe orar diligentemente para ver claramente su triste condición y para saber dónde mora y labora el Espíritu Santo y cuáles son Sus requisitos. Debe ver el misterio y la realidad de que el Espíritu Santo mora en él, respetar esta presencia santa y ocuparse de que nada hiera al Espíritu Santo. Necesita saber que lo que más lastima al Espíritu Santo, fuera del pecado, y lo que más lo perjudica a él, aún más que el pecado, es que él viva y obre apoyándose en la vida del yo. La transgresión original del hombre se debió a que deseó algo bueno, la sabiduría y el conocimiento, pero lo buscó según su propio parecer. Esta es la clase de transgresión de la que los creyentes se arrepienten y en la cual vuelven a caer constantemente. Los creyentes deben saber que ya creyeron en el Señor y que el Espíritu Santo mora en ellos. Por consiguiente, el Espíritu debe tener toda la autoridad, y el alma

debe someterse completamente a El. Esto no significa que si oramos y le pedimos al Espíritu Santo que nos guíe y opere en nosotros, ya todo está bien y todo se cumplirá; no, no es así, pues a menos que día tras día hagamos morir la vida del alma junto con su habilidad, su sabiduría y sus sentimientos, y que estemos sinceramente dispuestos a someternos totalmente a El, a esperar Su dirección, y a confiar en Su obra, no veremos que El está obrando.

El creyente debe ver que lo que separa su alma y su espíritu es la Palabra de Dios. El Señor Jesús mismo es la Palabra de Dios; así que El por medio de Sí mismo separará nuestra alma de nuestro espíritu. ¿Estamos dispuestos a permitir que Su vida y Sus logros separen nuestra alma de nuestro espíritu? ¿Estamos dispuestos a buscar Su vida para que llene nuestro espíritu, a fin de quebrantar el alma de modo que no pueda actuar? La Biblia es la palabra escrita de Dios, y el Señor Jesús divide el alma y el espíritu con las enseñanzas de la Biblia. ¿Estamos dispuestos a seguir toda la verdad? ¿Estamos dispuestos a obedecer las enseñanzas de la Biblia y a someternos al Señor simplemente mediante las enseñanzas de las Escrituras sin que se interponga nuestra opinión? ¿Estamos dispuestos a estar satisfechos con la autoridad de la Biblia y a obedecer sin la ayuda de los hombres? Si deseamos una vida espiritual plena, tenemos que someternos incondicionalmente al Señor y a todas Sus enseñanzas. Esto es necesario y es la espada cortante que, en la práctica, separa nuestra alma de nuestro espíritu.

EL ALMA BAJO EL CONTROL DEL ESPIRITU SANTO

Dijimos anteriormente que el espíritu, el alma y el cuerpo del ser humano corresponden al templo santo, el cual consta del Lugar Santísimo, el lugar santo y el atrio. También dijimos que Dios vive en el Lugar Santísimo. Hay un velo que separa el Lugar Santísimo del lugar santo. Parece que este velo cubría la gloria y la presencia de Dios dentro del Lugar Santísimo y lo separaba del lugar santo. Esto hace que el hombre sienta y vea solamente las cosas que están fuera del velo, en el lugar santo, y que no entienda ni conozca lo que hay en el Lugar Santísimo. Así, la presencia de Dios no se puede ver en las situaciones externas de la vida, a menos que uno crea.

Sin embargo, la existencia de este velo fue temporal. Venido el tiempo, el cuerpo del Señor Jesús, que era la realidad de ese velo (He. 10:20), fue crucificado para que el velo se rasgara de arriba abajo (Mt. 27:51). Ahora lo que separaba al Lugar Santísimo del lugar santo ha desaparecido. El propósito de Dios no es quedarse para siempre en el Lugar Santísimo, sino que quiere extender Su presencia al lugar santo. Sin embargo, El espera que la obra de la cruz sea completada, ya que sólo por medio de la cruz el velo puede rasgarse para que la gloria de Dios brille desde el Lugar Santísimo.

Por lo tanto, cuando el creyente permite que la cruz complete su obra, Dios hace que el espíritu y el alma tengan la experiencia del Lugar Santísimo y el lugar santo en Su templo santo. Si el creyente se somete constantemente al Espíritu Santo, sin ninguna resistencia, la comunión entre el Lugar Santísimo y el lugar santo se hace mejor y más armoniosa día tras día. En poco tiempo, el creyente verá un gran cambio. Es la obra de la cruz la que hace que el verdadero velo del templo santo, tanto en el cielo como en la tierra, se rasgue. De esta

manera, la cruz ejerce un efecto verdadero y tangible en la vida y experiencia del creyente, haciendo que pierda su vida anímica y que no se conduzca de una manera independiente, sino que confíe y espere en la vida espiritual para que ésta genere el poder para vivir y obrar. "El velo rasgado" es entonces una experiencia que se llega a tener en el espíritu y el alma del creyente.

El velo fue rasgado en dos de arriba abajo. Esto fue obra de Dios, y no del hombre. Cuando la obra de la cruz fue consumada, Dios, de acuerdo con Su voluntad, rasgó el velo. Esto no se debe a nuestra labor ni a nuestra fuerza para pedir a fin de obtener algo. Siempre que la obra de la cruz es llevada a cabo, el velo es rasgado. Por lo tanto, renovemos nuestra consagración al Señor y no nos amemos a nosotros mismos; estemos dispuestos a hacer morir la vida del alma, permitiendo que Aquel que mora en el Lugar Santísimo sea nuestro Señor en todas las cosas. Si el Señor ve que la cruz hizo una obra suficientemente profunda en nosotros, hará que el Lugar Santísimo y el lugar santo en nosotros sean uno, así como El, mediante el poder de Dios, primero rasgó el velo para que el Espíritu Santo pudiera fluir desde Su cuerpo glorioso.

Esto hará que la gloria del Lugar Santísimo donde habita el Dios Altísimo llene abundantemente nuestra vida diaria. Nuestro vivir y nuestras actividades en el lugar santo serán santificadas por la gloria que proviene del Lugar Santísimo, y hará que nuestra alma sea como el espíritu, habitada y regida por el Espíritu de Dios. De esta manera, nuestra mente, nuestra parte emotiva y nuestra voluntad serán llenas del Espíritu Santo. Finalmente, lo que anteriormente teníamos en el espíritu, mediante la fe, llega a nuestra alma. Además, esto nunca decrecerá ni sufrirá pérdida. ¡Qué vida tan bienaventurada! "La gloria de Jehová llenó la casa. Y no podían entrar los sacerdotes en la casa de Jehová, porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Jehová" (2 Cr. 7:1-2). Desde ahora, nuestras actividades, aunque sean tan buenas como las de aquellos sacerdotes que servían a Dios, no tendrán la oportunidad de actuar ante la gloria de Dios. La gloria de Dios estará en todo, y no tendremos que recalcar la obra que se hace con los animales.

Este es el otro aspecto de la separación del espíritu y el alma. En cuanto al problema de que el alma afecta y controla al espíritu, la obra de la cruz divide el alma del espíritu. Pero en cuanto a ser llenos del Espíritu Santo y permitir que el espíritu tenga la autoridad, la obra de la cruz hace que el alma no sea independiente, sino que esté perfectamente unida al espíritu. En cuanto a la experiencia de nuestro vivir personal, debemos procurar que el espíritu y el alma lleguen a ser uno. Así que, si permitimos que la cruz y el Espíritu Santo operen de una manera profunda, veremos que lo que el alma ha perdido no es nada comparado con lo que ha ganado. Lo que muere lleva fruto; y lo que se perdió está guardado para vida eterna. Si nuestra vida anímica está bajo el control del espíritu, veremos que nuestra alma tendrá un cambio radical. Anteriormente era completamente inútil en Sus manos. Para Dios estaba perdida, ya que vivía únicamente para nosotros mismos, siempre deseando actuar en un modo independiente. Pero ahora, aunque perdida para el hombre, ha sido ganada para Dios. Desde ese momento somos aquellos de quienes se habla en Hebreos 10:39: "Los que tienen fe para ganar el alma". Esto es mucho más profundo que lo que se conoce comúnmente como "la salvación del alma". Aquí se habla específicamente de la vida. Ahora que el creyente ha aprendido a no actuar ni conducirse siguiendo sus sentimientos ni influido por lo que ven sus ojos, tiene fe para salvar su vida a fin de servir y glorificar a Dios. Lo que

aparentemente se perdió, en realidad, se gana. Jacobo [Santiago] 1 también menciona esta salvación: "Recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas" (v. 21). Cuando una rama es injertada en un árbol, recibe la naturaleza de ese árbol. De igual manera, cuando la palabra de Dios es injertada en nuestra vida, nos transmite su naturaleza. De este modo la rama llega a ser útil e incluso a llevar fruto. Por la palabra de vida obtenemos la vida de la palabra. La rama no es eliminada, sino que obtiene una vida nueva como principio de su vitalidad. Todo lo que pertenece al alma está todavía allí, excepto que ahora no es la vida del alma la que produce las facultades de su conducta, sino la vida de la palabra de Dios. Esta es la verdadera salvación del alma.

Nuestro sistema nervioso es muy sensible y es fácilmente estimulado por las circunstancias. Las conversaciones, las actitudes, el ambiente y las relaciones humanas pueden fácilmente afectarnos. Nuestra mente tiene muchos pensamientos, planes e imaginaciones, todos los cuales son muy confusos. Nuestra voluntad tiene muchas opciones e ideas y le encanta actuar según sus caprichos. Ninguna de las facultades de nuestra vida anímica nos dan paz. Ya sea en una manera individual o colectiva, la vida del alma nos hace cambiar constantemente, nos turba, nos confunde y nos inquieta.

Sin embargo, debido a que el alma es gobernada por el espíritu, podemos ser librados de ese caos. El Señor Jesús dijo: "Tomad sobre vosotros Mi yugo, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas". Si estamos dispuestos a rendirnos al Señor, a tomar Su yugo y a andar según Su voluntad, la vida de nuestra alma no será estimulada. Si estamos dispuestos a imitar al Señor y a aprender de El, al ver que El fue despreciado y que no hizo Su propia voluntad sino la voluntad de Dios, entonces la confusión de nuestra alma se disipará. El motivo por el cual lloramos y nos lamentamos es que no estamos satisfechos con la misma clase de trato que el Señor recibió, ni estamos dispuestos a someternos a la voluntad de Dios ni a lo que El dispuso para nosotros. Si hacemos morir la vida del alma y nos rendimos totalmente al Señor, nuestra alma (con sus sensibilidades), descansará en el Señor y no pensará que El nos desea algún mal. El alma controlada por el Espíritu Santo se halla en reposo.

Antes estábamos muy ocupados en nuestros planes; ahora confiamos tranquilamente en el Señor. Antes estábamos afligidos y ansiosos; ahora somos como un niño que acaba de alimentarse y descansa en el regazo de su madre. Antes estábamos llenos de nuestras propias ideas, de deseos y de ambiciones; ahora sabemos que únicamente la voluntad de Dios es buena, y descansamos en Dios. Esto es perfecta sumisión y gozo perfecto. Cuando nos damos incondicionalmente al Señor, todo está tranquilo y en paz. Efesios 6:6, hablando de lo mismo, dice: "Sino como esclavos de Cristo, haciendo la voluntad de Dios, de corazón" [o con toda el alma]. No es como antes, que nos apoyábamos en el alma, es decir, en nosotros mismos, para hacer la voluntad de Dios; sino que es con el alma, con todo el corazón, haciendo la voluntad de Dios. Mediante la obra de la cruz, la vida del alma que anteriormente se rebelaba contra Dios, ahora está totalmente sometida a Su voluntad. Anteriormente todo era superficial, y hacíamos nuestros propios asuntos según nuestra voluntad o en el mejor de los casos, hacíamos la voluntad de Dios, pero según nuestro parecer. Mas ahora somos uno con Dios en todas las cosas.

Un alma gobernada por el Espíritu Santo no se preocupa por sí misma. "No os inquietéis por vuestra vida [alma]" (Mt. 6:25). Ahora buscamos primeramente el reino de Dios y Su justicia, y confiamos en que Dios cuidará de nuestras necesidades diarias. La vida del alma tiene que ser quebrantada por la cruz mediante el Espíritu Santo para que no esté preocupada por ella misma. La primera manifestación del alma es que está consciente del yo. Ya que el creyente es uno con Dios y perdió el yo, puede confiar plenamente en Dios. El amor propio, los planes y la preocupación por uno mismo, productos del alma, son eliminados en la práctica. Debido a esto, el creyente ya no hace planes en los asuntos prácticos.

Puesto que la cruz cumplió su obra, no tenemos que afanarnos por nosotros mismos. Anteriormente nos preocupábamos, pero ahora que conocemos a Dios podemos buscar apaciblemente Su reino y Su justicia. Si nos preocupamos por lo que a Dios le interesa, El se hará cargo de lo que nosotros necesitamos. Antes los milagros eran raros y escasos para nosotros, pero ahora vivimos en el Dios que hace milagros, sabiendo que El proveerá para toda necesidad. Esto no se logra utilizando la mente, sino descansando en las manos de Dios. Ya que el poder de Dios es nuestro descanso, todo lo relacionado con nuestra vida diaria, como por ejemplo, la comida y la bebida, llegan a ser insignificantes.

"De modo que también los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, haciendo bien" (1 P. 4:19). Esto es lo que enseña la Biblia. Algunas veces las personas del mundo solamente conocen a Dios como Creador, y no como Padre. Pero los creyentes no solamente le conocen como el Padre, sino también como el Señor de la creación. Hablar de El como el Señor de la creación es dar a conocer Su poder y declarar que todo el universo está bajo Su mano. Antes cuando sufríamos, teníamos miedo del hombre, pero ahora sabemos que todas las cosas están en Sus manos y que El lo dispone todo providencialmente. Antes nos era difícil creer que nada puede moverse en este mundo sin Su voluntad, pero ahora sabemos que todas las cosas en el universo, ya sea el hombre, las cosas naturales o sobrenaturales, todo está ordenado sabia y cuidadosamente por El. Ahora sabemos que todo lo que nos sucede es permitido y predestinado por El. Un alma gobernada por el Espíritu Santo es un alma tranquila, pacífica y obediente.

No sólo debemos entregar nuestra alma al Señor, sino que también debemos amarlo y anhelarlo. "Está mi alma apegada a Ti" (Sal. 63:8). Ya no nos atrevemos a tener fe en nosotros mismos ni a ser independientes ni a servir al Señor según los caprichos de nuestra alma. Ahora seguimos al Señor cuidadosamente, aun con temor y tenacidad sin atrevernos a soltarlo ni por un momento. Ya no actuamos solos sino en completa sumisión a El, no de mala gana, sino dispuestos y con gozo; ahora aborrecemos la vida de nuestro yo, y anhelamos y amamos al Señor.

Sólo una persona así puede decir juntamente con María: "Mi alma magnifica al Señor" (Lc. 1:46). Tal creyente no se jacta en sí mismo ni se exalta a sí mismo ni abierta ni secretamente, sino que reconoce que es inútil y se humilla para exaltar al Señor, pues no quiere robar la gloria al Señor para dársela al yo (al alma), sino que magnifica al Señor en su alma. Si el Señor no es magnificado en el alma del hombre, no es magnificado en ningún lugar.

Solamente esta clase de persona no estima preciosa su vida anímica (Hch. 20:24), sino que la pone por sus hermanos (1 Jn. 3:16). Si no dejamos de amarnos a nosotros mismos, entonces cuando el Señor nos llame a llevar la cruz juntamente con El, retrocederemos. Si uno rechaza diariamente la vida del alma, podrá, por amor al Señor, no estimar preciosa su vida. Aun en condiciones normales, uno debe vivir como mártir, dispuesto a entregar su vida en la cruz, para que cuando el momento llegue, pueda ser inmolado por amor al Señor. Si uno continuamente lleva una vida dispuesta a ser derramada por amor a los hermanos y no exige sus derechos ni su comodidad, sino que se niega al yo cada día, cuando la necesidad lo requiera, podrá poner su vida por los hermanos. El verdadero amor hacia el Señor y hacia los hermanos proviene de no amar al yo. Un Cristo que quisiera salvarse y se condoliera de Sí mismo, no nos habría amado ni habría muerto por nosotros. Si El me ama, se entrega a Sí mismo por mí. Rechazar la vida del alma produce un corazón que ama, pues la fuente de la bendición es el derramamiento de la sangre.

Al llevar esta clase de vida, el alma prospera (3 Jn. 2). La prosperidad no se consigue porque uno haya ganado algo, sino por haberlo perdido todo. Sin embargo, perder la vida del alma no es perder la vida, ya que el alma está perdida en Dios. La vida del alma es egoísta y absorbente. El alma que se pierde en la vida de Dios vive en la vida ilimitada que El tiene. En esto consiste la libertad y la prosperidad. Cuanto más pérdidas suframos, mayor será nuestra ganancia. Nuestras posesiones no se miden por la cantidad que acumulemos, sino por la cantidad que demos. ¡Esta es la verdadera vida fructífera!

Uno no logra abandonar la vida del alma tan rápidamente como obtiene la liberación del pecado. Esa es nuestra vida, y constantemente debemos estar dispuestos a no vivir por ella, sino escoger la vida de Dios. Es así como cada día debemos llevar la cruz fielmente con más intensidad que antes. Todavía nos falta mucho por recorrer. Por eso, debemos identificarnos con el Señor Jesús, quien, menospreciando el oprobio, sufrió la cruz. "Considerad a Aquel ... para que no os canséis ni desfallezcan vuestras almas" (He. 12:2-3). El alma del Señor Jesús afrontó el oprobio y lo menospreció y sufrió la cruz. Esa es la meta de todos los que estamos dispuestos a seguir Sus pasos en la senda de la cruz. "Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser Su santo nombre" (Sal. 103:1).

CUARTA SECCION — EL HOMBRE ESPIRITUAL

CAPITULO UNO

EL ESPIRITU SANTO
Y EL ESPIRITU DEL CREYENTE

Los creyentes de hoy carecen del conocimiento acerca de la existencia del espíritu humano y sus funciones. Muchos de ellos no saben que además de su mente, su parte emotiva y su voluntad, tienen espíritu. Incluso después de escuchar que tienen espíritu, piensan que su mente, su parte emotiva o voluntad son dicho espíritu, o se confunden por desconocer dónde se encuentra éste. Esta ignorancia es un asunto muy serio. Los creyentes no saben cooperar con Dios ni tener dominio propio ni pelear en contra de Satanás, debido a que todas estas cosas requieren la acción del espíritu.

Lo más importante que un creyente debe saber es que tiene un espíritu, además del intelecto, el conocimiento y la imaginación, los cuales se hallan en la mente; los sentimientos, el amor y los deseos, los cuales se hallan en su parte emotiva; y las ideas, opiniones y determinaciones, que se encuentran en la voluntad. El espíritu es más profundo que la mente, la parte emotiva y voluntad. El creyente debe saber que tiene un espíritu y también debe conocer el sentir del espíritu, su función, su poder y el principio sobre el cual actúa. Sólo así podrá el creyente andar según el espíritu, no según el alma carnal ni según el cuerpo.

El espíritu y el alma de una persona que no ha sido regenerada dan la impresión de estar vinculados, pues ella sólo conoce los sentimientos del alma, que son fuertes y poderosos, e ignora la existencia del espíritu, el cual está muerto y retraído. Esta ignorancia comenzó cuando era un pecador, y continúa aun después de llegar a ser creyente. Aunque el creyente tiene vida en su espíritu, así como la experiencia de haber vencido “las cosas de la carne”, algunas veces anda según el espíritu, y otras, en el alma. No sabe lo que el espíritu exige ni cómo identificar lo que proviene del espíritu ni cómo nutrirlo; no conoce los sentimientos del espíritu ni el significado de lo que representan. Todo esto restringe la vida del espíritu, y permite que la vida natural del alma continúe actuando sobre este mismo principio. Esto es algo muy delicado y va más allá de la imaginación del creyente común. Algunos creyentes fielmente buscan experiencias espirituales más elevadas y profundas, pero después de experimentar la victoria sobre los pecados, no siguen adelante debido a que desconocen la función del espíritu. En lugar de eso, van en pos de “conocimiento espiritual y bíblico” que satisfaga sus mentes; procuran sentir la presencia del Señor, y una especie de fuego recorre

sus miembros; se conducen y andan principalmente de acuerdo al poder de su propia voluntad. Como resultado, el creyente se engaña, dando exagerado énfasis a sus propias experiencias (anímicas), y llega a considerarse un gigante espiritual. Esto cultiva la vida de su yo (su alma). Por un lado, él piensa que su experiencia es espiritualmente sólida, y que lo preservará en la senda espiritual. Los hijos de Dios deben humillarse delante de Dios y sujetarse al Espíritu Santo y a las enseñanzas bíblicas, y gradualmente examinar la función y la obra del espíritu, a fin de andar conforme al espíritu.

LA REGENERACION DEL HOMBRE
(COMPARESE CON EL CAPITULO CUATRO
DE LA PRIMERA SECCION)

¿Por qué necesita el pecador ser regenerado? ¿Por qué debe nacer de lo alto y ser regenerado por el espíritu? Porque el hombre es un espíritu caído, y como tal necesita que su espíritu sea regenerado para recibir un espíritu nuevo. Satanás es un espíritu caído y el hombre también es un espíritu caído, con la diferencia de que el hombre tiene un cuerpo. La caída de Satanás sucedió antes que la del hombre. Al conocer la caída de Satanás podemos conocer la nuestra. Satanás es un espíritu que fue creado por Dios para tener comunión directa con Dios. Sin embargo, él cayó y se convirtió en el líder de las tinieblas, y además se separó de Dios y de todas Sus virtudes. No obstante, Satanás no dejó de existir por haber caído; solamente perdió su relación normal con Dios. De igual manera, el hombre cayó en las tinieblas y se separó de Dios, pero el espíritu del hombre subsiste. Ahora, su espíritu está separado de Dios y no puede tener comunión con El ni reinar con El. Desde el punto de vista espiritual, el espíritu del hombre está muerto. Así como el espíritu del arcángel pecaminoso existe eternamente, asimismo sucede con el espíritu pecaminoso del hombre. Sin embargo, el hombre tiene un cuerpo, el cual llegó a ser carne por la caída (Gn. 6:3). Ninguna religión, ética, cultura ni ley de este mundo puede mejorar el espíritu humano caído. Debido a que el hombre es carne, nada puede convertirlo en espíritu; sólo la regeneración del espíritu puede hacerlo. Unicamente el Hijo de Dios, quien derramó Su sangre para limpiarnos de nuestro pecado y darnos una vida nueva, puede volvernos a Dios.

Cuando un pecador cree en el Señor Jesús, es regenerado, o sea que Dios le da Su vida increada, para vivificar su espíritu. La regeneración de un pecador se produce en el espíritu. Toda la obra de Dios comienza dentro del hombre y se extiende del centro a la circunferencia, mientras que Satanás obra de afuera hacia adentro. El propósito de Dios es, primeramente, darle vida al espíritu entenebrecido del hombre, y es precisamente ahí donde éste debe recibir la vida de Dios y tener comunión con El. Esto hace que el hombre sea regenerado. A partir de allí, actúa y se extiende al alma y al cuerpo del hombre.

Por la regeneración el hombre recibe un espíritu nuevo, y además hace que su espíritu viejo resucite. En cuanto a la regeneración, Ezequiel 36:26 dice: "Pondré espíritu nuevo dentro de vosotros". Juan 3:6 dice: "Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es". El espíritu mencionado en estos dos pasajes se refiere a la vida de Dios, ya que éste no es el espíritu que teníamos originalmente, sino el que Dios nos da cuando somos regenerados. Esta nueva vida es "divina" (2 P. 1:4) y "no puede pecar" (1 Jn. 3:9). El espíritu que el hombre tenía originalmente, aun después de ser vivificado, puede contaminarse (2 Co. 7:1) y necesita ser santificado (1 Ts. 5:23).

Cuando la vida de Dios (la cual también es llamada el "Espíritu") entra en nuestro espíritu humano, lo vivifica, ya que éste se encontraba en una especie de estupor. Anteriormente nuestro espíritu era ajeno a la vida de Dios (Ef. 4:18), pero fue vivificado. Por lo tanto, "aunque el cuerpo está muerto a causa del pecado, el espíritu es vida a causa de la justicia" (Ro. 8:10). Lo que perdimos en Adán fue el espíritu, ya que murió; y lo que recibimos en la regeneración es la vivificación de este espíritu muerto. Sin embargo, no solamente obtenemos lo que habíamos perdido en Adán, sino que además recibimos un nuevo espíritu con la vida de Dios, la cual Adán nunca poseyó.

Por consiguiente, entendemos cuán inútil es querer mejorarnos a nosotros mismos, o exhortar a hacer el bien, a ser avivados o arrepentirnos. No importa lo que el hombre haga, no puede vivificar su espíritu, ni puede recibir un "espíritu nuevo". Aunque el hombre pueda mejorar, lo que está muerto, está muerto; y aunque pueda reparar muchas cosas, lo que es viejo sigue siendo viejo. Si el hombre no recibe de lo alto una vida nueva, no importa cuán diligente sea para estudiar religión o para practicar la moral, no podrá hacer que su espíritu viva y sea nuevo. Unicamente el nuevo Espíritu de Dios puede vivificar el viejo espíritu del hombre. Quienes desean que su espíritu sea vivificado pero no reciben al nuevo Espíritu de vida de Dios, permanecerán muertos. Un hombre que no sea regenerado no tiene relación alguna con Cristo (Ro. 8:9); por lo tanto, todo creyente debe preguntarse si ya fue regenerado. Sólo los que reciben la vida excelente de Dios son hijos Suyos. Uno no puede ser hijo de Dios si no ha nacido de El.

En la Biblia a la vida de Dios, a menudo se le llama "la vida eterna". Esta vida es *zoe* en el idioma original, y se refiere a la vida más elevada, la vida espiritual. Todo aquel que cree en el Señor Jesús es regenerado y recibe vida eterna al instante. ¿Cuál es la función de la vida eterna? "Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a quien has enviado, Jesucristo" (Jn. 17:3). Así que, la vida eterna no es solamente una bendición que viene después para que los creyentes disfruten, sino que también es una facultad espiritual. Sin la vida eterna no conocemos a Dios, ni podemos conocer al Señor Jesús. Después de que el hombre recibe la vida de Dios, él conoce al Señor por medio de la intuición. Esta pequeña parte de la vida de Dios dentro del hombre se desarrolla con el tiempo y crece hasta ser un hombre espiritual.

Después de regenerar al hombre, el propósito de Dios es que muchos, por medio de Su Espíritu, puedan deshacerse de todo lo que pertenece a la antigua creación; la obra de Dios en el hombre también se lleva a cabo en el espíritu.

EL ESPIRITU SANTO Y LA REGENERACION

Cuando el hombre es regenerado, su espíritu recibe la vida de Dios y llega a ser vivificado. Es el Espíritu Santo quien activamente lleva a cabo esta obra. El convence al hombre de pecado, de justicia y de juicio, y prepara el corazón del hombre para que esté dispuesto a creer en el Señor Jesús como Salvador. La obra de la cruz es llevada a cabo mediante el Señor Jesús pero, el Espíritu Santo la aplica al pecador. Debemos entender la relación que existe entre la cruz de Cristo y la obra del Espíritu Santo. La cruz ya lo logró todo, pero el Espíritu Santo lleva a cabo en el hombre lo que la cruz logró. La cruz da al hombre la debida posición y produce "hechos", mientras que el Espíritu Santo guía al hombre a

experimentar lo que le corresponde por estar en dicha posición. La cruz efectúa la salvación y pone al pecador en una posición en la que puede ser salvo; la obra del Espíritu Santo revela al pecador lo que la cruz produjo para que él pueda recibirlo. El Espíritu Santo no obra solo; sino por medio de la cruz. Sin ésta El Espíritu Santo no tiene una base sobre la cual obrar, y la obra de la cruz quedaría anulada, ya que para el hombre todavía no es un hecho, aunque para Dios ya lo es.

Aunque la salvación es llevada a cabo por medio de la cruz, es el Espíritu Santo quien opera directamente para hacer que las personas lo reciban. Por eso, la Biblia dice que nuestra regeneración es obra del Espíritu Santo. "Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es" (Jn. 3:6). En el versículo 8, el Señor Jesús dijo de nuevo que la regeneración consiste en ser "nacido del Espíritu". El Espíritu Santo aplica la obra de la cruz al creyente e imparte la vida de Dios a su espíritu; es así como el creyente es regenerado. El Espíritu Santo comunica la vida de Dios, y nosotros "vivimos por el Espíritu" (Gá. 5:25). Si un hombre solamente entiende en su mente, pero el Espíritu Santo no está presente para regenerarlo en su espíritu, su entendimiento no lo podrá ayudar. Si lo que el hombre cree no es más que sabiduría humana y no el poder de Dios, sólo será estimulado en el alma, lo cual no perdura, ya que no ha sido regenerado. Solamente aquellos que creen de corazón (Ro. 10:10) pueden ser salvos y recibir la regeneración.

Además de capacitar a los creyentes para que reciban la vida al momento de ser regenerados, el Espíritu Santo tiene una obra adicional. Desde el punto de vista de la regeneración, El mora en los creyentes. ¡Qué lamentable es que el hombre continuamente se olvide de esto! Ezequiel 36 nos dice que el creyente recibe un nuevo espíritu y también al Espíritu Santo.

"Os daré un corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y pondré dentro de vosotros Mi Espíritu" (vs. 26-27)

"Pondré espíritu nuevo dentro de vosotros". Esto significa que el espíritu del hombre será renovado, y recibirá vida. Y luego añade: "Y pondré dentro de vosotros Mi Espíritu", lo cual indica que el Espíritu Santo desea morar en nuestro espíritu renovado. El creyente, en el momento de la regeneración, no sólo recibe un nuevo espíritu, sino que también recibe al Espíritu Santo (una persona), quien ahora mora en él. Desafortunadamente, así como el creyente no comprende que el espíritu que recibió es nuevo, tampoco comprende que cuando lo recibe, también recibe al Espíritu Santo. El creyente no recibe al Espíritu Santo debido a algún avivamiento que haya experimentado después de algunos años de haber sido regenerado, puesto que el día que fue regenerado, la totalidad de la persona del Espíritu comenzó a habitar en él, no solamente lo visitó. El apóstol dijo: "Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, en el cual fuisteis sellados para el día de la redención" (Ef. 4:30). Debido a que el Espíritu Santo está lleno de amor, se utiliza la expresión "contristéis" en lugar de "provoquéis a ira". Tampoco dice "no abandonéis", ya que El "permanece con vosotros, y estará en vosotros" (Jn. 14:17), "hasta el día de la redención". El Espíritu Santo mora permanentemente en todo creyente regenerado. Sin embargo, la condición del Espíritu Santo en cada creyente, varía; puede estar contristado o gozoso.

Debemos entender la relación que existe entre la regeneración y el Espíritu Santo que habita en el creyente. Si no tenemos un espíritu nuevo, el Espíritu Santo no tiene donde morar. La paloma no encontró lugar donde posarse en el mundo juzgado. No pudo morar allí hasta que la nueva creación emergió (véase Gn. 8). La regeneración es absolutamente necesaria porque sin ella el Espíritu Santo no puede morar en los creyentes. En la regeneración, el creyente recibe un espíritu nuevo y, al mismo tiempo, recibe al Espíritu Santo para que habite en él para siempre. Ya que el nuevo espíritu y Dios, quien lo engendró, son eternamente inseparables, cuando el Espíritu Santo habita en él, habita por la eternidad.

No es común que los creyentes comprendan que ya fueron regenerados y que poseen una nueva vida. Y es aun más escaso que comprendan que tan pronto creen en el Señor Jesús, el Espíritu Santo comienza a morar en ellos para ser su guía, su poder vital, y el Señor de todas las cosas. Muchos creyentes que acaban de nacer de nuevo son muy lentos para progresar y crecer, debido a la necedad de sus líderes, o a su propia incredulidad e infidelidad. A menos que los siervos del Señor abandonen esa idea de que el Espíritu Santo solamente mora en los creyentes que son espirituales, les será difícil guiar a otros a una posición espiritual.

La obra del Espíritu Santo al regenerarnos tiene como fin convencernos de nuestros pecados y guiarnos al arrepentimiento para que podamos creer en el Salvador y conocerle; así que, El nos da una naturaleza nueva. Este es el cumplimiento de la promesa que hizo Dios de que pondría un espíritu nuevo en nosotros. Pero esta promesa no termina aquí. La segunda mitad de la promesa es tan maravillosa como la primera mitad. La promesa de que el Espíritu Santo moraría en nosotros, viene inmediatamente después de la promesa de que recibiríamos un espíritu nuevo. La obra del Espíritu Santo, que hace que los creyentes reconozcan el pecado, crean en el Señor y reciban la vida, es sólo Su obra inicial, la cual prepara el terreno para poder morar en ellos. El hecho de que el Espíritu Santo more en los creyentes para manifestar al Padre y al Hijo es una gloria especial en la era de la gracia. Dios ya les dio Su Espíritu a Sus hijos. Ahora les corresponde a ellos dar testimonio mediante la fe y obedecer fielmente. El día de la resurrección y el día de Pentecostés ya sucedieron; ya descendió el Espíritu Santo; si un creyente únicamente conoce la obra de regeneración del Espíritu Santo, pero ignora la realidad de que el Espíritu Santo mora en él, será igual que cualquier persona del Antiguo Testamento. Ciertamente, muchos creyentes están viviendo en los días previos a la resurrección y al día de Pentecostés.

Aun si un creyente es tan necio que en su experiencia nunca va más allá de la primera mitad de la promesa de Dios y no se da cuenta de que el Espíritu Santo es una persona que mora en él, el hecho irrefutable seguirá vigente de todos modos. El es regenerado, y es un templo santo apto para ser la morada del Espíritu Santo. Si recurre con fe a la segunda mitad de la promesa de Dios, ésta se cumplirá de una manera tan gloriosa como la primera mitad de Su promesa. Si un creyente solamente presta atención a la regeneración y se conforma con recibir un espíritu nuevo, no experimentará el poder ni el gozo de la vida a la que tiene derecho. Si un creyente no conoce ni entiende el misterio y la obra del Espíritu Santo que mora en él, es difícil que reciba todas las bendiciones que Dios preparó para él en el Señor Jesús. Si está dispuesto a recibir la promesa de Dios con fe, dando por hecho que en la regeneración Dios no sólo le dio una vida nueva, sino también al Espíritu Santo, como una

persona que mora en su espíritu para ser su Señor, entonces su vida tendrá un gran avance en la senda divina.

Si un hijo de Dios cree y está dispuesto a ser fiel el día que su espíritu es renovado, tendrá la experiencia de que el Espíritu Santo mora en él. Después de que el creyente es regenerado, el Espíritu Santo mora en él para guiarlo a una condición espiritual donde manifieste a Cristo, y donde le enseñará y le santificará. Sin embargo, muy a menudo el creyente ni siquiera conoce la posición del Espíritu Santo, no le da importancia al hecho de que habite en él, y anda según su propia voluntad. A la luz de esto, el creyente debe humillarse, honrar Su presencia santa, y permitirle obrar, temblando con temor, amor y respeto delante de El, sin atreverse a actuar por sí mismo, reconociendo el gran privilegio de que Dios more en él. Si deseamos permanecer en Cristo y tener una vida santa como la de El, debemos utilizar nuestra fe para recibir la provisión de Dios, ya que el Espíritu Santo está en nuestro espíritu. El problema es si le permitiremos obrar desde nuestro espíritu.

EL ESPIRITU SANTO Y EL ESPIRITU HUMANO

Ya que vimos que el Espíritu Santo mora en los creyentes desde el día en que son regenerados, examinaremos ahora con más detalle dónde mora el Espíritu Santo, para poder entender Su obra en nosotros.

Debemos recordar que el verdadero significado de la regeneración no es un cambio externo ni un estímulo del alma ni del cuerpo, sino que el espíritu recibe vida. La regeneración es algo nuevo que sucede en el espíritu humano. Es el avivamiento del espíritu que estaba sumido en la muerte. El espíritu amortecido es avivado porque recibe una vida nueva. Pero lo más importante es que cuando recibimos un espíritu nuevo, también recibimos al Espíritu Santo, el cual viene a morar en nosotros. En Ezequiel 36:26-27 la expresión "pondré dentro de vosotros" se menciona dos veces, e indica que el Espíritu Santo mora en el espíritu humano.

Dijimos que nuestro ser es semejante al templo santo. "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?" (1 Co. 3:16). Lo que el apóstol dice es que los creyentes son el templo de Dios, y por eso la morada del Espíritu Santo en ellos es semejante a lo que se menciona en el Antiguo Testamento, cuando Dios moraba en el templo santo. Aunque el templo en su totalidad denota la presencia de Dios y es el lugar donde El habita, Su verdadera morada era el Lugar Santísimo. El Lugar Santo y el atrio eran solamente donde Dios obraba según Su presencia en el Lugar Santísimo. Nuestro espíritu es representado por el Lugar Santísimo. De acuerdo a este ejemplo, es claro que el Espíritu Santo mora en nuestro espíritu.

La naturaleza del que mora y de la morada es la misma. Después de la regeneración del hombre, solamente el espíritu regenerado del hombre es apto para ser la morada del Espíritu Santo, no su mente, ni el asiento de sus emociones, ni su voluntad, ni su cuerpo. El es el que edifica y también el que mora. El no puede morar antes de edificar, así que edifica porque quiere tener donde morar; únicamente puede morar en lo que El ha edificado.

Como ya mencionamos, el ungüento santo no podía ser derramado sobre la carne del hombre. También mencionamos que en la Biblia, todo lo que pertenece al hombre antes de su regeneración, sin importar cual parte de su ser sea, es llamado "carne". Por lo tanto, el Espíritu Santo no podía morar en el hombre. Esto también indica que el Espíritu Santo no puede morar en la mente, ni en la parte emotiva, ni en la voluntad, ni en el cuerpo del hombre. Ni siquiera puede morar en el espíritu de un hombre que no haya sido regenerado. Al igual que el ungüento santo, que no podía ser derramado sobre la carne, el Espíritu Santo no puede morar en la "carne", pues El lucha contra la carne (Gá. 5:17); ésa es la única relación que tiene con la carne. Por lo tanto, si no existe en el hombre algo diferente a la carne, es imposible que el Espíritu Santo more en él. Por eso es tan importante la regeneración del espíritu.

Es muy importante el hecho de que el Espíritu Santo more en el espíritu del hombre. Si un creyente no sabe que el Espíritu Santo mora en la parte más profunda de su ser, más allá de su mente, su parte emotiva y voluntad, él esperará que el Espíritu Santo lo guíe desde su mente, desde sus emociones o desde su voluntad. Si entendemos esto, sabremos que estábamos engañados procurando ser dirigidos externamente, fuera del espíritu, en nuestra alma, o en nuestro cuerpo. De hecho, el Espíritu Santo mora en lo más profundo de nuestro ser. Por lo tanto, se espera que actúe allí; solamente allí encontraremos Su guía. Nuestra oración se dirige al "Padre celestial", pero debemos saber que El está en nosotros guiándonos. Nuestro Consolador está en nuestro espíritu. Así que Su dirección también proviene de allí. Si buscamos una señal por medio de un sueño, una visión, una voz o un sentimiento fuera de nuestro espíritu, seremos engañados.

Muchos creyentes escudriñan sus propios pensamientos, sentimientos y opiniones, para ver si tienen paz, o cuánta gracia han recibido, o cuánto han progresado. Esto no es fe, y es muy peligroso, pues hace que el creyente aparte sus ojos de Cristo y se mire a sí mismo. Pero existe otra clase de búsqueda interior que es muy diferente a ésta. El mayor acto de fe es buscar la guía del Espíritu Santo, el cual habita en nuestro espíritu. Ni la mente, ni la parte afectiva ni la voluntad del creyente pueden percibir las cosas que están dentro de él mismo; sin embargo, aun en la más densa oscuridad, él debe creer que Dios le dio un espíritu nuevo, en el cual mora el Espíritu Santo. El hombre creía en el Dios que habitaba detrás del velo y le temía, aunque no lo veía; asimismo el Espíritu Santo que mora en el espíritu del hombre tampoco puede ser visto por su alma ni por su cuerpo.

Después de ver esto, sabemos qué es la verdadera vida espiritual. No es pensamientos ni visiones; tampoco es sensaciones de gozo ni felicidad, ni estremecimientos repentinos ni contacto con fuerzas exteriores, sino que esta vida procede del Espíritu que habita en lo más recóndito del hombre. La verdadera vida espiritual es más profunda que la mente, las emociones y las sensaciones del cuerpo, pues se encuentra en lo más profundo del hombre. Andar conforme al espíritu equivale a conocer el sentir interior del espíritu que habita en lo mas hondo de nuestro ser y seguirlo. No importa cuán maravillosas sean las experiencias que se tengan en el intelecto, en las emociones o en la voluntad, si son superficiales y no pasan de los sentimientos, entonces no son del espíritu. Sólo el efecto producido por la obra del Espíritu Santo en el espíritu del hombre puede considerarse una experiencia espiritual. Cualquier otra cosa es sólo pensamientos y sentimientos. La vida espiritual necesita fe.

En Romanos 8:16 dice: “El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu” (no nuestro corazón ni nuestra alma), “de que somos hijos de Dios”. El espíritu del hombre es la parte en la cual él puede obrar juntamente con el Espíritu Santo. ¿Cómo sabemos qué fuimos salvos y qué somos hijos de Dios? Lo sabemos porque nuestro espíritu fue vivificado y porque en él habita el Espíritu Santo. Nuestro espíritu fue regenerado y renovado, y en él habita el Espíritu Santo, quien es distinto a nuestro espíritu. El da testimonio en nuestro interior juntamente con nuestro espíritu.

APENDICE

En la versión oficial de la Biblia en chino es difícil distinguir cuándo la palabra *espíritu* se refiere al Espíritu Santo y cuándo se refiere al espíritu humano. Quienes hicieron esta traducción de la Biblia utilizaron la expresión *Espíritu Santo* siempre que el texto original tuviera la palabra *espíritu* sola, pues supusieron que el texto se refería al Espíritu Santo, así que agregaron *Santo* para indicar que ésta hacía referencia al Espíritu de Dios.

Toda la Biblia, palabra por palabra y oración por oración, es inspirada por Dios. ¿Por qué Dios, en varias ocasiones, no dice *Espíritu Santo* sino *espíritu?* Dios en muchas ocasiones claramente alude al Espíritu Santo. Pero ¿por qué en algunas ocasiones sólo se usa la palabra *Espíritu?* Para estos traductores, cuando esto ocurre también debe de referirse al Espíritu Santo. En muchas ocasiones donde sólo se hace mención del *Espíritu*, se sobreentiende que se alude al Espíritu Santo, como por ejemplo en el *Espíritu de Cristo*, el *Espíritu de Dios*. Pero en muchos versículos cuando el *espíritu* se menciona solo, ¿a qué se refiere exactamente?

En 1913 en una revista mensual que se especializaba en estudios bíblicos se publicaron seis mensajes dados por un señor de apellido Fullest, referentes al Espíritu Santo. Todos ellos se basaban en el texto original. Cuando habló del vocablo *Espíritu*, explicó las muchas maneras en que esta palabra había sido usada en la Biblia, e hizo notar el error de atribuir la palabra *espíritu* exclusivamente al *Espíritu Santo*, sin tomar en cuenta el contexto. Dijo que es maravilloso que el conocimiento parece no ser muy útil con respecto a éste gran tema, ya que no se sabe con certeza si la palabra debe escribirse con mayúscula o con minúscula cuando el Espíritu Santo redactó el Nuevo Testamento. Por lo tanto, en la Biblia en español, el uso de mayúscula para la palabra *Espíritu* es la interpretación de los traductores. Los expertos en el Nuevo Testamento sostienen diferentes posiciones con respecto a los casos en que *espíritu* se debe escribir con mayúscula y cuándo con minúscula.

La palabra *Espíritu,* con mayúscula, se refiere al Espíritu Santo, y *espíritu,* con minúscula, se refiere a un espíritu que no sea el Espíritu Santo, como por ejemplo, el espíritu del hombre. ¿Queda claro entonces? En el texto original, cuando se usa el vocablo *espíritu*, no se sabe a ciencia cierta si se refiere al Espíritu Santo o al espíritu humano. No es fácil determinar la diferencia. Necesitamos leer el contexto con detenimiento para determinar si en el idioma original se hace alusión al Espíritu Santo o no.

Sin embargo, para nuestra necesidad presente, podemos decir que la palabra *santo,* que aparece antes de la palabra *espíritu,* en algunos casos en el Nuevo Testamento, es realmente la interpretación del traductor [y lo mismo se puede decir de los casos en que *Espíritu*

aparezca con mayúscula]. Al llegar a cada caso, descubriremos que por lo menos algunas veces se refiere al espíritu humano.

Al examinar lo anterior, concluimos que el Espíritu Santo y el espíritu regenerado de los creyentes tienen una relación bastante difícil de separar. Debido a que el Espíritu Santo actúa en el espíritu del hombre con el propósito de controlar todo su ser, en algunos lugares de la Biblia, el Espíritu Santo y el espíritu humano se mencionan como si fueran uno solo. El espíritu de la persona debe dominar todo su ser; sin embargo, no solamente su espíritu solo, sino el espíritu habitado por el Espíritu Santo. Sólo el espíritu del hombre puede laborar juntamente con el Espíritu Santo, y es allí donde el Espíritu Santo puede obrar.

CAPITULO DOS

EL HOMBRE ESPIRITUAL

Es muy posible que un creyente que ha sido regenerado, cuyo espíritu ha sido vivificado y en quien mora el Espíritu Santo siga siendo un creyente carnal y tenga su espíritu oprimido por su alma o su cuerpo. Hay un sendero específico que el creyente regenerado debe tomar a fin de llegar a ser espiritual.

Debe haber por lo menos dos grandes cambios en la vida de un ser humano, primero debe dejar de ser un pecador que va camino a la perdición y ser un creyente salvo, y en segundo lugar debe dejar de ser un creyente carnal para ser uno espiritual. Así como un pecador puede llegar a ser un creyente, igualmente, un creyente carnal puede llegar a ser un creyente espiritual. Dios puede hacer que un pecador llegue a ser un creyente que tenga Su vida y también puede hacer que un creyente carnal llegue a ser espiritual lleno de Su vida. Cuando un hombre cree en Cristo, se convierte en un creyente regenerado; y cuando un creyente obedece al Espíritu Santo se convierte en un creyente espiritual. Cuando un hombre tiene una relación normal con Cristo, llega a ser creyente; y cuando el creyente tiene una relación normal con el Espíritu Santo llega a ser un hombre espiritual.

Unicamente el Espíritu Santo puede hacer que un creyente sea espiritual. Esa es Su obra. Dios dispuso con respecto a la redención que, por un lado, la cruz lleve a cabo una obra de demolición que acabe con todo lo que proviene de Adán. El Espíritu Santo, por otro lado, lleve a cabo la obra de edificación que desarrolla en el creyente todo lo que proviene de Cristo. La cruz hace posible que los creyentes sean espirituales, y el Espíritu Santo lleva a cabo la obra de hacerlos espirituales. Ser espiritual significa pertenecer al Espíritu Santo. El Espíritu Santo fortalece el espíritu humano para que pueda regir la totalidad de la persona del creyente. Por lo tanto, si anhelamos ser espirituales, no debemos olvidar al Espíritu Santo ni hacer a un lado la cruz, ya que ambos obran juntamente como lo hacen las dos manos de una persona, pues la una no puede prescindir de la otra, y ninguna actúa de modo independiente. La cruz conduce el hombre al Espíritu Santo, y éste lo guía a la cruz. El creyente espiritual debe experimentar al Espíritu Santo en su espíritu. Si desea llegar a ser un hombre espiritual, deberá dar diversos pasos en su experiencia. Prestar atención a estos pasos no significa necesariamente que el paso uno preceda al paso dos y que luego sigue el tres. Para describirlos uno tiene que hacerlo en secuencia, pero en la experiencia, muchas veces ocurren simultáneamente.

Aunque hay muchas cosas que queremos mencionar con respecto a la forma en que los creyentes progresan para llegar a ser hombres espirituales, no olvidemos las enseñanzas anteriores (segunda sección, capítulos cuatro y cinco). Los creyentes deben saber que lo que impide que un hombre sea espiritual es la carne. Por lo tanto, si el creyente puede asumir la actitud definitiva que debe tener para con la carne, progresará fácilmente. Es maravilloso que cuanto más espiritual sea uno, más conoce la carne y descubre lo que se relaciona con ella. Si un hombre no conoce la carne, no es espiritual. Todo lo que

mencionamos anteriormente con respecto a la carne (véase la segunda sección, capítulo cinco) es el fundamento de nuestro anhelo de ser espirituales y no debemos descuidarlo. Si no prestamos atención a la carne, no importa qué clase de progreso tengamos, éste será vano, superficial y carente de realidad. Cuando el creyente sabe cómo negarse a la carne y a sus actividades, habilidades y opiniones en todas las cosas, se puede decir que es un hombre espiritual. Pero quisiéramos mencionar nuevamente algo positivo que está directamente relacionado con el espíritu.

LA SEPARACION DEL ESPIRITU Y EL ALMA (COMPARESE CON LA TERCERA SECCION, CAPITULO CINCO, "LA DISTINCION ENTRE EL ESPIRITU Y EL ALMA")

Lo principal que se menciona en Hebreos 4:12 es si vivimos de acuerdo con lo que nos indica la intuición en nuestro espíritu, o bajo el influjo de nuestros gustos o disgustos naturales (anímicos). La Palabra de Dios nos juzgará en estas cosas y nos mostrará lo que pertenece al espíritu y lo que pertenece al alma. Sólo la cortante espada de Dios puede discernir claramente la fuente de nuestra conducta. Así como un cuchillo puede dividir los huesos y los tuétanos, la espada de Dios puede dividir el alma y el espíritu que están tan estrechamente unidos. Al principio, esta separación es sólo conocimiento, pero debe llegar a ser una experiencia. Unicamente por la experiencia pueden los creyentes saber cómo se separan el espíritu y el alma. El creyente debe permitir que el Señor divida su alma de su espíritu. No sólo debe desear que el Espíritu Santo y la cruz operen en él, anhelarlo, consagrarse a ello y orar por ello, sino que también debe poseer esta experiencia. El espíritu del creyente debe ser librado de las ataduras del alma. El alma y el espíritu deben estar claramente separados, así como en el Señor Jesús, cuyo espíritu y alma no se mezclan en lo más mínimo. El espíritu, que contiene la intuición, debe estar completamente libre para ser la única morada y el lugar de operación del Espíritu Santo, y no permitir que el alma (es decir, la mente y las emociones) tenga el más mínimo efecto. El espíritu debe ser librado de toda atadura del alma.

La obra de la cruz sobre la vida del alma debe ser muy práctica, y la restricción que le imponga debe ser bien definida. En la experiencia, la vida del alma debe sufrir pérdida, y sus facultades deben mantenerse bajo el gobierno del espíritu.

El creyente debe experimentar que el alma y el espíritu se separen, hasta el punto donde el espíritu quede libre del encierro del alma, y sólo entonces podrá ser espiritual. El creyente espiritual difiere de las otras personas en que todo su ser es gobernado por su espíritu. El gobierno del espíritu no es únicamente el gobierno del Espíritu Santo sobre el alma y el cuerpo, pues el espíritu del creyente, debido a la obra del Espíritu Santo mediante la cruz, asume la autoridad de todo su ser, en vez de que éste sea gobernado por el alma y el cuerpo.

Para que el creyente experimente una vida espiritual, es indispensable que se establezca la separación del alma y el espíritu, ya que esto constituye su preparación espiritual. Sin ella, el creyente siempre estará afectado por el alma, y su espíritu y su alma estarán mezclados toda su vida. Algunas veces tendrá una vida espiritual, pero otras, será gobernado por la mente y las emociones, o vivirá por su vida natural. Así, la expresión de su vida no será

pura. La mezcla del espíritu y el alma es un principio en la vida del creyente que no tiene una vida espiritual pura. Esto mantiene al creyente en la condición de ser anímico. Su propia vida sufrirá pérdida, y el Espíritu Santo no podrá usarlo para hacer una obra importante.

Si hay una verdadera separación del espíritu y el alma en el creyente, y si anda según su espíritu y no según su alma, siempre que su alma reaccione, inmediatamente lo detectará, sentirá como si estuviera siendo corrompido, y luchará para romper la fuerza y el influjo del alma. La vida natural es corrupta y puede contaminar al espíritu. Después de establecerse la separación del alma y el espíritu, la intuición del espíritu se hará muy sensible. Siempre que el alma actúa, el espíritu inmediatamente se duele y se resiste a tal grado que cuando otros actúan en su alma, el espíritu inmediatamente se siente incomodo. Aun cuando es objeto del amor o de las emociones de otros, le parece tan chocante que no lo puede tolerar. Solamente cuando se experimenta la separación del alma y el espíritu, el creyente tiene sentimientos limpios y sus intenciones son puras. Sólo entonces entenderá el significado de ser limpio y sabrá que no sólo las cosas pecaminosas son corruptas, sino que todo lo natural es igualmente corrupto y, en consecuencia, debe ser rechazado. Ahora sí sabe y percibe, por medio de la intuición de su espíritu, que el contacto con todo aquello que es del alma, ya sea suyo o de otros, es corrupto y debe limpiarse inmediatamente.

CONSCIENTES DE ESTAR UNIDOS AL SEÑOR EN UN SOLO ESPIRITU

Pablo dijo: "Pero el que se une al Señor, es un solo espíritu con El" (1 Co. 6:17), no dijo una sola alma. El Señor resucitado es el Espíritu vivificante (15:45); así que, Su unión con los creyentes se efectúa en el espíritu de ellos. El alma es únicamente la personalidad del hombre y, por ser natural sólo debe usarse como un vaso que exprese los resultados de la unión entre el Señor y el espíritu del creyente. En el alma de los creyentes no hay nada que concuerde con la naturaleza de la vida del Señor; solamente el espíritu puede tener tal unión, y por esa misma razón no hay lugar para el alma. Si el alma y el espíritu aun están mezclados, la unión será impura. Si nuestra vida tiene algún indicio de que andamos según nuestros pensamientos, con nuestra propia opinión, o si nuestra parte emotiva es estimulada de alguna manera, eso será suficiente para debilitar esta unión en nuestra experiencia. Solamente las cosas de naturaleza similar pueden tener una unión apropiada. Las mezclas no logran esta unión. Así como el Espíritu del Señor es puro y no tiene ni rastro de mezcla, nuestro espíritu también debe ser puro para que haya una verdadera unión. Si el creyente no está dispuesto a despojarse de sus grandiosas ideas y de sus gustos para obedecer la voluntad de Dios, es imposible que en la experiencia se produzca esa unión, pues en dicha unión no se permite que el alma participe.

¿De dónde procede ésta unión? Procede de nuestra muerte y resurrección juntamente con Cristo. "Porque si siendo injertados en El hemos crecido juntamente con El en la semejanza de Su muerte, ciertamente también lo seremos en la semejanza de Su resurrección" (Ro. 6:5). Este versículo explica que el significado de nuestra unión con el Señor es que estamos unidos a Su muerte y resurrección. ¿Qué significa estar unidos al Señor en Su muerte y resurrección? Significa simplemente que somos perfectamente uno con El. Aceptamos Su

muerte como nuestra muerte, y nuestra participación con El en Su muerte como el punto inicial de esta unión. Si morimos con El, también aceptamos Su resurrección como nuestra. Si aceptamos todo esto por fe, experimentaremos que estamos juntamente con El en resurrección. El Señor Jesús resucitó según el Espíritu de santidad (Ro. 1:4) y fue vivificado en el espíritu (1 P. 3:18). Así que cuando estamos unidos a El en resurrección, lo estamos unidos en Su Espíritu de resurrección. Esto es claro. Morimos a todo lo que nos pertenece a nosotros y vivimos para Su Espíritu. Este es el significado de lo que venimos diciendo. Todo esto se logra por el ejercicio de nuestra fe (véase tercera sección, capítulo uno, "Cómo ser libres del pecado"). Cuando estamos unidos a Su muerte, perdemos todo lo que es pecaminoso y natural, y nos unimos a El en la vida de resurrección; entonces, nuestro espíritu se une al Señor para ser un solo espíritu con El. En Romanos 7:4, 6 dice: "Así también a vosotros, hermanos míos, se os ha hecho morir a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis unidos a otro, a aquel que fue levantado de los muertos ... de modo que sirvamos en la novedad del espíritu". Estamos unidos a Cristo por medio de Su muerte, y también estamos unidos a Su vida de resurrección. El resultado de tal unión es que servimos en la novedad del espíritu, sin ninguna mezcla.

¡Qué maravilloso es esto! La cruz es el fundamento de todo. La meta y el resultado de la obra de la cruz es que el espíritu del creyente se una en un solo espíritu al Señor resucitado. La cruz debe obrar profundamente en su aspecto destructor, haciendo que el creyente pierda todo lo pecaminoso y natural. Solamente entonces, el creyente podrá unirse al Señor en la vida de resurrección como un solo espíritu. El espíritu del creyente puede hacer que todo lo que posea pase por la muerte, para que todo lo natural y temporal se pierda en ella, para que el espíritu, en la frescura de la resurrección, se una al Señor de una manera pura, para estar libre de toda mezcla. El espíritu del creyente se une al Espíritu del Señor, y los dos espíritus se unen como uno solo. El resultado de esta unión es la capacidad de servir al Señor en "la novedad del espíritu", donde no queda nada del yo ni de la vitalidad natural mezclada con la vida y la obra del creyente. De ahí en adelante, el alma y el cuerpo son usados únicamente para expresar la vida y la obra del Señor. De este modo, el espíritu manifiesta su propia naturaleza en todas las cosas y se producen muchas experiencias del fluir del Señor Espíritu.

Esta es una vida en ascensión. El creyente está unido al Señor, quien está a la diestra de Dios. El Espíritu del Señor fluye desde el trono al espíritu del creyente que está en el mundo pero que no es del mundo, y la vida del trono es expresada en la tierra. Tanto por la Cabeza como por el Cuerpo corre una misma vida. Cuando el creyente se une al Señor resucitado, debe "considerarse muerto" y "entregarse". Sólo entonces puede el Señor derramar Su poder vivificante por medio del espíritu del creyente. Al igual que una manguera conectada a una fuente emana agua, asimismo el espíritu del creyente, que está unido al Espíritu del Señor, emana vida. Esto obedece a que el Señor no es solamente el Espíritu sino el "Espíritu vivificante". No hay nada que pueda vencer a tal creyente. Su espíritu está lleno de vida por estar plenamente unido al Espíritu vivificante, y nada puede limitar esa vida. Necesitamos vida en nuestro espíritu para que podamos ser victoriosos en nuestra vida diaria. Por dicha unión, obtenemos todas las victorias del Señor Jesús, podemos conocer Su mente y voluntad, y hace que el creyente obtenga la vida y la naturaleza del Señor y que se forje en él la nueva creación. Por medio de la muerte y resurrección, el espíritu del creyente asciende como el Señor ascendió; en su experiencia

estará en los lugares celestiales y desde allí aplastará bajo sus pies todo lo mundano. Por estar unido al Señor en un solo espíritu, el espíritu del creyente no es estorbado ni turbado por nada. Al contrario, se remonta a los cielos, mas allá de las nubes, siempre libre y siempre fresco, con una visión clara y celestial de todas las cosas. Esto es muy distinto a los sentimientos y las emociones temporales; es una vida celestial expresada en la tierra. Tal vida tiene la naturaleza celestial y es espiritual.

EL CREYENTE DEBE ESTAR CONSCIENTE DE QUE EL ESPIRITU SANTO MORA EN EL

El Espíritu Santo está en el creyente; pero éste o no lo sabe o no le obedece. El creyente debe estar consciente de que el Espíritu Santo mora en él y que debe obedecerlo incondicionalmente; debe saber que el Espíritu de Dios es una persona que mora en él para enseñarle, guiarlo y traerle la realidad, la verdad, en Cristo. Esta obra sólo la puede hacer el Espíritu Santo después de que el creyente reconoce cuán ignorante y obstinada es su alma, y decide que aunque es necio, está dispuesto a aprender. El creyente debe permitir que el Espíritu Santo gobierne todo su ser y le revele la verdad. Cuando el creyente sabe que el Espíritu de Dios mora en lo más profundo de su ser, en su espíritu, y espera Su enseñanza, entonces el Espíritu Santo puede operar. Cuando no nos aferramos a lo nuestro y estamos completamente dispuestos y abiertos, el Espíritu Santo puede enseñarnos de tal manera que nuestra mente pueda comprender. De no ser así, hay un peligro. Cuando sabemos que tenemos espíritu, el cual es el Lugar Santísimo, que es mas profundo que la mente y la parte emotiva y que tiene comunión con el Espíritu Santo, y cuando esperamos la acción del Espíritu Santo, entonces sabemos que El verdaderamente mora en nosotros. Cuando lo confesamos y lo honramos, El manifiesta Su poder y actúa desde lo más recóndito de nuestro ser y permite que nuestra alma tenga Su vida.

Los creyentes de Corinto eran carnales. Cuando Pablo los persuadió a salir de su condición, los exhortó en más de una ocasión diciéndoles que ellos eran el templo del Espíritu Santo y que el Espíritu Santo moraba en ellos. Saber que el Espíritu Santo mora en uno es una ayuda para escapar de la carnalidad. El creyente debe saber por fe clara y constantemente que el Espíritu Santo verdaderamente mora en él. El creyente no solamente debe conocer las doctrinas de la Biblia que hablan del Espíritu Santo, sino que debe conocer al propio Espíritu Santo. Después de esto, debe entregarse a El sin reservas para ser renovado y debe someter al Señor voluntariamente las diferentes partes de su alma y de su cuerpo, permitiéndole que lo guíe y lo corrija.

El apóstol preguntó a los corintios: "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?" (1 Co. 3:16). El se asombraba de que no estuvieran conscientes de esta verdad. Sabía que el primer resultado de la salvación es que el Espíritu Santo empieza a morar en los creyentes; sin embargo, ¡los corintios no lo sabían! No importa cuál sea el nivel de los creyentes, aun en un nivel tan bajo como el de los creyentes de Corinto, esto es una realidad. Es lamentable que muchos creyentes, igual que ellos, también desconocen esto. Los creyentes deben tener un conocimiento claro de este hecho; pues sin él, seguirán siendo carnales y sin posibilidad de ser espirituales. Si uno no ha experimentado que el Espíritu Santo mora en uno, ¿lo ha recibido alguna vez por la fe?

Cuando pensamos en que el Espíritu Santo es Dios y es parte del Dios Trino, que El es la vida del Padre y del Hijo, y meditamos en Su honra y en que El mora en nosotros que somos carne, sin duda le tememos, le honramos y le alabamos. El Señor tomó la semejanza de carne de pecado, y el Espíritu Santo mora dentro de la carne de pecado. ¡Qué gracia tan admirable!

EL FORTALECIMIENTO DEL ESPIRITU SANTO

Se necesita el fortalecimiento del Espíritu Santo para que el espíritu del hombre controle el alma y el cuerpo y sea el canal por donde el Espíritu Santo comunique vida a las multitudes. Efesios 3:16 dice: "Para que os dé, conforme a las riquezas de Su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por Su Espíritu". Estas son las palabras que el apóstol usó al orar por los creyentes. Si esto no fuera tan importante, el apóstol no habría orado así. El le pidió a Dios que fortaleciera, mediante Su Espíritu, el hombre interior de los creyentes. El hombre interior es el nuevo hombre de los creyentes, el cual se posee únicamente después de haber creído en el Señor. Así que, éste es el espíritu del creyente, el espíritu regenerado. El apóstol ruega en oración para que el espíritu del creyente sea fortalecido por el Espíritu Santo, para que sea fuerte.

Dicho versículo nos dice que algunos creyentes tienen un espíritu débil, mientras que otros tienen un espíritu fuerte. Esto depende de si el Espíritu Santo le da poder o no. Los creyentes de Efeso desde hacía tiempo habían sido sellados con el Espíritu Santo (Ef. 1:13-14). Así que, sin duda el apóstol oró pidiendo que se les diera algo aparte del don de que el Espíritu Santo morase en ellos. El significado de la oración del apóstol es que ellos no solamente recibieran al Espíritu Santo para que morara en sus espíritus, sino que tuvieran el poder especial del Espíritu Santo, derramado en sus espíritus, a fin de que fortaleciera su hombre interior. Un creyente puede tener al Espíritu Santo en su espíritu y aún así, tener un espíritu débil.

El creyente debe estar consciente de la debilidad de su propio espíritu. Así orará al Espíritu Santo para que llene su espíritu con poder; el creyente necesita ser lleno de poder en el espíritu. Muchas veces el cuerpo del creyente está en condiciones excelentes, pero se siente un poco perezoso. En tales ocasiones, laborar para el Señor parece imposible, y el corazón no se dispone para hacerlo. Esto muestra que su espíritu es débil e incapaz de controlar las emociones. En otras ocasiones el creyente se siente motivado, pero su cuerpo carece de la energía para obedecer. En tales casos, también parece imposible laborar para el Señor. En el huerto de Getsemaní, los discípulos tuvieron esta experiencia. ¿A qué se debió esto? A que "el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil" (Mt. 26:41). No basta con estar dispuesto en el espíritu; éste también debe ser fortalecido. Cuando el espíritu es fuerte, puede vencer la debilidad de la carne. Algunas veces cuando un creyente le predica a alguien, parece que no pudiera hacer nada por él. Esto obedece a la falta de poder en el espíritu del creyente. En el caso en que el espíritu es fuerte, si la persona no se salva, se debería a que ella no quiso, y no a la debilidad del creyente. Con relación a las circunstancias sucede lo mismo. Debido a la confusión que existe en el ambiente que rodea al creyente, él puede sentirse afectado, pero si su espíritu es fuerte, podrá enfrentar las situaciones mas confusas con toda calma y compostura. La oración es la mayor evidencia de la fuerza del espíritu. Aquellos cuyos espíritus son fuertes pueden orar mucho y sin cesar

hasta que su petición es contestada, pero los que poseen un espíritu débil, encuentran difícil hacer peticiones a Dios por años o décadas sin cansarse ni desanimarse, y así son en todas las cosas. Unicamente quienes tienen un espíritu fuerte poseen la energía para avanzar continuamente sin preocuparse por sus circunstancias ni por sus sentimientos, mas los que no, pronto sienten que no pueden soportar más. En cuanto a la lucha contra Satanás, se necesita utilizar aún más el poder del espíritu. Solamente los que tienen poder en el espíritu sabrán cómo usar el poder del espíritu para resistir y atacar al enemigo. Sin poder, toda batalla es una lucha dramática con la imaginación o con los sentimientos, y algunas veces puede ser con la fuerza natural de la carne.

Por lo tanto, a fin de que el creyente reciba del Espíritu Santo este poder, debe cumplir ciertos requisitos: debe tener una entrega total; debe deshacerse de todas las cosas y las acciones dudosas en su vida; debe estar dispuesto a hacer la voluntad de Dios; debe creer que Dios depositará el poder del Espíritu Santo en su espíritu; y debe orar por todo esto. Si la persona no presenta obstáculos, Dios inmediatamente lleva a cabo lo que ella espera. El creyente no necesita esperar que el Espíritu Santo descienda y lo llene, puesto que El ya descendió hace mucho tiempo. El creyente debe esperar que la cruz opere con la suficiente profundidad en él a fin de que cumpla los requisitos necesarios para que el Espíritu Santo lo llene. Si el creyente es fiel, obediente y cree, entonces en poco tiempo el Espíritu Santo se verterá en su espíritu, haciéndolo fuerte y dándole el poder para vivir y obrar. Para algunos creyentes un solo momento de entrega al Señor es suficiente para ser llenos sin tardanza, ya que han cumplido las condiciones necesarias.

El derramamiento del poder del Espíritu Santo en el creyente, y el ser lleno del Espíritu Santo son la misma cosa; es algo que ocurre en el espíritu, en el hombre interior. El Espíritu Santo no llena los sentimientos ni el cuerpo del hombre, sino su espíritu. Es el hombre interior, no el hombre exterior, el que se levanta y fortalece con la energía del Espíritu Santo. Esto es muy importante, ya que saberlo nos guardará de buscar sensaciones físicas, tales como convulsiones, temblores o desmayos, cuando procuramos ser llenos del Espíritu Santo, en vez de simplemente aplicar la fe (Gá. 3:14). Sin embargo, un creyente siempre debe tener cuidado de no tomar su fe como una excusa para no buscar el fortalecimiento interior del Espíritu Santo. Es necesario cumplir los requisitos, y la actitud del creyente debe ser firme. Dios cumplirá Su promesa.

Si leemos lo que el apóstol dijo en el pasaje subsecuente, veremos que la fortaleza en el espíritu hace que estemos claramente conscientes de nuestro espíritu. El espíritu, al igual que el cuerpo, tiene sus funciones y está consciente de sí mismo. Cuando el poder del Espíritu Santo aún no se ha derramado abundantemente en el espíritu del creyente, es muy difícil que éste perciba la intuición de su espíritu. Pero cuando ha tenido esta nueva experiencia de ser fortalecido en el espíritu, la intuición se manifiesta claramente. Consecuentemente, muchos creyentes conocen fácilmente la intuición de su espíritu si su hombre interior ha sido fortalecido. Cuando esto sucede pueden percibir sin dificultad los movimientos más leves de su espíritu.

Un espíritu lleno del poder del Espíritu Santo puede controlar al alma y al cuerpo para que se sometan totalmente. Ya sea el pensamiento, los deseos, los sentimientos o las intenciones, todo ello debe ser controlado por el espíritu. Eso impedirá que nuestra alma

actúe de manera independiente y hará que sólo ejerza la mayordomía que le corresponde. También permitirá que el Espíritu Santo transmita la vida de Dios mediante el espíritu del creyente, rociando y avivando a quienes están secos y muertos. Esto es distinto del bautismo en el Espíritu Santo; este fortalecimiento hace énfasis en la vida (aunque también afecta las acciones), pues el bautismo en el Espíritu Santo tiene como fin particular la obra.

ANDAR SEGUN EL ESPIRITU

Ya vimos cómo un creyente anímico puede llegar a ser espiritual. Sin embargo, esto no significa que nunca más vuelva a andar según la carne, pues siempre está en peligro de caer y volver a ser carnal. Satanás siempre está alerta y tan pronto tenga oportunidad, hará que el creyente pierda la posición elevada que ha alcanzado y lo derribará para que viva de una manera baja. Por eso, es muy importante que el creyente siempre vele y ande según el espíritu; de esta manera, podrá ser espiritual siempre.

Romanos 8 habla claramente de la importancia de andar según el espíritu. Los versículos del 4 al 6 dicen: "Para que el justo requisito de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al espíritu. Porque los que son según la carne ponen la mente en las cosas de la carne; pero los que son según el espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el espíritu es vida y paz". Andar según el espíritu está en contraste con andar según la carne. Si el creyente no anda conforme al espíritu, entonces anda conforme a la carne, pero debe andar únicamente según el espíritu. El creyente debe andar en conformidad con el espíritu y con la intuición del mismo, y no andar jamás según el alma ni según el cuerpo. Una persona que anda según el espíritu, tendrá una mentalidad espiritual, lo cual hace que todo su ser sea "vida y paz". Por lo tanto, el resultado de andar según el espíritu es vida y paz.

Vivir según el espíritu equivale a andar en conformidad con la intuición (véase la quinta sección, capítulo uno). Vivir según el espíritu es vivir, conducirse y laborar en el espíritu, y también es usar la fuerza del espíritu y ser gobernado por él. De este modo la vida y la paz se mantendrán siempre. Si el creyente no anda según el espíritu, no puede mantener su espiritualidad. El necesita conocer las diferentes funciones del espíritu y su ley para saber cómo conducirse.

Andar en el espíritu es una tarea diaria que los creyentes no deben olvidar. Debemos saber que mientras vivamos en la tierra, no vivimos en conformidad con nuestros buenos sentimientos, haciendo lo que ellos nos dictan, ni debemos vivir de acuerdo con los buenos pensamientos de nuestra mente, ya sean esporádicos o fijos, haciéndoles caso. Nosotros debemos vivir y comportarnos según nos dirija la intuición del espíritu. Cuando estamos conscientes del espíritu, el Espíritu Santo puede expresar Sus pensamientos. El no obra directamente en nuestra mente trayéndonos pensamientos súbitos. Puesto que la obra del Espíritu Santo se lleva a cabo en nuestro espíritu, si deseamos entender la mente del Espíritu Santo, debemos andar de acuerdo con la intuición de nuestro espíritu. Algunas veces nuestro espíritu está consciente de algo, pero nosotros no sabemos interpretar lo que percibe ni lo que exige ni lo que desea expresar. Debemos emplear mucho tiempo en oración para que nuestra mente pueda entender el significado de la intuición. Después de haberla entendido, debemos permitirle que nos dirija. La mente puede entender

repentinamente el significado de la intuición, pero si no hay intuición, no debemos obedecer el pensamiento repentino que surge en nuestra mente. Lo que nos enseña la intuición es el pensamiento del Espíritu Santo. Unicamente a esto debemos obedecer.

Para andar según el espíritu se requiere *dependencia* y *fe.* Ya vimos que la buena conducta de la carne es independiente de Dios. La naturaleza del alma es independiente. Si el creyente desea andar según sus propios pensamientos, sentimientos y deseos, no necesita esperar en Dios orando, ni depender de El para que lo guíe. Para hacer "la voluntad de la carne y de los pensamientos" (Ef. 2:3) no se requiere dependencia. Unicamente cuando el creyente quiere buscar la voluntad de Dios, y sabe que él es inútil, inestable, débil y sin remedio, llega a tener un corazón dispuesto a depender de Dios. Si desea que Dios lo guíe en su espíritu, debe esperar a Dios en su espíritu y no tomar sus propios sentimientos y pensamientos como guía. El creyente debe recordar que todo lo que ha hecho y lo que pueda hacer sin buscar, depender, esperar y confiar en Dios, es andar según la carne. Sólo cuando confiamos en que Dios nos guíe en el espíritu, andamos según el espíritu.

Para andar en el espíritu también necesitamos la fe, la cual se halla en contraste con ver y sentir. El alma siempre exige, desea y procura obtener todo lo que puede ser visto y sentido, como una garantía para actuar y conducirse. Si el creyente anda en conformidad con el espíritu, no anda en conformidad con el alma. En otras palabras, anda por fe y no por vista. Por lo tanto, uno que anda según el espíritu, por un lado, no se desilusiona si no recibe ayuda del hombre y, por otro, tampoco es conmovido cuando el hombre se le opone. Debido a la fe, él cree en Dios aunque no vea nada, y no depende de sus propios recursos; puede confiar en el poder invisible más que en su propio poder visible.

Andar según el espíritu tiene dos aspectos: uno es empezar a obrar y el otro es llevar a cabo la obra con poder. Muchas veces a los creyentes les falta la revelación para hacer ciertas cosas según la intuición del espíritu, pero le piden a Dios que les dé poder espiritual para hacerlas. Eso es imposible, ya que todo lo que nace de la carne es carne. Algunas veces, lo que el creyente hace se basa en el conocimiento de la voluntad de Dios mediante la revelación en el espíritu, pero utiliza su propia fuerza para hacer esa obra (véase la segunda sección, capítulo cuatro). Esto también es imposible, ya que lo que se empieza en el espíritu no puede ser perfeccionado por la carne. Para que el hombre siga al Señor, debe ser quebrantado hasta el grado de no confiar en sí mismo en absoluto; debe darse cuenta de que en él no se puede originar ningún pensamiento bueno y que no tiene poder alguno para completar la obra que empezó el Espíritu Santo. El creyente debe abandonar todos sus pensamientos, su inteligencia, su conocimiento, sus capacidades y sus dones, y debe depender totalmente del Señor. El mundo adora esas cosas y confía supersticiosamente en ellas. Pero nosotros debemos confesar continuamente que somos incompletos, que carecemos de valor, que somos ineptos e inútiles; no nos atrevemos a hacer nada si Dios no lo ordena; y aun si El lo manda, no nos atrevemos a tener la más mínima confianza en que nosotros podemos hacerlo con nuestros esfuerzos.

Si queremos andar según el espíritu, debemos prestar atención a la pequeña voz de la intuición en el espíritu para iniciar cualquier actividad, y debemos depender del *poder* del espíritu para hacer la obra que la intuición haya revelado. Si no andamos según los pensamientos, las ideas, los sentimientos y las inclinaciones naturales, sino en conformidad

con la intuición, habremos empezado bien; y si no dependemos de nuestro talento, nuestra fuerza ni nuestra habilidad, sino exclusivamente del poder del espíritu, podremos ser perfeccionados. Recordemos que tan pronto dejamos de andar según el espíritu, empezamos a andar según la carne y pensamos en las cosas de la carne, permitiendo así que la muerte opere en nuestro espíritu. Solamente cuando no andamos en la carne podemos andar en el espíritu. "Porque los que son según la carne ponen la mente en las cosas de la carne ... porque la mente puesta en la carne es muerte" (Ro. 8:5-6).

Nuestro propósito no es ser un espíritu sino hombres espirituales. Esta distinción evitará que nuestra vida espiritual se vaya a los extremos. Somos hombres y por siempre lo seremos, pero el logro más elevado de esta condición es ser un hombre espiritual. Los ángeles son espíritus, mas no hombres, pues no tienen cuerpo ni alma. Estamos destinados a ser hombres espirituales, no espíritus. Debido a eso conservamos nuestra alma y nuestro cuerpo. El hombre espiritual no es una persona que únicamente tiene espíritu; y que carece de alma y de cuerpo; en ese caso sería un espíritu y no un hombre. Ser un hombre espiritual significa sencillamente que ese hombre está sujeto al gobierno de su espíritu. El espíritu es la parte más elevada del ser humano. Debemos prestar mucha atención a este punto para no entenderlo equivocadamente. Las funciones y facultades del alma y del cuerpo humano no se anulan por el hecho de que la persona sea espiritual. Un hombre espiritual conserva su alma y su cuerpo.

El hombre espiritual todavía tiene la voluntad, la mente y la parte emotiva en su alma. Aunque éstas son partes de su vida anímica, sus funciones son esenciales para que el hombre sea tal. Por lo tanto, aunque el hombre espiritual no vive por ellas, tampoco las destruye. Aunque han muerto, han sido renovadas y resucitadas. Por lo tanto, ahora están unidas al espíritu para ser instrumentos con los cuales éste se expresa. El hombre espiritual tiene su parte emotiva, su mente y su voluntad, pero estas partes están completamente sujetas a la dirección de la intuición, la cual está en su espíritu.

El hombre espiritual tiene emociones, pero ellas no actúan independientemente como antes; sino que están bajo el control del espíritu y ya no siguen sus propios gustos ni su propio amor ni sus propios sentimientos, los cuales antes estorbaban al espíritu y se oponían a sus actividades. Ahora sólo desea lo que el espíritu desea, ama lo que el espíritu decide amar, y siente lo que el espíritu le permite sentir. El espíritu es su vida, y el alma responde inmediatamente a la acción del espíritu.

El hombre espiritual también tiene mente, pero ella no vuela libremente como antes, sino que labora juntamente con el espíritu. No se cierra en sus razonamientos y argumentos a la revelación del espíritu ni interrumpe la quietud del espíritu con pensamientos confusos. No se jacta de su sabiduría ni desobedece la revelación del espíritu; concuerda con el espíritu y coopera con él para avanzar por la senda espiritual. Si el espíritu recibe revelación, la mente pensará y descifrará su significado. Si el espíritu está contristado debido a la lucha, la mente lo apoyará en la batalla. Si el espíritu quiere enseñar alguna verdad, ella le ayudará a pensar y entender. El espíritu tiene el poder de detener los pensamientos y también de activar la mente para que piense.

El hombre espiritual también tiene voluntad, pero ésta no se centra en sí misma como anteriormente lo hacía, ni es independiente de Dios. Ella acepta o rechaza según la guíe el espíritu. No hace lo que desea ni desobedece la voluntad de Dios. Está libre de la obstinación y puede doblegarse, ya que ha sido completamente quebrantada; ya no resiste a Dios ni obra en contra de El; no es salvaje ni se opone a las restricciones. Tan pronto recibe la revelación que viene del espíritu y entiende la voluntad de Dios, ella coopera decidiendo obedecerlo como un siervo y permanece en "la puerta" del espíritu esperando sus órdenes.

El cuerpo del hombre espiritual también está sujeto al espíritu. Ya no arrastra al alma con sus lujurias como antes para hacerlo pecar. Ahora ha sido limpiado por la sangre preciosa; sus lujurias fueron erradicadas por la cruz, y ha llegado a ser un siervo del alma, la cual, a su vez, recibe órdenes del espíritu. El cuerpo responde rápidamente a la autoridad para que ésta lo controle mediante la voluntad renovada. Ya no oprime al espíritu débil, pues el espíritu del hombre espiritual ha sido fortalecido, y el cuerpo se sujeta a su poder.

El apóstol mencionó en 1 Tesalonicenses 5:23 la condición del hombre espiritual: "Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y vuestro espíritu y vuestra alma y vuestro cuerpo sean guardados perfectos e irreprensibles". Este versículo habla de un hombre espiritual en los siguientes términos:

(1) Dios mora en su espíritu para santificar todo su ser. La vida del espíritu que llena su ser hace que todas las facultades vivan por ella y que anden por el poder del espíritu.

(2) El no vive por la vida de su alma. Su mente, su imaginación, sus sentimientos, sus ideales, su amor y sus opiniones fueron renovados y depurados por el Espíritu Santo, quien los puso bajo el gobierno del espíritu de modo que ya no actúan independientemente.

(3) El todavía tiene un cuerpo, pues no es un espíritu; sin embargo, el cansancio, el dolor y las demás exigencias del cuerpo no afectan su espíritu en lo más mínimo en cuanto a su posición en ascensión. Todos los miembros de su cuerpo son instrumentos de justicia.

El hombre espiritual pertenece al espíritu, y toda su persona es gobernada por el espíritu. Todas las facultades de su persona están completamente sujetas al espíritu y son reguladas por él. Su vida la caracteriza su espíritu, del cual proviene todo y de quien él depende. Todo lo que dice o hace, lo hace con el espíritu, no por su propia cuenta ni independientemente. Rechaza sus propias fuerzas y saca fuerzas de su espíritu. El hombre espiritual es una persona que vive por el espíritu.

CAPITULO TRES

LA OBRA ESPIRITUAL

Mientras el creyente gradualmente progresa en su senda espiritual, cada vez ve más claramente que vivir para sí mismo es un pecado; de hecho, es el peor de todos. Un creyente que vive para sí mismo es como un grano de trigo que no está dispuesto a caer en la tierra para morir, y queda solo. Un creyente puede procurar ser lleno del Espíritu Santo y desear llegar a ser un hombre espiritual lleno de poder; sin embargo, ¿cuál es su meta? Su meta es ¡sentirse feliz y tranquilo! Si se le pide que viva exclusivamente para Dios y Su obra, sin preocuparse por su propia felicidad ni por sus sentimientos, inmediatamente retrocede. Esto indica que no ha comprendido lo que significa ser espiritual. En lo más recóndito de su corazón, no ha abandonado el amor por su vida anímica. Todo hijo de Dios es un siervo de El. Todos recibimos un don de parte del Señor; nadie carece por completo de dones (Mt. 25:15), Dios pone a cada creyente en Su iglesia y le asigna a cada uno una labor. Su intención, de principio a fin, no consiste en que el espíritu del creyente llegue a ser un estanque de vida espiritual. Si fuera así, el agua se secaría. El retroceso y la disminución del poder espiritual de un creyente, probablemente se deben a esto. Cuando la vida de Dios es obstruida en el espíritu, el creyente empieza a sentirse seco. Realmente, la vida espiritual es indispensable para la obra espiritual. La obra espiritual es simplemente la expresión de la vida espiritual. La llave para llevar una vida espiritual es permitir que la vida fluya sin interrupción y que llegue a los demás.

El alimento de la vida espiritual del creyente es la labor que lleva a cabo en la obra de Dios (Jn. 4:34). Si el creyente espiritual (los recién convertidos no han avanzado lo suficiente como para ser incluidos aquí) presta atención a su propia espiritualidad y se complace en leer la Biblia y en orar centrándose en sí mismo, el reino de Dios sufre una gran pérdida. El debe creer que Dios puede sostenerlo, no sólo físicamente sino también espiritualmente. Si al procurar hacer únicamente lo que Dios quiere de él, no busca comida y está dispuesto a soportar el hambre, hallará plena satisfacción. Obedecer y hacer la voluntad de Dios son alimento espiritual. Por el contrario, aquellos que desvían su atención a la comida, no obtendrán nada. Pero aquellos que con corazón sincero se ocupan de las cosas del reino de Dios serán satisfechos. Cuando el creyente no se preocupa por sí mismo y sólo piensa en los intereses del Padre, se encontrará lleno y satisfecho constantemente.

El creyente no debe desear desmedidamente algo nuevo. Lo que en realidad necesita es cuidar lo que ha obtenido para no perderlo, a fin de que sea su ganancia. Uno cuida lo que ha ganado usándolo, ya que si lo entierra, lo pierde. Cuando el creyente permite que la vida que está en su espíritu fluya en todas direcciones, él no sólo ganará a otras personas, sino que también se ganará a sí mismo. Sin embargo, esta ganancia no se debe a que quiere ganarse a sí mismo, sino a que se pierde para ganar a otros. La vida que mora en el hombre espiritual debe fluir hacia otros mediante la obra espiritual. Si el espíritu del creyente está abierto, aunque siempre debe estar cerrado para el enemigo, entonces la vida de Dios fluirá

desde él para salvar y edificar a muchos. Si la obra espiritual se detiene, la vida espiritual es obstaculizada, ya que estas dos cosas no pueden separarse.

Independientemente del oficio secular que el creyente desempeñe, siempre tiene una esfera en la que trabaja. Asimismo el creyente espiritual, consciente de su lugar en el Cuerpo de Cristo, también conoce la esfera de su trabajo. Cada miembro tiene su función y debe llevarla a cabo. Algunos dones son necesarios para ciertos miembros, y otros para todo el Cuerpo. El creyente debe conocer la esfera de su propio don y operar dentro de esa esfera. En esto radica el error de muchos creyentes espirituales. Dejan de laborar, lo cual impide que la vida espiritual se desarrolle, o laboran fuera de esa esfera, lo cual deteriora la vida espiritual. El peligro de no usar las manos ni los pies es el mismo que usarlos indebidamente. Si uno retiene la vida espiritual, la pierde, y si labora desmedidamente, impide que dicha vida se libere.

EL PODER ESPIRITUAL

Si queremos recibir poder para ser testigos de Cristo y para pelear en contra de Satanás, no tenemos otra alternativa que buscar la experiencia de ser llenos del Espíritu Santo. Es cierto que en estos días más y más personas procuran ser llenas del Espíritu Santo, pero ¿con qué propósito tratan de ser llenas de poder espiritual? ¿Cuántos buscan poder solamente para hacer alarde de ello? ¿Cuántos lo hacen para añadir lustre a su propia carne? ¿Cuántos esperan recibir el poder que hace que las personas caigan delante de ellos, ahorrándoles el esfuerzo de buscar a Dios y combatir espiritualmente? Tenemos que determinar cuál es nuestro motivo al buscar poder espiritual. Si nuestra intención no concuerda con Dios y no procede de El, no lo debemos buscar. El Espíritu Santo no reposa sobre la carne del hombre; sólo descansa en el espíritu nuevo que Dios creó en él. No debemos permitir que el hombre exterior (la carne) viva, mientras le pedimos a Dios que bautice nuestro hombre interior en el Espíritu Santo. Si la carne del hombre no ha sido quebrantada, el Espíritu de Dios no descenderá sobre su espíritu, porque si le da poder al hombre carnal, hará que se jacte y sea aún más carnal.

Hemos dicho reiteradas veces que la cruz antecede a Pentecostés; el Espíritu Santo no dará poder a los que no han pasado por la cruz. El único camino hacia el aposento alto que estaba en Jerusalén es el Calvario. Sólo quienes siguen este patrón tienen la posibilidad de recibir el poder del Espíritu Santo. La Palabra de Dios dice: "Este será mi aceite de la santa unción ... Sobre carne de hombre no será derramado" (Ex. 30:31-32). No importa si es la carne más perversa o la más refinada, el Espíritu Santo de Dios no puede descender sobre ella. Si no están las huellas de los clavos de la cruz, la unción del Espíritu Santo no puede estar presente. El veredicto de Dios sobre todos los hombres nacidos en Adán es la muerte del Señor Jesús: "Todos merecen morir". Dios esperó hasta que el Señor Jesús murió; y sólo entonces envió al Espíritu Santo. De igual manera, a menos que un creyente experimente la muerte del Señor Jesús y haya muerto a todo lo que pertenece a la vieja creación, no puede esperar el poder del Espíritu Santo. Cronológicamente, Pentecostés viene después del Calvario; en la experiencia espiritual, uno es lleno del poder del Espíritu Santo sólo después de pasar por la cruz.

La carne, delante de Dios, está condenada para siempre. El desea que ella muera. El creyente tal vez no quiere que la carne muera, sino que desea recibir el poder del Espíritu Santo para adornarla y obtener más poder para laborar para Dios (esto es absolutamente imposible). ¿Cuáles son nuestros motivos al pedir esto? ¿Nos impulsa nuestra atracción personal y nuestra reputación, el deseo de ser apreciados o de ser admirados por los creyentes espirituales, tener éxito y poder ser aceptado entre los hombres, edificando así nuestro propio ser? Aquellos que no tienen motivos puros, que son de "doble ánimo" no pueden recibir el bautismo del Espíritu Santo. Tal vez pensemos que nuestros motivos son puros, pero nuestro gran Sumo Sacerdote nos permite conocer, valiéndose de las circunstancias, si verdaderamente lo son. Si no llegamos al punto en el cual nuestra obra fracasa totalmente y las personas nos desprecian y rechazan considerándonos malvados, será muy difícil conocer si nuestra intención es exclusivamente satisfacer a Dios. Todo aquel que verdaderamente ha sido usado por el Señor ha caminado por este sendero. Cuando la cruz efectúa su obra, recibimos el poder del Espíritu Santo.

¿No es cierto que muchos creyentes que no han experimentado la cruz de manera muy profunda tienen poder para dar testimonio del Señor y han sido grandemente usados por El? La Biblia dice que además del aceite de la santa unción, existe otro aceite que es "semejante" al auténtico (Ex. 30:33). Es igual al aceite compuesto, pero no es el aceite *santo* de la unción. No debemos desear éxito ni grandeza; solamente debemos observar si nuestra vieja creación, todo lo que poseemos por nacimiento, ha pasado por la cruz. Si la carne no pasa por la muerte de la cruz, el poder que tenemos no es el poder del Espíritu Santo. Todos los creyentes que tienen visión espiritual y han traspasado el velo, saben que el éxito que se tiene sin pasar por la cruz no tiene valor espiritual.

Cuando el creyente ha condenado su carne y anda según el espíritu, recibe el poder del Espíritu Santo. De no ser así, lo que el desea es que su carne reciba poder espiritual. Si la carne no pasa por la muerte, el espíritu no tiene posibilidad alguna de recibir poder, ya que cuando el poder de la carne permanece, ésta todavía reina y el espíritu es oprimido. El poder del Espíritu Santo únicamente desciende sobre un espíritu que está lleno de El, porque sólo entonces puede fluir el poder del Espíritu Santo. Cuando el espíritu está lleno, el poder que entró en él rebosará. Así que, por un lado, el creyente debe morir a la vieja creación y, por otro, aprender a andar juntamente con el Espíritu Santo en su vida diaria. Entonces, podrá recibir poder.

El creyente debe buscar el poder del Espíritu Santo, pues no basta con entenderlo en la mente. El Espíritu Santo debe envolver su espíritu. La obra del creyente será eficaz si tiene la experiencia de haber sido bautizado en el Espíritu Santo. El Espíritu Santo necesita hallar una salida para poder brotar; es una lástima que no la pueda encontrar en muchos de sus creyentes. Algunos son estorbados por el pecado, algunos son orgullosos, otros son fríos, otros están llenos de sus propias opiniones, y otros confían en su vida anímica; así que el poder del Espíritu Santo ¡no halla ninguna salida, pues aparte de El tenemos muchos otros recursos!

En cuanto a buscar el poder del Espíritu Santo, debemos mantener nuestra mente clara y nuestra voluntad activa. Esto nos guarda del engaño del enemigo. Además debemos permitir que Dios elimine de nuestras vidas todo lo que pertenezca al pecado y lo que sea

injusto o dudoso, y debemos consagrar todo nuestro ser al Señor. “A fin de que por medio de la fe recibiésemos la promesa del Espíritu” (Gá. 3:14). Hermanos, no olvidemos que descansamos en Dios y sabemos que Dios hará todo según Su Palabra y en Su tiempo. Si El se tarda, entonces debemos permitir que Su luz examine aún más nuestra vida. Si El permite que sintamos algo cuando recibimos el poder, podemos regocijarnos, y si no lo permite, de todos modos debemos creer que El lo hizo.

Al ver la experiencia del creyente, podemos saber si recibió poder. A todo aquel que ha recibido poder se le agudizará la percepción del espíritu. Recibirá elocuencia (aunque no mundana) para dar testimonio del Señor. Su obra será eficaz y dará fruto que permanezca. El poder es indispensable para realizar la obra espiritual.

Después de que el creyente recibe el poder del Espíritu Santo, llega a estar consciente de los sentidos de su espíritu. En la obra de Dios el creyente debe mantener su espíritu despejado para que después de recibir poder permita que el Espíritu Santo haga brotar Su vida. Mantener un espíritu libre es mantener el espíritu en una condición en la que el Espíritu Santo pueda obrar.

Por ejemplo, Dios tal vez le ordene al creyente que tome el liderazgo en una reunión. Para ello, el espíritu del creyente necesita estar libre. El no debe ir a la reunión con cargas en su espíritu, pues eso haría que la reunión absorbiera el lastre de las mismas y fuera una reunión pesada y difícil. El que conduce la reunión no debe traer consigo sus propias cargas esperando que la congregación le ayude a librarse de ellas, ni depender de la respuesta de la congregación para aliviar su carga espiritual, ya que el resultado de esto será un fracaso.

El espíritu del creyente debe estar rebosando y libre de ataduras cuando llega a la reunión. Sin embargo, muchos hermanos cuando van a la reunión traen consigo sus cargas. El líder de la reunión primero debe librarlos mediante las oraciones, los himnos o la predicación de la verdad a fin de comunicarles el mensaje de Dios. Si el líder de la reunión tiene una carga de la cual no puede librarse, ¿cómo puede ayudar a otros a ser librados?

Debemos saber que las reuniones espirituales son una comunión entre espíritus. El orador comunica el mensaje de Dios desde su espíritu, y los que escuchan lo reciben con sus espíritus. Ya sea que el creyente sea un líder o un escucha, cuando su espíritu tiene una carga y no se ha librado de ella, no puede abrirse a Dios ni responder a Su mensaje; debido a eso, el espíritu del creyente debe estar libre de toda carga. Además, el líder, antes de proclamar un mensaje, debe esforzarse para librar los espíritus de los oyentes.

Tenemos que obtener el poder del Espíritu Santo a fin de hacer una obra poderosa. Debemos mantener nuestro espíritu libre para que de allí fluya el poder. La expresión del poder sobre el creyente tiene diferentes dimensiones. La medida en que él experimenta el Calvario determina hasta dónde experimentará Pentecostés. Si el espíritu del creyente está rebosando, el Espíritu Santo podrá hacer la obra.

Sin embargo, al predicar el evangelio, especialmente a un individuo, algunas veces el espíritu de éste no está abierto, lo cual tal vez sea problema de él; quizá tenga alguna circunstancia que hace que su espíritu esté cerrado. Es posible que ni su espíritu ni su mente

estén abiertos o que él no tenga la capacidad de recibir la verdad; quizá tenga pensamientos impropios en su mente que impiden que fluya el espíritu. En casos así, el espíritu del obrero se puede sentir cerrado. En muchas ocasiones, solamente necesitamos ver la actitud del que viene a nosotros para saber si podemos hacer una obra espiritual con él o no. Si sentimos que nuestro espíritu se cierra por causa de él, no podremos impartirle la verdad.

Si nuestro espíritu se siente oprimido y nos forzamos a llevar adelante la obra de todos modos, ésta probablemente no será obra del espíritu, sino un producto de nuestra mente. Solamente la obra realizada por el espíritu tiene un poder duradero y un fruto perdurable. Lo que la mente produce carece de poder espiritual. Si primero no eliminamos los obstáculos de las personas mediante la oración y una labor previa para que nuestro espíritu sea libre para impartir la Palabra de Dios, nuestra obra perderá su eficacia. Los creyentes deben aprender a andar según el espíritu para laborar en el espíritu.

EL INICIO DE LA OBRA ESPIRITUAL

No es insignificante iniciar algo. El creyente no debe hacer obras a la ligera solamente porque sean buenas, necesarias o beneficiosas. Esas no son razones válidas que indiquen que una obra es la voluntad de Dios. Quizá El quiera instar a otros a hacer la obra o tal vez prefiera detener la obra temporalmente. Aunque sea difícil abandonar el punto de vista humano, Dios sabe cómo hacerlo. Por lo tanto, ni las buenas intenciones, ni la necesidad ni la ganancia deben ser los parámetros que delineen nuestra obra.

El libro de Hechos es el mejor modelo para nuestra obra, ya que allí no vemos que nadie "se consagre a ser un predicador", ni "se decida a cumplir la obra del Señor", ni se "entregue a ser misionero o pastor", ni nada por el estilo. Lo que vemos es que el Espíritu Santo designa personas y las envía a la obra. Dios no reclutó hombres que se entregaran a la obra; El únicamente envía a las personas que *El* desea enviar. Tampoco vemos que nadie escoja una obra para sí mismo; solamente Dios elige a los obreros para Su obra. Así que, no hay lugar para las ideas de la carne. Si Dios quiere algo, ni Saulo podrá resistirlo, y si El no quiere algo, no lo hará ni aunque Simón quiera comprarlo con dinero. Por ser el Soberano de todas las cosas, Dios controla Su propia obra y no permite que ni una pequeña parte del hombre se mezcle en ella. El hombre no es el que va a laborar; sino que es Dios quien "envía" a los obreros. Por lo tanto, la obra espiritual debe comenzar con un llamamiento personal de parte del Señor. Uno no debe laborar debido a la súplica de los predicadores ni a la exhortación de los parientes y amigos ni a la afinidad de su carácter con la Palabra Santa. Solamente aquellos que se despojan de sus "zapatos" carnales pueden permanecer en el terreno santo de la obra de Dios. Existe mucho fracaso, mucho derroche y mucha confusión debido a que el hombre mismo se ofrece a laborar en vez de ser enviado a la obra.

Aun si el hombre es escogido, no puede comenzar a actuar libremente. Desde el punto de vista de la carne, ninguna otra obra es tan restringida como la obra espiritual. En Hechos leemos expresiones tales como: "El Espíritu Santo dijo", "El Señor le dijo", "enviado por el Espíritu Santo", "el Espíritu Santo le prohibió". Fuera de obedecer, el obrero no tiene autoridad para ofrecer ninguna opinión. En ese tiempo la obra de los apóstoles no era otra que la de conocer la intención del Espíritu Santo en su intuición para luego obedecerla.

¡Qué sencillo era! Si la obra espiritual necesitase que el creyente tuviera que esforzarse por idear algo, calcularlo, llevarlo a cabo y preocuparse por ello, entonces solamente los que son naturalmente dotados, inteligentes y educados podrían realizar la obra. Pero Dios hizo a un lado todo lo que es de la carne. Siempre que el espíritu del creyente sea santo, puro y lleno de vida y de poder, él podrá seguir la dirección del Señor y hacer una obra eficaz. Dios nunca dio a los creyentes la autoridad de controlar la obra, El solamente quiere que ellos escuchen lo que El les dice en su espíritu.

Samaria tuvo un "gran avivamiento", pero a Felipe no se le asignó la responsabilidad de continuar la obra de nutrición. El tuvo que salir de Samaria inmediatamente e ir al desierto para salvar a un eunuco gentil. Ananías nunca había escuchado de la conversión de Saulo, y hasta donde entendía, ir a verlo para interceder por él significaba la muerte; sin embargo, no fue él quien tomó la decisión. La ley judía prohibía que los judíos fueran a las casas de los gentiles y que se asociaran con ellos, pero cuando el Espíritu Santo habló, Pedro no pudo rehusarse. Pablo y Bernabé fueron enviados por el Espíritu Santo, pero el Espíritu Santo todavía tenía la autoridad de prohibirles que fueran a Asia y, más adelante, de guiar a Pablo a Asia para establecer la iglesia en Efeso. Toda la obra está en las manos del Espíritu Santo; el creyente solamente debe obedecer. Si la obra se efectuara según las ideas humanas, sus gustos o disgustos, entonces en los días de la iglesia primitiva, los hermanos no habrían ido a muchos lugares donde según ellos no debían ir. Esas experiencias nos muestran que no debemos seguir nuestros propios pensamientos, razonamientos, preferencias ni decisiones; sino que debemos ser guiados por el Espíritu Santo, quien mora en nuestro espíritu. También nos muestran que el Espíritu Santo no nos guía por medio de nuestros pensamientos, razonamientos, preferencias ni decisiones, sino que, por el contrario, todas estas cosas se oponen a la dirección del Espíritu Santo en nuestro espíritu. Si los apóstoles no podían laborar según su mente ni su parte emotiva ni su voluntad, ¿cómo podemos atrevernos a hacerlo nosotros?

Todo lo que Dios nos ordena, nos lo revela por medio de la intuición de nuestro espíritu (véase la quinta sección, capítulo uno). El creyente no hace la voluntad de Dios cuando actúa de acuerdo a los pensamientos de su mente ni a las actividades de su parte emotiva ni a las ambiciones de su voluntad. Unicamente lo que es nacido del Espíritu es espíritu. Las actividades del creyente deben proceder en su totalidad de una revelación que recibe en el espíritu después de confiar y esperar en Dios; de lo contrario, la carne se infiltrará. Dios nos da el poder espiritual para llevar a cabo todo lo que El nos ordena; por lo tanto, es muy importante basarnos en el principio de nunca ir más allá de la fuerza que hay en nuestro espíritu. Si nuestra obra excede los límites de nuestro espíritu, estaremos confiando en nosotros mismos. Este es el principio del fracaso. Confiar en nosotros mismos impedirá que andemos según el espíritu y que nuestra obra sea verdaderamente espiritual.

Hoy en día por lo general, el hombre usa el raciocinio, los pensamientos, las emociones, los sentimientos, los gustos, los deseos, etc., como parámetros para realizar la obra. Pero todo eso pertenece al alma y carece de valor espiritual. Debemos tener presente que todas estas facultades son buenos siervos, pero no buenos amos; si los obedecemos, fracasaremos. La obra espiritual debe provenir del espíritu. Dios no revela Su voluntad en ningún otro lugar que no sea el espíritu.

Cuando las personas necesitan ayuda espiritual, el obrero nunca debe permitir que los sentimientos se sobrepongan a la relación espiritual. Aparte del deseo perfectamente puro de ayudar a la espiritualidad de la persona necesitada, cualquier otro sentimiento del alma será dañino. Esto siempre posa un peligro y un engaño para el obrero. El amor, el afecto, la preocupación, el interés, el fervor, etc., deben ser totalmente guiados por el Espíritu Santo. Cuando no se obedece esta ley, algunos de los que laboran para Cristo tienen fracasos morales y espirituales. Por un lado, permitimos que la atracción natural y el deseo humano controlen nuestra obra; o permitimos que el odio y la falta de afecto humano la controlen. En ambos casos, el resultado será el fracaso, y la vida del obrero será devastada. Muchas veces aun en el caso de los que amamos, quienes nos son muy queridos, nuestra relación natural con ellos debe ser relegada a un segundo plano, incluso, algunas veces necesitamos olvidarnos de esa relación por completo para que haya resultados espirituales. Nuestras intenciones y deseos deben consagrarse exclusivamente al Señor.

Solamente debemos laborar cuando sabemos, por intuición, que la obra es iniciada por el Espíritu Santo. La carne no tiene ninguna posibilidad de unirse a la obra de Dios. El grado de nuestra utilidad espiritual depende de la profundidad de la obra de la cruz en nuestra carne. Los logros superficiales sólo llevan a cabo pequeñeces; únicamente la obra que hace Dios por medio de hombres y mujeres que han sido crucificados tiene valor. Aunque las obras se hagan en el nombre del Señor Jesús con fervor y mucho esfuerzo, aunque sean por una buena causa o por el reino de los cielos, eso no es suficiente para justificar la acción de la carne. Dios quiere hacer la obra, y no desea que la carne interfiera. Debemos comprender que aun en el servicio de Dios no hay posibilidad de ofrecer "fuego extraño" ni de "no ser espiritual". Esto provocará la ira de Dios. Todo fuego que no sea encendido por el Espíritu Santo en nuestro espíritu, es fuego extraño y, a los ojos de Dios, es pecado. La obra que se hace para Dios no es necesariamente la obra de Dios. No basta con hacer algo para El. Lo que cuenta es quién realiza la acción. Si no es Dios el que opera desde el espíritu del creyente y si lo que se tiene no es más que actividades realizadas por el esfuerzo de éste, entonces la obra no tiene valor delante de Dios. Todo lo que procede de la carne se pudre con la misma carne. Solamente lo que proviene de Dios perdura. Así que, la obra que Dios nos ordena realizar no será en vano.

LA META DE LA OBRA ESPIRITUAL

La meta de la obra espiritual no es otra cosa que impartir vida al espíritu del hombre y edificar ese espíritu que tiene vida. Si la meta de nuestra obra no gira en torno al espíritu, la parte mas profunda del hombre, entonces nuestra obra no tendrá ningún valor ni fruto espiritual. Los pecadores no necesitan un cúmulo de pensamientos bonitos sino vida. Los creyentes no necesitan más conocimiento bíblico sino algo que alimente su vida espiritual. Si todo lo que tenemos es párrafos excelentes, ejemplos didácticos, explicaciones profundas, palabras sabias y razonamientos lógicos, entonces lo único que podremos darle a la mente del hombre será ideas para su mente, estímulos para sus emociones y fuerza para su voluntad. Después de mucho esfuerzo, la persona que nos escucha se irá tal como vino, con su espíritu amortecido. Un pecador no necesita mejores razonamientos ni más lágrimas ni resoluciones más firmes; lo que necesita es la resurrección de su espíritu. El creyente no necesita desarrollar su hombre exterior, sino la vida abundante que trae crecimiento a su espíritu. Si limitamos nuestra atención al hombre exterior y nos olvidamos del hombre

interior, es decir, el espíritu del hombre, entonces, toda nuestra obra, aunque esté bien hecha y sea completa, con el tiempo estará vacía. Será como si no hubiésemos laborado, y aún peor, ya que habremos desperdiciado el tiempo.

Una persona puede ser conmovida, derramar lágrimas, confesar sus pecados, entender las doctrinas, comprender cuán razonable es la redención, interesarse en la religión, tomar decisiones, arrepentirse, registrarse en la lista de la congregación, leer la Biblia, orar, ser "avivada", regocijarse y testificar; sin embargo, tal vez su espíritu aún no haya recibido la vida de Dios y puede estar tan muerta como antes. El alma del hombre puede hacer todas esas cosas sin notar si su espíritu está muerto o vivo. No menospreciamos todo eso, pero sabemos que si el espíritu no es vivificado, esas cosas son solamente las ramas y se secarán cuando salga el sol caliente. Cuando el espíritu es regenerado tal vez estén presentes estas expresiones en el alma; sin embargo, en lo más profundo de nuestro ser, recibimos una nueva vida que nos capacita para conocer a Dios y a Jesucristo, a quien El ha enviado. Si el espíritu no ha resucitado para poder conocer a Dios por medio de la intuición, ninguna obra tendrá resultados espirituales.

Tengamos en mente que se puede tener una "fe falsa" y una "regeneración falsa". Muchos confunden "comprender" con "creer". Comprender es solamente entender en la mente que una doctrina es lógica y creíble. Creer, en el sentido bíblico, es unirnos al objeto de nuestra fe. Creer que el Señor Jesús murió por nosotros es unirnos a El en Su muerte. Una persona puede entender la doctrina sin creer en el Señor Jesús. Prestemos atención al hecho de que el hombre no es salvo por medio de sus obras, sino por recibir la vida eterna al creer en el Hijo de Dios. El hombre necesita creer en el Hijo de Dios. Muchos "creen en la doctrina de la redención" pero no creen en el Redentor. Muchos han aceptado la validez de la sangre del Cordero, pero no la han aplicado a la puerta de su corazón. ¡La regeneración también puede ser falsa! La vida de muchos que se llaman cristianos se parece a la de los que son genuinamente regenerados. Son muy puros, piadosos y están dispuestos a ayudar a otros; saben orar, leen la Biblia con frecuencia, asisten a las reuniones y son muy estimados. Ellos se esfuerzan por guiar a otros a que crean en Cristo. Sin embargo, aunque poseen todas esas cosas y dicen que el Señor Jesús es su Salvador, les falta algo básico, no conocen a Dios por medio de su intuición. Pueden haber oído acerca de Dios y hasta hablar de El, pero no lo conocen personalmente. "Y las [ovejas] Mías me conocen ... y oirán Mi voz" (Jn. 10:14,16). Los que no conocen al Señor ni conocen Su voz, no son Sus ovejas.

Ya que la relación entre el hombre y Dios comienza cuando aquél es regenerado y se lleva a cabo en su espíritu, es allí donde todas nuestras obras deben centrarse. Si únicamente buscamos un éxito superficial, y nuestra meta es estimular a las personas para que sean fervientes, tarde o temprano veremos que no hay nada de Dios en nuestra obra. Una vez que conocemos la posición del espíritu, nuestra obra debe tener un cambio radical. En vez de laborar sin meta haciendo lo que pensamos que es bueno, debemos tener la meta clara de edificar el espíritu del creyente. Anteriormente hacíamos énfasis en lo natural, pero ahora debemos recalcar las cosas del Espíritu de Dios. El significado de la obra espiritual es simplemente que laboremos mediante el espíritu para vivificar el espíritu de otros. Todas las demás obras no son una obra espiritual genuina.

Si descubrimos que nada de lo que tenemos puede dar vida a otros, veremos cuán inútiles somos. Si no confiamos en nosotros mismos ni usamos nada nuestro, veremos en realidad cuán débiles somos y cuánto poder tienen nuestro hombre interior, nuestro nuevo yo y nuestra vida espiritual. Debido a que vivimos continuamente por la vida del alma, no sabemos hasta qué punto se haya debilitado nuestro espíritu. Si deseamos prescindir de toda ayuda de nuestra alma para depender sólo del poder del espíritu, nos daremos cuenta de que nuestra condición espiritual es pobre. Cuando nuestro propósito no es que otros entiendan con su mente, ni que simplemente sean conmovidos en su emoción, ni que usen su fuerza de voluntad, sino que su espíritu reciba vida, hallamos que nosotros no podemos darles vida a menos que el Espíritu Santo nos use. "Los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Jn. 1:13). Si Dios no los engendra, ¡nosotros no podemos engendrarlos! Llegamos a comprender que toda la obra debe ser llevada a cabo por Dios y que nosotros somos vasos vacíos. Dentro de nosotros no hay nada que pueda engendrar a las personas, ni dentro del hombre hay nada que lo pueda engendrar; sólo Dios puede lograrlo al hacer brotar Su vida desde nuestro espíritu. Por lo tanto, la obra espiritual no es otra cosa que la obra que Dios mismo efectúa. Lo que no es hecho por Dios no puede considerarse una obra espiritual.

Debemos pedirle a Dios que nos revele esto, que nos permita ver el carácter de Su gran obra y que veamos que necesitamos Su gran poder para poder llevar a cabo Su obra. Entonces veremos que nuestras opiniones son necias y es absurdo confiar en nosotros mismos, ya que nuestras obras son simplemente obras muertas. Aunque muchas veces Dios en Su misericordia permite que nuestra obra tenga resultados que van mas allá de lo que merecemos, no debemos pensar que podemos continuar haciendo obras de esa índole. Nuestras obras son inútiles y peligrosas. La obra de Dios no puede llevarse a cabo en una atmósfera ferviente ni en un ambiente atractivo ni con pensamientos románticos ni imaginaciones poéticas ni opiniones idealistas ni sugerencias lógicas ni persuasiones convincentes ni por motivar ocasionalmente la voluntad de las personas para que tengan un celo perdurable. Si la obra espiritual se basa en nuestras imaginaciones y no en la realidad, ningún método producirá resultados. Nuestra obra es verdaderamente espiritual cuando hace que el espíritu del hombre sea regenerado y resucitado y que reciba una nueva vida, ya que eso solamente puede ser hecho por el poder de Dios, el mismo poder que levantó al Señor Jesús de entre los muertos.

Si no comunicamos la vida de Dios, no habrá alabanzas en los cielos. A pesar de que nuestra obra esté llena de razonamientos, emociones y palabras que pueden hacer que las personas tomen una decisión o aun si nuestra obra se opone a los razonamientos, las sensaciones y los estímulos, si ello no procede del espíritu en el cual mora el Espíritu Santo, nuestra obra no impartirá vida al hombre. Aunque el falso poder espiritual pueda producir resultados similares, no puede hacer que el espíritu amortecido del hombre reciba vida. Se pueden haber logrado muchas cosas, pero la meta de la obra espiritual no se habrá obtenido.

Si nuestra meta es impartir vida a otros, debemos usar el poder de Dios. Si utilizamos el poder del alma, fracasaremos. El alma puede estar viva (Gn. 2:7), pero no puede dar vida. "El Espíritu es el que da vida" (Jn. 6:63). El Señor Jesús es "el postrer Adán, [quien llegó a ser] Espíritu vivificante" (1 Co. 15:45). "Por cuanto derramó su vida [o alma] hasta la

muerte" (Is. 53:12). Aquellos que son canales de la vida del Señor Jesús, también deben entregar su vida anímica a la muerte y laborar por la vida del espíritu para que los oyentes puedan ser regenerados. De no ser así, la vida del alma, aunque sea hermosa, no tiene el poder para dar a luz. Es imposible extraer poder de la vida natural para realizar cualquier obra espiritual. La antigua creación jamás ayudará a la nueva creación. Si recibimos revelación del Espíritu Santo y actuamos mediante Su poder, nuestra audiencia reconocerá su condición y permitirá que Dios vivifique sus espíritus. De lo contrario, lo que prediquemos llegará a ser un bello ideal que motivará a las personas temporalmente, pero en el futuro nada espiritual sucederá. Quien depende del poder del espíritu puede usar las mismas palabras, pero éstas llegarán a ser vida en los espíritus de los oyentes. Las palabras de aquel que depende del poder del yo no pasarán de ser ideales humanos. Además, la obra que se hace valiéndose del poder del alma hará que los oyentes exijan esos sentimientos e ideales; así que, buscarán a los que puedan proveerles esas cosas. Si uno es ignorante, pensará que eso es un éxito espiritual, ya que ha logrado que muchas personas lo sigan, pero el que tiene conocimiento espiritual, sabe que esas personas no tienen vida en su espíritu, porque su espíritu no ha sido todavía tocado. Esta clase de obra realizada en la esfera religiosa es como el opio o el alcohol para el cuerpo físico. El hombre necesita la vida, no ideales ni estímulos. Por lo tanto, el creyente no tiene otra responsabilidad que consagrar su espíritu como vaso para el uso de Dios y entregar a la muerte todo lo que sea del yo. Dios puede usar grandemente a Sus hijos como canales de vida para que los pecadores reciban la salvación y para que los santos sean edificados; sin embargo, algunos bloquean sus propios espíritus o les dan a otros solamente lo que tienen en sí mismos. Así que la audiencia sólo recibe los pensamientos, los razonamientos y las emociones del obrero. Después de un largo sermón, los oyentes no reciben al Señor como Salvador para que su espíritu amortecido sea vivificado. Si comprendemos que nuestra meta es colaborar para que el espíritu de otros reciba vida, nosotros mismos debemos tener la debida preparación, es decir, si perdemos nuestra alma y dependemos de nuestro espíritu, veremos que las palabras que el Señor habla por nuestra boca "son espíritu y son vida".

EL CESE DE LA OBRA ESPIRITUAL

La obra espiritual fluye con la corriente del Espíritu Santo sin ningún impedimento y sin necesidad de la fuerza de la carne. Esto no significa que no haya oposición de parte del mundo ni ataques del enemigo, sino que en el Señor debemos tener el deseo de seguir Su unción. Cuando Dios necesita la obra del creyente, éste sentirá el fluir del Espíritu Santo, no importa qué clase de dificultad enfrente. El Espíritu Santo es necesario siempre que se quiera expresar la vida del espíritu. Esta obra es espontánea y extiende la vida en el espíritu.

Sin embargo, muchos siervos de Dios, presionados por las circunstancias (o por otras razones), inconscientemente permiten que la obra que llevan a cabo se vuelva mecánica. Si el creyente tiene esta sensación, debe detenerse e indagar si el Espíritu Santo aún necesita esta labor "mecanizada" o si ésta ya cumplió su propósito y ahora Dios lo guía al paso siguiente. Los siervos del Señor deben saber que lo que empieza como una obra espiritual, es decir, del Espíritu Santo, no siempre continúa siendo espiritual. Muchas obras provienen originalmente del Espíritu Santo, pero posteriormente tal vez no las necesite. Aún así, el hombre persiste, pensando que lo que el Espíritu Santo comenzó debe de ser eternamente espiritual. Esto convierte lo espiritual en algo carnal.

El creyente espiritual nunca verá el aceite de la unción del Espíritu Santo en una labor rutinaria. Tal vez Dios ya no necesite cierta obra, pero si el creyente continúa en ella a fin de mantener cierta organización (la cual no necesariamente es visible), entonces tendrá que valerse de su propio poder y separarse del poder del Espíritu Santo como la provisión necesaria para llevar a cabo la obra. Cuando una obra espiritual tiene que detenerse y el creyente no lo hace, tiene que utilizar su fuerza anímica y física para laborar. En toda obra espiritual genuina el creyente debe rechazar totalmente su poder intelectual, su habilidad natural, sus dones, etc., a fin de llevar a cabo una obra fructífera para Dios. Sin embargo, una obra que no sea guiada por el Espíritu Santo inevitablemente fracasará, a menos que el creyente use su poder mental, su habilidad natural, sus dones, etc.

Un obrero debe estar alerta para ver en qué parte de su obra el Espíritu Santo aplica la unción. De esta manera, sabrá cómo colaborar con El y cómo laborar de acuerdo con el fluir y el poder del Espíritu Santo. La responsabilidad del creyente es estar atento a la corriente del Espíritu Santo para seguirla. Si Dios deja de ungir la obra dejándola al margen del fluir del Espíritu Santo, lo cual contrista al obrero, y si él recupera el fluir de la vida al alejarse de dicha obra, entonces la obra debe detenerse. Los que poseen discernimiento espiritual se percatarán más rápido que otros. Así que debemos preguntarnos: ¿En dónde está la corriente del Espíritu Santo y en qué dirección fluye? Si la obra suprime la vida del espíritu, no podrá apoyar la expresión de esta vida e impedirá que el Espíritu Santo fluya en vida y en victoria; esa obra es un obstáculo, no importa cómo se haya iniciado. Si no se suspende totalmente, por lo menos debe corregirse para que obedezca a la vida del espíritu; de lo contrario, la relación del creyente con esa obra debe cambiar.

En la experiencia espiritual de los creyentes, hay muchos ejemplos de personas que han dedicado sus esfuerzos a la "organización", la cual puede ser estructurada o no serlo, al punto de perjudicar sus propias vidas. Al principio el siervo de Dios recibe el poder del espíritu, y Dios obra con agrado; como resultado muchos son salvos y edificados. Entonces surge la necesidad de cierta "organización" o "método" para preservar la gracia. Debido a las necesidades, las exigencias y quizá órdenes, el siervo tendrá que llevar a cabo la obra de alimentar a los creyentes; en consecuencia, es atado por las circunstancias, y el Espíritu Santo ya no puede fluir libremente. La vida espiritual gradualmente disminuye, aunque externamente su labor en esa organización continúa prosperando. Esta es la historia del fracaso de muchos.

Hoy día entre las obras espirituales existe una situación alarmante en la cual el obrero considera la obra una carga pesada. Muchos dicen: "Estoy tan ocupado con ciertas actividades y con la obra que me queda poco tiempo para tener comunión con el Señor. Espero tomar un receso para tener tiempo de nutrirme espiritualmente, y luego regresaré a la obra". Esto es muy peligroso. Nuestra obra debe ser el resultado de la comunión de nuestro espíritu con el Señor. Toda obra debe ser motivo de gozo, pues debe resultar del rebosamiento de la vida del espíritu. Si se convierte en algo que nos agota y nos separa de la vida del espíritu del Señor Jesús, esta obra debe detenerse inmediatamente. Si el fluir del Espíritu Santo cambia el curso, debemos hallar ese rumbo y seguirlo.

Hay una gran diferencia entre el cambio de dirección de la obra del Espíritu Santo y los obstáculos que Satanás pone a la obra. Sin embargo, a menudo estas dos cosas se

confunden. Si Dios nos dice que detengamos la obra y nosotros seguimos laborando, tendremos que usar nuestro poder intelectual, nuestra habilidad y nuestro esfuerzo para mantenerla. Aunque podamos resistir al enemigo, carecemos de la unción del Espíritu Santo, quien no puede vencer porque tal batalla realmente es falsa. Cuando el creyente ve que existe un impedimento en el espíritu, debe discernir si proviene de Dios o del enemigo. Si el impedimento es del enemigo, debe resistirlo en el espíritu y seguir adelante juntamente con Dios mediante la oración, liberando su propio espíritu. Si ése no es el caso, Dios hará que el espíritu del creyente se sienta más oprimido y que sienta una carga pesada, y no le dará la libertad de ir adelante.

Al llegar a este punto, los siervos de Dios deben abandonar toda obra que Dios no les haya dado, la cual tal vez deberían haber abandonado hace tiempo, pues es absorbente, no proviene del Espíritu Santo y oprime al espíritu haciendo que el creyente se aparte de su espíritu; dicha obra tal vez sea buena, pero impide que el creyente sea espiritual.

CAPITULO CUATRO

LA ORACION Y LA GUERRA ESPIRITUAL

LA ORACION ESPIRITUAL

Todas las oraciones deben ser espirituales. Una oración que no es espiritual no es oración y no obtendrá resultados. Si hoy día todas las oraciones que se ofrecen en la tierra fueran espirituales, los creyentes tendrían muchos logros espirituales. Sin embargo, ¡las oraciones carnales son numerosas! Nuestra propia voluntad en la oración hace que ésta sea inútil. Hoy día muchos creyentes toman la oración como una herramienta para llevar a cabo sus propósitos. Si tuvieran más conocimiento, se darían cuenta de que la oración consiste sencillamente en que el hombre le exprese la voluntad de Dios a El. La carne debe ser crucificada no importa dónde se encuentre; ni siquiera en la oración debemos permitir que la carne se infiltre. La obra de Dios excluye cualquier posibilidad de mezcla con ideas humanas. Aun cuando el motivo sea bueno y la acción traiga beneficio al hombre, Dios no permitirá que iniciemos nada que le obligue a El obedecer la dirección del hombre. Los creyentes únicamente tienen derecho a hacer lo que Dios les diga que hagan. No tienen derecho de decirle a Dios lo que El debe hacer. Además de obedecer la dirección de Dios, los creyentes no pueden contribuir en nada a Su obra. Dios no participará en ninguna obra que sea iniciada por la voluntad del hombre, no importa cuánto ore éste por ellas; la voluntad del hombre sólo hará que las oraciones sean carnales.

Cuando el creyente verdaderamente participa de la esfera espiritual, comprende cuán vacío está, y que no tiene nada de vida para dar a otros ni con qué hacer frente al enemigo. Espontáneamente toma a Dios como su provisión, y la oración llega a ser indispensable para él. La verdadera oración expresa el vacío del que ora y las riquezas de Aquel que la responde. Si la carne nunca ha sido quebrantada por la cruz hasta el grado en que el hombre llegue a estar vacío, entonces, ¿qué propósito tiene su oración?

La oración espiritual no procede de la carne; no es algo que el creyente piense ni algo que desee o decida hacer, sino algo que él practica según la voluntad de Dios. La oración espiritual se ofrece en el espíritu, lo cual significa que la persona primero descubre con su intuición cuál es la voluntad de Dios, y luego ora por ella. “Con toda oración y petición orando en todo tiempo en el espíritu, y para ello velando con toda perseverancia y petición por todos los santos” (Ef. 6:18). Este es un mandamiento bíblico. Si nuestra oración no se efectúa en el espíritu, entonces está en la carne. No debemos empezar a hablar tan pronto acudimos a Dios, sino que primero debemos pedir que El nos revele lo que desea que sepamos, y que nos muestre cómo orar. Repetidas veces hemos tratado de pedir por cosas que nosotros queremos, ¿por qué no oramos ahora por lo que El desea? En la oración no hay lugar para la carne; en ella no expresamos lo que nosotros queremos, sino lo que Dios desea. Los que no son espirituales no harán oraciones espirituales genuinas.

Toda oración espiritual se origina en Dios. El nos indica lo que debemos pedir; nos revela una necesidad y hace que sintamos cierta urgencia al respecto en nuestra intuición. Dicha urgencia o comisión es nuestro llamamiento a orar. Pero muchas veces, por negligencia descuidamos esos sentimientos casi imperceptibles de nuestra intuición. Nunca debemos orar por otra cosa que no sea la comisión que nuestra intuición detecta. Cualquier oración que no se inicie en la intuición o que no sea inspirada por ésta, se origina en nosotros mismos y es de la carne.

Si los creyentes desean que sus oraciones sean eficaces en la esfera espiritual y que no sean carnales, deben confesar su debilidad y reconocer que no saben cómo orar (Ro. 8:26); deben pedirle al Espíritu Santo que les enseñe a orar y presentar dicha oración según la instrucción del Espíritu Santo. Si Dios da las palabras para predicar, sin duda dará las palabras para orar, ya que la necesidad de orar es tan intensa como la de predicar. Para poder expresar esa oración mediante la operación del Espíritu Santo en nuestro espíritu, debemos reconocer nuestra debilidad e impotencia. En la obra es inútil poner nuestra confianza en la carne, y lo mismo se aplica en la oración, pues es inútil confiar en la carne.

Sin embargo, no solamente debemos orar con el espíritu, sino también con la mente (1 Co. 14:15). Al orar, el espíritu y la mente deben cooperar. El creyente recibe en su espíritu la respuesta a la oración, y su mente entiende lo que ha recibido. El espíritu recibe la comisión de orar, y la mente eleva la oración palabra por palabra. Después de esta cooperación entre el espíritu y la mente, la oración del creyente puede ser perfeccionada. Muchas veces las oraciones son únicamente el ejercicio de la mente, y no son inspiradas en el espíritu. Cuando sucede esto, los creyentes se convierten en el origen de su oración. La oración genuina debe originarse en el trono de Dios y debe ser percibida en el espíritu de los creyentes, conocida por su mente y proferida por el poder del Espíritu Santo. La oración y el espíritu humano son inseparables.

Si el creyente quiere orar en el espíritu, primero debe aprender a andar en el espíritu. No es posible andar durante el día según la carne y a la hora de orar hacerlo en el espíritu. La manera en que se ora no puede ser diferente de la manera en que se vive. La condición espiritual de muchos nos muestra que no son aptos para orar. La calidad de la oración de una persona se determina por la manera en que vive. ¿Cómo puede una persona carnal hacer una oración espiritual? A veces una persona espiritual no hace una oración espiritual, ya que si no está alerta, puede caer en la carne. Pero si una persona espiritual continuamente ora en el espíritu, su oración mantendrá su espíritu y su mente en armonía con Dios. La oración es un ejercicio de nuestro espíritu, y éste es fortalecido mediante tal ejercicio. Si nos volvemos negligentes en la oración, nuestro espíritu se secará. Nada puede substituir la oración; ni siquiera la obra puede substituirla. Muchos de nosotros no empleamos suficiente tiempo orando porque estamos muy ocupados en la obra. Debido a esto, no logramos echar fuera los demonios. La oración nos permite vencer al enemigo primero en nuestro interior, antes de enfrentarnos con él externamente. Todo aquel que combate en sus rodillas al enemigo, cuando se levanta y se enfrenta con él cara a cara, lo derrotará. Por medio de este ejercicio, el hombre espiritual gradualmente llegará a ser fuerte.

Si el creyente ora continuamente en el Espíritu Santo, su espíritu se desarrollará, tendrá una percepción aguda en los asuntos espirituales, y todo su estupor espiritual se terminará.

La necesidad actual del creyente espiritual es detectar los sentidos que hay en su espíritu. Debe saber cómo ataca el enemigo, qué le ha revelado Dios, y luego expresar mediante su oración, una por una, las cosas que ha entendido. El creyente debe darse cuenta rápidamente de cualquier movimiento en su espíritu para lograr en la oración lo que Dios quiere que logre. La oración es una especie de labor. La experiencia de los hijos de Dios demuestra que la oración logra más resultados que ninguna otra labor. También, la oración es una especie de combate, ya que es un arma en nuestra guerra contra el enemigo (Ef. 6:18). Unicamente las oraciones que son hechas en el espíritu son eficaces.

Las oraciones hechas en el espíritu son el medio más eficaz para atacar al enemigo y resistir sus estratagemas. La oración puede destruir y edificar. Puede destruir todo lo que pertenece al pecado y a Satanás y puede edificar todo lo que pertenece a Dios. Por lo tanto, la oración es la parte más crucial en nuestra obra y en nuestro combate espiritual. Tanto el éxito de la obra espiritual como la victoria en la batalla dependen de la oración. Si el creyente fracasa en la oración, fracasa en todo.

LA GUERRA ESPIRITUAL

Por lo general, cuando el creyente no ha experimentado el bautismo en el Espíritu Santo es como el siervo de Eliseo, que no entendía las realidades de la esfera espiritual (2 R. 6:15-17). Aunque tal vez haya recibido enseñanzas bíblicas y algunas instrucciones, únicamente las entiende con su intelecto, sin ninguna revelación en su espíritu. La intuición que tiene el creyente en el espíritu se agudiza después de que experimenta el bautismo del Espíritu Santo y en su espíritu se abrirá ante él todo un mundo espiritual. También cuando experimenta dicho bautismo, el creyente tiene contacto con el poder sobrenatural de Dios, y conoce a Dios de una manera personal.

Allí comienza el verdadero combate espiritual. Primero, el poder de las tinieblas se viste como un ángel de luz e imita a la Persona y la obra del Espíritu Santo. En segundo lugar, la intuición del espíritu percibe la existencia de la esfera espiritual y se percata de la realidad de Satanás y de los espíritus malignos. Después del Calvario el Señor les reveló a los apóstoles las Escrituras, mas ellos vieron la realidad de la esfera espiritual sólo después de Pentecostés. El bautismo del Espíritu es el comienzo del combate espiritual.

Cuando el creyente experimenta el bautismo del Espíritu Santo y tiene un contacto personal con Dios, su espíritu es liberado y ve la realidad de todo lo que se mueve en la esfera espiritual, entonces entra en guerra contra Satanás. (Aunque un hombre espiritual conoce la esfera espiritual, no obtiene este conocimiento de una vez por todas, sino a lo largo de muchas pruebas.) Solamente un hombre espiritual percibe la realidad del enemigo y peleará contra él (Ef. 6:12). Esta batalla no se pelea con armas carnales (2 Co. 10:3-4), ya que es un combate espiritual. La batalla se libra entre el espíritu del hombre y el espíritu del enemigo; así que es una lucha de espíritu contra espíritu.

Si el creyente no ha llegado a este nivel espiritual, no entenderá esa batalla ni podrá librarla en el espíritu. El creyente puede luchar contra el enemigo con su espíritu cuanto éste es fortalecido por el Espíritu Santo. Solamente cuando el creyente llega a ser espiritual, ve la realidad de Satanás y de su reino, y sabe cómo luchar y atacarlo con el espíritu.

Esta batalla existe por muchas razones, la mayor de las cuales es la obstrucción y el ataque del enemigo. Satanás siempre aplica sus tácticas para atacar a los creyentes espirituales. Algunas veces los ataca en la parte emotiva y otras, en el cuerpo. También hay muchos obstáculos que el enemigo pone en la obra y en el entorno del creyente. Otra causa de la batalla espiritual es que nosotros debemos pelear por Dios. Satanás posee innumerables obras en este mundo, y ha diseñado incontables estratagemas en los aires con el propósito de oponerse a Dios. Cuando nos dedicamos a Dios peleamos con nuestra fuerza espiritual en contra de Satanás para destruir sus estratagemas y sus obras, mediante nuestra oración. Aunque a veces no sabemos qué está planeando ni que hace, de todos modos peleamos en su contra, ya que él siempre es nuestro enemigo.

Además de las razones mencionadas, peleamos contra Satanás para librarnos de sus engaños y para librar a los que han sido engañados por él (véanse la octava sección, capítulo tres, y la novena sección, capítulo cuatro). A pesar de que la intuición del creyente en su espíritu se agudiza cuando experimenta el bautismo del Espíritu Santo, esto no es suficiente para protegerle de las astucias del enemigo, ya que todavía puede ser engañado. Después de que la percepción espiritual del creyente se agudiza, necesita más conocimiento espiritual. Si no comprende la dirección del espíritu y permanece en una actitud pasiva, llegará a ser presa del enemigo. En tal circunstancia, los creyentes caen fácilmente en el error de pasar por alto la guía del espíritu, y obedecen a sus sentimientos o a experiencias irracionales, pensando que provienen de Dios. Después de que el creyente es bautizado en el Espíritu Santo, entra en una esfera sobrenatural. Si no se da cuenta de su debilidad ni reconoce que no es apto para relacionarse con lo sobrenatural, será engañado.

El espíritu del creyente puede ser afectado por dos fuentes: el Espíritu Santo y los espíritus malignos. Si el creyente piensa que su espíritu únicamente puede ser dirigido por el Espíritu Santo y que no puede ser afectado por los espíritus malignos, está muy equivocado. El creyente debe tener presente que además del Espíritu de Dios, también existe "el espíritu del mundo" (1 Co. 2:12). Este es el enemigo espiritual mencionado en Efesios 6:12. Si el creyente no cierra su espíritu a todo esto y lo rechaza, los espíritus malignos ocuparán su espíritu mediante engaños e imitaciones.

Cuando el creyente es totalmente espiritual, será afectado por el mundo sobrenatural. En este caso, es muy importante que conozca la diferencia entre lo espiritual y lo sobrenatural. Confundir estas dos cosas ha guiado a muchos a ser engañados por Satanás. Las experiencias espirituales son experiencias que tienen su origen en el espíritu del creyente, mientras que las experiencias sobrenaturales no provienen necesariamente de allí. Algunas veces son experimentadas por los sentidos del cuerpo, y otras veces se perciben en el alma. Los creyentes nunca deben considerar las experiencias sobrenaturales como espirituales; deben estudiarlas y descubrir si provienen de sus sentidos externos o del espíritu. Lo que proviene del exterior puede ser sobrenatural, mas no espiritual.

Los creyentes nunca deben aceptar nada sobrenatural sin examinarlo primero. Aparte de Dios, Satanás también puede producir cosas sobrenaturales. El creyente debe determinar el origen de cualquier sensación, apariencia o manifestación. *Debe poner en práctica lo que se enseña en 1 Juan 4:1.* Los esfuerzos de Satanás por engañar son más de lo que el creyente puede imaginarse. Si el creyente está dispuesto a humillarse y a reconocer la posibilidad de ser engañado, será guardado del engaño. Debido a los ardides del enemigo, la lucha espiritual es inevitable. En la batalla espiritual, si el creyente no utiliza su espíritu para iniciar el ataque, el enemigo atacará y anulará su poder espiritual. El combate espiritual se libra entre el espíritu del creyente y los espíritus malignos del enemigo. Si el creyente es engañado, debe luchar por librarse del engaño; si ya fue librado, debe luchar para obtener la liberación de otros, para cubrirse a sí mismo y a otros de los ataques del enemigo, y para oponerse activa e intensamente a toda la obra y el plan de Satanás.

Esta guerra es una lucha entre espíritus; por eso requiere fortaleza espiritual. El creyente debe saber cómo luchar contra el enemigo mediante su espíritu. Si su espíritu no está activo en él, no sabrá cómo ataca el enemigo ni cómo desea Dios que luche. Si anda según el espíritu, aprenderá a laborar orando sin cesar en su espíritu, y de este modo se enfrentará al enemigo. Cada vez que el espíritu del creyente participa en esta lucha, se hace más fuerte. Si el creyente conoce la ley del espíritu, podrá ver que no sólo vence al pecado, sino también a Satanás.

El aspecto más crucial de la batalla espiritual es el de ser lleno de poder y recibir fortaleza. Vemos esto en la enseñanza del apóstol con respecto a la lucha espiritual. El dijo: "Por lo demás, fortaleceos en el Señor, y en el poder de Su fuerza" (Ef. 6:10), y luego mencionó la lucha espiritual (vs. 11-18). Pero, ¿cómo podemos ser fortalecidos? La respuesta del apóstol se encuentra en Efesios 3:16: "El ser fortalecidos con poder en el hombre interior por Su Espíritu". Esto es absolutamente necesario. El hombre interior, el espíritu, es el centro del hombre. Si el espíritu del creyente se debilita, todo su ser se debilita. Una vez que el espíritu se debilita, surge el temor, y el creyente no puede permanecer en pie en los días malos. Los creyentes necesitan un espíritu fuerte. El poder de las tinieblas está dirigido hacia el espíritu humano. Si el creyente no sabe de qué se trata la batalla, no podrá resistir *en su espíritu* a los principados y poderes de las tinieblas.

Muchos creyentes se regocijan en su espíritu únicamente cuando todo marcha sobre ruedas. Pero cuando llega la batalla, se confunden, temen, se entristecen y se deprimen; no entienden por qué fracasan. Pero el creyente, para poder vencer, debe conocer la meta que Satanás tiene en la batalla, la cual es sacarlo de la posición que tiene en ascensión, suprimiéndolo en su espíritu a fin apoderarse de esa posición. En la batalla espiritual, la posición desempeña un papel muy importante. Si el espíritu del creyente es oprimido, inmediatamente pierde su posición de ascensión. Por lo tanto, el creyente siempre debe mantener un espíritu fuerte y no ceder ningún terreno al enemigo.

Cuando el creyente se da cuenta de que Dios envió al Espíritu Santo para fortalecer su espíritu, comprende la necesidad de pelear contra el enemigo. Mediante la lucha y la oración, su espíritu es fortalecido gradualmente. Así como quienes pelean físicamente desarrollan sus músculos para combatir, asimismo el poder espiritual de los creyentes se incrementa cuando luchan contra el enemigo. Los espíritus malignos atacan con el

propósito de suprimir al espíritu de los creyentes e infligir sufrimiento al alma. Si el creyente percibe el engaño del enemigo, no se rendirá en ningún momento, sino que resistirá, y con ello, sus emociones serán protegidas. Resistir al enemigo en el espíritu lo obliga a ponerse a la defensiva y neutraliza sus ataques.

El aspecto más importante de la batalla espiritual es resistir, y la mejor defensa es el ataque. La resistencia que el creyente ofrece en la batalla espiritual no es llevada a cabo únicamente por su fuerza de voluntad, sino mediante el ejercicio del poder espiritual. Resistir significa librarse del poder opresor. Si desbaratamos los planes del enemigo mediante el espíritu, lo derrotaremos. Si el creyente no resiste al enemigo y le permite atacar, o si el enemigo ataca sin encontrar oposición, el espíritu del creyente es oprimido y se hunde, y le es difícil recobrar la trascendencia aun después de varios días. Un espíritu que no resiste al enemigo es oprimido con frecuencia.

Resistir al enemigo debe basarse en la Palabra de Dios, la cual es la espada del Espíritu. Cuando el creyente recibe la Palabra de Dios, ésta llega a ser espíritu y vida para él. Hasta ese momento sólo puede usarla como arma de defensa. El creyente que mora en los lugares celestiales sabe utilizarla con eficacia para destruir todas las mentiras del enemigo. En la actualidad, esta batalla se está librando en la esfera espiritual. Aunque los ojos físicos no la pueden ver, todos los que se esfuerzan por avanzar en su espíritu, conocen y confirman esta clase de batalla. Los que están engañados y atados por el enemigo, deben ser librados. Aparte de estar atado por el pecado y la injusticia, la esclavitud más común del creyente se relaciona con experiencias sobrenaturales. Los creyentes aceptan estas experiencias sin desconfiar, ya que son maravillosas y producen en ellos sentimientos placenteros. No se dan cuenta que esas experiencias únicamente hacen que el creyente se enorgullezca; no ayudan a la santidad ni a la justicia en vida ni producen frutos permanentes. Cuando los espíritus malignos logran hacer su obra, se apoderan de cierto terreno en los creyentes y empiezan a avanzar hasta hacerlos andar según la carne.

Los que están atados no pueden librar a otros. Sólo cuando ellos han sido librados de la autoridad de las tinieblas, pueden ganar la batalla para libertar a otros. Hoy día los creyentes están más conscientes de la importancia de la experiencia personal del bautismo del Espíritu Santo, pero el peligro yace precisamente ahí. Temo que a medida que pasen los días, aumentará el número de personas poseídas por los espíritus malignos en proporción al número de las que han experimentado el bautismo en el Espíritu Santo. La necesidad de hoy es que un grupo de creyentes vencedores sepan cómo pelear y libertar a los demás de los engaños del enemigo. Si en la iglesia de Dios nadie sabe andar según el espíritu ni usar su espíritu para pelear en contra del enemigo, ¡la iglesia será derrotada! ¡Que el Señor levante hombres a quienes El pueda usar!

PRECAUCIONES PARA LA BATALLA ESPIRITUAL

En la vida del creyente, cada nivel trae consigo sus propios riesgos. La nueva vida incesantemente pelea en contra de todo lo que sea contrario a ella. Mientras los santos viven en la esfera del cuerpo, esta nueva vida pelea en contra de los pecados; mientras viven en la esfera del alma, pelea en contra de la vida natural; finalmente, mientras viven en la esfera del espíritu, dicha vida pelea contra los principados y potestades. Cuando el

creyente llega a ser espiritual, los espíritus malignos lanzan ataques en contra de su espíritu. Por ser una batalla del espíritu contra los espíritus, la llamamos "la batalla espiritual". Sin embargo, el creyente que no es espiritual no correrá tal peligro. El creyente no debe pensar que al llegar a la esfera espiritual, todo está bien y ya no tiene que luchar más. Debemos darnos cuenta de que el creyente pasa toda la vida en el campo de batalla. No podemos abandonar las armas hasta el día en que comparezcamos ante el Señor. Si uno es carnal, encontrará peligros y conflictos en la esfera de la carne, pero si es espiritual, enfrentará peligros y luchas espirituales. En el desierto los israelitas únicamente pelearon contra los amalecitas, pero después de entrar en Canaán, empezaron a pelear contra las siete tribus que habitaban la tierra. Si el creyente no es espiritual, Satanás y los espíritus malignos no atacarán su espíritu; pero cuando llegue a ser espiritual, recibirá todo tipo de ataques de parte de él.

Debido a que el enemigo presta gran atención a nuestro espíritu, es necesario que los creyentes espirituales mantengan *su propio* espíritu en un estado normal y que constantemente lo *ejerciten*. Sin embargo, deben tener cuidado con las sensaciones físicas; cualquier fenómeno natural o sobrenatural necesita ser discernido cuidadosamente. La mente de los creyentes debe mantenerse en una paz perfecta, sin perturbación alguna; sus sentidos físicos también deben mantenerse en equilibrio, sin ser estimulados; deben rechazar todo lo que haga que su espíritu pierda la paz, y deben negarse y oponerse a cualquier falsedad, y anhelar con todo el corazón andar según el espíritu y no según el alma; de lo contrario, perderán terreno en la batalla espiritual. Además, existe otro punto que requiere toda nuestra atención: los santos no deben permitir que sus espíritus sean pasivos en la lucha espiritual.

Ya mencionamos que toda iniciativa debe provenir de nuestro espíritu y que debemos esperar hasta ser guiados por el Espíritu que mora en nuestro espíritu. No obstante, debemos tener mucho cuidado, pues de no ser así, caeremos en el error. Mientras esperamos en nuestro espíritu la acción y la dirección del Espíritu Santo, corremos el peligro de permitir que nuestro espíritu y nuestra persona caigan en un estado de pasividad. Nada da más oportunidad a Satanás para obrar que la pasividad. Por un lado, no debemos usar nuestra fuerza para hacer nada, y únicamente debemos obedecer al Espíritu Santo; pero por otro, no debemos permitir que nuestro espíritu ni ninguna otra parte de nuestro ser caiga en una rutina, ni que se abandone a la inercia. Nuestro espíritu debe gobernar toda nuestra persona activamente y asimismo cooperar con el Espíritu de Dios.

Si el espíritu cae en un estado de pasividad, el Espíritu Santo no podrá usarlo, ya que la condición bajo la cual el Espíritu Santo opera en la vida del hombre es diametralmente opuesta a la de Satanás. El Espíritu Santo requiere que el hombre coopere con El de una manera viviente y desea que el hombre labore activamente junto con El. Nunca anula la personalidad de los creyentes. Satanás, por el contrario, exige que el hombre se anule por completo a fin de tomar las riendas y hacerlo todo en su lugar. El quiere que el hombre reciba pasivamente su acción y que sea un autómata. Debemos estar alerta para no irnos a los extremos por entender erróneamente las doctrinas espirituales. No debemos temer excedernos al obedecer al Señor ni al rechazar las obras de la carne, de las cuales debemos deshacernos totalmente. Hemos dado énfasis reiteradamente en que todo lo que pertenece al hombre y proviene de él es vanidad y en que debemos hacer únicamente lo que proviene de

Dios. Nada tiene valor espiritual a menos que sea hecho por el Espíritu Santo y mediante nuestro espíritu. Así que, antes de hacer algo debemos esperar la revelación de Dios en nuestro espíritu. Qué bueno sería que los creyentes vivieran según esta verdad. Sin embargo, existe el peligro de extremismos causados por equivocaciones conceptuales, según los cuales algunos creyentes piensan que no deben hacer nada y que deben poner su mente en blanco para que el Espíritu Santo piense por ellos; que no deben sentir ninguna emoción ni ningún afecto, y que el Espíritu Santo ha de depositar Sus afectos en el corazón del creyente; y que su voluntad no debe tomar ninguna decisión ya que el Espíritu Santo es el que tomará las decisiones. Aceptan todo lo que les sucede, pensando que no deben por ningún motivo usar su espíritu para cooperar con el Espíritu Santo; así que pasivamente esperan que el Espíritu Santo tome la iniciativa, y si ellos perciben cualquier movimiento, piensan que proviene del Espíritu Santo.

Esto es completamente erróneo. Dios desea ponerle fin a la actividad de nuestra carne, pero no intenta destruirnos *como personas.* El nunca elimina nuestra personalidad, pues Su intención no es que lleguemos a ser una máquina inerte, sino que cooperemos con El. El no desea que nos despojemos de nuestros pensamientos, nuestros afectos y nuestros juicios; al contrario, desea que pensemos, sintamos y decidamos en conformidad con lo que El piensa, siente y decide. El Espíritu Santo no *reemplaza* nuestros pensamientos, sentimientos ni decisiones. Tenemos que pensar, sentir y tomar decisiones en conformidad con el propósito de Dios. (Más adelante discutiremos esto en detalle.) Si nuestra mente, nuestra parte emotiva y nuestra voluntad caen en la pasividad, y requieren que un poder externo tome su lugar, entonces el espíritu inevitablemente entrará en una condición pasiva. Cuando el creyente es incapaz de usar su propio espíritu y necesita un poder externo que lo mueva, Satanás se aprovecha de esto.

Hay una diferencia fundamental entre la obra del Espíritu Santo y la obra de un espíritu maligno. El Espíritu Santo motiva a los hombres a que ellos mismos actúen conservando su personalidad; mientras que el espíritu maligno exige que el hombre esté inactivo para poder trabajar en su lugar, haciendo que su espíritu actúe mecánicamente. Así que, la pasividad del espíritu (es decir, un estado pasivo que embarga a toda la persona) no sólo da a los espíritus malignos la oportunidad de que actúen, sino que también impide que el Espíritu Santo obre debidamente, ya que no cuenta con la cooperación del creyente. El resultado es el dominio de los espíritus malignos. Si los creyentes no son espirituales, no corren el peligro de entrar en contacto con los espíritus malignos, pero si llegan a ser espirituales, los espíritus malignos vendrán a atacarlos en el espíritu. Unicamente los creyentes espirituales están en peligro de caer en la pasividad en el espíritu, en imitaciones y en experiencias de esta índole.

Debido a la interpretación errónea de que la carne debe exterminarse, los creyentes permiten que su espíritu entre en un estado pasivo, lo cual permite que el espíritu maligno se haga pasar por el Espíritu Santo. Los creyentes piensan, por ignorancia, que cualquier movimiento de esa esfera proviene del Espíritu Santo, e inconscientemente lo reciben, olvidando que El no es el único que puede afectar su espíritu y que también los espíritus malignos pueden hacerlo. De esta manera le ceden terreno a Satanás para que los ataque y los socave gradualmente, corrompiendo su moral, su salud mental y haciéndoles padecer dolores terribles.

Esto les ha sucedido a muchos creyentes que han experimentado "el bautismo en el Espíritu Santo". No se dan cuenta de que una vez que tienen esta clase de experiencia, quedan abiertos al mundo espiritual (donde operan tanto Dios como el diablo), donde pueden ser afectados tanto por el Espíritu Santo como por los espíritus malignos. Cuando están a punto de experimentar este bautismo, piensan que cualquier experiencia sobrenatural es el bautismo en el Espíritu Santo. Llegan a ser bautizados en el espíritu, pero debemos preguntarles en qué espíritu fueron bautizados, ¿en el Espíritu Santo o un espíritu maligno? Ambos son un "bautismo en el espíritu". Muchos creyentes quieren experimentar el bautismo en el Espíritu Santo, pero no saben que el Espíritu Santo necesita la cooperación del espíritu de ellos, y necesita que ellos conserven su personalidad y su libre albedrío. Ignorar esto los introduce en un estado pasivo, en el que abandonan su voluntad y permiten que un poder externo los atormente y aniquile. En síntesis, llegan a ser bautizados en un espíritu maligno.

Algunos creyentes han experimentado genuinamente el bautismo en el Espíritu Santo, pero han sido engañados posteriormente debido a que no pueden distinguir entre el poder del espíritu y el del alma. Por haber tenido experiencias especiales, piensan que están bajo el control absoluto del Espíritu Santo y que no deben tomar ninguna decisión, y creen que deben permanecer en una actitud pasiva. Es así como su espíritu se sumerge en una inercia total. Satanás comienza a darles muchas sensaciones placenteras, numerosas visiones, sueños y otras experiencias sobrenaturales. No se dan cuenta de que todo eso se debe a la pasividad de su espíritu, y piensan que todo ello proviene del Espíritu Santo. Aunque tienen estas experiencias, no notan la diferencia, ni pueden distinguir entre sus propias sensaciones y las del espíritu ni entre lo sobrenatural y lo espiritual. Así que, el error de la pasividad de sus espíritus aunado a la falta de discernimiento, los hunde más y más en el engaño del enemigo.

Una vez que el espíritu del creyente cae en un estado de pasividad, su conciencia espontáneamente se vuelve pasiva. Cuando esto sucede, el piensa que ahora tiene una manera más elevada para ser guiado y que será dirigido *directamente* por el Espíritu Santo, ya sea por medio de una voz o por medio de las Escrituras y que ya no lo guiará mediante su conciencia ni mediante el juicio de su intuición. Al no utilizar su conciencia y hacerla caer en un estado pasivo, el creyente es engañado por el enemigo en su vida diaria. Como resultado el creyente termina por obedecer a la obra de Satanás; además, debido a que no utiliza la conciencia, el Espíritu Santo tampoco utiliza la conciencia del creyente. Satanás se aprovecha de esta situación para sustituir la dirección que debería venir de la conciencia y de la intuición, con voces sobrenaturales y fenómenos similares.

A medida que la conciencia se vuelve más pasiva y es guiada por los espíritus malignos, algunos creyentes bajan su norma moral y no ven los asuntos inmorales como tales. Por el contrario, piensan que viven según un principio más elevado, lo cual les impide avanzar en la experiencia de la vida divina y en su obra. Dejan de ejercitar su intuición, con la cual captan la voluntad del Espíritu Santo, y no emplean su conciencia para distinguir entre el bien y el mal. Simplemente actúan como máquinas, siguiendo voces sobrenaturales que provienen del exterior y que ellos confunden con la voz de Dios. En tal condición, hacen caso omiso de sus razonamientos, de su conciencia y del consejo de otras personas. Llegan a ser las personas más obstinadas del mundo, y nadie los convencerá del error en que están

porque creen que están en una posición más elevada que los demás. El apóstol describe a tales personas así: "Teniendo cauterizada la conciencia como con un hierro candente" (1 Ti. 4:2). Hay una ausencia total de cualquier sentimiento en su conciencia.

En la guerra espiritual debemos mantener nuestro espíritu activo y totalmente obediente al Espíritu Santo, y no dejarlo caer en la pasividad. De lo contrario, Satanás nos engañará. Si nuestro espíritu no está activo, aun si no es atacado por el enemigo, se mantendrá encerrado en su inercia y Satanás obstruirá todas sus funciones. En tal condición no podrá trabajar ni servir ni pelear, y será como si estuviera oprimido. Nuestro espíritu debe mantenerse activo, despierto y siempre resistiendo a Satanás, pues de no ser así, los espíritus malignos lo atacarán desde todos los ángulos.

En la guerra espiritual es importante mantener como principio que debemos atacar a Satanás constantemente. A fin de evitar las arremetidas del enemigo, debemos atacar nosotros, pues sólo así podemos prevenir sus acometidas. Los creyentes que ya entraron en la esfera espiritual verán que su espíritu cae de los cielos y se debilita, si no tienen en su espíritu diariamente la actitud de resistir a Satanás, atacándolo con oraciones en el espíritu y pidiendo a Dios que destruya todas las obras que el enemigo ha hecho por medio de los espíritus malignos. En poco tiempo estos creyentes pierden sus sentimientos y ni siquiera saben donde se halla su espíritu, lo cual es el resultado de que sus espíritus hayan caído en un estado pasivo y de que no atacan incisivamente. Los creyentes permiten sin darse cuenta que el enemigo ataque, bloquee y encierre al espíritu. Si los creyentes diariamente "liberan" su espíritu y resisten al enemigo, verán que sus espíritus llegan a ser activos y que día tras día crecen y se fortalecen.

El creyente debe deshacerse de todos los conceptos equivocados referentes a la vida espiritual. Antes de entrar en la esfera espiritual, a menudo sueña cuán dichoso sería si fuera tan espiritual como alguno de sus hermanos. Se imagina que la vida espiritual es una especie de éxtasis y de perfecta felicidad y regocijo durante todo el día. En realidad es exactamente lo opuesto. La vida espiritual no provee ninguna felicidad; al contrario, es una vida de combate diario. Si uno trata de separar la guerra espiritual de la vida espiritual, descubrirá que esa vida deja de ser espiritual. Una vida espiritual es una vida de sufrimiento, desvelos, labor, fatiga, aflicciones, angustias y conflictos. Es una vida entregada incondicionalmente al reino de Dios y que hace caso omiso de su propia felicidad. Cuando el creyente es carnal, vive para sí mismo y para su felicidad "espiritual", pero no tiene un verdadero uso espiritual en las manos de Dios. Unicamente puede ser usado por Dios después de tomar la actitud de estar muerto al pecado y a su propia vida.

A los ojos de Dios, la vida espiritual está llena de provecho espiritual para El, pues ataca a Su enemigo. Debemos estimular nuestro celo por el Señor, y combatir constantemente en contra del enemigo sin permitir que nuestro espíritu, que es tan útil, caiga en la pasividad.

QUINTA SECCION — EL ANALISIS DEL ESPIRITU: LA INTUICION, LA COMUNION Y LA CONCIENCIA

CAPITULO UNO

LA INTUICION

Si queremos entender más claramente acerca de la vida espiritual, tenemos que analizar detalladamente al espíritu y entender todas sus leyes. Sólo habiendo entendido las funciones del espíritu, podremos comprender las leyes por las cuales opera, y al conocer las leyes del espíritu, aprendemos a seguirlo, es decir, a andar por sus leyes, que son vitales para nuestra vida espiritual. No tememos acumular demasiado conocimiento en cuanto al espíritu; nuestra única preocupación es que nos dediquemos tenazmente a ello con nuestra mente.

El evangelio de Dios nos dice que el hombre caído puede recibir la regeneración y que el hombre carnal puede obtener un nuevo espíritu, el cual constituye el fundamento de su nueva vida. La vida espiritual de la que normalmente hablamos es una vida en la cual el creyente vive por el espíritu que recibió cuando fue regenerado. Es lamentable que la mayoría de los creyentes sepan tan poco acerca de las funciones del espíritu y de lo relacionado con él. Tal vez conozcan en terminología la relación entre el hombre y su espíritu, pero no pueden identificar al espíritu en su experiencia. Como ya dijimos, ellos no saben dónde está su espíritu, o piensan que sus sentimientos y sus pensamientos son funciones del espíritu. Debido a esto, es necesario hacer un análisis de las funciones del espíritu, ya que sólo así sabrán los creyentes cómo seguirlo.

LAS FUNCIONES DEL ESPIRITU

Dijimos antes que las funciones del espíritu pueden clasificarse en tres: la intuición, la comunión y la conciencia. Aunque las tres son distinguibles, están estrechamente relacionadas. Sería muy difícil para nosotros hablar de una sin mencionar las otras dos. Por ejemplo, cuando hablamos de la intuición, espontáneamente incluimos la comunión y la conciencia. Así que, aunque estamos analizando el espíritu, debemos hacer un estudio muy detallado de sus tres funciones. Ya vimos que el espíritu está dividido en intuición, comunión y conciencia; por lo tanto, no nos centraremos en eso. Pero, a fin de andar conforme a nuestro espíritu, tenemos que examinar más ampliamente lo que son la intuición, la comunión (o adoración) y la conciencia, y sus respectivas funciones. Puesto que el espíritu abarca la intuición, la comunión y la conciencia, podemos decir que andar según el espíritu es andar según nuestra intuición, nuestra comunión y nuestra conciencia.

La intuición, la comunión y la conciencia son tres funciones del espíritu; no son las únicas y tampoco son el espíritu mismo. Según la Biblia, son las *funciones* principales del espíritu.

El espíritu es simple y llanamente el espíritu; tiene substancia y personalidad, y es invisible. Por ahora está fuera de nuestro alcance comprender la esencia intrínseca del espíritu. Lo que hoy sabemos de su substancia lo sabemos por sus manifestaciones. Nuestro interés no es aprender los misterios fascinantes del futuro; simplemente aspiramos a llevar una vida espiritual. Nos basta con conocer las funciones del espíritu y aprender a andar en conformidad con él. Nuestro espíritu no es material, pero existe independientemente en nuestro cuerpo; aunque no es físico, posee su propia "substancia espiritual". De otra manera, sería imposible que existiera por sí solo. Esta substancia espiritual contiene varias funciones que cumplen todos los requisitos que Dios tiene para con el hombre. Es por eso que sólo intentaremos examinar las funciones del espíritu, no su substancia.

El hombre es comparado con el templo santo, y nuestro espíritu, con el Lugar Santísimo. Si avanzamos, podemos comparar la intuición, la comunión y la conciencia con el arca que estaba en el Lugar Santísimo. (1) La Ley de Dios estaba en el arca y les indicaba a los israelitas lo qué debían hacer. Dios se revelaba a Sí mismo y Su voluntad por medio de la ley. Igualmente, Dios se nos da a conocer y nos muestra Su voluntad por medio de la intuición. (2) Sobre el arca se encontraba el propiciatorio sobre el cual estaba la sangre rociada. Ahí Dios manifestaba Su gloria y recibía la adoración del hombre. De modo similar, el espíritu de cada persona redimida por la preciosa sangre de Cristo fue regenerado, y en este espíritu adora a Dios y tiene comunión con El. Dios únicamente podía tener comunión con los israelitas en el arca, sobre el propiciatorio. Del mismo modo, El sólo puede tener comunión con los creyentes por medio de su espíritu, el cual fue lavado con Su sangre. (3) De acuerdo con el idioma original, el arca es "el arca del testimonio", y los diez mandamientos que contenía presentaban a los israelitas el testimonio de Dios. Si ellos cumplían la ley, las dos tablas que yacían en el arca los aprobaban; si no, los diez mandamientos, desde el arca los acusarían silenciosamente. De igual manera, el Espíritu Santo escribió la ley de Dios en nuestra conciencia para que ella dé testimonio a nuestra conducta. Ella aprueba lo que concuerde con la voluntad de Dios, y condena lo que no concuerde con ella. "Mi conciencia da testimonio conmigo en el Espíritu Santo" (Ro. 9:1).

¡Obsérvese cuánto honraban el arca los israelitas! Cuando cruzaron el río Jordán, no tuvieron otra guía que el arca; así que la siguieron sin vacilar. Cuando lucharon en contra de Jericó, lo único que hicieron fue marchar tras ella. Más tarde, cuando no pudieron vencer a los filisteos, e intentaron utilizar el arca de acuerdo a su voluntad, murió Uza cuando trató de sostener el arca con sus manos carnales. ¡Cuánto regocijo hubo entre ellos cuando finalmente prepararon un lugar para el arca! (Sal. 132). Estas cosas enseñan a los creyentes la manera de relacionarse con el arca, nuestro espíritu, el cual consta de la intuición, la comunión y la conciencia. Cuando obedecemos a estas funciones hallamos vida y paz, pero si tratamos de interferir con ellas mediante nuestra voluntad carnal, seremos derrotados. La victoria no dependía de lo que los israelitas pensaran, sino de la dirección que les diera el arca. Nuestra utilidad espiritual no depende de lo que pensemos, sino de la enseñanza que recibamos de la intuición, la comunión y la conciencia.

LA INTUICION

El cuerpo tiene sus sentidos, y el espíritu los suyos. El espíritu mora en el cuerpo y tiene una relación muy cercana con él; pero es completamente diferente del cuerpo. Este posee

varios sentidos, pero el hombre espiritual puede detectar lo que está más allá de sus sentidos físicos. Existen otros sentidos en la parte más profunda del ser de los creyentes; ahí pueden regocijarse, afligirse, temer, aprobar, condenar, determinar y discernir. Estos son los sentidos del espíritu, los cuales son diferentes a los sentidos del alma, los cuales, a su vez, se expresan por medio del cuerpo.

Los sentidos y las funciones del espíritu pueden verse en los siguientes versículos:

"El espíritu *está dispuesto*" (Mt. 26:41).

"Jesús, *conociendo* en Su espíritu" (Mr. 2:8).

"Y *gimiendo* profundamente en Su espíritu" (Mr. 8:12).

"Y mi espíritu ha *exultado* en Dios mi Salvador" (Lc. 1:47).

"Cuando los verdaderos adoradores *adorarán* al Padre en espíritu y con veracidad" (Jn. 4:23).

"Jesús ... *se indignó* en Su espíritu" (Jn. 11:33).

"Habiendo dicho Jesús esto, *se conmovió* en espíritu" (Jn. 13:21).

"Su espíritu fue *provocado* viendo la ciudad llena de ídolos" (Hch. 17:16).

"Este había sido instruido en el camino del Señor, y siendo *ferviente* de espíritu" (Hch. 18:25).

"Pablo *se propuso* en espíritu" (Hch. 19:21).

"Ahora, he aquí, *ligado* yo en espíritu, voy a Jerusalén" (Hch. 20:22).

"*Fervientes* en el espíritu" (Ro. 12:11).

"Porque ¿quién de los hombres *sabe* las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? (1 Co. 2:11).

"*Cantaré* con el espíritu" (1 Co. 14:15).

"Si *bendices* con el espíritu" (1 Co. 14:16"

"No tuve *reposo* en mi espíritu" (2 Co. 2:13).

"Y teniendo el mismo espíritu de *fe*" (2 Co. 4:13).

"Espíritu de *sabiduría* y *revelación*" (Ef. 1:17).

"Vuestro *amor* en el Espíritu" (Col. 1:8).

Vemos, entonces, cuán sensible es el espíritu del hombre y cuán numerosas sus funciones. La Biblia no nos dice de qué modo siente el corazón del hombre, sino el modo en que siente y funciona su espíritu. Leamos cuidadosamente estos versículos para que podamos comprender que el espíritu humano posee todas esas funciones; también veremos que las funciones y los sentidos del espíritu humano son tan extensos como los del alma. Todo lo que pertenezca al alma, ya sean pensamientos, decisiones o sentimientos, también lo posee el espíritu. Esto nos muestra cuán importante es aprender a distinguir lo espiritual de lo anímico. Cuando el creyente experimenta la obra profunda de la cruz y del Espíritu Santo, gradualmente llega a experimentar y a conocer lo que es del alma y lo que es del espíritu.

Después de que el creyente emprende la senda espiritual, los sentidos y las funciones de su espíritu crecen y se desarrollan. Si el creyente no ha tenido la experiencia de que su espíritu se separe del alma y se une al Señor en un solo espíritu, es difícil que discierna los sentidos de su espíritu. Pero una vez que el poder del Espíritu Santo es derramado en su espíritu, y su hombre interior es fortalecido, su espíritu posee los sentidos y las funciones de un varón plenamente maduro. Sólo entonces puede comprender los diferentes sentidos de su espíritu.

El sentir del espíritu se llama *intuición*, ya que se presenta sin causa ni razón aparentes. Nuestros sentidos ordinarios son motivados por diferentes causas, que pueden ser personas, cosas o eventos. Estas cosas provocan ciertos sentimientos. Si hay algo que nos estimule positivamente, nos regocijamos; si encontramos adversidades, nos entristecemos. Todos estos sentimientos son reacciones a algo y, por ende, no pueden ser llamados *intuición.* Los sentidos del espíritu no provienen de ningún estímulo externo, sino directamente de nuestro ser interior.

El alma y el espíritu son muy similares, pero los creyentes no deben andar según el alma, o sea que no deben obedecer a sus pensamientos ni a sus sentimientos ni a sus preferencias, pues todo ello proviene del alma. Dios estableció que los creyentes anden según su espíritu, ya que todo lo demás proviene de la antigua creación y carece de valor espiritual. Pero, ¿cómo podemos andar según el espíritu? Andar de acuerdo al espíritu significa vivir en conformidad con la intuición del espíritu; porque ésta expresa tanto el pensamiento del espíritu como el de Dios.

Muchas veces intentamos hacer ciertas cosas y podemos tener muchas razones para hacerlas. Nuestro corazón puede desear algo, y con buenas intenciones; también nuestra voluntad puede decidir llevar a cabo las intenciones de nuestra mente y de nuestros deseos. Sin embargo, en lo más recóndito de nuestro ser, existe algo *indescriptible, silencioso, insistente y escondido* que pelea en contra de los pensamientos de nuestra mente, los deseos de nuestra emoción y las determinaciones de nuestra voluntad. Este sentimiento tan complejo parece decirnos que debemos evitar lo que estamos a punto de hacer. En otras ocasiones la experiencia puede variar. Tal vez comience en lo más interno de nuestro ser con el mismo sentimiento, indescriptible, silencioso, insistente y escondido que tuvimos antes y que nos urge, nos insta, nos mueve, o nos anima a hacer ciertas cosas que tal vez nos parezcan irracionales y contrarias a nuestros conceptos ordinarios; se oponen a lo que

ordinariamente deseamos, preferimos, amamos y apreciamos, y nuestra voluntad preferiría no hacerlo.

¿Qué es este elemento tan distinto de nuestra mente, de nuestra parte emotiva y de nuestra voluntad? Es la intuición del espíritu, el cual expresa su pensamiento por medio de ella. Ahora podemos ver la diferencia entre la intuición y nuestros sentimientos. Con frecuencia, lo que deseamos hacer es diametralmente opuesto a lo que nos advierte la intuición interna y silenciosamente. La intuición también es completamente diferente a nuestra mente. Nuestra mente es racional, mientras que la intuición no está en ese ámbito y por lo general, se opone a la razón. El Espíritu Santo revela Sus propios pensamientos por conducto de la intuición del espíritu humano. Lo que normalmente consideramos un impulso o sugerencia del Espíritu no es más que la obra del Espíritu Santo en nuestro espíritu mostrándonos Su voluntad mediante la intuición. Ahora podemos distinguir entre lo que es del Espíritu Santo y lo que es de nosotros mismos, y también lo que es de Satanás. El Espíritu Santo reside en nuestro espíritu, y nuestro espíritu es el centro de nuestro ser, así que cuando el Espíritu Santo revela su voluntad por medio de nuestra intuición, lo hace por conducto de la parte más profunda de nuestro ser. La voluntad reside en la parte exterior de nuestro ser, igual que los pensamientos y los sentimientos. Cuando nos damos cuenta de que nuestras opiniones provienen de nuestra mente o de nuestra parte emotiva, es decir, el hombre exterior, sabemos que son nuestros propios pensamientos y no la acción del Espíritu Santo, ya que El opera desde nuestro interior. La misma distinción se puede aplicar a lo que proviene de Satanás (exceptuando la posesión demoníaca). Satanás no mora en el espíritu de los creyentes, sino en el mundo. "Mayor es [el Espíritu Santo] el que está en vosotros, que [Satanás] el que está en el mundo" (1 Jn. 4:4). Satanás sólo puede atacarnos desde fuera. Puede operar valiéndose de los placeres y las sensaciones del cuerpo o de la mente y las emociones del alma, ya que el cuerpo y el alma constituyen el hombre exterior. Es por ello que debemos ser muy cuidadosos a fin de discernir si nuestros sentimientos provienen de lo más profundo de nuestro ser o si provienen del hombre exterior.

LA UNCION DE DIOS

La intuición es el lugar donde la unción de Dios nos enseña. "Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y todos vosotros tenéis conocimiento ... la unción que vosotros recibisteis de El permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; pero como Su unción os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, así como ella os ha enseñado, permaneced en El" (1 Jn. 2:20, 27). Este pasaje nos muestra de qué modo nos enseña la unción del Espíritu Santo.

Antes de examinar estos versículos, debemos diferenciar entre "conocer" y "entender". El espíritu "conoce", mientras que la mente "entiende". El creyente llega a "conocer" algo mediante la intuición de su espíritu, mientras la mente sólo puede "entender". Técnicamente, la mente puede "entender", mas no "conocer". (Sobra decir que nos referimos a la relación entre nosotros y Dios.) En la actualidad los creyentes se confunden en su búsqueda del pensamiento del Espíritu Santo, debido a que no distinguen entre "conocer" y "entender". Según el uso secular, no hay gran diferencia entre conocer y entender, pero en el terreno espiritual, conocer y entender son dos cosas tan distantes entre sí como los cielos y la tierra. Conocer es obra de la intuición, y entender es obra de la

mente. El Espíritu Santo hace que nuestro espíritu "conozca", y éste, por su parte, instruye a nuestra mente para que "entienda". Es difícil distinguir entre estas dos palabras, pero en la experiencia son tan diferentes como el trigo y la cizaña.

Muchas veces tenemos un sentimiento indescriptible en nuestro interior, el cual nos hace aptos para *saber* si hemos de hacer algo o no. Es cierto que en nuestro espíritu podemos *conocer* el pensamiento del Espíritu Santo, pero en muchas ocasiones sabemos en nuestra intuición lo que debemos hacer, pero nuestra mente *entiende* por qué. En cuestiones espirituales es posible saber algo sin entenderlo. Hay ocasiones en que, habiendo llegado al límite de nuestra capacidad intelectual, recibimos la enseñanza del Espíritu Santo en nuestro espíritu, y entonces gritamos con júbilo: "¡Ahora lo sé!" Muchas veces cuando rechazamos los pensamientos y los raciocinios de nuestra mente y obedecemos el pensamiento del Espíritu Santo expresado en la intuición, debemos esperar bastante tiempo antes de que nuestra mente sea iluminada y podamos entender las razones por las cuales el Espíritu Santo nos guía cierto rumbo. Sólo entonces podremos decir: "¡Ahora lo entiendo!" Por medio de estas experiencias nos damos cuenta de que "conocemos" el pensamiento del Espíritu Santo en la intuición, en nuestro espíritu, pero "entendemos" la guía del Espíritu santo en la mente, en nuestra alma.

El apóstol Juan nos dice que la unción del Señor Jesús permanece en nosotros y nos enseña para que conozcamos todas las cosas y no tengamos necesidad de que nadie nos enseñe. Esto se refiere a la función de la intuición. El Señor concede el Espíritu Santo a todos los creyentes, el cual mora en nuestro espíritu y nos guía a toda la verdad. ¿Cómo nos guía? Nos guía por medio de la intuición de nuestro espíritu. En el espíritu, El expresa Sus pensamientos. La intuición posee la habilidad de detectar el sentir del Espíritu Santo. Así como la mente le permite al hombre comprender las cosas del mundo, la intuición le permite comprender lo pertinente a la esfera espiritual. Ungir significa aplicar un ungüento. El Espíritu Santo actúa, nos enseña y nos habla en nuestro espíritu humano. El no habla desde el cielo con voz de trueno ni como llama de fuego, y tampoco arroja al suelo al creyente con Su poder; sino que obra silenciosamente en nuestro espíritu, haciendo que lo percibamos en nuestra intuición. Así como un ungüento que al aplicarse produce cierta sensación en el cuerpo, cuando se aplica la unción del Espíritu Santo, da al espíritu de los creyentes cierta sensación. Cuando la intuición es consciente de ello, llega a conocer lo que el Espíritu Santo dice.

Si el creyente quiere hacer la voluntad de Dios, no necesita preguntarles a otros, ni siquiera a sí mismo; sólo debe andar según el rumbo que le indique la intuición. La unción le enseñará al creyente "todas las cosas". No dejará lugar a que el creyente especule; todo el que quiera andar conforme al espíritu debe tener esto presente. Nuestra responsabilidad no es que nos enseñen, ni tenemos que decidir a nuestro antojo; de hecho, El no nos lo permitirá. Lo que el Espíritu no nos indique es nuestra propia acción. La unción opera independientemente y no necesita nuestra ayuda; no necesita el examen de nuestro intelecto ni la agitación de nuestras emociones; la unción por sí sola expresa el pensamiento del Espíritu, quien opera independientemente en el espíritu y da a conocer Su voluntad a los hombres mediante la intuición. Luego, hace que los hombres lleven a cabo Sus instrucciones.

EL DISCERNIMIENTO

Si leemos el contexto de este pasaje bíblico, veremos que el apóstol habló de que había falsas enseñanzas y anticristos. Pablo estaba diciéndoles a los creyentes que por haber recibido la unción del Santo que permanece en ellos, esta unción espontáneamente les mostraría qué es verdad, qué es mentira, quién es de Cristo, y quién es el anticristo. Los creyentes no necesitan que los hombres les instruyan, pues la unción que habita en ellos espontáneamente les enseña todas las cosas. En el presente, hay una gran necesidad de discernimiento espiritual. Si tuviéramos que fiarnos de muchas citas bíblicas y referencias teológicas, de razonar e investigar, de observar y analizar con nuestra mente para discernir lo que es verdad y lo que es mentira, sólo los creyentes muy versados y eruditos podrían escapar del engaño. Dios no valora nada de la vieja creación y dispuso que todo lo que no sea el espíritu, que pertenece a la nueva creación, debe morir y ser destruido. ¿Puede la capacidad mental, la cual Dios desea abolir, ayudar al hombre a distinguir entre lo correcto y lo incorrecto? No, en absoluto. Pero Dios pone Su Espíritu en el espíritu de cada creyente, no importa cuán ignorante o necio sea éste, a fin de enseñarle lo que es de El y lo que no es. Debido a eso, muchas veces cuando no entendemos la razón por la cual nos oponemos a cierta enseñanza, tenemos un sentido de desaprobación en lo más profundo de nuestro ser. No sabemos por qué, pero nuestro sentido interior nos dice que algo está equivocado. Algunas veces escuchamos una enseñanza que es totalmente diferente a la que conocemos y la cual no deseamos seguir; sin embargo, dentro de nosotros hay una pequeña voz que persiste en decirnos que ése es el camino y que debemos seguirlo. Aunque podamos tener muchas razones para oponernos a ello y aunque nuestro razonamiento pueda vencer, la voz apacible de la intuición nos habla continuamente y nos dice cuándo estamos equivocados.

Estas experiencias nos muestran que nuestra intuición, el órgano donde el Espíritu Santo opera, puede distinguir entre lo correcto y lo incorrecto, sin la ayuda de la observación ni el análisis intelectual. Toda persona que siga sincera y fielmente al Señor será enseñada por la unción, independientemente de su capacidad intelectual. En los asuntos espirituales, el sabio más versado es tan ignorante como el analfabeta. Con frecuencia, el erudito comete más errores que el inculto. Las falsas doctrinas son bastante comunes hoy, y muchos disfrazan las mentiras con palabras engañosas para que parezcan verdades. Necesitamos discernimiento en el espíritu para saber lo que es correcto y lo que no lo es. Ni la mejor enseñanza ni la mente más perspicaz ni los consejeros más sabios son dignos de fiar; sólo los que obedecen a la enseñanza del Espíritu Santo en la intuición, escaparán del engaño de las confusiones teológicas, las herejías, los milagros y las cosas sobrenaturales que pululan hoy en día. Debemos pedirle al Señor continuamente que active y purifique nuestro espíritu y también debemos obedecer esta tenue voz que proviene de la intuición. No debemos dejarnos impresionar por el conocimiento menospreciando la advertencia de la intuición, pues en tal caso, caeremos en herejías o nos volveremos fanáticos. Si no obedecemos lo que nos enseña la unción con su leve voz, seremos distraídos y confundidos debido a nuestras emociones y nuestra mente inquieta.

NUESTRA RELACION CON LOS DEMAS

La unción también nos muestra cómo relacionarnos con las personas.

No debemos criticar a nadie, sino conocer a las personas para saber convivir con ellas y ayudarles. Comúnmente uno conoce a los demás examinándolos u observándolos. Pero aun esto a menudo nos lleva al error. No negamos la utilidad de estos procedimientos, pero sí decimos que ocupan un lugar secundario. Normalmente, un espíritu puro posee el discernimiento correcto. Recordemos que cuando éramos niños hacíamos un juicio muy preciso de la gente que veíamos. Con el paso del tiempo, hemos acumulado conocimiento, experiencias y observaciones; sin embargo, nuestra habilidad para conocer a la gente no parece haber mejorado. Cuando éramos niños, al formar nuestros juicios sobre las personas, no nos basábamos en nada lógico para hacerlos, sino en lo que sentíamos en nuestro corazón, aunque muchas veces no lo podíamos explicar con palabras. Pero todo ha cambiado y ahora los hechos demostraron que nuestros "sentimientos" eran correctos. Cuando éramos niños, nuestros juicios no eran el resultado de investigaciones ni de indagaciones, pues ni siquiera podíamos ofrecer evidencias ni razones para ellos. Esa era la acción de una intuición pura, aunque era natural. El Señor quiere que tomemos las cosas de Dios de la misma manera. Nuestro espíritu debe convertirse, y debemos ser como niños, ya que así tendremos el conocimiento claro que procede de Dios.

Veamos esto en el Señor Jesús: "Y al instante Jesús, conociendo en Su espíritu que cavilaban de esta manera dentro de sí mismos, les dijo..." (Mr. 2:8). Este versículo nos muestra la operación de la intuición. No dice que el Señor Jesús tuviera un pensamiento ni un sentimiento en Su corazón, ni dice que el Espíritu Santo se lo hubiese revelado. La facultad de Su espíritu demostró su habilidad perfecta. El sentido del espíritu en Jesucristo el hombre era muy puro, agudo y elevado. El percibía en Su espíritu con la intuición los razonamientos de las personas que lo rodeaban, y les hablaba según dicha percepción. Esta debe ser la vida normal de toda persona espiritual. El Espíritu Santo mora en nuestro espíritu y lo capacita para que funcione a la perfección y para que conozca todas las cosas; es así como regula todo nuestro ser. Igual que el espíritu humano del Señor Jesús actuaba cuando El estuvo en la tierra, también nuestro espíritu debe operar por medio del Espíritu Santo que mora en nosotros.

LA REVELACION

El conocimiento que se adquiere mediante la intuición es a lo que la Biblia llama revelación, la cual no es otra cosa que la realidad de algún asunto que el Espíritu Santo imprime en el espíritu de los creyentes, para que conozcan dicho asunto. Con respecto a la Biblia y a Dios, solamente existe una clase de conocimiento que tiene valor y es la verdad revelada a nuestro espíritu por el Espíritu de Dios. Dios no le da explicaciones a nuestro raciocinio, pues el hombre jamás llega a Dios valiéndose de su intelecto. No importa cuán inteligente sea un hombre, ni cuánto entendimiento tenga acerca de Dios, su entendimiento siempre estará velado. Lo único que puede hacer es inferir en su mente las cosas que están detrás del velo, puesto que no puede ver la realidad que yace detrás de éste. Como no ha "visto", lo único que puede hacer es deducir pero no "conocer". Si nuestra vida cristiana no es una revelación personal, no tiene ningún valor. Todo el que crea en Dios tiene que recibir revelación en su espíritu; de lo contrario, todo lo que cree no pasa de ser sabiduría humana, ideales y palabras, todo ello desprovisto de Dios. Una fe así no puede resistir cuando se presenta la tentación.

La revelación no es una visión ni una voz celestial ni una fuerza exterior que sacude al hombre. Todo eso puede suceder sin que la persona reciba revelación. La revelación se halla en la intuición y es apacible; no es un sentir intenso; aunque parece ser una voz, no es audible. Muchas personas se llaman cristianas, pero lo que creen es filosofía, ética, doctrinas acerca de la verdad o algunos fenómenos sobrenaturales. Creer esto no produce un nuevo nacimiento ni les concede a las personas un espíritu nuevo. Aunque esta clase de "creyente" es muy numerosa, su utilidad espiritual es nula. Dios concede Su gracia a los que han aceptado a Cristo y les muestra en su espíritu la realidad de la esfera espiritual que se abre ante ellos como si les hubiesen quitado un velo. En consecuencia, lo que ellos *conocen* es mucho más profundo que lo que entienden con sus mentes. Lo que habían entendido o percibido cobra significado; todo se hace transparente y conocido de un modo genuino, pues lo "vieron" en el espíritu. "Lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos" (Jn. 3:11). Esta es la vida cristiana. La búsqueda intelectual no salva al hombre, ya que sólo la revelación en el espíritu proporciona un verdadero conocimiento de Dios.

LA VIDA ETERNA

En la actualidad muchas personas hablan de recibir la vida eterna mediante la fe. Pero, ¿cuál es la vida eterna que recibimos? Aunque se refiere a una bendición futura, ¿qué significado tiene *hoy*? "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a quien has enviado, Jesucristo" (Jn. 17:3). La vida eterna en esta era es la facultad de conocer a Dios y al Señor Jesús, lo cual es una realidad sólida. Al decir que todo el que cree en el Señor recibe vida eterna damos a entender que recibe un conocimiento intuitivo que antes no poseía acerca de Dios. "Recibir la vida eterna mediante la fe" no es un lema, sino algo que puede demostrarse en esta era. Los que no poseen esta vida pueden especular de Dios, pero no le conocen personalmente. Sólo al recibir la vida nueva y al ser regenerado, puede el hombre llegar a conocer verdaderamente a Dios por medio de la intuición. Ellos tal vez estudien teología y entiendan la Biblia, pero su espíritu sigue muerto y sin ser regenerado. Posiblemente sirvan con entusiasmo a Dios "en el nombre del Señor", aunque no hayan experimentado en su espíritu la regeneración ni hayan recibido una vida nueva. La Biblia dice que el hombre no puede descubrir los secretos de Dios (Job 11:7). Nada de lo que se hace por medio de la mente puede traernos el conocimiento de Dios. Fuera del espíritu humano, el hombre no puede conocer a Dios, y tampoco puede conocer Su mente. En la Biblia vemos una sola clase de conocimiento, el cual es la intuición en el espíritu.

UNA GUIA APROPIADA

Los creyentes no sólo deben recibir el conocimiento por medio del espíritu en su experiencia inicial, sino que deben seguir recibiéndolo continuamente. En la vida cristiana, lo que no se reciba mediante la revelación en la intuición carece de valor espiritual, ya que no pertenece al espíritu y, por ende, no es la voluntad de Dios. Dios sólo nos revela Su voluntad en nuestro espíritu. Cualquier cosa que pensemos, sintamos o decidamos que no provenga de una revelación recibida en el espíritu, se considera muerta a los ojos de Dios. El creyente tal vez actúe según pensamientos repentinos o ideas que se le ocurren después de orar, según un presunto "fuego ardiente" en su corazón, o según sus inclinaciones

naturales, sus razonamientos o sus propios juicios. Todo ello es sencillamente actividades del hombre viejo. La voluntad de Dios no se conoce por medio de esos pensamientos, esos sentimientos ni esas preferencias; El solamente revela Su voluntad al espíritu del hombre. Lo que no es revelado por medio del espíritu es una simple actividad humana.

Dios nunca rebela Su voluntad a la mente humana. La revelación procede del Espíritu Santo y llega al espíritu del hombre. El espíritu del hombre conoce y recibe la voluntad de Dios por medio de la intuición. Luego, ésta le comunica la voluntad de Dios a la mente para que el hombre la entienda. Con la mente podemos entender la voluntad de Dios, pero no es allí donde se origina. La voluntad de Dios procede de El y se revela al espíritu del hombre por medio del Espíritu Santo, quien, a su vez, hace que el hombre exterior entienda, en la mente, lo que el hombre interior ya sabe. Si el creyente no busca la voluntad de Dios en su espíritu, sino que utiliza su mente, se confundirá y no sabrá lo que debe obedecer, pues su mente continuamente fluctúa. Los que andan según su mente, no pueden, ni por un momento, decir en sus corazones: "Sé *con certeza* que ésta es la voluntad de Dios". Unicamente los que reciben la revelación en su espíritu tendrán una *confianza profunda*; y sólo ellos *conocerán* y estarán *plenamente seguros* de lo que están haciendo.

La revelación de Dios que recibimos en nuestro espíritu puede ser de dos clases: una la recibimos directamente, y la otra la buscamos. La primera se da cuando Dios tiene un deseo, y comisiona al creyente para que lo lleve a cabo. En este caso, El revela Su voluntad al espíritu del creyente. Cuando éste recibe la revelación en su intuición, actúa en conformidad con ella. El caso de una revelación que se recibe por haberla buscado, se da cuando el creyente tiene una necesidad específica y no sabe qué hacer; entonces acude a Dios, espera y busca Su voluntad. En respuesta a la búsqueda del creyente, Dios opera en su espíritu y le revela si debe avanzar o detenerse. Cuando el creyente es joven en su vida espiritual, recibe principalmente esta clase de revelación, pero cuando ha madurado más, recibe revelaciones directas. Esto no es invariable; pero en general, los creyentes jóvenes reciban revelación por haberla buscado, y los creyentes maduros comúnmente reciben revelación directa. No obstante, es aquí donde la mayoría de los creyentes jóvenes enfrentan dificultades, ya que se necesita tiempo para poder esperar delante del Señor y para dejar que los pensamientos, las preferencias y las opiniones sean eliminadas. Con frecuencia se impacientan al tratar de esperar la revelación de parte de Dios y la substituyen por su propia voluntad. Como resultado, son censurados por sus conciencias. Aun cuando desean sinceramente hacer la voluntad de Dios, actúan neciamente según los pensamientos de su mente, debido a su falta de conocimiento espiritual. Todo lo que se hace sin revelación, inevitablemente será un error.

Ahora podemos ver lo que es el conocimiento espiritual. Sólo lo que se obtiene en el espíritu es conocimiento espiritual; lo demás es simple conocimiento mental. ¿Cómo realiza Dios las cosas? ¿Cómo juzga? ¿Qué tipo de conocimiento utiliza para administrar el universo? ¿Acaso razona con Su mente como lo hacen los hombres? ¿Necesita acaso meditar detenidamente en las cosas para entenderlas? ¿Conoce El las cosas mediante la lógica, los argumentos o la comparación? ¿Necesita investigar y deliberar para llegar a una conclusión? ¿Necesita el Omnisciente usar un cerebro? ¡Ciertamente no! Dios no necesita nada de esto para poder saber todas las cosas. Todo el conocimiento y el juicio de Dios es intuitivo. La intuición es la facultad de los seres espirituales. Los ángeles obedecen la

voluntad de Dios debido a que la conocen intuitivamente. No tratan de comprobar las cosas por medio de los argumentos ni los razonamientos. La diferencia que existe entre entender la voluntad de Dios con la mente o con la intuición es inmensa, pues de esta diferencia depende el éxito o el fracaso espiritual. Si la conducta del creyente se basara en su razonamiento o su sentido común, nadie se habría atrevido a llevar adelante las muchas obras espirituales gloriosas del pasado, ni las del presente; todas las obras espirituales superan el razonamiento humano. ¿Quién se hubiera atrevido a ejecutarlas si no hubiese conocido la voluntad de Dios intuitivamente?

Todo el que tiene una estrecha relación con Dios, que disfruta una comunión secreta con El y que goza de una unión espiritual con El, recibe revelación en la intuición y sabe claramente lo que sucede y lo que debe hacer. Esta conducta no atrae la simpatía de los hombres, ya que no saben lo que él sabe. Según la sabiduría del mundo, sus acciones no tienen sentido. ¿No es cierto que los creyentes espirituales padecen gran oposición a causa de esto? ¿No los han considerado locos? No sólo la gente del mundo dice esto, sino que hasta sus familias los critican. Esto se debe a que la vida de la antigua creación, ya sea en la gente del mundo o en los creyentes, desconoce la obra del Espíritu de Dios. Los creyentes más intelectuales a menudo clasifican a los que actúan aparentemente sin sentido común como "fanáticos". Para ellos, sus hechos son fruto del entusiasmo del alma, pero los presuntos fanáticos son, en realidad, espirituales. Ellos se conducen "neciamente" debido a la revelación que recibieron en su intuición.

No debemos mezclar la intuición con las emociones. El celo de un creyente emotivo puede parecer espiritual, pero no proviene de la intuición. Del mismo modo, la prudencia de un creyente racional puede parecer espiritual, pero tampoco es una revelación que proviene de la intuición. Tanto el creyente emotivo como el intelectual son anímicos. El espíritu tiene celo, de hecho, su celo excede al celo que tiene la parte emotiva del hombre. Todos los hechos de los creyentes espirituales son "justificados en el espíritu" (1 Ti. 3:16); no son tolerados por las emociones carnales de la mente. Si nos salimos del espíritu y andamos de acuerdo con nuestros sentimientos carnales o con nuestro raciocinio, inmediatamente estaremos perdidos sin saber qué hacer ni a dónde ir. Cuando esto sucede, somos como Abraham, quien descendió a Egipto buscando ayuda en objetos visibles y tangibles. El espíritu y el alma trabajan independientemente uno de otro. Si el espíritu no trasciende para tomar el control de nuestro ser, el alma peleará en contra de él.

Cuando el espíritu del creyente es renovado, fortalecido y educado por el Espíritu Santo, su alma cede su lugar y se somete al espíritu. Gradualmente, ella viene a ser un siervo del espíritu, y el cuerpo es conquistado y se convierte en servidor del alma para ejecutar la voluntad del espíritu que conoce la revelación de Dios por la intuición. Este progreso se repite sucesivamente. Algunos tienen más cosas para eliminar que otros, ya que sus espíritus no son tan puros como el de éstos. Están llenos de conocimiento intelectual, de emociones y de prejuicios, debido a lo cual su espíritu no está abierto para recibir las verdades de Dios. Para que la intuición pueda recibir algo de parte de Dios, todas estas cosas deber ser eliminadas.

Ahora debemos entender más claramente la diferencia entre la intuición y la mente o las emociones. Si comprendemos qué es la intuición, veremos mejor el espíritu, el cual es tan

misterioso para nosotros. Examinemos las diferencias básicas entre la experiencia espiritual y la anímica. Una experiencia es espiritual debido a que tiene su origen en Dios y a que la conocemos o la percibimos en nuestro *espíritu.* Por otro lado, una experiencia anímica tiene su origen en el *hombre* y no pasa por el espíritu. Así que, puede darse el caso de personas que tienen mucho conocimiento bíblico, comprenden con precisión ciertas doctrinas cristianas, tienen celo por aplicar todos sus talentos en la obra del Señor, son elocuentes y dan conferencias acerca de la Biblia, pero su ser todavía vive en la esfera del alma, y no da ni un paso hacia su espíritu; tal vez su espíritu aún esté muerto. Las personas que nos oyen nunca entrarán en el reino de Dios por medio de nuestro ánimo, nuestras exhortaciones, nuestros argumentos, nuestras sugerencias, nuestro atractivo ni nuestra persuasión. Sólo pueden entrar por medio de la regeneración, que es la resurrección del espíritu. La nueva vida que recibimos lleva consigo varias facultades, de las cuales la más importante es la intuición, ya que con ella entiende a Dios, lo conoce y está consciente de El.

¿Significa esto que la mente humana es completamente inútil? Por supuesto que no. Ciertamente, la mente tiene su parte, pero debemos recordar que el intelecto es secundario. No conocemos a Dios ni lo relacionado con El mediante el intelecto, ya que si lo hiciéramos, la vida eterna no tendría significado. La vida eterna (es decir, la nueva vida) no es otra cosa que el espíritu mencionado en Juan 3. Conocemos a Dios mediante la vida eterna y el espíritu que acabamos de recibir. La utilidad de la mente yace en su capacidad de explicar a nuestro hombre exterior lo que vemos en nuestro espíritu y transmitirlo con palabras inteligibles. Vemos esto en el caso de Pablo. En sus epístolas recalcó que el evangelio que predicaba no era de hombres, ni se adquiría "al por mayor" en la mente del hombre ni se vendía "al menudeo" a otras mentes, sino que él lo recibió por la revelación. Aunque poseía una excelente capacidad mental, su enseñanza no provenía de sus pensamientos, ni los repentinos ni los desarrollados gradualmente. Su mente estaba unida a su espíritu y comunicaba a otros la revelación que él recibía en su espíritu. La mente (parte del alma) no es el órgano que recibe conocimiento espiritual, sino el órgano que lo transmite.

Aparte del espíritu, no hay otro lugar donde Dios pueda comunicarse con nosotros. No hay manera de que conozcamos a Dios excepto en la intuición. Por medio del espíritu, el hombre entra en la esfera eterna, divina e invisible. Podemos decir que la intuición es "el cerebro" del espíritu. Cuando decimos que el espíritu del hombre está muerto, nos referimos a que su intuición perdió la sensibilidad y la facultad de conocer a Dios o de entender lo pertinente a El. Al afirmar que el espíritu debe gobernar todo nuestro ser, nos referimos a que cada parte del alma y cada miembro del cuerpo deben obedecer la voluntad de Dios, la cual conocemos por medio de la intuición. Ya dijimos que la regeneración es absolutamente necesaria, pero lo repetiremos: ni la mente ni la parte emotiva ni la voluntad humana pueden conocer a Dios ni substituir a la intuición. Si el hombre no recibe la vida de Dios y si su intuición no es resucitada, permanecerá separado eternamente de Dios. La regeneración es una experiencia real; no es un término ni un cambio de moral, sino el ingreso indubitable de *lavida de Dios* en nuestro espíritu, lo cual resucita nuestro espíritu y nuestra intuición. Es completamente imposible que un hombre haga el bien y agrade a Dios por su propia cuenta, ya que sus actividades se hallan en la esfera del alma y no se efectúan mediante la intuición que se despierta para Dios. Es imposible que un hombre nazca de nuevo por su propio esfuerzo, porque él no tiene nada que pueda producir una vida nueva.

Si Dios no lo engendra, él jamás podrá engendrase a sí mismo. Además, no importa con cuánta claridad entendamos las doctrinas ni cuánto confiemos en ellas; de todos modos son inútiles y no pueden salvar al hombre. El tiene que ponerse en las manos de Dios y rogarle que opere en su interior, pues si no reconoce cuán inútil es y que debe identificarse con la muerte del Señor Jesús y recibir la vida de Dios, su espíritu permanecerá muerto para siempre.

Los caminos del hombre rechazan al Señor Jesús como Salvador, la resurrección de la intuición (el espíritu), y prefieren reemplazar la intuición con la mente. El hombre piensa, medita e inventa diferentes filosofías, normas éticas o religiones; pero Dios dice: "Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos" (Is. 55:9). No importa cuáles sean los pensamientos del hombre, siguen siendo de la tierra, y no de los cielos. Después de que somos regenerados, Dios desea que conozcamos Sus obras y Su voluntad por medio de nuestra intuición para que andemos según ella. Pero ¡cuán fácil es que los creyentes olviden lo que aprendieron en la regeneración! ¡Cuántos creyentes se conducen en su vida diaria según sus pensamientos y sus emociones! Cuando servimos a Dios, aún usamos nuestro intelecto, nuestro celo y nuestras ideas para motivar la mente, la parte emotiva o la voluntad de otros. Dios desea mostrarnos que ni nuestra alma ni las almas de los demás tienen utilidad ni valor. Dios desea destruir nuestra vida natural junto con su intelecto, sus habilidades y su fuerza. Debido a esto, nos permite equivocarnos, desanimarnos, enfriarnos hasta llegar a ser inútiles en nuestra obra espiritual. Esta lección no puede aprenderse en un par de días. Dios nos instruirá durante toda nuestra vida, y hará que comprendamos que si no andamos según la intuición, todo lo que hagamos será en vano.

He aquí el punto crucial. Cuando la intuición propone algo totalmente diferente a lo que el alma desea, ¿a quién obedeceremos? Ese es el momento de determinar quién ha de gobernar nuestra vida y de qué manera hemos de andar. Esa es la batalla decisiva para decidir quién será la cabeza, nuestro hombre exterior o nuestro hombre interior, el hombre de los sentimientos o el hombre del espíritu. Al principio de nuestra vida cristiana nuestro espíritu pelea contra nuestra carne. Ahora la guerra se libra entre nuestro espíritu y nuestra vida natural. Anteriormente peleábamos contra los pecados; ahora no nos debatimos entre el bien y el mal, sino entre nuestra bondad natural y la bondad de Dios. Antes nos preocupábamos por la moralidad de lo que hacíamos, ahora nos preocupa su origen. Hoy tenemos una guerra entre el hombre exterior y el hombre interior, entre la voluntad de Dios y las intenciones del hombre. Aprender a andar según el espíritu es una labor que dura toda la vida del hombre nuevo. Si el creyente anda según el espíritu, vencerá su carne. El Espíritu Santo, al fortalecer el espíritu del nuevo hombre, pondrá fin a la mente carnal, pues ésta sólo produce muerte, pero la mente puesta en el espíritu es vida y paz.

CAPITULO DOS

LA COMUNION

Así como el hombre se comunica con el mundo físico por medio de su cuerpo, se comunica con el mundo espiritual mediante su espíritu. La comunión con la esfera espiritual no se efectúa en la mente ni en la parte emotiva, sino en el espíritu, es decir, mediante la intuición del espíritu. Si entendemos las funciones de la intuición, entenderemos el carácter de la comunión entre Dios y el hombre. Para que el hombre adore a Dios y tenga comunión con El, necesita tener una substancia que sea compatible con la de El. "Dios es *Espíritu;* y los que le adoran, en *espíritu* y con veracidad es necesario que adoren" (Jn. 4:24). No puede haber comunión entre dos substancias diferentes; por eso, ni las personas que no han sido regeneradas, cuyos espíritus no han sido reavivados, ni los creyentes que no adoran utilizando su espíritu, pueden tener una verdadera comunión con Dios. Aunque la persona tenga pensamientos hermosos y sentimientos loables, no puede experimentar la realidad espiritual ni tener una comunión personal con Dios. Nuestra comunión con Dios se da en la parte más recóndita de nuestro ser, la cual es más profunda que la mente, el asiento de las emociones y la voluntad; tenemos comunión con Dios mediante nuestra intuición.

En 1 Corintios 2:9 hasta 3:2 vemos la manera en que el hombre tiene comunión con Dios mediante su espíritu, y cómo comprende las cosas de Dios. Examinemos esto detalladamente.

EL CORAZON DEL HOMBRE

El versículo 9 dice: "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman". Este versículo habla de Dios y de las cosas de Dios. Todo lo que El ha preparado son cosas que el cuerpo del hombre (el ojo y el oído) no ha ni visto ni oído, cosas que no han subido al corazón del hombre. En "el corazón del hombre" se refiere a su entendimiento, su mente o intelecto. Los pensamientos del hombre no pueden comprender las obras de Dios, pues ellas trascienden la esfera intelectual. Los que quieren conocer a Dios y tener comunión con El nunca podrán lograrlo utilizando sus mentes.

EL ESPIRITU SANTO

El versículo 10 dice: "Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios". El Espíritu *escudriña* todas las cosas y no necesita usar la mente para *comprender* las cosas, ya que conoce aun las profundidades de Dios. El sabe lo que el hombre no puede llegar a saber,. El Espíritu todo lo escudriña por Su intuición, y Dios revela por medio de El aquello que no ha subido a nuestro corazón.

Esta revelación no es un entendimiento que se obtenga valiéndose de la mente, pues es algo que no se nos ocurre en nuestros corazones y mucho menos en nuestro intelecto. Por ser

una revelación, no necesita la ayuda de nuestra mente. Dios no nos revela nada por medio de nuestros oídos, nuestros ojos ni nuestra mente. ¿Cómo se obtiene la revelación? Los dos versículos siguientes responden a ésta pregunta.

EL ESPIRITU DEL HOMBRE

Los versículos 11 y 12 añaden: "Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Pero nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado por Su gracia". Sólo el espíritu del hombre conoce (no dice que entiende ni que percibe) las cosas del hombre; del mismo modo, sólo el Espíritu Santo conoce las cosas de Dios. Tanto el espíritu del hombre como el Espíritu Santo conocen las cosas directamente, no por deducción ni por investigación, es decir, por medio de la intuición, no de la mente.

Ya que sólo el Espíritu Santo conoce las cosas de Dios, nosotros podemos conocerlas solamente cuando recibimos al Espíritu Santo. El espíritu del mundo no tiene ninguna comunión con Dios, pues aunque es un espíritu, está muerto y no puede conducirnos a la comunión con Dios.

Puesto que el Espíritu de Dios conoce las cosas de Dios, cuando recibimos en nuestro espíritu lo que El sabe en la intuición, también nosotros llegamos a conocer las cosas de Dios. Es por eso que la Palabra dice: "Hemos recibido ... el Espíritu que proviene de Dios, *para que sepamos* lo que Dios nos ha dado"

¿Cómo es que conocemos? El versículo 11 dice que el hombre llega a conocer por medio de su espíritu. Esto esclarece mucho las cosas. El Espíritu Santo revela a nuestro espíritu todo lo que El sabe en Su intuición, comunicándolo a la intuición de nuestro espíritu. Por medio de la intuición conocemos lo que el Espíritu Santo revela; además, siempre que el Espíritu Santo revela las cosas de Dios, lo hace en nuestro espíritu. Aparte del espíritu del hombre, no existe otro órgano que pueda conocer las cosas del hombre. El Espíritu Santo no revela las cosas de Dios a nuestra mente, porque El sabe que nuestra mente es incapaz de conocer las cosas de Dios. La mente no es un órgano apto para conocer las cosas que pertenecen a Dios y al hombre. Aunque puede pensar e inventar muchas cosas, no puede decir que *sabe,* ya que sólo el espíritu conoce las cosas del hombre.

Vemos, entonces, que Dios tiene en alta estima al espíritu humano regenerado. Si un hombre no es regenerado, su espíritu todavía está muerto, y Dios no tiene posibilidad de revelarle las cosas que le pertenecen a El. Aunque una persona sea muy inteligente, no puede comprender las cosas de Dios, ya que la comunión de Dios con el hombre y la adoración del hombre hacia Dios requieren un espíritu regenerado. Esto se debe a que éste es el único vínculo entre Dios y el hombre. Si el espíritu no es regenerado, habrá una separación entre Dios y el hombre; El no puede ir a su encuentro, ni el hombre puede acudir a El, ya que su intuición está todavía muerta y no puede conocer la intención del Espíritu Santo. El primer paso para que haya comunión entre Dios y el hombre es que el espíritu sea avivado.

El hombre tiene libre albedrío, es decir, tiene el pleno derecho de decidir sus propios asuntos; por ello, aun después de que un pecador es regenerado y llega a ser un creyente, todavía tiene muchas tentaciones. Es posible que por ignorancia o por prejuicios muchos creyentes no le den a su espíritu o a la intuición el lugar que les corresponde; sin embargo, para Dios el espíritu es el único lugar donde El puede comunicarse con el hombre, y donde el hombre puede adorarlo y comunicarse con El. Aún así, muchos creyentes siguen andando según su mente o sus emociones, y pasan por alto la voz de la intuición; en consecuencia, basan su conducta en el principio de hacer las cosas de acuerdo con lo que consideran razonable, bonito, o con lo que les agrada o les interesa. Inclusive, cuando tienen el deseo de cumplir la voluntad de Dios, piensan que las ideas que se les ocurren o algunos razonamientos lógicos son la voluntad de Dios, y los obedecen. No se dan cuenta de que deben obedecer al sentir expresado por su intuición mediante su espíritu, y no a sus propios pensamientos. Aun cuando están dispuestos a escuchar la voz de la intuición, sus sentimientos no son estables; por lo tanto, ellos también fluctúan con sus emociones y no reconocen la voz de su intuición. Por consiguiente, andar según el espíritu se convierte en un evento ocasional en la vida de los creyentes, y no una experiencia perdurable, diaria y continua.

Puesto que ésta es nuestra condición cuando inicialmente conocemos la voluntad de Dios, no es de extrañar que no tengamos una revelación profunda. En tal condición, nunca estaremos en nuestro espíritu, el cual nos capacita para conocer el plan de Dios en esta era, la realidad de la lucha espiritual y las verdades profundas de la Biblia. Además, en cuanto a la adoración a Dios, haremos lo que juzguemos correcto, o lo que en ese momento sintamos. En tales circunstancias, la comunión con el Señor en nuestra intuición cesa.

El creyente debe saber que sólo el Espíritu Santo conoce las cosas de Dios, que lo hace por medio de la intuición, no de la mente. Por lo tanto, sólo El puede impartir este conocimiento al hombre. Sin embargo, el que recibe el conocimiento debe recibirlo de la misma manera. Esto significa que también debe usar su intuición para conocer lo que el Espíritu Santo conoce por medio de Su intuición. La unión de estas dos intuiciones produce en el hombre el conocimiento de las cosas de Dios.

El versículo 13 dice: “Lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, interpretando lo espiritual con palabras espirituales”. Vemos cómo debemos hablar acerca de lo que conocemos mediante la intuición en nuestro espíritu. En nuestro espíritu sabemos lo que pertenece a Dios, y nuestra responsabilidad es predicarlo. El apóstol declara que para hablar de las cosas que sabía en su espíritu no utilizaba “palabras enseñadas por sabiduría humana”. La sabiduría del hombre pertenece a la mente del hombre y es el producto de la actividad del cerebro humano. El apóstol afirma categóricamente que no utiliza las palabras que se originan en su mente para comunicar lo que el espíritu sabe acerca de las cosas de Dios. El apóstol Pablo tenía mucha sabiduría. El podía formular ideas nuevas y pronunciar mensajes elocuentes. Sabía expresarse, sabía qué ejemplos usar y cómo estructurar sus mensajes; podía utilizar su elocuencia natural para que los oyentes entendieran bien su pensamiento, pero dijo que no usaría palabras enseñadas por sabiduría humana. Esto significa que la mente del hombre no sólo es incapaz de conocer las cosas de Dios, sino también de hablar acerca de la sabiduría espiritual.

El habló empleando palabras "enseñadas por el Espíritu". Esto significa que él había sido instruido en su intuición por el Espíritu Santo. En la vida cristiana lo único que tiene valor es estar en el espíritu; aun cuando hablemos del conocimiento espiritual, debemos utilizar el discurso espiritual. La intuición no sólo sabe lo que nos revela el Espíritu Santo, sino también las palabras que El nos enseña para expresar lo que nos revela. Muchas veces el creyente recibe revelación de parte de Dios, comprende algo y quiere predicarlo a otros; para él todo es claro y lo entiende; sin embargo, su predicación no transmite su pensamiento debido a que no ha recibido las palabras en su espíritu. Algunas veces cuando el creyente espera delante del Señor, algo sucede en su interior; tal vez reciba unas pocas palabras, pero éstas transmiten plenamente lo que Dios le reveló. Así, él se da cuenta de que Dios verdaderamente lo ha usado para que testifique de El.

Esas experiencias nos muestran la importancia de recibir las palabras de parte del Espíritu Santo. Hay dos clases de expresiones; la primera es nuestra elocuencia natural, y la otra son las palabras que el Espíritu Santo da a nuestro espíritu. El tipo de discurso dado en Hechos 2:4 es indispensable en la obra espiritual. No importa cuánta sea nuestra elocuencia natural, no puede transmitir las cosas de Dios. Aunque estemos satisfechos de haber hablado bien, tal vez no se haya transmitido lo que deseaba comunicar el Espíritu Santo. Sólo las palabras espirituales, es decir, las que recibimos en nuestro espíritu, están ligadas al conocimiento espiritual. Algunas veces tenemos una carga del Señor en nuestro espíritu, y es como si un fuego ardiese en nuestro interior; sin embargo, no tenemos forma de transmitir dicha carga. En tal caso, debemos esperar que el Espíritu Santo nos dé el mensaje para que podamos transmitir lo que se encuentra en nuestro espíritu, y así aliviar la carga. Si no recibimos las palabras que provienen del Espíritu Santo en nuestra intuición, y en su lugar usamos palabras de sabiduría humana, todo el valor espiritual se perderá, ya que las palabras meramente humanas, en el mejor de los casos, sólo pueden hacer que las personas estén de acuerdo con nuestras ideas. A veces tenemos experiencias espirituales, pero no sabemos cómo comunicarlas, hasta que tal vez unas palabras sencillas de algún creyente esclarecen nuestro cielo y llegamos a conocer el significado de nuestra experiencia. Esto se debe a que hasta el momento en que oímos a otros expresar la misma experiencia que nosotros tuvimos, no habíamos recibido en nuestro espíritu el mensaje del Señor.

"Lo espiritual" debe explicarse con "palabras espirituales". Debemos usar medios espirituales para llevar a cabo nuestras metas espirituales. Esto es algo que en estos días el Señor nos está enseñando. No basta con tener una meta espiritual; el medio y los procedimientos también deben serlo. Todo lo que pertenece a la carne, sea lo que sea, no puede llevar a cabo lo que es espiritual. Tratar de utilizar nuestra mente y nuestros sentimientos para alcanzar una meta espiritual, es como esperar que de una fuente de agua amarga brote agua dulce. Todo lo pertinente a nuestra comunión con Dios, ya sea procurar hacer Su voluntad, obedecer Sus preceptos o predicar Su mensaje, únicamente es eficaz si lo hacemos en nuestra intuición y en comunión con El. Si usamos nuestra mente, nuestro talento y nuestros métodos, todo ello será muerte ante Dios.

La Biblia en chino trae una nota marginal que dice que las dos últimas frases del versículo 13 pueden traducirse así: "Comunicando lo espiritual a los hombres espirituales". Esto es muy significativo, y está relacionado con el siguiente versículo. Estudiaremos esto juntamente con el siguiente versículo.

ANIMICO O ESPIRITUAL

El versículo 14 dice: "Pero el hombre *anímico* no *acepta* las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son necedad, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente".

Los hombres anímicos son aquellos que no han sido regenerados y que, por ende, no tienen un nuevo espíritu. Ellos no tienen intuición; sólo tienen la mente, la parte afectiva y la voluntad, o sea su alma. Pueden razonar, juzgar con lógica y expresar sus deseos, pero debido a que no han sido regenerados en su espíritu, no pueden "aceptar" las cosas que son del Espíritu de Dios. Dios pone Su revelación en la intuición del hombre. Aunque un hombre anímico pueda pensar y observar, carece de intuición, y por eso no puede aceptar lo que Dios revela. Todos los talentos naturales del hombre son inútiles, pues aunque tenga muchas habilidades, ninguna puede reemplazar la obra de la intuición. Dios no desea ser algo especial, y tampoco trata de poner el espíritu y la intuición que dio al hombre en regeneración por encima de las cosas que el hombre posee por naturaleza. Sin embargo, debido a que el hombre está muerto en el espíritu para Dios, El no puede comunicarle ni Su persona ni Sus cosas. En el hombre no hay ningún órgano apto para recibir las cosas de Dios. De los componentes del alma del hombre, no existe uno solo que pueda tener comunión con Dios. La mente, el intelecto y el razonamiento, que son tan altamente estimados por el hombre, son tan corruptos como su lujuria y no pueden comprender a Dios. No sólo es imposible que una persona que no ha sido regenerada tenga comunión con Dios con su mente, sino que también es imposible que los creyentes regenerados tengan comunión con Dios sin usar su espíritu regenerado; también es imposible que entiendan las cosas de Dios utilizando la mente, ya que ésta no cambia su función después de la regeneración. La mente sigue siendo la mente, y la voluntad sigue siendo la voluntad; nunca llegan a ser órganos aptos para tener comunión con Dios.

El hombre anímico no sólo no puede recibir esas cosas, sino que hasta piensa que son locura. Esta idea nos hace volver a examinar la mente del hombre. Según la mente del hombre, las cosas que se conocen por medio de la intuición son locura porque no se pueden razonar. Trascienden los sentimientos humanos y son contrarias a la mentalidad mundana e incluso al sentido común. A nuestra mente le gusta lo que es lógico y racional, lo que concuerda con la sicología humana; no obstante, ninguno de los hechos de Dios se rigen por leyes humanas, debido a esto para el hombre natural son locura. La locura mencionada en este capítulo se refiere a la crucifixión del Señor Jesús. El mensaje de la cruz no sólo afirma que el Salvador murió por nosotros, sino también que todos los creyentes murieron juntamente con El. Todo lo que pertenece al hombre natural, como por ejemplo, el yo del creyente, debe pasar por la muerte de la cruz. Si esto es sólo una idea o un concepto, tal vez la mente lo acepte, pero si es algo que deba ponerse en práctica, la mente inmediatamente lo rechazará.

Puesto que el hombre anímico no puede recibir ni aceptar este mensaje, menos aún lo puede conocer. Primero debemos recibir la palabra, y luego conocerla. A fin de poder conocer esta palabra necesitamos la intuición. Para poder aceptar o recibir las cosas de Dios primero necesitamos tener el Espíritu. Si el creyente tiene el Espíritu y ha recibido las cosas de Dios, la intuición tiene la oportunidad de conocerlas. Aparte del espíritu del hombre no se

pueden conocer las cosas del hombre. Un hombre anímico no puede conocer las cosas de Dios porque no tiene un espíritu renovado y, por lo tanto, no tiene la función de la intuición para conocerlas.

El apóstol también asevera que el hombre anímico "no acepta" las cosas de Dios porque se han de "discernir espiritualmente". ¿Nos damos cuenta de que el Espíritu Santo reitera que el espíritu del hombre es el órgano con el cual tiene comunión con Dios?. La idea principal de este pasaje es demostrar y aclarar que mediante el Espíritu de Dios, el espíritu del hombre llega a ser la base para tener comunión con Dios y para conocer las cosas de Dios. Fuera del espíritu del hombre no hay nada más.

Todo órgano tiene su propia función. La función del espíritu es discernir las cosas de Dios. No queremos anular nuestra mente, nuestra parte emotiva ni nuestra voluntad, ya que ellas tienen sus propias funciones, pero sí afirmamos que tienen una posición secundaria, que deben ser restringidas y que no deben gobernar al hombre. La mente debe estar bajo la restricción del espíritu, actuar de acuerdo con la voluntad que Dios haya dado a conocer mediante la intuición. No debe crear ideas originales ni exigir que todo nuestro ser las acate. Igualmente, la parte emotiva debe obedecer las órdenes del espíritu, todo su amor y su odio deben corresponder a lo que el espíritu quiere y no a sus propios sentimientos. Del mismo modo, la voluntad también debe obedecer a la voluntad de Dios expresada mediante la intuición; debe obedecerla y no tomar decisiones por sí sola. Si la mente, la parte emotiva y voluntad permanecen en una posición secundaria, el creyente progresará espiritualmente. De lo contrario, la mente, la parte emotiva y la voluntad se convertirán en amos, y usurparán el lugar del espíritu. En consecuencia, no habrá ni vida ni obra espiritual. El espíritu debe ocupar su posición, y el creyente debe esperar *en su espíritu* la revelación de parte de Dios. Si el espíritu no recupera su posición, el hombre no podrá discernir lo que sólo puede ser discernido por el Espíritu. Es por esto que el versículo anterior dice que las cosas espirituales las conocen los hombres espirituales, ya que son los únicos que, mediante su espíritu en función, pueden conocerlas.

El versículo 15 dice: "En cambio el hombre espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado por nadie". Para una persona espiritual el espíritu es el centro de su ser, y su intuición es muy sensible. La mente, la parte emotiva y la voluntad de su alma no perturban la quietud de su espíritu, el cual ejerce así sus funciones.

"El hombre espiritual juzga todas las cosas" porque la intuición obtiene su conocimiento exclusivamente del Espíritu Santo. "El no es juzgado por nadie" porque nadie sabe ni cómo ni qué le revela el Espíritu a su intuición, ni el sentir de ésta. Si el creyente solamente pudiera obtener conocimiento mediante su inteligencia, sólo los que fueran más inteligentes discernirían todas las cosas. Si así fuera, la erudición y la educación mundana serían indispensables, y el hombre instruido podría ser juzgado por otros que fueran iguales o más inteligentes que él, ya que podrían conocer sus pensamientos. Pero el conocimiento espiritual *tiene como base* la intuición del espíritu. Si un hombre es espiritual y posee una intuición sensible, su conocimiento no tendrá limite. Aunque su mente sea lenta, el Espíritu Santo puede introducirlo en la realidad espiritual de todas las cosas. Su espíritu puede iluminar su mente. Además, el modo en que el Espíritu se revela sobrepasa la imaginación humana.

El versículo 16 dice: “Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo”. Aquí nos encontramos una pregunta. En el mundo nadie ha conocido la mente del Señor como para instruirle, porque todos los hombres son anímicos. El único modo para conocer a Dios es usar la intuición, así que ¿dónde podríamos encontrar a alguien que sin valerse del espíritu pueda conocer la mente de Dios? Esta pregunta confirma la última oración del versículo anterior. Un hombre espiritual “no es juzgado por nadie” porque nadie ha conocido la mente del Señor. “Nadie” significa ningún hombre anímico. El hombre espiritual conoce la mente del Señor porque posee una intuición muy aguda. El hombre anímico no puede conocer la mente del Señor porque no posee la intuición y, por ende, no tiene comunión con Dios. Debido a esto, no puede juzgar al hombre espiritual que se somete totalmente a la mente del Señor. Este es el significado de este versículo.

“Mas nosotros” significa que todos los creyentes, aun cuando haya muchos que sean carnales, somos diferentes a los hombres anímicos. “Mas nosotros tenemos la mente de Cristo”. Los que fueron regenerados, ya sean infantes o adultos, tienen la mente de Cristo. Nosotros conocemos la mente de Cristo porque poseemos una intuición resucitada, y debido a ello podemos conocer y sabemos lo que Cristo preparó para que nosotros recibamos en el futuro (v. 9). El hombre anímico no conoce la mente de Cristo, pero los que son regenerados sí. La diferencia radica en tener el espíritu (Jud. 19).

LOS ESPIRITUALES Y LOS CARNALES

En 1 Corintios 3:1-2 dice: “Y yo, hermanos, no pude hablaros como a hombres espirituales, sino como a carne, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no alimento sólido; porque aún no erais capaces de recibirlo. Pero ni siquiera sois capaces ahora”. Estas pocas frases están relacionadas con la sección anterior, ya que sigue el mismo delineamiento de lo que se enseña en la sección anterior, continuando con el tema del espíritu del hombre. La división de la Biblia en capítulos y versículos no fue inspirada por el Espíritu Santo, sino que fue inventada por los hombres para facilitar la lectura para sí mismos, pero nosotros debemos unir este pasaje con el capítulo anterior.

Antes de examinar el significado de estos dos versículos, veamos al apóstol Pablo y notemos cuán clara era su percepción espiritual. El sabía qué clase de personas recibirían su carta, si eran espirituales o anímicas, y si eran controlados por el espíritu o aun estaban bajo el dominio de la carne. Aunque su mensaje estaba relacionado con las cosas espirituales, él no se atrevía a hablar indiscriminadamente sin tener en cuenta la condición de los destinatarios de su carta, para ver si podían recibirla o no. Unicamente comunicaba las cosas espirituales a los hombres espirituales. Lo importante no era cuánto tenía él, sino cuánto podían captar sus oyentes. Vemos que no hay jactancia por su propio conocimiento, ya que sencillamente recibía en su espíritu las palabras que debía comunicar, tenía conocimiento espiritual y además las palabras espirituales para dirigirse a los creyentes en diferentes niveles. Nosotros también debemos conocer las palabras espirituales, las palabras enseñadas por el Espíritu Santo. Estas no son necesariamente palabras que hablan de los asuntos profundos del Espíritu de Dios, sino que son reveladas por el Espíritu Santo en el espíritu. Tal vez no sean muy elevadas ni muy profundas; quizá sean comunes y corrientes, pero lo que cuenta es que ellas son conocidas mediante nuestra intuición y enseñadas por el

Espíritu Santo. Eso es lo que las hace palabras espirituales. Cuando estas palabras se pronuncian, producen considerables resultados espirituales.

En los pasajes anteriores, el apóstol nos muestra que la intuición es la única facultad con la cual se conoce a Dios, se tiene comunión con El y se conoce lo relacionado con El. También nos dice que en el espíritu regenerado está la mente de Cristo; esto significa que todo espíritu regenerado entiende lo que Cristo nos dará en el futuro. Después clasifica a los creyentes en dos categorías: los espirituales y los carnales; también menciona la diferencia entre el poder intuitivo de éstas dos clases de creyentes. Esos dos versículos son la respuesta a la pregunta que algunos se hacen: "Si el espíritu del hombre conoce todas las cosas del hombre, y si el hombre espiritual juzga todas las cosas, ¿por qué hay tantos creyentes regenerados que no perciben su espíritu ni pueden conocer mediante su espíritu las cosas profundas de Dios?"

En respuesta a esta clase de pregunta el apóstol dijo: "En cambio el hombre espiritual juzga todas las cosas". Aun cuando los creyentes *tienen* un espíritu regenerado, no todos ellos son *espirituales.* ¡Hay muchos que aún son carnales! Aunque la intuición del hombre ha sido vivificada, el hombre es quien debe darle el lugar que le corresponde, permitiéndole que actúe; de lo contrario, queda suprimida, sofocada e incapacitada para comunicarse con Dios y para saber lo que debería saber. El creyente espiritual no hace nada en conformidad con su mente, su parte emotiva ni su voluntad, sino que los lleva a la cruz para que se sometan al espíritu. De esta manera, la intuición tiene la libertad de recibir la revelación que proviene de Dios y la transmite posteriormente a la mente, a la parte emotiva y a la voluntad para que lleven a cabo la revelación recibida por la intuición. Pero los creyentes carnales no son así. Fueron regenerados, y su intuición fue vivificada ante Dios, pero aunque están esclavizados por la carne, tienen la oportunidad de llegar a ser creyentes espirituales. Los deseos de la carne son aún bastante fuertes y poderosos, y hacen que ellos pequen. Todavía tienen muchos razonamientos y pensamientos desenfrenados, muchos planes en su mente carnal, muchos intereses carnales, gustos e inclinaciones en sus emociones y muchos juicios, opiniones y decisiones mundanas en su voluntad. Como resultado de todo ello, estos creyentes andan según la carne noche y día. Están tan ocupados que no tienen tiempo para escuchar la voz de su intuición. La voz del espíritu es tan tenue que aun si el creyente detiene toda actividad para escucharla atentamente, es posible que no la oiga. ¿Cómo será oída, entonces, si las diferentes partes de la carne están activas todo el día? Cuando el creyente es afectado por la carne, su espíritu se embota y es incapaz de recibir alimento sólido.

En las Escrituras se compara al creyente recién regenerado con un niño porque la vida que recibió en el espíritu es tan débil como la de un niño. Esto no es problema si el creyente crece y deja la infancia en poco tiempo, ya que todo adulto empieza siendo niño. Pero si el creyente permanece como niño por mucho tiempo y si después de años de haber sido regenerado, la estatura de su espíritu no cambia, entonces algo está mal. El espíritu del hombre puede crecer, y la intuición también puede crecer y fortalecerse. Un niño recién nacido no está consciente de sí mismo; su sistema nervioso es muy frágil y es infantil en todos los sentidos. Un creyente recién regenerado es exactamente igual. Su vida espiritual es como una chispa, y su intuición es débil y no tiene mucha función. Sin embargo, el niño crece diariamente. Su conocimiento se amplía cada día debido al uso y al ejercicio, y crece

hasta que su conciencia se desarrolla plenamente y puede utilizar todos sus sentidos. Sucede lo mismo con el creyente. Después de ser regenerado debe aprender gradualmente a usar su intuición. Cuanto más la use, más experiencia y conocimiento obtendrá, y más crecerá. Así como la conciencia de una persona no es muy sensible cuando acaba de nacer, cuando el creyente acaba de ser regenerado, su intuición no es muy sensible.

Los creyentes carnales permanecen como niños por largo tiempo sin crecer. Esto no significa que no dejan sus pecados ni que no aumentan su conocimiento bíblico ni que no se esfuerzan por servir al Señor o tampoco que no hayan recibido el don del Espíritu Santo. Los creyentes de Corinto tenían todo eso. Habían sido enriquecidos en Cristo en toda palabra y en todo conocimiento, sin que les faltara don algún (1 Co. 1:5, 7). Desde el punto de vista humano, todo ello muestra cierto crecimiento. Nosotros habríamos pensado que eran los creyentes más espirituales debido a su crecimiento en la Palabra, al conocimiento y a los dones. Pero el apóstol les dijo que aun eran niños, hombres carnales. ¿Cómo podía explicarse esto? ¿Acaso el crecimiento en la palabra, en el conocimiento y en los dones no es crecimiento? Esto nos revela un hecho muy importante: aunque los corintios habían crecido en cosas secundarias, su *espíritu* no había crecido y su intuición no se había fortalecido. El desarrollo en la elocuencia, en el conocimiento bíblico y en los dones espirituales no constituye el incremento de la vida espiritual. Si el espíritu del creyente, con el cual tiene comunión con Dios, no se ha fortalecido ni sensibilizado, a los ojos de Dios, el creyente ¡no ha crecido! ¿Cuántos creyentes, hoy día, están creciendo en la dirección equivocada? ¿Cuántos piensan que después de haber sido salvos, deben tratar de aumentar su conocimiento bíblico, saber hablar mejor o recibir los dones del Espíritu Santo? Olvidan que deben anhelar el crecimiento del espíritu, que es el órgano con el cual se comunican con Dios. La elocuencia, el conocimiento y los dones son externos; mientras que la intuición es interna. Es una lástima ver que en la actualidad los creyentes permiten que su espíritu no crezca, pero llenan su mente, su parte emotiva y su voluntad de elocuencia, conocimiento y dones. Aunque estas cosas son valiosas, no pueden compararse con el espíritu. Dios recreó en nosotros este espíritu o esta vida espiritual, y es esto lo que debe crecer y madurar. Si no procuramos crecer en la vida espiritual y en la intuición, lo cual nos hace aptos para conocer a Dios y Sus cosas y para tener comunión con El, y en lugar de eso, tratamos de enriquecer el alma, entonces, ante Dios no tendremos ningún progreso. Para El nuestro espíritu lo es todo; El desea el crecimiento de nuestro espíritu. Desde Su perspectiva, no importa lo mucho que puedan ganar nuestra mente, nuestra parte emotiva y nuestra voluntad por medio de la elocuencia, el conocimiento o los dones; todo ello carece de valor en la esfera espiritual, si nuestro espíritu no tiene el debido crecimiento.

Anhelamos continuamente adquirir más poder, más conocimiento, más dones y más elocuencia; pero la Biblia afirma que tener más de estos elementos no significa necesariamente que hayamos progresado en la vida espiritual. Al contrario, nuestra vida espiritual permanece igual, sin crecimiento alguno. El apóstol dijo que los corintios no eran capaces de recibirlo antes ni *ahora.* ¿En qué aspecto no eran capaces? No podían usar su intuición para servir a Dios a fin de conocerlo de una manera profunda, ni para recibir la revelación de Dios en su intuición. Los creyentes corintios no eran aptos para hacer nada de esto. "Aun no erais capaces" significa que eran aptos para recibir estas cosas cuando apenas habían creído en el Señor. "Ni siquiera sois capaces ahora" significa que después de algunos años de haber creído en el Señor, de haber desarrollado su elocuencia, su

conocimiento y sus dones, todavía no eran aptos. La palabra "ahora", da a entender que aunque se habían enriquecido en elocuencia, en conocimiento y en dones, su vida espiritual permanecía igual que cuando no tenían todas esas cosas. No había diferencia. El verdadero crecimiento se mide por el crecimiento del espíritu y la intuición. Todo lo demás es de la carne. Estas palabras deben quedar grabadas profundamente en nuestros corazones.

Qué triste que en el presente parece que los creyentes han crecido en casi todas las áreas, pero no en su espíritu, cuya función es precisamente tener comunión con Dios. Después de creer en el Señor por algunos años, tal vez aún digan: "No logro percibir mi espíritu". ¡Cuán diferentes son nuestros pensamientos de los de Dios! Somos como los corintios que utilizan la inteligencia para obtener "conocimiento espiritual"; pero aunque lo obtenemos, nuestro crecimiento intelectual no es el crecimiento de la intuición ni puede substituirlo. A los ojos de Dios seguimos iguales. Recordemos que lo que Dios desea no es que tengamos un cúmulo de conocimiento ni mucha facilidad de palabra ni proliferación de dones, sino que crezcamos en nuestro espíritu, en nuestra vida espiritual y en la intuición en nuestro espíritu. El espera que la nueva vida que recibimos en el momento de la regeneración crezca y que todo lo que pertenece a la antigua creación desaparezca por completo. De no ser así, aunque sepamos expresarnos bien, tengamos conocimiento y seamos ricos en los dones, seremos creyentes carnales, niños en Cristo carentes de crecimiento en la vida espiritual.

Cuando el creyente es influido excesivamente por la carne, no puede llegar a ser un hombre espiritual ni a tomar alimento sólido. Unicamente quienes poseen una intuición sensible y tienen una comunión ininterrumpida con Dios conocen las verdades profundas. Si la intuición permanece débil, sólo puede recibir leche espiritual. La leche proviene de la madre después de que ella ha digerido el alimento sólido. Esto significa que los creyentes carnales son incapaces de tener comunión directa con Dios por medio de su intuición, y debido a esto dependen de los creyentes más experimentados para que les enseñen las cosas de Dios. Los creyentes maduros tienen comunión con Dios por medio de su intuición, y transforman lo que reciben en leche espiritual para darla a los creyentes carnales. Al principio de nuestra vida cristiana el Señor permite que sea así; sin embargo, El no desea que nos quedemos en esa condición toda la vida, siendo incapaces de comunicarnos directamente con El. Si el creyente sólo bebe leche espiritual, esto indica que no puede tener una comunión directa con Dios y que necesita que otros le transmitan el pensamiento divino. Un varón plenamente maduro es aquel cuya intuición está ejercitada y que sabe discernir todas las cosas. Si no podemos tener comunicación con Dios ni conocemos lo relacionado con El en nuestra intuición, todos nuestros pensamientos e ideales espirituales son vanos. Los corintios tenían abundancia de mensajes, de conocimiento y de dones, pero no ejercitaban su espíritu. La iglesia de Corinto era una iglesia carnal, porque todo lo que tenía se hallaba en la esfera de la mente.

Muchos creyentes cometen el mismo error que los corintios. Estudian teología con imparcialidad buscando los significados de temas bíblicos difíciles a fin de lograr las mejores exposiciones bíblicas. Aunque las palabras del Señor son espíritu y vida, ellos no las reciben así y sólo quieren satisfacer su deseo de conocimiento para comunicar lo que han aprendido, ya sea verbalmente o por escrito. Pese a que sus explicaciones, teorías y bosquejos son buenos, y aunque parezcan muy espirituales, en realidad, a los ojos de Dios,

todo ello está en la esfera de la muerte. El conocimiento de tales creyentes se origina en sus mentes humanas y es transmitido a las mentes de otros sin pasar por el espíritu de ninguno. Los que los escuchan o leen sus escritos tal vez digan que han recibido ayuda, pero ¿qué clase de ayuda han recibido? Simplemente han acumulado más información en sus mentes. Tal conocimiento no tiene ningún efecto espiritual. Sólo lo que proviene del espíritu entra en el espíritu del hombre, y lo que proviene de la mente pasa a la mente del oyente. Más aún, sólo lo que proviene del Espíritu Santo entra en nuestro espíritu, y sólo lo que proviene del Espíritu Santo y pasa por nuestro espíritu entra en el espíritu de quien nos oye.

ESPIRITU DE SABIDURIA Y REVELACION

En nuestra comunión con Dios, es indispensable tener un espíritu de sabiduría y revelación. "Para que ... el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de El" (Ef. 1:17). El día que fuimos regenerados, recibimos un nuevo espíritu; pero muchas de sus funciones no se manifiestan y permanecen escondidas. El apóstol oró pidiendo que los creyentes de Efeso recibieran espíritu de sabiduría y revelación a fin de que pudieran conocer a Dios en su intuición. El espíritu de sabiduría y de revelación puede considerarse un potencial escondido en el espíritu del creyente, que es iluminado o activado por Dios mediante la oración, o puede tomarse como sabiduría y revelación que el Espíritu Santo añade al espíritu de los creyentes; en ambos casos, lo que cuenta es que el espíritu de sabiduría y revelación es indispensable en la comunión del creyente con Dios. También es un hecho que los creyentes pueden recibir este espíritu mediante la oración.

La intuición puede tener comunión con Dios, pero necesita sabiduría y revelación. Necesitamos sabiduría para determinar qué proviene de Dios y qué proviene de nosotros mismos. Necesitamos sabiduría para relacionarnos con las personas. En incontables asuntos ciertamente necesitamos la sabiduría de Dios a fin de no equivocarnos. ¡Cuán necios somos! Dios desea darnos sabiduría, mas no la deposita en nuestra mente, sino que nos da un espíritu de sabiduría para que podamos tener sabiduría en nuestro espíritu. El quiere que tengamos sabiduría en nuestra intuición debido a que El nos guía por medio de la intuición en el camino de la sabiduría. Tal vez nuestra mente sea torpe, pero tendremos sabiduría en nuestra intuición. En muchos casos, parece que nuestra sabiduría llega a su límite, pero gradualmente surge en nosotros más sabiduría. La sabiduría y la revelación están entrelazadas, ya que todas las revelaciones de Dios son revelaciones de sabiduría. Si sólo vivimos en la esfera natural, nunca comprenderemos con nuestra mente ninguna de las cosas de Dios. Aun cuando nuestro espíritu haya sido vivificado, si no recibimos revelación del Espíritu Santo estaremos en tinieblas. Cuando nuestro espíritu es vivificado, *tenemos la posibilidad de que nuestro espíritu reciba la revelación de Dios*, pero esto no significa que *el espíritu pueda actuar de modo independiente.*

En nuestra comunión con Dios, en muchas ocasiones El nos revela algo. Debemos pedirle que siga dándonos revelación. Un espíritu de revelación significa que Dios trae algo a nuestro espíritu. Por lo tanto, la frase "espíritu de sabiduría y revelación" indica que Dios nos da revelación y sabiduría. Los pensamientos súbitos no son el espíritu de revelación. El espíritu de revelación es la operación que Dios efectúa en nuestro espíritu a tal grado que

descubrimos Su deseo mediante nuestra intuición. Nuestra comunión con Dios se lleva a cabo exclusivamente en nuestro espíritu.

Si tenemos espíritu de sabiduría y de revelación, tendremos "el pleno conocimiento de El". Sólo cuando recibimos revelación de Dios en nuestro espíritu podremos conocerlo verdaderamente; todo lo demás es superficial e imaginario y, por lo tanto, falso. Hablamos mucho de las virtudes de Dios, como por ejemplo, Su santidad, Su justicia, Su bondad y Su amor; pero aunque la mente del hombre puede hablar de estas virtudes, ese conocimiento no es como lo que se ve por una ventana, sino como tratar de ver a través de una pared de piedra. Cuando el creyente recibe la revelación de la santidad de Dios y descubre que Dios mora en luz inaccesible a la que ningún hombre natural y pecador puede acercarse, se ve a sí mismo corrupto e inmundo. En nuestro medio debería haber muchos que tuvieran esta clase de experiencias. Debemos examinar la santidad de Dios que recibimos por revelación en nuestro corazón, para ver si es igual a la santidad de la que hablan muchos hombres que carecen de revelación. Tal vez las palabras sean las mismas, pero los que han tenido una revelación tienen más peso, ya que todo su ser está incluido en sus palabras. Este es el espíritu de revelación del que hablamos. Sólo mediante una revelación en nuestro espíritu conocemos verdaderamente a Dios. Lo mismo se da con muchas doctrinas bíblicas; muchas veces entendemos las enseñanzas de la Biblia con nuestra mente y sabemos que son importantes, pero sólo después de que Dios nos las revela gradualmente a nuestro espíritu llegamos a hablar de ellas con un énfasis diferente al que teníamos originalmente. Sólo el conocimiento que proviene de la revelación es verdadero; lo demás es sólo actividad intelectual.

Si procuramos conocer las cosas de Dios de modo superficial y natural, y no nos interesa conocerlas mediante la revelación, lo que obtengamos no podrá afectarnos ni dejar una impresión duradera en los demás. Sólo la revelación que está en nuestro espíritu tiene valor espiritual. La verdadera comunión con Dios es recibir Su revelación en nuestro espíritu. Es cierto que la revelación de Dios no es frecuente, pero, ¿cuánto esperamos y oramos para que Dios nos revele algo? Si nos mantenemos ocupados, ¿cómo podremos ser guiados sólo por la revelación? Si le damos a Dios la oportunidad, recibiremos revelación de El. La vida de Pablo es un testimonio de este hecho.

EL ENTENDIMIENTO ESPIRITUAL

Hay sabiduría anímica y hay sabiduría espiritual. La sabiduría anímica proviene de la mente del hombre, pero la sabiduría espiritual Dios la comunica a nuestro espíritu. Si un hombre carnal no tiene un entendimiento adecuado o carece de sabiduría, hallará la solución en una buena educación; por supuesto, esto nunca cambiará las cualidades naturales de una persona. Pero no sucede lo mismo con la sabiduría espiritual, la cual se obtiene mediante la oración de fe (Jac [Stg.]. 1:5). Recordemos que para la redención "Dios no hace acepción de personas" (Hch. 10:34). El pone a todos los pecadores, sabios o torpes, en el *mismo* plano. Todos necesitan *la misma* salvación. Los sabios son tan corruptos como los iletrados. A los ojos de Dios, las mentes de los sabios y de los necios son igualmente vanas, por lo cual ambos necesitan la misma regeneración. Aun después de la regeneración, los sabios no pueden entender la Palabra de Dios más fácilmente que los necios. Si a la persona más insensata del mundo le tratamos de ayudar a que conozca a Dios, le será muy difícil, y

con la persona más sabia del mundo tenemos la misma dificultad. Esto se debe a que el conocimiento de Dios se discierne en el espíritu. Aunque sus mentes son diferentes, los espíritus de ambos están muertos y son totalmente incapaces de conocer a Dios. La sabiduría natural del hombre no le sirve para conocer a Dios ni Su verdad. Sin duda, un erudito entiende más fácilmente que un iletrado, pero esto sólo ocurre en la esfera de la mente, porque el grado de ignorancia en la intuición es el mismo en ambos. Los dos necesitan la resurrección en el espíritu.

Aun después de que el espíritu ha resucitado, no debemos pensar que el sabio, por ser más versado, progresará más rápidamente que el inculto. Si no hay diferencia en la fidelidad y obediencia de ellos, no importa cuán diferentes sean en el entendimiento intelectual, no habrá diferencia en el conocimiento intuitivo de su espíritu. La vieja creación no puede ser la fuente de la nueva creación. El progreso espiritual depende de la fidelidad y de la obediencia. Los talentos naturales no ayudar a avanzar en la senda espiritual. Según la carne, el hombre tiene la oportunidad de ser mejor que otros si tiene talentos naturales. Pero en el campo espiritual, toda persona tiene que empezar en el mismo lugar, pasar por los mismos procesos y llegar a la misma meta. Por lo tanto, todo creyente regenerado, aun si es más inteligente que otros, primero necesita obtener entendimiento espiritual para poder tener la debida comunicación con Dios. Esto es irremplazable.

"Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del pleno conocimiento de Su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo por el pleno conocimiento de Dios" (Col. 1:9-10). El apóstol hizo esta oración por los creyentes colosenses, lo cual nos muestra que debemos tener un entendimiento espiritual a fin de que *conocer* la voluntad de Dios. Cuando uno conoce la voluntad de Dios, puede (1) andar como es digno del Señor, agradándole en todo, (2) llevar fruto en toda buena obra y (3) crecer por el pleno conocimiento de Dios.

No importa cuán excelente sea el entendimiento de un hombre, eso no basta para conocer la voluntad de Dios, ya que para ello y también para tener comunión con El se requiere entendimiento espiritual. Sólo el entendimiento espiritual nos guía a la esfera del espíritu y nos hace aptos para conocer la voluntad de Dios. El entendimiento carnal nos permite conocer algunas verdades que se pueden almacenar en la mente, pero que no producen vida. Debido a que el entendimiento espiritual proviene del espíritu, puede transformar en vida lo que entendemos. Inclusive la palabra "conocer" está relacionada con Dios, pues el verdadero conocimiento no existe aparte del espíritu. El espíritu de revelación y el entendimiento espiritual van a la par. Dios nos dio espíritu de sabiduría y de revelación, y también nos dio entendimiento espiritual. La sabiduría y la revelación que recibimos en nuestro espíritu deben ser comprendidas por el entendimiento para que podamos conocer el verdadero significado de la revelación, que es lo que recibimos de Dios; el entendimiento es la comprensión de la revelación que recibimos. El entendimiento espiritual nos esclarece el significado de todos los movimientos que suceden en nuestro espíritu, de modo que comprendamos la voluntad de Dios. Nuestra comunión con Dios depende de que nuestro espíritu reciba revelación de El, de que la intuición la capte, y de que nuestro entendimiento espiritual interprete su significado. Nuestro entendimiento natural no puede realizar esta

tarea; solamente cuando nuestro espíritu ilumina nuestro entendimiento, llegamos a conocer la voluntad específica de Dios para nosotros.

Según Colosenses 1:9-10, vemos claramente que si deseamos agradar a Dios y llevar fruto, debemos conocer Su voluntad en nuestro espíritu. Nuestra relación con Dios en nuestro espíritu es la base para agradarle y para llevar fruto. Es en vano que un creyente trate, por un lado, de agradar a Dios, y por otro, de andar en conformidad con el alma. Dios únicamente se complace en Su propia voluntad. Ninguna otra cosa puede satisfacer Su corazón. Lo más doloroso para un creyente es no conocer la voluntad de Dios. Escudriñamos y pensamos, pero parece que no logramos descubrir Su voluntad. Estos versículos nos revelan que no conocemos la voluntad de Dios desarrollando nuestros pensamientos ni meditando ni emitiendo nuestros juicios humanos, sino por medio de un entendimiento espiritual. El espíritu humano es el único que puede comprender la voluntad de Dios, ya que es el único que posee la intuición con la cual se puede conocer los movimientos de Dios. Por medio del entendimiento de la intuición los creyentes pueden conocer la voluntad de Dios.

Cuando los creyentes conocen la voluntad de Dios continuamente, crecen por el *pleno conocimiento* de Dios". Esto significa que el verdadero conocimiento que los creyentes tienen de Dios crece gradualmente. Estos versículos también nos hablan del espíritu. Si en todas las cosas, buscamos la voluntad de Dios en nuestro espíritu, conoceremos más a Dios. La intuición de nuestro espíritu crecerá sin límite, y este crecimiento equivale al crecimiento de la vida espiritual de los creyentes. Cada vez que tenemos una comunión genuina con Dios, hay un resultado, y somos adiestrados para tener una mejor comunión la siguiente vez. Debido a que el creyente fue regenerado y puede tener comunión con Dios en su intuición, debe anhelar la perfección. Debemos utilizar todas las oportunidades para adiestrar nuestro espíritu a fin de que conozca más a Dios. Necesitamos conocer a Dios en lo más profundo de nuestro ser. Muchas veces pensamos que hemos conocido Su voluntad, pero el paso del tiempo y las circunstancias nos demuestran que nos equivocamos. Todos *necesitamos* conocer a Dios y Su voluntad. Debemos procurar ser llenos del conocimiento pleno de Su voluntad en toda sabiduría espiritual.

CAPITULO TRES

LA CONCIENCIA

Además de la intuición y la comunión, nuestro espíritu tiene otra función muy importante que nos muestra nuestros errores y nos reprende, de modo que no tengamos paz cuando carecemos de la gloria de Dios. Esta función es la conciencia. La santidad de Dios, la cual rechaza el mal y se deleita en el bien, se expresa en la conciencia del creyente. Si deseamos andar según el espíritu, no podemos cerrar nuestros oídos a la conciencia, ya que, no importa cuanto hayamos crecido espiritualmente, es imposible no cometer errores ni inclinarnos a ellos. La función de la conciencia no se limita a reprendernos cuando hacemos mal y hacer que nos arrepintamos; si así fuera, su función no sería completa. Si estamos pensando hacer algo que no agrada al Espíritu Santo, aun antes de que lo llevemos a cabo, la conciencia, juntamente con nuestra intuición, se levanta para protestar, haciendo que perdamos la paz. Si los creyentes escuchan la voz de la conciencia, que les habla por medio de la intuición, no se equivocarán.

LA CONCIENCIA Y LA SALVACION

Cuando éramos incrédulos, nuestro espíritu estaba muerto; por lo tanto, nuestra conciencia también estaba muerta y no funcionaba normalmente. Esto no significa que la conciencia no funcionaba en absoluto, ya que la conciencia del pecador opera, pero en una especie de sopor o sueño profundo. Cuando la conciencia actúa, lo único que hace es condenar al pecador; no tiene el poder ni la capacidad para conducir los hombres hacia Dios. Aunque la conciencia del pecador está muerta ante Dios, el Señor desea que la conciencia permanezca en el corazón del hombre a fin de que lleve a cabo una labor específica. En el espíritu amortecido del hombre, la conciencia puede hacer más que las otras partes del espíritu. La muerte de la intuición y la comunión es más severa que la de la conciencia. Esto se debe a que cuando Adán comió del fruto del conocimiento del bien y del mal, su intuición y su comunión con Dios murieron totalmente, pero el poder para diferenciar entre lo bueno y lo malo (la conciencia) se agudizó. La intuición y la comunión del pecador están muertas; no hay indicio de ellas, pero la conciencia sigue activa en una pequeña medida. Esto no significa que la conciencia del hombre esté llena de vida, pues según la Biblia, tener vida se relaciona con poseer la vida de Dios; así que carecer de la vida de Dios significa estar muerto. Según la Biblia, la conciencia del pecador está muerta porque no contiene la vida de Dios, pero en la experiencia del hombre, su conciencia puede actuar; sin embargo, dicha actividad sólo hace que el pecador, cuya intuición esta amortecida, se sienta más angustiado.

Debido a que la conciencia puede actuar de esta manera, el Espíritu Santo inicia la obra de salvación despertando la conciencia del pecador. Utiliza los truenos y relámpagos del monte Sinaí para sacudir e iluminar la conciencia entenebrecida, a fin de que el pecador se dé cuenta de que ha transgredido la ley de Dios y que no puede responder a las justas exigencias de Dios, que delante de Dios está condenado y merece la muerte. Si la conciencia está dispuesta a confesar sus transgresiones, incluyendo el pecado de la incredulidad, se arrepentirá y buscará la misericordia de Dios. El relato del publicano que

fue al templo a orar nos muestra la obra que el Espíritu Santo lleva a cabo en nuestra conciencia. De acuerdo con las palabras del Señor Jesús, el primer paso de la obra del Espíritu Santo hace que los hombres sean convencidos de pecado, de justicia y de juicio. Si la conciencia rechaza esta obra, el pecador no tendrá la posibilidad de recibir la salvación.

El Espíritu Santo ilumina con la luz de la ley de Dios la conciencia del pecador para que reconozca su pecado, y también le ilumina la conciencia con la luz del evangelio a fin de que sea salvo. Después de que el pecador reconoce sus pecados y escucha el evangelio de la gracia, si está dispuesto a creer, Dios le dará fe para que reciba la salvación. El pecador verá que la sangre preciosa del Señor Jesús responde a todas las acusaciones que tiene en su conciencia. Aunque pecó, la sangre del Señor Jesús ya fue derramada; así que el castigo por el pecado ya fue infligido. ¿Acaso queda algo por lo cual ser acusado? La sangre del Señor Jesús lava al creyente de todos los pecados que cometa durante el transcurso de su vida; así que la conciencia no puede condenarlo. Debido a que las conciencias de los adoradores fueron purificadas, ya no hay condenación (He. 10:2). La sangre preciosa del Señor Jesús fue rociada sobre nuestras conciencias (He.9:14) para que podamos presentarnos con confianza delante de Dios. La certeza de la salvación es un hecho, ya que la voz de la conciencia fue acallada por la sangre preciosa de Cristo. Si el corazón no cree en la sangre preciosa, la conciencia nos acusa por los pecados que cometimos antes de ser regenerados.

Tanto la luz aterradora de la ley como la luz amorosa del evangelio brillan en la conciencia; así que, cuando predicamos, debemos prestar atención a la conciencia del hombre. Si nuestro objetivo al predicar es hacer que la gente entienda con la mente, o que sea conmovida en sus sentimientos y que tome cierta decisión, sin llegar a su conciencia, entonces, aun si logramos todo eso, el Espíritu Santo no tendrá posibilidad de hacer Su obra. La regeneración se basa en que la conciencia sea redargüida de pecado y en la obra de la sangre preciosa. En nuestras enseñanzas debemos dar la misma atención a la sangre preciosa de Cristo y a la conciencia del hombre. Muchos hacen énfasis en la conciencia y rara vez hablan de la sangre preciosa; así que, los hombres se esfuerzan por arrepentirse y hacer el bien, esperando que así apaciguarán la ira de Dios. Otros hacen énfasis en la sangre preciosa de Jesús sin hablar de la conciencia. Como resultado, los hombres lo entienden todo con la mente, se conmueven y toman ciertas decisiones, pero su fe no tiene raíz, ya que su conciencia no ha sido tocada por el Espíritu Santo. Así que debemos predicar estas dos cosas por igual. Todo aquel que reconoce sus pecados, acepta el significado de la sangre preciosa.

LA CONCIENCIA Y LA COMUNION

Los siguientes versículos nos muestran la relación entre la conciencia y la comunión que el hombre tiene con Dios mediante la intuición. "¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a Sí mismo sin mancha a Dios, purificará nuestra conciencia de obras muertas para que sirvamos al Dios vivo?" (Heb. 9:14). Si el hombre quiere tener comunión con Dios y servirle, su conciencia debe ser purificada por la sangre preciosa. Cuando la conciencia del creyente es purificada por la sangre del Señor, él es regenerado, pues según la Biblia, la purificación que la sangre efectúa y la regeneración del espíritu suceden simultáneamente. La conciencia debe ser purificada por la sangre para que el creyente pueda recibir una nueva vida y para que su intuición sea avivada, y así puede

servir a Dios. El espíritu puede servir a Dios por medio de la intuición, si primero su conciencia es purificada por la sangre. El vínculo entre la conciencia y la intuición no puede romperse.

Hebreos 10:22 dice: "Acerquémonos al Lugar Santísimo con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia con la aspersión de la sangre, y lavados los cuerpos con agua pura". Cuando nos acercamos a Dios, no lo hacemos con nuestros cuerpos físicos como se hacía en el Antiguo Testamento, ya que nuestro Lugar Santísimo (v. 19) está en los cielos; tampoco utilizamos nuestros pensamientos ni nuestros sentimientos, ya que esas partes del alma no pueden tener comunión con Dios. Sólo el espíritu regenerado puede presentarse delante de Dios. El creyente sólo puede adorar a Dios mediante su intuición avivada (ya hablamos de esto antes). Este versículo de la Biblia nos muestra que la purificación de la conciencia es la base para tener comunión con Dios mediante la intuición. Si la conciencia está consciente de alguna ofensa, no puede establecerse ninguna comunión con Dios en la intuición. Si la conciencia tiene alguna ofensa, el creyente espontáneamente se condena a sí mismo; entonces la intuición, la cual está íntimamente relacionada con la conciencia, es afectada, y el creyente no se atreverá a acercarse a Dios ni tampoco podrá. Además, cuando el creyente tiene comunión con Dios, debe tener un corazón sincero, en plena certidumbre de fe. Cuando la conciencia tiene alguna mancha, el creyente se acerca a Dios con recelo y no con un corazón sincero; en consecuencia, no cree que Dios esté a su favor y que no tiene nada contra él. Esta condenación que se inflige a sí mismo y esta duda oprimen a la intuición y le impiden tener comunión con Dios. En la conciencia del creyente no debe haber ninguna condenación. El debe saber que la sangre del Señor lo lavó de sus pecados, y que no hay nada que lo condene (Ro. 8:33-34). Una pequeña mancha en la conciencia es suficiente para que nos oprima, nos estorbe y detenga la comunión que tenemos con Dios mediante la intuición. Cuando el creyente esté consciente de algún pecado, todo el poder del espíritu concentra sus fuerzas en tratar de deshacerse de ese pecado en particular, y no le queda energía para salir ni para ascender a los cielos.

LA CONCIENCIA DEL CREYENTE

Después de que el espíritu del creyente es regenerado, su conciencia es vivificada. La sangre preciosa del Señor Jesús purifica la conciencia; así que, ahora posee un sentimiento exacto y puede andar según la voluntad del Espíritu Santo. La obra santificadora y renovadora del Espíritu Santo en el hombre y la obra de la conciencia están íntimamente relacionadas y unidas. Si el creyente desea ser lleno del Espíritu Santo, ser santificado, que su vida sea útil para el propósito de Dios, y si desea andar en el espíritu, no debe pasar por alto la voz de su conciencia. Si no le damos a la conciencia su lugar, indudablemente andaremos en la carne. El primer paso de la obra de la santificación es ser fiel a nuestra conciencia. Seguir la guía de la conciencia es una señal de verdadera espiritualidad. Si el creyente carnal no permite que la conciencia haga su obra, no podrá entrar en la esfera espiritual, y aun si piensa que es espiritual, su espiritualidad no tiene fundamento. Si los pecados y otras acciones impropias, contrarias a la voluntad de Dios, no son erradicadas según lo indique la voz de la conciencia, el fundamento espiritual no se ha establecido debidamente. No importa cuántos ideales espirituales se construyan, con el tiempo, todo ello se derrumbará.

La conciencia nos muestra si estamos bien con Dios y con los hombres, y si nuestros hechos, pensamientos y palabras concuerdan con la voluntad de Dios y con Cristo. Siempre que haya progreso en la vida cristiana, el testimonio de la conciencia y el testimonio del Espíritu Santo serán casi idénticos. Cuando la conciencia es controlada por el Espíritu Santo, se vuelve cada vez más sensible, hasta que su voz se une a la voz del Espíritu Santo. Además, el Espíritu Santo también habla a los creyentes por medio de la conciencia. A esto se refería el apóstol cuando dijo: "Mi conciencia da testimonio conmigo en el Espíritu Santo" (Ro. 9:1).

Si nuestra conciencia testifica que estamos mal, es porque estamos mal. Si nos condena por nuestros pecados, debemos inmediatamente arrepentirnos. Sin duda, no podemos encubrir nuestro pecado ni sobornar nuestra conciencia. "Pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y El sabe todas las cosas" (1 Jn. 3:20). ¿No nos censurará Dios mucho más? La voz de la conciencia nos dice que estamos mal, y todo lo que nuestra conciencia condena, también Dios lo condena. Por ningún motivo puede la justicia de Dios estar por debajo de la norma de nuestra conciencia. Así que si nuestra conciencia nos dice que estamos mal, ciertamente lo estamos.

¿Qué debemos hacer al ver que estamos mal? Si aún no hemos pecado debemos detenernos para no hacerlo; y si ya cometimos el pecado, debemos arrepentirnos, confesarlo y acudir a la sangre preciosa de Jesús para que nos limpie. Es lamentable que los creyentes no tengan estas experiencias. Cuando la conciencia los reprende, piensan en sobornarla para acallar su voz. En esta situación, el creyente tiene dos opciones. La primera es discutir con la conciencia, arguyendo razones que justifiquen sus acciones. Suponen que todo lo que se puede justificar con la lógica debe de estar de acuerdo con la voluntad de Dios. Piensan que la conciencia lo aceptará, ya que no saben que la conciencia, al igual que la intuición, no se basa en el raciocinio. La conciencia conoce la voluntad de Dios mediante la intuición, y rechaza todo lo que no sea la voluntad de Dios. Sólo habla a favor de la voluntad de Dios y no le interesan las explicaciones. El creyente no debe basarse en el raciocinio ni conducirse según con lo que le parece razonable, sino que debe hacer la voluntad de Dios que le es revelada en la intuición. Siempre que el creyente se rebela contra la intuición, su conciencia lo condena. Aunque las explicaciones satisfagan la mente, no satisfacen a la conciencia. Si la conciencia condena algo, no aceptará aclaraciones ni cesará de condenarlo hasta que sea eliminado delante de Dios. Al principio, la conciencia sólo da testimonio de lo que es bueno y de lo que es malo; pero después de que el creyente crece en la vida espiritual, la conciencia no sólo dará testimonio de lo que es correcto y de lo que es incorrecto, sino también de lo que es de Dios y lo que no procede de El. Aunque haya muchas cosas que para el hombre son buenas, la conciencia las rechaza debido a que no se originan en la revelación de Dios, sino en el creyente mismo.

La segunda opción es que el creyente tratará de hacer muchas otras cosas para enmudecer la conciencia. Por un lado, no desea obedecer la voz de la conciencia ni seguir su dirección para agradar a Dios; por otro, teme ser censurado por la conciencia que lo incomoda y lo hace sentirse miserable. Así que, piensa hacer buenas obras para encubrir su condenación e intenta reemplazar la voluntad de Dios con buenas obras. No se somete a Dios y piensa que sus obras están al nivel de lo que Dios ha dicho, y quizá sean mejores ya que son más hermosas, amplias, provechosas y de más impacto. Estima sus obras como lo mejor. Pero a

los ojos de Dios, no importa cuánto valore el hombre sus obras, no traen ningún provecho espiritual. Lo que importa no es cuánta grosura ni cuantos holocaustos haya ofrecido, sino cuánto haya obedecido a Dios. Si Dios reveló en el espíritu que algo debe ser erradicado, no importa cuán buenas sean nuestras intenciones, ni cuánta grosura u ofrendas hayamos presentado a Dios, ni cuánto peso tenga nuestro oro o nuestra plata, todo eso junto no basta para complacer el corazón de Dios. La voz de la conciencia se debe acatar, pues de no ser así, Dios no estará complacido, no importa cuán buenas sean nuestras obras. Aun si la ofrenda va más allá de lo que Dios requiere, eso no acallará la voz de la conciencia, ya que ésta exige que la obedezcamos, no que hagamos algo extraordinario para servir a Dios.

Por tanto, no nos engañemos. Si queremos andar según el espíritu, debemos obedecer la voz de la conciencia. ¡No intentemos escapar de esta "reprensión interna"! Además, debemos escuchar cuidadosamente y con atención. Si deseamos andar conforme al espíritu continuamente, debemos humillarnos y prestar oído a las correcciones de la conciencia. El creyente no debe hacer confesiones generales, pensando que sus errores son tantos que no puede enumerarlos uno por uno. Una confesión vaga no permite que la conciencia complete su obra. El creyente debe permitir que el Espíritu Santo, por medio de la conciencia, le señale uno por uno sus pecados. Con humildad, quietud y sumisión debe permitir que la conciencia reprenda y condene sus pecados; debe aceptar la reprensión de la conciencia y estar dispuesto, en conformidad con la mente del Espíritu Santo, a eliminar todo lo que se oponga a Dios. ¿Permitiremos que la conciencia examine nuestra vida? ¿Tendremos la osadía de permitir que la conciencia nos muestre nuestra verdadera condición? ¿Estamos dispuestos a permitir que la conciencia saque a la luz toda nuestra vida y nuestra conducta, para que las veamos como Dios las ve? ¿Estamos dispuestos a permitir que la conciencia ponga de manifiesto todos nuestros pecados? Si nuestro corazón teme, no estamos dispuestos a ello y nos resistimos, eso indica que aun hay muchas cosas en nuestra vida que necesitan ser condenadas y clavadas en la cruz, pero no las hemos confesado; también indica que no nos sometemos a Dios en muchas cosas, ni andamos conforme al espíritu. En tal caso, no existe todavía una comunión completa entre Dios y nosotros, y como todavía hay muchos obstáculos, no podemos decir: "Nada se interpone entre Tú y yo".

Sólo una disposición incondicional para ser reprendidos por la conciencia y un verdadero deseo de andar según lo que nos revele son evidencia de que nuestra consagración a Dios es completa y de que aborrecemos los pecados y sinceramente deseamos hacer la voluntad de Dios. Muchas veces estamos dispuestos a someternos totalmente al Señor, a andar conforme al Espíritu y a agradar a Dios; ése es el momento de probar si nuestras intenciones son verdaderas o falsas, si son perfectas o incompletas. Si aún andamos en pecados y no los hemos erradicado por completo, la mayor parte de nuestra espiritualidad tal vez sea falsa. Si el creyente no puede andar en total conformidad con la conciencia, tampoco puede andar según el espíritu, ya que no ha cumplido lo que la conciencia exige. Así que, a diferencia del "espíritu imaginario" que lo guía, el verdadero espíritu persistentemente le exige que escuche la voz de su conciencia. Si después de hacerse un examen propio hay una reacción en la conciencia del creyente, pero éste no está dispuesto a ser juzgado por la luz de Dios ni se arrepiente ni desea ser cabalmente juzgado por Dios, su vida espiritual no tendrá ningún progreso. Para determinar si la consagración y la obra de un creyente es falsa o verdadera, basta con observar si está dispuesto a someterse sin reservas al Señor, a obedecer Sus mandamientos y a aceptar Su reprensión.

Después de que el creyente permite que la conciencia opere, no debe quedarse en esa etapa. Tal vez ya haya puesto fin a cierto pecado, pero quedan otros pecados que deben erradicarse progresivamente, hasta que no quede ninguno. Si el creyente es fiel en poner fin a sus iniquidades y a andar en conformidad con la conciencia, entonces la luz celestial brillará más y más en él; descubrirá los pecados que anteriormente le eran ocultos; cada día podrá comprender más, leyendo y conociendo la ley que el Espíritu Santo escribió en su corazón. De esta manera, el creyente sabrá lo que es la santidad, la justicia, la pureza y la rectitud. Todo lo que anteriormente no era claro para él, será inscrito en lo profundo de su corazón. La intuición del Espíritu Santo aumentará; así que, cuando la conciencia lo reprenda, dirá: "Estoy dispuesto a someterme". Permitirá que Cristo sea de nuevo el Señor de su vida y estará dispuesto a ser enseñado y a confiar en las enseñanzas del Espíritu Santo. Si el creyente verdaderamente obedece a su conciencia, el Espíritu Santo le ayudará.

La conciencia es la ventana del espíritu del creyente. La luz de los cielos brilla a través de ella, para que el espíritu del creyente y todo su ser sean inundados de luz. Todo el ser del creyente, así como su espíritu verán la luz celestial a través de ella. Cada vez que pensamos, hablamos o hacemos algo que no está bien o que no es propio de un creyente, la luz celestial brilla a través de la conciencia para exponer nuestros errores y condenarlos. Si permitimos que la conciencia opere, y nos sometemos a ella eliminando todo lo que condena, la luz celestial nos iluminará cada vez más. Si no confesamos nuestros errores ni ponemos fin a nuestros pecados, la mancha del pecado permanecerá, y la conciencia se contaminará (Tit. 1:15) debido a que no andamos según la luz de Dios. Vendrá un pecado tras otro, y las manchas se agregarán haciendo que la ventana se empañe cada vez más, hasta que sea imposible que la luz brille a través de ella. Como resultado, el creyente pecará voluntariamente sin dolor alguno, ya que la conciencia está paralizada y la intuición se ha debilitado por los pecados. Cuanto más espiritual es un creyente, más sensible es su conciencia. No existe un creyente que sea tan espiritual que no tenga que confesar sus pecados. Si la conciencia está embotada o insensibilizada, tal vez se deba a que el creyente se ha degradado espiritualmente. Ni el mucho conocimiento ni la ardua labor ni el fervor ni una voluntad férrea pueden reemplazar la sensibilidad de la conciencia. Si el creyente no la cuida, sino que busca el progreso intelectual y emocional, retrocederá en su andar espiritual.

La sensibilidad de la conciencia puede aumentar o disminuir. Si el creyente permite que su conciencia opere, la ventana de su espíritu tendrá cada vez más luz. Si hace caso omiso de la voz de su conciencia, o si como dijimos antes, usa el razonamiento o buenas obras para reemplazar los requerimientos de la conciencia, ésta insistirá en dar la voz de alarma, pero después de un tiempo, no lo volverá a hacer. Su voz será cada vez más débil, hasta desaparecer por completo. Cada vez que el creyente hace al margen la voz de su conciencia, su vida espiritual sufre daño. Si el creyente permite que su vida espiritual continuamente sea perjudicada, con el paso del tiempo caerá en la condición de un creyente carnal. No aborrecerá los pecados ni aspirará a ser victorioso, como antes. Hasta que aprenda a hacer frente a la reprensión que surge en su conciencia, no podrá conocer la importancia de escuchar la voz de su conciencia ni la importancia de andar según el espíritu.

UNA CONCIENCIA LIBRE DE OFENSA

El apóstol Pablo dijo: “Yo me he comportado con toda buena conciencia delante de Dios hasta el día de hoy” (Hch. 23:1). Esta era la llave de su vida. La conciencia a la que se refiere no es la conciencia de un hombre que no ha sido regenerado, sino una conciencia llena del Espíritu Santo. El apóstol se atrevía a acercarse a Dios y a tener comunión con El debido a que su conciencia regenerada no lo reprendía. Toda su conducta se regía por su conciencia, y no hacía nada que su conciencia reprobara, ni permitía que permaneciera en él algo que su conciencia rechazara. Por lo tanto, tenía confianza para estar en pie ante Dios y ante los hombres. Cuando tenemos alguna ofensa en la conciencia, tememos. El apóstol dijo: “Y por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres” (Hch. 24:16) y añade: “Si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos ante Dios; y cualquier cosa que pidamos la recibiremos de El, porque guardamos Sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de El” (1 Jn. 3:21-22).

Muchos creyentes no se dan cuenta de la importancia de la conciencia; piensan que si andan de acuerdo con el espíritu, todo está bien; pero cuando nuestra conciencia halla alguna transgresión, no podemos evitar temer a Dios, y cuando tememos a Dios, inmediatamente se levanta una barrera en nuestra comunión con El. Las ofensas que surgen en nuestra conciencia son el mayor estorbo a nuestra comunión intuitiva con Dios. Si no obedecemos Sus mandamientos ni hacemos lo que a El le agrada, nuestros corazones serán reprendidos, habrá ofensas en nuestra conciencia y tenderemos a alejarnos de Dios. Además, no recibiremos lo que le pidamos. Sólo una conciencia pura puede servir a Dios (2 Ti. 1:3). Una conciencia ofendida hace que la intuición se retraiga y tema acercarse a Dios.

“Porque nuestra gloria es ésta: el testimonio de nuestra conciencia, que con sencillez y sinceridad de Dios, no con sabiduría carnal, sino con la gracia de Dios, nos hemos conducido en el mundo” (2 Co. 1:12). Este versículo habla del testimonio de la conciencia. Sólo una conciencia sin ofensa puede dar un buen testimonio del creyente. Aunque el testimonio del hombre es bueno, el testimonio de nuestra conciencia tiene más valor. De eso se gloriaba el apóstol. Al andar de acuerdo con el espíritu, debemos tener continuamente ese testimonio. Muchas veces lo que otras personas dicen de nosotros tal vez esté equivocado porque ellos no conocen con exactitud la forma en que Dios nos guía. Quizá puedan entendernos mal y enjuiciarnos, tal como los apóstoles fueron malentendidos y enjuiciados erróneamente por los creyentes de aquellos días. Por otro lado, tal vez nos elogien y nos admiren excesivamente. Cuando seguimos al Señor, muchos nos menosprecian, pero otras veces los hombres nos alaban por lo que nos ven hacer, aunque gran parte sea el resultado de emociones repentinas o imaginaciones. De ahí que, ni la alabanza externa ni la crítica tienen valor; sólo el testimonio de nuestra propia conciencia resucitada es digna de tomarse en cuenta. Debemos preguntarnos qué testimonio da nuestra conciencia de nosotros mismos. ¿Qué clase de persona dice la conciencia que somos? ¿Nos condena por hipócritas? ¿Nos dice que encubrimos nuestros pecados y que asumimos una apariencia solemne? ¿Testifica que nos conducimos en este mundo de acuerdo con la sencillez y la sinceridad de Dios y que andamos de acuerdo con la luz que recibimos?

¿Qué testificó la conciencia de Pablo? El testimonio era éste: “No con sabiduría carnal, sino con la gracia de Dios, nos hemos conducido en el mundo”. De hecho, éste es el único testimonio de la conciencia. La conciencia lucha para que el creyente viva por la gracia de Dios y no según la sabiduría carnal. La sabiduría de la carne no es útil en la voluntad ni en

la obra de Dios ni en la vida espiritual del creyente. La mente del hombre no tiene ninguna utilidad en la comunión con Dios; inclusive en el contacto entre el hombre y las cosas físicas, ella ocupa una posición subordinada. La conducta del creyente en el mundo, depende de la gracia de Dios. La gracia significa que Dios lo hace todo y que el hombre no hace nada (Ro. 11:6). Sólo cuando el creyente vive dependiendo totalmente de Dios, sin permitirse iniciar nada y sin permitir que su mente domine nada, puede la conciencia testificar que vive en el mundo según la sencillez y la sinceridad de Dios. En otras palabras, la conciencia obra unánimemente con la intuición y sólo testifica y aprueba la conducta del creyente que concuerda con la intuición. La conducta contraria a la intuición, aunque esté de acuerdo con la sabiduría humana, será censurada por la conciencia. En realidad, la conciencia no aprueba nada que no sea revelado por la intuición. La intuición guía al creyente, y la conciencia lo insta a obedecer la intuición cuando el creyente desobedece.

Una conciencia sin ofensa delante de Dios da testimonio de que Dios se complace con el creyente y de que no existe ninguna separación entre Dios y él. Tal testimonio es indispensable para una vida que se conduce en el espíritu. Esta debe ser la meta del creyente; y no debe estar satisfecho si no la ha alcanzado. Esta es la vida normal del creyente. Así vivió el apóstol Pablo, y hoy ésa debe ser la vida de los creyentes. Enoc tenía una conciencia libre de contaminación, y él sabía que complacía a Dios. El testimonio de que Dios se complace con nosotros puede ayudarnos a progresar, pero debemos ser cautelosos; de lo contrario, exaltaremos el yo, pensando que podemos hacer algo por nosotros mismos y complacer a Dios. Toda la gloria le pertenece a El. Debemos animarnos a mantener una conciencia libre de ofensa. En tal caso, debemos velar para que la carne no intervenga.

Si nuestra conciencia constantemente testifica que Dios se complace, entonces, cuando desafortunadamente caigamos, confiaremos más en que la sangre del Señor Jesús nos limpiará nuevamente. Si deseamos tener una conciencia libre de ofensa, no debemos separarnos ni por un momento de la sangre que nos limpia eternamente. Además, jamás debemos olvidar que debemos confesar continuamente nuestros pecados, confiando en la sangre preciosa de Cristo, pues aunque tal vez no caigamos en grandes pecados, en asuntos pequeños continuamente damos oportunidad a que la conciencia se ofenda. Debido a que nuestra naturaleza es pecaminosa y sus obras nos son ocultas, tenemos que esperar que nuestra vida espiritual madure para poder discernirlas. Hay muchas cosas que ahora consideramos pecaminosas, que anteriormente nos parecían inofensivas. De no ser por la sangre preciosa que quita todo pecado, no tendríamos paz. Una vez que la sangre preciosa ha sido rociada sobre nuestra conciencia, nos limpiará continuamente debido a la intercesión del Señor Jesús y la vida eterna que nos dio.

El apóstol nos dice que procura tener una buena conciencia ante Dios y ante los hombres. Estas dos direcciones, ante Dios y ante los hombres, están estrechamente ligadas. Si deseamos tener una conciencia sin ofensa ante los hombres, primero debemos tenerla ante Dios, porque cuando la conciencia tiene una ofensa delante de Dios, la tiene ante los hombres. En consecuencia, todo el que anhela vivir una vida espiritual, debe procurar continuamente tener una buena conciencia delante de Dios (1 P. 3:21). Esto no significa que nuestra condición ante los hombres no sea importante, ya dijimos que debemos tener una buena conciencia no sólo ante Dios, sino también ante los hombres. Muchas cosas son

aceptables delante de Dios, pero no son propias delante de los hombres. Sólo una conciencia que está libre delante de los hombres tiene un buen testimonio delante de ellos. Inclusive, si alguien nos malentiende, debemos tener una buena conciencia, "para que en lo que hablan mal de vosotros sean avergonzados los que calumnian vuestra buena conducta en Cristo" (v. 16). Si nuestra conciencia no está despejada, no importa cuán buena sea nuestra conducta, no tiene validez; pero cuando nuestra conciencia está limpia, no se verá afectada por las calumnias de los hombres.

Una conciencia sin ofensa no sólo da testimonio de nosotros ante los hombres, sino que también nos hace aptos para recibir las promesas de Dios. En la actualidad los creyentes se lamentan de que su fe es tan pequeña que no pueden tener una vida espiritual perfecta. Obviamente, puede haber muchas razones para esto, pero la principal razón son las ofensas que tenemos en nuestra conciencia. Una conciencia libre de ofensas y una fe grande son inseparables. En el momento en que la conciencia se ofende, la fe responde. Veamos cómo se unen en la Biblia: "El amor nacido de un corazón puro, una buena conciencia y una fe no fingida" (1 Ti. 1:5), y "manteniendo la fe y una buena conciencia" (v. 19). La conciencia es la facultad o el órgano de nuestra fe. Dios aborrece el pecado al máximo, y la culminación de Su gloria es Su infinita santidad, la cual no puede tolerar ni por un momento el pecado. Si el creyente no obedece a su conciencia y prefiere hacer lo que va en contra de la voluntad de Dios, perderá su comunión con El. Puede decirse que todas las promesas que Dios nos concede en la Biblia son condicionales. Ninguna de ellas es dada para satisfacer las intenciones de la carne. Si el pecado y la carne no son eliminados, el creyente no podrá experimentar la presencia del Espíritu Santo ni tendrá comunión con Dios ni habrá respuesta para sus oraciones. Si nuestra conciencia nos acusa, ¿cómo osaremos acercarnos a Dios para buscar Sus promesas? Si nuestra conciencia no puede testificar que vivimos sobre esta tierra según la santidad y la justicia de Dios, ¿cómo podemos ser hombres de oración que buscan los dones ilimitados de Dios? Si en el momento que alzamos nuestras manos hacia Dios, nos reprende nuestra conciencia, ¿de que servirá nuestra oración? Para orar con fe, necesitamos que nuestros pecados sean borrados y eliminados.

Debemos tener una conciencia libre de toda acusación, lo cual no significa que ahora seamos mejores que antes ni que muchas cosas malignas ya no existen en nosotros; significa que estar libres de toda acusación y ofensa, y acercarnos sin temor a Dios, son las condiciones que estipula la conciencia. Si estamos dispuestos a someternos a la conciencia y a permitir que nos repruebe, y si nos consagramos totalmente al Señor, estando dispuestos a hacer Su voluntad, entonces nuestra confianza aumentará, sabiendo que podemos tener una conciencia pura. Podremos decirle a Dios que le entregamos todo, que no tenemos nada que no hayamos puesto delante de El, que no tenemos nada escondido, que nada nos separa de El. Al vivir conforme al espíritu, el creyente no debe permitir que su conciencia se ofenda por ningún motivo, por pequeño que sea. Todo lo que la conciencia censure debe ser rechazado y confesado inmediatamente. El creyente debe buscar sin demora la limpieza de la sangre y no permitir que quede rastro del pecado. Cada día debe cerciorarse de que su conciencia esté libre de ofensa, pues de no ser así, en poco tiempo el espíritu sufrirá pérdida. El ejemplo del apóstol consistió en tener siempre una conciencia sin ofensa. De esta manera, nuestra comunión con Dios será verdaderamente inquebrantable.

LA CONCIENCIA Y EL CONOCIMIENTO

Al andar según el espíritu y escuchar la voz de la conciencia, debemos recordar que la conciencia está limitada por el conocimiento que tenga. Nuestra conciencia es el órgano con el que distinguimos el bien y el mal. Distinguir significa tener conocimiento. El conocimiento o la capacidad para distinguir entre el bien y el mal no es igual en todos los creyentes. Algunos tienen más conocimiento que otros, lo cual se debe a que las circunstancias personales varían en cada caso, y quizás las lecciones aprendidas también varíen. Por eso, no podemos medirnos según los parámetros de otra persona, y tampoco debemos esperar que otros vivan conforme a la luz que nosotros recibimos. En la comunión entre el creyente y Dios, un pecado desconocido no afecta la comunión. Si el creyente anda según la norma que conoce, es decir, obedeciendo lo que él sabe que concuerda con la voluntad de Dios y rechazando lo que es rechazado por Dios, puede tener una comunión plena con Dios. Un creyente joven siempre piensa que debido a su falta de conocimiento no puede agradar a Dios. Por un lado, el conocimiento espiritual tiene gran valor, pero por otro, la falta de conocimiento no impide la comunión con Dios. En la comunión de Dios con el hombre, a Dios le interesa nuestra actitud con respecto a Su voluntad, y no le preocupa cuánto sepamos de Su voluntad. Si nuestra actitud es buscar Su voluntad de una manera sincera, y si deseamos verdaderamente llevarla a cabo, la presencia de los pecados de los que aún no estamos conscientes, no nos hará perder nuestra comunión con Dios ni la limitará. Si nuestra comunión con Dios dependiera de Su santidad, ninguno de los santos más sobresalientes de la historia hasta nuestros días, sería apto para tener comunión con El ni por un momento. Mas aún, todos serían expulsados de Su presencia y de la gloria de Su poder. Los pecados de los cuales no estamos conscientes han quedado cubiertos por Su sangre preciosa.

Desde otro punto de vista, si estamos conscientes de algún pecado, aunque sea pequeño, y lo toleramos aun cuando ya fue condenado por la conciencia, automáticamente perderemos nuestra comunión con Dios. Así como una pequeña basura en el ojo nos impide ver y nos causa dolor, un pecado del cual estemos conscientes, no importa cuán pequeño sea, impedirá que veamos el rostro sonriente de nuestro Dios. Cuando nuestra conciencia es acusada, inmediatamente se afecta nuestra comunión. Un pecado puede permanecer con el creyente por muchos años, pero mientras él no esté consciente de ello, la comunión con Dios no se interrumpe. Pero tan pronto llegue la luz (el conocimiento), la conciencia lo condenará; y mientras ese pecado permanezca, la comunión de ese día se habrá perdido. La comunión de Dios con nosotros depende del estado de nuestra conciencia. Si creemos que un pecado específico, que ha permanecido por muchos años sin impedir la comunión, puede continuar así y no causar daño, nos engañamos a nosotros mismos y somos muy necios.

Esto se debe a que la capacidad que la conciencia tiene para condenar está supeditada a la luz que recibe. La conciencia no puede condenar ningún pecado que no sepa que es pecado. A medida que crece el conocimiento del creyente, su conciencia también crece; y cuanto más conocimiento tiene, más pecados condena su conciencia. El creyente no tiene que arrepentirse de nada que aún no conozca, y tampoco debe esforzarse por descubrirlo, siempre y cuando obedezca sin reservas aquello que conoce. “Pero si andamos en luz”, es decir, si nos regimos por la luz que recibimos, “como El está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús Su Hijo nos limpia de todo pecado” (aunque no estemos conscientes de muchos de ellos, 1 Jn. 1:7). La luz de Dios es ilimitada, y El anda

conforme a Su luz ilimitada. Pero la luz que nosotros poseemos es muy limitada; sin embargo, debemos caminar conforme a esta luz. Sólo así podremos tener comunión con Dios, y sólo así la sangre de Jesús Su Hijo nos limpiará de todos nuestros pecados. Tenemos pecados que todavía no han sido eliminados, pero si todavía no estamos conscientes de ellos y si todavía no hemos sido iluminados por la luz, podemos tener comunión con Dios. Recordemos que aunque la conciencia es muy crucial, no determina la medida de nuestra santidad, porque depende del conocimiento. Cristo es la única medida de nuestra santidad. Pero en nuestra comunión con Dios, la única condición es que mantengamos una conciencia libre de toda acusación. Sin embargo, después de someternos por completo a la guía de la conciencia, no debemos pensar que ya somos perfectos. Una buena conciencia sólo nos dice hasta donde llegue nuestro conocimiento que hemos logrado lo que debíamos.

De esta manera, nuestra norma de conducta se eleva en la medida en que aumenta nuestro conocimiento y crece nuestra experiencia espiritual. Al aumentar gradualmente la luz, nuestra conducta también gradualmente llega a ser más santa, y nuestra conciencia es preservada sin acusación. Si tenemos un año más de conocimiento y experiencia y nuestra conducta es la misma que los años anteriores, nuestra conciencia nos acusará. Dios no interrumpió Su comunión con nosotros porque ignorábamos nuestras transgresiones. Pero una vez que obtenemos el conocimiento de ellas, la comunión con Dios se pierde si no renunciamos a esos pecados. La conciencia es dada por Dios para que los creyentes conozcan la norma de santidad que tienen. Si violan esa norma, se convierten en transgresores.

El Señor todavía tiene muchas cosas que decirnos, pero debido a la inmadurez de nuestro conocimiento espiritual, tiene que esperar. El trata a Sus hijos según la condición individual de cada uno. Algunos asuntos son extremadamente malignos y pecaminosos para algunos creyentes, mientras que otros no los ven así. Esto se debe a la diferencia en el conocimiento de su conciencia. Por esto no debemos criticarnos los unos a los otros. Sólo nuestro Padre Dios sabe cómo tratar a Sus hijos. El no espera ver que Sus “pequeñitos” tengan la fuerza de un “joven”, ni que los “jóvenes” tengan la experiencia de los “padres”. Pero sí espera que todos Sus hijos se sometan a El según lo que cada uno sepa. Si tenemos la certeza, lo cual no es fácil, de que Dios ya habló de cierto asunto a la conciencia de nuestro hermano, y éste no ha obedecido, entonces podríamos persuadirle a que obedezca, pero nunca debemos forzarlo a que obedezca el sentir de nuestra conciencia. Si el Dios de la santidad perfecta no nos rechazó cuando ignorábamos nuestros pecados, ¿cómo podemos juzgar a nuestro hermano que sólo posee el conocimiento que nosotros tuvimos el año pasado, según nuestra condición actual?

De hecho, al ayudar a otros, no debemos insistir en que obedezcan los pequeños detalles; sólo debemos aconsejarles que anden de acuerdo con los dictados de su propia conciencia. Si se han entregado a Dios, cuando el Espíritu Santo los ilumine en cualquier cosa que se menciona en la Biblia, obedecerán. Si han cedido su voluntad a Dios, cada vez que la conciencia reciba luz, ellos andarán de acuerdo con la voluntad de Dios. Lo mismo se aplica a nosotros. No tenemos que valernos de la fuerza del alma para comprender algunas verdades, ya que el tiempo no ha llegado para ello, pero si estamos dispuestos a escuchar la voz de Dios, eso es suficiente. Si el Espíritu Santo desea guiarnos en nuestra intuición para

examinar algunas verdades, debemos seguirlo; de lo contrario, produciríamos un descenso en la norma de nuestra santidad. En síntesis, si estamos dispuestos a ser guiados por nuestro espíritu, no tendremos problemas.

UNA CONCIENCIA DEBIL

Ya dijimos que Cristo es la norma de santidad para nuestra vida. Aunque la conciencia es importante, no es la norma. Al mismo tiempo, sí es la norma que testifica si agradamos o no a Dios en nuestra vida diaria. En otras palabras, la conciencia indica el grado de santidad que tengamos en el momento. Si cada día vivimos según la dirección de la conciencia, entonces hemos llegado al nivel espiritual en el que debemos estar en esa etapa. Si mantenemos una buena conciencia, no seremos derribados en nuestra senda espiritual.

Al andar diariamente conforme al espíritu, la conciencia se hace un factor muy necesario. Si desobedecemos lo que nos dicta nuestra conciencia, seremos reprendidos, perderemos la paz y seremos cortados temporalmente de la comunión con Dios. Es indiscutible que debemos obedecer incondicionalmente al espíritu mediante el dictado de nuestra conciencia, pero nos preguntamos ¿es perfecto el dictado de la conciencia? Esta pregunta todavía permanece.

Sabemos que la conciencia está limitada por el conocimiento, y sólo puede guiar a las personas de acuerdo con lo que ella conoce. Si el hombre no obedece, ella lo condena, pero no condena cosas que desconoce; por lo tanto, si comparamos la norma de nuestra conciencia con la de la santidad de Dios, la norma de nuestra conciencia es muy inferior, y tiene por lo menos dos problemas. Uno, como dijimos anteriormente, es que su conocimiento es limitado, ya que sólo puede condenar las transgresiones que conoce; en consecuencia, ya que no posee un conocimiento pleno acerca de muchas cosas, permanecen en nuestras vidas cosas que no concuerdan con la voluntad de Dios. Dios y los santos más maduros saben que nuestras transgresiones son muchas, pero debido a que no hemos recibido luz, ellas no han sido puestas en evidencia y permanecen en nosotros. ¿No es esto un gran defecto? Sin embargo, Dios lo permite porque no condena lo que desconocemos. A pesar de nuestra imperfección, Dios nos acepta y tiene comunión con nosotros debido a que nos hemos conducido según los dictados de nuestra conciencia.

Hay un segundo defecto que impide la comunión del creyente con Dios. Un conocimiento limitado o incompleto en la conciencia no solamente puede guiarlo a condenar lo que debe condenar, sino que también puede guiarlo a condenar algo que no debe. ¿Qué podemos decir al respecto? ¿Lo ha guiado la conciencia por el camino equivocado? No, la guía de la conciencia no puede estar equivocada, y el creyente debe obedecerla, pero hay diferentes grados de conocimiento. Debido a la falta de conocimiento en el creyente, hay muchas cosas que se le permitirán hacer cuando posea más conocimiento, pero en el presente, no se le permiten debido a su falta de conocimiento. Si las hiciera, la conciencia lo condenaría, y lo convertiría en pecador. Esto se debe a la inmadurez del creyente. En nuestra vida humana hay muchas cosas que se les permite a los padres debido a su conocimiento, experiencia y posición, pero si los hijos hicieran lo mismo, sin duda se les censuraría debido a su falta de conocimiento y experiencia y a su posición. Eso no significa que haya dos criterios en cuanto el bien y el mal, sino que es imposible que el criterio en cuanto al

bien y el mal sea el mismo en todas las personas. Esto sucede tanto en las cosas espirituales como en las físicas. Muchas cosas cuando las hace un creyente maduro concuerdan con la voluntad de Dios, pero si un creyente joven hiciera lo mismo, para él serían pecado.

Esto se debe a la diferencia en el grado de conocimiento que tenga la conciencia. Si la conciencia de un creyente le permite hacer cierta cosa, al hacerla, él cumple la voluntad de Dios; pero si la conciencia de otro creyente no le permite hacer la misma cosa, al hacerlo éste, peca. Como dijimos anteriormente, esto no significa que la voluntad de Dios sea diferente, sino que Dios guía a cada uno de acuerdo con su respectivo crecimiento espiritual. El que tiene más conocimiento tiene una conciencia más fuerte y, en consecuencia, tiene más libertad. Alguien sin conocimiento es débil y, como resultado, es más restringido.

El apóstol enseña esto claramente en la Primera Epístola a los Corintios. En ese tiempo, entre los corintios había muchos malentendidos en cuanto a comer cosas ofrecidas a los ídolos. Algunos enseñaban que los ídolos no eran nada y que todo alimento se podía comer, fuera o no ofrecido a los ídolos, ya que hay un solo Dios, y los ídolos no [son nada] (8:4). Otros, antes de ser creyentes habían sido adoradores de ídolos, así que cuando vieron que la comida que se les servía había sido ofrecida a los ídolos, no podían ingerirla porque recordaban el pasado. Sus conciencias no tenían paz, cuando comían se contaminaban debido a la debilidad de sus conciencias (v. 7). El apóstol sabía que eso se debía al grado de conocimiento (v. 7). Aquéllos, debido a su conocimiento, no eran reprendidos por sus conciencias; así que comían y no pecaban. Estos, debido a su falta de conocimiento, no tenían paz en sus conciencias; así que si comían, pecaban. Aquí vemos la importancia del conocimiento. El mucho conocimiento algunas veces hace que haya más condenación, pero también puede hacer que la conciencia sienta menos condenación.

En asuntos similares de las sombras de las cosas por venir, debemos pedirle al Señor que nos dé más conocimiento para que no nos veamos atados sin razón, pero este conocimiento debe ser tenido con humildad; de lo contrario, caeremos en la carne como los creyentes corintios. Si nuestro conocimiento no es apropiado, y la conciencia nos reprende, debemos de todos modos, obedecer la voz de la conciencia, no importa cuál sea el precio que tengamos que pagar. No debemos pensar que porque cierta cosa no sea mala según la norma más elevada, ya no necesitamos obedecer a la conciencia y tenemos la libertad de obrar como queramos. Debemos recordar que la conciencia es la norma actual que Dios usa para guiarnos; por eso, debemos obedecerla; o si no, pecamos. Lo que nuestra conciencia condena, ciertamente también lo condena Dios.

Ya hablamos de cosas externas como, por ejemplo, la comida. En cuanto a lo espiritual, independientemente del conocimiento que poseamos, no puede haber diferencia de libertad ni de esclavitud. En lo externo, lo pertinente a la carne, Dios trata a Sus hijos de acuerdo a la edad que tengan. En el caso de los creyentes jóvenes, Dios presta mucha atención a cosas externas tales como la comida, el vestido y cosas por el estilo, ya que El quiere que hagan morir todas las obras malignas de sus cuerpos. Si ellos están dispuestos a seguir al Señor, verán que a menudo el Señor les pide que se deshagan de todas esas cosas mediante la conciencia de su espíritu. Los que son más maduros en el Señor, ya que saben someterse al Señor, tienen más libertad en sus conciencias.

Sin embargo, los creyentes maduros tienen un gran peligro: sus conciencias tal vez sean tan fuertes que se pueden enfriar y endurecer. Los creyentes inmaduros que buscan al Señor con todo su corazón se someterán al Señor en muchas cosas porque su conciencia y su intuición son muy sensibles y son fácilmente conmovidas por el Espíritu Santo. La conciencia de los creyentes más viejos se pueden enfriar y endurecer por tener demasiado conocimiento y por perder la sensibilidad de su intuición. Hacen todo según el conocimiento de su mente; parece que el Espíritu Santo casi no puede operar en ellos. Esto es un golpe fatal para la vida espiritual, puesto que hace que la vida del creyente pierda su frescura y que todo se envejezca. No importa cuanto conocimiento poseamos, no debemos seguirlo, sino que debemos seguir a la intuición de nuestro espíritu (la conciencia). Si no hacemos caso de lo que la conciencia condena a través de la intuición, sino que nuestro conocimiento es la norma de nuestra conducta, andaremos según la carne. Muchas veces, de acuerdo con la verdad que conocemos, se nos permite hacer cierta cosa, pero si nuestra conciencia pierde la paz, ¿qué haremos? Si la conciencia condena algo, se debe a que aquello no está de acuerdo con la voluntad de Dios, aunque concuerde con el conocimiento de la mente y aunque sea bueno. Con frecuencia, nuestro conocimiento es adquirido de acuerdo con el intelecto, y no es la revelación de la intuición. De ahí que el dictado de la conciencia puede entrar en conflicto con el conocimiento.

El apóstol sabía que si el creyente no prestaba atención a la reprensión de su conciencia debilitada y andaba según el conocimiento de su mente, su vida espiritual podía ser gravemente perjudicada. “Porque si alguno te ve a ti, que tienes conocimiento, reclinado a la mesa en un templo de ídolos, ¿no será animada su conciencia, si él es débil, a comer de lo sacrificado a los ídolos? Y por el conocimiento tuyo, es destruido el débil, el hermano por quien Cristo murió” (1 Co. 8:10-11). Esto está dirigido a los que tienen conocimiento y a los que no lo tienen. Si el creyente que no tiene conocimiento ve a uno que sí lo tiene comer sacrificios ofrecidos a los ídolos, pensará que si ese creyente puede comer, él también puede, y comerá. En ese caso, no obedecerá la voz de su conciencia, lo cual hace que peque. Este es el significado de estos versículos. Un creyente que no tiene conocimiento sólo puede entender con su mente el conocimiento que su hermano posee, y si anda de acuerdo con este conocimiento, pasando por alto su conciencia, pecará. Debemos recordar que jamás debemos andar según el conocimiento que tengamos. Todos los creyentes, no importa cuál sea su conocimiento, deben ser guiados por la intuición y la conciencia del espíritu. Su conocimiento puede afectar su conciencia, pero él sólo debe obedecer a su conciencia. En cuando a la conducta, a Dios le interesa más la obediencia a Su voluntad que el buen comportamiento. Escuchar la voz de nuestra conciencia garantiza que nuestra consagración y nuestra obediencia son verdaderas. Por medio de la conciencia, Dios sabe si nuestra prioridad es someternos a El, o si tenemos otros motivos.

Existe otro asunto al cual el creyente debe prestar atención. Debe ser cauteloso y no permitir que su conciencia sea bloqueada. Muchas veces nuestra conciencia pierde su función normal debido a que ha sido sitiada por algo. Se enfría debido a que la conciencia de los que nos rodean se ha enfriado y endurecido, y sus razonamientos, conversaciones, enseñanzas, persuasiones influyen en nosotros. Debemos cuidarnos de los maestros cuyas conciencias se han enfriado y endurecido. Estemos alerta frente a las conciencias fabricadas por los hombres y rechacemos los intentos que hace el hombre por moldear nuestra conciencia. Esta debe responder directamente a Dios en todos los aspectos. Debemos

conocer la voluntad de Dios, y es responsabilidad nuestra llevarla a cabo. Si no cuidamos de nuestra propia conciencia y seguimos la de otros, fracasaremos.

En síntesis, la conciencia del creyente es una facultad muy importante del espíritu, y el creyente debe obedecer sus dictados. Aunque es influida por el conocimiento, a pesar de ello, su voz representa la voluntad más elevada de Dios para con nosotros. Basta con que obedezcamos lo que debemos obedecer. No tenemos que preocuparnos por otras cosas. Debemos mantener nuestra conciencia siempre sana, sin permitir que ni un solo pecado afecte su percepción, ya que si se enfría y se endurece, nada podrá conmovernos. En ese caso, habremos caído profundamente en la carne. Todo nuestro conocimiento bíblico permanecerá en la mente de la carne y no tendrá ningún poder para comunicar vida. Debemos conducirnos siempre por la intuición del espíritu y ser llenos del Espíritu Santo para que la percepción de la conciencia cada día sea más aguda. De esta manera, aun una insignificancia que no sea correcta a los ojos de Dios, podrá ser detectada, y podremos arrepentirnos. No nos centremos en nuestra mente olvidándonos de la intuición de la conciencia. El crecimiento de nuestra estatura espiritual aumenta la sensibilidad de nuestra conciencia. En el presente, muchos creyentes no están llenos de vida, porque no han cuidado de sus conciencias y sólo han almacenado conocimiento muerto en sus mentes. Debemos velar cada día para no caer en el conformismo. No temamos ser conmovidos fácilmente por nuestra conciencia. Si nuestra actividad procede de la conciencia, debemos temer que tal vez sea muy poca, y no temer que sea demasiada. La conciencia es el freno de Dios, pues nos informa qué está mal y cómo corregirlo. Si estamos dispuestos a escucharla, nos evitaremos tener que deshacer muchas cosas más adelante.

SEXTA SECCION — ANDAR SEGUN EL ESPIRITU

CAPITULO UNO

LOS PELIGROS DE LA SENDA ESPIRITUAL

ANDAR CONFORME AL ESPIRITU

En la vida cristiana no hay nada más crucial que andar continuamente conforme al espíritu, ya que esto mantiene al creyente en la debida condición espiritual, lo libra del poder de la carne, lo hace apto para cumplir la voluntad de Dios y lo libra de los ataques de Satanás. Una vez que conocemos la función del espíritu, es muy importante que de inmediato empecemos a andar según el espíritu. Esto es algo que debemos hacer minuto a minuto, y que por ningún motivo debemos descuidar. Debemos tener cuidado con el peligro de recibir las enseñanzas del Espíritu Santo sin obedecer lo que El nos indica. Esta es la experiencia de muchos y es la razón de su fracaso. Recibir las enseñanzas solas no es suficiente; hemos de obedecerlas. Nunca debemos estar satisfechos con el conocimiento espiritual; debemos anhelar conducirnos de acuerdo con el espíritu. A menudo escuchamos acerca de "el camino de la cruz" pero, ¿qué es realmente este camino? No es otra cosa que andar conforme al espíritu, ya que para hacerlo, nuestra voluntad, nuestro amor y nuestros pensamientos deben ser clavados en la cruz y deben morir. Para obedecer la intuición y la revelación del espíritu se requiere que diariamente experimentemos la cruz.

Quizá los creyentes espirituales hayan experimentado algo de las funciones del espíritu, como lo mencionamos anteriormente, pero sus experiencias no perduran; son *esporádicas* debido a que aún no entienden claramente todas las funciones y las leyes de su espíritu y, por ende, no andan permanentemente conforme al espíritu. Al escuchar esta verdad, aunque sus experiencias pueden atestiguar que es cierta, lamentablemente sus experiencias no perduran. Si su intuición tuviera el debido crecimiento, andarían constantemente según el espíritu y no serían afectados por el mundo exterior. (Nota: todo lo que está fuera del espíritu constituye el mundo exterior.) Muchos creyentes, debido a que no conocen la ley del espíritu, piensan que la vida según el espíritu es fluctuante y sin reglas, y difícil de practicar. Muchos se han propuesto cumplir la voluntad de Dios y obedecer la dirección que el Espíritu Santo revela a su espíritu, pero no se atreven a avanzar porque no tienen confianza en la intuición; aún no han aprendido a captar el sentir de la intuición ni disciernen sus movimientos; no saben si deben actuar o detenerse; tampoco saben cuál es la condición normal del espíritu y, como resultado, éste no puede dirigirlos constantemente.

Por no mantener el espíritu en la debida condición, lo privan de su poder para operar. Algunas veces la intuición les revela algo, pero no saben por qué les dijo aquello en ese preciso momento. Tampoco entienden por qué no reciben revelación si ellos diligentemente la han buscado. Desconocen por completo el motivo de su fracaso.

La verdad es que reciben revelación por medio de su espíritu porque algunas veces sin darse cuenta andan conforme a la ley del espíritu; pero otras veces no obtienen ninguna revelación porque su búsqueda no concuerda con la ley del espíritu. Si pudieran andar constantemente según la ley del espíritu, siempre serían guiados por éste, pero la desconocen. Si deseamos tener revelaciones en el espíritu, conocer la voluntad de Dios y hacer lo que le agrada, no podemos darnos el lujo de dejar al margen sus leyes. Los sentimientos del espíritu tienen mucho significado; para poder cumplir sus requerimientos y andar continuamente de acuerdo con él, debemos aprender a conocerlos. Es indispensable entender la ley del espíritu para andar conforme al espíritu.

Muchos creyentes piensan que la obra esporádica del Espíritu Santo en su espíritu es la experiencia más sublime de su vida; así que, por ser algo tan especial que sólo puede suceder unas pocas veces durante su vida, no esperan que ésa sea su experiencia diaria. Si obedecieran al espíritu de acuerdo con la ley del mismo, su vida estaría en otra esfera. Sin embargo, consideran las experiencias espirituales como extraordinarias e imposibles de mantener, sin darse cuenta de que las experiencias espirituales deben ser sus experiencias diarias y *comunes.* Lo extraño debería ser no tener estas experiencias y vivir en tinieblas.

A veces recibimos cierto pensamiento; si sabemos discernirlo, podremos determinar si proviene de nuestro espíritu o del alma. Algunos pensamientos arden en el espíritu, pero algunos son simplemente ansiedades en el alma. Los creyentes deben aprender a diferenciarlos. Después de sopesarlos, el creyente puede discernir fácilmente lo que es espiritual y lo que es anímico. El creyente debe saber siempre cuál parte de su ser está actuando. Cuando piensa, siente o labora, debe reconocer el origen de su pensamiento, de su sentir y del poder que emplea. De esta manera, dependiendo de si la fuente es el espíritu o el alma, puede obedecer el sentir o abstenerse de obrar, según sea el caso.

Sabemos que con nuestra alma estamos conscientes de nosotros mismos; por eso examinarse a uno mismo y centrarse en uno mismo es algo del alma y es peligroso. ¿Por qué? Porque esto hace que el creyente constantemente se detenga en él mismo y desarrolle la vida del yo. La exaltación de uno mismo proviene, por lo general, de centrarse en uno; no obstante existe un tipo de examen personal que provee el conocimiento que es indispensable para recorrer la senda espiritual y que nos hace aptos para que verdaderamente sepamos cuál es nuestra condición y cómo nos estamos conduciendo. El peligro de estar consciente de uno mismo incluye los pensamientos de vanagloria o de desánimo que se derivan de estancarse en los éxitos o en los fracasos. El examen personal que es provechoso es aquel cuyas consideraciones *sólo* tienen como fin determinar *el origen* de los pensamientos, los sentimientos y las preferencias. Dios desea que no vivamos conscientes de nosotros mismos, pero eso no significa que debemos ser personas que no se dan cuenta de lo que son. Tenemos que dejar de centrarnos excesivamente en nosotros mismos, pero al mismo tiempo debemos conocer, por el Espíritu Santo, lo que sucede en nuestro ser; por eso debemos observar cuidadosamente las actividades del yo.

Muchos creyentes, aunque son regenerados, no parecen darse cuenta de que poseen espíritu. No es que no lo tengan, sino que no lo perciben. Tal vez tengan el sentir del espíritu, pero no saben de dónde proviene. Todo creyente genuino, nacido de nuevo, sabe que la verdadera vida que debe experimentar es la vida de su espíritu. Si está dispuesto a aprender, sabrá cual es verdaderamente el sentir de su espíritu. Una cosa es cierta: el alma puede ser afectada por el mundo exterior, pero no el espíritu. Por ejemplo, al ver una escena hermosa, disfrutar de la serenidad de la naturaleza, escuchar música melodiosa o al tocar las cosas que nos rodean, el alma es conmovida, lo cual suscita en ella algún sentimiento. Pero eso no sucede con el espíritu. Si el espíritu del creyente está lleno del poder del Espíritu Santo, es independiente del alma. A diferencia del alma, la cual depende de las influencias externas en sus actividades, el espíritu actúa por iniciativa propia; a eso se debe que puede operar en cualquier circunstancia. De ahí que, el creyente espiritual continúa trabajando sin importar si su alma tiene deseo de hacerlo ni si su cuerpo no tiene fuerza, porque él vive continuamente de acuerdo con la actividad de su espíritu.

Desde el punto de vista práctico, el sentir del alma y el de la intuición del espíritu son bastante diferentes. Sin embargo, ocasionalmente el sentir del alma es muy parecido al de la intuición del espíritu. Algunas veces son casi idénticos, y es difícil distinguirlos. Aunque no es muy común, sucede. Es tanta su similitud que su diferencia no es mayor que el espesor de un cabello. Si el creyente actúa precipitadamente, es difícil que pueda escapar del engaño, pero si espera pacientemente y discierne el origen de su sentir, el Espíritu Santo, a Su tiempo, le revelará la verdad. Si deseamos andar de acuerdo con el espíritu, no debemos actuar apresuradamente.

Los creyentes anímicos, en su mayoría, tienen ciertas inclinaciones. Por lo general, tienden o a ser regidos por sus emociones o por sus pensamientos. Cuando desean ser espirituales y andar según el espíritu, con frecuencia caen en la trampa de actuar en *la dirección opuesta* a la que suelen. Es decir, el creyente emotivo pensará que su razonamiento frío es la dirección de su espíritu. Al comprender lo anímica que era su vida de emociones, confunde ser racional con ser espiritual. El creyente analítico creerá que sus emociones son la guía del espíritu; puesto que sabe que la clase de vida fría e intelectual es anímica, pensará que hacer lo contrario, es decir, ser emotivo, equivale a ser espiritual. No se dan cuenta de que sólo intercambiaron la posición de los sentimientos y la razón, pero siguen siendo tan anímicos como antes. Debemos recordar la función del espíritu. Es decir, andar conforme al espíritu equivale a andar conforme a la intuición, porque el conocimiento espiritual, la comunión y la conciencia se experimentan por medio de la intuición. El Espíritu Santo emplea la intuición para guiar al creyente, el cual no tiene que imaginarse qué es lo espiritual; basta con obedecer a la intuición. Si desea obedecer al Espíritu Santo, debe conocer Su voluntad en la intuición.

Algunos buscan desesperadamente los dones del Espíritu Santo. Muchas veces su búsqueda espiritual es su búsqueda de felicidad; el yo está detrás de ella. Sienten que el Espíritu Santo desciende sobre ellos, sus cuerpos son poseídos por un poder externo o por una ola de calor desde la cabeza hasta los pies, y se imaginan que recibieron el bautismo del Espíritu Santo. Sin duda, el Espíritu Santo puede permitir que alguien lo perciba con sus emociones, pero es muy peligroso buscarlo en las emociones, ya que esto no sólo estimula la vida del alma, sino que se presta a los engaños de Satanás. A los ojos de Dios, lo que

tiene valor no es que sintamos Su presencia ni que lo amemos con nuestras emociones, sino que obedezcamos al Espíritu Santo en nuestra intuición y que vivamos según lo que El nos revela en nuestro espíritu. A menudo vemos que alguien que ha sido "bautizado por el Espíritu Santo" sigue viviendo en conformidad con la vida natural y no con el espíritu; no posee agudeza en su intuición para discernir el mundo espiritual. Eso nos muestra que sólo tiene valor la comunión con el Señor en la intuición, y no en las emociones.

Después de leer acerca de las funciones del espíritu que menciona la Biblia, nos damos cuenta de que el espíritu puede ser tan apasionado como la emoción y tan frío como la razón. Sólo los creyentes maduros pueden conocer la diferencia entre lo que es del espíritu y lo que es del alma. Si el creyente no procura conocer a Dios mediante la intuición ni trata de andar de acuerdo con ella, y simplemente especula en su mente o, peor aún, trata de ser motivado por el Espíritu Santo, eso significa que todavía anda según la carne y sume su vida espiritual en una condición de muerte.

Al observar la conducta de Pablo, vemos la importancia de andar conforme a la intuición del espíritu. El dijo: "Pero cuando agradó a Dios ... revelar a Su Hijo en mí, para que yo le anunciase como evangelio entre los gentiles, no consulté en seguida con carne y sangre, ni subí a Jerusalén a los que eran apóstoles antes que yo; sino que fui a Arabia, y volví de nuevo a Damasco" (Gá. 1:15-17). La revelación procede del espíritu. Cuando el apóstol Juan fue inspirado a escribir el libro de Apocalipsis, recibió la revelación en el espíritu (Ap. 1:10). Las Escrituras testifican al unísono que la revelación ocurre en el espíritu del creyente.

El apóstol dijo que después de recibir la revelación en su espíritu, conoció al Señor Jesús y supo que Dios lo enviaba a los gentiles. El obedeció la dirección del espíritu, y no lo consultó con carne y sangre; no necesitó opiniones ni ideas ni argumentos de hombres, ni fue a Jerusalén para ver a los que tenían "más experiencia" para escuchar su punto de vista; simplemente obedeció el dictado de su espíritu. Una vez que recibió las revelaciones *de Dios* en su intuición y supo cuál era Su voluntad, no procuró encontrar otra evidencia. Consideró que la revelación en su espíritu era suficiente para guiarlo, pese a que salir a predicar al Señor Jesús no tenía precedente en aquellos días. De acuerdo con el alma de los hombres, cuanto más analicemos algo y cuanto más opiniones oigamos al respecto, especialmente de quienes tienen más experiencia en la predicación del evangelio, mejor. No obstante, Pablo sólo obedeció al espíritu y no se preocupó por lo que pensaran los demás, ni siquiera se interesó en la opinión de los apóstoles más espirituales.

Del mismo modo, nosotros debemos seguir la guía directa del Señor en nuestro espíritu en vez de las palabras de las personas espirituales. ¿Significa esto que las palabras de los hermanos espirituales son inútiles? No, de hecho, son de gran provecho para nosotros; sus recomendaciones y enseñanzas proporcionan mucha ayuda, pero en toda circunstancia debemos ver si sus palabras provienen de Dios, y aun si provienen de El, necesitamos las instrucciones personales de parte del Señor. Cuando no estamos seguros si nuestro sentir es una revelación del espíritu, las enseñanzas de los que han tenido experiencias profundas en el Señor son muy útiles. Pero si tenemos *la certeza* de que la revelación proviene de Dios, como sucedió con Pablo, no necesitamos confirmar con los apóstoles, aun si estuvieran presentes ahora.

Si leemos el contexto, veremos que el apóstol juzgaba importante haber recibido el evangelio mediante una revelación sin que le hubiese sido enseñado por los otros apóstoles. Este es un punto crucial. El evangelio que predicamos no debe provenir de lo que escuchamos decir a cierto hombre, ni de lo que leímos en un libro, ni de algún ejercicio mental. Si nuestro evangelio no nos fue dado por Dios, no tiene valor espiritual. Los creyentes jóvenes de hoy hacen énfasis en aprender de un maestro, y los más avanzados espiritualmente hablan de la necesidad de impartir las verdades a la siguiente generación. No saben que todo eso carece de valor espiritual. Lo que creemos, lo que predicamos y lo que tenemos no es nada si no lo recibimos por revelación. El creyente puede aceptar pensamientos maravillosos de la mente de otra persona; sin embargo, su espíritu permanece pobre y vacío. Por supuesto que no esperamos recibir un evangelio nuevo, ni menospreciamos las palabras de otros siervos de Dios, ya que la Biblia declara que no debemos menospreciar las profecías. Sin embargo, debemos tener presente que la revelación es absolutamente indispensable.

Sin revelación, todo lo que se diga será en vano. Debemos recibir la revelación de la verdad de Dios en nuestro espíritu, pues así nuestra predicación tendrá resultados con valor espiritual. De no ser así, lo que comuniquemos será inútil. Para el obrero de Cristo la revelación en el espíritu debe ocupar la posición más elevada. Este es el primer requisito de todo obrero. Sólo de esta manera podemos llevar a cabo una obra espiritual y obedecer al espíritu. ¡Hoy día muchos obreros confían en su intelecto y en su mente! Aun los creyentes que tienen la fe más pura reciben a veces las verdades con su mente, pero todo ello no es más que obras muertas. Debemos preguntarnos si nuestra predicación proviene de la revelación de Dios o de los hombres.

LOS ATAQUES DE SATANAS

Ya que es tan crucial nuestro espíritu, el órgano con el cual se establece la comunión entre el Espíritu Santo y nosotros, no es de extrañar que Satanás aborrezca que los creyentes conozcan las funciones del espíritu y que anden de acuerdo con él. Su meta es que los creyentes vivan en su alma y que "apaguen el Espíritu". Hace que sus cuerpos se llenen de sentimientos extraños y que sus mentes estén llenas de pensamientos errantes. De este modo, confunde los sentidos espirituales de los creyentes para que no puedan distinguir lo que verdaderamente es del espíritu y lo que es del alma. El sabe que para que el creyente sea victorioso, es algo esencial determinar los sentidos del espíritu. (¡Qué pena que muchos creyentes no saben esto!) Así que, Satanás hace lo posible por atacar el espíritu del creyente.

Satanás no sólo utiliza los sentimientos y pensamientos para que los creyentes vivan por el alma y no anden por el espíritu, sino que además trae muchos otros engaños. Si puede lograr que el creyente viva en su hombre exterior por medio de sus sentimientos o sus pensamientos, avanza un paso más y se disfraza, haciéndole creer que es el espíritu dentro de él. Esto lo logra obteniendo una posición dentro del creyente y fabricando sensaciones, las cuales, si no son rechazadas por el creyente, ganan terreno dentro de él y en poco tiempo vencen la función del espíritu o entorpecen su sentir. Si el creyente ignora las tácticas del enemigo, éste anulará la función de su espíritu, y el creyente acatará sus sentimientos fraudulentos creyendo que está siguiendo al espíritu. Cuando el sentir del

espíritu cesa, y Satanás sigue adelante con su engaño, el creyente cree que Dios lo guía por medio de su mente renovada; debido al error de *no usar* su espíritu, la obra de Satanás permanece encubierta. Una vez que el espíritu deja de funcionar, ya no puede colaborar con el Espíritu Santo, y nuestra relación con Dios se interrumpe. Cuando el creyente obedece a los sentimientos y a los pensamientos provenientes de un espíritu engañador, anda según la carne y al alma, y ya no experimenta una vida espiritual genuina.

Si el creyente sigue ignorando todo esto, Satanás lo atacará con más intensidad. Tal vez haga que el creyente deje de sentir la presencia de Dios, pero le dirá que no la necesita, ya que vive por fe; o tal vez haga que se angustie sin razón, diciéndole que está sufriendo con Cristo en el espíritu. Satanás engaña al creyente valiéndose de un espíritu falso para que haga su voluntad. Estas experiencias son comunes entre los creyentes espirituales que no velan constantemente.

El creyente espiritual debe poseer conocimiento espiritual para que su conducta y sus obras se rijan por su razonamiento espiritual. No debe actuar de acuerdo con impulsos, ni ansiedad ni ideas que se le ocurren, y tampoco debe apresurarse; todo lo que haga debe hacerlo después de tener la certeza de que aquello proviene de Dios, basándose en lo que observen sus ojos espirituales y en lo que perciba su intuición. No se debe hacer nada que provenga de un impulso, de un sentimiento ni de un capricho. Toda decisión debe ser analizada cuidadosa y tranquilamente antes de ser llevada a cabo.

Al vivir según el espíritu es crucial escudriñar y comprobar. En la vida espiritual, el creyente no debe pasar sus días en ignorancia. Todo lo que le sucede, ya sean pensamientos o sentimientos (alegres o tristes), deben ser escudriñados exhaustivamente a fin de determinar su origen: Dios, Satanás o el yo. Al creyente le agrada, por naturaleza, tomar la vida de la forma más fácil posible. Todo lo que enfrenta durante el día es tratado de una manera ligera; muchas veces acepta lo que sugiere el enemigo sin investigarlo, pero la Biblia nos manda que "sometamos todo a prueba" (1 Ts. 5:21). El poder y las características de un creyente espiritual vienen de "interpretar lo espiritual con palabras espirituales" (1 Co. 2:13). En el idioma original *interpretar* significa "comparar", "probar", "confrontar" y "juzgar". Todos los creyentes espirituales tienen este poder a su alcance. El Espíritu Santo se lo da para que no permitan que lo que les suceda pase de largo sin ser probado. De lo contrario, es muy fácil caer en el engaño del espíritu maligno.

LA ACUSACION DE SATANAS

Satanás tiene otra manera de atacar al creyente que sigue diligentemente la voz de la intuición que oye en el espíritu. Acusar al creyente como si fuera su conciencia. El creyente, tratando de mantener una conciencia sin manchas, acepta estas acusaciones y trata de eliminar las cosas que ella censura. El enemigo aprovecha este deseo para acusarlo, haciéndole creer que la reprensión proviene de su conciencia y hace que pierda la paz y se preocupe, tratando de resolver esos problemas, a tal grado que se desanime y no siga adelante.

Los creyentes espirituales deben saber que Satanás no sólo nos acusa delante de Dios, sino también en nuestro interior. Estas acusaciones perturban al creyente haciéndole pensar que cayó y que merece ser castigado. Satanás sabe que los creyentes deben ser osados a fin de progresar en su sendero espiritual, así que finge ser la conciencia para acusarlos y les hace creer que pecaron a fin de que pierdan su comunión con Dios. La dificultad de los creyentes yace en que no saben diferenciar entre la acusación del maligno y la voz de la conciencia. En muchas ocasiones, temen confundir la reprensión de la conciencia con la acusación del maligno, pues podrían desobedecer a Dios. Pero si descuidan la voz interior, ésta se intensificará hasta volverse intolerable; así que los creyentes espirituales no sólo deben estar dispuestos a obedecer la reprensión de la conciencia, sino que además deben discernir las acusaciones del maligno.

Algunas veces, las acusaciones del maligno se relacionan con algún pecado que cometimos, pero otras, el creyente no ha pecado, y aun así, el maligno le hace sentir *pecaminoso.* Si el creyente cometió un pecado, puede confesarlo inmediatamente delante de Dios y pedir que la preciosa sangre de Cristo lo limpie (1 Jn. 1:9). Si la acusación continúa, ésa debe ser la voz del maligno.

El creyente puede saber si verdaderamente cayó y si es su conciencia la que lo reprende o si está siendo acusado por el maligno, preguntándose si aborrece sinceramente su pecado. Antes de que decida si es la conciencia o el maligno es muy importante que se haga esta pregunta: "Si verdaderamente estoy equivocado en esto, ¿estoy dispuesto a ponerle fin y a confesar mi pecado?" Si en realidad desea hacer la voluntad de Dios y aborrece pecar, entonces antes de ceder ante la acusación puede estar tranquilo ya que no ha desobedecido deliberadamente a Dios. Habiendo decidido seguir la voluntad de Dios, debe examinar si verdaderamente ha cometido ese pecado o no. Debe saber con certeza si ha pecado o no, porque el maligno nos acusa de muchas cosas absurdas. Si hizo algo, debe examinar, basándose en la Biblia y en lo que le dice la intuición, si de hecho cometió un pecado. Sólo entonces debe confesar su pecado a Dios. De no ser así, aunque no haya pecado, Satanás hará que sufra como si lo hubiera hecho.

El maligno proporciona toda clase de sentimientos al hombre. Hace que se sienta gozoso o triste, que sienta que todo está bien o que cometió el peor de los errores. Si el creyente se siente bien, eso no significa que ése sea el caso. Muchas veces, cuando le parece que todo está bien, está totalmente equivocado. Por otra parte, cuando siente que está mal, tal vez no sea así, y quizá se sienta mal por algo que en realidad no es un error. Independientemente de cómo se sienta, debe tener la certeza de lo que es verdad y lo que no es, a fin de que pueda determinar si pecó o no. El creyente debe adoptar una actitud neutral frente a las acusaciones. Antes de actuar debe determinar el origen de la acusación, y si sabe con certeza si es un reproche del Espíritu Santo o la acusación del maligno, debe esperar pacientemente y sin ansiedad hasta tener una evidencia. Si ello proviene del Espíritu Santo y el creyente está dispuesto sinceramente a asumir la responsabilidad de ese acto, la lentitud para responder no se debe a su rebelión, sino a su incertidumbre. El creyente debe rechazar la confesión de pecados provocada por poderes externos, ya que el enemigo a menudo utiliza esta estrategia.

En resumen, la condenación que proviene del Espíritu Santo nos santifica; pero cuando Satanás nos acusa, su fin es que nos acusemos a nosotros mismos. Su intención es hacernos sufrir, y además, si el creyente espiritual desde el principio acepta sus acusaciones, también le puede crear un falso sentimiento de paz para que no se arrepienta de pecados que haya cometido. Este es el peor de los daños. Cuando se trata de la reprensión de la conciencia, todo queda arreglado después de la confesión y de la aplicación de la sangre preciosa del Señor, pero la acusación del enemigo no cesa después de haber confesado el asunto que provocó la acusación. La censura de la conciencia nos guía a la sangre preciosa de Cristo, pero la acusación del maligno nos lleva al desánimo y a la desesperación. Lo que Satanás pretende con sus acusaciones es hacernos pecar al pensar que como no podemos ser perfectos, y que, por consiguiente, debemos permitir que las cosas sigan su curso.

Algunas veces la acusación de Satanás se suma a la reprensión de la conciencia. El pecado está presente, y no sólo la conciencia lo condena, sino que el maligno también nos acusa. Así que, después de que el creyente obedece la voluntad del Espíritu Santo, la voz acusadora no cesa. Es crucial que el creyente tome la determinación de separarse completamente del pecado, sin dar oportunidad a que el maligno lo acuse. Debemos aprender a discernir entre la reprensión del Espíritu Santo y la acusación del maligno, sabiendo cuándo nos hallamos frente a la acusación del maligno y cuándo se trata de la voz de la conciencia juntamente con la acusación del maligno. No importa cuál sea el pecado, si es realmente un pecado, después de rechazarlo y ser limpiados por la sangre preciosa de Cristo, la reprensión del Espíritu Santo cesa.

OTROS PELIGROS

Al andar de acuerdo con el espíritu, los creyentes espirituales deben darse cuenta de que además de los engaños de Satanás y sus ataques, existen otros peligros. Muchas veces nuestra alma por cuenta propia (sin la ayuda de los engaños del maligno) fabrica sentimientos que nos inducen a actuar. El creyente debe recordar que el cuerpo y el alma, así como el espíritu tienen sus propios sentimientos; o sea que no todos los sentimientos provienen del espíritu. Por lo tanto, es extremadamente importante no caer en el error de pensar que los sentimientos del alma o del cuerpo pertenecen a la intuición del espíritu. En la experiencia diaria, el creyente debe saber lo que procede de la intuición y lo que no. Es fácil que el creyente, al saber lo importante que es obedecer la intuición, caiga en el error al olvidarse de que las otras partes de su ser también tienen sentimientos. No es tan difícil llevar una vida espiritual genuina como muchos piensan; de hecho, es sencillo. Sin embargo, tampoco es tan fácil como algunos creen, ya que tiene sus complejidades.

Existen dos problemas: en primer lugar, confundimos algunos sentimientos con la intuición del espíritu; y segundo, interpretamos equívocamente el significado de la intuición. En nuestra vida diaria a menudo nos encontramos con estas dificultades. Las enseñanzas de la Biblia son cruciales(no me refiero a los versículos obtenidos al azar). Para determinar si nuestro sentir y nuestras intenciones provienen del Espíritu Santo, necesitamos ver si concuerdan con la Biblia. Es imposible que el Espíritu Santo inspire a los profetas a escribir las Escrituras de una manera, y que actúe en nosotros de otra. Es imposible que lo que el

Espíritu Santo les prohibió a otros nos lo permita a nosotros. La intuición, la cual está en nuestro espíritu, debe confirmarse con lo que enseña la Biblia. Es un error no tener en cuenta lo que ésta dice para seguir la intuición exclusivamente. La revelación del Espíritu Santo experimentada en nuestro espíritu coincide perfectamente con lo que el Espíritu Santo revela en la Biblia.

A nuestra carne le agrada ejercer su poder en todas partes; así que debemos vigilar su presencia aun cuando estemos obedeciendo las enseñanzas de la Biblia. Como sabemos que ésta revela la intención del Espíritu Santo, pensamos que si la obedecemos al pie de la letra, sin duda estaremos de acuerdo con el deseo del Espíritu Santo, pero ¡ese no es el caso! Muchas veces el creyente puede usar su habilidad mental para estudiar doctrinas bíblicas y, habiéndolas entendido, decide conducirse de acuerdo con ellas. En esa situación, corre el peligro de comprender algo y de llevarlo a cabo valiéndose del poder de la carne. Aunque lo que comprendió y lo que llevó a cabo estaban en completa armonía con la Biblia, no confió en el Espíritu Santo, sino que actuó en la esfera de la carne. Lo que captamos en nuestro espíritu con respecto a la intención del Espíritu Santo lo debemos comprobar por la Biblia, pero además lo que entendemos en las Escrituras lo debe obedecer por medio de nuestro espíritu. Debemos darnos cuenta de que hasta en la obediencia a la Biblia, la carne quiere tener la prioridad. El espíritu no sólo tiene la intuición sino también el poder. Si las doctrinas que entendemos en nuestra mente no se llevan a cabo mediante el poder del espíritu, no tienen valor alguno.

Veamos otro aspecto que requiere nuestra atención. Hay un gran peligro en vivir demasiado por nuestro espíritu o en andar exageradamente en nuestro espíritu. Aunque la Biblia da mucha importancia al espíritu del creyente, podemos caer en el peligro de irnos a los extremos. El espíritu del creyente es importante porque en él mora el Espíritu Santo. Vivimos y andamos de acuerdo con el espíritu porque en él mora el Espíritu Santo, quien nos hace conocer Su voluntad a través de él. La guía y la restricción que recibimos son la guía y la restricción del Espíritu Santo. Debido a que el Espíritu Santo se mueve por medio de nuestro espíritu, cuando prestamos demasiada atención a ello, también prestamos una atención excesiva a nuestro espíritu, el órgano que El usa. Pero existe el peligro de que, habiendo entendido la obra y la función del espíritu humano, confiemos sólo en él y nos olvidemos que es sólo un servidor del Espíritu Santo. Al que buscamos de una manera directa para que nos guíe a toda verdad es al Espíritu Santo, no a nuestro espíritu. Debemos darnos cuenta que el espíritu humano separado del Espíritu Santo es tan inútil como las demás partes de nuestro ser. Nunca debemos invertir la posición del espíritu humano con la del Espíritu Santo. Hablamos en detalle del espíritu humano porque los creyentes desconocen considerablemente sus funciones, pero esto no significa que la posición del Espíritu Santo en el hombre sea inferior que la del espíritu humano. Para saber cómo obedecer y exaltar al Espíritu Santo, necesitamos entender el espíritu humano.

Esto se relaciona estrechamente con ser guiados por el Espíritu Santo. Desde el principio, el Espíritu Santo nos fue impartido por causa del Cuerpo de Cristo. El Espíritu Santo mora en el creyente debido a que mora en el Cuerpo de Cristo, y cada creyente es un miembro del Cuerpo. La obra del Espíritu Santo tiene un carácter corporativo (1 Co. 12:12). El guía a los individuos porque guía a todo el Cuerpo. Las acciones de un miembro afectan a todo el Cuerpo; así que la dirección que el Espíritu Santo da al individuo en su espíritu también se

relaciona con otros miembros. La guía espiritual es la guía del Cuerpo. Así que aunque individualmente seamos guiados en nuestro espíritu, debemos buscar el asentimiento, la confirmación y la solidaridad del espíritu de otros "dos o tres" miembros. En la obra espiritual esto nunca debe descuidarse. Muchos de nuestros errores, pleitos, odios, divisiones, agravios y dolores se deben a que los creyentes (con buenas intenciones) sólo actúan de acuerdo con su propio espíritu. Todo creyente que sigue su espíritu puede comprobar, por su relación con el Cuerpo espiritual, si es guiado por el Espíritu Santo. Nuestra obra, nuestras acciones, nuestra fe y la enseñanza que recibimos deben ser regidos por nuestra relación con los demás miembros.

En su último viaje a Jerusalén, el apóstol Pablo cayó en este error. Dios permitió que Su apóstol por excelencia errara, con el fin de enseñarnos. En el error de Pablo, Dios tuvo misericordia para cubrirlo. Sólo mediante ese error pudo testificar en Roma y tuvo tiempo para escribir varias epístolas. El sentir de Pablo era que "ligado en espíritu" iba a Jerusalén (Hch. 20:22), pero la Biblia dice que los discípulos de Tiro, movidos por el Espíritu Santo, le dijeron que no fuera allí (Hch. 21:4). Aunque sabemos que Dios tuvo misericordia para cubrir a este apóstol en su equivocación, debemos ver el principio de Dios al guiarnos; es decir, Dios guía al creyente individualmente, pero lo guía dentro de la realidad de un Cuerpo. El creyente espiritual debe saber cuándo ir solo, sin importar el consejo de los demás, y cuándo escuchar a sus hermanos.

En síntesis, hay muchos tropiezos a lo largo de la senda espiritual. Debemos saber que un pequeño descuido puede derrotarnos y que no podemos tomar atajos. Un poco de conocimiento no nos garantiza nada; por el contrario, todo debe ser experimentado personalmente. Los que nos han precedido sólo pueden advertirnos de los riesgos que tenemos por delante para que no caigamos. No existen métodos que nos puedan ayudar a evitar ciertas experiencias de nuestro sendero espiritual. Sin embargo, los que son fieles al seguir al Señor tendrán menos fracasos innecesarios.

CAPITULO DOS

LAS LEYES DEL ESPIRITU

El creyente debe aprender a conocer el sentir del espíritu porque ésta es la primera condición para andar según el espíritu. Si no sabe cuál es el sentir del espíritu ni cuáles los sentimientos del alma, no podrá andar conforme al espíritu. Cuando tenemos hambre sabemos que debemos comer. Cuando tenemos frío, sabemos que debemos cubrirnos. Nuestros sentidos expresan nuestras necesidades y exigencias. El hombre debe interpretar los sentidos en su cuerpo para saber cómo satisfacerlos con las correspondientes provisiones materiales. De la misma manera, el creyente debe aprender a conocer los sentidos en su espíritu, lo que ellos significan, qué requieren, y de qué manera satisfacerlos. Cuando el creyente conoce los sentidos de su espíritu, puede andar de acuerdo al espíritu.

Hay unas pocas cosas en cuanto a las leyes del espíritu que debemos conocer. Debido a que no entendemos las leyes del espíritu ni la importancia de sus sentidos, muchas veces cuando el espíritu expresa su deseo, lo pasamos por alto. Debido a que no identificamos las muchas cosas que provienen de nuestro espíritu, éste pierde su posición en nuestra vida diaria como personas espirituales. Cuando descubrimos que en el espíritu se hallan la intuición, la comunión y la conciencia, debemos aprender a reconocer sus actividades y a andar según este espíritu. Cuando somos llenos del Espíritu Santo, nuestro espíritu llega a ser más activo, pero si no le hacemos caso, sufriremos una gran pérdida. Es muy importante tener el hábito de examinar los movimientos del espíritu. Debemos conocer las actividades de nuestro espíritu más que las de nuestra mente.

UN PESO EN EL ESPIRITU

El espíritu debe mantenerse libre. Constantemente debe sentirse ligero, como si flotara, pues sólo en esa condición crece la vida, y la obra no encuentra obstáculos. Por eso, el creyente debe saber qué es tener una carga en el espíritu. Muchas veces siente que su espíritu está oprimido y que no es libre; parece que lo agobia una carga de mil kilos, pero al indagar la razón, no la encuentra. En muchas ocasiones este peso en el espíritu aparece repentinamente sin que el creyente lo note; esto es usado por el enemigo para oprimir a los creyentes espirituales; ya que les quita el gozo y la libertad, de tal modo que no pueden cooperar con el Espíritu Santo y perdiendo su eficacia espiritual. Si el creyente no entiende el origen de este peso ni el significado de la opresión que siente en su espíritu, no sabrá cómo ponerle fin para que su espíritu recobre su condición normal.

Los creyentes tal vez se pregunten la razón por la cual surgen tales sentimientos, y piensan que tal vez sea algo natural o accidental, y sin prestar atención permiten que su espíritu siga oprimido. Muchas veces los creyentes pasan por alto ese peso y continúan su labor, sólo para darse cuenta de que ésta empeora. No se dan cuenta de que el enemigo juega con ellos. Muchas veces, Dios quiere usar a estos creyentes, pero ellos no pueden llevar a cabo la obra debido al peso que llevan en su espíritu. Bajo tal opresión, los sentidos espirituales se

entorpecen; es por eso que Satanás y sus espíritus malignos concentran sus esfuerzos en poner cierto peso en el espíritu de los creyentes y en quitarles la libertad del espíritu. Desafortunadamente, muchos creyentes no se dan cuenta de que el peso proviene de Satanás, y aun si lo saben, no lo rechazan y lo dejan ahí.

Si los creyentes cargan con este peso, seguramente caerán. Si al despertar se encuentran con este peso y no se deshacen de él al instante, pasarán todo el día derrotados. La base de la victoria es un espíritu libre. Para poder luchar contra el enemigo y expresar la vida de Dios, es necesario un espíritu libre de ataduras. Si hay alguna presión en el espíritu, el creyente perderá la capacidad de discernir y la guía que proviene de Dios. Cuando el espíritu es oprimido, la mente es afectada, y cuando la mente deja de funcionar como debe, todo se detiene y cae en el error.

Por lo tanto, cuando sintamos presión o algún peso en nuestro espíritu, es muy importante que *inmediatamente* resolvamos el asunto. No permitamos que esa condición continúe; de lo contrario, saldremos perjudicados, y el peso será cada vez mayor. Si no nos deshacemos de esa carga, nos acostumbraremos a ella y, con el tiempo, no moveremos ni un dedo para que desaparezca; sin que nos demos cuenta, ese peso llega a ser parte de nuestra vida. Las cosas espirituales llegarán a ser una carga para nosotros y nos será difícil avanzar en la senda espiritual. Si la primera vez no nos deshacemos de ese peso, regresará más fácilmente la segunda vez. La manera de quitárnoslo de encima es detener lo que estamos haciendo para atender a las exigencias de los sentidos espirituales. Inmediatamente debemos rechazar la opresión con la voluntad y por medio del ejercicio del espíritu. Algunas veces debemos hablar (audiblemente) para oponernos a tal peso. En ocasiones tenemos que resistirlo en oración valiéndonos de la fuerza espiritual. Si hacemos esto, los espíritus malignos no podrán agobiar nuestro espíritu con el peso de las cargas.

Sin embargo, es necesario dar otro paso para hallar la causa de este peso. Si no vamos a la raíz, el peso permanecerá. Así que, mientras resistimos la obra del enemigo, debemos rechazar la causa de su acción. Al hacer esto, recuperaremos el terreno que le habíamos cedido. Si tenemos discernimiento, veremos que caímos debido a que en algunas ocasiones y en algunos asuntos no cooperamos con Dios. Cuando eso sucede, el enemigo gana terreno para oprimirnos poniéndonos cierto peso. Es necesario recuperar el terreno perdido. Debemos rechazar el pecado, que le dio al enemigo la oportunidad de obrar, pues así el enemigo huirá.

EL BLOQUEO DEL ESPIRITU

El espíritu necesita el alma y el cuerpo para expresarse, así como el ama de una casa necesita al mayordomo y a los sirvientes para que lleven a cabo sus órdenes, o como la electricidad, que necesita un filamento para expresar su luz. Si el alma y el cuerpo son atacados por los espíritus y pierden su condición normal, el espíritu queda bloqueado y no puede expresarse. Como el enemigo conoce la importancia del espíritu, con frecuencia obra en el alma y cuerpo del creyente, haciendo que pierdan su función, para que así el espíritu no tenga un órgano con el cual expresarse ni una posición victoriosa.

Durante un período así, la mente que es atacada por Satanás cae en un estado de confusión; la parte emotiva queda embargada por la soledad y la tristeza, la voluntad se siente agotada y débil, incapaz de dirigir a la persona, y el cuerpo tal vez se sienta cansado y perezoso. Si el alma y el cuerpo del creyente son atacados, y no hay una resistencia inmediata de parte de ellos, el espíritu quedará cercado; y no podrá pelear vigorosamente contra el enemigo para mantener la victoria.

Cuando el espíritu del creyente es bloqueado, el creyente pierde su vigor; se siente angustiado, tímido, procura esconderse y no quiere hacer nada en público; prefiere retirarse del campo de batalla, ya que no quiere arriesgarse. Piensa que recibió instrucciones para tomar esa posición, pero en realidad, ha sido sitiado. No tiene fuerza para leer la Biblia. Cuando ora, se le acaban las palabras. Cuando observa su obra y su experiencia espiritual, le parece que no tienen significado, y aún en ocasiones hasta le parecen absurdas. Cuando predica, no siente que haya resultados y piensa que sólo lo hace motivado por sus emociones. Si esta condición persiste, recibirá más ataques, y cada vez se sentirá mas oprimido. Esto continuará indefinidamente, a menos que Dios intervenga valiéndose de la oración de otros o de la de el propio creyente. Si éste no tiene el debido conocimiento, se confundirá y no tratará de indagar el motivo de lo que le sucede; por el contrario, permitirá que la situación continúe. Siendo exactos, toda experiencia y todo sentimiento espiritual tiene una razón de ser; debemos averiguarlo diligentemente y no permitir que ningún peso permanezca sobre nosotros.

Todo eso nos acontece cuando el espíritu está sitiado. El alma y el cuerpo son imposibilitados, y el espíritu no tiene forma de expresarse. Satanás confina el espíritu en una celda oscura para que el alma no pueda ser guiada por él; pero cuando este bloqueo desaparece, el creyente encuentra la salida a su situación y recobra su libertad.

Es muy importante que en tales situaciones el creyente use su voluntad para hablar *audiblemente*. Debe reprender al enemigo en voz alta proclamando la victoria de la cruz y la derrota del enemigo. Debe oponerse con todo su corazón a la obra que el enemigo trata de hacer en su alma y en su cuerpo. La voluntad debe respaldar las palabras para rechazar enérgicamente el bloqueo de Satanás. La oración es otra opción. Muy frecuentemente la oración es el instrumento para eliminar los bloqueos de Satanás, pero en esos casos, el creyente debe orar *audiblemente.* La mejor oración contra todo ataque del enemigo es invocar el nombre victorioso del Señor Jesús; el creyente debe ejercitar su espíritu encausando su poder para abrir una brecha por la cual salir.

EL ENVENENAMIENTO DEL ESPIRITU

El espíritu del creyente puede ser envenenado por espíritus malignos. Este veneno es un dardo encendido que el enemigo dirige directamente al espíritu. El enemigo lanza aflicción, tristeza, sufrimiento, penas y dolor al espíritu del creyente, a fin de producir un espíritu atribulado (1 S. 1:15). “Mas ¿quién soportará al ánimo [el espíritu] angustiado?” (Pr. 18:14). El enemigo sabe que esto afecta profundamente a la persona. En ocasiones el creyente se siente apesadumbrado y cree que eso es normal, por lo cual no intenta descubrir la causa ni se opone a ello, sino que acepta todo lo que le sucede sin objeción. Recordemos que esto es muy peligroso. Nunca debemos aceptar ningún pensamiento a la ligera ni

permitir que ningún sentimiento nos invada. Si deseamos andar según el espíritu, tenemos que velar en todas las cosas; escudriñando nuestros pensamientos y sentimientos hasta que sepamos de dónde provienen.

Algunas veces Satanás hace que nuestro espíritu se endurezca, hasta volverlo obstinado, estrecho, egoísta, indolente y desobediente. Un espíritu en esa condición no puede cooperar con el Espíritu Santo ni llevar a cabo la voluntad de Dios, pues con un espíritu así, dejamos de amar a los hombres y perdemos toda nuestra gentileza, afabilidad y consideración por las debilidades de otros. Cuando esto sucede, el Espíritu Santo no puede usarnos, ya que perdimos la amplitud de corazón del Señor y quedamos limitados en nosotros mismos.

Algunas veces el enemigo pone en los creyentes un espíritu que no perdona. Este es el veneno más frecuente. Es muy probable que la mayoría de los creyentes espirituales que caen, lo hagan por esta causa. Este veneno, al igual que el deseo de venganza y el perfeccionismo, es el veneno más mortífero para la vida espiritual. En algunas ocasiones, aun después de que el creyente ha sufrido esta clase de envenenamiento, él no percibe lo que ha sucedido ni se da cuenta de que el veneno provino de Satanás; piensa que es *él* el que odia a los demás y que no puede evitarlo.

Otras veces Satanás hace que los creyentes se cierren, que se impongan límites que los separan de los demás. Si ellos no están conscientes de que la iglesia es el Cuerpo de Cristo, sólo se preocuparán por su propio círculo, lo cual es un indicio de que su espíritu ha perdido fuerza y se ha cerrado. El creyente espiritual considera suyos los asuntos de Dios, y la iglesia en su totalidad es el objeto de su amor. Si el espíritu está abierto, el río de la vida fluye en todas direcciones; pero si se cierra, obstaculiza la obra de Dios y minimiza su propia función. Si nuestro espíritu no es lo suficientemente amplio para incluir a todos los hijos de Dios, ha sido envenenado.

Satanás también incita al espíritu del creyente a enorgullecerse. El creyente se vuelve jactancioso y engreído. Satanás le hace pensar que no necesita nada, que él es importante y valioso para la obra de Dios. Un espíritu envenenado así, también provoca el fracaso del creyente, pues "antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu" (Pr. 16:18).

Los espíritus malignos inyectan este veneno junto con otros en el espíritu de los creyentes. Si los creyentes no se oponen a ello en ese momento, regresarán a las prácticas de la carne. Si los creyentes saben vivir en el espíritu, al principio éstos son sólo venenos que proceden de Satanás y no pasan de ahí, pero si no se oponen a ellos y sin darse cuenta los aceptan, los venenos se convertirán en pecados de la carne.

Si el espíritu es envenenado, y el veneno no se erradica inmediatamente, pasa a ser un pecado en el espíritu que es el pecado más serio de todos. "Viendo esto los discípulos Jacobo y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo y los consuma? Mas El, volviéndose, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois" (Lc. 9:54-55). Es muy importante saber la clase de espíritu que tenemos. Muchas veces nuestro espíritu es instigado por Satanás, y no lo sabemos, pero una vez que el espíritu sucumbe, todo lo demás cae.

Cuando examinamos la experiencia de esos dos discípulos, podemos ver que el espíritu equivocado puede detectarse fácilmente en las palabras. Sin embargo, las palabras no revelan tanto como el tono de la voz. Muchas veces las palabras pueden ser correctas, pero el tono no; si queremos vencer, tenemos que prestar atención al tono de voz que empleamos. Si los espíritus malignos tocan nuestro espíritu, nuestro tono pierde la gentileza. El tono áspero, rudo o cortante no procede del Espíritu Santo, sino que es evidencia de que el que habla fue envenenado por Satanás.

¿Cómo hablamos normalmente? Cuando conversamos con otros, ¿lo hacemos sin ningún matiz de condenación? Quizá lo que decimos sea cierto, pero el espíritu de crítica, de condenación, de ira o de celos está escondido detrás de la verdad que enunciamos. Pero si un espíritu de condenación se esconde detrás de nuestras palabras, pecamos. El pecado no sólo es un acto, sino también una condición. Es importantísimo detectar el espíritu que está detrás de todas nuestras acciones. Muchas veces podemos estar laborando para Dios o para el hombre, y al mismo tiempo estar pecando, ya que en nuestra labor se esconde un espíritu insincero, de mala gana o de queja.

Debemos mantener nuestro espíritu en una condición agradable y tierna. Nuestro espíritu debe ser limpio y puro. ¿Es pecado para nosotros tener un espíritu equivocado? ¿Cuándo ataca el enemigo nuestro espíritu? ¿Cuándo está envenenado el espíritu? Si sabemos que cometimos pecados, ¿procedemos humildemente a eliminarlos? Cuando nos damos cuenta de que el tono de nuestra voz no es el correcto, inmediatamente debemos detenernos. Debemos decir: “Mejor diré las mismas palabras pero con un espíritu limpio; resistiré al enemigo”. Si no estamos dispuestos a decirles a nuestros hermanos que estamos equivocados, nuestro espíritu retendrá su pecado. Los creyentes deben aprender a guardar su espíritu de toda provocación del enemigo y mantener un espíritu tierno y apacible.

El creyente debe tener el escudo de la fe con el cual puede apagar todos los dardos de fuego del enemigo. Eso significa que debe emplear su fe de una manera viva para oponerse a los ataques del enemigo y para confiar en la protección de Dios. La fe es un escudo, no pinzas para extraer los dardos que dieron en el blanco. La fe apaga los dardos de fuego, no los extrae.

Si el creyente es herido por los dardos del enemigo, inmediatamente debe erradicar la causa del dardo, y oponerse a todo ello. Debe rechazar inmediatamente todo lo que provenga del enemigo y orar para ser limpiado.

LA DEPRESION DEL ESPIRITU

Los creyentes se deprimen en su espíritu principalmente cuando se miran a sí mismos o también cuando su vida anímica todavía está activa y no ha sido reemplazada por el espíritu; en consecuencia, piensan que todo lo que experimentan procede de ellos; también pueden deprimirse por invasión del poder de las tinieblas o por egocentrismo en la oración y en la adoración. Cuando el espíritu de los creyentes se vuelve hacia dentro, en lugar de hacia fuera, el poder de Dios se detiene. Si no resuelven inmediatamente esta introspección, serán gobernados por el alma.

Algunas veces el espíritu se complace en el alma. Esto sucede cuando los creyentes son engañados por los espíritus malignos, ya que les dan sensaciones físicas y toda clase de experiencias extrañas y placenteras. Si los creyentes no velan, pensarán que todo aquello procede de Dios, e inconscientemente empiezan a vivir en el mundo de las sensaciones, y llevan el espíritu a la esfera del alma.

Algunas veces los creyentes son engañados, y sus espíritus se deprimen porque no entienden la posición que Cristo tiene. El Espíritu Santo habita en ellos con el propósito de revelarles al Cristo que está sentado en el trono. Los libros de Hechos, Efesios y Hebreos, describen claramente la posición que Cristo tiene hoy *en los cielos*. El espíritu del creyente está unido al Cristo celestial, pero por ignorancia, busca a Cristo dentro de sí. Intenta unirse al Cristo que está dentro de él, y de esa manera su espíritu no puede ascender por encima de los cielos, así que se deprimen y caen en la esfera del alma.

Todas estas actividades mantienen al creyente en una vida centrada en los sentimientos, en vez de una vida en el espíritu. Los creyentes deben saber que antes de ser espirituales, no vivían en el espíritu en la práctica, y el enemigo no tenía que maquinar tantas falsedades, pero una vez que ellos experimentan el poder del Espíritu Santo infundido en su espíritu, se les abre un mundo nuevo y desconocido. Ahí precisamente yace el peligro. La obra de Satanás consiste en impedir que los creyentes vivan en el espíritu, ya que eso lo perjudica a él. Su táctica es seducir y engañar a los creyentes mediante las sensaciones del alma y del cuerpo, haciéndolos pensar que son experiencias espirituales para que se complazcan con ellas.

Muchos creyentes han llevado una vida espiritual, pero debido a que no conocen las leyes del espíritu, caen. Satanás les da todo tipo de sensaciones físicas y experiencias sobrenaturales. Si los creyentes dependen de lo sobrenatural o externo o de las experiencias espirituales que detectan con sus sentidos, su vida espiritual será estorbada. Cuando esto sucede, ellos viven en el alma o en el cuerpo, e impiden que su espíritu coopere con Dios. En tales circunstancias, el alma y el cuerpo recobran la posición anterior y autoridad que solían tener, y el espíritu queda sin expresión.

Cuando el espíritu está deprimido, sus sentidos son suprimidos. Esta es la razón por la cual muchos creyentes espirituales no sienten su espíritu. Cuando el alma y el cuerpo ocupan una posición prominente y cuando la persona vive por los sentidos, el alma y el cuerpo tienen un sentimiento profundo de depresión, sufrimiento y conflicto. Cuando eso sucede, los sentidos del hombre suplantan la obra del espíritu, y los sentidos del espíritu son sepultados bajo las fuertes sensaciones del alma y del cuerpo. Como resultado, la obra y la vida espiritual cesan totalmente. Si esto continúa por un largo período, la persona caerá muy bajo y hasta puede llegar a ser poseída por espíritus malignos.

Por consiguiente, debemos rechazar todo lo que amortece los sentidos del espíritu. Debemos rechazar la risa incontrolable, el dolor profundo y también los sentimientos intensos del cuerpo. El cuerpo debe permanecer en completa calma. Tener experiencias sobrenaturales, o ser demasiado sensibles a lo natural es una terrible equivocación. Todo eso hace que la mente esté supeditada al cuerpo, y no al espíritu. No debemos permitir que nada nos impida reconocer el más tenue sentir de nuestro espíritu.

Una vez que el espíritu se deprime, el alma lo abruma y lo controla; por eso, el creyente debe aprender a mantener su espíritu fluyendo constantemente y no encerrarse en sí mismo. Si el espíritu no fluye ni ataca a Satanás, Satanás lo atacará a él y lo hundirá en la depresión. Sólo cuando el espíritu del creyente brota, el Espíritu Santo extiende Su propia vida a otros. Pero si los creyentes se encierran en sí mismos y oprimen su espíritu, el flujo del Espíritu Santo inmediatamente cesa. La corriente del Espíritu Santo se extiende mediante el espíritu del creyente, pero si éste se encierra en sí mismo y suprime su espíritu, la vida del Espíritu Santo no podrá brotar.

Los creyentes tienen que hallar la razón de cualquier depresión que aparezca en su espíritu, y también deben saber cómo restaurar su espíritu a su condición normal. Una vez que el creyente detecta una fuga de vida en su espíritu, debe saber que su espíritu está enfermo y debe buscar la manera de sanarlo.

LA COMISION QUE RECIBE EL ESPIRITU

Hay una diferencia entre la comisión que siente el espíritu y el peso que lo agobia. Este proviene de Satanás, y su propósito es infligir sufrimiento al creyente. Satanás utiliza tal peso para oprimirlo a fin de que no lleve fruto ni reciba beneficio alguno. Pero la comisión que el espíritu detecta proviene de Dios, y su propósito es dar a conocer Su voluntad para obtener la cooperación del creyente e instarlo a laborar, interceder y predicar el mensaje divino. Esta comisión está llena de propósito, es razonable y trae mucho provecho. Los creyentes deben diferenciar entre la comisión urgente y el peso que sienten en el espíritu.

Satanás no da ninguna comisión a los creyentes, sólo trata de cercar su espíritu *oprimiéndolo* con algún peso, el cual ata el espíritu de los creyentes, y su mente deja de operar como debería. Una persona que recibe una comisión, simplemente la recibe; pero una persona que es oprimida por una carga, todo su ser queda atado. Si el poder de las tinieblas cubre al creyente, éste pierde su libertad. Pero eso no sucede con la comisión que proviene de Dios, no importa cuán urgente sea, ya que nunca será tan pesada que la persona no pueda orar. La *libertad* para orar nunca se pierde debido a la comisión recibida, pero el peso impuesto por el enemigo despoja al creyente de su libertad para orar. De hecho, el peso no desaparece a menos que el creyente luche y resista a Satanás por medio de la oración. La carga de Dios desaparece en el momento en que oramos, pero el caso no es el mismo con el peso que proviene del enemigo. Además, el peso que oprime al espíritu se infiltra en secreto, mientras que la comisión que se recibe en el espíritu es el resultado de la acción del Espíritu Santo en nuestro espíritu. Cuando se pone un peso en el espíritu, éste trae sufrimiento y suprime la vida del creyente, mientras que la comisión que se recibe en el espíritu trae gozo, ya que coopera con Dios (cfr. Mt. 11:30). (Por supuesto, la carne no se alegra con la comisión que recibe el espíritu. Además, nos trae dolor si no la llevamos a cabo.)

La verdadera obra empieza con una comisión que recibe el espíritu. (Cuando no la recibimos, se hace necesario utilizar la mente.) Cuando Dios desea que hagamos o digamos algo, o que oremos por algo, El pone una comisión en nuestro espíritu. Si conocemos las leyes del espíritu no llevaremos a cabo la obra de una manera imprudente haciendo que la comisión sea cada vez más gravosa. (Es posible que si permitimos que esta situación

permanezca por más tiempo, perderemos la comisión.) Debemos dejar todo a un lado para entender el significado de esta *comisión.* Después de que lo hayamos entendido, debemos andar en conformidad con él; y cuando todo se lleve a cabo, la comisión desaparecerá.

En condiciones normales, el espíritu del creyente debe estar libre de opresión a fin de que Dios pueda encomendarle una comisión. Sólo un espíritu libre puede sentir el mover del Espíritu Santo. Un espíritu abrumado por algún peso sobre sí pierde la agudeza de su intuición y su capacidad de ser un buen recipiente. Muchas veces el creyente recibe una comisión de Dios, pero no puede cumplir lo que ella exige; como resultado, su espíritu sufre por muchos días y no puede recibir una nueva carga de parte de Dios. Es necesario hallar el significado de la comisión que recibimos del Espíritu Santo por medio de la oración y del ejercicio de la mente.

Muchas veces la comisión que detecta el espíritu es que oremos (Col. 4:12). En realidad, no podemos orar más de lo que se nos indica. No tiene caso seguir orando después de cumplir la comisión, ya que aquello proviene de nosotros mismos. El encargo de *orar,* que proviene del espíritu, sólo puede ser descargado por medio de *la oración.* En realidad, ocurre lo mismo con todas las cargas. Si Dios encomienda a nuestro espíritu cierta comisión, sólo podemos descargarla cumpliendo lo que Dios desea, ya sea mediante la oración o la proclamación de Su palabra. Sólo cuando somos instados en nuestro espíritu a orar, podemos orar en el Espíritu Santo, y sólo entonces oramos con gemidos indecibles, y nada puede quitarnos este encargo, salvo la oración. Cuando las cosas que pedimos se cumplen, la urgencia de la comisión desaparece de nosotros.

Muchas veces los creyentes acumulan demasiadas comisiones que los insta a orar. Cuando comienzan a cumplir estas comisiones, les parece que la oración es una tarea muy ardua, pero cuando perseveran en la oración, su espíritu dice "Amén". Debemos hacer todo lo posible por orar por todas las comisiones que hemos recibido en nuestro espíritu, hasta que desaparezcan por completo. Cuanto más vida se derrama por medio de la oración, más nos alegramos. Algunas veces somos tentados a dejar de orar antes de cumplir la comisión en su totalidad. Casi todos los creyentes piensan que tan pronto la comisión es descargada en cierta medida, las oraciones son contestadas. De hecho, ése es el momento cuando comienza la verdadera labor espiritual; si en ese momento comenzamos a hacer otras cosas, la obra espiritual sufrirá una gran pérdida.

Los creyentes no deben equivocarse pensando que todas las obras espirituales son motivo de regocijo, ni pensar que por recibir una comisión han perdido su experiencia espiritual. Es lamentable que los creyentes no reconozcan que la comisión que se les pone en el espíritu es el origen de una verdadera obra espiritual. Sólo quienes sufren de esta manera por Dios y por los hombres, no viven verdaderamente para sí mismos. Todos los que van en pos del gozo y temen asumir alguna responsabilidad en la iglesia viven para sí mismos y están centrados en su alma. Cuando sentimos un encargo de parte de Dios, no debemos pensar que caímos o que cometimos algún error. A Satanás le encanta que pensemos así, porque así escapa de nuestros ataques. No nos confundamos; si escuchamos a Satanás y pensamos que estamos mal, caeremos en sus acusaciones y tormentos.

La verdadera obra espiritual es incisiva con respecto a Satanás y es tan laboriosa como un parto con respecto a los creyentes; de hecho, ¡no hay gozo en ella! Es necesario que el creyente muera profundamente al yo. Por esta razón, el creyente anímico no puede participar en ninguna labor espiritual. Sentirse contento todo el día no es una prueba de espiritualidad. El creyente espiritual avanza con Dios sin preocuparse por sus propios sentimientos. En ocasiones, cuando los creyentes sienten una comisión en su espíritu para pelear contra el enemigo, prefieren estar solos y apartarse de toda comunicación con el mundo para poder concentrarse en su lucha contra el enemigo; al terminar la batalla es difícil encontrar algún rastro de felicidad en su rostro. Los creyentes espirituales deben aceptar las comisiones que les dé el Señor.

Los creyentes deben conocer las leyes del espíritu y la manera de cooperar con Dios. De lo contrario, desatenderán la comisión y sufrirán pérdida por no colaborar con Dios. Cada vez que sientan una comisión en el espíritu, deben descubrir de qué se trata por medio de la oración. Si es un llamado a pelear, deben pelear; si es a predicar el evangelio, deben predicarlo; si es un llamado a la oración, deben orar. Deben procurar colaborar con Dios. Las comisiones deben ser cumplidas para que puedan venir otras.

EL DEBILITAMIENTO DEL ESPIRITU

El debilitamiento del espíritu significa que la vida y el poder de Dios pueden menguar en el espíritu de los creyentes del mismo modo que sube y baja la marea. Cuando los creyentes son anímicos, creen que *sentir* la presencia de Dios es la experiencia suprema y lo que más felices los hace. Piensan que sentirse secos e inquietos es lo peor que les puede pasar en su vida espiritual; pero eso es sólo lo que ellos sienten y no refleja la verdadera condición de su vida espiritual.

Hay lapsos en los que la vida espiritual va disminuyendo, pero eso es diferente a cualquier sentimiento anímico. Después de que el creyente es lleno del Espíritu Santo, continuará avanzando por un tiempo, pero luego, cuanto más avance, más retrocesos experimentará, aunque esto no sucede de repente. Esa es la diferencia entre la debilidad anímica y un retroceso. Lo primero sucede repentinamente, y lo segundo, gradualmente. Cuando está bajando la experiencia espiritual, la persona siente que la vida y el poder que recibió en su espíritu, sufre una caída paulatina. Pierde el gozo, la paz y el poder del espíritu que una vez experimentó, y con los días se va debilitando, hasta que siente que perdió el gusto por tener comunión con Dios, no le encuentra significado a leer la Biblia, y ningún mensaje ni ningún pasaje bíblico conmueven su corazón. Inclusive, si algo lo conmueve, no es tan intenso como antes. La oración se seca, pierde su sabor y su significado y parece no tener nada por lo cual orar. No halla deleite en dar testimonio del Señor y no tiene el fluir de antes. La vida no tiene la fuerza de antes ni es tan excitante ni tan elevada ni tan gozosa como antes. Parece que todo se ha desplomado.

La vida espiritual se vuelve como la marea que sube y baja. Pero, ¿puede nuestro espíritu menguar y aumentar cuando lo que contiene es la vida y el poder de Dios? La vida de Dios no se debilita, sino que fluye eternamente. No es como la marea que sube y baja, sino es como un río cuya corriente de agua viva fluye eternamente (Jn. 7:38). La vida de Dios que está en nosotros no es como la marea que después de cierto tiempo debe bajar. Dios es la

fuente de vida dentro de nosotros; por consiguiente, El nunca cambia ni se muda. La vida que tenemos en nuestro espíritu debe fluir incesantemente; debe rebosar y extenderse.

Si el creyente siente que su vida se debilita, debe saber que en realidad la vida no se debilita; simplemente deja de fluir. Debe saber que este debilitamiento es totalmente innecesario. No debemos ser engañados por Satanás pensando que si uno vive en la carne, ya no puede volver a ser lleno del flujo constante de la vida de Dios. La vida de Dios es un río de agua viva que corre en nosotros. Si no hay ningún obstáculo, fluye siempre; los creyentes experimentan el flujo continuo de la vida. Todo debilitamiento es innecesario y anormal.

Lo importante no es tratar de determinar el debilitamiento de la vida espiritual, sino hacer algo que la vuelva a su normalidad. La necesidad actual no es llenar el río, sino despejar su cauce. El río de vida permanece en los creyentes, pero está bloqueado. La entrada aún permanece abierta, pero la salida ha sido obstruida y por detenerse la corriente, el agua de vida no puede salir. Pero cuando la salida se despeja, el agua de vida fluye incesantemente. Por lo tanto, el creyente no necesita más vida sino que ella fluya más.

Una vez que el creyente percibe que su vida espiritual empieza a declinar, debe indagar el motivo de la obstrucción. Satanás le hará sentir que su vida espiritual merma, y otros tal vez le hagan sentir que ha perdido su poder espiritual. Uno mismo tal vez piense que cometió un pecado terrible. Tal vez así sea, pero no necesariamente. La verdadera razón es que *muchos creyentes* no saben cooperar con Dios ni cumplir lo que Dios exige para que el fluir corra sin detenerse. Esto obedece en gran parte a la ignorancia. Por lo tanto, el creyente inmediatamente debe orar, meditar, investigar y escudriñar. Debe esperar en Dios y pedir que el Espíritu le revele la razón por ese descenso. Usted debe estar lleno de vida, e indagar si no ha cumplido alguna de las condiciones para que la vida espiritual continúe fluyendo, para ver si eso hizo que la vida menguara.

No sólo debe reconocer que ha retrocedido (éste es un paso muy importante), sino que debe buscar con diligencia la razón del retroceso. Aunque las proposiciones de Satanás, así como las de los demás y las suyas propias no sean confiables, merecen ser examinadas porque algunas veces pueden ser la causa. Una vez que llegue a la raíz, inmediatamente debe eliminarla. No se imagine que la vida espiritual fluye espontáneamente. Si usted no erradica lo que obstruyó el fluir de vida, la corriente no se reanudará.

Tan pronto detectemos un retroceso espiritual, debemos descubrir la razón mediante la oración y la meditación. Debemos comprender los requisitos de la ley para que la vida de Dios fluya y repudiar todas las obras del enemigo. Si hacemos esto, la vida fluirá de nuevo y seremos fortalecidos y animados de nuevo, el espíritu será más poderoso que antes, y nos fortalecerá para que derribemos las fortalezas del enemigo.

LA FALTA DE RESPONSABILIDAD DEL ESPIRITU

El espíritu humano es como la luz eléctrica. Cuando tiene contacto al Espíritu Santo, brilla; pero cuando pierde ese contacto, inmediatamente se oscurece. El espíritu del hombre es la lámpara del Señor (Pr. 20:27). La meta de Dios es llenar de luz el espíritu humano, pero

algunas veces éste cae en tinieblas debido a que perdió su contacto con el Espíritu Santo. Si queremos saber si el espíritu del creyente se ha apartado del Espíritu Santo, sólo nos basta con ver si todavía tiene luz.

Dijimos que el Espíritu de Dios mora en el espíritu del hombre, y que éste coopera con el Espíritu Santo; pero cuando el espíritu pierde su condición normal, se aparta del Espíritu Santo y pierde su luz. Es muy importante que el creyente mantenga su espíritu sano para poder cooperar con el Espíritu Santo. Si es perturbado por circunstancias externas, inmediatamente pierde su utilidad, pues ya no puede cooperar con el Espíritu Santo y cae en tinieblas.

Las situaciones que mencionamos anteriormente son la causa de que el espíritu descuide la responsabilidad que tiene de cooperar con el Espíritu Santo, y una vez que esto sucede es imposible vencer la situación. Si al levantarse por la mañana, el creyente no siente su espíritu, el enemigo le hace pensar que como trabajó tanto la noche anterior, su cuerpo está cansado. Si el creyente no está alerta, permitirá que su espíritu no asuma su responsabilidad, pues sentirá que no tiene fuerzas para enfrentar las tentaciones del día ni para cumplir su labor diaria. El creyente debe ver inmediatamente que su cuerpo no debe afectar su espíritu y que éste debe estar lleno de vida y de fortaleza para controlar su cuerpo. Después de entender esto, debe confesar que su espíritu ha sido irresponsable en cuanto a su función y que está bajo el ataque del enemigo. En tales ocasiones, debe tratar de volverlo a su condición normal; de no ser así, fracasará cuando se relacionen con otros. Si en la mañana nuestro espíritu no lleva a cabo su función, no debemos permitir que esto continúe el resto del día, ya que es así como somos derrotados.

Después de que los creyentes se dan cuenta de que su espíritu no ha cumplido su función, inmediatamente deben rechazar todas las obras de Satanás, así como las causas que le dan pie para obrar. Si se trata de un ataque del enemigo, el espíritu será liberado una vez que ellos repudien el ataque, pero si hay alguna otra razón para ese ataque, será un indicio de que cedieron un terreno que el enemigo usa para atacarlo, y deben investigar las causas a fin de erradicar el problema. Esto por lo general se relaciona con el pasado de los creyentes. Deben examinar la forma en que el enemigo atacó su espíritu, y tener en cuenta las circunstancias, la familia, los parientes, los hijos y el trabajo; deben orar por todas estas cosas una por una y por cualquier otra que crean pertinente. Si al orar sienten que su espíritu es liberado, eso significa que identificaron la causa del ataque. Entonces deben proceder a eliminarla delante de Dios. Después de orar, serán librados, y su espíritu recobrará su función. Algunas veces la irresponsabilidad del espíritu se debe a que los creyentes permiten que su espíritu actúe solo y no lo controlan ni lo dirigen. “Los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas” (1 Co. 14:32). Aquellos que “andan en pos de su propio espíritu” son “profetas insensatos” (Ez. 13:3). Es muy importante tener esto presente. Si los creyentes no usan su voluntad para controlar su espíritu, impidiendo que su espíritu se vaya a extremos, o si no mantienen una cooperación entre su espíritu y el Espíritu Santo, su espíritu no llevará a cabo su función. Los creyentes deben saber que el espíritu humano puede perder el control. En Proverbios dice que hay “espíritus altivos” (16:18). Si el creyente no ejerce control sobre su espíritu haciendo que se sujete al Espíritu Santo, su espíritu podría actuar independientemente. El creyente debe estar alerta siempre y

no permitir que su espíritu se desvíe del camino de Dios ni que pierda la quietud de su comunión con Dios; de lo contrario, no podrá cooperar con El.

Algunas veces, la negligencia del espíritu se debe a que se endurece. Dios necesita un espíritu tierno para expresar Su voluntad. Si el espíritu es altivo e inflexible, la obra del Espíritu Santo no puede ser llevada a cabo. Sólo un espíritu que cede puede hacer la voluntad del Espíritu Santo. El creyente debe tener un espíritu así (Ex. 35:21), dispuesto a responder de inmediato a la voluntad del Espíritu Santo. El espíritu del creyente debe ser muy sensible para percibir la tierna voz del Espíritu Santo y responder inmediatamente. Si el espíritu ofrece la más leve resistencia, el creyente no podrá hacer la voluntad de Dios ni escuchar la voz del Espíritu Santo en su espíritu. De ahí que los creyentes necesitan un espíritu dócil y obedecer siempre al tierno sentir que éste indique. A esto se refiere el apóstol cuando dice: "No apaguéis el Espíritu". (1 Ts. 5:19). Los creyentes deben atender a la actividad, el sentir y el mover del espíritu. Al hacerlo, su espíritu será cada vez más sensible, y Dios les dará a conocer Su voluntad.

Si los creyentes desean andar según el espíritu, deben discernir cuando su espíritu sea negligente y no esté cooperando con el Espíritu Santo; además, deben determinar el motivo de esa negligencia. Deben velar para que su espíritu se mantenga en simplicidad y en quietud, a fin de tener comunión con Dios y oponerse a todas las distracciones del enemigo y de la vida del yo, lo cual impide una comunión apacible con Dios.

LA CONDICION DEL ESPIRITU

En resumen, el creyente debe conocer las leyes del espíritu a fin de conducirse en conformidad con él. Si no está alerta ni coopera con Dios, caerá. Lo más importante de la ley del espíritu es examinar su condición. La idea central de la que hemos venido hablando es que necesitamos examinar la condición del espíritu.

El creyente debe conocer la condición de su propio espíritu y su condición normal, a fin de saber cuándo la pierde. El espíritu debe gobernar tanto el alma como el cuerpo del hombre; debe tomar la iniciativa, y debe ser la parte más poderosa de él. El creyente debe determinar si ésta es la condición de su espíritu o si perdió la normalidad debido a ataques del enemigo o a las circunstancias. Por lo general, el espíritu puede encontrarse en cuatro condiciones:

(1) El espíritu está oprimido y sufre un retroceso.

(2) El espíritu está en perfecta calma, es firme y mantiene su posición.

(3) El espíritu ha sido perturbado y forzado a una actividad excesiva.

(4) El espíritu se ha contaminado y ha perdido su normalidad (2 Co. 7:1) y, en consecuencia, va cediéndole terreno al pecado.

El creyente debe, por lo menos, conocer estas cuatro condiciones de su espíritu, y saber cómo afrontarlas. Muchas veces debido a su propio descuido o a los ataques del enemigo,

el espíritu del creyente es dejado al margen y se deprime. Pierde su posición celestial, victoriosa y llena de luz y se vuelve frío, débil e inútil. Puede deprimirse debido a la tristeza o a centenares de razones, y perder el gozo y la posición que está por encima de las circunstancias. Cuando el espíritu está oprimido, se hunde por debajo de su nivel de normalidad.

Algunas veces cuando el espíritu pierde su posición normal y es estimulado más allá de ésta. El creyente puede entusiasmarse en su alma a tal grado que su espíritu es perturbado y pierde la quietud. Algunas veces el creyente obedece a su vigor natural hasta el punto en que su espíritu llega a ser un "espíritu desmesurado". La risa incontrolable y otras razones pueden hacer que el espíritu se desenfrene y se exalte. Las luchas prolongadas en contra del enemigo también pueden producir una actividad excesiva del espíritu. Satanás puede hacer que durante la lucha o después, el espíritu del creyente se esfuerce tanto que ya no pueda detenerse ni mantener la compostura. Satanás puede dar a los creyentes cierta clase de gozo, o muchas otras sensaciones raras que hacen que su espíritu actúe más allá del control de su mente o de su voluntad. Cuando esto sucede, los creyentes pierden la capacidad de controlarse y fracasan.

Algunas veces, el espíritu no está en una condición ni muy elevada ni muy baja, pero está contaminado. Esta contaminación se manifiesta en una actitud obstinada y desobediente, o como orgullo y envidia, o también como una mezcla de actividades anímicas en el espíritu, tales como el amor, los sentimientos y los pensamientos naturales. Cuando el espíritu se contamina, tiene que ser purificado (2 Co. 7:1; 1 Jn. 1:9).

Si el creyente desea andar conforme al espíritu, debe conocer la condición de su propio espíritu, ¿está en una condición pacífica y apropiada, o se encuentra demasiado elevado o demasiado bajo, o se ha contaminado? El creyente debe saber cómo elevar su espíritu oprimido a fin de que se halle al nivel que el Espíritu Santo necesita. Debe saber cómo usar su voluntad para detener la actividad excesiva de su espíritu para volverlo a su condición normal, y debe saber purificar su espíritu contaminado para que coopere de nuevo con Dios.

CAPITULO TRES

EL PRINCIPIO DE QUE LA MENTE AYUDE AL ESPIRITU

Si el creyente desea andar según el espíritu, debe conocer las leyes que se aplican a éste. Sólo quienes conocen las leyes del espíritu entienden los diferentes sentidos del espíritu y lo que significan, y saben conducirse conforme a los dictados del mismo. Lo que el espíritu exige se expresa por medio de sus sentidos; así que, si no les hacemos caso, no sabremos lo que exige. Por lo tanto, conocer las leyes del espíritu y andar en conformidad con ellas es crucial para nuestra vida espiritual.

Además de entender las leyes del espíritu, los creyentes que andan según el espíritu tienen que saber algo más; deben conocer el principio según el cual la mente ayuda al espíritu, lo cual no es menos importante que las leyes del espíritu. Al andar conforme al espíritu, debemos aplicar este principio constantemente. Si entendemos las leyes del espíritu y no entendemos este principio, fracasaremos.

Las leyes del espíritu nos explican los diferentes sentidos del espíritu, su significado y la manera en que podemos cumplir sus exigencias, así que al detectar el sentir del espíritu, podemos andar en conformidad con el mismo. Si su condición es normal, podemos andar conforme a él, y si no lo es, podemos corregirla cambiando nuestra manera de vivir. Pero no siempre tenemos el sentir del espíritu, ya que el espíritu no siempre habla; hay ocasiones en las que permanece en silencio. A muchos creyentes, el espíritu a menudo no les habla por varios días, y da la impresión de estar inactivo y adormecido. Si esto se prolonga por algunos días, ¿debemos quedarnos quietos y esperar a que se mueva? ¿Acaso debemos esperar pasivos sin orar, ni leer la Palabra, ni laborar en la obra? Nuestro sentido común responde que no. No debemos perder tiempo. Sin embargo, si hacemos algo, ¿no significa que estamos haciéndolo en la carne y fuera del espíritu?

Por casos como éste debemos aplicar el principio de la ayuda que la mente proporciona al espíritu. ¿Cómo ayuda la mente al espíritu? Cuando el espíritu está adormecido, debemos usar nuestra mente para que actúe en lugar del espíritu, y antes de que pase mucho tiempo, el espíritu se le unirá. La mente y el espíritu tienen una estrecha relación, y se ayudan uno al otro. Muchas veces el espíritu siente algo que la mente entiende y hace que la persona actúe. Sin embargo, algunas veces en que el espíritu no se mueve, es necesario que el creyente lo active mediante el ejercicio de su mente. Cuando el espíritu no se mueve, la mente debe activarlo, y después de que el reacciona, los creyentes pueden andar conforme a él. A esto nos referimos cuando hablamos del principio de que la mente ayuda al espíritu. Este principio de la vida espiritual consiste en que *al comienzo* debemos usar el sentir del espíritu para percibir el conocimiento que Dios nos da; después debemos guardar y aplicar

este conocimiento con nuestra mente. Por ejemplo, si, según lo que Dios nos dio a conocer previamente, vemos una gran necesidad, debemos orar y pedirle a Dios que supla tal necesidad; pero tal vez nuestro espíritu no tenga el sentir de orar. ¿Qué debemos hacer? Debemos usar nuestra *mente* para orar; no tenemos que esperar a que el espíritu desee hacerlo. Puesto que todas las necesidades son un llamado a la oración, si nos despreocupamos por el silencio del espíritu y empezamos a orar, no pasará mucho tiempo sin que se levante nuestro espíritu en nosotros para unirse a la oración.

Cuando nuestro espíritu está oprimido por Satanás, o cuando nos enredamos en nuestra vida natural, algunas veces no hallamos nuestro espíritu. Esto se debe a que se ha hundido tan bajo que no tenemos ninguna sensación de su existencia. Podemos sentir nuestra alma y nuestro cuerpo, pero parece que el lugar donde debía estar nuestro espíritu está vacío. ¿Qué debemos hacer? Si esperamos el sentir del espíritu para orar, probablemente no oraremos, y el espíritu tampoco será liberado. Debemos orar en conformidad con la verdad que conocemos y recordamos en nuestra mente, resistiendo a los principados de las tinieblas. Aunque no sintamos nuestro espíritu, debemos orar basándonos en el conocimiento que tenemos en nuestra mente. Esta actividad de la mente estimulará nuestro espíritu.

La oración hecha con el entendimiento (1 Co. 14:15) despertará nuestro espíritu. Aunque al principio parezca que estamos profiriendo palabras vacías y sin significado, si ejercitamos nuestra mente, persistiendo en la oración, al poco tiempo nuestro espíritu ascenderá a su posición normal. El espíritu y la mente cooperarán para llevar a cabo la obra. Ya que hemos aprendido algunas verdades acerca de la batalla espiritual y acerca de la manera de orar, aunque no sintamos nuestro espíritu, podemos usar nuestra mente para que el espíritu se le una tan pronto sea despertado. Cuando el espíritu se une a la oración, sentimos que ésta se llena de significado y que hallamos libertad. Esta colaboración armoniosa del espíritu y la mente es el estado normal de la vida espiritual.

LA GUERRA ESPIRITUAL

En la guerra espiritual, el creyente no siempre ataca al enemigo porque olvida el principio de la cooperación que existe entre el espíritu y la mente, y porque espera recibir una comisión específica de parte de Dios. Piensa que como no tiene el "sentir" de combatir contra el enemigo, debe esperar hasta tenerlo para iniciar el ataque con la oración. Olvida que si ora con su mente, en poco tiempo el espíritu responderá. Sabemos cuán perverso es el maligno y cuánto daño hace tanto a los hijos de Dios como al mundo en general. También sabemos que debemos oponernos a él en oración a fin de enviarlo cuanto antes al abismo. Si sabemos esto, no debemos esperar "un sentir" en el espíritu a fin de orar. Debemos empezar a orar aunque no tengamos ningún sentimiento al respecto. Podemos usar nuestra mente para iniciar la oración, usando palabras en contra del maligno; entonces nuestro espíritu reaccionará y respaldará con poder las palabras de maldición que hemos proferido en contra del enemigo. En la mañana, por ejemplo, el Espíritu Santo tal vez nos unja poderosamente en el espíritu para atacar al maligno, pero para el mediodía ya perdimos la unción, ¿qué debemos hacer? Debemos utilizar nuestra mente para actuar de la

misma manera que actuó nuestro espíritu por la mañana. Este es un principio espiritual. Los logros del espíritu deben ser preservados y usados por la mente.

EL ARREBATAMIENTO

Lo dicho anteriormente también se aplica a nuestra fe con respecto al arrebatamiento. Al principio en nuestro espíritu tenemos el anhelo de ser arrebatados, pero pasado un tiempo sentimos que nuestro espíritu está vacío, no sentimos la inminencia de la venida del Señor ni de la realidad del arrebatamiento. Cuando eso sucede, debemos aplicar el principio de que nuestra mente coopera con nuestro espíritu. Si no tenemos el sentir en nuestro espíritu, debemos orar con nuestra mente. Si simplemente esperamos que nuestro espíritu tenga de nuevo el sentimiento de anhelar el arrebatamiento, tal sentimiento no vendrá. Así que, debemos usar nuestra mente y orar según lo que ya sabemos en nuestra mente; esto llenará nuestro espíritu.

LA PREDICACION

También debemos tener presente este principio al difundir la verdad de Dios. Sabemos que las verdades que hemos aprendido están almacenadas en nuestra mente. Si sólo utilizamos la mente al impartirlas a los oyentes, no habrá ningún resultado espiritual. Es innegable que al principio conocimos tales verdades en nuestro espíritu, pero ahora parece que el espíritu ha desaparecido y sólo nos queda la memoria. ¿Qué debemos hacer para que nuestro espíritu se llene de esas verdades a fin de esparcirlas a otros desde nuestro espíritu? No podemos hacer otra cosa que ejercitar nuestra mente. Debemos meditar sobre esas verdades y acudir de nuevo a Dios en oración, y utilizarlas como el contenido y centro de nuestra oración. En poco tiempo nuestro espíritu será lleno como al principio. Anteriormente recibimos las verdades en nuestro espíritu y fueron preservadas en nuestra mente, pero al orar de acuerdo con nuestra mente, vuelven a ocupar nuestro espíritu. De esta manera podemos una vez más proclamar lo que antes habíamos conocido en nuestro espíritu.

LA INTERCESION

Sabemos que la intercesión es crucial. Frecuentemente tenemos tiempo para interceder por algo, pero no tenemos la inspiración en el espíritu y no sabemos por qué orar. Esto no significa que no necesitemos interceder y que podamos utilizar el tiempo en otras cosas; en tales casos, debemos usar nuestra mente para interceder, esperando que nuestro espíritu sea estimulado y coopere con ella. Debemos ejercitar nuestra mente para tener presentes las necesidades de nuestros amigos, familiares o compañeros de trabajo. Si se nos ocurre un pensamiento acerca de una necesidad, debemos orar por ella, pero si el espíritu permanece frío, entendemos que él no quiere que oremos por esa necesidad en ese momento. Es posible que la iglesia de nuestra localidad necesite algo o que las iglesias estén pasando por alguna prueba o que la obra del Señor en ciertas áreas esté siendo obstruida o que los hijos de Dios necesiten conocer cierta verdad. Cuando tenemos un pensamiento así, debemos interceder al respecto, pero si después de orar un tiempo con nuestra mente nuestro espíritu no responde, debemos reconocer que el Señor tampoco desea que oremos por esa situación. Supongamos que mientras oramos por algo el Espíritu Santo nos unge, y nuestro espíritu responde. Eso significa que toca lo que el Señor desea y que hemos orado por ello.

Debemos usar el principio de que la mente ayude al espíritu a ubicarse. Algunas veces al poco tiempo de utilizar nuestra mente, el espíritu responde; sin embargo, no siempre es así y tenemos que esperar un buen tiempo antes de que el espíritu se una a la mente. Esto se debe a que en nuestra limitación mental no sabemos lo que el Espíritu Santo desea. Dios quiere ampliar el alcance de nuestras oraciones; desea que oremos por nuestra nación para que todas las obras ocultas de Satanás caigan. O quizá quiere que oremos por todos los pecadores del mundo o por toda la iglesia. Si nuestra mente sólo ve lo que tiene en frente, necesita tiempo para empezar a orar por todo eso a fin de que el Espíritu Santo sea uno con ella. Después de que percibimos que el espíritu está cooperando, debemos llevar a cabo en oración todas las comisiones que el espíritu haya recibido. Debemos orar por los diferentes asuntos de una manera exhaustiva hasta que nuestro espíritu cumpla completamente una comisión específica, y después podemos continuar intercediendo por las demás.

Este es uno de los principios de nuestra vida espiritual. Siempre que Dios nos da nuevas oraciones, las recibimos en nuestro espíritu, pero después de cierto tiempo no podemos esperar que Dios llene de nuevo nuestro espíritu con las mismas oraciones. Necesitamos seguir orando con nuestra mente, independientemente de lo que sintamos, hasta que finalmente nuestro espíritu sea instado a orar.

CONOCER LA VOLUNTAD DE DIOS

Ya sabemos que Dios no siempre nos guía de una manera directa, ya que a veces lo hace indirectamente. Cuando nos guía directamente, Su Espíritu actúa en nuestro espíritu y nos da a conocer Su voluntad; lo único que debemos hacer es prestar atención a lo que deposita en nuestro espíritu. Sin embargo, en el transcurso de nuestra vida, Dios no siempre nos dice directamente todo lo que debemos hacer. ¿Cómo debemos responder a las necesidades que surgen? Por ejemplo, tal vez seamos invitados a ir a cierto lugar a servir en la obra, o tal vez nos suceda algo inesperado. Estas cosas no se inician directamente en nuestro espíritu, sino que nos llega por conducto de otros; nuestra mente ve la importancia de resolver estas situaciones, pero nuestro espíritu no responde. ¿Qué debemos hacer para actuar bajo la dirección de Dios en tal situación? Cuando algo nos sucede, debemos pedirle a Dios que nos guíe en nuestro espíritu; a esto le llamamos “una guía indirecta”. Es entonces cuando la mente debe ayudar al espíritu. Cuando no hay respuesta de parte del espíritu, el creyente debe usar su mente. Si el espíritu responde, no es necesario que la mente le ayude, pero si el espíritu permanece callado, la mente tiene que ocupar su posición.

En estas circunstancias, el creyente debe utilizar su *mente* para meditar y presentar sus dudas y dificultades a Dios. Aunque todo esto se hace en su mente, después de un tiempo, el espíritu se unirá a su oración o a su meditación. Cuando el creyente siente que su espíritu, que antes estaba inactivo, comienza a responder, en poco tiempo el Espíritu Santo lo podrá guiar. Esta es la manera en que podemos usar nuestra mente para que ayude a nuestro espíritu. No pensemos que no debemos hacer nada a menos de que el espíritu tome la iniciativa; nuestro espíritu debe ser “atraído” por nuestra mente y ser “despertado” a fin de que determine si el asunto es la voluntad de Dios o no.

EL PRINCIPIO DE LAS ACTIVIDADES DEL ESPIRITU

En nuestra vida espiritual hay muchas cosas que debemos hacer, por lo cual no debemos descuidar la función de la mente. Ser lleno del espíritu no es como las olas de mar, que van y vienen. Para ser llenos en el espíritu debemos cumplir ciertos requisitos. Esto implica que la mente debe iniciar lo que el espíritu está dispuesto a hacer pero que no ha iniciado. Si nos sentamos a esperar el sentir del espíritu, éste nunca vendrá, aunque tampoco debemos hacer demasiado énfasis en la obra de la mente. Debemos saber que sólo lo que se hace en el espíritu tiene valor espiritual y que, por ende, no debemos andar según la mente. Entonces, ¿por qué usamos la mente? La usamos como medio para motivar a nuestro *espíritu* a hacer lo que debe, no como el agente que lleva a cabo las cosas. El espíritu debe ser el que opere, por eso es tan crucial; Sin embargo, empleamos la mente sólo para motivar al espíritu a fin de que funcione. Si al usar la mente para atraer al espíritu, no obtenemos respuesta, o si después de cierto tiempo no experimentamos la unción, entonces la mente debe detenerse y volverse en otra dirección. En la batalla espiritual sucede lo mismo. Si por un largo período sentimos un vacío en nosotros y no hallamos el espíritu, debemos detenernos, mas no por la impaciencia de la carne. Aunque algunas veces nos sentimos cansados, sabemos que debemos continuar, mientras que en otras ocasiones nos damos cuenta de que debemos detenernos. No hay una regla fija al respecto.

La ayuda que la mente da al espíritu es como la activación de una bomba mecánica con la que sacamos agua de un pozo. Algunas necesitan que primero les eche una taza de agua a fin de llenar el vacío y hacer que la bomba succione el agua. La relación de nuestra mente con el espíritu es igual a la de la taza de agua con la bomba. Si no usamos la taza de agua para hacer arrancar la bomba, el agua que hay en el pozo no puede ser succionada. Igualmente, si no utilizamos nuestra mente al comienzo, el espíritu no será activado. Si no usamos la mente para iniciar la oración, seremos como la bomba sin la taza de agua inicial, que después de funcionar un rato, da la impresión de que el pozo no tiene agua.

Sin duda, las obras del espíritu son diferentes en cada caso. Algunas veces es tan fuerte como un león, y otras es tan indeciso como un niño. Cuando nuestro espíritu es débil y no puede ayudarse a sí mismo, la mente debe actuar como si fuera su niñera. La mente no lo puede reemplazar, pero sí le puede ayudar a ser avivado. Cuando el espíritu ha perdido su posición de autoridad, el creyente debe usar el poder de la mente para orar a fin de vivificar su espíritu. Si el espíritu se ha retraído a causa de la opresión, el creyente debe usar su mente para examinar la situación y orar intensamente hasta que el espíritu sea avivado y liberado. Una mente espiritual puede mantener al espíritu en quietud, restringir su actividad y vivificarlo si ha caído en una depresión excesiva.

En palabras sencillas, podemos decir que la única manera en que nuestro espíritu puede ser lleno nuevamente es mediante la ayuda de nuestra mente (aunque siempre en la esfera espiritual). En principio, todo lo que hayamos hecho en el espíritu, ahora debe ser hecho con nuestra mente, y cuando el Espíritu Santo nos unja, ésa será la confirmación de que estamos operando en el espíritu. Tal vez al comienzo de alguna actividad no tengamos ningún sentir en el espíritu, pero si lo obtenemos, eso indica que el espíritu aprueba lo que estamos haciendo y que él estaba demasiado débil para hacerlo por su propia cuenta. Ahora, con la ayuda de la mente, puede expresar lo que antes no podía. Lo que necesitemos en el espíritu lo podemos obtener simplemente al recordarlo en nuestra mente y orar. De esta manera volvemos a ser llenos en el espíritu.

Observemos otro aspecto de la ayuda que la mente proporciona al espíritu. La guerra espiritual implica un conflicto de espíritu contra espíritu. Cuando nuestro espíritu lucha contra el maligno, la fuerza y el poder de todo nuestro ser se unen al espíritu. La parte más importante de nuestro ser, en este caso, es nuestra mente. La fuerza del espíritu y la de la mente se deben aunar para el ataque; si el espíritu es oprimido y pierde su fuerza para resistir al maligno, la mente debe continuar peleando en su lugar. Cuando la mente pelea mediante la oración, resistiendo y oponiéndose al maligno, el espíritu recibe la provisión necesaria para levantarse una vez más y entrar en la batalla.

LA CONDICION DE LA MENTE

Debido a que la mente puede ayudar al espíritu, aunque su posición es muy inferior que la de éste, el creyente debe mantenerla en una condición normal para que pueda escudriñar los pensamientos del espíritu y auxiliarlo en cualquier debilidad. Las actividades del espíritu son gobernadas por sus respectivas leyes. De la misma manera, las actividades de la mente son gobernadas por ciertas leyes. Cuando la mente tiene la libertad para obrar, la carga es ligera, pero si se fuerza demasiado (como cuando estiramos un material elástico), no puede actuar con la misma libertad. El enemigo sabe que para que nosotros andemos según el espíritu necesitamos que la mente ayude a nuestro espíritu, y por eso, siempre nos presiona haciendo que forcemos nuestra mente a fin de que no pueda funcionar normalmente y no pueda ayudar a nuestro espíritu en su debilidad.

Además de todo esto, nuestra mente no es simplemente un órgano que ayuda al espíritu; por medio de ella también somos iluminados. El Espíritu Santo da luz a la mente a través de nuestro espíritu. Si la mente se ejercita demasiado, no hay la posibilidad de que reciba la luz proveniente del Espíritu Santo. El maligno sabe que si nuestra mente está en tinieblas, todo nuestro ser también estará en la oscuridad; así que hace lo posible para que pensemos demasiado y no podamos llevar a cabo la obra en quietud. Mientras el creyente anda según el espíritu, no debe permitir que su mente se desvíe. La concentración en un tema, la ansiedad, la tristeza o el examen meticuloso de cuál sea la voluntad de Dios, hace que la mente no pueda llevar la carga. Necesitamos una mente quieta y en paz para poder andar en conformidad con el espíritu.

Como sabemos que nuestra mente ocupa una posición tan importante, cuando estemos laborando con otros hermanos, es muy importante no interrumpir sus pensamientos. Interrumpir la sucesión de pensamientos puede herir la mente. Cuando el Espíritu Santo guía al creyente a examinar algo mediante el espíritu, una interrupción de parte de otros es algo terrible. Si el pensamiento es interrumpido, la mente tendrá que hacer más esfuerzo y, en consecuencia, le será más difícil cooperar con el espíritu. No sólo necesitamos que nuestra mente esté despejada, sino que también debemos cuidar la mente de nuestros hermanos. Antes de hablar con un hermano, debemos determinar la secuencia de sus pensamientos para no alterarla, de lo contrario, nuestro hermano sufrirá.

CAPITULO CUATRO

LA CONDICION NORMAL DEL ESPIRITU

Un espíritu errado siempre conduce a una conducta equivocada. Si el creyente desea andar según el espíritu, debe mantenerse continuamente en una condición óptima. El espíritu, al igual que la mente, puede volverse incontrolable e insolente, o retraerse. Si el espíritu no es guardado en el Espíritu Santo, caerá, y una vez que esto sucede, la conducta del creyente se vuelve un caos. Cuando el espíritu del creyente es fuerte y poderoso, puede controlar al alma y al cuerpo en toda circunstancia, impidiéndoles caer en una conducta disoluta; si no es así, el alma y el cuerpo lo oprimirán, y el creyente caerá.

Dios da mucha importancia a nuestro espíritu, ya que es ahí donde mora la nueva vida y donde opera el Espíritu Santo. También ahí tenemos comunión con Dios, conocemos Su voluntad y recibimos la revelación del Espíritu Santo. En el espíritu somos adiestrados y maduramos; en él resistimos los ataques del enemigo y obtenemos autoridad para vencer al diablo y sus huestes, y en él recibimos poder para llevar a cabo la obra de Dios. También en el espíritu se halla la vida de resurrección mediante la cual llegaremos a tener un cuerpo resucitado. La condición de nuestro espíritu determina la condición de nuestra vida espiritual. ¡Cuán importante es mantener nuestro espíritu en una condición óptima! Al Señor no le interesa nuestro hombre exterior, o sea, el alma; lo que le interesa es nuestro hombre interior, el espíritu. Si éste no se halla en la debida condición, aun cuando nuestra vida anímica sea muy floreciente, toda nuestra vida será un desastre.

La Biblia habla bastante acerca de la condición normal del espíritu del creyente. Muchos creyentes maduros ya conocen por experiencia las exhortaciones de la Biblia y saben que para mantener la victoria y cooperar con Dios, necesitan mantener su espíritu de acuerdo con las condiciones que enseña la Biblia. Ya vimos que el espíritu es controlado por la voluntad renovada del creyente, lo cual es muy importante porque por medio de ella, el creyente puede elevar su espíritu a una condición normal. Debido a que ya hablamos de la importancia de que nuestro espíritu esté en la debida condición, no tenemos necesidad de repetirlo.

UN ESPIRITU CONTRITO

"Jehová ... salva a los contritos de espíritu" (Sal. 34:18). "Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados" (Is. 57:15).

Es muy común entender equivocadamente que necesitamos un espíritu contrito sólo el día que nos arrepentimos y creímos en el Señor, o cuando caemos y pecamos. Pero Dios quiere que nuestro espíritu sea siempre un espíritu contrito. Aunque no pequemos diariamente, debido a que nuestra carne aún está presente y en cualquier momento puede ser estimulada,

Dios quiere que tengamos un espíritu contrito constantemente, pues eso evitará que dejemos de velar. Nunca debemos pecar, pero por ser pecaminosos, siempre debemos tener un espíritu humillado, ya que en él se puede sentir la presencia de Dios.

Dios no desea que ocasionalmente nos arrepintamos y pensemos que eso basta; El desea que vivamos en un arrepentimiento continuo, llenos de contrición en nuestra vida, para que tan pronto como surja alguna discordia entre el Espíritu Santo y nuestra vida o nuestra conducta, podamos inmediatamente percibirlo y lamentarlo. Sólo con un espíritu así podemos reconocer que estamos equivocados cuando los demás nos dicen que lo estamos. El arrepentimiento con contrición es muy necesario debido a que el creyente, aunque es un solo espíritu con el Señor, todavía se equivoca. El espíritu también puede equivocarse (Is. 29:24); y aun si no se equivoca, la mente puede confundirse y no saber cómo efectuar la intención del espíritu. Un espíritu contrito hace que el creyente admita todo lo que otros ven en él que no concuerda con Dios. Dios salva a aquellos que tienen un espíritu contrito, ya que El revela Su plan a quienes tienen un espíritu contrito. Quien encubre y disimula sus errores indiscutiblemente le falta un espíritu contrito. Dios no puede salvarlo completamente. Necesitamos un espíritu que pueda recibir la reprensión tanto del Espíritu Santo como del hombre, un espíritu dispuesto a admitir que no estamos al nivel que deberíamos. Sólo así veremos la salvación en nuestro vivir diario.

UN ESPIRITU QUEBRANTADO

"Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado" (Sal. 51:17).

"Quebrantado" en el texto original significa "que se estremece o que tiembla". Algunos creyentes, después de pecar no se turban en su espíritu, y actúan como si nada hubiera sucedido. Un espíritu sano, después de haber pecado, invariablemente se quebranta (como le sucedió a David). De hecho, a un hombre con un espíritu quebrantado Dios lo puede fácilmente recobrar.

UN ESPIRITU QUE TIEMBLE

"Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas fueron, dice Jehová; pero miraré a aquel que es pobre y humilde [o contrito] de espíritu, y que tiembla a mi palabra" (Is. 66:2).

"Contrito" en el texto original significa "ultrajado". Dios se complace cuando el espíritu del creyente es cuidadoso, como si siempre estuviera siendo reprendido y agraviado, temiendo a Dios y a Su palabra. El espíritu del creyente debe llegar a la etapa en la cual teme a Dios siempre. El corazón presuntuoso y obstinado debe ser quebrantado para que la palabra de Dios pueda ser su guía en todo. El creyente debe poseer esta reverencia santa, sin confiar en sí mismo; como su espíritu ha sido apaleado, no se atreve a levantar la cabeza y siempre obedece las órdenes que Dios da. Un espíritu endurecido siempre es un obstáculo para obedecer la voluntad de Dios. Sólo después de que la cruz lleva a cabo una obra completa en el creyente, éste puede conocer perfectamente lo poco confiables que son sus ideas, sus sentimientos y sus deseos, al grado de no atreverse a jactarse de ellos; llega a ser extremadamente cauteloso en todo, pues sabe que sin la intervención y el poder de Dios, fracasará. Nunca debemos independizarnos de Dios. Si nuestro espíritu deja de temer y

temblar, caerá en el orgullo y la independencia. Descansamos en Dios sólo cuando nos damos cuenta de que estamos en una situación irremediable. Un espíritu temeroso nos salva de fracasos y hace que verdaderamente conozcamos a Dios.

UN ESPIRITU HUMILDE

"Mejor es humillar el espíritu con los humildes" (Pr. 16:19).

"Pero al humilde de espíritu sustenta la honra" (Pr. 29:23).

"Yo habito ... con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes" (Is. 57:15).

Ser humilde no es menospreciarse a uno mismo, sino no poner los ojos en uno mismo. La arrogancia en el espíritu de un creyente lo conduce al fracaso. Debemos ser humildes no sólo para con Dios sino también para con los hombres. El espíritu humilde se ve cuando nos asociamos con los humildes. Sólo un espíritu humilde puede apreciar a todos los hombres que Dios creó. La presencia y gloria de Dios se manifiestan en el hombre que posee un espíritu humilde.

El espíritu humilde está dispuesto a ser enseñado, exhortado y a recibir una explicación. Muchos creyentes son arrogantes en su espíritu; así que, pueden enseñar a otros, pero a ellos no se les pueden enseñar. Muchos creyentes son tan obstinados en su espíritu que nada los puede hacer cambiar, no es fácil enseñarles nada, aunque se den cuenta de que están equivocados no cambian de opinión, les cuesta mucho en su espíritu escuchar una explicación acerca de algún malentendido. Sólo un espíritu humilde puede recibir algo de otros. Dios necesita que tengamos un espíritu humilde para manifestar Sus virtudes, ¿cómo podría un espíritu lleno de orgullo escuchar la voz del Espíritu Santo y colaborar con El? En nuestro espíritu no debe haber rastro de orgullo; siempre debe ser tierno, suave y flexible; un poco de dureza en el espíritu no es compatible con el del Señor, ni puede tener comunión con El. Nuestro espíritu debe ser humilde y siempre esperar en el Señor; debe ser dócil a fin de andar juntamente con El.

POBRES EN ESPIRITU

"Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos" (Mt. 5:3).

Ser pobre en espíritu es comprender que uno no posee nada. Es un peligro que el creyente tenga demasiadas cosas en su espíritu, ya que sólo los que comprenden que son pobres en espíritu pueden ser humildes. La experiencia, el crecimiento y el progreso del creyente a menudo llegan a ser tesoros que acumula en su espíritu y hacen que pierda su pobreza. Meditar en nuestros propios logros y prestar atención a nuestras experiencias es un peligro muy sutil del cual el creyente no está consciente. ¿Qué es ser pobre? Ser pobre es no poseer nada. Si un creyente tiene una experiencia profunda con el Señor y constantemente la recuerda, es como si tuviera un cargamento en su espíritu, lo cual se le convierte en un lazo. Sólo un espíritu vacío puede hacer que el creyente se pierda en Dios. Un espíritu rico hará

que el creyente se vuelva egocéntrico. La salvación completa *libra* al creyente del yo y lo vuelve a Dios; pero si el creyente retiene algo para sí, su espíritu se inhibe y no puede brotar para ser uno con Dios.

UN ESPIRITU MANSO

"Espíritu de mansedumbre" (Gá. 6:1).

Esta es una condición muy necesaria en el espíritu. La mansedumbre es lo opuesto a la rigidez y la obstinación. Dios necesita que tengamos un espíritu manso. Un espíritu inflexible no puede ser guiado por Dios, mientras que un espíritu manso puede abandonar su propia voluntad y obedecer a Dios de inmediato. Quien posee un espíritu manso puede detenerse inmediatamente y sin previo aviso, aun en medio de la obra más próspera, si Dios así se lo ordena, como sucedió a Felipe, a quien se le ordenó ir al desierto mientras predicaba en Samaria. Un espíritu humilde cambia de dirección fácilmente bajo la mano de Dios y según Su voluntad; jamás resiste a Dios para hacer su propia voluntad. Dios necesita un espíritu sumiso para poder llevar a cabo Su voluntad.

Para los hombres, un espíritu manso no es menos importante. Un espíritu manso es como un cordero y está lleno de la realidad de la cruz. "Quien cuando le injuriaban, no respondía con injuria; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba todo al que juzga justamente" (1 P. 2:23); éste es un espíritu manso. Un espíritu manso está dispuesto a ser calumniado, aun cuando la ley lo proteja y puede vindicarse; no es capaz de usar las armas carnales para vengarse; aunque sufra dolor y daño no es capaz de herir a otros. Todo aquel que posee tal espíritu se conduce rectamente, pero no que los demás lo hagan. Está lleno de amor, gracia y bondad, y puede conmover a los que le rodean.

UN ESPIRITU FERVIENTE

"En el celo no perezosos, fervientes en espíritu, sirviendo al Señor" (Ro. 12:11).

La carne se puede entusiasmar por un momento debido al estímulo de las emociones pero eso no dura mucho tiempo. Aun cuando la carne tiene mucho celo por cumplir su deber y su celo sea apoyado por las emociones, a veces se torna muy perezosa, ya que sólo tiene celo por las cosas con las que está de acuerdo. No puede servir al Señor en las cosas que le disgustan ni cuando sus emociones no son estimuladas. La carne es incapaz de laborar con el Señor lentamente y paso a paso sin detenerse en todo tipo de circunstancia; ser "ferviente en espíritu" debe ser permanente; sólo así podremos servir siempre al Señor. Debemos evitar el entusiasmo de la carne y permitir que el Espíritu Santo inunde nuestro espíritu para que lo mantenga siempre ferviente; así, cuando nuestras emociones se enfríen, nuestro espíritu no será afectado y podrá llevar a cabo la obra del Señor.

En este versículo lo dicho por el apóstol es un mandamiento. Nuestra voluntad renovada puede escoger esto. Debemos ejercitar nuestra voluntad para decidir ser fervientes. Debemos decir: "Mi espíritu desea ser ferviente y no está dispuesto a ser frío". Cuando nuestra parte emotiva está completamente desinteresada, debemos dejar que nuestro

espíritu ferviente lo controle todo, sin permitir que la tibieza de nuestros sentimientos nos venza. Servir siempre al Señor con sinceridad es la evidencia de un espíritu ferviente.

UN ESPIRITU PRUDENTE

"De espíritu prudente es el hombre entendido" (Pr. 17:27).

Nuestro espíritu necesita ser ferviente, pero también necesita ser prudente o calmado. El fervor está relacionado con no ser "perezoso en el celo ... sirviendo al Señor"; mientas que la prudencia está relacionada con el entendimiento.

Si nuestro espíritu no es prudente, a menudo nuestras acciones perderán el control. El propósito del enemigo es hacer que los santos se desvíen y pierdan su contacto con el Espíritu Santo. Vemos que cuando el espíritu de un santo no es prudente, cambia de conducta según sus principios para vivir según sus emociones. Al principio el espíritu y la mente estaban íntimamente unidos; así que tan pronto como el espíritu pierde la calma, la mente inmediatamente es estimulada; y cuando ésta se apasiona, el creyente pierde el control de sus acciones y cae en la anormalidad. Debido a eso, es mejor mantener un espíritu prudente. A fin de mantenernos en el camino del Señor, constantemente tenemos que hacer a un lado el fervor emocional, los deseos ardientes y la confusión de la mente; en lugar de eso, debemos detenernos a examinar las situaciones con un espíritu prudente. Si actuamos cuando nuestro espíritu está alterado, es probable que lo que hagamos no sea la voluntad de Dios.

Dado que conocemos al yo, a Dios y a Satanás, y debido a la percepción que tenemos de las cosas, nuestro espíritu debe permanecer calmado, cosa que los creyentes anímicos no pueden lograr. El Espíritu Santo debe llenar el espíritu de los creyentes. El alma debe ser llevada a la muerte a fin de que el espíritu pueda tener una tranquilidad inefable. A pesar de cualquier cambio en el alma, el cuerpo o las circunstancias, la tranquilidad del espíritu no se alterará. Es como el mar, que a pesar de que las olas se enfurezcan en la superficie, su fondo siempre permanece calmado. Antes de que el creyente experimente la separación del alma y el espíritu, cuando algo inesperado le sucede, todo su ser cae en confusión y caos y no sabe que hacer. Esto se debe a la falta de conocimiento espiritual y a la falta de separación entre el alma y el espíritu. A fin de mantener una separación entre el alma y el espíritu, el creyente debe mantener la calma en su espíritu; de esta manera sus experiencias serán inconmovibles. No importa cuánto caos lo rodee, no perderá la calma ni la paz en su interior. Aunque se desplome una montaña frente a él, no pierde la calma. Esto no se logra mediante la meditación, sino por la confianza que los creyentes tienen en la revelación que el Espíritu Santo les da acerca de la verdadera naturaleza de todas las cosas, y restringiendo su alma. Esto impide que el alma controle al espíritu.

El asunto que estamos discutiendo se relaciona con el control de la voluntad. Nuestro espíritu debe estar sujeto a nuestra voluntad, la cual a su vez, desea fervor, pero también calma y prudencia. No debemos permitir que nuestra condición espiritual vaya más allá del control de nuestra voluntad. Debe ser ferviente en la obra del Señor, pero también debe mantener una actitud prudente y calmada al llevar a cabo la obra del Señor.

UN ESPIRITU GOZOSO

"Y mi espíritu ha exultado en Dios mi Salvador" (Lc. 1:47)

El espíritu del creyente debe tener una actitud de quebrantamiento consigo mismo (Sal. 51:17), pero de regocijo para con Dios. El creyente no se regocija debido a que sucede algo digno de alegría ni por sus su éxito personal ni por su trabajo ni por las bendiciones recibidas ni por circunstancias favorables, sino que se goza porque Dios es el centro de su ser; en realidad, aparte de Dios, no hay nada que pueda causarle gozo al creyente.

Si el espíritu del creyente es oprimido por la preocupación, la tristeza o el dolor, inmediatamente cae en la negligencia; se deprime, pierde su posición normal y ya no puede seguir la guía del Espíritu Santo. Cuando oprimimos nuestro espíritu con cargas pesadas, éste inmediatamente pierde su agilidad, su libertad y su brillo; cae de su posición ascendida, y si el período de sufrimiento se prolonga, el daño aumenta en proporciones incalculables. En tales ocasiones, nada puede ayudarlo, excepto regocijarse en Dios. Regocijarse en el hecho de que Dios es Dios; regocijarse porque Dios lo logró todo para ser nuestro Salvador. En la boca y el corazón del creyente nunca debe faltar la palabra de alabanza "¡Aleluya!"

UN ESPIRITU VALIENTE

"Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de cordura" (2 Ti. 1:7).

La cobardía no es humildad, ya que ser humilde es olvidarse totalmente de uno mismo, tanto de su debilidad como de sus fuerzas; mientras que ser cobarde es recordar las debilidades propias y el yo. Ni la timidez ni el retraimiento agradan a Dios. Por un lado Dios desea que temblemos debido a que no somos nada, pero por otro, desea que seamos osados para avanzar confiando en Su poder; que demos testimonio de El con atrevimiento, que suframos dolor y oprobio, que podamos perderlo todo, pero descansando en el Señor y confiando en Su amor, en Su sabiduría, en Su poder, en Su fidelidad y en Sus promesas. Esto es lo que el Señor desea de nosotros. Si nos miramos a nosotros mismos, retrocedemos y no podemos dar testimonio del Señor, y nuestro espíritu abandona su condición óptima. Debemos mantener un espíritu sin temor.

Debemos tener un espíritu de poder, de amor y de dominio propio. Nuestro espíritu debe ser fuerte y poderoso, pero no hasta el punto de perder la ternura. También necesita ser sosegado y disciplinado, para no ser fácilmente provocado. Necesita ser fuerte para resistir al enemigo, mas para relacionarse con las personas, necesita ser tierno; y para conducirnos como debemos necesitamos que nuestro espíritu sea sobrio.

UN ESPIRITU SOSEGADO

"Sino el del hombre interior escondido en el corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu manso y sosegado, que es de gran valor delante de Dios" (1 P. 3:4).

Aunque esta palabra se habló a las hermanas, los hermanos también necesitan tal enseñanza.

"Y que procuréis tener tranquilidad" (1 Ts. 4:11), éste es el deber de todo creyente, pero hoy día se habla demasiado, y algunas veces las palabras implícitas sobrepasan en numero a las que se expresan. Los pensamientos confusos y la mucha palabrería son suficientes para que el espíritu escape del control de nuestra voluntad, y un espíritu fuera de control hace que el hombre se conduzca según la carne. Si el creyente no puede controlar su espíritu, es muy difícil que no peque, pues un espíritu erróneo conduce al pecado.

Para poder guardar silencio, necesitamos un espíritu apacible, ya que lo que está en nuestro espíritu es lo que expresamos verbalmente. Debemos cuidar que nuestro espíritu sea sosegado, para mantener la calma aun cuando nuestras circunstancias sean confusas. Para andar en conformidad con el espíritu, es indispensable tener un espíritu apacible; de no ser así, pecaremos. Si nuestro espíritu es apacible podremos escuchar la voz del Espíritu Santo en nuestro espíritu y cumplir la voluntad de Dios y entender lo que no podemos entender cuando estamos confusos. Un espíritu apacible adorna al creyente, y es lo que debe expresar exteriormente.

UN ESPIRITU NUEVO

"En la novedad del espíritu" (Ro. 7:6).

Este es un paso muy importante en nuestra vida y nuestra obra espirituales. Un espíritu envejecido no puede tocar a las personas. Cuando mucho, puede transmitirles ideas, pero no tiene poder para hacer que las personas piensen seriamente. Un espíritu viejo sólo puede generar pensamientos marchitos, y no puede generar una vida dinámica. Todo lo que un espíritu envejecido genera, ya sean palabras, enseñanzas, actitudes, pensamientos o cierta conducta, es viejo y obsoleto. Muchas doctrinas sólo llegan a la mente del creyente debido a que no tienen sus raíces en el espíritu; la enseñanza no tiene espíritu que toque el espíritu de los oyentes. Quizá el creyente haya experimentado algo, pero ha llegado a ser algo que pertenece al pasado; no es más que una reminiscencia, y, en consecuencia, se ha trasladado de su espíritu a su mente. O tal vez tenga ideas nuevas en su mente, pero debido a que no están apoyadas en la vida, quienes las escuchan no logran tocar un espíritu fresco y nuevo.

Muchas veces nos encontramos con ciertos creyentes que habitualmente obtienen algo nuevo del Señor. Cuando nos encontramos con ellos, sentimos que acaban de salir de la presencia del Señor, y nos introducen en El. Parece que continuamente obtienen nuevas fuerzas como las águilas. Son como jóvenes. En vez de impartir maná seco, rancio y agusanado a la mente del pueblo, comparten pan y pescado recién preparados en el fuego de su espíritu. Esto es novedad; todo lo demás es viejo y obsoleto. No importa cuán profundos y maravillosos parezcan ser los pensamientos, no llegan a las personas como lo hace un espíritu nuevo y fresco.

Es necesario mantener el espíritu fresco y nuevo. Si nuestro espíritu no ha estado en la presencia del Señor, ni ha sido bendecido por El, es inútil que tratemos de llegar a otros. No importa cuál haya sido nuestra vida, nuestro pensamiento o nuestra experiencia, si sólo

pertenece al pasado y si sólo es un recuerdo, sin duda alguna es viejo. Todo en nosotros debe ser nuevo. Imitar a otros o tratar de reproducir nuestras experiencias pasadas no tiene ningún valor. Cuán importantes son las palabras "Yo vivo por causa del Padre" (Jn. 6:57). Sólo cuando constantemente obtenemos la vida del Padre para que sea nuestra vida, nuestro espíritu puede ser nuevo y fresco siempre. Un espíritu que no es nuevo y fresco no puede llevar fruto en la obra ni puede andar según el Espíritu en vida, y tampoco puede vencer al enemigo. Un espíritu decrépito no puede ver a los hombres debido a que no ha podido ver a Dios. Si deseamos que el espíritu permanezca fresco siempre, debemos disfrutar continuamente a Dios.

UN ESPIRITU QUE SEA SANTO

"Para ser santa así en cuerpo como en espíritu" (1 Co. 7:34).

"Limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu" (2 Co. 7:1).

Si deseamos andar según el espíritu, debemos mantener nuestro espíritu en santidad. Un espíritu que no sea santo conduce las personas al error. Algunas de las cosas que pueden contaminar el espíritu son: los pensamientos inicuos al criticar a las personas o al hacer conjeturas acerca de las cosas, la memoria de los pecados de otros, la falta de amor, la palabrería, las criticas, la justificación personal, el rechazo a ser exhortados, la envidia de los hermanos y el orgullo. Un espíritu que no sea santo no puede tener novedad ni frescura.

En nuestro anhelo por una vida espiritual, no podemos descuidarnos en cuanto al pecado ni por un momento. El pecado nos hace más daño que cualquier otra cosa. Aunque sepamos cómo ser librados de los pecados y cómo andar en conformidad con el espíritu, necesitamos cuidar de no caer de nuevo, sin darnos cuenta, en nuestra condición pecaminosa. Cuando pecamos, nos es imposible andar en el espíritu. Siempre debemos velar y tener presente que estamos muertos para que el pecado no nos pueda vencer ni penetrar en nuestro espíritu para envenenarlo. Sin santidad, nadie verá al Señor.

UN ESPIRITU FUERTE

"Se fortalecía en espíritu" (Lc. 1:80).

Nuestro espíritu debe crecer y fortalecerse gradualmente; esto es indispensable en nuestra vida espiritual. Muchas veces sentimos que nuestro espíritu no es lo bastante fuerte para controlar nuestra alma y nuestro cuerpo, especialmente cuando nuestra alma es estimulada o cuando nuestro cuerpo está débil. Algunas veces, al ver que otros están atribulados por un gran peso en su espíritu, queremos ayudarles, pero sentimos lo impotente que es nuestro espíritu y somos incapaces de libertarlos. En otras ocasiones, al combatir contra el enemigo, vemos que no somos lo suficientemente fuertes, en nuestro ser espiritual, y no podemos pelear. Muchas veces sentimos que nuestra fuerza espiritual no basta para poder vencer en

todas las situaciones, hay muchas áreas de nuestra vida y de nuestra obra que están fuera de nuestro control. ¡Cuánto anhelamos tener un espíritu fuerte!

Si el espíritu es fuerte, aumenta el poder de la intuición y el discernimiento, así como la capacidad para rechazar todo lo que no pertenezca al espíritu. Algunos creyentes procuran andar según el espíritu, pero no pueden debido a que el poder en su espíritu no es suficiente para ejercer el control de todas las cosas; por el contrario, está sujeto a ser controlado. No podemos esperar que el Espíritu Santo lo haga todo por nosotros; nuestro espíritu regenerado necesita colaborar con El. Debemos aprender a usar nuestro espíritu, y usarlo lo mejor posible. Si el creyente usa su espíritu, éste gradualmente se fortalecerá y tendrá el poder que necesita para eliminar todo lo que estorbe al Espíritu Santo, sea esto una voluntad obstinada, una mente confusa o emociones sin control.

La Biblia nos dice que el espíritu puede ser herido (Pr. 18:14) y un espíritu lesionado es muy débil. Si nuestro espíritu es fuerte, podemos permanecer firmes e inconmovibles ante el estímulo del alma. Podemos considerar el espíritu de Moisés un espíritu fuerte; sin embargo no lo conservó así, y los israelitas lograron provocarlo en su espíritu hasta que finalmente pecó (Sal. 106:33). Si nuestro espíritu es fuerte, podremos vencer, en el Señor, cualquier situación, sin importar si se trata de un sufrimiento en el cuerpo o de una aflicción en el alma.

Sólo el Espíritu Santo nos puede dar la fuerza que necesita nuestro hombre interior. Nuestro espíritu recibe su fuerza del Espíritu Santo; con todo y eso, necesita sea adiestrado. Después de que el creyente aprende a andar conforme a su espíritu, cuando lleva a cabo la obra del Señor, aprende a usar el poder de su espíritu en vez de su poder natural. El sabrá conducirse por su vida espiritual y no confiará en su vida anímica. Al combatir contra el enemigo para resistirlo atacarlo y oponerse a él, así como a sus huestes, aprenderá a usar la fuerza de su espíritu y no la de su alma. Como es de esperarse, estas experiencias son progresivas. A medida que el creyente anda conforme al espíritu, recibe más poder del Espíritu Santo y se fortalece. El creyente debe mantener su espíritu en una condición fuerte, y no debe permitir que pierda su poder y que no pueda satisfacer las necesidades que se presenten.

UN ESPIRITU DE UNIDAD

"Firmes en un mismo espíritu" (Fil. 1:27).

Ya vimos que la vida del hombre espiritual se lleva a cabo en unidad con otros creyentes. La unidad del espíritu es muy importante. Si Dios, debido a que el Espíritu Santo mora en el espíritu del creyente, se ha unido a él, el espíritu del creyente también será uno con el espíritu de los demás creyentes. El hombre espiritual no sólo es uno con Cristo en Dios, sino también con todo aquel que es parte de la morada de Dios. Cuando el creyente permite que su vida anímica actúe, no puede andar conforme al espíritu; si su mente y su parte emotiva controlan su espíritu, éste no podrá ser uno con los demás creyentes. Sólo cuando la mente y la parte emotiva se someten al control del espíritu, puede el creyente hacer caso omiso de la discordia en su mente y en su parte afectiva, y puede ser uno, en espíritu, con el resto de los hijos de Dios. El espíritu del creyente siempre debe ser uno con *todos* los creyentes; es decir, no sólo ser con el grupo pequeño que comparte su misma opinión, sino

con el Cuerpo de Cristo en su totalidad. En nuestro espíritu no debe haber ni aspereza, ni amargura, ni estrechez; sino que debe estar totalmente abierto y libre para relacionarse con los demás sin barreras.

UN ESPIRITU LLENO DE GRACIA

"La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu" (Ga. 6:18).

La gracia del Señor Jesucristo es preciosa y nos ayuda, en nuestro espíritu, en todas nuestras necesidades. Esta es una bendición que recibe el creyente, y también es lo máximo que el creyente puede recibir en su espíritu. Nuestro espíritu siempre debe disfrutar la gracia del Señor.

UN ESPIRITU QUE ANHELA EL ARREBATAMIENTO

Además de las condiciones que mencionamos, nuestro espíritu también debe mantenerse fuera de este mundo, siempre ascendido, siempre en los cielos. Debe ser un espíritu que anhele ser arrebatado. El espíritu que anhela el arrebatamiento es más profundo que el espíritu que está en ascensión. Aquel cuyo espíritu anhela el arrebatamiento no sólo vive como si estuviera en los cielos; sino que también el Espíritu Santo los guía a creer y a esperar la segunda venida del Señor y a anhelar ser arrebatado. Cuando el espíritu del creyente y el de Cristo son uno solo, él llega a ser, en la experiencia, un ciudadano celestial que vive en el mundo como peregrino. El Espíritu Santo le llamará a avanzar paso a paso hasta tener un espíritu que anhele ser arrebatado. Anteriormente su clamor era: "Hacia adelante", ahora es: "Hacia arriba". Todo su ser asciende hacia los cielos. El espíritu que anhela ser arrebatado hace apto al creyente para que "guste ... los poderes del siglo venidero" (He. 6:5).

No todos los que creen en la segunda venida de Cristo tienen un espíritu que anhela el arrebatamiento. Creer en la segunda venida del Señor, predicar acerca de ella, o aun orar por ella, no significa mucho. Podemos hacer todo esto y no tener un espíritu que anhele el arrebatamiento. No todos los creyentes maduros tienen tal espíritu; éste es un don conferido por la gracia de Dios. Algunas veces es dado de acuerdo con Su voluntad; otras, como respuesta a una súplica de fe. Cuando se posee tal espíritu, el creyente mantiene una actitud de ser arrebatado, y no sólo cree en la venida del Señor, sino también en su propio arrebatamiento. Esto no es creer en una doctrina, sino conocer un hecho. Así como Simeón, que por la revelación del Espíritu Santo, supo que no vería la muerte sin ver al Cristo de Dios, así también el creyente debe tener la certeza en su espíritu, de que será arrebatado antes de morir para ir con el Señor. Esta es la fe de Enoc. Por supuesto que no cerramos creyendo obstinadamente en una superstición, pero sí vivimos en el tiempo del arrebatamiento, no podemos evitar creer firmemente que seremos incluidos en él. Esta fe nos hace aptos para tener un mejor entendimiento de la obra de Dios en esta era y para recibir más poder celestial que nos ayude en nuestra obra.

Si el creyente recibe un espíritu que anhela ser arrebatado, en otras palabras, si su espíritu está en un estado de constante arrebatamiento, será más celestial. Su senda hacia los cielos no será igual que en el pasado, cuando creía que debía pasar por la muerte.

Cuando el creyente lleva a cabo una obra espiritual, a menudo tiene muchas expectativas y planes. Está lleno del Espíritu Santo, de sabiduría y de poder. Cree que Dios lo usará grandemente, y espera que su labor lleve mucho fruto rápidamente. Sin embargo, en esa situación de prosperidad, la mano de Dios lo detiene, y le pide que detenga la obra y que se prepare para emprender otro camino. Esta orden es inesperada. "¿Por qué, Señor? ¿Acaso no me diste la fortaleza para llevar a cabo la obra? ¿Qué he de hacer con todo este conocimiento maravilloso que poseo si no es ayudar a otros? ¿Por qué todo se ha terminado y se ha enfriado?" Cuando el creyente recibe estas instrucciones, sabe que el propósito de Dios es llamarle a tomar otro camino. Antes sólo sabía caminar hacia adelante; ahora sabe que puede ascender. Esto no significa que ya no participa en la obra, sino que la obra puede terminar en cualquier momento.

Otras veces, Dios utiliza las circunstancias, ya sea la persecución, la oposición, el despojo u otra adversidad, a fin de que los creyentes sepan que El desea que posean un espíritu fijo en el arrebatamiento, y no en el progreso de la obra. Hoy día el Señor quiere cambiar el andar de Sus hijos. Muchos hijos de Dios ignoran que hay algo mejor que el progreso de la obra, y eso es ascender.

Este espíritu centrado en el arrebatamiento no carece de fruto. Antes de que el creyente tuviera tal espíritu, sus experiencias cambiaban frecuentemente; pero después de tener el testimonio de ser arrebatado en su espíritu y una fe firme al respecto, y si su conducta, su vida y su obra concuerdan con tal espíritu, entonces éste hará que el creyente se prepare para la venida del Señor. Tal preparación no se relaciona solamente con enmiendas externas de la conducta, sino que es una preparación total en el espíritu, el alma y el cuerpo, a fin de ir al encuentro del Señor.

Por ello, el creyente debe orar pidiendo que el Espíritu Santo le muestre la manera de recibir y retener un espíritu fijo en el arrebatamiento. Los creyentes deben orar, esperar, creer y estar dispuestos a eliminar todo obstáculo, a fin de obtener tal espíritu. Nuestra vida y obra siempre debe ser confrontada con dicho espíritu, para que sepamos en qué hemos fallado. Si perdemos este espíritu, debemos saber cuándo y cómo lo perdimos y cómo recobrarlo. Debemos orar a fin de conocer qué asuntos del mundo afectan nuestro espíritu; de esta manera podremos vencerlos y recuperar nuestro espíritu. Una vez que recibimos tal espíritu, es muy fácil perderlo, debido a que no conocemos la clase de oración y obra que debemos tener en esta etapa de nuestra vida a fin de preservar nuestra posición celestial y tener una visión más clara.

Ya que estamos de pie frente a la puerta del cielo y ya que existe la posibilidad de ser arrebatados en cualquier momento, debemos preferir las vestiduras blancas y las obras celestiales, pues tal vez seamos llamados a ascender en el siguiente segundo de nuestra vida. Esta esperanza nos separa totalmente de las cosas terrenales y nos une a las de arriba.

Aunque Dios desea que esperemos la ascensión con un corazón sincero, eso no significa que sólo nos preocuparemos por ser arrebatados. No debemos hacer a un lado las necesidades de los demás ni olvidarnos de la obra final que habrá de llevarse sobre la tierra, o sea, lo que Dios nos ordenó llevar a cabo. Lo que Dios no quiere es que permitamos que la obra que El nos encomendó nos impida ser arrebatados. En nuestra vida y en nuestra

obra, siempre debemos ver que la atracción de los cielos es mucho más fuerte que la de la tierra. Debemos aprender a vivir no sólo por la obra del Señor, sino también por el arrebatamiento. Que nuestro espíritu se eleve diariamente con la esperanza de la venida del Señor. Que las cosas mundanas pierdan su poder en nosotros a tal grado que no sólo nos disgusten, sino que también nos cause desagrado vivir en el mundo. Que nuestro espíritu ascienda diariamente hasta los cielos y anhele estar pronto con el Señor. Que nuestra mente esté fija en las cosas de arriba para que hasta la mejor obra efectuada en este mundo no nos distraiga. Desde ahora en adelante, oremos en espíritu y con el entendimiento diciendo: "Ven Señor Jesús".

SEPTIMA SECCION — EL ANALISIS DEL ALMA (1): LA PARTE EMOTIVA

CAPITULO UNO

EL CREYENTE Y LA PARTE EMOTIVA

Cuando el creyente no ha experimentado la obra de la cruz, mediante el Espíritu Santo, tal vez haya experimentado la liberación del pecado pero continua siendo anímico e incapaz de vencer su vida natural. En los capítulos anteriores hablamos de la vida del alma y de la obra del creyente. Si estudiamos cuidadosamente la conducta y las acciones anímicas del creyente, veremos que ambas son impulsadas por sus emociones. Aunque el alma incluye tres partes principales que son la mente, la parte emotiva y la voluntad, la mayoría de los creyentes vive principalmente guiados por las emociones. Casi podemos decir que son controlados por las emociones de su vida anímica. En la vida humana, la parte emotiva ocupa un lugar más importante que la mente y la voluntad; y en la vida diaria su función también tiene un papel más importante que las demás partes del alma. Casi todas las actividades de los creyentes anímicos se originan en su parte emotiva.

LAS FUNCIONES DE LA PARTE EMOTIVA

Nuestros sentimientos humanos proceden de nuestra parte emotiva; algunos de ellos son: el gozo, la felicidad, la alegría, el entusiasmo, los anhelos, la ira, el ánimo, el desánimo, la tristeza, la pena, la depresión, la desdicha, el lamento, la angustia, la confusión, la ansiedad, el fervor, la frialdad, el afecto, la ternura, la codicia, la compasión, la bondad, las preferencias, los gustos, los intereses, los deseos, el orgullo, el temor, el remordimientos y el odio. Todo lo relacionado con nuestro pensamiento se origina en nuestra mente, nuestro órgano pensante. Todo lo relacionado con nuestras decisiones se origina en la voluntad, con la cual escogemos. Pero fuera de nuestros pensamientos, nuestras decisiones y las obras relacionadas con éstas, las demás funciones provienen de nuestra parte emotiva. La función de la parte emotiva es expresar la multitud de sentimientos que tenemos. Debido a que la parte emotiva abarca un área tan vasta, casi todos los creyentes anímicos giran en torno a sus emociones.

Las emociones humanas son muy complicadas debido a que se extiende a un área bastante amplia. Para ayudar a los creyentes a comprender este tema, subdividiremos las emociones en tres categorías principales: (1) los afectos, (2) los deseos y (3) las sensaciones. Estas tres partes cubren tres aspectos de la función de la parte emotiva. Si el creyente puede vencer en estos tres aspectos, disfrutará una vida espiritual pura.

En pocas palabras, nuestras emociones humanas comprenden los diferentes sentimientos que tenemos en nuestro corazón, como por ejemplo el amor, el odio, la alegría, la angustia,

el ánimo, el desánimo, el interés o la indiferencia; todo ello está incluido en los diferentes sentimientos de nuestro corazón; por lo tanto pertenecen a la parte emotiva.

Si prestamos atención a los diversos sentimientos que se hallan en nuestra parte emotiva, veremos que nuestras emociones cambian fácilmente. En el mundo probablemente hay muy pocas cosas que sean tan volubles como las emociones. En un minuto nos inunda un sentimiento, y al siguiente sentimos otra cosa. La emociones cambian de acuerdo con lo que sintamos, lo cual, a su vez, cambia rápidamente. Una persona que vive en torno a sus emociones, carece de principios.

La función de la parte emotiva del hombre es reaccionar. Cuando el hombre es embargado por un sentimiento que lo lleva en cierta dirección, es inevitable que en poco tiempo, surja en él una reacción contraria a dicho sentimiento. Por ejemplo, a una gran alegría le seguirá una amarga tristeza; después de mucho alborozo viene una gran depresión; después de un intenso fervor nos sobreviene el deseo de querer abandonarlo todo. Aun en los afectos, las circunstancias pueden hacer que un amor profundo que se sentía en cierta ocasión, se convierta en un odio que exceda a aquel amor.

LA VIDA EMOCIONAL DEL CREYENTE

Cuanto más conocemos el funcionamiento de nuestra vida emocional, más nos convencemos de sus oscilaciones y de la imposibilidad de depender de ella. Si el creyente no vive conforme al espíritu sino a sus emociones, no es de extrañar que su vida esté llena altibajos. Muchos creyentes se entristecen al examinar su manera de vivir y ver que son inestables. Algunas veces parece que están en el tercer cielo, por encima de todo; mientras que otras, parece que descienden y comparten la misma suerte de todos los mortales. Sus vidas son inestables. No se necesitan problemas serios para cambiar su estado de ánimo; no resisten la más mínima contrariedad.

Estos fenómenos le suceden al creyente que es controlado por las emociones y no por el espíritu. Cuando su parte emotiva es lo principal de su vida, y no ha sido quebrantada por la cruz, el espíritu no puede ser fortalecido por el Espíritu Santo, es débil e incapaz de controlar el resto de su ser y de someter sus emociones relegándolas a una posición secundaria. Pero si el creyente, mediante el Espíritu Santo sujeta sus emociones clavándolas en la cruz y permitiendo que el Espíritu Santo sea Señor de todas las cosas, su vida no tendrá esos altibajos.

Las emociones pueden considerarse el peor enemigo en la vida del creyente espiritual. El creyente debe andar conforme al espíritu, escuchando sus dictados interiormente. El sentir del espíritu es tan delicado y fino, que si el creyente no espera atentamente para recibir y discernir la revelación de su intuición, jamás podrá ser guiado por su espíritu. Debido a esto, el silencio total de la parte emotiva es un requisito para andar según el espíritu. Con frecuencia, el agradable sentir del espíritu es desconocido o lo confunden debido a que los sentimientos del creyente son como el rugido de las olas. No podemos culpar la suave voz de nuestro espíritu, ya que tenemos la facultad de percibir su sentir; sin embargo, cuando otros sentimientos interfieren, no es posible tener ningún discernimiento. Aquel que puede controlar sus emociones verá que es fácil detectar la voz de la intuición.

El vaivén de las emociones no sólo impide que el creyente ande según el espíritu, sino que además lo hace andar según la carne. Si el creyente no puede andar en el espíritu, andará en la carne, y si no es guiado por el espíritu, será guiado por los impulsos de sus emociones. Cuando el espíritu deja de dirigir, la parte emotiva toma el control, y el creyente espontáneamente interpreta la acción de las emociones, la inspiración o el impulso de su alma como el mover del espíritu. Un creyente emotivo puede ser comparado con un estanque que tiene arena y lodo en el fondo, que si el agua no está quieta, el estanque parece estar limpio, pero una vez que se agita, el pozo se enturbia.

LA INSPIRACION Y LAS EMOCIONES

Muchos creyentes no distinguen la inspiración de las emociones, aunque en realidad, no es difícil. Las emociones siempre vienen de afuera, mientras que la inspiración procede del Espíritu Santo, quien está dentro del espíritu del hombre. Por ejemplo, cuando el creyente contempla la belleza de la naturaleza, espontáneamente surge en él un sentimiento; percibe el encanto del paisaje y halla en ello cierta satisfacción, lo cual es emoción. Quizá cuando se encuentra con la persona amada, aflora un atractivo irresistible, que es un sentimiento o una emoción. Tanto la belleza del paisaje como la persona amada están fuera del hombre; por lo tanto, los sentimientos que producen pertenecen a la parte emotiva.

La inspiración es muy diferente, ya que sólo es afectada por el Espíritu Santo, quien mora en el hombre. Sólo el Espíritu Santo puede inspirar al espíritu y, puesto que vive en el hombre, la inspiración procede de su interior. No requiere el estímulo de un escenario maravilloso ni la presencia del ser querido; puede producirse en el ambiente más tranquilo. Por el contrario, las emociones decaen en el instante en que el estímulo externo cesa. El creyente emotivo sólo vive conforme al medio que lo rodea. Para avanzar necesita ser estimulado y animado; de no ser así, se detiene y no puede avanzar. La inspiración no requiere ayuda externa, pero cuando la parte emotiva es afectada por las circunstancias, se confunde y hace imposible que el creyente sepa qué hacer.

El creyente debe tener cuidado de no considerar la tranquilidad y la falta de estímulo como espiritualidad; esto dista mucho de la verdad. Debemos saber que las emociones hacen que las personas se sientan entusiasmadas en ocasiones y en otras, deprimidas. Cuando las emociones son positivas, nos sentimos animados; de lo contrario, nos sentimos deprimidos. De la misma manera en que nos anima, nos deprime. Tanto el entusiasmo como la tranquilidad pertenecen a la parte emotiva. A menudo el creyente se equivoca por estar bajo el influjo de sus emociones; pero cuando reconoce del estado en que se encuentra, tiende a suprimir sus sentimientos y piensa que por eso es espiritual. No se da cuenta de que eso produjo como reacción una emoción que ahora lo calmó. Esta quietud le hace perder el interés en la obra de Dios y lo priva de su afecto hacia muchos de los hijos de Dios. Poco a poco el hombre interior se resiste a laborar y, en consecuencia, el espíritu es aprisionado y su vida no puede brotar. Debido a que el creyente ya no es entusiasta y ha entrado en un estado de tranquilidad, tal vez piense que está andando conforme al espíritu; pero no sabe que aún sigue regido por sus emociones, salvo que ahora es una emoción diferente.

En realidad, son pocos los creyentes que experimentan ese estado de quietud; casi todos siguen animados por sus emociones. Debido a la exaltación, hacen muchas cosas que van

más allá de sus límites. Cuando se tranquilizan y recuerdan lo que hicieron regidos por su parte emotiva, no pueden sino reírse de sí mismos y reconocer que actuaron neciamente. Esto es común cuando se actúa motivado por las emociones. Cuando el creyente examina sus acciones, se siente avergonzado y se reprocha haber obrado en su hombre natural. Es lamentable que el creyente sea gobernado por las emociones, ya que su espíritu pierde el poder para sujetarlas y darles muerte y no es capaz de resistirse a su control.

Existen dos motivos por los cuales los creyentes andan conforme a su parte emotiva. En primer lugar, muchos nunca entienden lo que es andar regido por su espíritu, ni han procurado hacerlo; así que andan gobernados por sus emociones. No saben cómo rechazar el impulso de sus emociones, y simplemente son arrastrados por ellas y hacen cosas que no deberían. Esto no significa que sus sentidos espirituales no protesten ni objeten, pero debido a su debilidad, obedecen a sus emociones y hacen caso omiso de su intuición. En esta condición su parte emotiva es cada vez más fuerte, al grado que el creyente pierde el control de sí mismo y se conduce según lo indiquen sus emociones. Después de haber hecho lo que no debía, se arrepiente de nuevo. En segundo lugar, hay muchos creyentes que han experimentado la diferencia entre el espíritu y el alma, y cuando las emociones los afectan, saben que aquello proviene de su alma e inmediatamente lo rechazan. Sin embargo, aun estos creyentes algunas veces andan en torno a sus emociones. Esto se debe al éxito del engaño espiritual. Si el creyente aún no es espiritual, es vencido por los intensos sentimientos de su emoción; y si es espiritual, con frecuencia sus emociones engañan sus sentidos espirituales. La parte emotiva y el sentir espiritual parecen idénticos, por lo que no es fácil distinguirlos, y debido a su ignorancia el creyente es engañado y sus acciones son, en gran parte, actividades del alma.

El creyente debe recordar que si anda conforme al espíritu, todas sus acciones deben guiarse por ciertos principios. El espíritu tiene leyes, métodos y principios. Andar en conformidad con el espíritu es andar según sus leyes. En los principios espirituales, lo correcto y lo incorrecto tiene un parámetro claramente definido. Si dice "sí", es "sí", no importa si el cielo está nublado o despejado, y si dice "no", es "no", ya sea que esté contento o deprimido. La vida cristiana obedece a un principio definitivo. Si el creyente no hace morir totalmente sus emociones, su vida no será gobernada por un discernimiento estable, vivirá en conformidad con los sentimientos oscilantes de su alma, y no en según un principio estable y definido.

Una vida gobernada por principios difiere de la que es gobernada por las emociones. El creyente regido por sus emociones, cuando planea hacer algo no se preocupa ni de principios ni de razones, sino que se guía por sus sentimientos; si hay algo que le guste y que lo haga feliz, será tentado por ello, aunque sepa perfectamente que hacerlo no es razonable y que está en contra de los principios que conoce. Cuando se siente frío, melancólico o deprimido, como no lo apoyan sus sentimientos, no puede cumplir con sus obligaciones. Si los hijos de Dios prestan atención a sus emociones, se darán cuenta cuán inconstantes son y cuán peligroso es obedecerles. Cuando la Palabra de Dios (el principio espiritual) concuerda con sus sentimientos, la obedecen; pero si ése no es el caso, la rechazan y no le prestan atención. Esta clase de vida está en total enemistad con la vida espiritual. Todo aquel que anhela tener una vida espiritual próspera, debe andar continuamente en conformidad con el principio de Dios.

Una característica que distingue al creyente espiritual es la gran calma que mantiene bajo todas las circunstancias. No importa lo que pueda sucederle externamente o si es provocado por alguien, él permanece en calma y lleno de paz, manteniendo inmutable esta característica. Esto se debe a que su parte emotiva fue quebrantada por la cruz, y su voluntad y su espíritu están llenos del poder del Espíritu Santo y, por ende, pueden gobernar sus sentimientos. Ningún estímulo externo puede conmoverlo, pero si no permite que la cruz quebrante su parte emotiva, será vulnerable a ser afectado, estimulado o perturbado. Debido a que las emociones oscilan entre extremos fácilmente, los que son regulados por ellas también son inconstantes. La menor amenaza exterior o el menor aumento de trabajo lo trastornará y no sabrá que hacer. Todo aquel que anhele ser perfeccionado debe permitir que la cruz lleve a cabo una obra profunda en su parte emotiva.

Si el creyente tan sólo recordase que Dios no guía a nadie en medio de la confusión, podría evitarse muchos errores. El nunca debe tomar decisiones ni comenzar nada cuando su corazón se encuentra en un estado caótico o sus emociones están alteradas. Cuando los impulsos son tan fuertes se cometen muchas equivocaciones. Tampoco podemos confiar en la mente cuando nuestras emociones están en esa confusión, ya que ella es fácilmente afectada por la parte emotiva; y si la mente se debilita, ya no podemos distinguir entre lo correcto y lo incorrecto. En tales circunstancias, es probable que todo lo que el creyente decida no sea apropiado, y después lo lamentará. Es necesario que el creyente utilice su voluntad para rechazar, detener y vencer sus emociones, ya que sólo cuando su sentimientos están en perfecta calma, puede tomar una decisión acertada.

Igualmente, el creyente no debe hacer nada que estimule sus emociones. Algunas veces están sosegadas y tranquilas, pero debido a que actuamos según nuestros propios deseos, estimulamos nuestra parte afectiva. Esto sucede con bastante frecuencia y perjudica nuestra vida espiritual. Debemos rechazar todo lo que altere nuestras emociones (nuestra alma). No sólo debemos abstenernos de actuar cuando nuestras emociones estén en crisis, sino que también debemos aprender a no hacer nada que pueda provocarla. No pensemos que nuestras acciones son correctas sólo por que nuestra alma permanezca sosegada. Si nos confiamos a “la tranquilidad emocional” y al espíritu, estimularemos nuestras emociones. Aquellos que han tenido esta clase de experiencia pueden recordar en que forma, al encontrarse con alguien o al escribir una carta, fueron demasiado estimulados en sus emociones, lo cual puso en evidencia que estaban actuando fuera de la voluntad de Dios.

LAS EMOCIONES Y LA OBRA

Dijimos que sólo el espíritu puede realizar una obra espiritual; por eso, las demás obras no tienen valor espiritual. Debido a la importancia de este tema entraremos en más detalles.

Hoy los hombres prestan mucha atención a la sicología humana. Incluso muchos que sirven diligentemente al Señor la estudian; piensan que si sus palabras, enseñanzas, presentaciones, actitudes e interpretaciones, podrán captar la atención del hombre y ganar muchas personas para el Señor. La sicología es la operación de la parte emotiva del hombre. Aunque en algunos casos parezca útil, depender de las emociones no tiene valor espiritual.

Sabemos que el hombre necesita ser regenerado en su espíritu. Cualquier obra es absolutamente inútil si no puede vivificar el espíritu amortecido del hombre ni impartirle la vida increada de Dios, ni hacer que reciba al Espíritu Santo para que more en su espíritu regenerado. Si el propósito de la obra del creyente no es impartir vida a otros, el resultado de su predicación será igual que si los exhortara a adorar al diablo. Ni nuestra sicología ni la sicología de otros puede impartir vida. Si el Espíritu Santo mismo no hace la obra, todo es en vano.

El creyente debe darse cuenta de que sus emociones son totalmente naturales, y no son la fuente de la vida de Dios. Si llega a descubrir que su parte emotiva está desprovista de la vida de Dios, no intentará usar su poder para salvar a las personas usando lágrimas, rostros tristes, llanto u otras expresiones conmovedoras. Ninguna de las funciones de su parte emotiva puede afectar el espíritu entenebrecido de los hombres. Si el Espíritu Santo no les da vida, no podrán recibirla. Si no dependemos del Espíritu Santo, sino de nuestras emociones, todos nuestros esfuerzos serán inútiles y no llevarán fruto.

Las emociones jamás comunican vida al hombre. Quienes laboran para el Señor deben entender que si dependen de ellos mismos, nada en ellos podrá generar la vida de Dios. Podemos agotar todos los métodos psicológicos para conmover la parte emotiva del hombre, para despertar en él interés en la religión, para hacer que se sienta culpable y avergonzado por su pasado, para infundirle temor del castigo venidero, para provocar admiración hacia Cristo y para estimularle el deseo de relacionarse con otros cristianos o para que se conduela de los pobres; podemos incluso hacer que sea feliz al hacer estas cosas, pero no podemos regenerarlo. Como el interés, la pena, la vergüenza, el temor, la admiración, la aspiración, la compasión y el gozo, entre otros sentimientos, son sólo diferentes funciones de la parte emotiva, el hombre puede experimentarlos y permanecer espiritualmente muerto ya que no ha tenido un encuentro con Dios en su intuición. Desde el punto de vista humano aquel que posee estas cualidades es un buen cristiano. Pero toda ellas sólo son impulsos de la parte emotiva; no exhiben la regeneración. La manifestación de la regeneración es el conocimiento de Dios en la intuición del creyente regenerado, es decir, en su espíritu vivificado. Al laborar para Dios no debemos estar conformes con que el hombre cambie su actitud con respecto a nosotros, apreciándonos y mostrando todos los sentimientos mencionados. ¡Eso no es la regeneración!

Si los obreros del Señor recordaran que nuestra meta es ayudar a las personas para que reciban la vida de Cristo, no utilizarían sus emociones para instar a las personas a aceptar las enseñanzas de Cristo y a expresar su aprobación con respecto a la vida cristiana. Cuando reconocemos que lo que el hombre necesita es la vida de Dios y ser avivado en su espíritu, comprendemos que toda la obra que hemos llevado a cabo confiando en nosotros mismos es vana. No importa lo extenso que sea el cambio experimentado por el hombre, sólo puede cambiar dentro del límite de su propio yo, y no puede dar un paso fuera de este límite ni cambiar su propia vida por la de Dios. Deberíamos apreciar la realidad del hecho de que las metas espirituales requieren medios espirituales. Nuestra meta espiritual es que las personas sean regeneradas; así que cuando laboramos debemos emplear medios espirituales. En consecuencia, las emociones son totalmente inútiles para esto.

El apóstol Pablo dijo que toda mujer que ora o profetiza debe cubrirse la cabeza. Con respecto a este tema, hay muchas explicaciones y opiniones diversas. Aunque nuestra intención no es decidir cuál interpretación es la correcta, es claro que la intención del apóstol era evitar el uso de las emociones e intentaba cubrir todo lo que pudiera estimular la parte emotiva. Es fácil, especialmente para las mujeres que predican u oran, estimular las emociones de los oyentes. Desde el punto de vista físico, sólo la cabeza está cubierta, pero desde el punto de vista espiritual, el propósito de cubrirla es darle muerte a todos lo que pertenezca a las emociones. Aunque la Biblia no permite que los hermanos se cubran la cabeza físicamente, en el sentido espiritual, ellos deben tener su cabeza tan cubierta como la de las hermanas.

Esto nos muestra que la parte emotiva puede salir a flote fácilmente en la obra del Señor; si así no fuera, el apóstol no habría tenido necesidad de dar esta recomendación. Hoy el poder de atraer a la gente se ha convertido casi en el mayor problema en el servicio espiritual. Los que son naturalmente atrayentes tienen más éxito, y el resultado de su obra es superior al de los demás; en tanto que los que no tienen tanta capacidad de atracción son derrotados y sus logros son inferiores. La intención del apóstol era que uno se cubriera todo lo que perteneciese al alma, aunque sea naturalmente atractivo. Todo lo que es natural debe ser cubierto; así que todos los siervos del Señor deben aprender de las hermanas esta lección. Nuestra atracción natural no puede ayudarnos en la obra espiritual, y tampoco nuestra falta de atractivo natural puede estorbarla. Debemos deshacernos de tales conceptos. Si nos centramos en nuestro poder de atracción, nuestro corazón dejará de depender del Señor; de la misma manera, si prestamos atención a nuestra incapacidad para atraer a la gente, no andaremos conforme al espíritu. Si los obreros del Señor no andan conforme al espíritu, todos los logros de su obra serán en vano.

¿Qué buscan los obreros del Señor hoy? Muchos buscan poder espiritual, pero el verdadero poder espiritual es el fruto de pagar un precio. Si morimos a nuestras emociones, tendremos fuerza espiritual. Perdemos la fuerza espiritual debido a que usamos nuestras emociones demasiado y nos llenamos de deseos, afectos y sentimientos. Si no andamos centrados en los sentimientos y damos muerte a los deseos y acciones que nos satisfacen, veremos la fuerza y el poder en nuestra vida. La profunda obra de la cruz nos llena de poder espiritual; aparte de esto no podemos obtener nada. Cuando la cruz pone fin a nuestros deseos y nos hace aptos para vivir para Dios, el poder espiritual espontáneamente se manifiesta en nosotros.

Además, si en la obra espiritual la parte emotiva del creyente no es vencida, será privado de muchos caminos por los que podría avanzar. Cuando la fuerza de las emociones se presenta, la fuerza espiritual del creyente se debilita y no puede regularla ni cumplir la perfecta voluntad de Dios. Las emociones utilizarán toda clase de recursos para impedir que la obra avance. Tomemos como ejemplo nuestro cansancio espiritual. Necesitamos distinguir si nuestra necesidad de descanso se debe a la fatiga física, al cansancio emocional o a ambas cosas. Dios no quiere que sometamos nuestro espíritu ni nuestra alma ni a nuestro cuerpo a un trabajo excesivo. El desea que reposemos cuando estemos cansados, pero necesitamos saber si nuestra necesidad de descanso se debe a la fatiga corporal o al cansancio emocional, o si nuestra parte emotiva está utilizando la fatiga en nuestro cuerpo como un pretexto para exigir descanso. Muchas veces nuestro deseo de descanso es

simplemente pereza. Nuestro cuerpo necesita descansar, lo mismo que nuestra mente y nuestro espíritu, pero no debemos descansar debido a la pereza que se origina en la naturaleza maligna de nuestras emociones. La pereza y el cansancio utilizan la fatiga física como pretexto. Además, a nuestra parte emotiva le gustan el placer y la diversión; por lo tanto, los creyentes deben estar alerta a fin de que esto no reemplace el descanso que legítimamente necesitamos.

EL DEBIDO USO DE LA PARTE EMOTIVA

Si el creyente permite que la cruz haga una obra profunda en su parte emotiva, pronto aprenderá que las emociones no obstruirán su espíritu, sino que cooperarán con él. La cruz quebrantará la vida natural de las emociones, las renovará y hará de ellas un instrumento del espíritu. Mencionamos que el hombre espiritual no es exclusivamente espíritu ni es insensible. Por el contrario, utiliza sus sentimientos para expresar la vida divina que reside en él. Antes de que Dios quebrante nuestra parte emotiva, ésta no puede ser un instrumento del espíritu y actúa según sus propios deseos, pero después de ser limpiada puede ser el órgano por el cual se expresa el espíritu. De igual manera, el espíritu expresa su vida por medio de las emociones, ya que las necesita para expresar amor o condolencia para con los que sufren; también las necesita para detectar la acción de la intuición. El sentir del espíritu se da a conocer al hombre por medio de una sensación o sentimiento de quietud y paz. Cuando nuestra parte emotiva obedece a nuestro espíritu, hace que amemos lo que Dios ama y odiemos lo que El odia.

Después de saber que no debemos vivir según nos lo indiquen nuestras emociones, algunos creyentes erróneamente piensan que la vida espiritual es una vida sin sentimientos, y se suponen que debemos eliminar los sentimientos y llegar a ser insensibles, como si fuéramos un pedazo de madera o una piedra. Si el creyente no sabe lo que significa morir en la cruz, no puede comprender el significado de hacer morir las emociones ni de vivir en perfecta conformidad con el espíritu. No afirmamos que el creyente deba volverse duro como el acero o la roca; ni que no debe sentir afecto para que se le considere espiritual, como si la expresión "espiritual" denotara insensibilidad. Por el contrario, el hombre espiritual es una persona muy tierna, misericordiosa, amorosa y bondadosa. Ser totalmente espiritual y poner las emociones en la cruz no significa que el creyente pierda sus sentimientos y se haga insensible. Cuando vemos que el amor de los creyentes espirituales es mayor que el de los demás, descubrimos que el hombre espiritual no carece de emociones, sino que sus emociones difieren de las de los demás.

Al poner nuestra vida anímica en la cruz, debemos recordar que se pierde la *vida* del alma, pero no su *función.* Clavar la función del alma en la cruz significaría que ya no podríamos pensar, decidir ni sentir. Debemos recordar siempre que perder el alma equivale a vivir incondicional y continuamente por la vida de Dios, no por la vida natural; es estar dispuestos a no vivir según el yo ni de acuerdo con sus placeres, sino que nos sometemos a la voluntad de Dios. Además, la cruz y la resurrección son dos hechos inseparables. "Si hemos crecido juntamente con El en la semejanza de Su muerte, ciertamente también lo seremos en la semejanza de Su resurrección" (Ro. 6:5). La obra de la cruz no significa aniquilación; la parte emotiva, la mente y la voluntad de la vida anímica no son exterminadas al pasar por la cruz. Sólo pierden su vida natural en la muerte del Señor, y son

resucitadas en Su vida. La muerte y resurrección hacen que los órganos del alma pierdan su vida para luego ser renovados y usados por el Señor. Como consecuencia, el hombre espiritual no carece de sentimientos, sino que su parte emotiva es más perfecta y más noble, como si acabara de ser creada por la mano de Dios. Si uno tiene dificultad para entender esto, el problema yace en su teoría porque en la experiencia espiritual no existe ningún problema.

La parte emotiva debe pasar por la cruz (Mt. 10:38-39) a fin de destruir su naturaleza ardiente, su fanatismo y su confusión y quedar sometida totalmente al espíritu. La obra que efectúa la cruz tiene como fin que el espíritu tenga autoridad para regular la función de las emociones.

CAPITULO DOS

EL AMOR

LAS EXIGENCIAS DE DIOS

En la experiencia del creyente, quizá lo más difícil de ceder al Señor sea el amor, pero El presta más atención al amor del creyente que a ninguna otra cosa. El Señor requiere que el creyente le entregue su amor en una forma total a fin de poder señorear sobre él; El quiere ser el principal objeto de nuestro amor. Con frecuencia escuchamos hablar de la consagración. Sabemos que ésta es el primer paso en el andar espiritual del creyente. No es el destino de la espiritualidad, sino el comienzo, ya que guía al creyente a una condición en la que puede ser santificado. Si no hay consagración, ciertamente no se puede tener una vida espiritual. Sin embargo, nada es más importante para la consagración del creyente que su amor. Tanto la veracidad como la falsedad de la consagración dependen de si hay amor o no, pues éste es la evidencia de la consagración. Es fácil presentar al Señor nuestro tiempo, nuestro dinero, nuestras habilidades y muchas otras cosas, pero es difícil ofrecerle nuestro amor. Esto no significa que no amemos a Cristo; quizá lo amamos mucho, sin embargo, tal vez le demos el primer lugar a alguien más y a El, el segundo lugar; o quizá además de amar al Señor amemos a alguien más, o es posible que controlemos nuestro amor según nuestros caprichos. Amar al Señor así no es consagración, ya que aún no le hemos entregado nuestro amor. El creyente espiritual sabe que el amor debe de ser ofrecido primero; si no entregamos nuestro amor, no entregamos nada.

Dios exige que lo amemos sin reservas. El no está dispuesto a compartir el corazón del creyente con nadie ni con nada. Aun si el amor que le damos a El es mayor que el que damos a otros, El no está satisfecho. El Señor exige un amor incondicional. Este es un golpe mortal para nuestra vida anímica, la cual se centra exclusivamente en el yo. El Señor desea que dejemos al margen lo que amamos para que no tengamos un corazón dividido. El desea que le amemos con todo y que le amemos según El mismo. “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente” (Mt. 22:37). La palabra “todo” significa que cada parte de nuestro ser debe entregarse al Señor. El no quiere que retengamos nada de nuestro amor, para que no amemos de acuerdo con nuestras preferencias. El lo quiere absolutamente todo, porque es un Dios celoso (Ex. 20:5) y no permite que nadie le robe el amor de Sus hijos.

Nosotros amamos a muchas personas y cosas aparte de Dios. Tal vez sean quienes están muy cerca de nosotros, como ocurrió en los casos de Isaac, de Jonatán y de Raquel; pero Dios requiere que pongamos a nuestros seres queridos sobre el altar. El no acepta rivalidad alguna. Debemos ofrecer todo lo que tenemos, ya que así obtenemos poder espiritual. Cuando el último sacrificio ha sido puesto sobre el altar, el fuego desciende desde los

cielos. Si no erigimos un altar no desciende el fuego celestial. Si no llevamos la cruz, ofreciendo al Señor todo lo que amamos, ¿cómo podemos tener el poder del Espíritu Santo? El altar no debe estar vacío, ¿qué ha de consumir el fuego si no hay sacrificio? Hermanos, no podemos obtener el poder del Espíritu Santo sólo por haber entendido lo que significa la cruz ni por hablar de ella; sólo al ofrecerlo todo, lo conseguiremos. Si tenemos algún lazo secreto que no ha sido cortado, si nuestro corazón esconde algunas ovejas, o algunos bueyes, o a un Agag [1 S. 15:9], no podremos ver el poder del Espíritu Santo manifestado a través de nosotros.

La obra de Dios ha sido estorbada debido a que los creyentes no han permitido que el Señor sea Señor del amor de ellos. Muchos padres aman tanto a sus hijos que los retienen para sí mismos y causan pérdidas al reino de Dios. Muchas parejas están tan unidas que hay escasez en la obra del Señor porque no hay quien recoja la cosecha. Muchos creyentes no están dispuestos a separarse de sus amigos; así que se quedan atrás y dejan que sus hermanos vayan al frente a luchar solos. Es deplorable que haya tantos que piensen que pueden amar a sus seres queridos y al Señor simultáneamente. No se dan cuenta de que si los aman, no pueden amar al Señor; y si aman al Señor, no pueden amarlos a ellos. Si no podemos decir juntamente con Asaf: "¿A quién tengo yo en los cielos sino a Ti? y fuera de Ti nada deseo en la tierra" (Sal. 73:25), entonces aún estamos viviendo en el alma.

No podemos descuidar la importancia de amar al Señor con todo nuestro corazón. Nada satisface tanto al Señor como nuestro amor. El Señor no se fija mucho en lo que hacemos por El ni en cuán activos seamos. Lo que le complace es que le amemos. La iglesia de Efeso laboraba mucho en pro del Señor, pero había dejado de tener al Señor como su primer amor (Ap. 2), por lo cual el Señor no estaba complacido. Si nuestro servicio procede de nuestro amor hacia El, indudablemente El se complace; pero si nuestro corazón no lo ama, aunque podamos llevar a cabo una gran obra, no tendría provecho alguno. Debemos saber que es posible laborar para el Señor sin amarle. Este era el caso de los efesios. Debemos pedirle a Dios que nos ilumine para que podamos ver cuál es el motivo de nuestras actividades y la intensidad de nuestro amor hacia El. ¿De que sirve invocar al Señor y laborar para El todo el día, si no lo amamos con todo el corazón? ¡Cuánto necesitamos tener un corazón que ame a nuestro Señor incondicionalmente!

Los hijos de Dios no han entendido hasta qué punto sus seres queridos les estorban en su crecimiento espiritual. Cuando el creyente tiene otros amores además del amor de Dios, gradualmente Dios pierde significado en su vida. Aunque sus seres queridos también amen a Dios, es posible que él ame a Dios más por causa de ellos que por Dios mismo. Su relación con Dios desciende del plano espiritual al plano carnal. No debemos amar a Dios por causa de otras personas u otros asuntos; debemos amarle por causa de El mismo. Si el creyente ama a Dios por amor a sus seres queridos, su corazón estará dirigido por aquellos a quienes ama; en tal caso, Dios obtiene su amor sólo como un beneficiario del afecto que siente por sus seres queridos. Si sus seres queridos pueden inducirlo hoy a amar a Dios, también pueden inducirlo en el futuro a que deje de amarlo.

Además, cuando inclinamos nuestro corazón hacia ciertas personas, es muy difícil conservarlo tranquilo. Esto se debe a que estamos bajo la influencia de nuestras emociones, tratando intensamente de agradar a quien amamos. Al mismo tiempo, es probable que

tengamos menos interés en acercarnos a Dios que en acercarnos a quien amamos. Nuestro interés en las cosas espirituales, en lo relacionado con la intuición, disminuirá grandemente. Quizá exteriormente no se note ningún cambio, pero nuestro corazón está ligado a quien amamos. En tal caso, nuestro interés espiritual, si no se pierde totalmente, sin duda se reducirá considerablemente. Además, nuestro corazón no podrá dejar de amar las vanidades del mundo, ya que con ellas agradamos a nuestros seres queridos. Las cosas mundanas, la belleza, la fama, entre muchas otras cosas que ni siquiera vale la pena mencionarlas, gradualmente llegarán a ser el objeto de nuestra atención a fin de complacer a quienes queremos. Con el tiempo, nos olvidaremos de Dios y de lo que El desea. Debemos darnos cuenta de que sólo podemos amar a una persona y servir a un solo amo. Si amamos al hombre, no podemos amar a Dios. Debemos poner fin a cualquier afecto secreto que tengamos.

Sólo Dios puede satisfacer el corazón del creyente; los seres humanos jamás podrán satisfacerlo. El fracaso de muchos es buscar en el hombre lo que sólo puede hallarse en Dios. El amor humano no es nada; sólo es vanidad; el amor de Dios es el único que puede satisfacer los deseos del creyente. Si buscamos afecto fuera de Dios, nuestra condición espiritual inmediatamente se deteriorará. Sólo podemos vivir por el amor de Dios.

¿Significa esto que no debemos amar a nadie? La Biblia nos manda repetidas veces que amemos a nuestros hermanos y también que amemos a nuestros enemigos. Sabemos que Dios sí desea que amemos a los demás, pero El quiere ser el que guíe nuestro amor. El desea que amemos a los demás pero no por amor a nosotros mismos, sino por amor a El y en El. No hay lugar para nuestra bondad ni para nuestra perversidad natural. El afecto natural debe perder su poder. Dios quiere que nosotros aceptemos Su control por amor a El. Cuando El quiere que amemos a cierta persona, debemos obedecerle; cuando quiere que terminemos nuestra relación con ella, también debemos obedecerle.

Esta es la vida de la cruz. Sólo cuando el Espíritu Santo nos aplica la obra de la cruz de una manera profunda, y le damos muerte a la vida del alma, nuestros afectos quedan libres del yo. Cuando hemos pasado a través de la muerte, no nos sentimos adheridos a nadie; sólo los mandamientos de Dios serán nuestra guía. Nuestra vida anímica pierde su poder al experimentar la muerte, ya que está muerta en cuanto a los afectos. Sólo entonces Dios nos guía para que, en El, amemos a otros. El deseo de Dios es que nuestras relaciones con otros sean nuevas en El. Es menester que nuestras relaciones con aquellos a quienes amábamos sean nuevas en El. Toda relación natural debe terminar. Debemos experimentar la muerte de la cruz para poder empezar de nuevo nuestras relaciones en la esfera de la resurrección.

¡Qué vida tan difícil parece ser esta! ¡Sólo aquellos que realmente viven de esta manera saben cuán bienaventurado es vivir así! A menudo Dios despoja al creyente de sus seres queridos debido a su consagración o por su beneficio. Dios actúa en nosotros para que nuestro corazón se someta a El o para despojarnos de nuestro amor natural. Cuando El emplea el segundo método, hace que nuestros amados cambien su actitud hacia nosotros, o crea situaciones que nos impidan amarlos. Tal vez hagan un largo viaje o mueran o suceda alguna otra cosa. Si nuestro corazón es sincero en la consagración, Dios nos despojará de todo hasta que sólo quede El. Si el creyente desea obtener una verdadera vida espiritual, debe estar dispuesto a abandonar todo lo que ama. Dios exige que abandonemos todo lo que

en nuestro corazón impide que lo amemos. La vida espiritual no permite que nuestros afectos estén divididos. A los ojos de Dios, nuestro amor natural, ya sea por tener motivos equivocados, o por errar el blanco, o por tener excesos, es tan corrupto como nuestro odio. A los ojos de Dios, el amor que proviene de nuestro yo es tan detestable como el pecado.

Cuando el creyente haya aprendido la lección, verá cuán puro es su corazón al amar a otros, porque ya no habrá mezcla en ello. Su corazón está totalmente dedicado a Dios y permanece en El. Anteriormente, amaba a los demás, pero en realidad se amaba más a sí mismo y se consideraba más importante que ellos. Pero ahora puede compartir la tristeza y el gozo de los demás, llevar sus cargas y servirles con amor. Ya no ama lo que ama su yo, sino que ama lo que Dios desea que ame. No se ama a sí mismo más que a los demás, sino que los ama como a sí mismo. Debido a que ahora se ama a sí mismo en Dios y para Dios, también su amor al prójimo está en esta esfera. Ama a los demás como se ama a sí mismo.

Debemos entender que para nuestro crecimiento espiritual es indispensable permitir que Dios dirija nuestros afectos. ¡Qué incontrolables son nuestros afectos! Si no se someten al propósito de Dios, serán un peligro para nuestra vida espiritual. Es fácil corregir un pensamiento equivocado, pero es muy difícil modificar un afecto equivocado. Debemos amar al Señor con todo nuestro corazón y permitirle que dirija nuestro amor.

AMAR AL SEÑOR SEGUN NUESTRA ALMA

Debemos tener mucho cuidado con la idea de que podemos amar al Señor por nuestro propio esfuerzo. El Señor rechaza todo lo que procede de nuestro yo; hasta nuestro amor por El es ineficaz. Por un lado, si no amamos profundamente al Señor, el Señor se contrista; pero por otro, aun aquellos que le aman pueden contristarlo debido a que le aman con la energía de su alma. Si utilizamos el poder de nuestra alma para amar al Señor, El no se complace en eso. Nuestro amor, aun cuando esté dirigido al Señor, debe estar bajo el control absoluto del espíritu. Hay muchos que aman al Señor con un amor mundano; no es fácil encontrar el amor que proviene de Dios. ¿Qué significa esto?

Los creyentes reciben las cosas de Dios principalmente con sus corazones. Hablan de Dios el Padre; se refieren al Señor como su "amado Señor" y recuerdan Sus sufrimientos; al hacer todo esto sus corazones se llenan de gozo y sienten que aman al Señor. Piensan que este sentimiento proviene de Dios. Algunas veces, mientras meditan en lo que es la cruz del Señor, no pueden retener las lágrimas, sienten un amor ardiente e indescriptible por el Señor. Sin embargo, todas estas cosas pasan por sus vidas como los barcos que navegan por el mar sin dejar rastro alguno. Quizá así es el amor de muchos creyentes. ¿Qué clase de amor es éste? Es un amor que sólo complace al que ama. Eso no es amar a Dios sino amar el placer de amar. Meditar en los sufrimientos del Señor conmueve sus corazones, pero sus vidas no son afectadas.

¡Qué poco poder tienen los sufrimientos del Señor Jesús en los corazones de los creyentes de hoy! Cuando piensan en esas cosas, se enorgullecen pensando que aman al Señor más que los demás! Cuando hablan al respecto, parecen personas celestiales, pero en realidad, no han abandonado la triste condición de su yo. Cuando alguien los oye hablar, piensan que ellos aman mucho al Señor, los admira y alaba, pero de hecho, se aman a sí mismos.

Recuerdan, hablan y añoran al Señor sólo porque eso les trae regocijo. Hacen todo esto porque su meta es obtener felicidad, no por el Señor mismo. Tales recuerdos hacen que su "espiritualidad" se sienta satisfecha, y continúan recordando al Señor vez tras vez. Esto es anímico y terrenal, y no proviene de Dios. Por lo tanto, no es espiritual.

¿Cuál es la diferencia entre el amor espiritual y el amor anímico? Exteriormente, no es fácil distinguirlos; sin embargo, cada creyente puede distinguir el origen de su propio amor. El alma es nuestro yo. Todo lo que es anímico no puede separarse del yo. Un amor anímico por el Señor proviene del yo. Amar a Dios con el fin de obtener sentimientos que nos complazcan a nosotros es amarlo anímicamente. Si el amor a Dios es espiritual, no hay nada del yo mezclado en él. Significa amar a Dios sólo por causa de El. Si el amor que profesamos a Dios lo expresamos para traer placer total o parcialmente a nuestro yo, proviene del alma. También si observamos los frutos de nuestro amor, podemos discernir su origen. Si el amor es anímico, no tiene poder para librarnos permanentemente del mundo, y tenemos que seguir luchando y esforzándonos para desprendernos de la atracción del mundo. Pero si el amor es espiritual, las cosas y los asuntos mundanos son abandonados de una manera espontánea debido al mismo amor. El que tiene este amor menosprecia al mundo, y lo reconoce como algo que debe aborrecerse; sus ojos ya no se fijan el mundo porque la luz gloriosa de Dios cegó sus ojos carnales. Cuando uno ama al Señor de este modo, no se jacta de ello sino que se humilla, como si fuera el más pequeño de todos los hombres.

El carácter del amor de Dios es inmutable; mientras que nuestro amor cambia constantemente. Si amamos al Señor con nuestro amor, nos volveremos fríos hacia El cada vez que nos sintamos tristes. Después de un largo período de pruebas, seguramente fracasaremos debido a que amamos a Dios con nuestro propio amor; es decir, lo amamos por causa de nosotros mismos, por nuestra propia felicidad. Así que cuando no obtenemos la felicidad que esperábamos, retrocedemos en nuestro amor hacia El. Si se trata del amor de Dios, no importa en que situación ni en qué posición nos encontremos, seguiremos amando al Señor. "Porque fuerte como la muerte es el amor; duros como el Seol los celos ... Las muchas aguas no podrán apagar el amor" (Cnt. 8:6-7). Si el creyente ama a Dios, lo amará sin importar las circunstancias ni los sentimientos. Un amor anímico cesa cuando se detiene la acción de la parte emotiva; pero el afecto espiritual es fuerte y jamás deja de ser.

El Señor frecuentemente conduce al creyente por experiencias penosas a fin de que éste pueda amarle con un amor que no sea el suyo propio. Cuando amamos al Señor con nuestro propio amor y en nuestro propio beneficio, tenemos que sentir que el Señor nos ama a fin de responderle con amor; pero cuando amamos a Dios con el amor de El y por causa de El, El no nos permite sentir Su amor hacia nosotros, pues desea que creamos en Su amor. Al principio de la vida cristiana, el Señor atrae al creyente haciéndole sentir Su amor en muchas maneras. Cuando el creyente experimenta esto, El lo guía a una experiencia más profunda. No le permite que sienta Su amor, sino que hace que *crea* en Su amor. Debemos prestar atención al hecho de que gustar el amor del Señor a este nivel es un nivel al que todo creyente que desea avanzar *debe* llegar. Sólo cuando el creyente es atraído por el amor del Señor, puede abandonarlo todo para acercarse a El. En la etapa inicial de la vida espiritual, es muy necesario sentir el amor del Señor; es algo que el creyente debe anhelar. Después de cierto tiempo, el creyente no debe aferrarse a ese sentimiento, porque hacerlo

perjudicará su vida espiritual. Hay diferentes experiencias para las diferentes estaciones de nuestra vida espiritual. Es correcto y provechoso tener ciertas experiencias en estaciones o situaciones determinadas. Pero si el creyente trata de repetir las primeras experiencias en un nivel posterior, sufre un retroceso. Después de que sentimos el amor del Señor, El quiere que creamos en Su amor; así que, con el tiempo, el Señor ya no nos permite sentir Su amor, pues desea que creamos en la inmutabilidad de Su amor. Si después de sentir el amor del Señor, perdemos repentinamente ese sentimiento, no nos debemos alarmar; debemos comprender que estamos entrando en la etapa de creer en Su amor.

DEBEMOS SER CAUTELOSOS

Si deseamos andar conforme al espíritu, debemos conservar la quietud en nuestro amor; de lo contrario, no podremos escuchar la voz de la intuición. Si nuestro afecto no está totalmente sujeto al propósito de Dios, nuestro corazón será perturbado. Eso impedirá que seamos guiados por el espíritu. El creyente debe prestar atención en el espíritu *continuamente* a las personas o las cosas que despiertan su afecto. Si Satanás no logra vencerlo de otra forma, lo tentará en esta área. Muchos creyentes han fracasado debido a esto; así que, debemos ser cautelosos.

Nada despierta nuestro amor tanto como los amigos. Entre los amigos, las personas del sexo opuesto son las que más nos estimulan debido a que por la gran diferencia en género uno tiene que adaptarse no sólo física sino también psicológicamente a la otra persona. Como hay una diferencia tan marcada en nuestra constitución natural, surge un gran poder de atracción mutua. Esto es anímico y natural y, por ende, lo debemos rechazar.

Es una realidad que el sexo opuesto puede estimular fácilmente el amor. El estímulo que una persona del mismo sexo produce es mucho menos intenso. Debido a que hay una exigencia psicológica mutua, la persona cree que las personas del sexo opuesto son más accesibles que las del mismo sexo. Esta inclinación es común, natural e inherente a toda persona. El amor hacia personas del sexo opuesto se despierta muy fácilmente, y responde a una leve provocación.

Todo esto se refiere al aspecto natural. Esto es lo que sucede en la realidad. Por lo tanto, si el creyente desea andar según el espíritu, debe prestar atención a este hecho. Al relacionarse con otras personas, especialmente en lo pertinente al amor, si se trata de alguien del mismo sexo, el creyente debe conducirse de una manera, y si se trata del sexo opuesto, de otra. Necesitamos estar conscientes de que estamos bajo el influjo del alma. Si tratamos a una persona de cierta manera solo por ser del sexo opuesto, entonces nuestro afecto está en al esfera natural. Si el creyente siente que una fuerza misteriosa lo atrae hacia alguien del sexo opuesto, debe saber que su afecto natural se ha activado. Algunas veces esta clase de estímulo se mezcla con un motivo recto. Sin embargo, si existe el más leve pensamiento acerca de una persona del sexo opuesto mezclado con sus otros pensamientos, el creyente puede saber con certeza que esa relación no es puramente espiritual.

Mientras el obrero cristiano está en su labor, debe tener cautela para que en su obra no se introduzca ningún sentimiento con respecto a alguien del sexo opuesto. Todo deseo de ser admirado por alguien del sexo opuesto debe ser rechazado inmediatamente. Las palabras y

actitudes que son afectadas por una persona del sexo opuesto anulan el poder espiritual. Todo debe ser hecho en quietud y con motivos puros. Recordemos que el pecado no es lo único que nos contamina; todo lo que proceda del alma también contamina.

¿Significa todo esto acaso que el creyente no debe tener amigos del sexo opuesto? La Biblia no enseña tal cosa. Mientras el Señor estuvo en la tierra, se relacionó con Marta, con María y con otras mujeres. Lo importante es si el afecto es gobernado por el Señor o si el efecto del alma está presente. Es normal que los hermanos y las hermanas se relacionen unos con los otros. Pero no debe existir ni la actividad del alma ni el pecado. Antes de que el creyente experimente una obra completa de la cruz es mejor no tener amigos del sexo opuesto. Sin embargo, no importa el grado de crecimiento que el creyente alcance, si el busca o anhela tener amigos del sexo opuesto, sin duda está siendo controlado por el alma. Debemos sujetarnos en todo, a lo que Dios disponga. En pocas palabras, el amor del creyente debe consagrarse totalmente a Dios. Si sentimos que es difícil entregar a Dios el afecto que sentimos por alguien, tenemos que reconocer que nuestra vida anímica está controlando nuestro afecto. Si nuestro amor no puede someterse al propósito de Dios en alguna área, con seguridad muchas cosas que no son espirituales están mezcladas en esa área en particular. El amor anímico sólo nos guía al mundo y a cometer pecados. Si nuestro afecto no proviene del Señor, tarde o temprano se convertirá en lujuria. Sansón no fue el único que fracasó en esta área. Dalila continúa cortando el cabello de muchos en muchas partes.

Previamente dijimos que es difícil que los creyentes consagren su amor. Así que la consagración de esto es una señal de verdadera espiritualidad. Según el grado en que un creyente muera a sus afectos y a su búsqueda de amor, ése es el mismo grado de espiritualidad que posee. El amor es una gran prueba. Si no morimos a los afectos del mundo, no hemos muerto a nada. Estar muerto a los afectos es estar muerto para el mundo. Desear la amistad y el amor del amado indica que nuestra vida anímica no ha muerto. La verdadera muerte de la vida del alma puede ser vista cuando abandonamos nuestro amor, y sólo tenemos el amor de Dios. La posición del hombre espiritual es muy elevada, ya que está por encima del amor humano.

CAPITULO TRES

LOS DESEOS

Los deseos ocupan la mayor parte de nuestra vida anímica; ellos se unen a nuestra voluntad para crear rebeldía o una actitud antagónica contra la voluntad Dios. Existen tantos deseos en nosotros que nuestros sentimientos se confunden y no logramos entrar en la quietud del espíritu. Nuestros deseos estimulan nuestros sentimientos y provocan muchas experiencias turbulentas. Si el creyente no es libre de su pecado, su deseo se une a éste y encuentra agradable pecar; así el nuevo hombre cae en la esclavitud y pierde su libertad; aun después de haber sido librado de las manifestaciones externas de los pecados, anhelan muchas cosas que no tienen nada que ver con Dios. Cuando el creyente es emotivo, es gobernado por sus deseos. Si la cruz no hace una obra profunda para que los deseos sean juzgados según la luz de la cruz misma, el creyente nunca vivirá plenamente para Dios ni en el espíritu.

Cuando el creyente es anímico, la fuerza de sus deseos lo controlan. *Todos* los deseos naturales y anímicos del hombre están relacionados con la *vida del yo.* Se centran en el ego, son motivados por el ego y acatan sus dictados. Mientras uno sea anímico, no cede su voluntad al Señor, y tiene muchas ideas personales. Desear es cooperar con las ideas que uno tiene para complacerse en ellas según su propia voluntad y con el fin de que se lleven a cabo. Los placeres, la vanagloria, la exaltación personal, el amor, la compasión y la estima propia provienen de los deseos del hombre. Estos hacen que el yo sea el centro de todo. Por ejemplo, ¿hay algo que el hombre desea y disfruta que no esté relacionado con el yo? Si nuestros deseos son examinados a la luz del Señor, veremos que no importa qué deseemos o cuánto lo deseemos, no podemos escapar de la participación del yo. ¡Todos nuestros deseos están dirigidos al ego! Si el objetivo de ellos no es nuestro propio placer, entonces es glorificar al yo. Cuando los creyentes se encuentran en esa condición, no tienen la posibilidad de vivir en el espíritu.

LOS DESEOS NATURALES DEL CREYENTE

El orgullo surge de los deseos, los cuales llevan el hombre a buscar algo para sí mismo a fin de poder ser alabado por los demás. Cualquier tendencia a jactarse de la posición que uno tiene, de su tradición familiar, de su salud, de su personalidad, de su destreza, de su apariencia y de su poder, proviene de la parte emotiva de uno, específicamente de los deseos. Detenerse en las diferentes formas de vivir, de vestir o de comer y buscar satisfacción en ellas también es el efecto de la parte emotiva de uno. Inclusive pensar que el don que uno recibió de Dios es superior al de otros es un pensamiento inspirado por la parte emotiva.

¡Es asombroso cuánto le encanta al creyente emotivo exhibirse! Le encanta ver y ser visto. No tolera ser restringido por Dios, y trata por todos los medios de sobresalir. Le es imposible someterse a la voluntad de Dios y pasar inadvertido; no puede negarse a su yo secretamente. Le agrada llamar la atención de las personas. Su deseo o su amor propio se

hiere cuando los hombres no lo honran, pero no cabe de gozo cuando es estimado y reconocido por alguien. Se complace en escuchar que las personas lo alaben, pues piensa que los elogios son justificados. Aun al laborar para el Señor, procura destacarse de muchas maneras. Al dar un mensaje o al escribir un libro hay en él un motivo secreto que lo estimula. En pocas palabras, su corazón, lleno de vanagloria, todavía está vivo y busca lo que ama y lo que alimenta su ego.

Los deseos naturales despiertan la ambición del creyente, la cual es inspirada por los deseos naturales. El anhelo de esparcir su propia fama, de estar por encima de los demás o de recibir honra de las personas, procede de la vida del alma. El deseo de tener éxito, de obtener mucho fruto, de ser poderoso espiritualmente y de ser útil en la obra, proviene del anhelo por glorificar el yo. En nuestra vida espiritual, la búsqueda de crecimiento, de profundidad y de experiencias loables son, en muchos casos, una búsqueda de nuestra propia felicidad, así como de la admiración de los demás. Si observamos el curso de la vida y obra del creyente desde su origen, descubriremos que gran parte de ella obedece al los intereses del yo. Los deseos del creyente son la fuente de todo en su vida y en su obra.

El creyente debe saber que cuando su vida y su obra son motivadas por la ambición, aunque todo lo que haga parezca bueno, loable y fructuoso, a los ojos de Dios sólo es madera, heno y hojarasca. Esta conducta y esta labor carecen de valor espiritual. Cualquier pensamiento en pro del yo basta para corromper cualquier actividad, y Dios no se complace en ella, porque a Sus ojos, el deseo del creyente por obtener fama espiritual es tan detestable como las lujurias del pecado. Si uno anda según sus deseos naturales en todas sus acciones, tendrá el ego en alta estima. Pero Dios aborrece el yo.

Los deseos naturales también se presentan en otros aspectos de la vida del creyente. Su vida anímica suspira por la conversación y el intercambio con el mundo; lo impulsa a ver o a leer lo que no debe. No digo que haga estas cosas habitualmente; pero ocasionalmente un fuerte impulso interno lo lleva a hacer lo que sabe que no debe. En dicha actitud se ve la vida anímica. Muchos han tenido esta experiencia hasta cierto grado. La actividad de su alma también puede verse en la manera en que uno se conduce, y es más evidente en la manera en que habla y actúa. El que anda fielmente según el espíritu, sabe que todas estas cosas son pequeñeces, pero si obedece el impulso de sus deseos, será imposible que continúe andando por el espíritu. Necesitamos tener presente que en los asuntos espirituales, nada es demasiado insignificante, pues aun una insignificancia puede impedir nuestro progreso.

Cuando el creyente es impulsado por sus deseos naturales se vuelve temerario. Cuanto más espiritual llega a ser un creyente, más normal es, ya que se une a Dios en lo que El dispone; pero el creyente se vuelve intrépido cuando es impulsado por sus deseos naturales. El creyente emotivo se complace en ser un héroe y le gusta correr riesgos para satisfacer su ego e impresionar a los demás. Cuando es impulsado por su atrevimiento, muchos aspectos de su comportamiento ponen en evidencia su inmadurez. No le interesa mucho su madurez, pero trata de mostrar cuán perspicaz es. Al examinar su actitud se siente culpable, pero sólo momentáneamente, puesto que se considera muy importante. Esta imprudencia impulsa al hombre, y si él le obedece pierde su normalidad, se extralimita.

La inclinación por el placer o el deleite también es una manifestación prominente del creyente emotivo. Las emociones no permiten que los creyentes vivan exclusivamente para Dios, y se oponen a ello con firmeza. Si el creyente acepta las exigencias de la cruz y pone fin a sus emociones a fin de vivir incondicionalmente para el Señor, se dará cuenta de que las emociones siguen exigiendo que se les reserve espacio para continuar sus actividades. Esta es la razón por la cual numerosos cristianos no logran vivir para el Señor sin reservas. No es necesario decir mucho; basta con observar la vida que llevan, sin mencionar otras cosas. Sólo mencionaremos las oraciones de combate en contra del enemigo ¿Cuántos creyentes pueden participar en la batalla de la oración, la cual se libra para el Señor, durante un día entero, sin reservar ningún período para su propio placer? Hallar deleites es dar oportunidad a nuestras emociones. ¡Qué difícil es vivir en el espíritu todo el día! Siempre reservamos algún tiempo para nosotros mismos o para conversar con otros, a fin de satisfacer nuestras emociones. Pero cuando Dios nos aparta para El y no vemos a nadie, ni siquiera vemos el firmamento, y se nos exige que vivamos en el espíritu y sirvamos al Señor delante del trono, entonces nos damos cuenta si nuestras emociones han sido puestas en la cruz o no, cuánto nos exigen y cuánto vivimos todavía en ellas.

Los creyentes emotivos también son impacientes. Nuestra parte emotiva no sabe lo que significa esperar en Dios ni esperar Su revelación ni seguir la dirección del Espíritu Santo. Las emociones siempre se apresuran e inducen al creyente a obrar de manera precipitada. Las emociones no están conformes cuando el creyente espera en el Señor, conoce la voluntad de Dios y da un paso a la vez, sin obedecer sus propios deseos. Si el creyente no ha hecho morir sus emociones en la cruz, no puede andar conforme al espíritu. Además, debe comprender que de los centenares de cosas realizadas bajo dicho impulso, ni una sola concuerda con la voluntad de Dios.

Necesitamos tiempo para orar, para prepararnos, para esperar y para volver a llenarnos de la fuerza del Espíritu Santo. ¿Cómo evitaremos equivocarnos si actuamos apresuradamente? Dios sabe que la parte emotiva de nuestra carne es impaciente; así que utiliza a nuestros colaboradores, nuestros hermanos, nuestros familiares, nuestras circunstancias y nuestras posesiones para desgastarnos y equilibrarnos. El desea que nuestra impaciencia llegue a su fin para que El pueda actuar en nosotros. Dios no obra apresuradamente ni da Su poder a los impacientes. Así que el que es impaciente hace las cosas con su propia fuerza. La prisa es, sin duda, obra de la carne. Dios no desea que andemos según la carne; debemos estar dispuestos a dar muerte a nuestra impaciencia. Cada vez que la emoción venga a apresurarnos, debemos orar y decir: "Señor, una vez más me impaciento. Haz que Tu cruz opere en mí". Una persona que anda por el espíritu no debe ser apresurada.

Dios no quiere que hagamos nada por nuestra cuenta. El desea que esperemos en El y esperemos Sus órdenes. Nuestras acciones deben ser el resultado de esto. Sólo lo que se nos comunica mediante nuestro espíritu procede de Dios. ¿Cómo puede lograrse esto si el creyente vive según sus propios deseos? El creyente que se circunscribe a sus deseos, es impaciente hasta para hacer la voluntad de Dios. No sabe que Dios no sólo tiene una voluntad sino también un tiempo oportuno para cada cosa. Tal vez seamos uno con su voluntad, pero El también desea que esperemos a que llegue el debido momento. La carne no tolera esto. Cuando el creyente avanza espiritualmente, descubre que el tiempo del Señor y Su voluntad son igualmente importantes. Si nos precipitamos a dar a luz a Ismael,

más tarde veremos que éste será el peor enemigo de Isaac. Los que no pueden esperar en el momento dispuesto por Dios, no pueden obedecer Su voluntad.

Un creyente emotivo no espera en Dios, porque sus deseos giran en torno a sí mismo, y actúa según ellos. No confía en Dios ni permite que Dios obre en su interior. No puede depositarlo todo en las manos de Dios y abstenerse de utilizar su propia fuerza. No es capaz de confiar, debido a que esto requiere que se niegue al yo. Si sus deseos no son eliminados, su yo permanecerá activo. A este creyente le encanta ayudar a Dios, como si Dios fuera tan lento que necesita ayuda. Todo esto es obra del alma; es la actividad del yo instigado por los deseos. Si el creyente actúa apresuradamente, Dios hará que sus obras sean infructuosas, a fin de que no tenga otra alternativa sino negarse a sí mismo.

La justificación propia también es muy común entre los creyentes emotivos. Se sienten incomprendidos o juzgados equivocadamente. Algunas veces el Señor quiere que Sus hijos esclarezcan algunas cosas, pero si esto no proviene del Señor, la mayoría de las veces será hecho por la vida del alma. Casi siempre el Señor desea que Su pueblo ponga todas las cosas en Sus manos y que ellos no se defiendan. Pero, ¡cuánto nos gusta defendernos! ¡Qué terrible es que no nos comprendan! Eso reduce nuestra gloria y rebaja nuestra dignidad. El yo no puede guardar silencio ante falsas acusaciones, ni puede aceptar que fue Dios quien lo dispuso todo. No pueden esperar a que Dios lo vindique, pues percibe que El es demasiado lento. Estos creyentes quieren que Dios los justifique de inmediato para que todo el mundo sepa que son justos. Todo esto proviene de los deseos del alma. Si en el momento en que el creyente es incomprendido somete bajo la mano poderosa de Dios, descubrirá que Dios desea que se niegue a su yo y a los deseos de su alma con mayor profundidad. Esta es la cruz aplicada en la práctica. Cada vez que el creyente experimenta la cruz, vive una vez más su propia crucifixión. Pero si obedece el deseo del yo y se vindica a sí mismo, hallará que el poder del yo será cada vez más difícil de subyugar.

Si los deseos naturales del creyente no han sido quebrantados por la cruz, buscarán consuelo en la hora del sufrimiento. La parte emotiva del creyente lo impulsa a confiar sus problemas a otros para mitigar su dolor y aligerar su carga. Su deseo natural es buscar consuelo, y por eso informa a otros sobre sus desgracias. Espera que cuando comunique sus problemas, obtendrá el apoyo y la solidaridad de los demás. Anhela comprensión y consuelo porque estas cosas lo reconfortan. Debido a que sus deseos naturales o los de su yo no han sido quebrantados, no le basta que Dios conozca su caso. No puede entregar su carga al Señor ni permitir en silencio que Dios lo introduzca en una experiencia más profunda de la cruz por medio de las circunstancias y prefiere el consuelo de los hombres que el de Dios. Su vida codicia lo que otros pueden darle y menosprecia lo que Dios dispone para él. Sin embargo, el creyente debe saber que la manera más eficaz de perder su vida anímica no es buscar la comprensión y el consuelo de los hombres, ya que eso sólo alimenta nuestra alma. La vida del espíritu consiste en tener comunión con Dios y hallar en ello su plena satisfacción. El poder que soporta la soledad es el poder del espíritu. Siempre que buscamos los caminos del hombre para que aligeren nuestra carga, estamos andando de acuerdo con nuestra alma. Dios desea que permanezcamos en silencio a fin de que la cruz que El nos preparó haga su obra. Si el creyente guarda silencio ante la aflicción, experimentará la cruz. Callar es aplicar la cruz. Todo aquel que guarda silencio disfruta la realidad de la cruz, la cual nutre su vida espiritual.

EL PROPOSITO DE DIOS

El propósito de Dios es que el creyente viva en el espíritu y esté dispuesto a hacer morir totalmente su vida anímica. Dios no tiene otra alternativa que eliminar todo deseo natural del creyente. En muchos casos las cosas no son ni buenas ni malas; aunque sean buenas, Dios no permite que el creyente las obtenga por la simple razón de que son el fruto de su impulso y porque él las desea. Si el creyente se conduce según sus propios gustos, aunque las cosas tal vez sean muy buenas, no puede evitar rebelarse contra Dios. El propósito de Dios es destruir totalmente todo lo que el creyente desea *aparte de El.* Al Señor no le interesa el carácter de las cosas; para El sólo cuenta si lo que gobierna son los deseos del creyente o la voluntad de Dios. Hasta la mejor de las obras o una conducta intachable, si es fruto de los deseos del creyente y no procede de lo revelado a la intuición, no tiene ningún valor espiritual. Tal vez Dios desee que los creyentes hagan muchas cosas, pero debido a que son motivados por sus propios deseos, El se opone a todas sus actividades. Sólo cuando el creyente se somete totalmente a Dios, se le permite continuar con la obra. Dios desea que Su voluntad, la cual nos da a conocer en nuestra intuición, sea el principio que rija nuestra conducta. Aunque nuestros deseos coincidan con los Suyos, no permitirá que los obedezcamos. Sólo debemos obedecer Su voluntad y negarnos todo deseo personal. Esta es la sabiduría de Dios. Aunque algunas veces nuestros deseos concuerden con Su voluntad, El no permitirá que ellos nos gobiernen, porque todavía son *nuestros* deseos. Si se nos permite obedecer nuestros deseos, aunque sean buenos y justos, daremos lugar a nuestro yo.

A pesar de que algunos de nuestros deseos correspondan a la voluntad de Dios, El los rechaza debido a que se originaron en nuestro yo. El desea que rompamos por completo con todo lo que amamos *que no sea El mismo.* Aunque las cosas que deseemos tal vez sean excelentes, El no quiere dar cabida a los deseos independientes de nuestro yo. Debemos depender de El en todo. El no desea nada que no dependa de El. Es así como nos lleva adelante, paso a paso, a que nos neguemos por completo a la vida del alma.

Si el creyente desea seriamente llevar una vida espiritual genuina, debe cooperar con Dios y dar muerte a los deseos. Todo nuestro interés, nuestras tendencias y todo lo que amamos, debe morir. Debemos gustosamente aceptar la oposición de los hombres, su desprecio, su rudeza, su incomprensión y sus críticas, y permitir que todo lo que contradice nuestros deseos naturales quebrante nuestra vida anímica. Debemos aprender a aceptar todos los sufrimientos, las aflicciones y aun una posición humilde como algo dispuesto por Dios para nosotros. No importa cuánto sufra la vida de nuestra alma ni cuanto se incomoden o se hieran nuestros sentimientos, tenemos que experimentar todo esto con perseverancia. Si experimentamos la cruz, en poco tiempo veremos crucificada la vida de nuestro yo. Llevar la cruz equivale a ser crucificado. Cada vez que aceptamos en silencio lo que nos sobreviene en contra de nuestros deseos naturales, agregamos otro clavo que fija nuestra vida anímica más firmemente a la cruz. Toda vanagloria debe ser crucificada. Nuestro deseo de ser vistos, honrados, alabados, exaltados y reconocidos debe ser crucificado. Nuestro deseo de presentar nuestras necesidades debe ser crucificado. Todo adorno externo por el que obtenemos los elogios de las personas tiene que ser crucificado. Toda exaltación y jactancia personal también tienen que morir en la cruz. Debemos abandonar lo que nosotros deseamos, sea lo que sea. Para Dios todo lo que proceda de nosotros mismos es corrupto. ¿Cómo puede nuestra parte emotiva no sentir pena por nuestros deseos

insatisfechos? La redención requiere que nos despojemos de la vieja creación. La voluntad de Dios y nuestros deseos anímicos no pueden coexistir. Si el creyente desea seguir al Señor debe ir en contra de sus propios deseos.

Ya que éste es el propósito de Dios, El dispuso que el creyente pase por muchas pruebas para que todos sus deseos, como la escoria, sean consumidos por el fuego de los sufrimientos. Tal vez el creyente aspira a obtener una posición elevada, pero el Señor no le permite ser exaltado; puede tener muchas esperanzas, pero el Señor no le permite tener éxito en nada, sino que hace que todas sus esperanzas se desvanezcan. Tal vez tenga muchos deleites, pero el Señor se los quitará, hasta que no le quede ninguno ni la posibilidad de volver a obtenerlos. El creyente codicia la gloria, pero el Señor le impone vergüenzas. En los designios del Señor casi nada coincide con los pensamientos del creyente; todo parece ser el castigo de Su vara. Aunque el creyente lucha intensamente, el Señor, aunque no se sabe que es El, lo está guiando a encontrarse cara a cara con la muerte. Es como si todo estuviera muerto; como si todo lo condujera a la muerte, como si todo operara para que perdiera la esperanza de vivir. Es en ese momento cuando el creyente comprende que no puede escapar de la muerte y que todo se lo debe a Dios; entonces cede a El y escoge voluntariamente morir. Esto le hace perder la vida del alma a fin de vivir plenamente en Dios. Dios tuvo que hacer muchas cosas para conducirlo a esta muerte. El creyente debe perseverar durante largo período, pero una vez que ha pasado por la muerte, todo estará bien, y Dios obtendrá lo que se había propuesto con él. Después de esto avanzará rápidamente en su experiencia espiritual.

Cuando el creyente ya no tiene interés en sí mismo, puede someterse plenamente a Dios ya que está dispuesto a ser lo que Dios desea; sus deseos personales ya no son contrarios a los de Dios, y ya no anhela nada, excepto a Dios. Su vida es sencilla y no espera ni exige ni codicia nada; se somete voluntariamente a la voluntad de Dios. Una vida que se sujeta a la voluntad de Dios es la vida más sencilla que hay sobre la tierra porque es una vida que no anhela nada que satisfaga al yo, sino que obedece a Dios en silencio.

Cuando el creyente está dispuesto a abandonar sus propios deseos, su vida halla el verdadero reposo. Antes estaba lleno de deseos, agotaba su ingenio, sus fuerzas, su astucia, sus engaños y sus métodos con tal de obtener lo que deseaba. Su corazón siempre estaba confuso. Mientras iba en pos de lo que deseaba, se llenaba de ansiedad y angustia. Cuando era derrotado, se preocupaba e irritaba. ¿Cómo podría alguien descansar en esas condiciones? Los creyentes que aún no han abandonado sus propios deseos ni se han sometido totalmente a Dios, se desaniman por los cambios que sufren las relaciones humanas, las condiciones imprevistas de sus circunstancias, las adversidades en su vida, su soledad y muchas otras cosas externas. Es muy común ver el desánimo en aquellos cuyas emociones son fuertes; también la ira es provocada por los deseos naturales. El creyente se enoja, se angustia o se enfurece cuando las circunstancias no concuerdan con sus deseos, y para él son injustas. Vemos que todas estas expresiones emocionales son reacciones a la forma en que las personas lo tratan. Sus emociones agradables son fácilmente perturbadas, provocadas y heridas por los demás. El creyente por naturaleza desea amor, respeto, comprensión y aceptación de los demás, y cuando no los obtiene, murmura y se queja. ¿Quién puede evitar todo esto? ¿Existe alguien que, viviendo en este mundo hostil, haya cumplido plenamente sus deseos? El creyente emotivo nunca hallará descanso en su vida.

El creyente solamente obtiene descanso cuando se conduce en conformidad con su espíritu, no busca complacer sus deseos y está satisfecho con lo que Dios le da.

El Señor Jesús les dijo a Sus discípulos: "Tomad sobre vosotros Mi yugo, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas (Mt. 11:29). La palabra "almas" se refiere especialmente a la parte emotiva. El Señor Jesús conoce las pruebas por las que pasa Su pueblo. El sabía que así como el Padre lo trató a El, del mismo modo permitiría que ellos estuvieran solos y que fueran calumniados y menospreciados por los hombres (v. 27). Sabía que el Padre celestial permitiría que les sobrevinieran muchas adversidades para que se fueran desacostumbrando al mundo. El sabe lo que sienten las almas de los creyentes mientras pasan por el horno de fuego. Por esta razón les dice que deben aprender de El para que hallen reposo para sus emociones. Como El era manso, no le afectaba la manera en que los demás lo trataban, y gustosamente soportaba la oposición de los pecadores. Por ser humilde, se humilló voluntariamente y no tenía ambición. Los que son ambiciosos se sientes dolidos, airados e inquietos cuando no obtienen lo que desean. El Señor vivió en este mundo con toda mansedumbre y humildad; así que sus emociones no pudieron ser afectadas. Dijo que necesitábamos aprender de El y que debemos ser tan mansos y tan humildes como El. También dijo que debemos llevar su yugo sobre nosotros, lo cual significa que debemos ser restringidos. El Señor tomó Su propio yugo, el yugo de Dios; a El sólo lo satisfacía la voluntad de Dios. Siempre que Dios lo reconociera, no importaba si otros estaban en contra de El. Aceptó voluntariamente las restricciones que Dios le impuso, y ahora nos dice que debemos llevar Su yugo, aceptar Sus restricciones y conducirnos sólo según Su voluntad, sin buscar libertad para la carne. Esto evitará que nuestras emociones sean perturbadas o provocadas por alguna cosa. Esto es la cruz. Si el creyente está dispuesto a recibir la cruz del Señor, y se somete totalmente a El, hallará reposo para sus emociones.

Esta es una vida *satisfecha*. El creyente ya no desea nada porque hizo la voluntad de Dios y está plenamente satisfecho con ella. Dios mismo satisfizo su deseo. Para él todo lo que Dios le dio, todo lo que dispuso para él y todo lo que le exige y le ordena es bueno. Ya no busca su propio placer, pues se deleita en hacer la voluntad de Dios. Antes tenía muchos deseos desenfrenados, pero ya aprendió a morir a sus propios deseos y a satisfacerse sólo con la voluntad de Dios. Ya no busca lo que le gusta y no por esforzarse, sino porque la voluntad de Dios lo satisfizo. Está satisfecho y ya no tiene necesidades. Esta clase de vida sólo puede expresarse con la palabra *satisfecho.* Una de las características de la vida espiritual es la satisfacción. No en el sentido de sentirse uno suficiente ni complacido a sí mismo, ni por tener abundancia, sino porque el creyente suplió todas sus necesidades en Dios (en la voluntad de Dios), y para él la voluntad de Dios es lo mejor. Está satisfecho y no desea nada más. Los creyentes que viven centrados en sus emociones tienen muchos deseos porque no creen que lo que Dios dispuso es lo mejor. Desean más, llegar más alto, ser más grandes y más felices, tener más gloria y destacarse más. Pero una vez que el Espíritu Santo actúa en lo profundo de su ser mediante la cruz, los creyentes ya no aman nada ni desean nada según ellos mismos, pues sus deseos son satisfechos con Dios.

A estas alturas, los deseos del creyente son totalmente renovados. Esto no significa que después no pueda haber fracasos. Su deseo se unió al de Dios. No sólo dejó de resistir al Señor, sino que se deleita en lo que le place a Dios. No se esforzó por suprimir sus deseos;

sino que se deleita en lo que Dios le exige y en lo que Dios se deleita. Si Dios quiere que sufra, le pide a Dios que lo haga sufrir, y halla que el sufrimiento es agradable. Si a Dios le place que sea herido, con gusto usaría sus manos para herirse a sí mismo. En tal caso, se deleitaría en la aflicción más que en la prosperidad. Si Dios desea humillarlo, coopera con El alegremente humillándose. Sólo disfruta lo que Dios disfruta, y no busca nada aparte de Dios. Si Dios no lo exalta, él no procura ser exaltado ni resiste a Dios; por el contrario, recibe todo lo que El le concede, ya sea algo dulce o amargo.

La cruz produce frutos. Toda crucifixión traerá como fruto la vida de Dios. Los que voluntariamente aceptan la cruz práctica que Dios les da, experimentarán una vida espiritual sin mezclas. Cada día debemos tomar la cruz en conformidad con lo que Dios desea para nosotros. Cada cruz, como parte de la obra de Dios en nosotros, tiene su misión específica. No permitamos que ninguna cruz que nos sobrevenga sea en vano.

CAPITULO CUATRO

UNA VIDA CENTRADA EN LOS SENTIMIENTOS

LA EXPERIENCIA DEL CREYENTE

Cuando la relación de los creyentes con el Señor se basa en el amor, ambos hallan plena satisfacción. Por lo general, estos creyentes llevan una vida llena de sentimientos. Estas experiencias son muy valiosas para ellos, pues las obtienen después de ser librados del pecado y antes de experimentar una vida espiritual de mayor entrega. Debido a su falta de conocimiento espiritual suponen que esta clase de experiencia es muy espiritual y muy celestial, ya que se presenta después de haber sido librados del pecado y además les proporciona mucho gozo. El deleite que concede les satisface tanto que encuentran difícil prescindir de ellas.

El creyente que experimenta una vida llena de sentimientos siente tanto la proximidad del Señor que casi puede tocarlo. Experimenta tanto la dulzura del amor del Señor que siente que lo ama profundamente. Parece que un fuego arde en su corazón y disfruta una felicidad indecible que lo hace sentir como si ya estuviera en los cielos. Lo que se encuentra en su corazón le produce un sentimiento tan placentero que estima que posee un tesoro invaluable. Este sentimiento permanece con él a donde quiera que va y en todo lo que hace. Cuando el creyente pasa por estas experiencias, no tiene idea de dónde se halla, y parece que se ha remontado fuera de este mundo hasta donde moran los ángeles.

En esos momentos la lectura de la Biblia es muy deleitosa. Cuanto más lee, mayor es la alegría. La oración también se vuelve fácil y le es grato expresar sus sentimientos al Señor. Parece que cuanto más ora, más brilla la luz del cielo. Puede tomar muchas decisiones delante del Señor, lo cual indica lo mucho que lo ama. Le encanta la quietud y la soledad para poder encontrarse cara a cara con el Señor. Si pudiera, cerraría su puerta para siempre a fin de tener una comunión ininterrumpida con el Señor. Es tanta su felicidad que ni las palabras ni lo que pudiera escribir bastarían para describirla. Antes le gustaba vivir entre las multitudes buscando algo que satisficiera sus necesidades; pero ahora anhela la soledad, porque lo que pueden ofrecerle las multitudes jamás podría compararse con el gozo que recibe cuando se halla a solas con el Señor. Desea estar a solas por temor a perder entre las multitudes su inefable gozo.

Durante estas experiencias es muy fácil laborar para el Señor. Antes no tenía mucho que decir a los demás, pero ahora se deleita hablando del Señor porque el fuego del amor arde en su corazón. Cuanto más habla, mejor se siente. Siente tanto la cercanía del Señor que

está dispuesto a sufrir por El, y se regocija ante la idea del martirio. Durante este tiempo, las cargas se hacen ligeras y las dificultades, insignificantes.

Cuando el creyente experimenta esto, su conducta cambia. Tal vez le gustaba hablar mucho, pero ahora, auxiliado por sus sentimientos, puede permanecer en silencio. Cuando ve que otros hablan demasiado, secretamente los censura. Quizá antes era frívolo, pero ahora es sobrio; cuando ve en otros la falta de piedad en ciertos aspectos, los condena severamente. Cuando el creyente pasa por esta experiencia, es más sobrio en su conducta. Además, desarrolla un sentido de crítica muy agudo que le permite ver claramente las deficiencias de los demás.

Secretamente se compadece de los demás, ya que piensa que no tienen la misma experiencia que él. Piensa que su felicidad es tan grande que le da lástima que sus hermanos y hermanas no puedan comprenderlo. Cuando los ve quietamente sirviendo al Señor, piensa que sus vidas son aburridas. Sólo una vida como la suya, llena del gozo de Dios, puede ser una vida elevada. Le parece que los demás creyentes sólo andan en el valle mientras él se remonta a las cumbres de las montañas.

¿Dura mucho esta experiencia? ¿Puede uno sentirse así todos los días y ser feliz durante toda la vida? Muchos creyentes no pueden sostener esta experiencia por largo tiempo. Lo que más aflige al creyente es que, por lo general, por lo menos al mes o a los dos meses de haber gozado esta experiencia, todo se termina. Una mañana se levantan como de costumbre a leer la Biblia, pero el gusto que tenían se esfumó. Tal vez oren, pero después de proferir algunas frases se les acaban las palabras; sienten que perdieron algo. Antes parecía que los demás se quedaban atrás espiritualmente; pero ahora sienten que están en la misma condición de los demás. Su corazón se enfrió; el sentimiento anterior de un fuego ardiendo interiormente desapareció, y no tiene idea a dónde se fue. No siente la presencia del Señor ni Su cercanía; Dios está tan distante que no sabe cómo encontrarlo. Cuando sufre, siente el dolor y no halla gozo alguno. Ya no encuentra placer en predicar; después de emitir algunas oraciones, no siente deseos de continuar. En resumen, todo le parece oscuro, seco, frío y estéril. Parece que el Señor lo abandonó en una tumba sin nada que consuele su corazón. Perdió la esperanza que tenía de una felicidad permanente.

En esta etapa el creyente pensará que pecó y que Dios lo abandonó. Esto explicaría por qué el Señor ya no está con él. Examina su conducta para determinar en qué ofendió al Señor, y espera que después de confesar sus faltas, el Señor regresará y nuevamente lo llenará, y recobrará la relación y la felicidad que tenía antes. Pero al examinarse no encuentra ningún pecado en particular; todo es casi igual que antes, nada cambia, y no entiende a qué se deba que esté en esa condición. No sabe qué hizo para que Dios lo abandonara, ¿por qué las cosas no eran así antes? Si no ha pecado, ¿por qué se apartó el Señor? No tiene respuesta a nada de esto. Simplemente supone que ofendió al Señor en algo y que el Señor lo abandonó. Satanás también viene y lo acusa, haciéndole creer que pecó; por lo cual clama pidiéndole al Señor que lo perdone y espera así recobrar lo que perdió.

Sin embargo, esta clase de oración es ineficaz. No sólo es incapaz de recobrar lo que piensa que perdió, sino que con el paso de los días se siente más seco y más frío. Lo que hace no le trae ningún gozo ni interés. Aun sus oraciones son forzadas. Antes podía orar sin detenerse

por horas; ahora sólo ora unos pocos minutos, y hasta eso se le dificulta. Siente que sus oraciones no son ni siquiera oraciones. Su lectura de la Biblia se le ha vuelto insípida. Anteriormente cuánto más leía más disfrutaba; ahora el libro sagrado parece un campo pedregoso donde no encuentra nada. No encuentra placer alguno al relacionarse con las personas o con las cosas. Aunque lleva a cabo lo que considera un deber cristiano, todo es seco y forzado.

Debido a todo esto, muchos creyentes vuelven atrás. En muchos casos, saben cuál es la voluntad de Dios, pero han caído en un estado tan penoso que no les interesa. Descuidan sus obligaciones porque cada día son más fríos. Su conducta, que había cambiado mientras vivían en sus sentimientos anteriores, vuelve a reaparecer. Anteriormente sentían pena por quienes no se comportaban como ellos; ahora se hallan en la misma condición que ellos, son tan parlanchines, frívolos, bromistas y les gustan las diversiones como antes. Aunque habían experimentado un cambio, lo han perdido.

Cuando el creyente deja de ser feliz, piensa que todo se ha perdido. Si no puede sentir la presencia del Señor, piensa que se debe a que el Señor ya no está con él. Si no puede sentir la dulzura del Señor, piensa que se debe a que lo ha ofendido. Después de un tiempo, parece que no sabe dónde está Dios. Si a su corazón todavía le quedan fuerzas, tratará con vehemencia recobrar lo que perdió. Aunque ama al Señor y desea estar cerca de El, no puede sentir el amor del Señor, ¿cómo puede uno soportar tal cosa?

Si en su desánimo no vuelve atrás, seguirá buscando a Dios. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos no podrá librarse de este estado de desolación. Inclusive para conservar una conducta recta requiere un gran esfuerzo. En su corazón, en secreto, se reprocha a sí mismo su hipocresía, ya que pone buena cara cuando su condición interior es otra. A pesar de lo que trata de aparentar y de su esfuerzo, no llega a ninguna parte; parece que todo lo lleva al fracaso, y eso sólo sirve para aumentar su aflicción. Si alguien lo elogia, se siente avergonzado porque los demás no se dan cuenta de las tinieblas tan inmensas que hay en su corazón. Si alguien lo reprende, siente que esa persona tiene razón, y reconoce su debilidad. Desea el crecimiento y la comunión dulce que los demás tienen con el Señor. Siente que todos los que lo rodean son virtuosos y fuertes, pero él no.

¿Ha de continuar para siempre esta condición desoladora o se recupera la experiencia inicial? Sí, después de un tiempo se recobrará. En unas pocas semanas, repentinamente sus sentimientos anteriores regresarán. Puede suceder después de escuchar alguna predicación, o después de orar fervientemente, o tal vez en la mañana mientras lee la Biblia, o a media noche al despertar meditando en el Señor. La duración de esta etapa varía, pero la felicidad regresará.

Sólo entonces la condición que se había perdido es recobrada del todo. La presencia del Señor vuelve a ser muy agradable, el amor en su corazón vuelve a arder como antes; la oración y la lectura de la Biblia son deleitosas; el Señor mismo es tan deseable y accesible que casi lo puede tocar. Acercarse a El no es una carga, sino que vuelve a ser el placer de su corazón. Todo ha cambiado; las tinieblas se disiparon y terminaron los sufrimientos y la desolación; ahora sólo hay luz, gozo y refrigerio. El creyente, pensando que el Señor lo abandonó por haber sido infiel, después de recobrar al Señor, piensa que debe ser diligente

para preservar lo que ha recuperado, a fin de no volver a perderlo. Vigila su conducta más que nunca. Diariamente sirve al Señor lo mejor que puede, esperando mantener su gozo y no volver a caer.

Aunque es fiel y diligente, el Señor sorpresivamente, después de un tiempo, lo vuelve a abandonar. De nuevo sus sentimientos de felicidad desaparecen, hundiéndose una vez más en un estado de aflicción, tinieblas y desolación.

Si examinamos esta historia, descubriremos que después de que una persona ha sido librada del pecado y ha entrado en una comunión íntima con Dios, tiene esta experiencia con cierta frecuencia. Al principio, el Señor le permite sentir Su amor, Su presencia y un gran gozo, pero después de un tiempo, estos sentimientos desaparecen. Cuando regresan, el creyente recobra una vez más el gozo, pero luego vuelve a desaparecer. Por lo general, el creyente experimentará este mismo ciclo varias veces en el transcurso de su vida. Esto no le sucede a un creyente que es carnal y que no ha aprendido a amar al Señor. Sólo cuando el creyente ha avanzado y ha aprendido a amar al Señor, podrá pasar por esto.

EL SIGNIFICADO DE ESTA EXPERIENCIA

El creyente que pasa por esta experiencia piensa que su espiritualidad llega a la cumbre cuando disfruta la presencia del Señor y siente que lo ama, y que está en el valle más bajo cuando pierde el deleite y se siente en tinieblas, seco y desanimado. A menudo el creyente habla de su propia vida como una vida de altibajos. En otras palabras, es espiritual cuando puede sentir que su corazón arde, y es anímico cuando siente que su corazón se enfría. Es muy común que los creyentes tengan esta idea, pero ¿es verdad esto? Todos estos pensamientos se basan en una interpretación equivocada. Si no tenemos una comprensión adecuada al respecto, erraremos el blanco por completo.

El creyente debe saber que los sentimientos serán parte del alma por la eternidad. Cuando su vida se rige por sus sentimientos, independientemente de cuáles sean, él es un anímico. Cuando está contento y siente que ama al Señor y siente Su presencia, en realidad está viviendo basándose en los sentimientos. Cuando se siente seco, triste y en tinieblas, también está viviendo por los sentimientos. Tan anímico es cuando se siente seco, triste y en tinieblas, como cuando se siente nutrido, contento y lleno de luz. La vida espiritual nunca se regula por los sentimientos ni depende de ellos. La vida espiritual debe regular los sentimientos, y no a la inversa. Hoy día es muy común que lo que se experimenta en los sentimientos se tome erróneamente como si fuera espiritual. Muchos creyentes nunca han experimentado una vida espiritual verdadera, así que cuando se llenan de felicidad, se imaginan que eso es una experiencia espiritual. No saben que todos los sentimientos son igualmente anímicos. La experiencia espiritual se tiene en la intuición, y todo lo demás es anímico.

He aquí el peor error de los creyentes. El efecto de la parte emotiva les hace sentir que ascendieron hasta los cielos, piensan que poseen una vida ascendida, sin darse cuenta de que eso es sólo algo que ellos sienten. Cuando sienten la presencia del Señor, piensan que lo poseen a El, y cuando dejan de sentirla piensan que el Señor los abandonó. No se dan cuenta de que todo eso son sólo sentimientos. Los hechos no necesariamente concuerdan

con nuestros sentimientos, porque éstos no son dignos de fiar. En realidad, el creyentes *es el mismo* sea que lo sienta o no. Tal vez sienta que está progresando cuando realmente no es así; o tal vez sienta que está retrocediendo sin que ése sea el caso. Sólo se trata de sus sentimientos. Si tiene sentimientos positivos, cree que ha progresado. No sabe que debido a que aún es anímico, su avance es sólo un arrebato de sus emociones. Cuando sus sentimientos se aquieten, descubrirá que sigue siendo el mismo. El efecto de las emociones ayuda a la persona anímica a avanzar, pero el poder del Espíritu Santo ayuda al hombre espiritual a ir adelante. De estos dos casos, sólo el poder del Espíritu Santo puede verdaderamente ayudar a la persona a seguir adelante.

LOS OBJETIVOS DE DIOS

¿Por qué le da Dios al creyente tales sentimientos y luego los retira? Dios tiene cierto propósito al hacer esto. Es lamentable que el creyente no comprenda a Dios.

Dios concede felicidad al creyente con el fin de acercarlo a El; usa Sus dones para atraerlo a Sí. Espera que Sus hijos comprendan cuánta gracia tiene para ellos y cuánto los ama, para que crean en Su amor en cualquier circunstancia. Lamentablemente, los cristianos aman a Dios sólo cuando sienten Su presencia, y lo olvidan en el momento en que dejan de sentirlo.

Dios trata de esta manera al creyente con el propósito de que éste se conozca a sí mismo. En la vida del creyente, la lección más difícil de aprender es la de conocerse a sí mismo, su corrupción, su vanidad, su pecado, y reconocer que en él no hay nada bueno. Esta es una lección que dura toda la vida. Cuanto más aprende, más profunda llega a ser la lección y más descubre cuán corrupta es su vida y su naturaleza a los ojos de Dios. Aún así, es una enseñanza que el creyente no está dispuesto a aprender, ni su naturaleza puede captarla. Por consiguiente, Dios emplea muchos medios para enseñarle a conocerse a sí mismo. Entre los muchos métodos que usa, el más importante es darle el sentir de gozo para luego retirárselo. Por medio de esta dolorosa experiencia, el creyente empieza a conocer su propia corrupción. En medio de la desolación, llegará a ver en qué forma usó mal del don de Dios, cómo se ensalzó a sí mismo y menospreció a los demás, y la forma en que muchas veces actuó por medio del estímulo de la emoción en vez de hacerlo por el espíritu. Esto lleva al creyente a ser humilde. Si hubiera comprendido esta experiencia, se habría conocido a sí mismo y no habría deseado con todo su corazón retenerla pensando que era lo mejor que podría experimentar. Dios desea que el creyente sepa que no glorifica más Su nombre cuando está lleno de gozo que cuando está lleno de sufrimientos y que no progresa más cuando se encuentra en luz que cuando se encuentra en tinieblas. En cualquier caso, su vida es igual de corrupta.

La intención de Dios es que el creyente venza lo que lo rodea. El creyente no debe permitir que lo que suceda a su alrededor afecte su vida. Todo aquel que cambia a medida que cambian sus circunstancias carece de una experiencia profunda en el Señor. Sabemos que las circunstancias sólo afectan nuestras emociones, las cuales a su vez producen un cambio en nuestra conducta. Así que para vencer nuestras circunstancias tenemos que vencer nuestras emociones, nuestros sentimientos. Esto es crucial. Todo aquel que quiera vencer el ambiente que lo rodea debe estar por encima de sus sentimientos fluctuantes. Si no vencemos los constantes cambios de nuestros sentimientos, no podremos vencer nuestro

entorno, porque nuestros sentimientos nos zarandearán a medida que éste cambie. Tan pronto como el ambiente cambia, nuestros sentimientos lo sienten y fluctúan, y nuestra vida se acoplará a ellos. Así que para vencer nuestro ambiente, debemos remontarnos por encima de nuestros sentimientos.

El Señor permite que el creyente tenga diferentes sentimientos para que aprenda a vencerlos y, como resultado, venza su entorno. Si es capaz e vencer sus sentimientos fuertes y contradictorios, sin duda vencerá cualquier circunstancia. De esta manera, andará con paso firme, y su vida será estable. De lo contrario, será arrastrado por las olas. Dios desea que el comportamiento del creyente sea el mismo cuando tenga sentimientos positivos que cuando no sienta nada. Quiere que le sirva fielmente, que tenga comunión con El, que labore, ore y lea la Biblia independientemente de sus sentimientos. El no desea que la vida de Sus hijos oscile en conformidad con los cambios de los sentimientos. Si es llamado a servir con fidelidad o a interceder por los demás, debe hacerlo con el mismo fervor tanto en la alegría como en la aflicción. No deben ser de cierta manera cuando se sienten refrescados y dejar de serlo cuando se sienten secos. Si el creyente no puede vencer los diferentes sentimientos que brotan en su propia vida, tampoco podrá vencer las diversas circunstancias.

Otro de los objetivos que Dios tiene al relacionarse con nosotros de esa manera es adiestrar la voluntad del creyente. Una vida espiritual genuina no es una vida regida por los sentimientos sino por la voluntad. La voluntad del hombre espiritual ha sido renovada por el Espíritu Santo; espera la revelación y los planes del espíritu y luego ordena a todo su ser para que obedezca tal revelación. Sin embargo, la mayoría de los creyentes tienen una voluntad tan débil que no pueden llevar a cabo lo que se proponen; o bien, bajo la influencia de las emociones, rechazan la voluntad de Dios. Es muy importante enseñarle a la voluntad a ser fuerte.

Cuando las emociones del creyente son estimuladas, avanza fácilmente, pero cuando no siente nada, encuentra difícil avanzar debido a que sus sentimientos no lo apoyan, y tiene que confiar en su voluntad para tomar las decisiones. La intención de Dios es que nuestra voluntad sea fuerte, y que nuestros sentimientos no sean estimulados. Debido a eso, con frecuencia permite que el creyente se sienta seco, insípido y estéril a fin de que emplee su voluntad mediante la fuerza de su espíritu para que haga precisamente aquello que hacía durante los períodos en que era estimulado por las emociones. Cuando está contento y animado, sus emociones son las que llevan a cabo la obra; pero ahora Dios quiere que su voluntad actúe en lugar de la parte emotiva. Sin la ayuda de los sentimientos, la voluntad gradualmente es fortalecida mediante el ejercicio. Muchos creen erróneamente que su vida espiritual está en la cumbre cuando sienten muchas cosas, y que se arrastran por el valle cuando no sienten nada, sin saber que la vida espiritual es vivida *por el espíritu mediante la voluntad.* Cuando el creyente no tiene ningún sentimiento, el grado al cual viva por su voluntad es el grado de *realidad* que tiene. Lo que vive durante los períodos de sequedad constituyen su *verdadera* vida espiritual.

Además, Dios tiene otro objetivo al quebrantar al creyente: desea conducirlo a una vida más elevada. Si examinamos cuidadosamente las experiencias del creyente, veremos que el Señor lo guía cada vez a un nivel más elevado en su senda espiritual. Primero le permite

vivir rigiéndose por lo que siente, podríamos decir que después de cada etapa, con sus sentimientos correspondientes, avanza un poco más en su senda espiritual. Primero Dios permite que el creyente por medio de sus sentimientos sepa cuál es Su voluntad para con él. Después retira todo sentimiento para que el creyente lleve a cabo, por medio de su espíritu y con su voluntad, lo que anteriormente había percibido con sus sentimientos. Si su espíritu puede avanzar mediante su voluntad, sin tomar en cuenta lo que le digan sus sentimientos, verá un verdadero progreso en su vida espiritual. Esto es confirmado por nuestra experiencia. Cuando experimentamos los altibajos de la vida espiritual, concluimos que no hemos avanzado, ya que el avance y el retroceso se eliminan mutuamente; pero aunque pensemos que en los últimos años o meses sólo hemos avanzado y retrocedido sin progresar nada, si comparamos nuestra condición espiritual presente con la anterior, descubriremos que en realidad sí hemos avanzado. Sin darnos cuenta, hemos progresado.

Muchos creyentes yerran debido a que ignoran esta enseñanza. Cuando el creyente se consagra incondicionalmente al Señor y anhela nuevas experiencias espirituales, como por ejemplo, la santificación y la victoria, es introducido en un nuevo nivel de vida, donde siente que progresa. Cuando se llena de gozo, luz y bienestar piensa que por fin halló la vida perfecta que buscaba. Pero después de un tiempo, su nueva experiencia se oscurece; el gozo y la emoción que sentía desaparecen súbitamente. En este momento muchos se desaniman. Piensan que nunca podrán ser totalmente santificados ni podrán tener una vida espiritual abundante como los demás, porque no pudieron retener la experiencia que tanto habían deseado. No saben que esto es una ley espiritual. *Todo lo que se obtiene por medio de los sentimientos debe ser preservado mediante la voluntad; y sólo aquello que preserva la voluntad llega a ser verdaderamente parte de la vida del creyente.* Dios sólo retiró los sentimientos, porque desea que el creyente haga uso de su voluntad cuando no sienta nada, y haga lo mismo que hacía cuando había sido estimulado por los sentimientos. Cuando el creyente logra esto, llega a descubrir que lo que ya no siente, sin darse cuenta es ahora parte de su vida. Esta es una ley espiritual. Si el creyente recuerda esto siempre, no se desanimará.

Por lo tanto, el problema radica exclusivamente en nuestra voluntad. ¿Está nuestra voluntad sometida al Señor siempre? ¿Está dispuesta a ser guiada por el espíritu? Si ése es el caso, *no importa* si nuestros sentimientos cambian. Debemos examinar nuestra voluntad para ver si obedece al Señor y pasa por alto nuestros sentimientos. Por ejemplo, después de que uno nace de nuevo, generalmente se llena de gozo; pero después de un tiempo, quizá un año más o menos, ese gozo desaparece. ¿Podemos decir que se condenó por eso? Por supuesto que no. En el espíritu de uno está la vida, y lo que uno sienta no puede alterar este hecho.

EL PELIGRO DE VIVIR CENTRADOS EN LOS SENTIMIENTOS

Si entendemos lo que significa esta experiencia que Dios nos da y nos conducimos según Su voluntad, no corremos peligro alguno. Pero cuando el creyente no entiende el propósito de Dios, y vive centrado en sus sentimientos, avanzando confiado cuando siente a Dios, y rehusándose a moverse cuando no siente nada, inevitablemente corre peligro. Está expuesto a muchas adversidades porque basa su vida en sus sentimientos.

Si el creyente centra su vida en los sentimientos de gozo, permanecerá débil y no será de utilidad para el espíritu. El sentir del espíritu no podrá desarrollarse, ya que la intuición es reemplazada por los sentimientos. La persona se conduce según sus emociones. Como resultado, por un lado, la intuición es oprimida por la emoción y, por otro, su intuición inactiva difícilmente puede crecer. Sólo podemos detectar la intuición cuando la parte emotiva está quieta. La intuición se fortalece cuando es usada continuamente. Si el creyente se sigue rigiendo por su parte emotiva, la voluntad nunca tendrá la capacidad de tomar decisiones, y la intuición no será oída claramente. Debido a que la voluntad está paralizada, el creyente *necesita más que nuncasentir algo* a fin de que su voluntad empiece a funcionar. Así que, la voluntad actúa en conformidad con los sentimientos; funciona cuando los sentimientos están presentes y claudica cuando desaparecen. No puede actuar sin la ayuda de los sentimientos; necesita el aliento constante de los sentimientos. Por eso su vida decae paulatinamente. En realidad, a partir de ahí, parece que sin la presencia de los sentimientos no puede haber vida espiritual alguna. Las emociones se convierten para el creyente en una especie de estimulante. Es lamentable que el creyente ignore todo esto y piense que sus emociones son la cúspide de su vida espiritual y algo que debe anhelarse.

Muchos creyentes yerran porque cuando los sentimientos los invaden, no sólo sienten que el Señor los ama, sino que también sienten un amor muy intenso por el Señor. Si nos preguntamos si debemos rechazar el sentimiento que nos mueve a amar al Señor o qué tiene de malo tal sentimiento, dejamos ver nuestra insensatez.

Formulemos otras preguntas. Cuando el creyente está lleno de gozo, ¿verdaderamente ama al Señor, o *ama al sentimiento de gozo?* No hay duda de que este gozo nos fue dado por Dios, pero ¿no es acaso Dios quien lo quita? Si amamos verdaderamente a Dios, lo amaremos fervientemente a pesar de las circunstancias en que El nos ponga. Si sólo lo amamos cuando los sentimientos están presentes pero no cuando se van, tal vez lo que amamos sea los sentimientos y no a Dios mismo.

Sin embargo, el creyente piensa que tales sentimientos proceden de Dios y no se da cuenta de que Dios y el gozo que Dios da no son lo mismo. El Espíritu Santo le enseñará al creyente que en sus momentos de desolación ha estado buscando desesperadamente el gozo de Dios y no a Dios mismo. No ama a Dios, sino el sentimiento que le trae gozo. Aunque tal sentimiento le hace experimentar el amor y la presencia de Dios, no ama en realidad a Dios. Tal sentimiento le hace experimentar el amor y la presencia de Dios, lo reconforta, lo ilumina y lo anima, pero cuando pierde toda sensación, anhela sentirla de nuevo. Su corazón se deleita en el gozo de Dios, no en el propio Dios. Si verdaderamente ama a Dios, lo amará aun cuando esté pasando por las muchas aguas o las corrientes de los ríos.

Esta es una lección muy difícil de recibir. Debemos tener gozo, y el Señor se deleita en dárnoslo. Si no buscamos el gozo, sino que lo disfrutamos de acuerdo con Su voluntad, sin tratar de forzar las situaciones, agradeciéndole si quiere concedérnoslo tanto como si quiere que nos sintamos desolados, entonces ese gozo será de provecho y no un peligro para nosotros. Pero si encontramos tanto placer en esta experiencia que la buscamos diariamente, entonces hemos abandonado a Dios e ido en pos del gozo que El nos concedió. El gozo de Dios no puede separarse de Dios mismo. Si disfrutamos el gozo que nos dio, separados de El mismo, nuestra vida espiritual corre peligro. Esto indica que nuestro gozo

no es Dios sino el gozo solo. Si eso es lo que buscamos, no podremos avanzar espiritualmente. Muy frecuentemente amamos a Dios pero no por El mismo sino por el bien nuestro. Mientras lo amamos, nuestro corazón se goza, y por eso, seguimos amándolo, lo cual muestra claramente que aunque el gozo sea de Dios, no lo amamos verdaderamente a El, sino el gozo que experimentamos.

Esto es estimar el don de Dios más que a Dios, quien nos concedió el don. Esto también muestra que todavía vivimos por la fuerza del alma y que no comprendemos lo que es la verdadera vida espiritual. Hacemos del sentimiento del gozo nuestro dios y equivocadamente nos complacemos en él. Debido a nuestro error, Dios retira el gozo según Su voluntad. Lo cambia por sufrimiento a fin de que descubramos que El mismo es más deseable que el gozo. Cuando el creyente disfruta de Dios, lo exalta y lo ama aun en el sufrimiento; de lo contrario, se hunde en las tinieblas. Dios no nos quita el gozo para destruir nuestra vida espiritual, sino para destruir todos los ídolos que adoramos en lugar de a Dios mismo. El destruye todo lo que es peligroso para nuestra vida espiritual y quiere que dependamos de El, no de los sentimientos.

Cuando el creyente se conduce por los sentimientos y no por el espíritu mediante la voluntad, corre el peligro de ser engañado por Satanás. Aunque mencionamos esto brevemente, lo explicaremos de nuevo.

Debemos tener presente que Satanás puede hacer que el creyente tenga sentimientos que falsifican los sentimientos que provienen de Dios. Cuando el creyente desea andar según el espíritu, Satanás lo confunde con diferentes clases de sentimientos. ¡Cuánta oportunidad tiene para engañar a los que se centran en sus sentimientos! Si el creyente insiste en ir en pos de los sentimientos, caerá directamente en los ardides de Satanás, quien le traerá diferentes sentimientos y le hará creer que provienen de Dios.

Los espíritus malignos pueden estimular o deprimir a las personas. Una vez que el creyente es engañado y acepta el sentimiento de Satanás, éste gana terreno en su alma. Después, sigue engañándolo hasta que toma plena posesión de sus sentimientos. Ocasionalmente, le da sensaciones sobrenaturales tales como temblores, frío, calor, un sentir especial ya sea de hacer algo específico o de sentirse flotar por los aires, o un calor intenso que recorre todo el cuerpo, o el sentir de que todo su ser es limpiado. Cuando el creyente es engañado por los espíritus malignos a ese grado, continúa viviendo guiado por sus sentimientos. Su voluntad queda completamente paralizada y su intuición queda cercada. En ese caso, vive según su hombre exterior, y su hombre interior es atado. Al llegar a este punto, todos sus actos son gobernados por la voluntad de Satanás. Cuando el enemigo quiere que haga algo, sólo le trae cierto sentimiento, y él obedece. Sin embargo, el creyente no se da cuenta de esto, y piensa que se le han dado experiencias tan maravillosas que sin duda lo hacen más espiritual que los demás.

Las experiencias sobrenaturales son lo más peligroso que hay en la vida espiritual del creyente. Muchos hijos de Dios han caído en la trampa, pensando que tienen experiencias milagrosas que provienen del Espíritu Santo, ya que sus cuerpos sienten el poder del Espíritu. Este sentir hace que se sientan felices o tristes, calientes o fríos; les hace reír o llorar; y les dan visiones, sueños, les hacen oír voces, sentir o ver fuegos y un sinnúmero de

sensaciones extraordinarias e indescriptibles. Para ellos, ésta es la cumbre más elevada que un creyente puede alcanzar. No se dan cuenta de que todo ello es obra de los espíritus malignos. No se imaginan que los espíritus malignos pueden imitar lo que hace el Espíritu Santo. Ignoran el hecho de que la obra del Espíritu Santo siempre se efectúa en el espíritu del hombre. Lo que uno siente en su *cuerpo* es, por lo general, obra de los espíritus malignos. ¿Por qué tantos creyentes han caído en esta condición? Porque no viven en el espíritu y ¡prefieren vivir en sus sentimientos! Así que, dan a los espíritus malignos la oportunidad de engañarlos con sus estratagemas. El creyente debe rechazar la vida de sus sentimientos; de no ser así, cederá terreno para que los espíritus malignos lo engañen.

Debemos advertir solemnemente a todos los hijos de Dios para que observen sus sensaciones *físicas.* Jamás debemos permitir que ningún espíritu traiga sensaciones a nuestro cuerpo en contra de nuestra voluntad. Debemos rechazar todas las sensaciones de nuestro *cuerpo*. No crea en ninguna sensación *física* ni actúe guiado por ella; más bien debemos detenerla porque así empieza el engaño de Satanás. Deberíamos obedecer sólo la intuición que tenemos en *lo profundo* de nuestro ser.

Después de examinar cuidadosamente los sentimientos que surgen en la vida del creyente, podemos descubrir un principio fundamental en esta clase de experiencia. Este principio es "por el yo". ¿Por qué buscamos sentir el gozo? Por el yo. ¿Por qué tememos a la desolación? Por el yo. ¿Por qué buscamos diferentes sensaciones físicas? Por el yo. ¿Por qué deseamos experiencias sobrenaturales? Por el yo. Que el Espíritu Santo abra nuestros ojos para que veamos que todavía hay mucho egoísmo en lo que consideramos una vida muy espiritual, la cual en realidad es una vida que gira en torno a los sentimientos. Que el Señor nos muestre que aun cuando nos embarga el gozo, nuestra vida sigue centrada en el yo y sigue ansiando el deleite que pueda obtener el yo. Podemos determinar si nuestra espiritualidad es genuina por la manera en que nos relacionamos con el yo.

CAPITULO CINCO

UNA VIDA DE FE

En los siguientes versículos la Biblia nos revela el camino apropiado de la vida de un creyente: "Mas el justo por la fe tendrá vida y vivirá" (Ro. 1:17); "y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios" (Gá. 2:20); y "porque por fe andamos, no por vista" (2 Co. 5:7). Al leer estos versículos, vemos que el creyente vive por fe. Aunque tal vez entendamos esto en nuestra mente con relativa facilidad, en nuestra vida no lo experimentamos tan fácilmente.

Una vida de fe es totalmente diferente de una vida de sentimientos; en realidad, son diametralmente opuestos. El que vive por sus sentimientos hace la voluntad de Dios y pone su mente en las cosas de los cielos sólo cuando sus emociones lo apoyan; pero cuando éstas se van, todo termina para ellos. Una vida de fe no es así. Tener una vida de fe consiste en vivir por fe. El creyente que tiene fe no dirige su propia vida, sino que contempla a Aquel en quien cree y permite que El lo haga. La fe no mira las circunstancias, sino a Aquel en quien ha creído. Aunque todo a su alrededor cambie, si Aquel en quien ha creído no ha cambiado, la fe sigue adelante y mantiene su relación con Dios. La fe no depende de los sentimientos, sino del Dios en quien ha creído; ella actúa según le indique Aquel en quien cree, mientras que los sentimientos reaccionan a la forma en que uno se sienta. La fe pone los ojos en Dios, pero los sentimientos se miran a sí mismo. Dios nunca cambia; El es el mismo cuando los días están nublados que cuando están llenos de sol. El que vive por la fe es inconmovible, igual que Dios. Su vida es la misma en la oscuridad que en la luz, pero los sentimientos cambian constantemente. Por lo tanto, el que vive por sus sentimientos convierte su vida inevitablemente en una vida de altibajos.

Dios desea que Sus hijos no se enfrasquen en el deleite ni en el placer como su objetivo, sino que vivan sólo por la fe en El. Así como corren la carrera espiritual cuando se sienten bien, deben continuar corriendo cuando se sienten miserables. Su actitud para con Dios no debe variar según su estado de ánimo. Aunque se sientan secos, sin ganas de hacer nada y en tinieblas, si saben que cierta acción es la voluntad de Dios, deben seguir adelante, confiando en El. A veces parece que hay rebeldía en ellos; se sienten tristes, deprimidos y desanimados al punto de querer abandonar toda actividad de su senda espiritual. Pero deben hacer a un lado todos los sentimientos y continuar avanzando, sabiendo que la obra en su sendero espiritual debe avanzar. Esta es una vida de fe, una vida que no presta atención a los sentimientos sino a la voluntad de Dios. Si uno cree que cierta cosa es la voluntad de Dios, aunque no tenga interés en ella, la hace. Una persona que vive por sus sentimientos hace las cosas sólo de acuerdo con sus propios intereses; mientras que una persona que vive por fe hace la voluntad de Dios gústele o no.

Una vida centrada en los sentimientos induce a las personas a vivir alejadas de Dios, y las conduce a hallar satisfacción sólo cuando obtienen gozo. Una vida de fe hace que la persona viva para Dios y que halle satisfacción en El. Si posee a Dios, no hay nada más que

lo puede alegrar, pues ya es feliz; tampoco se desanima por alguna decepción. Una vida que depende de los sentimientos hace que el creyente viva para sí mismo; mientras que una vida de fe hace que la persona viva para Dios sin dar el más mínimo lugar a la vida del yo. Si se le da la oportunidad al yo para que se deleite en cierta área, no queda espacio para la vida de fe en esa área, pues allí reinará una vida que gira en torno a los sentimientos. Sólo cuando los sentimientos son placenteros mantienen contento al yo. Si uno vive por sus sentimientos, no ha entregado la vida de su yo a la cruz y guarda un lugar para él. Uno espera que en su peregrinaje espiritual siempre haya algo que haga feliz al yo.

La vida cristiana, de principio a fin, es una vida de fe. Recibimos una vida nueva por fe, así que debemos *continuar* por la fe y vivir según esta vida. El principio que rige la vida del creyente es la fe. La vida cristiana se vive por la fe. Muchos creyentes reconocen este principio, pero parece que olvidan aplicarlo en la experiencia. Olvidan que vivir, actuar o esperar algo valiéndose de sus emociones o de la felicidad que puedan sentir es andar por vista y no por fe. ¿Qué es una vida de fe? Es una vida en la que se hace caso omiso de los sentimientos; es totalmente contraria a una vida de sentimientos. Si el creyente desea vivir por la fe, cuando se sienta frío, seco, vacío o afligido no deben tratar de mejorar su comportamiento ni llorar amargamente, pensando que ha perdido su vida espiritual. Vivimos por la fe y no por el gozo.

LA OBRA PROFUNDA DE LA CRUZ

Podemos pensar que la cruz opera de modo más completo cuando abandonamos la felicidad natural y los placeres mundanos. No nos damos cuenta de que en la obra de Dios de eliminar la vieja creación en nosotros queda todavía por delante la obra más profunda que la cruz efectúa. Dios desea que muramos a Su gozo y vivamos a Su voluntad. Inclusive, si nuestro gozo no es producido por ningún asunto carnal o mundano, sino que nos sentimos gozosos a causa de El y de su proximidad, aun así, la meta de Dios no es que disfrutemos Su gozo, sino que obedezcamos Su voluntad. La cruz debe operar en nosotros hasta que sólo quede la voluntad de Dios. Si el creyente desea el gozo que Dios da pero rechaza los sufrimientos que también proceden de El, eso significa que no ha experimentado la obra profunda de la cruz.

Hay una gran diferencia entre la voluntad de Dios y el gozo de Dios. La voluntad de Dios está presente en todo momento y en todo lugar, la podemos ver en todo lo que El dispone. Pero el gozo que El da no siempre está disponible. Se experimenta sólo ocasionalmente. Si el creyente busca el gozo de Dios, se debe a que sólo desea la parte de la voluntad de Dios que lo hace feliz; no desea la totalidad de Su voluntad. Cuando Dios lo hace feliz, le obedece, pero cuando permite que sufra, se resiste a Su voluntad. Si el creyente acepta la voluntad de Dios como su vida, obedecerá independientemente de lo que Dios le haga sentir, porque reconoce que Dios dispone todas las cosas para él tanto las que le traen felicidad como las que le traen aflicción.

En la etapa inicial de nuestra vida espiritual, Dios permite que disfrutemos Su gozo. Pero lo retira cuando avanzamos en la vida espiritual, y lo hace por el bien de nosotros. El sabe que si seguimos buscando y disfrutando ese tipo de gozo por un tiempo considerable, ya no viviremos por toda palabra que procede de la boca de Dios, sino por las palabras que nos

hacen felices. En tal caso, viviríamos en la comodidad que Dios nos provee, no en el Proveedor de la misma. Dios debe retirar todo sentimiento de gozo para que vivamos exclusivamente por El.

Al principio de nuestra senda espiritual, cuando sufrimos por el Señor, El nos consuela y nos permite sentir Su presencia; podemos ver Su rostro sonriente, sentir Su amor y percibir el cuidado con el cual nos sustenta. En esta etapa, si conocemos la voluntad de Dios y la hacemos, El llena de gozo nuestro corazón. Como pagamos un precio por el Señor, El permite que sintamos que la alegría que recibimos es diez mil veces mejor que lo que perdimos y, por eso, nos complacemos en hacer Su voluntad. Pero el Señor también ve el peligro que hay en esto. El creyente que recibe bienestar y gozo cuando sufre por el Señor y por haber hecho Su voluntad, luchará por obtener de nuevo el bienestar y el gozo cuando sufra nuevamente por el Señor o haga Su voluntad. Tan pronto como empieza a sufrir por el Señor o a hacer Su voluntad, espera que el gozo y el bienestar del Señor lo sustenten. Así que el creyente tal vez sufra por el Señor y haga Su voluntad para obtener como recompensa el bienestar y por obtener al Señor mismo. Si no tiene bienestar ni gozo como apoyo, no podrá seguir adelante. Si éste es el caso, la voluntad de Dios llega a ser inferior al gozo que El da por obedecer Su voluntad.

Dios sabe que cuando nos consuela, estamos más dispuesto a sufrir por El; cuando nos concede felicidad, nos deleitamos en hacer Su voluntad. Pero El quiere que reconozcamos nuestros motivos. ¿Sufrimos por el Señor o para recibir el consuelo que viene con el sufrimiento? ¿Hacemos la voluntad de Dios porque es Su voluntad o porque al hacerla nos sentimos contentos? Debido a todo esto, cuando progresamos un poco en la vida espiritual, Dios retira el consuelo y el deleite; ya no somos consolados cuando sufrimos por El. Sin el consuelo de Dios, el sufrimiento no sólo es externo, sino también interno. Cuando hacemos la voluntad de Dios, perdemos todo interés, nos sentimos secos y fríos. Entonces sale a flote el motivo por el cual sufrimos por Dios y hacemos Su voluntad. Dios nos preguntará: "Si no tienes Mi consuelo, ¿puedes sufrir simplemente porque estás sufriendo por *Mí*? ¿Estás dispuesto a hacer algo simplemente porque es *Mi* voluntad aunque a ti no te interese en lo absoluto? Cuando te sientes afligido, seco e inerte, ¿puedes llevar a cabo Mi obra simplemente porque es *Mi* obra? Cuando te envío sufrimiento físico, sin nada que te quite el dolor, ¿lo aceptas gustosamente sólo porque proviene de *Mí*?"

Esta es la cruz aplicada. Por medio de esto, el Señor nos revela si vivimos para El mediante la fe o si vivimos para nosotros mismos basándonos en nuestros sentimientos. A menudo escuchamos decir: "Yo vivo para Cristo". ¿Qué significa esto? Muchos creyentes piensan que es sólo hacer obras para El o amarlo. En realidad, vivir para el Señor es vivir para Su voluntad, para Sus intereses y para Su reino. En esta clase de vida no hay nada del yo. No queda lugar para nuestro propio bienestar, nuestro gozo ni nuestra gloria. No se nos permite hacer la voluntad de Dios si sólo buscamos nuestro bienestar y nuestra felicidad. No se nos permite retroceder, dejar de obedecer ni posponer nuestra obediencia sólo porque nos sintamos afligidos, ni porque estemos desinteresados o desanimados. Si el cuerpo sufre por causa del Señor, el padecimiento debe ser por causa de El. Muchas veces, aunque el cuerpo sufre, el corazón sigue lleno de gozo. Si vivimos para el Señor, continuaremos avanzando no sólo cuando suframos físicamente, sino también cuando nuestro corazón sufra y no esté dispuesto en lo más mínimo a avanzar. El creyente debe saber que vivir para el Señor

significa no dar lugar al yo, y voluntariamente entregarlo a una muerte total. Si nos olvidamos de nosotros mismos y gustosamente recibimos todo lo que proviene de Dios, aun cuando sean cosas oscuras, secas, insípidas o confusas, viviremos para el Señor.

Si vivimos centrados en nuestras emociones, haremos la voluntad de Dios sólo cuando nos traiga gozo; pero si vivimos por fe, podemos obedecer al Señor en toda circunstancia. Muchas veces sabemos que algo en particular es la voluntad de Dios, pero no tenemos el más mínimo interés en ello; mientras lo hacemos nos sentimos secos. No sentimos ni la bendición ni el deleite ni el fortalecimiento del Señor; por el contrario, sentimos como si estuviéramos andando por el valle de sombra de muerte, peleando contra el enemigo. En esos momentos, si no nos abrimos paso por fe, con seguridad huiremos a Tarsis. No nos referimos a los que no hacen la voluntad de Dios, sino a quienes al cumplirla, sólo hacen lo que a ellos les interesa. ¡Son demasiados los creyentes que sólo hacen la parte de la voluntad de Dios que concuerda con sus deseos!

Preguntémonos de nuevo, ¿qué es una vida de fe? Es una vida que *en toda circunstancia* se conduce por la fe en Dios. Job dijo: "Aunque El me matare, en El esperaré" (Job 13:15). Eso es fe. Puesto que creímos en Dios, lo amamos y confiamos en El, no importa dónde nos ponga o si nos trata mal o si permite que pasemos por el fuego que refina y nos deja padecer física o emocionalmente; creímos en El y le seguimos amando y confiando en El. La mayoría de los creyentes hoy está dispuesta a sufrir en el cuerpo mientras tenga paz en el corazón, pero, ¿quien estará dispuesto a renunciar al consuelo en su corazón y confiar solamente en Dios? Esta es una vida mucho más alta. ¿Quién puede deleitarse en hacer la voluntad de Dios sin desanimarse y entregarse a El aun cuando *sienta* que Dios lo rechaza, lo aborrece y quiere quitarle la vida? Aunque sabemos que Dios no nos trata de esa manera, muchos que han avanzado en su vida espiritual han tenido la experiencia de sentirse rechazados por Dios. Cuando nos sintamos así, ¿permanecerá inmutable nuestra fe? Cuando llevaban a la horca a John Bunyan, el autor *de El progreso del peregrino,* dijo: "Si Dios no interviene, daré un salto en la eternidad con fe ciega, y que venga el cielo o el infierno". El fue un héroe de la fe. Cuando nos sentimos desanimados, ¿podemos decir: "Oh Dios, aun si me abandonases seguiré confiando en Ti"? Nuestras emociones empiezan a dudar cuando las tinieblas se ciernen sobre nosotros, pero la fe se aferra a Dios aun si enfrenta la muerte.

¡Cuán pocos son los que han llegado a este nivel! ¡Cuánto se opone nuestra carne a la vida que no da lugar al yo sino sólo a Dios! Debido a que por naturaleza le tenemos aversión a la cruz, muchos no han progresado en su peregrinar espiritual. Siempre quieren reservar algo de felicidad para su propio placer. Perder todo en el Señor, incluso aquello que trae alegría al yo, es una muerte muy profunda y una cruz muy pesada. Podemos consagrarnos incondicionalmente al Señor, sufrir por El e incluso pagar el precio que sea necesario para hacer Su voluntad, pero cuán difícil es abandonar ese pequeño sentimiento que trae deleite al yo. Deseamos una pequeña medida de bienestar y permitimos que nuestra vida espiritual descanse en un sentimiento tan insignificante. Si tuviéramos el valor de entregarnos voluntariamente al horno de fuego de Dios, sin el más mínimo sentimiento de compasión propia ni de amor al yo, daríamos grandes saltos en nuestro camino espiritual. Pero los creyentes se rigen todavía por su vida natural y piensan que lo que han visto y sentido es digno de confianza. No tienen la valentía ni la fe ni el arrojo para explorar áreas que no

pueden ni ver ni sentir a fin de descubrir territorios a los que nadie ha penetrado antes. Llegan a los límites conocidos o establecidos. Un poco de pérdida o un poco de ganancia se convierten en la causa de su tristeza o su alegría, y ya no anhelan ascender ni ahondar más y quedan limitados por la pequeñez de su propio yo.

Si comprendiéramos que Dios desea que vivamos por fe, no murmuraríamos ni nos quejaríamos, ni concebiríamos pensamientos de descontento. Si estuviéramos dispuestos a aceptar la aridez que Dios nos da y consideráramos bueno todo lo que proviene de El, ¡cuán rápidamente quebrantaría la cruz nuestra vida natural! Pero la ignorancia y la rebeldía impiden nuestro progreso. Si así no fuera, las experiencias de desolación llegarían a ser la misma cruz que pondría fin a nuestra vida anímica y que nos haría aptos para vivir en el espíritu. Qué lástima que muchos creyentes durante toda su vida nunca pasan de su búsqueda de un poco de felicidad. Pero los que son fieles, aquellos a quienes Dios ha llevado a una vida de verdadera espiritualidad y de entrega incondicional a El, cuando recuerdan sus experiencias, reconocen que Dios lo dispuso todo, y que Su voluntad es perfecta, porque si no hubieran pasado por esas experiencias, habría sido imposible perder la vida del alma. En la actualidad es necesario que los creyentes se entreguen incondicionalmente a Dios sin preocuparse por lo que sientan.

Esto no significa que nos convertiremos en personas amargadas. El gozo en el Espíritu Santo es la mayor bendición en el reino de Dios, y el fruto del Espíritu es gozo. Entonces, ¿a qué nos referimos? Nos referimos a que aunque perdemos el sentimiento de felicidad, el gozo que recibimos como fruto de una fe pura jamás cesa. Esto es más profundo que los sentimientos. Cuando llegamos a ser espirituales, perdemos el deseo de agradar al yo y el celo de ir en pos de la felicidad; ahora la paz y el gozo en el espíritu, que provienen de nuestra fe, están siempre presentes.

CONFORME AL ESPIRITU

Si el creyente desea andar conforme al espíritu, debe renunciar a la vida de sus sentimientos. Para andar conforme al espíritu debemos andar por fe. Andar conforme al espíritu equivale a renunciar al placer que producen los sentimientos a los que se aferra la carne; también equivale hacer a un lado las exigencias y deseos que se nos convierten en muletillas de apoyo y que nos dan cierta seguridad cuando el espíritu actúa. Cuando nos conducimos conforme al espíritu, no tememos la ausencia de los sentimientos ni esperamos su apoyo, y no nos preocupa si algún sentimiento se nos opone. Pero cuando nuestra fe es débil, no andamos conforme al espíritu y tratamos de apoyarnos en lo que podamos ver, sentir y tocar. Siempre que la vida espiritual se debilita, los sentimientos reemplazan la intuición y toman la iniciativa. El creyente que es guiado por sus sentimientos verá que después de buscar sentimientos placenteros, también buscará la ayuda del mundo. Si no puede rechazar la sensación placentera del sentimiento, llegará a depender del mundo. Los sentimientos tienen al mundo como su descanso. Así que los creyentes emotivos a menudo recurren a sus propios medios y buscan la ayuda del hombre. Para ser guiados por el espíritu lo que más se requiere es la fe, porque, por lo general, los dictados de la intuición son contrarios a los sentimientos. Si no tenemos fe, no podremos avanzar. Los creyentes anímicos dejan de servir a Dios cuando se sienten desanimados, pero los que viven por fe,

no esperan hasta ser motivados para iniciar una obra, sino que le piden a Dios que aumente la fuerza de su espíritu para vencer el desánimo.

UNA VIDA REGIDA POR LA VOLUNTAD

Se puede decir que una vida de fe es una vida regida por la voluntad. La fe no es afectada por las emociones, y en los períodos de desolación, actúa mediante las decisiones que toma la voluntad y anda de acuerdo con la voluntad de Dios. Aunque el creyente tal vez no *sienta agrado* en obedecer a Dios, tiene el deseo de obedecerle. Vemos, entonces, dos clases de creyentes: uno que vive por sus sentimientos y el otro que vive por la voluntad (nos referimos a una voluntad *renovada).* El creyente que vive por sus sentimientos obedece a Dios sólo cuando es ayudado por sus sentimientos, es decir, cuando se siente contento al hacerlo. Por otro lado, el creyente que vive por la voluntad, obedece a Dios a pesar de su entorno y de sus sentimientos. Nuestra voluntad expresa la opinión de nuestro yo, mientras que nuestros sentimientos no son más que una reacción a un estímulo externo. Por lo tanto, el creyente que obedece la voluntad de Dios sólo cuando se siente contento, no tiene mucho valor a los ojos de Dios, ya que es motivado por el gozo de Dios y no por su sinceridad. Si está dispuesto y resuelto a hacer la voluntad de Dios aun cuando no sienta gozo ni placer que lo insten a avanzar, Dios valora mucho esto, porque procede de la sinceridad del creyente. Eso indica que respeta a Dios y que se somete a El sin preocuparse por sí mismo ni vivir para sí. Esta es la diferencia entre un creyente espiritual y uno anímico. Un creyente anímico obedece a Dios sólo cuando siente que sus deseos son satisfechos; para él su yo ocupa el primer lugar. El creyente espiritual está plenamente unido a Dios en su voluntad renovada, obedece Sus designios aun cuando no tenga ayuda ni estímulo exterior, y permanece firme.

Muchos creyentes no saben que vivir por el espíritu es vivir por una voluntad que está unida a Dios. La voluntad que no está unida a Dios no es digna de fiar ni es constante. Sólo la voluntad que está sometida incondicionalmente a la de Dios desea lo que el Espíritu desea. Estos creyentes oyen a otros creyentes hablar del gozo que tienen al obedecer al Señor y sufrir por El; así que desean esa vida y se consagran al Señor con la esperanza de obtener una vida más "elevada". Después de su consagración experimentan el amor y la presencia del Señor como se les dijo, y piensan que obtuvieron lo que buscaban; pero al poco tiempo, todas esas experiencias maravillosas pasan a la historia.

Debido a que no saben que la manifestación de la verdadera vida espiritual no depende de los sentimientos sino de las decisiones, sufren terriblemente pensando que perdieron su vida espiritual. No obstante, ahora que no tienen ningún sentimiento deben preguntarse si el deseo profundo que los motivó a consagrarse al Señor ha cambiado. ¿Ha cambiado el deseo de hacer la voluntad de Dios? ¿Ha cambiado su deseo de sufrir por el Señor a toda costa? ¿Ha cambiado su disposición para hacer cualquier obra e ir a cualquier lugar si Dios así lo ordena? Si nada de esto ha cambiado, su vida espiritual no ha retrocedido un ápice.

Si el creyente descubre que sí retrocedió, ello no se debe a la pérdida del gozo, sino a que su voluntad no está dispuesta a obedecer a Dios como antes. Y si ha progresado, no es porque ahora sienta muchas cosas maravillosas que no había sentido antes, sino porque su voluntad está unida profundamente a Dios y está dispuesta a hacer Su voluntad. La norma

de la vida espiritual depende de cuánta unidad haya entre nuestra voluntad y la de Dios; no depende de si nos sentimos bien o mal. Aun cuando nos sintamos bien, si nuestro corazón no obedece incondicionalmente a Dios, nuestra vida espiritual se encuentra en un bajo nivel. Aun si nos sentimos secos, si estamos dispuestos a obedecer a Dios hasta la muerte, nuestra vida espiritual llega a su nivel más alto. La vida espiritual se mide por la voluntad, ya que ésta expresa lo que verdaderamente somos. Si la voluntad se rinde a Dios, eso significa que nuestro yo se rindió y dejó de ser el amo. Nuestro yo y nuestra vida espiritual se oponen entre sí. Cuando el yo es demolido, la vida espiritual crece. Cuando el yo permanece fuerte, la vida espiritual sufre pérdida. Así que, podemos conocer la vida de una persona por su voluntad. Pero no sucede lo mismo con los sentimientos, ya que cuando las emociones están en la cima, el creyente todavía puede tener deseos personales e intenciones de entretener y agradar al yo.

El creyente que busca sinceramente el progreso espiritual, no debe engañarse pensando que sus sentimientos son su vida ni esperando ansiosamente el gozo. Debe asegurarse de que su voluntad se ha sometido a Dios sin reservas y sin importar si se siente feliz o no. Dios quiere que vivamos por fe y desea que vivamos simplemente por la fe y que hallemos satisfacción en hacer Su voluntad sin el apoyo de nuestros sentimientos. ¿Estamos dispuestos a esto? Debemos gozarnos porque hicimos la voluntad de Dios, no porque nos sintamos felices. Su voluntad debe ser suficiente para hacernos felices.

LA RESPONSABILIDAD DEL HOMBRE

Cuando el creyente es gobernado por los sentimientos, descuida su deber hacia otros. Esto se debe a que su yo es el centro de su vida y, en consecuencia, no le interesan las necesidades de los demás. Sin embargo el creyente debe tener la fe y la voluntad para cumplir con su responsabilidad. La responsabilidad no hace caso del sentimiento, pero en el caso de algunos creyentes, su responsabilidad para con otros y para con la obra está mezclada y oscila según los cambios de sus sentimientos en lugar de llevarla a cabo de acuerdo con ciertos principios.

Cuando el creyente entiende la verdad sólo con sus sentimientos, no cumple sus deberes. Disfruta tanto su comunión con el Señor que desea esa experiencia constantemente. Cuando experimenta el gozo de la comunión mediante sus sentimientos, su mayor tentación es estar de nuevo a solas con el Señor para disfrutar durante todo el día esa experiencia placentera, sin preocuparse de las demás cosas que lo rodean. Pierde el gusto por trabajar debido a que allí las tentaciones y las pruebas son inevitables. Se siente muy santo y victorioso cuando se encuentra en la presencia del Señor; pero cuando cumple sus deberes, se ve tan derrotado y tan corrupto como antes. Así que prefiere escapar de sus responsabilidades esperando que eso le permitirá estar en la presencia del Señor para poder ser santo y victorioso todo el tiempo. Considera sus responsabilidades como algo tan mundano que a él, que es tan santo y victorioso, no le deben interesar. Desea con vehemencia un momento y un lugar para tener comunión con el Señor, pero detesta sus obligaciones porque ellas estorban su felicidad. No le interesan ni las necesidades ni el bienestar de otros, porque sólo busca tener comunión con el Señor. Los que son padres y tienen tal actitud, descuidan a sus hijos; de igual manera, los siervos no sirven con fidelidad a sus amos. Para ellos esas cosas son mundanas y tienen justa razón para no atenderlas, puesto que buscan algo más espiritual.

El motivo de todo esto es que el creyente aún no vive por fe. Sigue tratando de complacerse a sí mismo. No se ha unido todavía plenamente a Dios. De ahí que necesite un tiempo *especial* y un lugar *separado* para estar en comunión con El. No ha aprendido a ver al Señor en todas las cosas, por la fe, para laborar juntamente con El. No sabe cómo ser uno con el Señor en los asuntos triviales de la vida diaria; lo que experimenta de Dios se haya confinado a los sentimientos. Se deleita en erigir una tienda en el monte y morar allí con el Señor, pero no desea descender a echar fuera demonios.

Deben saber que la vida más elevada del creyente no puede contradecir las obligaciones de su vida humana. Cuando leemos las epístolas a los Romanos, a los Colosenses y a los Efesios, vemos que el creyente debe cumplir con sus obligaciones. La vida más elevada del creyente no se expresa solamente en momentos y situaciones especiales; de ser así, esta vida no sería la vida de un cristiano normal. La vida de Cristo debe manifestarse en toda actividad, pues no hay diferencia entre el trabajo de la casa, la predicación ni la oración.

Nuestra insatisfacción y el rehusarnos a cumplir con nuestras obligaciones son el resultado de depender de nuestras emociones. Nos resistimos porque no encontramos en ellas el placer que deseamos. Pero nuestra vida no debe estar dirigida al placer, ¿por qué, entonces, lo buscamos? Los sentimientos exigen que descuidemos nuestras obligaciones, pero la fe no. Nuestro amor a Dios no nos exige que abandonemos las obligaciones que tenemos con nuestros amigos y nuestros enemigos. Si somos uno con Dios en todas las cosas, estaremos conscientes de nuestras obligaciones para con todas las personas y sabremos cómo cumplirlas.

TRABAJAMOS EN LA OBRA DE DIOS

El requisito más importante para llevar a cabo la obra de Dios es rechazar nuestras emociones y vivir exclusivamente por la fe. El creyente emotivo es inútil en las manos de Dios. Los que viven por sus sentimientos saben disfrutar pero no saben laborar; no son aptos para la obra. Viven para sí mismos y no para Dios. Sólo quienes viven para Dios pueden laborar para El. ¿Qué significa todo esto? ¿Significa que la obra del creyente emotivo no cuenta?

A fin de ser instrumentos en las manos de Dios, los creyentes deben aprender a vivir por la fe; de lo contrario, su objetivo será obtener felicidad, ya sea física o emocional, y cuando se sientan infelices lo abandonarán todo. El labora para obtener ciertos sentimientos y también abandona la obra debido a los sentimientos; su corazón está inundado de amor propio. Cuando Dios le ordena hacer algo que le traerá sufrimientos físicos y emocionales, se compadece de sí mismo y se niega a hacerlo. La obra de Jesús fue llevada a cabo bajo la cruz, y la obra del creyente también se lleva a cabo bajo la cruz. ¿Hay algo en la obra que nos traiga regocijo? Será muy difícil para Dios obtener verdaderos obreros, si no damos muerte a nuestras emociones y a nuestro amor propio.

Dios necesita personas que sean Sus obreros y que estén dispuestas a seguirle hasta el fin. Muchos creyentes laboran para El cuando la obra es próspera, cuando concuerda con sus intereses y cuando no hiere sus sentimientos. Pero cuando la cruz les exige morir y confiar en Dios por la fe y sin la ayuda de sus sentimientos, se resisten a seguir adelante. La obra

que Dios lleva a cabo produce resultados, pero ¿puede alguien que ha sido comisionado por el Señor y ha trabajado durante ocho o diez años sin ver resultado alguno, continuar fielmente sólo porque Dios se lo mandó? ¿Cuántos sirven a Dios simplemente porque Dios se los ordena? ¿Y cuántos trabajan sólo por los resultados? Dios necesita creyentes llenos de fe, que laboren para El sólo porque Su obra tiene como base la eternidad. Debido al carácter eterno de la obra es difícil que quienes viven dentro del tiempo la puedan percibir y entender. Los que dependen de sus sentimientos no pueden ser incluidos en esta obra porque en ella no hay nada que los satisfaga. Si la muerte de la cruz no obra profundamente en su yo al grado de que no desee retener nada para ellos mismos, entonces, por lo que a la obra de Dios se refiere, sólo pueden seguir al Señor sino hasta cierto punto. Dios necesita obreros que hayan sido totalmente quebrantados y que estén dispuestos a seguirlo hasta la muerte.

LA LUCHA CONTRA EL ENEMIGO

El creyente que se centra en sus sentimientos es aún menos útil en el combate espiritual, ya que éste implica atacar al diablo mediante la oración. Esta es ciertamente una obra de negación del yo. ¡Cuánto sufrimiento hay en esto! No hay nada en ello que haga feliz al yo; es derramar la vida del yo por causa del Cuerpo de Cristo y del reino de Dios. ¡Resistir y luchar en el espíritu no es nada fácil! ¿Qué placer hay en el espíritu en llevar una carga indescriptible por amor a Dios? Si empleamos toda nuestra fuerza para atacar a los espíritus malignos, ¿qué deleite podemos hallar en eso? Se trata de un combate librado en oración. Pero ¿por quién estamos orando? No es por nosotros mismos, sino por la obra de Dios. Esta oración es una oración de guerra, no es placentera como el resto de nuestras oraciones cargadas de emociones. ¿Qué placer puede haber cuando tenemos que sufrir dolores de parto en nuestra alma por causa de los santos y orar para destruir y para edificar? La guerra espiritual no puede agradar a la carne a menos que nuestra lucha ocurra solamente en nuestra imaginación.

Cuando el creyente que depende de sus emociones pelea contra Satanás, fácilmente es derrotado. Cuando ataca a Satanás por medio de la oración, éste utiliza su espíritu maligno para atacar los sentimientos del creyente; le hace sentir que esta lucha es difícil y que la oración es árida. Cuando el creyente se siente triste, frío y en tinieblas y aridez, abandona la lucha. Este creyente no puede pelear contra Satanás. Este lo ataca en sus sentimientos, y aquél no logra resistir. Si los sentimientos no han muerto, Satanás tiene una base en la cual actuar. Cada vez que el creyente se opone a Satanás, éste sólo tiene que atacar sus sentimientos y con eso basta para derrotarlo. Si no hemos vencido nuestros sentimientos, ¿cómo pretendemos vencer a Satanás?

La guerra espiritual requiere personas que le den muerte a sus sentimientos y vivan por la fe. Tal persona puede resistir el dolor de encontrarse solo y puede pelear contra el enemigo sin buscar la aprobación ni la compañía de los demás. Puede avanzar sin importarle lo que sienta. No le preocupa estar muerto ni sobrevivir; sólo le interesa ser guiado por Dios. Esta clase de persona no tiene aspiraciones ni preferencias, ya que se entregó a Dios hasta la muerte y vive exclusivamente para El. No culpa a Dios y lo entiende, además valora Sus designios. El puede llenar el vacío, aunque parezca que Dios le abandonó y que nadie viene

en su auxilio; él puede enfrentarse solo contra la oposición. Esta clase de persona es un guerrero de oración que derrota a Satanás.

EL REPOSO

Cuando el creyente es quebrantado por el Señor, comienza a vivir por fe, lo cual es una verdadera vida espiritual; cuando el creyente llega a esta etapa, entra en un descanso. El fuego de la cruz eliminó su corazón codicioso, y él ya aprendió la lección. Sabe que sólo la voluntad de Dios es preciosa, que sus deseos naturales no son lo mejor ni concuerdan con una vida elevada. Es feliz renunciando a todo. Todo lo que el Señor le quiera quitar, él lo aceptará gustosamente. Los lamentos y los gemidos que procedían de sus esperanzas, búsquedas, anhelos y luchas desaparecieron. Sabe que vivir para Dios y obedecer Su voluntad es la vida más elevada. Aunque lo pierda todo, está satisfecho porque la voluntad de Dios se llevó a cabo. Aunque no tenga nada que le traiga deleite a él, cede ante la mano de Dios. No importa lo que le suceda a él, siempre que Dios sea complacido. Este es un descanso perfecto que nada externo puede conmover.

En esta etapa, el creyente vive por su voluntad, una voluntad que es una con Dios y es fortalecida por el espíritu que ahora gobierna sobre sus emociones. Su vida está llena de paz, de firmeza y de descanso. La antigua vida de altibajos quedó atrás; pero eso no significa que nunca más pueda volver a ser gobernado por sus emociones, ya que no puede tener una vida perfecta e inmaculada antes de entrar en los cielos. Si comparamos su condición presente con la pasada, podemos decir que se encuentra en un estado de completo descanso y firmeza, pero aunque la confusión anterior terminó, ocasionalmente será afectado por sus emociones; por esta razón, necesita velar y orar.

Tampoco debemos pensar que ya no es posible experimentar felicidad ni tristeza. Mientras tengamos sentimientos, pasaremos por momentos de tristeza, oscuridad y aridez. Sin embargo, todo ello sólo afecta al hombre exterior, y no al hombre interior, porque existe una separación muy definida entre nuestro espíritu y nuestra alma. No importa cuanto sufra nuestra alma externamente o si se siente confundida, nuestro espíritu permanece en paz y seguridad como si nada estuviese sucediendo.

Cuando la vida del creyente entra en esta etapa de descanso, se da cuenta de que todo lo que perdió por amor al Señor le fue restaurado. Ha obtenido más de Dios, y todo lo de Dios también es suyo. Ahora, en Dios, tiene el derecho de disfrutar las cosas que antes Dios mismo le había quitado. En ese entonces Dios le permitió padecer porque la vida de su alma era el amo de todas las cosas; amaba tantas cosas y tenía tantos anhelos personales aparte de la voluntad de Dios que todo ello tenía que ser quitado de en medio. Pero ya que perdió el yo y su vida anímica, tiene derecho a disfrutar el gozo de Dios dentro de sus límites legítimos. Sólo ahora sabe disfrutar, en Dios, el gozo que proviene de El mismo. Ya murió el corazón que anteriormente buscaba con tanto ahínco cosas para el yo. Ahora todo lo recibe con acción de gracias. Aunque algo le dé felicidad, si se le niega, no lo reclama.

Cuando los creyentes han avanzado de este modo, se puede decir que han alcanzado la pureza, la cual se define como ausencia de mezcla. Todo lo que tiene alguna mezcla es impuro. En la Biblia, impureza equivale a contaminación. Cuando el creyente no ha llegado

a esta etapa, no tiene una vida pura. ¿Por qué? Porque hay mezcla en su vida. Vive para Dios, pero también para sí mismo. Ama a Dios, pero también se ama a sí mismo. Su intención es para Dios, pero también tiene motivos egoístas de gloria propia, felicidad y bienestar. Esta es una vida contaminada. Vive por fe, pero también por los sentimientos; anda conforme al espíritu, pero también conforme al alma. Aunque no se reserva la porción mayor para sí mismo, esa pequeña porción es suficiente para contaminar su vida. Sólo lo que es puro es limpio; todo lo que esté mezclado con algún material extraño está contaminado.

Cuando el creyente experimenta la obra de la cruz de una manera completa, llega a una vida pura en la cual todo es para Dios, todo está en Dios, y Dios está en todo. No queda nada para el yo, Hasta el deseo de ser feliz desaparece. El amor propio muere y el único objetivo de su vida es hacer la voluntad de Dios. En tanto que Dios esté complacido, lo demás no importa. Su único objetivo es obedecer a Dios independientemente de lo que sienta. Esta es una vida pura. Aunque Dios le da paz, bienestar y gozo, él no disfruta estas cosas con el fin de satisfacer sus deseos; todo lo ve desde la perspectiva de Dios. Su vida anímica terminó. Dios le da una vida espiritual que es pura, sosegada, verdadera y que depende de la fe. Dios lo destruyó, pero El mismo lo restableció. Todo lo anímico fue destruido, y lo espiritual es edificado.

OCTAVA SECCION: EL ANALISIS DEL ALMA (2): LA MENTE

CAPITULO UNO

LA MENTE, UN CAMPO DE BATALLA

La mente del hombre es el órgano con el cual piensa. Por medio de ella podemos conocer, pensar, imaginar, recordar y entender. A ella pertenecen el poder intelectual, el raciocinio, la sabiduría y la inteligencia del hombre. Se podría decir que la mente es la parte que se relaciona con el cerebro. En el campo psicológico se le llama la *mente*, mientras que en el terreno fisiológico se le conoce como el *cerebro*; o sea que los psicólogos llaman a este órgano la mente, y los médicos lo llaman el cerebro. La mente ocupa un lugar predominante en la vida del hombre porque es la que principalmente dirige su conducta.

ANTES DE LA REGENERACION

En la Biblia se indica que la mente del hombre es un campo de batalla, lo cual es único. En ella, Satanás y los espíritus malignos luchan contra la verdad y contra el hombre. Podemos decir que la voluntad y el espíritu del hombre son una fortaleza que los espíritus malignos intentan atacar y capturar. La mente es el campo donde la batalla se lleva a cabo, y allí la fortaleza es atacada y tomada. El apóstol dijo: "Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas ante Dios para derribar fortalezas, al derribar argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y al llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo" (2 Co. 10:3-5). El apóstol primero nos habla de la batalla, luego del lugar donde ésta se lleva a cabo, y después nos habla del objetivo de tal batalla. Esta lucha se relaciona con la mente del hombre. El apóstol compara los "razonamientos" con la "fortaleza del enemigo". Consideraba la mente una fortaleza del enemigo que debía ser derribada y que dentro de ella había muchos pensamientos rebeldes. El apóstol tuvo que derribar la mente del hombre llevando cautivos los pensamientos rebeldes para que fueran sometidos a una obediencia total a Cristo. Estos versículos nos muestran que la mente del hombre es un campo de batalla porque allí los espíritus malignos pelean contra Dios.

La Biblia nos dice que "el dios de este siglo cegó *las mentes* de los incrédulos, para que no les resplandezca la iluminación del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios" (2 Co. 4:4). Este versículo concuerda con el que citamos anteriormente porque muestra la forma en que Satanás domina la mente del hombre y lo ciega. Quizá alguna persona se considere muy inteligente, capaz de usar diversos argumentos para oponerse al evangelio; otros tal vez no crean porque no han entendido el evangelio; pero lo que realmente sucede en ambos casos es que las mentes de los hombres han sido vendadas por Satanás. Cuando la mente es vencida por Satanás, se endurece (3:14), y los hombres se ocupan de los deseos de la carne y de los pensamientos, y son por naturaleza hijos de ira

(Ef. 2:3); son "enemigos en sus mentes" (Col. 1:21) porque "la mente puesta en la carne es enemistad contra Dios" (Ro. 8:7).

Después de leer estos versículos y ver que los principados de las tinieblas se relacionan principalmente con la mente del hombre, podemos ver que la mente es la parte del hombre que es más fácilmente atacada por Satanás. La potestad de las tinieblas *no puede actuar directamente* en la voluntad ni en la parte emotiva ni en el cuerpo del hombre, a menos que haya ganado algún terreno en él. Pero no sucede lo mismo cuando se trata de la mente. Parece como si la mente fuera propiedad del enemigo; él no necesita ningún permiso especial ni ninguna invitación de parte del hombre para obrar en su mente. El apóstol compara la mente con la fortaleza del enemigo para mostrar que existe una estrecha relación entre Satanás, con sus espíritus malignos, y la mente del hombre. Satanás y sus espíritus malignos hacen de la mente del hombre su fortaleza para encarcelar al hombre mediante su mente. Imponen su autoridad sobre el hombre valiéndose de la mente de éste; asimismo, por medio de la mente transmiten veneno a otros para que también se rebelen contra Dios. No podemos decir con certeza hasta qué punto la filosofía, la lógica, el conocimiento, la investigación y la ciencia de este mundo provienen del poder y la influencia de las tinieblas, pero algo sí es cierto: los razonamientos que se levantan en contra del conocimiento de Dios son las fortalezas del enemigo.

La proximidad de la mente a la autoridad de las tinieblas no es nada extraño. El primer pecado de la humanidad fue anhelar "el conocimiento del bien y del mal". Este conocimiento provino de Satanás, así que, el conocimiento, es decir, la mente de la humanidad es especialmente compatible con Satanás. Al leer cuidadosamente la Biblia y observar la experiencia de los santos, podemos ver que toda comunión entre el hombre y Satanás y sus espíritus malignos se lleva a cabo en la mente. Examinemos las tentaciones del diablo como ejemplo. Todas las tentaciones del diablo para con el hombre ocurren en *la mente*. Es verdad que Satanás con frecuencia usa la carne para obtener el consentimiento del hombre; con todo, en cada caso de seducción el enemigo pone en el hombre algún pensamiento para inducirlo a pecar. No podemos separar las tentaciones y la mente. Todas las tentaciones nos llegan por los pensamientos, ya que éstos son una puerta abierta para la potestad de las tinieblas; por eso, debemos saber cómo guardarlos.

Antes de ser regenerados, nuestros pensamientos nos impiden conocer a Dios. Se necesita el gran poder de Dios para derribar los razonamientos de los hombres. Cuando el hombre es salvo, algo sucede o debe suceder, a saber, el arrepentimiento, el cual, en el texto original en que se escribió la Biblia significa "un cambio de mentalidad". Debido a que el hombre es enemigo de Dios en su mente, Dios quiere que su mente sufra un cambio para poderle dar vida. Cuando el hombre no cree, su naturaleza está en tinieblas, mas cuando se salva, su mente cambia. Dios quiere que el hombre tenga un cambio de mentalidad, para que luego reciba un corazón nuevo. La mente está tan unida al diablo, que Dios desea que antes de darle al hombre un corazón nuevo, se debe operar un cambio en la mente de éste (Hch. 11:18).

DESPUES DE CREER

Después de que el hombre se arrepiente, su mente no es librada por completo de todas las obras de Satanás, quien sigue obrando mediante la mente. El apóstol dijo a los *creyentes* de Corinto: "Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, se corrompan vuestros *pensamientos,* apartándose de alguna manera de la sencillez y pureza para con Cristo" (2 Co. 11:3). El apóstol sabía que el dios de este siglo había cegado las mentes de los incrédulos, y que de la misma manera, engaña la mente de quienes han creído. El sabía que aunque ellos ya habían sido salvos, sus mentes todavía no habían sido renovadas y, por lo tanto, la mente seguía siendo el campo de batalla más estratégico. *La mente recibe más ataques de parte de la autoridad de las tinieblas que ningún otro órgano del hombre*. Debemos saber que los espíritus malignos de Satanás prestan especial atención a nuestra mente y es allí donde siempre nos atacan. "La serpiente con su astucia engañó a Eva". Satanás no atacó primero el corazón de Eva, sino su mente. De la misma manera, los espíritus malignos primero atacan nuestra mente, no nuestro corazón, con el propósito de corromper la sencillez de nuestra fe. Ellos saben que nuestra mente es el punto *más débil*. Antes de que creyéramos, nuestra mente era su fortaleza; pero todavía quedan muchos lugares que no han sido derribados donde operan, pues saben que pueden derrotarnos. El corazón de Eva no tenía pecado, pero ella aceptó en su mente el pensamiento sugerido por Satanás. Fue engañada por la astucia del enemigo hasta el punto en que su mente no pudo razonar, y cayó en la trampa. Por lo tanto, es inútil que el creyente se jacte de que sus motivos son rectos; más bien debe adiestrar su mente para que resista a los espíritus malignos, pues de no ser así, el diablo lo tentará y engañará su mente e incluso hará que su voluntad pierda el poder de decidir.

En 2 Corintios 11:4 Pablo nos dice de dónde proviene este peligro. Algunos predicarán a "otro Jesús", haciendo que "reciban otro espíritu" y acepten "otro evangelio" (v. 4). Esto nos muestra el peligro que existe de que se introduzcan en las mentes de los creyentes enseñanzas equivocadas que los desvíen del evangelio puro de Cristo. Eso es lo que "la serpiente" quiere hacer hoy. Satanás se disfraza como ángel de luz para que los creyentes, en sus mentes, adoren a "otro Jesús", y para que reciban "otro espíritu" diferente al Espíritu Santo, y por medio de los mismos creyentes propagar "un evangelio diferente" al evangelio de la gracia de Dios. El apóstol nos dijo que Satanás hace todo esto en las mentes de los creyentes. Uno por uno, Satanás convierte estas "enseñanzas" en pensamientos y las aloja en la mente de los creyentes. Es lamentable ver que hoy día muy pocos creyentes reconocen estas cosas. ¿Cuántos saben que Satanás pone "buenos pensamientos" en el hombre?

Debemos tener presente que el creyente recibe una vida nueva y un corazón nuevo, pero no una mente nueva. Muchos tienen un corazón nuevo, pero su cabeza es vieja. El corazón está lleno de amor, pero la cabeza, es decir, la mente, no tiene ningún discernimiento. Muchos tienen motivos puros, pero sus pensamientos no son muy claros. La mente está llena de toda clase de mezclas y muy falta de discernimiento espiritual, el cual es crucial. Muchos aman verdaderamente a los hijos de Dios, pero su mente está llena de ideales, opiniones y metas personales. Los pensamientos de muchos fieles hijos de Dios son muy estrechos y llenos de prejuicios. Ya decidieron de antemano en qué consiste la verdad y rechazan todo lo que no concuerde con sus prejuicios. Todo esto sucede debido a que su mente no es tan amplia como su corazón. También hay muchos hijos de Dios cuyas mentes nunca pueden concebir pensamiento alguno. Aunque han escuchado muchas verdades, no pueden recordarlas, ni ponerlas en práctica ni darlas a otros. Han oído suficiente, pero no tienen la

fuerza para expresar lo que escucharon. Aunque por años han recibido verdades, no pueden suplir la más mínima necesidad de los demás y tal vez hasta se ufanen de lo llenos que están del Espíritu Santo. Todo esto sucede debido a que sus mentes no han sido renovadas totalmente.

¡La mente del hombre le causa más daño que su corazón! Si los creyentes pudieran diferenciar entre la renovación del corazón y la renovación de la mente, no cometerían la equivocación de confiar en el hombre. Los creyentes deben saber que el hombre puede tener una comunión muy íntima con Dios y, al mismo tiempo en la mente, sin darse cuenta, recibir las sugerencias de Satanás, lo cual provoca errores en su conducta, en sus palabras y en sus puntos de vista. Aparte de la clara enseñanza de la Biblia, no hay palabras que sean dignas de confianza. No debemos vivir por las palabras de ningún hombre simplemente porque lo conozcamos, lo admiremos o lo respetemos. Debemos saber que aunque las palabras y los hechos de una persona sean muy santos, sus pensamientos no necesariamente son espirituales. No observamos sus palabras ni su comportamiento, sino su *mente*. Si creemos que lo que dice el obrero de Dios es la verdad de Dios, basándonos en su conducta, haríamos de sus palabras y de su conducta nuestra norma, en vez de la Biblia misma. En la historia, muchos hombres que propagaron herejías fueron creyentes muy santos. Todo esto sucede porque aunque sus corazones fueron renovados, sus mentes no lo fueron. Ciertamente la vida es mucho más importante que el conocimiento, pero después de ser edificados en la vida, no debemos descuidar el conocimiento que procede de una mente renovada. Los creyentes deben darse cuenta de que tanto sus corazones como sus mentes deben ser renovados.

Si la mente no es renovada, la vida del creyente no será una vida equilibrada; *a él le será casi imposible llevar a cabo alguna obra*. Muchas enseñanzas recalcan la vida espiritual del creyente, es decir, el corazón; afirman que debe haber amor, paciencia y humildad, lo cual sin duda es importante e insubstituible. Sin embargo, no debemos pensar que eso basta para suplir *todas* las necesidades. Son importantes, pero no lo incluyen todo. Es igualmente importante que la mente sea renovada, ampliada y fortalecida. De lo contrario, la vida del creyente no será una vida equilibrada. Muchos piensan que un creyente espiritual no debe tener mucho conocimiento, y que cuanto más ignorante sea, mejor. Pero excepto por el hecho de que estos creyentes tal vez se conduzcan un poco mejor que los demás, no son muy útiles y no puede confiárseles ninguna obra. Por supuesto, no nos referimos a la perspicacia ni al conocimiento mundano, pues la meta de la salvación no es que continuemos usando la misma mente contaminada por el pecado. Dios desea que nuestra mente sea restaurada a la perfección que tenía cuando fue creada para que glorifiquemos a Dios no sólo con nuestra conducta, sino también con nuestra mente. Incontables hijos de Dios caen en la obstinación, la estrechez, la dureza y hasta son contaminados debido a que descuidan su mente. Como resultado son privados de la gloria de Dios. Los creyentes deben saber que si han de vivir una vida plena, su mente debe ser renovada. El reino de Dios carece de obreros porque las mentes de éstos no puede sobrellevar nada. Olvidan que después de ser salvos necesitan procurar una renovación plena en sus mentes y por ello su obra queda obstruida. La Biblia dice explícitamente: “Transformaos por medio de la renovación de vuestra mente” (Ro. 12:2).

UNA MENTE BAJO EL ATAQUE
DE LOS ESPIRITUS MALIGNOS

Si examinamos la experiencia intelectual de los creyentes, veremos que sus mentes no son sólo estrechas, sino que también padecen muchas otras enfermedades. Por ejemplo, la mente es afectada por los pensamientos e imaginaciones incontroladas, imágenes impuras, recuerdos caóticos y delirantes, pérdidas repentinas de la memoria, prejuicios infundados, falta de concentración, pensamientos estáticos o retardados como si la mente estuviera encadenada, y fanatismo desaforado. El creyente siente que no tiene la fuerza para controlar su mente ni para dirigirla según su voluntad. Olvida innumerables cosas, tanto pequeñas como grandes. Sin proponérselo comete muchas "indiscreciones", y ni se preocupa por haberlo hecho. Aunque su cuerpo parece estar sano, no sabe claramente por qué su mente tiene ciertos síntomas. La mente de muchos creyentes es así, pero ellos desconocen la causa.

Si el creyente se da cuenta de que su mente es afectada como lo describimos, sólo necesita examinar unas cuantas cosas para saber de dónde proviene todo esto. ¿Quién controla su mente? ¿La controla él? Si es así, ¿por qué no logra controlarla en un momento dado? ¿La controla Dios? Según la Biblia, Dios no controla la mente del hombre. (Más adelante hablaremos de esto en detalle.) Si no soy yo ni es Dios quien controla mi mente, ¿quién lo hace? Indiscutiblemente, tienen que ser las huestes de las tinieblas las que usurpan la mente y las que le ponen estos síntomas. Por lo tanto, cuando el creyente descubre que no puede controlar su mente, debe tener presente que el enemigo está activo. Jamás olvidemos que el hombre tiene libre albedrío. Dios desea que el hombre se gobierne a sí mismo, y éste tiene autoridad para gobernar todas sus facultades; así que, la mente debe estar sujeta a la voluntad. El creyente debe preguntarse si su mente y sus pensamientos son realmente suyos. Si no es así, entonces deben proceder de los espíritus malignos que operan en la mente del hombre. Supongamos que la voluntad no quiere que pensemos, y la mente desea obedecerla. Si a pesar de esto la mente se encuentra pensando continuamente, significa que esos pensamientos no son sus pensamientos, sino obra de otra "persona" que está utilizando pensamientos en contra de nuestra voluntad. Si no deseamos pensar, los pensamientos que surjan en nuestra mente no son nuestros sino de los espíritus malignos.

Si el creyente desea saber cuáles pensamientos son suyos y cuáles son de los espíritus malignos, debe observar en qué forma aparecen. Si su mente es pacífica, estable, imperturbable y actúa en conformidad con las circunstancias, pero *súbitamente* aparece una idea o un pensamiento fuera de contexto y fuera de orden, entonces ese pensamiento es la operación de los espíritus malignos, cuya intención es *inyectar* sus pensamientos en la mente del creyente, induciéndole a aceptarlos como propios. Por regla general, los pensamientos que los espíritus malignos inyectan en la mente del hombre son cosas que él no había pensado, o algo contrario a su modo de pensar. Son totalmente "nuevos"; ideas repentinas que jamás había concebido. Cuando el creyente tiene tales pensamientos, debe preguntarse primero si él verdaderamente *piensa* así y si es *él* el que está pensando, si quiere pensar así o si ese "pensamiento" está activado en su propia mente aunque nunca antes lo había deseado. El creyente debe descubrir si es *él* el que piensa tales cosas. Si la idea no se originó en él, y él se opone a ella, pero aun así persiste, debe concluir que tal idea procede de los espíritus malignos. Todos los pensamientos que su voluntad no apoya,

y todos los que se oponen a ella, son pensamientos que no provienen del hombre mismo, sino del exterior.

Muchas veces la mente de los creyentes está llena de pensamientos que no puede detener. Su mente como una máquina de pensar, es *operada* por una fuerza exterior que piensa continuamente y que no tiene control. El creyente puede sacudir la cabeza tratando de rechazar tales pensamientos, pero no lo logra. Los pensamientos vienen en ráfagas sin detenerse ni de día ni de noche. La mayoría de los creyentes no saben a qué se deba todo esto, pues desconocen que eso es obra de los espíritus malignos. El creyente debe saber lo que es un "pensamiento". El pensamiento es *algo que capta lamente.* Pero en el caso de los pensamientos incontrolables, ya no es algo que la mente capte, sino *algo que controla y ocupa la mente*. Antes la mente pensaba cosas, pero ahora lo que sucede es que las cosas obligan a la mente a pensar. Muchas veces el creyente quiere hacer a un lado ciertas cosas, pero una fuerza externa lo obliga a recordarlas y lo fuerza a seguir pensando en ellas. Esta es la obra de los espíritus malignos.

En pocas palabras, el creyente debe investigar todo fenómeno anormal. Con excepción de una enfermedad, todo fenómeno anormal procede de los espíritus malignos. Dios no interfiere con las funciones de las facultades naturales del hombre. Nunca inyecta Sus pensamientos repentinamente en la mente del hombre y nunca detiene la función de la mente ni la priva de nada. El cese repentino de todos los pensamientos como si el cerebro hubiera quedado vacío, la intromisión brusca de un pensamiento completamente incoherente, las pérdidas súbitas de la memoria como si se hubiera cortado un alambre eléctrico dejando la mente paralizada, o una incapacidad continua para emplear la mente o la memoria son los resultados de la operación de los espíritus malignos. Debido a que los espíritus malignos han ocupado la memoria, pueden detener sus funciones o hacerla funcionar cuando ellos lo desean. El creyente debe saber que las causas naturales sólo producen enfermedades naturales. Los pensamientos o los olvidos imprevistos están fuera del control de nuestra voluntad y van más allá de los eventos naturales debido a que proceden de fuentes sobrenaturales. Si el creyente examina todos los fenómenos de su mente no pasará por alto las causas de los síntomas.

La epístola a los Efesios nos dice que los espíritus malignos operan "en los hijos de desobediencia" (2:2). Esto es muy importante. Los espíritus no sólo operan fuera del hombre, sino también dentro de él. Si nosotros queremos inducir a alguien a que trabaje, a lo sumo podemos usar palabras y expresiones u otros gestos del cuerpo. Pero los espíritus malignos pueden ir más allá; no sólo pueden operar desde fuera, como sucede entre personas, sino que también pueden hacerlo desde el interior del hombre. Esto significa que pueden penetrar en la mente del hombre y obrar desde allí, haciendo que el hombre los obedezca. El hombre no puede meterse en la mente de otra persona ni hacerle sugerencias sutiles desde allí; tampoco puede confundirlo con esas sugerencias, pero los espíritus malignos sí pueden. Poseen una capacidad de comunicación que el hombre no tiene. Debido a que la mente y la parte emotiva están estrechamente relacionadas, los espíritus malignos primero trabajan en la mente y luego llegan a su parte emotiva, o empiezan con la mente y desde allí se extienden a la voluntad, ya que la mente y la voluntad también están íntimamente relacionadas.

Ellos operan poniendo secreta y clandestinamente sus pensamientos favoritos en la mente del hombre a fin de cumplir sus objetivos, o bien bloquean los pensamientos que no les gustan. La Biblia claramente enseña que la autoridad de las tinieblas puede sembrar pensamientos en el hombre y también robar sus pensamientos. Juan 13:2 dice: "El diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le traicionara". Esto muestra que Satanás puede poner pensamientos en la mente de los hombres. Lucas 8:12 dice: "Y luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra", lo cual muestra que Satanás puede quitar las palabras que el hombre debería recordar o hacer que lo olvide todo. Estos dos versículos revelan la operación doble que los espíritus malignos llevan a cabo en la mente del hombre. Con estos pasajes podemos identificar la operación de los espíritus malignos, ya que su obra consiste en añadir o quitar algo de la mente del hombre.

LA RAZON POR LA CUAL LOS ESPIRITUS MALIGNOS ATACAN

¿Por qué las mentes de los creyentes son atacadas por los espíritus malignos? Una respuesta es que los creyentes mismos dan oportunidad a los espíritus malignos, también llamados demonios, para que ataquen sus mentes. Debemos tener presente que es posible que las mentes de los creyentes sufran los ataques de los demonios. Esto es confirmado por la experiencia de muchos creyentes. El lugar que los demonios más a menudo atacan es la mente, ya que ésta y los espíritus malignos tienen cierta afinidad. Los ataques de los espíritus malignos en la mente de los creyentes producen los fenómenos mencionados. La mente se desliza parcial o totalmente, fuera de la autoridad del hombre y cae en las manos de los espíritus malignos. En consecuencia, los espíritus malignos pueden hacerlos pensar y pueden detener los pensamientos como *a ellos* les place, pasando por encima de la voluntad del creyente. Aunque la mente todavía reside en el cuerpo, pertenece a alguien más, y aunque el creyente se oponga, no puede hacer nada. En todo aquello que el creyente da lugar a los espíritus malignos, perderá el control sobre su voluntad, y nuestra mente obedecerá a la voluntad de otro. Cuando los creyentes dan la oportunidad en sus mentes a los espíritus malignos, pierden su soberanía para gobernar su propia mente. En otras palabras, si la mente del creyente no es dueña de sí misma y no puede gobernarse, ya ha sido ocupada por espíritus malignos. Si los espíritus malignos no han atacado la mente de los creyentes, la voluntad de éstos debería gobernar todas las cosas, debería pensar cuando quisiera y dejar de hacerlo sin dificultad.

Nuestra mente es atacada por los espíritus malignos debido a que les damos lugar. Tendemos a dar lugar a los espíritus malignos debido a que nuestra mente tiene cierta afinidad con ellos. El terreno que los espíritus malignos ganan en la mente de los creyentes les proporciona autoridad para actuar sin restricción. Recordemos que la mente del hombre pertenece *al hombre;* sin el consentimiento de éste, los espíritus malignos no pueden usarla. Si el hombre *voluntariamente,* sabiéndolo o no, se niega a entregar su mente a los espíritus malignos, éstos no pueden violar su libertad. Esto no significa que los espíritus malignos no tienten nuestros pensamientos, sino que cuando ejercitamos nuestra voluntad oponiéndonos a tales pensamientos, inmediatamente cesan. El problema de hoy es que aunque muchos creyentes emplean su voluntad para resistir las tentaciones, éstas continúan. Esto no debe suceder y es una prueba de que los espíritus malignos están operando, y que hacen caso omiso de la voluntad del hombre.

Después de que el creyente ha cedido terreno a los espíritus malignos, su mente inevitablemente será ocupada por las obras de ellos. Los espíritus malignos obrarán en él según el terreno que tengan, y debido a que el creyente cede terreno en su mente, ellos hacen lo que quieren en ella. El principio más importante que debemos conocer en cuanto a la operación de los espíritus malignos es que ellos pueden actuar sólo si el creyente les cede terreno; de lo contrario, no pueden hacer nada en el creyente. Ellos trabajan en la medida de la oportunidad que se les dé. Si el creyente les da la oportunidad de operar en su mente, ellos lo harán. Hay seis clases de terreno que los creyentes pueden ceder a los espíritus malignos. Examinaremos cada uno de ellos brevemente.

A. Una mente no renovada

Los espíritus malignos siempre actúan en la carne. Si la mente no ha sido renovada, aunque la persona sea regenerada en su espíritu, los espíritus tienen la oportunidad de operar. Aunque la mente de muchos creyentes se volvió al Señor cuando se arrepintieron la primera vez, eso no significa que sus ojos, los cuales habían sido cegados por Satanás, fueron totalmente iluminados. Quizá muchas áreas todavía permanezcan veladas. Antes esos rincones oscuros eran el centro de operación de los espíritus malignos, pero ahora, aunque ha disminuido la oscuridad, no han sido eliminados del todo. Los espíritus malignos todavía ocupan esas áreas y desde allí realizan sus actividades. Es muy común ver que los espíritus malignos ocupen la mente de los hombres valiéndose del pecado. Esto sucede antes de ser salvos y también después de serlo; pese a que han sucedido algunos cambios, el terreno cedido permanece igual, todavía ocupado por los espíritus malignos como base de sus operaciones.

Los espíritus malignos hacen todo lo posible por encubrir sus hechos. Si el creyente es carnal, ellos generarán muchos pensamientos que concuerden con el carácter y la condición de él. Le harán creer que tales pensamientos proceden de él y que son naturales. Si la persona busca el bautismo del Espíritu Santo, ellos imitarán la obra del Espíritu Santo y le traerán revelaciones sobrenaturales, haciéndole creer que provienen de Dios. Como saben que la mente no ha sido renovada, la aprovechan como el mejor lugar para llevar a cabo sus operaciones, obstruyen el entendimiento del creyente en muchas maneras, haciéndole ignorante e impidiendo que busque la renovación de su mente. La mente es el terreno que más comúnmente cedemos a los espíritus malignos. Pero si esto fuera todo, sin la pasividad de la cual hablaremos más adelante, la mente y la memoria no serían tan severamente debilitadas.

B. Los pensamientos impropios

Todos los pecados proporcionan oportunidades a los espíritus malignos. Si el creyente presta atención al pecado con su mente, eso significa que cedió su mente a los espíritus malignos, porque todos los pecados provienen de los espíritus malignos. Si el creyente cede su mente al pecado, no podrá resistir a los espíritus malignos que operan detrás del mismo. Todos los pensamientos corruptos, altivos, crueles e injustos proporcionan una base para la actividad de los espíritus malignos. Los creyentes que cedieron su mente y no rechazan esta clase de pensamientos, verán que éstos vuelven cada vez más fácilmente y cada vez les será más difícil detenerlos ya que los espíritus malignos están alojados en su mente.

Además de las ideas pecaminosas hay muchos otros pensamientos impropios que proporcionan al enemigo bases de operación. Los espíritus malignos a menudo inyectan pensamientos en los creyentes. Si el creyente recibe esos pensamientos, llegan a ser el terreno donde los espíritus malignos operen. Las ideas vagas, los pensamientos vanos o los de origen desconocido, las palabras que se escuchan sin querer, las líneas que se leen por casualidad, y también los caprichos de la vida humana, proporcionan terreno a los espíritus malignos para que sigan actuando, quizá por muchos años. Todo esto también hace que los creyentes se llenen de prejuicios, se rebelen contra la verdad de Dios y crean en muchas herejías.

C. Entender mal la verdad de Dios

El creyente raras veces se percata de que cuando acepta una mentira de los espíritus malignos está cediéndoles terreno. Si interpretamos mal lo que los espíritus malignos hacen en nosotros, en nuestro ambiente y en nuestra obra, pensando que es algo natural, espontáneo o nuestro, damos terreno a los espíritus malignos y les permitimos que continúen llevando a cabo sus actividades. Si aceptamos sus mentiras, ellos las utilizarán. Cuando aceptamos ideas que proceden de espíritus malignos creyendo que son cosas buenas que se nos ocurren a nosotros mismos, inconscientemente *permitimos* que ellos permanezcan en nosotros. Aunque este permiso sea conseguido por medio de un engaño, de todos modos da suficiente terreno para que los espíritus malignos continúen obrando.

Por otra parte, muchos creyentes entienden mal la verdad de Dios e ignoran lo que significa morir con el Señor, consagrarse, esperar en el Espíritu Santo, conocer el mover de Dios y otras verdades. Como resultado, se desarrollan prejuicios en sus corazones, y empiezan a concebir ideas acerca del significado de las enseñanzas espirituales. Los espíritus malignos aprovechan la oportunidad e introducen ideas equivocadas en los creyentes, mezclándolas con lo que los mismos creyentes creen saber y operando de acuerdo con ello. Los creyentes piensan que todo eso proviene de Dios, pero en realidad, no es más que una falsificación de los espíritus malignos fundada en una interpretación equivocada.

D. Aceptar sugerencias

Los espíritus malignos frecuentemente inyectan sus pensamientos en la mente de los creyentes. Especialmente les encanta predecirle al creyente lo que le va a pasar en el futuro. Le hablan al creyente de su porvenir y de lo que encontrará en el futuro. Si el creyente no sabe que todo esto proviene de los espíritus malignos y lo acepta, dándoles la oportunidad a los espíritus malignos de permanecer en la mente, éstos obrarán en el ambiente en el momento oportuno y harán que el creyente experimente lo que se le vaticinó. El creyente en su ignorancia, tal vez crea que *él mismo* ya sabía eso y que lo esperaba. En realidad, los espíritus malignos disfrazan sus ideas en forma de predicción, las inyectan en la mente del creyente con la intención de probar la voluntad del creyente, para ver si las acepta o las rechaza. Si la voluntad del creyente no se opone o si está de acuerdo, los espíritus malignos habrán ganado terreno y operarán en el creyente hasta donde a ellos se les antoje. Los vaticinios de los adivinadores y los que leen la palma de la mano se cumplen según este principio.

Algunas veces los espíritus malignos predicen algo con respecto al cuerpo del creyente. Le dicen que está débil o enfermo. Si el creyente acepta esa idea, se enfermará y se debilitará. Cuando el creyente se siente enfermo, sólo sabe que está enfermo. Los médicos tal vez digan que es algo psicológico, pero los que tienen percepción espiritual saben que eso se debe a que el creyente aceptó sugerencias de los espíritus malignos; les cede terreno, y ellos obran con base en eso. Si el creyente no resiste todos los pensamientos que provienen de los espíritus malignos, éstos se valdrán de ellos para operar ya que se les dio la oportunidad de hacerlo.

E. Una mente vacía

Dios creó al hombre con una mente, para que la usara. Desde el principio Dios quería que el hombre escuchara la palabra *y la entendiera* (Mt. 13:23). El deseaba que el hombre usara su mente para recibir Sus palabras a fin de ganar su amor, su voluntad y su espíritu. Por lo tanto, una mente activa es una barrera para la obra de los espíritus malignos. Por eso, la principal meta de los espíritus malignos es hacer que la mente del creyente esté vacía, es decir, que no tenga nada en ella. Los espíritus malignos hacen todo esto, ya sea mediante engaños o por la fuerza; hacen que la mente del creyente quede en blanco. Saben que cuando la mente del creyente está vacía, éste no puede pensar, pierde su capacidad de razonar y el sentido común, y acepta indiscriminadamente las "enseñanzas" de los espíritus malignos sin preocuparse por el origen.

Los creyentes deben emplear su mente, ya que una mente ocupada no es útil para los espíritus malignos; por eso, ellos intentan a toda costa vaciarla. Cuando la mente del creyente funciona normalmente, él discierne todas las revelaciones absurdas y fuera de lo común y también la fuente de sus pensamientos. Una mente en blanco le da la oportunidad a los espíritus malignos de operar en ella. Así que, todos los pensamientos y revelaciones recibidas mientras la mente está en ese estado proceden de los espíritus malignos. Si el creyente deja de utilizar su mente, verá que los espíritus malignos inmediatamente vienen a ayudarle a pensar.

F. Una mente pasiva

En términos generales, no hay mucha diferencia entre una mente vacía o en blanco y una mente pasiva, pero siendo técnicos, una mente vacía es una mente que no se usa, mientras que una mente pasiva espera que vengan fuerzas externas para usarla. La pasividad es un estado peor que el vacío. Ser pasivo es dejar de actuar para que fuerzas externas lo muevan a uno. Una mente pasiva deja de pensar por sí misma y permite que fuerzas externas piensen por ella. Ser pasivo es llegar a ser como un autómata, una máquina.

La pasividad de la mente ofrece el mejor terreno para la operación de los espíritus malignos. No hay otro terreno que los espíritus malignos disfruten más que éste. Si el creyente no usa su mente y espera que fuerzas externas sobrenaturales vengan sobre él, los espíritus malignos tendrán la oportunidad de poseer su voluntad y su cuerpo. Así como una mente necia puede fácilmente ser engañada debido a su ignorancia, una mente pasiva puede

ser fácilmente atacada por no estar consciente de sí misma. La persona no puede responder ya que reacciona como si no tuviera cerebro. Si el creyente permite que su mente deje de pensar, razonar y decidir, y si no compara su experiencia y su andar con lo revelado en la Biblia, está invitando a Satanás a que invada su mente y lo engañe.

En su deseo de seguir la guía del Espíritu Santo, muchos creyentes piensan que no tienen necesidad de medir, examinar ni juzgar a la luz de la Biblia todos los pensamientos que aparentemente vienen de Dios. Piensan que ser guiados por el Espíritu Santo es como estar muertos y que sólo deben escuchar los pensamientos e impulsos que provienen de su interior. Siguen especialmente las ideas que aparecen después de la oración y como resultado mientras oran y después de orar permiten que sus mentes se hundan en la pasividad. Detienen sus propios pensamientos y demás actividades mentales para poder recibir "los pensamientos de Dios". Creen que esta clase de pensamientos provienen de Dios, y como resultado, se vuelven duros y obstinados, no son razonables y aceptan gran cantidad de sugerencias irracionales, ásperas y pertinaces. No saben (1) que la oración no cambia nuestros pensamientos para que sean los pensamientos de Dios; (2) que esperar recibir pensamientos piadosos durante y la oración después es una invitación a los espíritus malignos para que falsifiquen lo que viene de Dios; y (3) que Dios nos guía por medio de la intuición y no de la mente. Muchos creyentes no entienden que Dios no desea que ellos sean pasivos, sino que cooperen con El activamente. Pasan tiempo entrenándose para hacer que su mente sea pasiva; tratan de no pensar por sí mismos a fin de poseer los pensamientos de Dios. No saben que cuando no usan la mente tampoco Dios la puede usar, ni pondrá Sus pensamientos en ella, porque según Sus principios, el hombre debe usar su propia voluntad para controlar sus facultades y cooperar con El. Cuando el hombre no usa su mente, los espíritus malignos aprovechan la oportunidad para intervenir y controlarlos. Dios nunca ha tenido la intención de que los hombres lleguen a ser autómatas, pero los espíritus malignos sí, ya que toda pasividad les favorece a ellos y sacan ventaja de la ignorancia y la pasividad de los creyentes para operar en su mente.

LA PASIVIDAD

Todo terreno que los creyentes cedan a los espíritus malignos les proporciona una vía para que trabajen. De todas estas áreas la más importante es la pasividad porque ella expresa la actitud de la voluntad, la cual, a su vez, representa la totalidad de la persona. La pasividad permite que los espíritus malignos operen libremente. Por supuesto, tales obras siempre son llevadas a cabo ocultamente para que el creyente no se dé cuenta de que los espíritus de maldad están operando en él. Los creyentes caen en la pasividad debido a su ignorancia. Cuando no entienden claramente el lugar que tiene la mente en la vida espiritual, ya sea dándole demasiada importancia o subestimándola, permiten que se hunda en la pasividad y obedecen los pensamientos de su mente pasiva. Es indispensable que entendamos claramente la forma en que Dios nos guía.

La pasividad de la mente se debe a un concepto equivocado de lo que significan la consagración y la obediencia al Espíritu Santo. Muchos creyentes piensan que sus pensamientos perjudican su vida espiritual, y no saben que el verdadero daño es dejar de

usar la cabeza o usarla desordenadamente. No saben que el debido funcionamiento de la mente es de mucho beneficio y además necesario, porque sólo una mente que funciona apropiadamente puede colaborar con Dios. Ya establecimos claramente que la manera correcta de ser guiados por Dios depende de la intuición y no de la mente. Esto es algo crucial y no debemos olvidarlo. El creyente debe obedecer la revelación en su intuición y no los pensamientos de su mente. Los que andan según la mente andan de acuerdo con la carne. Esto guía a los creyentes por el camino equivocado. Sin embargo, esto no significa que la mente no sea útil en cosas secundarias. Si consideramos la mente como el órgano con el cual tener comunión con Dios y con el cual recibir revelación, estamos totalmente equivocados. Pero esto no significa que la mente no debe llevar a cabo la función que le corresponde para ayudar a la intuición. Esta es el órgano que conoce la voluntad de Dios, pero necesita la mente para ver si los sentimientos proceden de la intuición o si son un engaño de nuestras propias emociones. Debemos determinar si nuestro sentir interno es la voluntad de Dios y si concuerda con la Biblia. Todo esto lo sabemos por la intuición, pero lo confirmamos con nuestra mente. ¡Cuán fácilmente cometemos errores! Sin la ayuda de la mente es difícil decidir lo que verdaderamente proviene de Dios.

Esta enseñanza se basa en la Biblia, la cual dice: "Por tanto, no seáis insensatos, sino entended cuál es la voluntad del Señor". Y añade: "Comprobando lo que es agradable al Señor" (Ef. 5:17, 10). La función de la mente no puede enterrarse. Dios no anula las facultades del alma, sino que las renueva y las usa. El desea que los creyentes sepan lo que están haciendo cuando lo obedecen; no espera una obediencia ciega e irracional. Tampoco desea que los creyentes sean tontos ni que no sepan lo que hacen. El no quiere que perciban o escuchen algo y supongan que eso es Su voluntad y lo obedezcan. Dios tampoco tiene la intención de dirigir o manipular al creyente haciéndole obedecer sin saber lo que obedece. Dios quiere que el creyente conozca Su voluntad y que conscientemente emplee su ser para obedecerla. Una persona perezosa no quiere ninguna responsabilidad; sólo desea permitir pasivamente que Dios lo use o que use uno de sus miembros, pero Dios quiere que el hombre activamente procure conocer Su voluntad y que utilice su propia voluntad para obedecerlo. La intención de Dios es que la intuición y la percepción del hombre estén de acuerdo.

Sin embargo, los creyentes no se dan cuenta de que es así como Dios nos guía. Se permiten caer en la pasividad, y esperan que Dios ponga Su voluntad en la mente de ellos. Siguen ciegamente toda guía sobrenatural sin examinar con sus mentes si verdaderamente proviene de Dios. Pueden usar sus miembros neciamente y sin un entendimiento claro de la voluntad de Dios, y esperan que Dios los use sin que ellos estén conscientes. El resultado de todo esto es la posesión demoníaca. La pasividad es una condición perfecta para ello. (Hablaremos de esto en detalle más adelante.) Si el hombre no utiliza su mente, Dios tampoco la usará, porque hacerlo sería contrario al principio sobre el cual Dios actúa. Son muchos los creyentes que no saben que en el mundo existen espíritus malignos que están haciendo todo lo que pueden por engañar a los hijos de Dios. Si los creyentes se encuentran en una condición en la cual los espíritus malignos puedan trabajar, éstos lo harán. Además, andan por todas partes buscando la oportunidad de atacar a los creyentes. No debemos permitir que la mente se hunda en la pasividad.

Hay otro tema que también debemos tratar acerca de la condición para la operación de los espíritus malignos. Ya hablamos brevemente sobre la pasividad, pero debemos avanzar para abarcar algo más. En este mundo existen personas que están muy interesadas en tener comunicación con los espíritus malignos. A ningún hombre común le gustaría ser poseído por los demonios, pero existe cierta clase de personas que quieren ser poseídas por los demonios. Existen los adivinos, los espiritistas, los parapsicólogos, los médium y los evocadores de espíritus. Al observar con detenimiento la causa de su posesión podemos entender el principio de la posesión demoníaca, ya que todos los casos siguen la misma pauta. Estas personas dicen que a fin de ser poseídas por un demonio, al cual ellos llaman un dios, su voluntad no tiene que presentar resistencia alguna, sino estar dispuesta a aceptar todo lo que llega a sus cuerpos. A fin de que su voluntad sea pasiva, su mente tiene que estar totalmente vacía e inactiva, porque sólo una mente en blanco produce una voluntad pasiva. Estas dos cosas son las condiciones básicas para ser poseídos por los demonios. De aquí que cuando la persona quiere hacer venir a un espíritu deja caer su cabello y mueve la cabeza durante cierto tiempo hasta quedar mareada, y su mente permanece por completo fuera de acción. Sólo entonces puede ser poseída por el presunto dios, y sólo entonces puede operar el espíritu maligno. Cuando la mente está en blanco, la voluntad naturalmente pierde todas sus funciones. En este punto su boca gradualmente deja de moverse según la voluntad de la persona y todo su cuerpo empieza a temblar; en poco tiempo su dios desciende sobre su cuerpo. Los métodos por los cuales son poseídos pueden ser diferentes externamente, pero al examinar el principio que utilizan, nos damos cuenta de que todos los métodos son llevados a cabo por medio de una mente vacía y una voluntad pasiva. Si uno les pregunta a estas personas, ellas dirán que cuando los demonios vienen sobre ellas, su mente no puede pensar, ni su voluntad puede funcionar. Por supuesto, si la voluntad pudiera caer en un estado pasivo sin que la mente tuviera que vaciarse, la mente seguiría pensando; pero la persona no puede ser poseída hasta que su mente esté vacía y su voluntad quede inactiva.

Lo que hoy se conoce como hipnotismo, disfrazado bajo el nombre de ciencia, la meditación religiosa y la meditación transcendental, entre otras, que capacitan a las personas para usar el poder de la telepatía y para escuchar cosas desde diferentes direcciones, así como poderes de curación y transmutación, están básicamente fundamentados sobre estos dos principios. Algunas prácticas, aunque se afirma que su fin es traer beneficio a la humanidad, como la concentración, el yoga, la meditación y otras más, requieren que primeramente la mente poco a poco deje de funcionar y que la voluntad entre en un estado de pasividad. Después de esto, los espíritus malignos intervienen y le muestran a la persona experiencias sobrenaturales o extraordinarias. No discutiremos aquí si estas personas saben que están invitando espíritus malignos a entrar en ellas. Solamente afirmamos por ahora que al hacer esta clase de cosas, ellas crean las condiciones propicias para que los espíritus malignos las posean y que no pueden evitar las consecuencias. Más adelante se darán cuenta de que han recibido espíritus malignos.

No tenemos espacio para abarcar todos estos asuntos en detalle; sólo queremos que los creyentes entiendan que para que los espíritus malignos obren en el hombre, *se requiere una mente vacía y una voluntad pasiva*. Los espíritus malignos se regocijan con todo aquel que cumple estas dos condiciones e inmediatamente intervienen y operan en él. Si un

incrédulo se encuentra en esta condición, los espíritus malignos lo poseen, pero aun tratándose de un creyente el caso es el mismo, y *también lo poseen sin ninguna restricción.*

Tengamos presente que muchos creyentes desconocen las condiciones que propician la operación de los espíritus malignos y el hecho de que cuando una persona cumple tales condiciones, los espíritus malignos obran en ella sin restricciones. Muchos sin darse cuenta han llegado a ser instrumentos en manos de los demonios y hasta han llegado a ser poseídos por ellos. En las reuniones a menudo los creyentes esperan la intervención del Espíritu Santo. Se reúnen hasta la media noche y se ocupan en actividades anímicas. Sus mentes se entorpecen y sus corazones pierden el control, hasta que empiezan a experimentar cosas fuera de lo común, tales como hablar en lenguas, ver visiones, sentir un gozo inexplicable. Sienten que en realidad el Espíritu Santo los ha visitado. Sin embargo debemos saber que si nuestra mente está en blanco y nuestra voluntad es pasiva, los únicos que operarán serán los espíritus malignos y no el Espíritu Santo. Por ejemplo, en dichas reuniones su oración favorita es repetir una palabra como "gloria" o "aleluya". Repiten esas palabras simples. Si decimos la misma palabra docenas de veces, sabemos lo que sucederá: pronunciaremos la misma palabra con nuestra boca, pero nuestra mente perderá el significado, lo cual crea un vacío en ella. La persona no podrá controlarse y deberá continuar con su estribillo. Esto produce una voluntad pasiva. Finalmente, fuerzas externas gobernarán su garganta y moverán su mandíbula para que hablen cosas incomprensibles. En este punto, un creyente ignorante pensará que ha experimentado el "bautismo del Espíritu Santo" porque ha recibido la evidencia del bautismo que es "hablar en lenguas". No sabe que sencillamente ha cumplido con los requisitos para que los espíritus malignos operen en él, pues al quedar la mente en blanco y permitir que su voluntad esté pasiva, él es ocupado por los demonios.

Hoy día los creyentes piensan que si lo que reciben los hace más felices, más espirituales, les aumenta el celo o los hace más santos, entonces aquello debe provenir del Espíritu Santo. No saben que todo eso es el engaño de los espíritus malignos que recurren a cualquier medio para engañarlos. Si los espíritus malignos detectan que los creyentes muestran señales de adivinación, no dejan pasar la oportunidad e inmediatamente entran en ellos. Estos espíritus no quieren que los creyentes se asusten; así que hacen lo posible por ganarse su confianza. Imitan algunos atributos del Señor Jesús, Su bondad, Su gloria y Su belleza, para que los creyentes adoren y amen a ese "Jesús". Realmente, lo que sucede es que los creyentes están adorando, amando y consagrándose a espíritus malignos. Cuando los espíritus malignos ganan la fe y la confianza de los creyentes, lo cual puede tardar en muchos casos varios años, pondrán en ellos cosas que son obviamente malignas. Para entonces, ya sea por orgullo, por pereza o por necedad, los creyentes generalmente no están dispuestos a cuestionar el espíritu que recibieron.

Una cosa es cierta, y si los creyentes pudieran recordar tan sólo esto, sería de gran ayuda para ellos. Existe una diferencia básica entre la obra de los espíritus malignos y la obra del Espíritu Santo. El Espíritu Santo opera sólo cuando el hombre cumple con ciertos requisitos. Igualmente, para que los espíritus malignos operen se necesita que se cumplan ciertos requisitos. Aun cuando el hombre busque el Espíritu Santo, si llena los requisitos para que operen los espíritus malignos, el Espíritu Santo no actuará. Los espíritus malignos esperan incansablemente la oportunidad para actuar. No debemos preocuparnos si podemos distinguir entre algo que sea de Dios y algo que sea una falsificación; sólo necesitamos

examinar en qué condiciones aceptamos lo que recibimos. Si satisfacemos las condiciones para que el Espíritu Santo opere, lo que recibimos proviene de Dios; pero si llenamos los requisitos para que los espíritus malignos operen, aunque nuestra intención haya sido buscar el Espíritu Santo, lo que recibiremos provendrá de los espíritus malignos. No rechazamos lo sobrenatural, pero sí necesitamos distinguir lo que proviene de Dios de lo que proviene de Satanás.

¿Qué diferencias básicas existen entre las condiciones que deben llenarse para que el Espíritu Santo opere y para que operen los espíritus malignos? (1) Las revelaciones, visiones y actividades *sobrenaturales* que *requieren que la mente deje de funcionar completamente,* o que se reciben después de que la mente deja de funcionar, no provienen de Dios. (2) Las visiones que provienen del Espíritu Santo siempre son dadas a los creyentes cuando sus mentes están en plena actividad; además, se necesitan todas las facultades de la mente para recibir una visión del Espíritu Santo. Cuando los espíritus malignos operan, es totalmente diferente. (3) Todo lo que proviene de Dios está de acuerdo con la naturaleza de Dios y con la Biblia.

No debemos engañarnos por las apariencias. Si el asunto se identifica claramente con los demonios o si se disfraza como si proviniera de la esfera divina o si se designa con diferentes nombres; lo único que necesitamos preguntarnos es cuál es el principio sobre el cual opera. Debemos estar conscientes de que todas las revelaciones sobrenaturales que provienen de las tinieblas requieren el cese total de la función de la mente. Pero lo que proviene de Dios se puede recibir sin interferencia aunque la mente esté en plena actividad y en toda su capacidad. Tanto la visión que recibieron los israelitas en el monte Sinaí, narrada en el Antiguo Testamento, como la visión que tuvo Pedro en Jope, mencionada en el Nuevo Testamento, confirman que ellos tenían completo uso de sus facultades mentales.

Existe una diferencia básica entre las revelaciones y las visiones que Dios dio en la Biblia, y las presuntas revelaciones y visiones que los creyentes reciben hoy día. Al estudiar cada una de las revelaciones sobrenaturales de Dios, descritas en el Nuevo Testamento, vemos que en cada caso el que experimenta la revelación lo hace mientras su mente está funcionando, puede controlarse y puede usar cualquier miembro de su cuerpo. Pero las presuntas revelaciones sobrenaturales de hoy, *requieren* que la mente del receptor esté total o parcialmente pasiva, y éste no puede controlar alguna, o ninguna, parte de su cuerpo. Esta es la *diferencia básica* entre lo que proviene de Dios y lo que proviene de los demonios. En el caso de hablar en lenguas, como se menciona en la Biblia, los que hablaban tenían control completo sobre ellos mismos y estaban conscientes de lo que hacían. En el día de Pentecostés, Pedro podía *escuchar* las burlas de los oyentes y *darles una respuesta coherente;* podía demostrar que los que estaban con él no estaban *ebrios,* sino llenos del Espíritu Santo (Hch. 2). En Corinto, los que hablaban en lenguas estaban lo suficientemente lúcidos como para *contar* y *saber* si eran dos o tres los que hablaban (1 Co. 14:29); podían controlarse *y tener la disciplina* de hablar uno por uno (v. 31), y si no había intérprete, podían callar (v. 28). Estaban conscientes y podían ejercer control sobre sí mismos. Esto se debe a que los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas (v. 32). ¿Es este el caso de los que hablan en lenguas hoy en día? ¿No es verdad que han perdido totalmente el control e ignoran completamente lo que están haciendo? ¿No es cierto que los espíritus de

los profetas no están sujetos a los profetas sino que los profetas están sujetos a los espíritus? Así podamos diferenciar entre lo que es de Dios y lo que es de los demonios.

Todo lo que mencionamos se refiere a la diferencia que existe entre las cosas *sobrenaturales* que son dadas por el Espíritu Santo y las que son dadas por los espíritus malignos. Ahora quisiéramos brevemente ver la diferencia entre la obra del Espíritu Santo y la obra de los espíritus malignos con respecto a las cosas *naturales*. Tomemos como ejemplo escuchar la voz de Dios. Lo primero que necesitamos recordar es que la intención del Espíritu Santo es que *entendamos* claramente (Ef. 1:17-18). El Espíritu Santo no considera al hombre una máquina; por lo cual no desea que el hombre le obedezca, ni que haga el bien sin que esté plenamente consciente de que lo hace. Además, El expresa Su voluntad desde el espíritu del hombre, la parte más profunda de su ser. La guía de Dios nunca es confusa ni vaga ni extraña ni impuesta. Todo lo que proviene de los espíritus malignos tiene las siguientes características: (1) Proviene del exterior, principalmente de la *mente* ; nunca de la parte más profunda del creyente. No es una revelación de la intuición, sino un pensamiento que aparece como un relámpago. (2) Siempre impulsa, compele u obliga al creyente exigiendo acción inmediata, sin dar lugar a que el creyente piense, juzgue o examine. (3) Confunde y paraliza la mente del creyente de modo que no pueda pensar. Lo que proviene de los espíritus malignos, ya sea sobrenatural o natural, siempre hace que el creyente no pueda usar debidamente su intelecto; pero el Espíritu Santo no actúa así.

CAPITULO DOS

LA CONDICION DE UNA MENTE PASIVA

Es lamentable que los creyentes no conozcan la diferencia fundamental que existe entre la obra de los espíritus malignos y la del Espíritu Santo. Debido a esto, han permitido que los espíritus malignos vengan y ocupen sus mentes. Quisiéramos estudiar brevemente la mente que se halla bajo el ataque de los espíritus malignos.

PENSAMIENTOS REPENTINOS

Cuando la mente del creyente cae en la pasividad, se *inyectan* en él muchos pensamientos que provienen de afuera; pensamientos inmundos, blasfemos o confusos, los cuales rondan por su cabeza. Aunque la persona se proponga rechazarlos, no puede detenerlos ni cambiar el rumbo ni el tema. Tal parece que la mente es una máquina que una vez encendida no puede apagarse fácilmente. Tal vez el creyente use su voluntad para resistirlos, pero no puede deshacerse de ellos. Los pensamientos que se presentan y que son contrarios a la voluntad del creyente provienen de los espíritus malignos.

Algunas veces esas ideas repentinas hacen que el creyente entienda, conozca o invente alguna cosa especial. Pueden llegar como una sugerencia para hacer algo. Parece que el pensamiento proviene del creyente mismo, pero al examinarlo, ve que no se origina en él y que es la obra de los espíritus malignos en una mente pasiva. El creyente debe rechazar todo pensamiento *repentino* que le haga sugerencias, ya que no procede del Espíritu Santo. Además, si el creyente actúa según esos pensamientos, verá que el resultado carece de sentido.

Sabemos que en estos últimos tiempos los espíritus malignos trabajan considerablemente en la enseñanza (1 Ti. 4:1). Los creyentes deben estar alerta para que los espíritus malignos no inculquen tales enseñanzas en sus mentes pasivas. Muchos creyentes piensan que están estudiando la Palabra, que reciben mucha luz y que entienden muchas cosas que sus predecesores no entendieron, pero deben tener cuidado, porque en muchos casos no son ellos los que piensan, sino que los espíritus malignos les ponen repentinamente tales ideas. Los espíritus malignos insertan astutamente en los pensamientos de los creyentes *una idea* de ellos. Debido a que muchos creyentes ignoran el hecho de que sus mentes pueden absorber las enseñanzas de los espíritus malignos, cuando leen o meditan y reciben repentinamente una gran iluminación, creen haber descubierto algo nuevo en la enseñanza divina, y lo escriben o lo divulgan, pensando que todo es el resultado de su búsqueda, y cuando otros leen sus escritos o los escuchan, se maravillan de su gran perspicacia. Realmente no sabemos cuántas enseñanzas proceden del fondo del abismo. Muchas herejías, enseñanzas presuntamente espirituales e interpretaciones bíblicas que han dividido la iglesia de Cristo en miles de fragmentos provienen de hombres que repentinamente entienden ciertas doctrinas al estudiar la Palabra. No debemos tener en cuenta sólo la excelencia de la iluminación que recibimos, sino que debemos preguntarnos de dónde

proviene tal iluminación. (1) ¿Es revelada por el Espíritu Santo a través de la intuición? (2) ¿Proviene de mi propia mente? (3) ¿Están los espíritus malignos dándome tales pensamientos?

Cuando la mente de un creyente es pasiva, es fácil que los espíritus malignos le inyecten pensamientos sin sentido. Les dirán cosas como: "Eres un vaso especial para Dios ... tu labor cambiará el mundo ... tu vida espiritual es mucho más elevada y profunda que la de los demás ... debes seguir tu camino independiente de los demás ... pronto Dios te abrirá una puerta muy ancha para la predicación ... debes empezar a vivir por fe ... tu utilidad espiritual es ilimitada". El creyente queda desarmado ante tales pensamientos y deja de vigilar. Vive todo el día guiado por ellos, soñando acerca de grandezas y de lo maravilloso y hábil que es él. Debido a que no usa el razonamiento ni la mente, no sabe que todos esos pensamientos perjudican su vida espiritual y que son absurdos. Continuamente piensa en sí mismo y fantasea acerca de lo que será su futuro.

Entre quienes predican la Palabra del Señor, algunos frecuentemente son controlados por pensamientos repentinos. Muchos predicadores hablan de "revelaciones aisladas" que llegan a través de su mente. Cuando hablan, obedecen a pensamientos repentinos o a la "revelación" que ha estado en sus mentes por tanto tiempo. Piensan que todo eso procede de Dios y lo reciben pasivamente. No saben que Dios no da revelaciones *repentinas*, y tampoco las deposita en la *mente*. Aunque algunas veces esas palabras puedan ser coherentes, provienen de los espíritus malignos. Algunas veces el creyente predica versículos que vienen de repente a su mente. Aunque ésta no los busca, los versículos siguen llegando; la audiencia parece conmovida; con todo, cuando la reunión se termina, la audiencia se levanta y todo parece haber sido un sueño, pues no hubo una verdadera ayuda práctica en la vida divina. Algunas veces esto también sucede en el tiempo privado de los creyentes, pero todo es obra de los espíritus malignos.

Debido a que el creyente les ha cedido terreno en su mente a los espíritus malignos, éstos pueden poner en él los pensamientos que ellos quieren. Con frecuencia, entre los creyentes que laboran juntos, los espíritus malignos levantan, sin ningún motivo, una barrera o un recelo entre ellos con el fin de separarlos. Los espíritus malignos hacen que el creyente piense sin base alguna que las personas son de cierta manera. Piensa que algunas personas lo tratarán de cierto modo y que otras probablemente no lo tratarán así. Los espíritus malignos dividen a los creyentes; en realidad todos esos pensamientos son infundados. Si el creyente sabe que debe examinar la procedencia de los pensamientos y los resiste, no habrá separación. Pero el creyente piensa que tales ideas son suyas y no sabe que los espíritus malignos también pueden implantar pensamientos en su mente.

LAS IMAGENES

Los espíritus malignos no sólo inyectan pensamientos en la mente de los creyentes, sino que también pueden proyectar imágenes. Algunas de ellas son limpias y buenas, y el creyente las disfruta, pero algunas son corruptas y pecaminosas, y la conciencia del creyente las aborrece. Sean imágenes buenas o malas, aunque el creyente las disfrute o las aborrezca, él no puede impedir que se sigan proyectando en su mente. Las experiencias pasadas, las predicciones del futuro, y muchas otras cosas persisten delante de sus ojos a

pesar de la oposición de su voluntad. La imaginación del creyente ha caído en la pasividad; no puede controlar su propia imaginación, y la ha entregado a los espíritus malignos, los cuales la están usando a su antojo. El creyente debe saber que todo lo que no sea producido por *su propia mente* procede de fuerzas sobrenaturales.

LOS SUEÑOS

Algunos sueños son naturales, pero otros son sobrenaturales. Algunos pertenecen a Dios y otros al diablo. Aparte de los que son producidos por la *psique* o la mente del hombre, los demás son sobrenaturales. Si la mente del creyente se abre a los espíritus malignos, probablemente muchos de sus sueños serán las imágenes que obtuvo durante el día, aunque de una manera encubierta. Los espíritus malignos hacen que vean imágenes durante el día y que las sueñen durante la noche. Si el creyente quiere saber si el sueño proviene de los espíritus malignos, sólo necesita preguntarse si su mente estuvo pasiva durante el día. Si es así, el sueño que recibió no es digno de fiar. Los sueños que provienen de Dios permiten que el hombre continúe siendo normal, pacífico, estable, razonable y sensible. Pero los sueños que provienen de los espíritus malignos son extraños, vanos, falsos y absurdos, y hacen que las personas se vuelvan enajenadas, turbadas, confusas e irrazonables.

Los espíritus malignos pueden dar al creyente muchos sueños extraños, algunos de los cuales son buenos. Si la mente del creyente estuvo pasiva, sus sueños no proceden de Dios ni son naturales, sino que proceden de los espíritus malignos. Naturalmente, por la noche la mente no es tan activa como durante el día; así que, por estar pasiva los espíritus malignos buscan la oportunidad de lograr su meta. Estos sueños nocturnos hacen que el creyente se levante por la mañana lleno de pesadez y con su espíritu deprimido. Parece que el sueño le resta energía, porque mientras duerme, los espíritus malignos afectan todo su ser valiéndose de la mente pasiva. Si uno tiene estos sueños con frecuencia, ello se debe a que los espíritus malignos están operando en su mente. Si el creyente sinceramente rechaza la obra que los espíritus malignos llevan a cabo durante el día o durante la noche, podrá ser libre.

EL INSOMNIO

El insomnio es una enfermedad muy común entre los creyentes de hoy. Es la evidencia más obvia de que los espíritus malignos están operando en la mente del creyente. La mente de muchos creyentes se llena de pensamientos cuando ellos se acuestan en la noche. Continúan pensando durante el día en el trabajo, recuerdan experiencias pasadas o llenan su mente de cosas que no están relacionadas entre sí. Parece que están pensando en millares de cosas, y deliberando acerca de lo que deben hacer, y cuál es la mejor estrategia para realizarlo. Piensan por adelantado lo que harán el siguiente día, lo que deben planear, las circunstancias que enfrentarán, y cómo deberán tratar con los diferentes problemas. Esta clase de pensamientos se presentan repetidas veces. Aunque el creyente sabe que la cama es para dormir, y no un escritorio para pensar cómo hacer las cosas, la mente continúa pensando sin detenerse. Aunque el creyente sabe que es importante dormir para poder trabajar al día siguiente, y que urgentemente necesita dormir y no pensar, aun así, sin saber por qué, no logra conciliar el sueño. Su mente sigue pensando con vehemencia y le ahuyenta el sueño. Quizá el creyente ya ha experimentado la angustia del insomnio por algunos días y se propone descansar de toda obra que requiera actividad mental, pero

cuando llega la noche, aunque está muy cansado, su mente no descansa, y es como si fuera una máquina de pensamientos, llena de actividad e imposible de apagar. Su voluntad no tiene poder sobre sus pensamientos y es impotente ante la ráfaga de pensamientos. Sólo le queda esperar hasta que de alguna forma su mente cese de trabajar y le permita dormir un poco. El sueño reanima a las personas, pero después de que una persona ha estado bajo tales experiencias por cierto período, acaba temiendo la hora de ir a dormir, la cama y la noche. Sin embargo, como no puede darse el lujo de no dormir, cada mañana cuando se levanta, parece que ha regresado de un mundo terrible, su cabeza está confusa, su voluntad paralizada, y parece que toda su energía ha desaparecido.

En esos casos, el creyente piensa que su cuerpo es la causa de tal fenómeno. Tal vez piense que está perturbado mentalmente o que se ha extralimitado trabajando. En realidad, lo que sucede es que (1) la mayoría de las veces todos esos razonamientos son simples suposiciones, es decir, no son reales. (2) Si fueran reales, después del descanso u otro remedio natural, experimentarían restauración, pero todo es ineficaz. (3) Todo esto es una señal de que los espíritus malignos emplean tales razones para disfrazar sus actividades. Cuando los pensamientos corren por la mente del creyente, él debe preguntarse, "¿de dónde provienen? ¿Son míos? Yo no deseo pensar tal cosa; no tengo la intención de hacerlo, ¿quién está implantando en mí tantos pensamientos confusos, perversos y deprimentes? ¿Quién más puede ser si no los espíritus malignos?"

LOS OLVIDOS

Muchos creyentes pierden el poder de memorizar y a menudo olvidan cosas debido al ataque de los espíritus malignos. Las palabras que acaban de decir las olvidan en un instante; el trabajo que acaban de hacer se les olvida en una hora, y antes que se termine el día no pueden encontrar el objeto que acaban de poner en algún sitio, y lo que han prometido se les olvida en un momento. Un creyente así es como un hombre sin mente; parece que su mente no logra retener nada. Tal vez piense que eso sucede porque su memoria no es tan buena como la de los demás, y no se da cuenta de que eso obedece a que está bajo la perturbación de los espíritus malignos. En ese caso, el creyente toma todo tipo de apuntes, y se convierte en un esclavo de sus notas. Depende de ellas para que le recuerden lo que ha de hacer; de lo contrario, tendrá dificultades. No estamos diciendo que la mente del creyente debe recordar todas las cosas siempre; sabemos que con el paso del tiempo muchas cosas se olvidan, y que hasta los sucesos recientes se pueden olvidar debido a que no dejaron una impresión profunda. Pero aparte de esto, hay muchas cosas que por haber ocurrido recientemente y por haber dejado huella en el creyente, deberían ser recordadas, sin embargo a menudo hay como una laguna en la memoria y no se puede recordar nada. Esto no es natural; debe ser por el ataque de los espíritus malignos. Por ejemplo, no es natural olvidar lo que recientemente nos llamó la atención. Es natural olvidar algunas cosas, pero hay otras que no es natural olvidar. Detrás del olvido anormal se hallan los ataques de los espíritus malignos, los cuales pueden afectar ciertos nervios de nuestro cerebro y en ciertos momentos críticos hacer que olvidemos lo que debíamos recordar. Un sinnúmero de creyentes han sufrido dificultades debido a los ataques de los espíritus malignos en esta área, y la obra que llevan a cabo es dañada, se ven envueltos en muchas situaciones incómodas, los demás les pierden la confianza, y su eficacia disminuye

considerablemente. Sin embargo, no se dan cuenta de que la pérdida de la memoria se debe a la operación de los espíritus malignos en su mente.

Otras veces, parece que la memoria del creyente es buena y no tiene problema, pero repentinamente empieza a experimentar la pérdida de la memoria. En momentos críticos, cuando la memoria debería funcionar perfectamente bien, no logra recordar nada. Como resultado las cosas caen en un caos. Esta pérdida repentina de la memoria puede parecer extraña al creyente. Tal vez piense que su poder mental esté debilitándose momentáneamente y que pronto lo recuperará; no se da cuenta de que esto es un fenómeno causado por el ataque de los espíritus malignos en su mente.

LA FALTA DE CONCENTRACION

Muchas veces los espíritus malignos también interfieren en el poder de la concentración de los creyentes. El poder de concentración es diferente en cada creyente. Pero según la experiencia de los creyentes, la variación en el poder de concentración es el resultado principalmente de la operación de espíritus malignos. Muchos son incapaces de enfocar sus pensamientos. Otros, si tratan de concentrarse en una cosa por unos pocos minutos, descubren que sus pensamientos vuelan por todas partes, especialmente mientras oran, leen las Escrituras o escuchan un mensaje. Muchos creyentes sienten que su mente vaga constantemente. Aunque hacen lo posible por concentrarse, no lo logran. Esfuerzan su voluntad para controlar sus pensamientos desaforados y parece que eso surte efecto por algunos minutos, pero al poco tiempo, se encuentran en la misma condición. Algunas veces se sienten fuera de control. Todo esto es obra de los espíritus malignos y obedece a que los creyentes les cedieron terreno en su mente. Es lamentable que los creyentes pierdan así su poder mental. El resultado es que durante el día no logran llevar a cabo nada. Así como es perjudicial gastar la energía física, también es dañino gastar la energía mental. Muchos creyentes emplean mucho tiempo sin producir nada de provecho, porque sus mentes están bajo el ataque de los espíritus malignos y no pueden concentrarse.

Debido a esos ataques, el creyente experimenta a menudo una especie de distracción. Normalmente su mente es aguda, pero repentinamente surge un vacío, y nota que sus pensamientos vuelan sin rumbo. No sabe qué está haciendo ni que libro está leyendo. Tal vez crea que su mente está pensando en otra cosa, pero debe percatarse de que esos pensamientos no aparecen en su mente con la aprobación de su voluntad. Un sinnúmero de creyentes han experimentado que durante una reunión o durante el día, repentinamente dejan de escuchar lo que otros están diciendo. Los espíritus malignos les impiden oír lo que les es de provecho, hacen que sus mentes dejen de funcionar y los fuerzan a pensar en otras cosas.

Después de que la mente del creyente es atacada por los espíritus malignos, es difícil que escuche a otros. Algunas veces, pierde varias oraciones o varias palabras. Para poder entender lo que otros están diciendo tiene que hacer un gran esfuerzo por captar las palabras. A menudo no entiende ni lo más sencillo o interpreta mal lo que se le enseña. Todo esto también es causado por la turbación de los espíritus malignos en su mente, quienes depositan prejuicios en él o interpretan por ellos el significado de las palabras. El creyente escucha al mismo tiempo a los hombres y a los demonios; así que, o no escucha

nada o lo que oye lo interpreta mal. Debido a la obra de los espíritus malignos, él no está dispuesto a escuchar lo que otros le dicen y a veces ni siquiera puede. Antes de que la persona termine le interrumpe. Todo esto sucede debido a que los espíritus malignos le han sembrado muchos pensamientos, lo fuerzan a escucharlos a ellos y a decir lo que a ellos les plazca. En tal caso, el creyente escucha dos voces al mismo tiempo, una que proviene del exterior y otra del interior. Interiormente escucha las sugerencias de los espíritus malignos, y exteriormente la voz de los hombres. Debido a que la voz interior es más cercana a él, parece que sus oídos no logran oír las voces del exterior. Lo que comúnmente es conocido como distracción en realidad se debe a que el corazón ha sido ocupado por espíritus malignos. Cuántas veces el creyente piensa que se distrajo, cuando en realidad lo que sucedió fue que su corazón quedó capturado por los espíritus malignos. Si los creyentes no se deshacen de las obras que los espíritus malignos llevan a cabo en sus mentes, les será difícil concentrarse.

Debido a la actividad de los espíritus malignos en la mente del creyente, éste sacude la cabeza, queriendo deshacerse de los pensamientos indeseables. Si dice algo, tienen que enunciarlo audiblemente a fin de que su propia mente lo escuche y reciba una impresión. Si piensa algo, también tiene que decirlo en voz alta para que su mente confusa lo pueda comprender. Si lee, debe leer en voz alta para captar lo que lee. Todo eso es el resultado del daño que los espíritus malignos hacen en la mente. El creyente no puede concentrarse y tiene que hacer todo esto a fin de que su mente pueda ser impresionada o que pueda tener algún entendimiento.

LA INACTIVIDAD

Los espíritus malignos también hacen que la mente del creyente pierda la capacidad de pensar. Debido a que la mente ha estado bajo el ataque de los espíritus malignos tanto tiempo y a la cantidad de terreno que los espíritus han ocupado, muchos creyentes pierden la capacidad de pensar. Cuando esto sucede, sus mentes se han sumergido casi por completo en las manos de los espíritus malignos y ya no son capaces de tomar decisiones. Al llegar a este punto, los creyentes no pueden ni pensar. Aunque *quieren* pensar, no tienen la fuerza para producir ningún pensamiento. Hay una ola de pensamientos revoloteando en su mente y no tienen la fuerza para detenerlos e imponer los suyos. Parece que la ola de pensamientos es tan fuerte que no tienen la oportunidad de pensar por sí mismos. Aunque algunas veces parece que encuentran un lugar en su mente para lo que ellos quieren pensar, se les dificulta bastante seguir pensando. Parece que en ellos hay muchas voces y muchos temas que no dejan lugar para sus pensamientos. Sabemos que si un hombre quiere pensar, tiene que emplear su memoria, su imaginación y su razonamiento. Cuando el creyente pierde el dominio sobre todas estas cosas, ya no puede pensar en nada nuevo; no puede ser creativo, y no puede deducir, recordar ni comparar. No puede decidir ni entender. En síntesis, no puede pensar.

Después de que la mente del creyente es atacada por los espíritus malignos, se siente aprisionada sin poder pensar en nada. Parece como si algo se hubiese perdido, y como si una sombra de confusión se cerniera sobre él, haciendo imposible que produzca algo. Una vez que la habilidad mental del creyente se pierde, espontáneamente tiene una perspectiva exagerada de todas las cosas. A sus ojos, un poco de tierra parecerá una montaña, y todo se

le hace cada vez más difícil. Teme en particular todo lo que requiera actividad mental. Le incomoda conversar con la gente, porque esto le exige un gran esfuerzo. Le parece un enorme sacrificio cumplir con diligencia y constancia sus deberes diarios. Parece que dentro de él hay una cadena invisible, se siente incómodo como un esclavo, y algunas veces alberga el pensamiento de rebelarse contra todo. Sin embargo, es incapaz de escapar porque su mente está atada por los espíritus malignos, los cuales le impiden pensar.

Así que, el creyente no tiene otra alternativa que soñar durante todo el día; pierde el tiempo; pasan los días, y él sigue sin pensar, imaginar, razonar ni entender. Después de que la mente ha sufrido tales ataques, la voluntad es afectada porque la mente es su luz y permite pasivamente ser zarandeada de acá para allá por las circunstancias. El no toma decisiones por su cuenta y se llena de toda clase de insatisfacciones; pierde la paz y no es capaz de pelear en contra de tal esclavitud para obtener la victoria. Parece que se hubiese erguido una barrera invisible. Hay muchas cosas que debe hacer, pero cuando intenta llevarlas a cabo, un sentimiento lo detiene. Nada de lo que debe hacer parece estar a su alcance; da la impresión de que su vida está llena de dificultades y que nada puede satisfacerlo.

Esta inactividad en el creyente es diferente a la pasividad ordinaria. Si la mente de un creyente está solamente inactiva, puede activarse cuando él lo desee. Pero si no puede activarse, eso significa que no puede actuar cuando lo desea. ¡No puede pensar! Es como si tuviera algo sobre su cabeza que lo oprimiera. Este es un síntoma de una obra severa efectuada por los espíritus malignos.

Los creyentes que continuamente se preocupan y se llenan de ansiedad, tienen esta enfermedad. Si observamos sus circunstancias y su posición, veremos que aunque todo está bien y que tienen razones de sobra para estar contentos; sin embargo, están llenos de ansiedades e infelicidad. Si se les pregunta la razón, no tienen respuesta, y si se les dice que no deben sentirse así, de todos modos no pueden evitarlo. Ni ellos mismos pueden explicar por qué se sienten así. Parece que se han hundido en un atolladero del cual no pueden salir. Tal parece que están acostumbrados a preocuparse y que ya no tienen fuerza para escapar de su situación. Todo eso es obra de los espíritus malignos. Si se trata de una preocupación natural, habría justificación, *una razón válida,* para su inconformismo Toda preocupación que no tenga una causa valedera proviene de los espíritus malignos. El creyente se hunde en ese estado porque al principio aceptó las ideas de los espíritus malignos y ahora es incapaz de librarse. Su mente cayó en una pasividad muy profunda y ya no puede actuar. Se siente constantemente encadenado y lleno de cargas pesadas. Parece que nunca puede ver el sol ni conocer la verdad; es como si no pudiera emplear su propio raciocinio. Los espíritus malignos aprisionan a sus cautivos y los mantienen todo el día en un estado de aturdimiento, ya que se complacen con el sufrimiento de las personas. Así tratan a todo el que cae en sus manos.

LA INESTABILIDAD

Cuando la mente del creyente es controlada por los espíritus malignos, sus pensamientos no son de fiar, porque él es responsable sólo de algunos de sus pensamientos, pues casi todos son generados en su mente por los espíritus malignos. Es muy fácil que los espíritus malignos den al creyente cierto pensamiento, y al poco tiempo le traigan otro

completamente opuesto. Debido a que el creyente obedece a tales pensamientos, se vuelve una persona vacilante. Los que laboran o viven con él juzgan estos cambios como una característica de su carácter inestable. En realidad, son los espíritus malignos los que cambian los pensamientos de su mente y los que alteran sus opiniones. Frecuentemente nos encontramos con creyentes que dicen: "Yo puedo hacer tal cosa", y en el momento siguiente dicen: "Ah, no puedo". Por la mañana dicen: "Quiero esto", pero al atardecer cambian de opinión. Esto se debe a que los espíritus malignos inyectan una idea en la mente del creyente, y él la acepta, pero en el momento siguiente los espíritus malignos le inyectan lo opuesto, y él empieza a pensar que, de hecho, no puede y se retracta de lo que había dicho. En las conversaciones, cuando el tono de voz cambia repentinamente, se puede detectar la obra de los espíritus malignos en la mente de los hombres. El creyente mismo tal vez aborrezca su indecisión, pero no tiene forma de estabilizarse, ya que no es dueño de sí mismo. Si no actúa en conformidad con los pensamientos implantados en su mente, los espíritus malignos falsifican la voz de la conciencia y les acusan de no obedecer a Dios. Debido a que el creyente quiere evitar las acusaciones, no tiene otra alternativa que fluctuar entre dos opciones. Gran parte de la conducta fluctuante de un creyente se origina en esto mismo. Cuando el creyente escucha las sugerencias de los espíritus malignos en su mente, emprende todo tipo de actividades, pero cuando los espíritus malignos cambian sus propuestas, el creyente es arrastrado juntamente con ellos. Los espíritus malignos siempre inducen a las personas a pensar en el momento más inoportuno. Despiertan al creyente a mitad de la noche a decirle lo que debe hacer. Si el creyente no lo hace, lo hacen sentir culpable. O bien, a mitad de la noche le sugieren al creyente que cambien ciertas cosas; de modo que algunas decisiones importantes se toman cuando la mente está muy confundida. Si averiguamos la procedencia de todas estas cosas, veremos que muchos cambios repentinos son el resultado de la obra de los espíritus malignos en la mente de los hombres.

HABLAR DEMASIADO

Los creyentes cuyas mentes están siendo atacadas por los espíritus malignos algunas veces no les gusta hablar con las personas porque no tienen la capacidad para *escucharlas.* Las olas de pensamientos en sus mentes son como nubes llevadas por un vendaval, que no pueden ser detenidas por las palabras de otros. Al mismo tiempo ellos son muy habladores. Debido a que sus mentes están llenas de ideas, sus bocas no pueden evitar llenarse de palabras. Una mente que no puede escuchar a otros, y que sólo quiere que se le escuche, por lo general es una mente enferma. Muchos creyentes parecen habladores y chismosos por naturaleza, pero es probable que sólo sean instrumentos de los espíritus malignos. Muchos creyentes parecen una grabadora de los espíritus malignos.

Muchos creyentes cuando conversan, bromean y hablan de otros a sus espaldas, parece que no pueden controlar su lengua. Se dan cuenta de que no saben lo que dicen, pero no pueden detenerse ni restringir sus palabras ociosas. Parece que tan pronto como las ideas se han iniciado en su mente, y antes de que hayan tenido la oportunidad de pensarlas bien, ya se convirtieron en palabras. Las avalanchas de pensamientos los inducen a decir muchas cosas involuntariamente. Su lengua ya no está bajo el control de la mente ni de la voluntad. Profieren muchas palabras que la mente no había pensado y que la voluntad no había decidido emitir. Algunas veces se pronuncian palabras que son totalmente contrarias a los motivos y a la voluntad de la persona. Más tarde, cuando los demás se lo recuerdan, se

sorprenden de haberlo dicho. Todo esto sucede porque la mente cae en la pasividad. Los espíritus malignos pueden utilizar la lengua del hombre valiéndose de una mente pasiva. Al principio, los espíritus malignos mezclan sus pensamientos en la mente del hombre, pero después, se vinculan ellos mismos a las palabras del hombre. Cuando esto sucede, la mente no entiende los pensamientos de otros ni recuerda lo que le dicen.

El creyente debe estar seguro de que sus palabras pasen por su propia mente. Todas las palabras que no pasen por el proceso del pensamiento proceden de los espíritus malignos.

LA OBSTINACION

Después de que la mente de un creyente cae en la pasividad y es ocupada por los espíritus malignos, cuando toma una decisión no escucha explicaciones ni sugerencias de otros. Si tratan de explicarle algo, pensará que están invadiendo su libertad. Además, según su punto de vista, el que les sugiere algo es muy necio y no sabe todo lo que él sabe. Sus pensamientos tal vez estén equivocados, pero piensa que es lógico que sus razonamientos sean inexplicables. Debido a que su mente ha caído en una pasividad total, no sabe cómo usar sus propios razonamientos para deducir, diferenciar o juzgar algo. Acepta indiscriminadamente todos los pensamientos que los espíritus malignos inyectan en su mente y piensa que son las ideas más perfectas. Tal vez también escuche voces sobrenaturales y las tome como la voluntad de Dios. Esa voz se le convierte en ley, y nadie puede convencerlo de que use su razonamiento para verificar el origen de esas voces. Sea cual sea el pensamiento, voz o enseñanza, piensa que es infalible y absolutamente confiable. No quiere comprobar, ni juzgar ni razonar. No desea saber nada más y toma una actitud defensiva. Ni su propio razonamiento ni su conciencia ni las explicaciones o las perspectivas de otros pueden cambiar su punto de vista. Cuando cree que Dios lo está guiando, es como si su cerebro quedara sellado para no poder cambiar. Debido a que no utiliza la razón, está sujeto a toda clase de engaños por parte de los espíritus malignos y ni cuenta se da. Los que tienen algo de conocimiento ven el peligro, pero él está complacido. Es muy difícil restaurar a los que han sido afectados por los espíritus malignos a ese grado.

EL FENOMENO DE LOS OJOS

La pasividad de la mente y el ataque de los espíritus malignos pueden ser fácilmente identificados por los ojos, porque ninguna parte del hombre expresa la condición de su mente más claramente que sus ojos. Si la mente es pasiva, el creyente puede leer un libro con sus ojos pero nada penetra en su mente, y su memoria no puede retener nada. Cuando habla con las personas, sus ojos vagan en todas direcciones, de un lado a otro, de arriba abajo, o cambian abruptamente de dirección. Algunas veces es áspero y no puede mirar directamente el rostro de la persona con quien habla. Pero en otras ocasiones puede mirar directamente a su interlocutor sin pestañear, como si un poder desconocido mantuviera sus ojos fijos.

Esto puede ser peligroso en algunos casos, porque ésta es la manera en que los espíritus malignos guían al creyente a convertirse en un instrumento de ellos. En muchas reuniones, los creyentes fijan su mirada en el rostro del orador *por un largo tiempo,* mas sin escuchar

lo que está diciendo, y en lugar de eso permiten que los espíritus malignos les pongan pensamientos o visiones.

En cuanto al uso de nuestros propios ojos, debemos observar si nuestros ojos obedecen a nuestro estado de ánimo o si fijan su atención sin obedecer las instrucciones de nuestra voluntad. Cuando la mente es pasiva, nuestros ojos se empequeñecen fácilmente; ven cosas extrañas que no tenían la intención de mirar. Al mismo tiempo, no tienen la fuerza para concentrarse en lo que sí desean mirar.

CONCLUSION

En resumen, aunque los ataques de los espíritus malignos a la mente de los creyentes son múltiples y variados, el principio para que la persona pierda el control de sí misma es el mismo. Originalmente, según la providencia de Dios, todas las facultades del hombre (siendo la mente una de ellas) estaban totalmente bajo su control, pero debido a que el creyente sin darse cuenta cede terreno a los espíritus malignos, éstos ocupan su mente y son capaces de operar en una manera directa sin que la voluntad del creyente ofrezca resistencia. Por lo tanto, si alguna vez un creyente descubre que su mente actúa independientemente de su voluntad, debe saber que está siendo atacado por los espíritus malignos.

Se sabe si la persona está bajo el ataque de los espíritus malignos y de cosas que son desconocidas para ella, porque no puede actuar cuando debe actuar ni puede detenerse cuando piensa que debe hacerlo; si pierde el control y se llena de pensamientos confusos; si labora sin ningún resultado; si no puede laborar durante el día y sueña por la noche; si es inquieta, enajenada e indecisa; si no puede velar ni concentrarse ni tener discernimiento; si no puede recordar las cosas; si es inexplicablemente temeroso, y si se desespera y se confunde.

CAPITULO TRES

COMO SER LIBRE

Cuando la mente del creyente ha caído en la condición descrita en el capítulo anterior, él debe buscar la manera de ser liberado. En el capítulo anterior discutimos brevemente los fenómenos generales de una mente pasiva y no ahondamos en la condición de cada persona en particular. Así como el grado de pasividad difiere en cada persona, la intensidad del ataque de los espíritus malignos también difiere y, por ende, la medida de tormento mental también varía. Cuando el creyente se da cuenta de que su mente se encuentra en alguna de las condiciones descritas, debe estar alerta. Tal vez haya dado lugar a los espíritus malignos y esté siendo atacado por ellos. De ser así, debe buscar la manera de ser liberado.

Después de leer el capítulo anterior, la mayoría de los creyentes se preguntará por qué ellos no prestaban atención a las torturas que sufrían en su mente. ¿No es extraño que el creyente no sepa en que condición ha caído su mente? Parece que entiende mucho acerca de otras cosas, pero no sabe nada con respecto a su propia mente. Aunque ha sufrido ese tormento, no le ha prestado mucha atención. Debe esperar a que otros se lo digan para comprender su propia condición. ¿Por qué no pensó antes en esto? Esto confirma que los espíritus malignos y nuestra mente tienen una relación muy especial, y que el conocimiento que tenemos acerca de nuestra mente es muy superficial. Todo aquel que es atormentado por los espíritus malignos debe responder esta pregunta.

LA ASTUCIA DE LOS ESPIRITUS MALIGNOS

Cuando los ojos del creyente se abren y ve su propia condición, espontáneamente desea encontrar la manera de ser librado, pero los espíritus malignos no tendrán la bondad de permitir que sus prisioneros salgan libres. Harán todo lo que puedan para impedir que los creyentes sean liberados, y su método es usar muchas mentiras y pretextos.

Le dirán al creyente: "Los pensamientos buenos que repentinamente tienes son de Dios ... recibes estas revelaciones porque eres espiritual ... tu mala memoria es causada por alguna deficiencia física ... tus olvidos son naturales ... tu susceptibilidad es parte de tu carácter ... la falta de memoria la heredaste ... el insomnio es una enfermedad de tu cuerpo ... estás cansado ... tu incapacidad para pensar es el resultado del exceso de trabajo ... por las noches no puedes dejar de pensar porque has pensado demasiado durante el día ... los pensamientos sucios son el resultado de los pecados que cometiste ... tu incapacidad para escuchar a otros se debe a diferencias en las circunstancias ... la culpa es de los demás". Aparte de todo esto, hay un sin fin de pretextos que los espíritus malignos planean. Si el creyente no nota que está siendo atacado y que perdió su normalidad, los espíritus malignos usarán estas excusas y otras similares para encubrir el terreno que han ganado en él. El creyente no sabe que la verdadera razón de todas sus anomalías es la pasividad; su mente quedó en blanco y fue ocupada por los espíritus malignos. Todos estos síntomas proceden de la operación de los espíritus malignos. También debemos reconocer que detrás de todas esas evasivas existen

causas naturales que también afectan. Las experiencias de muchos creyentes nos muestran que los espíritus malignos son muy astutos, y se aprovechan de las causas naturales para que los creyentes piensen que su condición obedece exclusivamente a causas naturales y que las razones pueden ser el carácter, anomalías físicas, la circunstancias, entre otras cosas, y así los creyentes olvidan que los espíritus malignos están mezclados en todo esto. Estos se deleitan en esconder su obra tras alguna causa natural. Sin embargo, si la causa es algo natural, cuando la causa natural sea eliminada, la condición original del hombre debería ser restaurada. Si hay una causa sobrenatural involucrada en ello (debido a los espíritus malignos), el hombre no será restaurado aunque la causa natural sea eliminada. Cuando una persona no es restaurada cuando la causa natural es eliminada, ello se debe a que también hay causas sobrenaturales. Por ejemplo, si uno padece insomnio, los espíritus malignos tal vez le ofrezcan algún pretexto como por ejemplo: "Has trabajado mucho; tu mente se ha esforzado demasiado, y por eso padeces esto". Si uno cree todo eso, dejará de trabajar y hará lo posible por descansar su mente y no querrá usarla en lo absoluto. Pero mientras procura dormir, seguirán pasando por su mente millares de pensamientos. Esto deja en claro que la enfermedad no se debe solamente a causas naturales, porque después de eliminarlas, los síntomas permanecen. Algo sobrenatural se ha mezclado en todo esto. Si uno no se enfrenta con las causas sobrenaturales, nada lo ayudará, a pesar de que se hayan eliminado las causas naturales.

Lo más importante que el creyente debe hacer es *examinar* de dónde proceden las disculpas. Los espíritus malignos son muy hábiles en engañar a los hombres para que crean que todo es natural. Frecuentemente hacen creer al creyente que se equivocó, y de esta manera encubren sus obras para que no sean eliminadas. Siempre que la mente del creyente formule pretextos, debe examinar todos los razonamientos. El creyente debe investigar las causas de la condición en que se encuentra su mente. De lo contrario, si piensa erróneamente que lo sobrenatural es natural, los espíritus malignos ganarán mucho terreno. Todas las opiniones que él tiene en cuanto a su propia condición deben ser confirmadas a fin de que no ceda más territorio a los espíritus malignos y de que recupere el terreno que había perdido. Si en ocasiones no es capaz de pensar o los pensamientos lo agobian, debe preguntarse a qué se debe eso.

Debemos cuidarnos de no cometer el error de defender la operación de los espíritus malignos. Esto es posible debido a que los espíritus malignos han estado operando en algunos creyentes por un largo período. A menudo el creyente ayuda a los espíritus malignos a encubrir la causa del padecimiento que está sufriendo y no permite que se manifieste la verdadera causa ni que se compruebe que todo se debe a la obra de los espíritus malignos. Se convierte en cómplice de los espíritus malignos y les ayuda a conservar el terreno que han obtenido, aun cuando sabe que está sufriendo por ello.

En esos casos, los espíritus malignos incitan la carne del creyente a que coopere con su obra. (De hecho, la carne siempre coopera con el diablo.) El creyente hace esto para no quedar mal o por algo similar, pero al resistirse a examinar el carácter de sus adversidades por temor a perder las experiencias "espirituales", crea un gran obstáculo para ser liberado. Tal vez el creyente diga: "No *necesito* ser liberado, así que no *deseo* ser liberado. En Cristo soy victorioso, pues El ya venció a Satanás; no voy a prestar atención, porque Dios se encargará de él. Sólo me ocuparé de Cristo; no quiero saber nada de Satanás. Lo único que

debo hacer es preocuparme por predicar el evangelio; no tengo que preocuparme por Satanás". O si alguien le hace ver la realidad de la situación tal vez responda: "Si es así, luche usted en contra del enemigo y ore por mí". Tal respuesta puede ser sincera, pero muestra su posición cómoda de dejar que otros lleven a cabo la obra de liberación. No sabe que se niega a escuchar todo lo relacionado con el diablo debido a que éste está obrando en su mente, y teme que al descubrirse todo, tenga que confrontarlo. Pero, ¿es cierto que él ya sabe todo lo necesario con respecto al diablo y que no necesita saber más? El evangelio no sólo salva a los hombres y los libra del pecado, sino que también los libra de Satanás. Cuando predicamos el evangelio, ¿por qué no debemos mencionar al diablo? ¿No es esto similar a la persona que ha cometido cierto delito y teme que se mencione? En realidad lo que sucede es que tales personas han sido ocupadas por el diablo y temen cuando otros lo mencionan. Si la situación es normal, esa conversación no tiene mucha trascendencia, pero cuando la persona está ocupada por el diablo, tiene muchas razones para temer. En realidad, cuando un creyente dice esto, en lo profundo de su corazón teme que su verdadera condición se descubra. Si verdaderamente está ocupado por el diablo, no sabrá que hacer y a ello se debe esa respuesta. Quiere encubrirse para consolarse.

Cuando el creyente es iluminado y comienza a buscar la libertad, los espíritus malignos pondrán en su mente muchas acusaciones. Le dirán que está equivocado y lo tratarán de llenar de condenación haciéndole sentir tan culpable que no se atreva a recobrar el terreno que les había cedido. Los espíritus malignos saben que el creyente ya fue iluminado y que no pueden *engañarlo* nuevamente, así que lo acusan diciéndole: "Estás equivocado, estás equivocado". En ese caso, el creyente siente que se hunde en un pozo de pecado y que no puede levantarse de nuevo. Pero si reconoce que todo es una vil mentira del diablo, y su corazón se opone a ello, vencerá.

La experiencia nos ha enseñado que cuando el creyente entiende la situación, sabe que perdió la soberanía sobre su mente y quiere recobrarla, pero los espíritus malignos intentan una lucha final dentro de él haciéndolo sufrir, atormentándolo más que antes y recurriendo a sus mentiras habituales. Le dirán que como cayó en una pasividad tan profunda, ya no puede ser libre y que Dios ya no tendrá misericordia de El, o que será mucho mejor si no se resiste y permite que la situación continúe igual, o que como nunca será liberado, de nada sirve esforzarse por conseguirla. El creyente debe saber que no vive por la gracia de los espíritus malignos. Necesita ser liberado, aunque tenga que morir para lograrlo. Ninguna persona es tan pasiva que no pueda obtener liberación. Dios siempre está a favor nuestro y puede librarnos.

Cuando el creyente entiende la situación y sabe que su mente no ha sido totalmente liberada de la esclavitud de las tinieblas, y cuando comprende que debe pelear en contra de los espíritus malignos para derribar todas sus fortalezas, ve que las armas necesarias para esa guerra son espirituales. Nada que pertenezca a la carne sirve para esto en lo más mínimo. Se dará cuenta de que proponerse pautas o usar métodos para mejorar su memoria o estabilizar sus pensamientos no le traen liberación. Puesto que su mente está esclavizada por poderes sobrenaturales, las armas carnales no pueden expulsarlos ni destruirlos. El creyente se da cuenta del daño que los poderes de las tinieblas han hecho a su mente, sólo cuando desea verdaderamente conocer las verdades espirituales, no sus propias opiniones con respecto a ellas; sólo entonces está preparado para pelear contra los espíritus malignos

a fin de recobrar el terreno perdido. Cuando esto sucede, los espíritus malignos se levantan a fin de defender el terreno que ya han obtenido; y el creyente llega a ver cuán confusa, pasiva y fuera de control se encuentra su propia mente. También verá que su mente se convirtió en una fortaleza del enemigo; verá que nunca ha tenido control total sobre ella y descubrirá los métodos que el enemigo usó para impedirle que entendiera las verdades que su mente quería conocer, que podía recordar las cosas que no tenían importancia, pero no podía comprender ni recordar la verdad. Cuando el creyente se da cuenta de todo esto, tal vez sienta en su mente cierta oposición en contra de la verdad que antes aceptó.

Este es el momento para empezar a pelear por la emancipación de su mente. ¿Estamos dispuestos a ser la fortaleza permanente de Satanás? ¿Quién deberá solucionar este problema? ¿Acaso debe ser Dios? No, contundentemente no; el hombre debe resolverlo. El creyente debe decidir si quiere consagrarse totalmente a Dios o permitir que su mente llegue a ser terreno de Satanás. ¿Permitirá que los poderes de las tinieblas utilicen su mente? ¿Permitirá que los pensamientos que provienen del abismo se derramen en la mente de una persona que ya fue salva? ¿Permitirá que los espíritus malignos llenen su mente del fuego del infierno? ¿Les permitirá utilizar su mente para calumniar a Dios? ¿Les permitirá controlar su mente entrando y saliendo de ella a su antojo? ¿Les permitirá oponerse a la verdad de Dios a través de su mente? ¿Les permitirá atormentarlo valiéndose de su propia mente? ¡El creyente debe tomar la decisión por sí mismo! El creyente es quien decide si va a seguir siendo un títere de los espíritus malignos. El debe tomar esa decisión; de lo contrario, no podrá ser liberado. Esto no significa que el creyente haya vencido ya, sino que es él quien se puede oponer verdaderamente a los ataques de los espíritus malignos.

COMO RECUPERAR EL TERRENO

Dijimos antes que los espíritus malignos pueden trabajar en la mente del creyente si él les cede terreno. También dijimos lo que es ese terreno. Brevemente lo dividiremos en seis clases. Si agrupamos estas seis clases, podríamos clasificarlas en tres grupos principales: (1) una mente no renovada, (2) la aceptación de las mentiras de los espíritus malignos, es decir, creerlas, y (3) la pasividad. El creyente debe examinar cuidadosamente qué tipo de terreno ha cedido a los espíritus malignos y qué lo ha llevado a su condición actual. ¿Tiene el creyente una mente no renovada? ¿Ha creído en las mentiras de los espíritus malignos? ¿Ha caído su mente en la pasividad? ¿Es su condición una combinación de lo anterior? Muchos han cedido terreno a los espíritus malignos en alguno de estos tres aspectos. Si el creyente se da cuenta en qué aspecto o aspectos ha cedido terreno, debe recobrarlo, ya que sólo así obtendrá la liberación. El creyente se encuentra en tal situación por haber cedido terreno a los espíritus malignos; por lo tanto, cuando recupera el terreno, obtiene la liberación. La mente no renovada debe ser renovada; las mentiras de los espíritus malignos que fueron aceptadas deben ser expuestas y rechazadas, y la pasividad debe cesar para que el creyente se gobierne a sí mismo en todo. Examinemos cómo podemos recuperar cada uno de estos terrenos.

La renovación de la mente

Dios no sólo desea que la mente de Sus hijos sea transformada en el momento en que se arrepienten, sino que además sea completamente renovada hasta ser un cristal transparente. En la Biblia existe esta exhortación debido a que el creyente no está libre de su mente carnal en la cual los espíritus malignos pueden trabajar. Al principio la mente del creyente es cerrada e intolerante; o tal vez sea torpe e incapaz de comprender doctrinas profundas; o quizá sea una mente inconstante que no puede asumir ninguna responsabilidad. Pero con el tiempo, caerá en pecados más serios "por cuanto la mente puesta en la carne es enemistad contra Dios" (Ro. 8:7). Después de que muchos creyentes aprenden la enseñanza de Romanos 6, piensan que ya fueron librados de la mente carnal, y no saben que la eficacia de la cruz debe aplicarse a cada parte del hombre. Después de considerarse "muertos al pecado" (v. 11), los creyentes no deben permitir que el pecado reine en sus cuerpos mortales (v. 12). Además, después de que la mente es transformada, deben "llevar cautivo *todo* pensamiento a la obediencia de Cristo" (2 Co. 10:5). La mente debe ser totalmente renovada, ya que si queda algo de la mente carnal, eso constituye enemistad contra Dios.

Si deseamos tener una mente renovada, debemos ir a la cruz, porque en ella podemos experimentar la renovación. Esto se explica claramente en Efesios 4. En los versículos 17 y 18 el apóstol habla de las tinieblas de la mente del hombre carnal; pero en los versículos 22 y 23 habla de la manera de ser renovados: "Que en cuanto a la pasada manera de vivir, os despojéis del viejo hombre, que se va corrompiendo conforme a las pasiones del engaño, y os renovéis en el espíritu de vuestra mente". Sabemos que nuestro hombre viejo fue crucificado juntamente con el Señor (Ro. 6:6); con todo y eso, estos versículos nos instan a despojarnos de él para que nuestra mente pueda ser renovada. Estos versículos muestran que la renovación de la mente es realizada por la cruz. Los creyentes deben tener presente que la mente vieja es parte del hombre viejo del cual Dios quiere que nos despojemos completamente. La salvación que Dios efectuó en la cruz no sólo nos da una nueva vida, sino que también renueva todas las *funciones* de nuestra alma. La salvación que se encuentra en las profundidades de nuestro ser debe ser "llevada a cabo" gradualmente (Fil. 2:12). Hoy en día es necesario que los creyentes sepan que su mente necesita ser salva (Ef. 6:17). Piensan que la salvación es un asunto general y vago, pues no saben que Dios desea salvar todo nuestro ser para que todas nuestras facultades sean renovadas y útiles para Su uso. Nuestra mente es una de ellas. Dios desea que el creyente crea que la cruz puso fin a su hombre viejo; por consiguiente, debe aceptar el juicio de Dios sobre su viejo hombre de una manera terminante y emplear su voluntad para rechazar la conducta de su hombre viejo, la cual incluye su antigua manera de pensar; esto es despojarse de él. Debe estar dispuesto a ir a la cruz y renunciar a su mente vieja, a su antigua manera de pensar y de razonar; y debe estar dispuesto a confiar en que Dios le dará una mente nueva. Hermanos, debemos despojarnos de la mentalidad vieja. Dios renueva la mente, pero a nosotros nos corresponde despojarnos de nuestra vieja manera de pensar, rechazarla y abandonarla. Si hacemos nuestra parte, Dios hará la Suya. Una vez que nos despojamos por completo de la vieja manera de pensar, debemos creer que Dios renovará nuestra mente también de una manera completa, aun cuando tal vez no sepamos cómo.

En la actualidad un incontable número de creyentes todavía arrastra consigo, a donde quiera que va, su antigua manera de pensar. Aunque son salvos y recibieron una vida nueva, sus razonamientos, sus pensamientos y sus prejuicios siguen intactos. ¡Sólo se han puesto una envoltura cristiana! Aún aplican sus razonamientos y su antiguo modo de pensar para

examinar, recibir o predicar las verdades espirituales. No es de extrañarse que caigan en errores y causen disputas en la iglesia. Así como Dios no desea que el hombre use sus propios esfuerzos para llevar a cabo la obra, de la misma manera le desagrada que el hombre piense en las verdades de Dios usando su mente natural. La mente que no ha sido renovada está muerta espiritualmente, y todo lo que procede de ella también está muerto. Aunque muchos creyentes se jactan de la profundidad de su conocimiento bíblico y de la excelencia de su teología, todo ello está muerto para los que tienen ojos espirituales.

Cuando el creyente reconoce la vejez de su mente y está dispuesto a despojarse de ella permitiendo que la cruz obre, debe *rechazar diariamente* todos los pensamientos que procedan de la carne. De no ser así, será imposible que la mente sea renovada. Aunque Dios desea renovar la mente del creyente, éste tal vez siga pensando según la carne. Cuando esto sucede, la obra de Dios no puede tener éxito.

El creyente debe examinar paciente y decididamente, a la luz de Dios, cada uno de sus pensamientos. Todo lo que no sea de Dios y que sea contrario a Su verdad debe ser rechazado y abandonado. Debe rechazar por completo la utilización de su mente no renovada para entender la verdad de Dios. El apóstol afirma que la mente no renovada está llena de argumentos y altivez que se levantan contra el conocimiento de Dios (2 Co. 10:5). Esto impide que el hombre llegue al verdadero conocimiento de Dios. El creyente debe derribarlos. Todo pensamiento debe ser llevado "a la obediencia de Cristo". El creyente no debe estar satisfecho hasta que *todo* pensamiento de su mente haya sido conducido a la obediencia a Cristo. Puesto que el apóstol dijo "todo pensamiento", el creyente no debe permitir que escape ninguno de ellos. Debe examinar cada pensamiento hasta determinar: (1) si procede de su mente vieja, (2) ó si procede del terreno que ha cedido a los espíritus malignos, (3) ó del terreno que acaba de entregarles, ó (4) si es un pensamiento recto. Debe descubrir por qué su mente está confundida o airada o se rebela. Por ejemplo, ¿por qué rechazo ciertas verdades sin haberlas siquiera examinado? ¿Por qué me opongo a ciertas personas, basándome sólo en rumores? ¿Tengo suficientes razones? ¿Tengo la intención de odiar con mi mente natural? Debemos examinar todos nuestros pensamientos a fin de que todo aquello que provenga de la vieja creación sea expuesto y eliminado. Por supuesto, esto es difícil para quienes están acostumbrados a su necedad y cuyos pensamientos están controlados por el poder de las tinieblas y son desordenados, pero una batalla es una batalla, y nunca puede llevarse a cabo de un modo simple. Si no peleamos, no podremos derribar por completo nuestros pensamientos naturales, porque la mente es la fortaleza de los espíritus malignos. El enemigo es real, esto lo demuestra la lucha que sostenemos, y si hay combate, debe de haber un enemigo. Si tenemos al enemigo frente a nosotros, ¿cómo podemos ser negligentes?

El rechazo de las mentiras

Cuando el creyente se examina a la luz de Dios, descubre que en el pasado había aceptado innumerables mentiras de los espíritus malignos, lo cual lo condujo a su condición presente. (1) Algunas veces interpretó equivocadamente la verdad de Dios por creer las mentiras de los espíritus malignos; esto produjo una *actitud y una conducta* equivocadas. Dicha actitud fomentó la obra de los espíritus malignos. Por ejemplo, habiendo entendido equivocadamente la relación entre Dios y el hombre, pensó que Dios impartiría

directamente Sus pensamientos en él y esperó pasivamente y aceptó lo que tomó como pensamientos de Dios. Así permitió que los espíritus malignos imitaran e impartieran pensamientos a su mente. (2) Algunas veces creyó en las palabras que los espíritus malignos directamente le dijeron acerca de su salud física u otros asuntos relacionados; en consecuencia, su cuerpo respondió a lo que los espíritus malignos le dijeron. Por ejemplo, tal vez los espíritus malignos pusieron en su mente la idea de que algo raro le estaba sucediendo. Si la voluntad del creyente no resiste esos pensamientos y los acepta, es muy factible que le sobrevenga lo que ellos le sugieren.

Si el creyente examina su condición, descubrirá que muchas de las ansiedades, debilidades y enfermedades, así como varios percances que le suceden, se deben a que acogió las mentiras de los espíritus malignos, ya sea en una manera directa o indirecta. Todas estas cosas le sucedieron debido a sus dudas y temores; debido a que creyó las mentiras de los espíritus malignos o como consecuencia indirecta de aceptar esas palabras. Pero si rechaza las mentiras, puede recobrar el terreno cedido y obtener la libertad. Si desea ser liberado, debe conocer la luz de Dios y la verdad de Dios. Anteriormente, al creer en las mentiras, cedió terreno; ahora al rechazarlas, recobra ese terreno y es liberado. Así como sólo la luz puede disipar las tinieblas, sólo la verdad puede eliminar las mentiras. El creyente tiene que conocer la verdad acerca de sí mismo, de Dios y de los espíritus malignos. Debe hacer el esfuerzo que se requiera para buscar la verdad. Debe orar de una manera exacta y pedirle a Dios que lo ilumine para poder conocer su condición (la verdad), sus experiencias pasadas, cómo fue engañado, y qué clase de sufrimientos experimentó por ello. Debe determinar de dónde procedieron los sufrimientos mentales o físicos y los contratiempos que experimenta. Necesita conocer la causa de todos sus padecimientos. ¿Se deben a que creyó en las palabras de los espíritus malignos, o a su conducta equivocada como resultado de haberlas aceptado? El creyente debe examinar sus sufrimientos *en paz y con mucha oración* para determinar su origen.

Los espíritus malignos odian la luz y la verdad porque ellas les quitan el terreno que necesitan para operar. Por eso se libra una batalla para que la verdad llegue a la mente del creyente. Los espíritus malignos no quieren que el creyente descubra todo lo que ellos han hecho en él, ni que sepa *cuáles* mentiras provocaron su condición presente. Su principio de operación es "que no les resplandezca la iluminación del evangelio" (2 Co. 4:4). El creyente debe esforzarse por conocer la verdad en cuanto a todo. La verdad es la *verdadera condición* de las cosas. Así que, si el creyente no puede ahuyentar los espíritus malignos solo, sí puede poner su voluntad del lado de la verdad para que ellos pierdan el terreno ganado. Por lo menos puede declararles que *ama* la verdad y que desea entenderla y obedecerla. Su oración y su decisión será el rechazo de todas las mentiras de los espíritus malignos, no importa cuáles sean, ya sea una idea, una imaginación o una doctrina. Al hacer esto, le dará oportunidad al Espíritu Santo para que traiga la luz de Dios a su entendimiento entenebrecido. El creyente descubrirá por experiencia que algunas veces le tomará meses entender *una sola* mentira de los espíritus malignos. Primero debe rechazar en su voluntad todo terreno de los espíritus malignos, y luego cuidadosamente derribar una por una todas sus mentiras. *No debe creerlo que creyó antes,* y gradualmente debe reclamar el terreno que le pertenece. No debe creer lo que los espíritus malignos digan; de este modo ellos perderán su poder.

LA CONDICION NORMAL

Si el creyente cae en una condición miserable debido a la *pasividad* o por *creer* en las mentiras de los espíritus malignos, debe descubrir cuál es su condición normal. Excepto en el caso de la mente no renovada, estas dos clases de terreno cedido a los espíritus malignos harán que el creyente *decaiga* en todo aspecto. Se deteriorarán su razonamiento, su memoria, su fuerza física y todo lo demás. Cuando se da cuenta del peligro que corre, puede levantarse de allí y buscar liberación. Pero, ¿qué significa ser liberado? Significa que debe ser restaurado a su condición original. Pero si el creyente desea esto, primero debe conocer cuál es su condición original. Debe saber que hay algo que es normal, la condición original desde la cual cayó cuando lo engañaron los espíritus malignos. Debe descubrir cuál era su condición normal antes de haber caído en su condición presente; de lo contrario, no necesita buscar una restauración. El creyente debe saber si su condición actual es distinta a su condición anterior o si es peor que antes. No debe desear permanecer en su condición presente, ya que debe desear ser recobrado a su condición original. Debe preguntarse: "¿Qué tan diferente es mi condición actual de la anterior? ¿Cómo era antes? ¿Qué debo hacer para recobrar mi condición anterior?"

Su condición anterior era su condición normal, de la cual cayó. Si el creyente no entiende su "origen", o su condición original, debe preguntarse: "¿Han sido mis pensamientos siempre tan confusos? ¿He sido así desde que nací? ¿He tenido tan mala memoria desde niño? ¿Hubo alguna época en que podía recordarlo todo perfectamente? ¿He tenido siempre problemas para dormir? ¿He tenido toda mi vida imágenes que han pasado ante mis ojos como en una pantalla o hubo un tiempo cuando todo era claro para mí? ¿He sido siempre tan débil o antes era fuerte? ¿He sido siempre incapaz de controlarme o antes podía?" Después de hacerse estas preguntas el creyente, sabrá si perdió su condición normal, si ha sido pasivo, o si ha sido atacado, y también determinará su condición normal.

El creyente primero debe reconocer y creer que tiene una condición normal para poder entenderla. Aunque cayó, sin duda tenía una norma anterior y ésta es su punto de partida. Ahora debe anhelar ese "punto" y tratar de recobrarlo. Una condición normal no es otra cosa que la condición *óptima* de la persona. Si el creyente encuentra difícil establecer cuál es su condición normal, debe recordar el período en que su espíritu, alma y cuerpo, estuvieron en una condición mejor. Debe recordar cuando su espíritu era fuerte, cuando su memoria y sus pensamientos eran claros y los días cuando su cuerpo estaba sano. Después de descubrir el mejor período de su vida, debe considerar ésa su condición normal. Esa es la medida, y por lo menos debe llegar a ella. Si la vida que lleva está por debajo de esa norma, no debe conformarse. Si antes vivía a ese nivel, no hay razón por la cual no pueda hacerlo de nuevo, y eso que su condición anterior, aunque mejor que la actual, no es el nivel más elevado que puede obtener. Debe luchar por obtener su condición normal y no desanimarse.

Cuando el creyente compara su condición presente con la anterior, verá que hay una distancia abismal entre ambas. Una persona cuya mente ha sido atacada necesita comprender que su memoria y sus pensamientos están muy lejos de ser normales, y aquel cuyo cuerpo ha sido atacado necesita ver que su fuerza está muy por debajo de lo normal. Una vez que el creyente comprende que ha caído de su condición normal, debe emplear su voluntad para resistir hasta que vuelva a la normalidad. Los espíritus malignos no

permanecerán impasibles ante la amenaza de ser derrocados. Dirán al creyente: "Ya estás viejo, y no puedes esperar que tu mente sea tan fuerte como cuando eras un joven. Las facultades humanas se deterioran y se debilitan con el paso del tiempo". Y si se trata de un creyente joven, le dirán: "Naciste débil; por eso no puedes disfrutar la bendición de una mente fuerte como otros creyentes". O tal vez le digan: "Has trabajado demasiado, por eso has caído en este estado". Y aun pueden hasta decirle: "Esto es lo que tú eres; otros son mejores que tú porque tienen más talentos, y tú sabes que los dones difieren en cada persona". Esta es la manera en que los espíritus malignos operan para que el creyente piense que la razón de su debilidad es *natural, obvia y necesaria* y que no hay por qué sorprenderse. Si el creyente no es engañado ni se queda pasivo, sino que está absolutamente libre de la intervención de los espíritus malignos, estas palabras tal vez sean ciertas, pero deberán ser probadas; pero si es engañado y pasivo, estas excusas que juzgan todo como algo natural, no merecen la más mínima confianza. Ya que el creyente ha sido salvo y una vez experimentó una condición espiritual, mental y física más elevada, no debe permitir que la autoridad de las tinieblas lo ate manteniéndolo en una posición inferior. Son mentiras de los espíritus malignos, y el creyente debe rechazarlas contundentemente.

Debemos prestar atención a la diferencia que hay entre una *mente* debilitada por una enfermedad natural y una mente debilitada por haber cedido terreno a los espíritus malignos. Si la debilidad obedece a una causa natural, probablemente causará algún daño al sistema nervioso, pero si se debe a la operación de los espíritus malignos, no cambia la naturaleza física de los órganos, pero los hace funcionar anormalmente. La mente humana no se daña, pero se vuelve pasiva y pierde temporalmente su función. Cuando los espíritus malignos son echados fuera, la mente recobra su función normal. El alma de muchos dementes primero es atacada por una enfermedad natural; después, los espíritus malignos utilizan esa enfermedad para causar otros desórdenes. Si esto no es obra de los espíritus malignos, la enfermedad mental sola no es muy difícil de tratar.

VENCER LA PASIVIDAD

Después de que el creyente descubre su condición normal, lo más importante es que pelee a fin de recuperarla. Sabe que tiene un punto de partida y debe recobrarlo. Pero los espíritus malignos pelearán por el terreno que obtuvieron, de la misma manera que los gobernantes del mundo pelean por los territorios que ocupan. No podemos esperar que los espíritus malignos voluntariamente entreguen el terreno que tomaron. A menos que estén completamente vencidos, no se rendirán. Tengamos presente que aunque es fácil ceder terreno, se requiere un gran esfuerzo para recobrarlo. Con todo, debemos estar conscientes de que en el universo hay leyes, y lo que éstas dictan es la máxima autoridad que todo espíritu maligno debe obedecer; así como un país tiene sus leyes, y todo ciudadano debe cumplirlas. Debemos conocer las leyes de la esfera espiritual y basarnos en ellas; de este modo, los espíritus malignos no tendrán otra alternativa que entregar el terreno que habían usurpado.

La ley más importante de la esfera espiritual, es que todo lo relacionado con el hombre requiere su consentimiento para poder ejecutarse. Cuando el creyente, por ignorancia,

acepta el engaño de los espíritus malignos, les permite que obren en él. Para que el creyente recobre el terreno perdido, debe utilizar su voluntad para revocar su antiguo consentimiento y reclamar lo que le pertenece diciéndoles a los espíritus malignos que ellos no tienen derecho a utilizar ni un ápice de su persona. En esta lucha, los espíritus malignos no pueden oponerse a la ley y tienen que retirarse. Cuando la voluntad del creyente es pasiva, su mente también es pasiva y es ocupada por los espíritus malignos. El debe declarar que según la ley de Dios, su mente le pertenece y debe decidir usarla y no permitir que las fuerzas externas la turben ni le impartan revelaciones ni la utilicen ni la presionen. Si el creyente persiste en recobrar el terreno que cayó en la pasividad y usa su propia mente, ésta será liberada gradualmente, hasta volver a su estado original. (Los detalles de la recuperación del terreno perdido y su batalla, se describirán en la siguiente sección.)

En esta lucha, el creyente debe hacer lo posible por ejercitar su propia mente. En todas las cosas siempre debe tomar la iniciativa y no depender de otros. Si es posible, debe tomar sus propias decisiones en todo, y no esperar pasivamente que lo hagan otras personas ni que se presente el momento propicio. No debe mirar atrás ni preocuparse con respecto al futuro, sino aprender a vivir en el presente. Debe avanzar paso a paso orando y velando. Debe usar su propia mente *consciente* de lo que hace, de lo que dice y de lo que es. Tiene que tirar toda clase de muletas y no usar métodos del mundo para substituir la facultad de su mente. Debe usar su mente para pensar, razonar, recordar y entender.

Debido a que la mente del creyente ha permanecido en un estado pasivo por tanto tiempo, pelear por la libertad también requerirá tiempo. Antes de ser libre, muchos de sus pensamientos no son suyos; pertenecen a los espíritus malignos que usurparon su mente. Debe examinar cada pensamiento, pues de no hacerlo, en vez de recuperar el terreno perdido, cederá más terreno a los espíritus malignos sin darse cuenta. Durante este período, las acusaciones y los elogios que el creyente recibe no se deben necesariamente a sus errores ni a sus habilidades, sino que provienen principalmente de los espíritus malignos. Cuando la mente está cargada de pensamientos desalentadores, no debe pensar que son ciertos ni que no tiene esperanza; y cuando está llena de ideass alentadoras, tampoco debe pensar que son ciertos ni que todo va bien.

Además, el creyente debe confrontar continuamente las mentiras de los espíritus malignos. A todo pensamiento que los espíritus malignos le sugieran, el creyente debe responder con palabras específicas de la Escritura. Los espíritus malignos le harán dudar; así que debe responder en fe con versículos de la Palabra. Los espíritus malignos le desanimarán, pero él debe responder con versículos que hablen de la esperanza; le harán temer, pero él debe responder con versículos acerca de la paz. Si no sabe qué versículos usar, pídale a Dios que le enseñe. Por otro lado, si el creyente está seguro que todo eso proviene de los espíritus malignos, puede decirles: “Todo esto es una mentira de ustedes, y no la acepto”. Al aplicar así la espada del Espíritu Santo, obtenemos la victoria.

En esta batalla, el creyente no debe olvidar la posición de la cruz. Debe permanecer en Romanos 6:11 con fe en que ya murió al pecado pero vive para Dios en Cristo Jesús. Es un hombre muerto y ya fue despojado de la vieja creación. Los espíritus malignos no pueden hacerle nada, porque el lugar donde pueden operar está clavado en la cruz. Cada vez que quiera rechazar a los espíritus malignos y ejercitar su mente, debe depender totalmente de

los logros de la cruz. Debe darse cuenta de que su muerte con el Señor es un hecho, y debe asirse a este hecho delante de los espíritus malignos. Está muerto, y los espíritus malignos no tienen potestad alguna sobre los muertos. El faraón no podía hacer daño a los israelitas que estaban al otro lado del mar Rojo. Descansar en la muerte del Señor trae al creyente el mayor beneficio.

LA LIBERTAD Y LA RENOVACION

Después de que el creyente va recobrando el terreno, gradualmente se manifestará el resultado. Al principio, parece que *cuánto más terreno recobra, más peligrosa se vuelve la situación.* Pero si el creyente persiste en recobrar todo el terreno, verá que paulatinamente los espíritus malignos perderán su poder y ya no podrán hacer nada. A medida que el terreno es recobrado, los síntomas que tenía gradualmente disminuyen. El creyente verá que su mente, su memoria, su imaginación y su razonamiento gradualmente vuelven a funcionar y puede usarlos de nuevo. Los espíritus malignos ya no atacan como antes; sin embargo, antes de recuperar todo el terreno perdido, existe el peligro de que el creyente llegue a cierta medida de satisfacción, lo cual hará que se conforme y deje de pelear. Al bajar la guardia, da lugar a que los espíritus malignos regresen. El debe continuar reclamando la soberanía sobre todo su ser hasta que sea verdadera y totalmente libre. Debe estar firme en el fundamento de la cruz y utilizar la mente para rechazar la arrogancia y los conceptos viejos de los espíritus malignos; si hace todo esto, pronto llegará a ser el dueño de todos sus pensamientos.

Recapitulemos el proceso desde la pasividad a la libertad:

(1) La mente del creyente originalmente es normal.

(2) El creyente cae en la pasividad al querer que Dios use su mente.

(3) Debido a lo anterior, el creyente cree que ahora tiene una mente nueva.

(4) En realidad, el creyente es atacado por los espíritus malignos y pierde su condición normal.

(5) La mente del creyente se vuelve débil e impotente.

(6) El creyente lucha por recobrar el terreno que cedió en el paso dos.

(7) La mente del creyente cada vez parece estar peor y más confundida.

(8) En realidad, el creyente es liberado gradualmente.

(9) El creyente insiste en recuperar su soberanía y sale de su pasividad.

(10) La pasividad llega a su fin, y el creyente recobra su condición original.

(11) El creyente se vale de su voluntad y se mantiene en una condición normal.

(12) Además, su mente está siendo renovada y llega a hacer lo que antes no podía.

Debemos saber que la mente renovada tiene más profundidad que la mente que recobra la libertad. Recuperar el terreno perdido debido a la pasividad y el terreno cedido a las mentiras, restaura al creyente a su condición original. Pero la renovación no sólo restaura al creyente a su condición original, sino que lo introduce en una esfera más elevada que aquella de la cual partió. La mente renovada se halla en un estado que el creyente jamás había alcanzado; es el nivel más elevado que Dios designa para la mente del creyente y el punto más elevado al que puede llegar. Dios no sólo desea que la mente del creyente se separe por completo de la autoridad de las tinieblas a fin de que el creyente sea autónomo, sino que también desea renovarla. La mente se unirá al Espíritu Santo y se llenará de luz, sabiduría y prudencia. Su imaginación y su raciocinio serán purificados y sumisos, y serán obedientes a la voluntad de Dios (Col. 1:9). No estemos satisfechos con una ganancia pequeña.

CAPITULO CUATRO

LA LEY DE LA MENTE

Cuando la mente del creyente es renovada, él se maravilla de su capacidad. Ya se apartó de las actividades necias e insignificantes y ahora su concentración es mucho mejor, su entendimiento es más agudo, su memoria es más clara, su razonamiento más exacto, su perspectiva más amplia, su labor más eficaz, y sus pensamientos más amplios. Puede fácilmente entender los pensamientos de los demás, está menos atado por sus propias experiencias y está más consciente de lo ilimitado que es el conocimiento espiritual y la necesidad de tener una mente abierta para poder aceptarlo. Todas las predilecciones, prejuicios y opiniones acerca de la obra de Dios han sido depurados. Una mente así puede llevar a cabo la obra que aparentemente es imposible y puede asumir el doble o el triple de responsabilidades que lo común. La mente del creyente no es útil mientras no sea renovada. Pero eso no significa que tan pronto la mente es renovada no tiene posibilidad de ser acosada por la mentalidad vieja. Si el creyente no rechaza continuamente los viejos conceptos, pensará según ellos sin siquiera notarlo. Así como el creyente debe andar diariamente conforme al espíritu y rechazar la conducta de la carne, también debe pensar diariamente según su mente renovada y rechazar su antigua manera de pensar. Debe velar, pues de lo contrario, volverá a su posición anterior. En los asuntos espirituales, el retroceso sucede comúnmente. Aun después de que la mente del creyente ha sido renovada, si no vela, la posibilidad de creer las mentiras de los espíritus malignos y de volver a la pasividad y cederles terreno sigue vigente. Si el creyente desea mantener una mente renovada día tras día, necesita conocer la ley de la mente. Así como el espíritu tiene su propia ley (lo cual acabamos de discutir), la mente también tiene su ley. Mencionaremos unas cuantas cosas, que si el creyente las practica, tendrá victoria continuamente.

LA MENTE OBRA EN CONJUNCION CON EL ESPIRITU

Si analizamos el proceso por el cual el creyente lleva una conducta *espiritual*, podemos dividirlo en los siguientes pasos: El Espíritu Santo revela y explica la voluntad de Dios al espíritu del creyente; éste comprende el significado de la revelación por medio de su mente, luego utiliza el poder de su espíritu mediante la voluntad, para activar su cuerpo y cumplir la voluntad de Dios. En la vida del creyente, nada tiene tanta relación con el espíritu como la mente, porque la mente conoce lo pertinente a la esfera mental y material, y el espíritu conoce las cosas de la esfera espiritual. El creyente conoce todas las cosas relacionadas consigo mismo a través de la mente, pero por el espíritu conoce las cosas de Dios. Tanto la mente como el espíritu tienen la facultad de "conocer", y por ello la relación entre ellos es estrecha. Al andar conforme al espíritu, descubrimos que la mente es la mejor ayuda para nuestro espíritu. Si deseamos andar conforme al espíritu, debemos saber cómo estos dos se ayudan mutuamente.

La Biblia claramente nos habla de la ayuda mutua que existe entre el espíritu y la mente. Para andar según el espíritu, es muy importante que haya cooperación entre el espíritu y la mente. "Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de

sabiduría y de revelación en el *pleno conocimiento* de El, para que, alumbrados los ojos de vuestro corazón, *sepáis"* (Ef. 1:17-18). Estos dos versículos revelan la relación entre el espíritu y la mente. Como mencionamos anteriormente, al hablar de "un espíritu de sabiduría y revelación" queda implícito que en nuestro espíritu Dios nos revela y nos da a conocer Su persona y Su voluntad. Pero debemos prestar atención a la manera en que la revelación recibida mediante la intuición del espíritu obra juntamente con la mente.

Los ojos de nuestro corazón son la facultad de nuestro razonamiento o nuestro entendimiento, es decir, de nuestra mente. En este pasaje, se menciona los vocablos *sepáis* y *conocimiento.* La palabra *conocimiento* se refiere a conocer en la intuición, y *sepáis* alude a comprender con la mente. El espíritu de revelación es la parte más profunda de nuestro ser. Dios se revela en nuestro espíritu con el fin de que tengamos un conocimiento pleno de El a través de la intuición, pero ese conocimiento sólo se tiene en la intuición, en nuestro hombre interior; nuestro hombre exterior no sabe lo que la intuición ya conoce. Por eso, es necesario que el hombre interior transmita al hombre exterior lo que sabe. Si no, el hombre exterior no sabrá lo que el hombre interior desea y no podrá cooperar con él. ¿Cómo se lleva a cabo esta transmisión? Las Escrituras nos dicen que nuestro espíritu debe alumbrar nuestra mente para que ésta entienda la intención de nuestro espíritu y para que el hombre exterior también tenga tal conocimiento. Nuestro hombre exterior puede comprender por medio de la mente, por eso el conocimiento que el espíritu recibe a través de la intuición debe ser transmitido a la mente, la cual, a su vez, lo comunica al cuerpo y hace que éste ande conforme al espíritu.

Primero percibimos la voluntad de Dios en nuestra intuición, luego nuestra mente nos comunica que ésa es la voluntad de Dios. El Espíritu Santo impresiona nuestro espíritu y nos pone un sentir espiritual, y nosotros empleamos la mente para examinar y entender tal sentir. Para conocer cabalmente la voluntad de Dios, debe haber una cooperación entre el espíritu y la mente. El espíritu permite que nuestro hombre interior tenga el conocimiento, mientras que la mente hace que el hombre exterior lo entienda. Esta cooperación proporciona al creyente el conocimiento de la voluntad de Dios, todo lo cual sucede en un instante. Tal vez necesitemos mucho tiempo para describirlo con palabras, pero en realidad, las dos cosas funcionan igual que lo hacen la mano derecha en conjunción con la izquierda. Tan pronto como la orden llega, en un instante, el espíritu la capta y la comunica a la mente. Todas las revelaciones provienen del Espíritu Santo y llegan al espíritu del hombre, no a su mente. El espíritu del hombre recibe la revelación de Dios a través de su intuición, pero el hombre examina el significado de la intuición del espíritu con la mente, y entonces lo entiende.

No debemos permitir que nuestra mente sea la facultad principal que reciba la revelación de Dios, pero tampoco debemos impedir que sea la facultad secundaria que la comprenda. El creyente carnal no ha aprendido a andar conforme al espíritu y, por eso, debe usar los pensamientos de su mente para gobernar su andar. El creyente espiritual debe andar según el espíritu; pero no debe rechazar el entendimiento de la mente acerca de las intenciones del espíritu. Cuando uno es guiado como se debe, el espíritu y la mente están de acuerdo, y el razonamiento de la mente no se opone a lo que expresa el espíritu. La dirección que da el espíritu tal vez se oponga al presunto raciocinio de la mente común, pero cuando el creyente es guiado por el espíritu, entiende la voluntad de Dios mediante la cooperación de

su mente y su espíritu, *su* razonamiento confirma que los dictados del espíritu son absolutamente correctos. Por supuesto, nos referimos a los creyentes cuyas mentes han sido renovadas, porque antes de que el espíritu del creyente haya alcanzado esta posición elevada, la mente generalmente se opone a la dirección que da el espíritu.

En Efesios 1:17-18 vemos que el espíritu ayuda a la mente. Primero el espíritu recibe la revelación que proviene del Espíritu Santo y después alumbra la mente. Ya que la mente del hombre espiritual no vive por la vida natural, tiene que vivir por la iluminación del espíritu; si así no fuera, caería en tinieblas. La mente renovada necesita ser guiada por la luz del espíritu. Cuando el espíritu del creyente es obstaculizado por los espíritus malignos, percibe que sus pensamientos están en tinieblas y son confusos, su mente está desorientada y su ser no puede concentrarse. El poder mental del creyente proviene del espíritu, y si éste está bloqueado, su poder no llega a la mente; así que ésta parece perder el rumbo. Si queremos que la relación entre nuestra mente y nuestro espíritu sea correcta, debemos velar y no permitir que nuestro espíritu sea sitiado por los espíritus malignos para que así nuestra mente pueda funcionar normalmente.

El Espíritu Santo puede expresarse a través de la mente del creyente. Sabemos que El vive en el espíritu del hombre, pero no hemos pensado por qué medio se expresa. El Espíritu Santo no está satisfecho con el hecho de que el hombre crea que El está en su espíritu. Su meta es expresarse a través del hombre para que otros también puedan recibirlo. Además, El también tiene centenares de millares de cosas que ha de hacer *por medio del hombre*. No basta con que el Espíritu Santo viva en nuestro espíritu, El debe ser expresado a través de nuestro espíritu. La mente expresa el espíritu del hombre, pero si está bloqueada, el espíritu no puede abrirse, y el Espíritu Santo no podrá extenderse a otros desde nuestro espíritu. Necesitamos que la mente interprete la intención de nuestra intuición para que el Espíritu Santo pueda expresar lo que desea por conducto nuestro. Si nuestra mente es estrecha y torpe, el Espíritu Santo no podrá tener comunión con el creyente según lo que desea. Debemos asegurarnos de que no encerremos al Espíritu Santo en nuestro espíritu.

OCUPARSE DEL ESPIRITU Y TENER UNA MENTE ESPIRITUAL

Cuanto más espiritual es un creyente, más consciente está de lo importante que es andar conforme al espíritu y del peligro de andar según la carne. Pero, ¿qué significa andar conforme al espíritu? Romanos 8 da la respuesta. Es sencillamente ocuparse del Espíritu y tener una mente espiritual. "Porque los que son según la carne ponen la mente en las cosas de la carne; pero los que son según el espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque la mente puesta en la carne es muerte, pero la mente puesta en el espíritu es vida y paz" (vs. 5-6). Andar según el espíritu significa que la mente se ocupa de las cosas del Espíritu y que el espíritu gobierna la mente. El hombre que anda "conforme al espíritu" se ocupa de las cosas del Espíritu y su mente está puesta en el espíritu. Si deseamos andar en conformidad con el espíritu, sólo lo podemos hacer ocupándonos de las cosas del Espíritu con una mente sujeta al espíritu. Esto significa que para que nuestra mente sea una mente espiritual y sea gobernada por el espíritu, primero tiene que ser renovada. Por la mente renovada, el creyente puede prestar atención a las cosas que pertenecen al Espíritu, es decir, a Sus actividades. Es así como podemos andar según el espíritu.

En estos versículos también vemos la relación que hay entre la mente y el espíritu. "Porque los que son según la carne ponen la mente en las cosas de la carne; pero los que son según el espíritu, en las cosas del Espíritu". La mente humana puede ocuparse tanto de las cosas de la carne como de las del Espíritu. Nuestra mente (que es parte del alma) se halla entre el espíritu y la carne (aquí se refiere al cuerpo). Aquello en lo que se ocupe la mente será aquello en pos de lo cual andaremos. Si la mente se ocupa de las cosas de la carne, andaremos según la carne, y si se ocupa de las cosas del Espíritu, andaremos según el espíritu. No tenemos que preguntarnos si andamos de acuerdo con el espíritu, sólo necesitamos preguntarnos si estamos ocupados en las cosas del Espíritu, si estamos prestando atención al Espíritu y si buscamos las actividades del Espíritu. Es imposible ocuparnos de las cosas de la carne, mientras andamos según el espíritu, pues nuestra conducta depende de dónde pongamos la mente. Esta es una ley inmutable. En nuestra vida diaria, ¿en qué piensa nuestra mente, a qué le presta atención y en qué se fija? ¿A qué obedecemos? ¿Pensamos en las cosas del espíritu o en las de la carne? Si nos ocupamos de las cosas del Espíritu, seremos espirituales. Si nuestra mente no es gobernada por el espíritu y lo celestial, es gobernada por la carne y lo terrenal. Si no es regida por las cosas de arriba, lo será por las de abajo. El resultado de andar conforme al espíritu es vida y paz. Si el creyente se ocupa de la carne y anda según la misma, estará en muerte. Todo lo que haga o diga carecerá de valor espiritual y será muerte, porque todo lo que tiene, a los ojos de Dios, proviene de la carne, la cual no tiene vida espiritual. El creyente tal vez tenga vida y al mismo tiempo estar en muerte.

En una vida que anda según el espíritu, ¿por qué es tan importante ocuparse en las cosas del Espíritu? Porque ésta es la condición más importante para que El nos guíe en nuestro espíritu. Muchos creyentes desean que Dios ordene sus circunstancias y los guíe, pero no se ocupan de las actividades de su espíritu ni les prestan atención. Muchas veces el Espíritu Santo, quien mora en nosotros, revela algo a nuestro espíritu, pero no lo comprendemos por causa de la confusión y la torpeza de nuestra mente. Muchas veces el Espíritu Santo nos revela algo en nuestro espíritu, pero nosotros descuidamos el sentir debido a que nuestra mente no presta atención a las actividades del espíritu o porque piensa en un sinnúmero de cosas. Otras veces, nuestro espíritu no está equivocado, pero nuestra mente sí, y no logramos andar en conformidad con el espíritu. La intención del espíritu expresada a través de la intuición es delicada, apacible y tierna. Si no pensamos en las cosas del espíritu constantemente, ¿cómo podemos conocer su intención y andar en conformidad con ella? Nuestra mente debe ser como un vigía; siempre debe estar pensando, comprendiendo y entendiendo la intención del espíritu para que nuestro hombre exterior pueda someterse a él.

Dios nos guía por medio de la revelación de Su voluntad con sensaciones muy delicadas. *Nunca* nos abruma ni nos obliga a someternos a El. Siempre nos da la oportunidad de escoger. Nada que sea forzado proviene de Dios; sólo los espíritus malignos operan de esa forma. Así que debemos procurar activamente ser guiados por el Espíritu Santo; El no obrará si no cumplimos las condiciones necesarias para que opere. Para que El nos guíe, nuestro espíritu y nuestra mente deben actuar activamente junto con El. No tenemos que esforzarnos vanamente por andar según el espíritu; siempre que nuestro espíritu opere en conjunción con el Espíritu Santo y que nuestra mente preste atención a todas las actividades que suceden en el espíritu, andaremos según el espíritu.

EL ENSANCHAMIENTO DE LA MENTE

Por lo general, Dios nos transmite la verdad a través de sus hijos, aunque a veces nos da revelación directamente. La aceptamos primero en nuestra mente, y luego pasa a nuestro espíritu. Usamos nuestra mente para captar las palabras y los escritos de otros. Si no tuviéramos mente, sería imposible que la verdad llegara a nuestra vida. Por lo tanto, para nuestra vida espiritual es indispensable que tengamos una mente abierta. Si nuestra mente está llena de opiniones, ya sea acerca de la verdad o de la persona que predica, se levantará una barrera que impedirá que la verdad entre en nuestra mente o en nuestra vida. Si los creyentes determinan de antemano cuál enseñanza van a leer o escuchar, no es de extrañarse que no reciban ayuda.

Los creyentes tienen que conocer el proceso por el cual la verdad se transforma en vida a fin de que vean la importancia de tener una mente abierta. Primero, con nuestra mente tenemos que comprender la verdad; ésta entra en nuestro espíritu, y luego se manifiesta en nuestra conducta. Una mente cerrada impide que la verdad llegue al espíritu, ya que está ocupada con opiniones, y se opone y critica todo lo que no concuerde con sus pensamientos. Su opinión llega a ser la norma de todas las demás opiniones. Lo que no esté de acuerdo con sus ideas no lo considera una verdad. Una mente así no da la oportunidad para que la verdad de Dios penetre y, como resultado, los creyentes inevitablemente sufren pérdida en vida. Los creyentes que tienen más experiencia pueden dar testimonio de lo importante que es tener una mente abierta para que la verdad les sea revelada. Muchas veces no la entendemos porque no tenemos una mente abierta, no porque la verdad no haya sido predicada. Algunas veces Dios tiene que esperar muchos años para quitar todos los obstáculos a fin de que podamos recibir la verdad. Una mente abierta en conjunción con un espíritu abierto ayudan a los creyentes a crecer en la verdad.

Aunque muchas veces la verdad parezca confusa, si la mente permanece abierta, la luz vendrá, y el creyente verá la hermosura de la verdad. En innumerables ocasiones cuando el creyente recibe la verdad, le parece que ella carece de significado, pero después de un tiempo, la luz del espíritu viene, y él lo entiende todo y puede ver el contenido intrínseco de la verdad. Tal vez no pueda explicarlo, pero internamente posee un entendimiento claro. Una mente abierta despeja el camino para que la verdad entre, pero no sería útil sin la iluminación del espíritu.

EL GOBIERNO DE LA MENTE

Cada parte del creyente debe mantenerse bajo control, incluyendo la mente. No debemos olvidarlo ni siquiera después de que la mente sea renovada. No debemos permitir que nuestra mente sea tan libre como lo desea, porque los espíritus malignos volverán y la capturarán de nuevo. Tengamos presente que *nuestros pensamientos son las semillas de nuestra conducta,* y si no los cuidamos, en poco tiempo caeremos en pecado. Después de que la semilla de un pensamiento es plantada, no sabemos cuándo crecerá, pero tarde o temprano lo hará. Si examinamos cuidadosamente las transgresiones que hayamos cometido, intencionadas o no, siempre descubriremos que son el fruto de pensamientos que tuvimos. Si permitimos que un pensamiento pecaminoso permanezca en nuestra cabeza y no nos deshacemos de él, se convertirá en un hecho pecaminoso. Por ejemplo, si tenemos

malos pensamientos acerca de un hermano y no los arrancamos inmediatamente, llevarán fruto, aunque reconozcamos que estuvo mal y hayamos pedido perdón a Dios. Todo pensamiento corrupto produce una conducta corrupta. Por eso los creyentes no se pueden dar el lujo de dejar sus pensamientos sin ser confrontados, y si no mantienen sus pensamientos bajo control, no podrán controlar nada. Pedro nos dijo que nos ciñéramos los lomos de nuestra mente (1 P. 1:13). Esto significa que debemos controlar nuestros pensamientos y no permitirles correr desbocados.

Dios desea que llevemos cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo (2 Co. 10:5). Los creyentes deben llevar todos sus pensamientos a la luz de Dios. No debemos permitir que ningún pensamiento huya de nuestra jurisdicción ni que escape de nuestra atención. Todso nuestros pensamientos, sin importar de qué clase sean, tienen que ser escrutados y puestos bajo nuestro control.

Mientras controlemos nuestros pensamientos, debemos estar seguros de que no queda ningún pensamiento corrupto. Todo pensamiento impropio debe ser expulsado.

El creyente no debe permitir que su mente esté ociosa. Esto significa que tiene que pensar en todas las cosas. Debe ser una persona espiritual, plenamente consciente de cada situación, sin permitir que sus pensamientos se paralicen ni sean descuidados, pues los espíritus malignos buscan cualquier oportunidad para operar. Su mente no debe ser perezosa ni ociosa, sino debe mantenerse activa. Aun después de haber recibido una revelación en el espíritu, él creyente debe emplear su mente (pensando). No debe suponer que después de recibir una revelación en su espíritu actuará en conformidad con ella. Debe utilizar su mente para examinar lo que va a hacer y determinar si procede de él mismo, o si no está de acuerdo con Dios, o si hay algo que procede de la carne. Debe observar si su conducta concuerda con el espíritu y con Dios, o si hay todavía algo de la carne. Esta clase de examen le ayudará al espíritu a esclarecer la revelación recibida en la intuición y a que salga a la luz lo que no sea de Dios. Una mente centrada en el yo nos impide conocer la voluntad de Dios. Es muy útil no hacer caso a los pensamientos que se centran en el yo. Dios no quiere que lo sigamos ciegamente, sino que comprendamos claramente Su voluntad. Lo que no comprendamos bien no es confiable.

Cuando la mente está activa, el creyente deben tener cuidado de no permitirle actuar sola; eso significa que no debemos permitir que obre independiente del espíritu. Cuando la mente no se aferra a su propia opinión, eso ayuda a que los creyentes conozcan más claramente la voluntad de Dios; pero cuando es independiente, expresa la carne caída. Por ejemplo, muchas personas estudian la Biblia sólo para hallar lo que concuerde con su parecer y sus ideas, y lo hacen con sus propios esfuerzos. ¡Muchos sólo entienden la verdad en su mente! Esta clase de acción independiente por parte de la mente es bastante peligrosa, porque el conocimiento sólo añadirá más información a la mente del creyente, lo cual será una base para que medite y para que se jacte; sin embargo, no tendrá ningún efecto en su vida espiritual. Los creyentes deben hacer lo posible por rechazar todas las verdades que sólo comprenden con su mente. Esta clase de comprensión le da a Satanás lugar para operar. Los creyentes tienen que estar conscientes de que cualquier conocimiento obtenido por la mente, abre la puerta para que el diablo opere. Por consiguiente este anhelo tiene que ser restringido.

La mente debe estar activa, pero también tiene que descansar. Si el creyente permite que su mente trabaje sin descansar, ésta se enfermará, tal como sucede con el cuerpo físico. Los creyentes deben restringir el trabajo de la mente, no cayendo en un exceso de actividad ni dejándola salir de control. El fracaso de Elías cuando estaba bajo el enebro se debió a que su mente había trabajado demasiado (1 R. 19:4).

La mente del creyente siempre debe estar en paz con Dios. "Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en Ti persevera; porque en Ti ha confiado" (Is. 26:3). Una mente que no descansa es una mente desordenada, perjudica la vida y la obra espiritual y guía a los creyentes por un sinnúmero de sendas equivocadas. Una mente sin reposo no puede funcionar de modo normal. El apóstol Pablo insta a los creyentes a no permitir que ningún pensamiento de ansiedad permanezca en ellos (Fil. 4;6). Una vez que tales pensamientos entran, deben entregarse a Dios. *Entonces* la paz de Dios guardará sus corazones y sus pensamientos (v. 7). El apóstol también exhorta a los creyentes a que no permitan que su mente esté ociosa. Dijo: "Por lo demás hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honorable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si alguna alabanza, a esto *estad atentos*" (v. 8).

La mente no debe ser dominada por la vida emocional. Debemos laborar por fe, entendiendo sus principios, permaneciendo en completa calma y reposo en Dios. Esto es lo que significa el dominio propio (2 Ti. 1:7). Los creyentes ya no deben depender de "voces" ni "luces" que los guíen; simplemente deben seguir la intuición en el espíritu. No deben buscar sensaciones ni usar ningún estímulo externo, ningún incentivo ni ninguna promesa para seguir trabajando; sólo deben depender de la norma del bien y el mal que Dios les indique en todo asunto.

La mente también debe ser humilde. Los pensamientos de grandezas hacen caer al creyente en el error. Todos los pensamientos que llevan consigo justificación, jactancia y suficiencia hacen que la mente cometa errores. Muchos creyentes tiene bastante conocimiento, pero están engañados y se confunden debido a que su mente es muy orgullosa y a que se preocupan demasiado por ellos mismos. Todo el que desea servir al Señor debe ser humilde (Hch. 20:19). Los creyentes deben desechar todo pensamiento de grandezas y reconocer la posición que Dios les designó en el Cuerpo de Cristo.

UNA MENTE LLENA DE LA PALABRA DE DIOS

Dios Dijo: "Pondré Mis leyes en la mente de ellos" (Heb. 8:10). Necesitamos leer más la Escritura y memorizarla más para poder encontrar la Palabra que necesitamos en el momento preciso. Si lo hacemos, Dios llenará todos nuestros pensamientos con Su ley. Cuando necesitemos luz para nuestra senda, recordaremos inmediatamente lo que leímos en la Escritura. A muchos no les agrada leer la Biblia con su mente; sólo les gusta abrirla al azar después de orar, y acatar el versículo que señalen como la voz de Dios. No se dan cuenta de que eso no es confiable. Si nuestra mente está llena de la Palabra de Dios, el Espíritu Santo la alumbrará en un instante mediante la intuición y hará que recordemos el versículo apropiado que nos indicará lo que debamos hacer. No necesitamos que nadie nos diga que no robemos porque la Palabra de Dios ya nos lo habrá dicho. Tal indicación ya

está en nuestra mente. Si podemos ser uno con la Biblia de esta manera, conoceremos la voluntad de Dios en toda circunstancia.

UNA MENTE PURA

Los creyentes debemos pedirle a Dios continuamente que purifique nuestra mente y la mantenga nueva, que nos lave de nuestros malos pensamientos así como de las imaginaciones vanas para con Dios a fin de que lo que creamos concuerde perfectamente con Su voluntad eterna. No sólo debemos pedirle que nos haga pensar en El, sino también que nos haga pensar en El de la manera correcta. Debemos pedirle que no permita que ningún pensamiento proceda de nuestra naturaleza maligna. Si tenemos tal pensamiento, debemos pedirle que Su luz brille sobre él y le ponga fin inmediatamente. Debemos rogarle que nos impida conservar alguna doctrina especial que concuerde con nuestras ideas antiguas y que podrían dividir la iglesia. También debemos pedirle que nos impida aceptar, alguna enseñanza particular que nos separe del resto de Sus hijos. También debemos pedirle que nos haga tener el mismo sentir que los demás, esperando con paciencia en cualquier asunto en el que no hayamos logrado la unidad con otros. Debemos pedirle que nos guarde de usar la nueva vida que recibimos para preservar algún pensamiento o enseñanza equivocada. Que nos ayude a morir no sólo a nuestra naturaleza malvada, sino también a nuestros pensamientos malignos. Que no permita que nuestros pensamientos causen división en el Cuerpo de Cristo. Debemos pedirle que no permita que seamos engañados de nuevo y que haga que todos Sus hijos vivan para El a fin de que ya no sean esparcidos ni se hagan daño unos a otros, vagando y sin tener el mismo sentir ni la misma vida.

NOVENA SECCION — EL ANALISIS DEL ALMA (3): LA VOLUNTAD

CAPITULO UNO

LA VOLUNTAD DEL CREYENTE

La voluntad del hombre es la facultad con la cual toma decisiones. Estar dispuestos o no, preferir esto o aquello y decidir o escoger, son funciones de nuestra voluntad. La voluntad del hombre es como el timón de un barco. Así como un barco se mueve según lo guíe el timón, el hombre se mueve según su voluntad.

Podemos decir que la voluntad del hombre es su verdadero yo, el hombre mismo, porque la voluntad representa al hombre. Todas las acciones de la voluntad son en realidad las acciones del hombre. Cuando decimos: "*Yo* estoy dispuesto", estamos en realidad diciendo que nuestra *voluntad* está dispuesta. Cuando decimos: "*Yo* quiero hacer esto" o "*Yo* decidí hacer aquello", significa que nuestra *voluntad* lo desea, o que nuestra *voluntad* lo decidió. La función de la voluntad es expresar las intenciones de todo nuestro ser. Las emociones solamente manifiestan lo que sentimos, la mente contiene sólo lo que pensamos, pero la voluntad es lo que *deseamos*. Por lo tanto, la voluntad es la parte más importante de nuestro ser. La voluntad del hombre es más profunda que la parte emotiva y que la mente. Por consiguiente, cuando el creyente va en pos de una vida espiritual, tiene que prestar atención a la voluntad.

Muchos son engañados pensando que la religión (utilicemos esta palabra por el momento) es sólo una experiencia emocional, y que su único propósito es hacer que el hombre se sienta bien. Otros piensan que la religión debe acomodarse a la razón (o sea, a la mente) y que no debería estar tan orientada hacía las emociones. Para ellos sólo una religión racional tiene credibilidad. No saben que la verdadera religión no propende por las emociones ni por la mente, sino que tiene como fin que el hombre obtenga vida en su espíritu y que su voluntad sea sometida a la voluntad de Dios. Si ninguna de nuestras experiencias nos lleva a estar *dispuestos* a aceptar la voluntad completa de Dios, son muy superficiales. Si la vida espiritual de los creyentes no encuentra mucha expresión en la voluntad, ¿de que sirve? en tal caso, la voluntad, que representa el yo, permanece intacta.

El verdadero camino de salvación consiste en salvar la voluntad del hombre. Lo que no sea lo bastante profundo para salvar la voluntad del hombre es vano. Todas las sensaciones maravillosas y los pensamientos claros son externos. Un hombre puede obtener felicidad, alivio y paz al creer en Dios. Por otra parte, es posible que también entienda los misterios de Dios o que tenga un conocimiento elevado y maravilloso, y aún así, no tener todavía la unión más profunda con Dios. Aparte de la unión de la voluntad con Dios, no existe otra unión en este mundo. Por consiguiente, después que un creyente ha obtenido vida, además de su intuición, debe prestar atención a su voluntad.

EL LIBRE ALBEDRIO

Al hablar del hombre y de su voluntad, debemos tener en mente que como seres humanos tenemos libre albedrío. Esto significa que el hombre se gobierna a sí mismo y que tiene una voluntad independiente. Si él no aprueba algo, no se le puede obligar a hacerlo, y tampoco se le puede forzar a hacer algo a lo cual él se opone. Tener libre albedrío significa que el hombre tiene su propio parecer. El hombre no es una máquina que pueda ser manipulada por otros ni por algún poder externo. Todas las acciones del hombre son controladas por él, pues posee una voluntad, la cual controla todas las cosas dentro y fuera de él. En el hombre existen principios que determinan su conducta.

Esta era la condición del hombre en el momento en que Dios lo creo. Dios creó un hombre, no una máquina, y le dijo: "De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no podrás comer; porque el día que de él comieres ciertamente morirás" (Gn. 2:16-17). En este pasaje podemos ver solamente el mandamiento de Dios, el cual tenía una sugerencia y una prohibición, pero no había coacción. Si *Adán* hubiese estado dispuesto a obedecer y a no comer, habría sido él quien lo habría decidido. Cuando Adán desobedeció y comió del árbol que no debía, Dios no lo podía detener. Esto es tener una voluntad libre. Dios puso en el hombre la responsabilidad de comer o de no comer y permitió que él escogiera según su voluntad. Dios no creó un Adán que no pudiera pecar, desobedecer ni robar. En tal caso, habría hecho una máquina. Dios podía aconsejar, prohibir y dar mandamientos, pero la responsabilidad de obedecer era del hombre. Debido al amor que Dios nos tiene, no puede hacer otra cosa que dar mandamientos de antemano, como prevención, pero debido a Su justicia, no puede forzarnos a hacer nada que vaya en contra de nuestra propia voluntad. Si el hombre desea obedecer a Dios, debe ser el hombre mismo el que esté dispuesto; Dios no lo forzará. Dios puede usar muchos métodos para hacer que el hombre se disponga, pero si el hombre no consiente, Dios no podrá forzarlo.

Este es un principio muy importante. Como veremos después, la obra de Dios nunca contradice este principio, pero la obra de los espíritus malignos sí lo hace. De este modo, podemos establecer la diferencia entre lo que es de Dios y lo que no es de El.

LA CAIDA Y LA SALVACION

El hombre cayó. Esta caída causó un gran daño a su libre albedrío. Hasta ese día, en el universo había dos voluntades que se oponían. Por una parte, teníamos la voluntad de Dios, buena y santa, y por otra, la voluntad de Satanás, corrupta y rebelde. Entre estas dos voluntades encontramos la voluntad del hombre, libre, autónoma e independiente. Cuando el hombre escuchó lo que le dijo el diablo y desobedeció a Dios, fue como si respondiera a la voluntad de Dios con un "no" implícito, y a la voluntad del diablo con un "sí" explícito. La voluntad del hombre llegó a ser esclava de la voluntad del diablo después de la caída, porque el hombre por decisión propia escogió la voluntad del diablo. Todas sus actividades quedaron sujetas a la voluntad del diablo. Mientras un hombre no revoque esa entrega inicial, su voluntad seguirá atada a la del diablo.

Después de la caída del hombre, su posición y su condición llegaron a ser de la carne, la cual es completamente corrupta. Por eso, la voluntad del hombre, así como el resto de sus

facultades, son controladas por la carne. En estas tinieblas, nada de lo que provenga de la voluntad del hombre puede agradar a Dios. Inclusive, si el hombre *desea* buscar a Dios, sus actividades permanecerán en la esfera de la carne y carecerán de cualquier valor espiritual. Mientras permanezca en esta condición, podrá servir a Dios de muchas maneras, conforme a sus propias ideas, pero todas ellas serán sólo métodos de adoración impuestos por sí mismo (Col. 2:23), y no serán aceptables a Dios.

A menos que el hombre reciba la vida de Dios y le sirva por medio de esta nueva vida, sus actividades serán de la carne, independientemente de la forma en que lo haga. Aun si tiene toda la *intención* de trabajar para Dios y de sufrir por El, todo es en vano. Si el hombre no es salvo, aunque su voluntad aspire a las cosas más elevadas o esté dirigida hacia lo bueno y hacia Dios, seguirá siendo inútil porque para Dios lo que cuenta no es que la voluntad caída desee trabajar para El, sino que El mismo desea que el hombre trabaje para El. Puede ser que el hombre inicie y prepare muchas obras buenas; tal vez piense que esto es servir a Dios, pero si dichas obras no son iniciadas y llevadas a cabo por Dios, el hombre estará solamente adorando su propia voluntad.

Lo mismo se aplica a la salvación. Mientras un hombre esté en la carne, aunque desee ser salvo y tener vida eterna, esta voluntad no puede agradar a Dios. "Mas a todos los que le recibieron, los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hijos de Dios; los cuales no son engendrados de carne, ni de voluntad de carne, *ni de voluntad de varón*, sino de Dios" (Jn. 1:12-13). Aun si el hombre desea ser salvo, no puede serlo por sí mismo. El deseo de que una persona sea salva debe provenir de Dios. Los creyentes piensan que no hay nada mejor que el hombre desee y procure ser salvo, que busque el camino de la vida y que desee ser un buen discípulo de Cristo. Pero Dios nos dice que en lo relacionado con la regeneración y con El, la voluntad del hombre es impotente.

Muchos de los hijos de Dios no entienden por qué en Juan 1, Dios dice que la voluntad del hombre es inútil, mientras que en Apocalipsis el dice: "El que *quiera* tome del agua de la vida gratuitamente" (22:17). Parece, en este caso, que la voluntad del hombre fuera completamente responsable por su salvación. Además, en Juan 5 el Señor Jesús habló de la razón por la cual los judíos no fueron salvos. El les dijo: "Pero *noqueréis* venir a Mí para que tengáis vida" (v. 40). Una vez más vemos que la voluntad humana es responsable de la perdición del hombre. ¿Se contradice la Biblia en este asunto? ¿Cuál es el propósito de estas diferencias? Si entendemos el significado de estos versículos, entenderemos lo que Dios desea de nosotros en nuestra vida cristiana.

La voluntad de Dios es "que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 P. 3:9), porque El "quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al pleno conocimiento de la verdad" (1 Tim. 2:4). Por lo tanto, la diferencia no la hace que Dios tome alguna decisión en cuanto a quién será salvo y quien perecerá, pues esa parte ya está resuelta. Ahora la pregunta es qué actitud tienen los pecadores hacia la voluntad de Dios. Si un hombre es religioso o mundano por naturaleza, o si trata de ser cristiano valiéndose de su tradición, sus circunstancias o su familia, se hallará lejos de la vida de Dios igual que los demás pecadores. Si resuelve y escoge ser cristiano basándose en alguna emoción o inspiración desbordante, sus esfuerzos serán inútiles. La pregunta que debemos hacernos es cómo se relaciona el hombre con la voluntad de Dios. Dios ama al hombre, pero ¿está el

hombre dispuesto a ser amado? Cristo desea que el hombre venga a El, pero ¿está el hombre dispuesto a ir a El? El Espíritu Santo desea darle vida al hombre, pero ¿desea el hombre recibir esta vida y vivir? La voluntad del hombre es útil dentro de la voluntad de Dios. Pero persiste el interrogante ¿cómo se relacionará la voluntad del hombre con la de Dios?

Esta es la diferencia: si un hombre inicia la búsqueda de la salvación, de todos modos perecerá. Muchas personas religiosas se hallan en esta categoría. Por el contrario, si después de escuchar el evangelio, el hombre está dispuesto a recibir lo que Dios desea darle, será salvo. Una posición consiste en que el hombre se considere quien inicie la acción; la otra, es adoptar una actitud de recibir. Una cosa es que el hombre tome la iniciativa, y otra, es que Dios lo haga para que el hombre acepte Su voluntad. Por consiguiente, estas dos cosas no se contradicen, sino que nos enseñan una lección muy importante. Juan 1 habla de que el hombre debe estar dispuesto. Juan 5 y Apocalipsis 22 hablan de que el hombre *acepta* la voluntad de Dios. Por lo tanto, encontramos expresiones como "no queréis" (Jn 5:40) y "el que quiera" (Ap. 22:17). No es cuestión de propósito, sino del origen de éste. Dios nos indica que, aun en algo tan grandioso y maravilloso como la salvación, si el propósito proviene del yo, no agradará a Dios y será rechazado. Si queremos progresar en nuestra vida espiritual, debemos entender los principios que Dios usa para relacionarse con nosotros en el momento en que somos salvos, porque los principios originales nos muestran los principios por los cuales debemos vivir en nuestra vida espiritual en el futuro. Uno de los principios más importantes es que nuestra carne no tiene ningún valor delante de Dios. Lo que provenga de nosotros mismos, de la vieja creación, no es aceptable delante de Dios. Aunque busquemos algo tan maravilloso e importante como la salvación, será rechazado por Dios. Debemos recordar siempre que a Dios no le importa la diferencia entre cosas buenas o malas, grandes o pequeñas; a El solamente le interesa saber de dónde provienen las cosas y si son iniciadas y llevadas a cabo por El mismo. No fuimos salvos porque quisiéramos ser salvos, sino porque Dios quería que lo fuéramos. Por eso, en nuestra vida debemos ver que todas las actividades, hasta las más maravillosas, son completamente inútiles a menos que el trabajo sea realizado por Dios a través de nosotros. Si no aprendemos los principios de nuestra vida desde el primer paso de la salvación, tendremos incontables fracasos. En cuanto a la condición del hombre, mientras éste era un pecador, su voluntad era rebelde para con Dios. Por lo tanto, además de dar al hombre una nueva vida (de lo cual ya hablamos antes), Dios tiene que traer al hombre de regreso a Sí mismo. Así como la voluntad del hombre es la esencia de éste, la voluntad de Dios es El mismo, es Su vida. Por esta razón, decir que Dios desea traer al hombre de regreso a Sí mismo, equivale a decir que Dios desea traer de regreso la voluntad del hombre a Su propia voluntad. Por eso el creyente debe esforzarse por hacer esto toda su vida. Aun después del primer paso, el de la salvación, Dios comienza a obrar en esta dirección. Por lo tanto, cuando Dios, por medio del Espíritu Santo, hace que el hombre esté convencido de su pecado, hace que comprenda que no tiene nada que decir. Aun si lo condenara al infierno, no tendría nada que decir. Cuando Dios revela al hombre por medio del evangelio cuál es Su voluntad en la cruz del Señor Jesús, hace que el hombre diga voluntariamente y de todo corazón: "Estoy dispuesto a aceptar la salvación". El paso inicial de la salvación del hombre es la salvación de su voluntad. La acción por parte de un pecador de creer y recibir no es otra cosa que convertirse en aquel que *quiere* tomar del agua de la vida, lo cual produce la salvación. La objeción y la resistencia que ofrece un

pecador no es otra cosa que ser uno de los que *noquieren* venir a El para tener vida, lo cual conduce a la perdición. La batalla entre la salvación y la condenación del hombre se lleva a cabo en la voluntad del hombre. La caída del hombre en el principio se debió a la rebelión de su voluntad contra la voluntad de Dios. Por consiguiente, la salvación del hombre consiste en volver a someter su voluntad a la de Dios.

Aunque la voluntad del hombre no esté totalmente en unión con Dios en el momento de ser salvo, de alguna forma fue elevada cuando rechazó a Satanás, el yo y el mundo en el momento de recibir al Señor Jesús. Además, su voluntad es renovada al creer en la palabra del Señor y recibir al Espíritu de Dios. Una vez que el hombre es regenerado, recibe un espíritu nuevo, un corazón nuevo y una vida nueva. Por consiguiente, la voluntad tiene ahora un nuevo amo, el cual la controla y la dirige. Si la voluntad se somete, viene a formar parte de esta vida nueva; si se opone, viene a ser un poderoso enemigo de esta vida.

La voluntad renovada es más importante que cualquier otra parte del alma del hombre. Podemos permitir que nuestros pensamientos estén equivocados, que los sentimientos sean errados, pero nunca debemos permitir que nuestra voluntad sea incorrecta. Cualquier otra cosa que esté equivocada no tiene repercusiones tan graves como el hecho de que la voluntad esté equivocada, porque ésta es el yo del hombre, así como la facultad que motiva todo su ser. Una vez que se equivoca, el propósito de Dios es estorbado inmediatamente.

SOMETER LA VOLUNTAD

¿Qué es entonces la salvación? La salvación no es otra cosa que la acción de Dios de salvar al hombre de él mismo para introducirlo en Dios. La salvación tiene los aspectos de exterminación y unión, pues le pone fin al yo y une al hombre con Dios. Cualquier camino de salvación que no tenga como meta salvar al hombre de sí mismo y llevarlo a una unión con Dios, no es verdadero. Si algún método de salvación no puede salvar al hombre de sí mismo ni llevarlo a una unión con Dios, es sólo palabras vacías. La verdadera vida espiritual implica la negación de aquello que es anímico y entrar en aquello que es divino. Todo lo que pertenece a la criatura debe desaparecer; las criaturas sólo deben disfrutar de todo lo que el creador es en El mismo. La criatura debe llegar a ser nada para que la salvación se manifieste. La grandeza genuina no depende de cuánto tengamos, sino de cuánto perdamos. La vida verdadera sólo puede ser vista respecto a cuánto hayamos perdido de nuestro yo. Si el carácter, la vida y las actividades de la criatura no son totalmente eliminadas, no habrá lugar para que la vida de Dios se manifieste. En muchos casos, nuestro yo es el enemigo de la vida de Dios. Si no nos despojamos de las intenciones y experiencias que giran en torno a nosotros mismos, nuestra vida espiritual sufrirá gran pérdida.

¿Qué es el yo? Esta es una de las preguntas más difíciles de responder. Aunque no podemos responder la pregunta con una precisión del ciento por ciento, puede ser más o menos preciso decir que el yo es “la voluntad de uno”. La esencia del yo del hombre es su voluntad, porque la voluntad revela lo que el hombre es en realidad, lo que verdaderamente desea y lo que él está dispuesto a hacer. Aparte de la obra realizada en el hombre por medio de la gracia de Dios, todo lo que el hombre tenga, sea él un pecador o un santo, es

completamente opuesto a Dios. El carácter del hombre creado siempre es natural, y nunca será de la misma especie que la vida de Dios.

La salvación sencillamente consiste en rescatar al hombre de su voluntad carnal, natural, creada, anímica y egoísta. Debemos prestar atención a esto. Además de la vida nueva que Dios nos dio, la obra más grande de la salvación es el retorno de nuestra voluntad a El. Dios nos da una vida nueva con el propósito de recuperar nuestra voluntad. El evangelio tiene como meta llevarnos a una unión con Dios en nuestra voluntad. De lo contrario, el evangelio no habrá cumplido su misión. Dios no desea simplemente salvar nuestra parte emotiva o nuestra mente; Su deseo es salvar nuestra voluntad, porque una vez que lo logra, el resto queda incluido. Hasta cierto punto, el hombre puede unirse a Dios en la mente, y también puede compartir las mismas emociones con El en muchas cosas, pero la unión más importante y completa con Dios radica en la unión de la voluntad del hombre con la voluntad de El. Al unir a El nuestra voluntad, se sobreentiende toda otra unión del hombre y Dios. Si la mente o la parte emotiva se unen con Dios, mas no la voluntad, esta unión todavía es pobre. Puesto que todo nuestro ser actúa según nuestra voluntad, ésta es obviamente la parte más poderosa de nuestro ser. No importa cuán noble o elevado sea nuestro espíritu, también se somete a la voluntad. (Veremos esto más adelante.) El espíritu no basta para representar todo nuestro ser, porque es nada más la parte en donde tenemos comunión con Dios. El cuerpo tampoco basta para representar todo nuestro ser, puesto que es la parte con la que el hombre tiene contacto con el mundo físico. Pero la voluntad representa las actitudes, las opiniones y la condición del yo del hombre; por consiguiente, está facultada para representar todo nuestro ser. Si la voluntad no se une completamente a Dios, cualquier otra unión será superficial y vacía. Si la voluntad que gobierna todo nuestro ser está en completa unión con Dios, nuestro ser entero será totalmente sumiso a Dios.

Existen dos uniones entre Dios y el hombre; una es la unión en vida, la otra es la unión en la voluntad. La unión con Dios en vida se da cuando recibimos Su propia vida, lo cual sucede en el momento de nuestra regeneración. Así como Dios vive por el Espíritu Santo, nosotros también debemos vivir por el Espíritu Santo desde ese momento. Esta es la unión en vida y significa que Dios y nosotros tenemos una sola clase de vida. Esto se produce en nuestro interior. Sin embargo, la voluntad *expresa* esta vida única. Es por esto que es necesaria esta unión de nuestra voluntad con la Suya exteriormente. La unión de nuestra voluntad con Dios significa que El y nosotros tenemos una sola voluntad. Estas dos uniones tienen una estrecha relación y son interdependientes. Por ahora sólo hablaremos de la unión de la voluntad, porque la unión en vida no está dentro de este tema. La unión de la nueva vida es espontánea porque la nueva vida es la vida de Dios. Pero la unión de la voluntad es más difícil porque la voluntad nos pertenece a nosotros.

Como ya dijimos, Dios desea que nosotros pongamos fin a la vida del alma, mas no a la función del alma. Por consiguiente, después de que nos unimos a Dios en vida, El desea renovar nuestra alma (nuestra mente, nuestra parte emotiva y nuestra voluntad) para conducir nuestra alma a una unidad con nuestra nueva vida y con Su voluntad. Ya que nuestra voluntad es la parte más importante después de que somos regenerados, Dios diariamente busca la unión de nuestra voluntad con la Suya. Si nuestra voluntad no es perfectamente una con Dios, la salvación no se está llevando a cabo de manera completa, porque el *hombre mismo* aún no está en armonía con Dios. Dios no sólo desea que

tengamos Su vida, sino que también *nosotros mismos* estemos en unión con El. La voluntad nos pertenece completamente a nosotros. Si no hay unión en la voluntad, aún no estamos unidos a Dios.

Si estudiamos la Biblia detenidamente, veremos que entre todos nuestros pecados hay un principio en común: la rebelión. Adán nos condujo a la perdición al cometer este pecado, mientras que Cristo nos trajo a la salvación por Su obediencia. Originalmente, éramos hijos de rebeldía; ahora Dios desea que seamos hijos de obediencia. La rebelión consiste en ir en pos de nuestra propia voluntad, mientras que la sumisión es ir en pos de la voluntad de Dios. El propósito de la salvación es llevarnos a abandonar nuestra voluntad y estar en unión con la voluntad de Dios. Hoy en día los creyentes cometen con frecuencia un grave error en este aspecto. Piensan que la vida espiritual consiste en experimentar felicidad y en acumular conocimiento. Por lo tanto, se esfuerzan por ir en pos de toda clase de sensaciones y de conocimiento bíblico, creyendo que esto es lo mejor. Al mismo tiempo, hacen muchas obras grandiosas e importantes según sus propios sentimientos y pensamientos, creyendo que Dios se complace en ellas. No saben que lo que Dios exige no está relacionado con lo que el hombre siente o piensa; El desea que la voluntad del hombre esté unida a El. Quiere que el creyente busque de todo corazón lo que El desea y obedezca complacido todo lo que El dice. Si no se somete incondicionalmente a Dios ni está dispuesto a aceptar toda la voluntad de Dios, su vida espiritual será superficial, no importa lo que reciba ni cuán santo sea ni cuán contento se sienta. Todas las visiones, los sueños extraños, las voces, los vaticinios, el celo, las obras, las actividades y la labor son asuntos externos. Si el creyente no determina en su voluntad ir hasta el final de la carrera trazada por Dios, todo lo que haga será inútil.

Si nuestra voluntad esta en unión con Dios, inmediatamente dejaremos las actividades que se originan en el yo. Esto implica que ya no habrá ninguna acción independiente. Estamos muertos a nosotros mismos, pero vivos para Dios. Esto quiere decir que no podemos actuar para Dios según nuestros propios impulsos o métodos. Significa que actuamos según Dios se mueva y que nos separamos de todas las actividades del yo. En otras palabras, esta unión es un reemplazo de la persona que ocupa el centro y toma la iniciativa. Antes todas nuestras obras estaban centradas en el yo, y éste iniciaba todas nuestras actividades. Ahora todas las cosas son para Dios. Dios no se preocupa por el carácter de lo que iniciamos; El sólo pregunta quién tomó la iniciativa. Todo lo que no esté libre del yo, no importa cuán bueno sea, Dios no lo toma en cuenta.

LA MANO DE DIOS

Aunque los hijos de Dios son salvos, no han obedecido completamente la voluntad de Dios. Debido a esto, Dios tiene que laborar en ellos llevarlos a una sumisión plena. El mueve a los creyentes con Su Espíritu y los motiva con Su amor a que ellos se sometan a su voluntad y a que no amen, ni busquen ni hagan nada que esté fuera de El. Cuán triste es cuando la acción de Dios al moverse y motivar a los creyentes no produce los resultados deseados. Así que Dios tiene que extender Su mano para traer a los creyentes al lugar donde El desea que estén. Su mano se manifiesta primeramente en las circunstancias. Dios

aplica Su mano fuerte triturando, quebrantando e instando a los creyentes para que su voluntad no siga obstinada para con El.

Mientras el creyente no esté profundamente unido al Señor, Dios no estará satisfecho. El propósito de la salvación es que los salvos estén en completa unión con la voluntad de Dios. A fin de conducirnos a este punto, Dios tiene que usar las circunstancias; El nos conduce a tropezarnos con muchos obstáculos. Hace que estemos angustiados, y que seamos afligidos y quebrantados en nuestro corazón. El hace que muchas cruces prácticas nos sobrevengan. A través de estas cosas El hace que inclinemos nuestra cabeza en sumisión. Nuestra voluntad es muy fuerte, y si no es golpeada por Dios de muchas maneras, no se someterá a El. Si estamos dispuestos a someternos a la poderosa mano de Dios y a aceptar Su disciplina, la voluntad que ocupa nuestra vida experimentará una obra cortante, y será inmolada continuamente. Si nos resistimos a Dios, nos sobrevendrán aflicciones cada vez más fuertes y nos subyugarán.

Dios desea despojarnos de todo. Después de que los creyentes son regenerados, tienen en mente la idea de hacer la voluntad de Dios. Algunos hacen una especie de promesa públicamente, otros conservan esta intención en secreto. Dios probará si esa promesa (o esa intención) es verdadera o no. El hace que los creyentes participen en una obra que no les guste y en la cual son despojados de ellos mismos. Hace que pierdan bienes materiales, la salud, la fama, la posición y la utilidad. Finalmente hace que pierdan la felicidad y el celo en sus sentimientos, y hace que no sientan ni Su presencia ni Su compasión. El llevará a los creyentes al punto en el cual nada que no sea la voluntad de Dios tendrá importancia para ellos. Dios desea que comprendan que ellos deben aceptar lo que concuerde con Su voluntad, aunque ello signifique padecimiento físico o emocional. Si Dios se deleita en afligirlos, despojarlos de todo, privarlos de su utilidad espiritual, o en hacer que lleguen a estar secos, sombríos y solos, ellos deben estar dispuestos a aceptarlo. Dios desea que los creyentes comprendan que El no los salvó con el propósito de que *ellos* disfruten de algo, sino para que cumplan Su voluntad. Por lo tanto, haya ganancia o pérdida, felicidad o aridez, aunque sientan la presencia o el abandono de Dios, los creyentes siempre deberán tomar la voluntad de Dios. Si es Su voluntad abandonarnos, ¿estaremos contentos de ser abandonados? Cuando el creyente cree en el Señor por primera vez, su meta es ir al cielo. Eso está bien. Pero después de que Dios lo instruye, llega a comprender que creyó en Dios para cumplir Su voluntad. Aun si el resultado de creer en Dios fuera ir al infierno, de todos modos creería. Cuando un creyente comprende bien esto, no vuelve a tomar en cuenta su propia ganancia ni su propia pérdida. Si puede glorificar a Dios yendo al infierno, estará dispuesto a hacerlo. Obviamente esto es sólo un ejemplo. Pero los creyentes necesitan ver que creer en el Señor, mientras vivan en la tierra, no tiene como fin el su beneficio personal, sino la realización de la voluntad de Dios. La felicidad de ellos, el mayor privilegio y la gloria más grande es abandonar su propia voluntad carnal, natural y corrupta, para unirse a la voluntad de Dios y cumplir el deseo de Su corazón. La ganancia o la pérdida que sufra la criatura, su gloria o su deshonra, su amargura o su felicidad, no son dignas de tomarse en cuenta. Si el Altísimo es satisfecho, no importa lo que nosotros como seres diminutos lleguemos a ser. Este es el camino específico para que un creyente se pierda en Dios.

UN ESFUERZO EN DOS PASOS

Hay un esfuerzo que requiere dos pasos en la unión de la voluntad con Dios. El primer paso consiste en que Dios subyuga las actividades de nuestra voluntad, y el segundo, en que El subyuga la vida de nuestra voluntad. Muchas veces nuestra voluntad es subyugada por Dios sólo en asuntos específicos, en los cuales creemos que nos sometimos completamente a Dios. Sin embargo, todavía hay una tendencia secreta en nuestra voluntad a volverse activa apenas tiene la oportunidad. Dios no sólo desea restringir las actividades de nuestra voluntad, sino también quebrantar aplastar y destruir sus tendencias, al punto de que su misma naturaleza sea transformada. Técnicamente, una voluntad sumisa y una voluntad armoniosa no son lo mismo. La sumisión sólo se relaciona con el aspecto de las actividades, pero la armonía depende de la vida, el carácter y las tendencias que posea. Un siervo que cumple todas las órdenes de su amo tiene una voluntad sumisa; mientras que la voluntad de un hijo que esta íntimamente ligado al corazón de su padre está en armonía con la voluntad de su padre porque no solamente hace lo que debe hacer, sino que *se deleita* en hacerlo. Una voluntad sumisa sólo detiene sus propias actividades, pero una voluntad armoniosa es una con Dios y tiene el mismo corazón que El. Si nuestra voluntad está en completa armonía con Dios, depositamos todo nuestro corazón en Su voluntad. Sólo quienes estén en armonía con Dios podrán comprender lo que hay en el corazón de Dios. Si un creyente no ha llegado al punto en que su voluntad y la voluntad de Dios estén en completa armonía, no ha experimentado el punto más elevado de la vida espiritual. La sumisión a Dios es buena, pero cuando la gracia ha vencido por completo el carácter del creyente, éste estará en completa armonía con Dios. La unión de la voluntad es el punto más elevado de la experiencia del creyente en la vida divina.

Muchos piensan que ya perdieron por completo su voluntad. No saben que en realidad están lejos de ello. En todas las tentaciones y pruebas, solamente llegan a someter su voluntad, pero ésta no está en armonía con Dios. Una voluntad sumisa no ofrece resistencia, pero no es una voluntad libre del yo. ¿Quién no desea ganar o reservarse algo para sí? ¿Quién no quiere obtener oro, plata, honra, libertad, felicidad, comodidad, posición y algo más? Una persona puede llegar a pensar que su corazón no tiene interés en estas cosas. Pero mientras las tenga, no sabrá cuán atado está a ellas. Solamente cuando esté a punto de perderlas, se dará cuenta de su renuencia a soltarlas. Algunas veces la voluntad sumisa es compatible con la voluntad de Dios, pero otras, la persona sentirá que la vida de su propia voluntad lucha aguerridamente contra la voluntad de Dios. Si no fuera por la obra de la gracia de Dios, sería muy difícil de vencer.

Por lo tanto, una voluntad sumisa no es perfecta. Aunque la voluntad ya haya sido quebrantada y no tenga fuerza para resistir a Dios, no ha llegado al punto de ser uno con Dios. Debemos admitir que llegar al punto de no ofrecer resistencia es una gran misericordia de Dios. En general, una voluntad sumisa ya está muerta. Sin embargo, técnicamente, todavía tiene un hilo de vida que no ha sido cortado. Todavía tiene una tendencia interior muy escondida, que anhela el camino antiguo. Por lo tanto, somos eficientes, diligentes y nos alegramos de cumplir la voluntad de Dios en ciertas cosas más que en otras. Aunque cumplimos la voluntad de Dios, hay una diferencia en el grado de preferencia personal. Si la vida del yo es inmolada, el creyente verá que tiene la *misma actitud* en cualquier asunto que se relacione con cumplir la voluntad de Dios. La diferencia que tengamos en lentitud, rapidez, amargura y felicidad, así como la diferencia en el esfuerzo que hagamos, indicará que nuestra voluntad aún no está en armonía con Dios.

Estas dos condiciones de la voluntad pueden verse en el caso de la esposa de Lot, en el de los israelitas cuando salieron de Egipto, y en el relato del profeta Balaam. En los tres casos, las personas mencionadas en el relato estaban llevando a cabo la voluntad de Dios; habían sido subyugados por El y no estaban actuando según su propia voluntad. Sin embargo, en su interior no estaban inclinados hacia Dios. Por eso, en cada uno de estos casos el resultado fue el fracaso. Aunque la dirección de nuestros pasos sea correcta, con frecuencia nuestro corazón no está en armonía con Dios y, como resultado, caemos.

EL CAMINO PARA LLEGAR A LA META

Dios jamás se someterá a nosotros. Nada le agrada tanto como que nos sujetemos Su voluntad. No hay nada que sea más loable, mejor, más grande ni más importante, que pueda reemplazar Su voluntad. Dios solamente cumplirá Su propia voluntad. Si El no cumple Su propia voluntad, sería difícil esperar que nosotros la cumpliéramos. A los ojos de Dios, las mejores cosas son corruptdas mientras contengan el elemento del yo. Muchas cosas son maravillosas y traen mucho beneficio si son hechas según la dirección del Espíritu Santo. Pero si son realizadas por el hombre mismo, el valor que tienen delante de Dios es completamente diferente. Es por eso que no cuenta la tendencia del hombre ni el carácter de las acciones; lo que importa es si la acción es iniciada en la voluntad de Dios. Esto es lo primero que debemos recordar.

¿Cómo puede la voluntad del hombre estar en armonía con la de Dios? ¿Cómo puede ser librado un hombre de centrarse en su propia voluntad en vez de centrarse en la voluntad de Dios? La clave de todo el asunto es la vida del alma. El grado en el que estemos separados del control de la vida del alma, será el grado de unión entre Dios y nosotros, porque solamente la vida de nuestra alma se opone a nuestra unión con Dios. Nosotros buscamos la voluntad de Dios en el mismo grado en que perdemos nuestra vida anímica y en la medida en que nuestra voluntad toma a Dios como centro. Es por eso que la vida nueva está inclinada hacia Dios por naturaleza y es reprimida solamente por la vida del alma. El camino para llegar a la meta es dar muerte a la vida del alma.

Sin Dios, el hombre perece, y sin El todo es vano. Todo lo que está fuera de Dios es de la carne (el yo). Por lo tanto, fuera de Dios, lo que sea hecho por nuestro propio esfuerzo y conforme a nuestro propio pensamiento es condenado. Un creyente debe rechazar su propia fuerza y sus deseos. No debe buscar lo suyo propio en nada ni debe hacer nada para sí mismo. Debe confiar completamente en Dios y seguir adelante paso a paso según los caminos de Dios, esperando el tiempo de El, y según lo que El exige. Debe estar dispuesto a aceptar la fuerza, la sabiduría, la bondad, la justicia y la obra de Dios como suyas. Debe confesar que Dios es la fuente de todo lo que tiene. Sólo de esta manera podrá tener armonía.

Esto es sin duda un camino estrecho, pero no es un camino difícil. Es estrecho porque cada paso es regulado por la voluntad de Dios. Este sendero sólo se rige por un principio, el cual consiste en no dejar lugar para el yo. Por eso es un camino estrecho. Basta solamente una pequeña desviación de la voluntad de Dios, y nos saldremos del camino. Sin embargo, no es un camino difícil, como ya dijimos. Cuando la vida del alma sea consumida, los hábitos, los pasatiempos, los deseos y los antojos serán quebrantados uno por uno, y no quedará

nada más que se oponga a Dios. Como resultado, no sentiremos que sea un camino difícil. Lamentablemente, muchos creyentes no han pasado por esta puerta ni andado por este camino. También hay algunos que no tienen paciencia y abandonaron este camino antes de experimentar su dulzura. Pero sea largo o corto el período de aflicciones, tenemos la certeza de que sólo este camino es el camino de la vida. Este es el camino de Dios. Por lo tanto, es verdadero y seguro. Los que deseen tener vida abundante no tienen otra alternativa que tomar este camino.

CAPITULO DOS

LA PASIVIDAD Y SUS PELIGROS

Debido a que hoy en día los creyentes desconocen dos cosas, caen en una condición miserable de la cual no pueden salir. Estas dos cosas son: (1) la condición propicia para que los espíritus malignos operen, y (2) el principio sobre el cual se basa la vida espiritual. Por causa de esta ignorancia, Satanás y sus espíritus malignos tienen mayor ventaja, y la iglesia de Dios experimenta mayor sufrimiento. "Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento" (Os. 4:6). Esta porción se escribió para los creyentes de hoy. Muchas cosas que el hombre llama conocimiento son sólo ideas que no sirven para nada. Además de saber esto, el conocimiento de lo relacionado con Dios es indispensable para los creyentes, ya que la ausencia de este conocimiento resultará en un grave perjuicio. Es triste que en una época de tanta ignorancia como la de hoy, los creyentes no se humillen delante de Dios y busquen diligentemente la verdad que Dios está dispuesto a revelar. Por el contrario, se enorgullecen y hacen alarde de su familiaridad con las Escrituras y de toda la experiencia que tienen. Por una parte caen en una situación peligrosa y no saben cómo salir ni tienen esperanza, y ni siquiera tienen idea de su necesidad de liberación. Por otra parte, se jactan de la riqueza de su conocimiento. ¡Cuán deplorable es esto!

LA POSESION DEMONIACA

En los cuatro evangelios se mencionan muchos casos de posesión demoníaca. Todavía hoy existen muchos casos de posesión demoníaca entre los paganos. Si le decimos a un creyente que puede llegar a ser poseído por demonios (o por espíritus malignos), se sorprenderá mucho. Un creyente común en China cree que solamente los incrédulos pueden ser poseídos por demonios y que es imposible que los cristianos pasen por eso. También se tiene el concepto erróneo de que cuando una persona está poseída, perderá el juicio totalmente. La Biblia nos dice que los demonios hicieron que cierto hombre se tirara al fuego o al agua (Mt. 17:15); pero también hicieron que una mujer estuviera encorvada (Lc. 13:11) mientras seguía siendo silenciosa y amable.

Los creyentes están conscientes de que existe la posibilidad de ser seducidos, tentados, atacados o engañados, pero no saben que existe la posibilidad de unirse a los demonios y ser poseídos por éstos. Cuando creyeron por primera vez, les enseñaron muchos conceptos erróneos; ahora piensan que si una persona recibe a Cristo, no será poseída por demonios. Afirman tal cosa porque creen que un creyente nunca perdería sus cabales como les sucede a algunos incrédulos. Sin embargo, esta enseñanza no se basa en la Biblia, y tampoco es confirmada por la experiencia de los santos. Los hijos de Dios no saben que los espíritus malignos pueden cambiar su apariencia y unirse a los cuerpos de los creyentes. En la actualidad existe un gran número de creyentes que se encuentran poseídos por demonios. Esto es un hecho.

¿Qué significa exactamente ser poseído por demonios? Cuando el creyente entiende lo que esto significa, comprende que es posible que los salvos sean poseídos por demonios. Estar poseído por demonios, o simplemente estar poseído, significa que los espíritus malignos se han adherido a una parte del cuerpo humano o a parte de él. Los espíritus se unen al cuerpo en la medida en que van ganando terreno. Mientras tengan una base, no importa cuán pequeña sea, seguirán trabajando hasta apoderarse de toda la persona. Los creyentes comunes piensan que la posesión demoníaca debe manifestarse como se narra en los evangelios, pero desconocen que aquéllos fueron casos extremos. Además, en los evangelios el grado de aflicción variaba entre quienes estaban poseídos por demonios; los casos eran muy diferentes entre sí. Los dos casos que acabamos de citar eran muy distintos.

Los santos —quienes se han consagrado por completo— pueden ser poseídos por espíritus malignos de la misma manera que los demás, porque en muchas ocasiones propician las condiciones necesarias para que los espíritus malignos operen; por lo tanto, dan lugar a que los espíritus malignos se unan a ellos. Hoy en día, muchos creyentes son poseídos por demonios, aunque el grado de posesión puede diferir, pero no se dan cuenta de ello. Piensan que sus experiencias extrañas o poco comunes son naturales y que provienen del yo o del pecado. Dan explicaciones razonables de sus experiencias, porque tales experiencias no parecen provenir de espíritus malignos.

Hay leyes específicas en todo lo que Dios creó. Es decir, toda actividad sigue un patrón definido. También hay una norma en la manera como los espíritus malignos operan. Tenemos, por ejemplo, la ley de que toda causa produce un efecto; así que si un hombre satisface las condiciones óptimas para que los espíritus malignos operen (sea deliberadamente como lo hacen los brujos, los espiritistas, los que consultan a los muertos, o sin intención, como puede ser el caso de muchos creyentes), ellos obrarán en él. Tengamos presente que hay una ley para todas las actividades de los espíritus malignos, y siempre que una persona cumpla las condiciones requeridas por dicha ley, de inmediato es víctima de las actividades de los espíritus malignos. Esta es una ley de causa y efecto, como lo son que el fuego quema y que el agua puede ahogar. Nadie ha pasado por el fuego sin quemarse, y nadie se sumerge en el agua por largo tiempo sin ahogarse. Lo mismo sucede con los espíritus inmundos. Mientras cumplamos las condiciones que los espíritus inmundos requieren para adherirse a nosotros, ellos se nos unirán. Cuando está la causa, se produce el efecto, independientemente de si uno es creyente o no. Los espíritus malignos se unen a quienes llenan los requisitos que les dan lugar para obrar. Por lo tanto, el creyente no está libre de este daño simplemente por ser cristiano. El creyente no debe exponerse al fuego ni arrojarse al agua pensando que no sufrirá daño ni se ahogará porque es cristiano. Del mismo modo, si cumple las condiciones para que los espíritus malignos operen, no estará exento de ser poseído por ellos por el hecho de ser cristiano. El fuego quema a todos los que se exponen a él, y todos los que se hunden en el agua por mucho tiempo se ahogan. Asimismo los espíritus malignos se unen a todos los que les den oportunidad, no importa si es creyente o no.

Por esta razón, si el creyente da ocasión para que los espíritus malignos actúen, con seguridad éstos no lo abandonarán, sino que aprovecharán la oportunidad para adherirse a él.

¿Cuál es la condición para que los espíritus se adhieran al hombre? ¿Qué debe hacer el hombre para ser poseído por espíritus malignos? ¿Qué condición debe cumplir para que operen? Esta es una pregunta crucial. La Biblia llama a esta condición "lugar" (Ef. 4:27). Este "lugar" o "espacio" es el lugar vacío que deja el hombre para los espíritus malignos. Este lugar es la base que los espíritus malignos pueden tomar en el hombre. Ellos se adhieren al hombre en la medida en que éste les dé lugar. La cantidad de terreno que les concedemos es el grado al cual ellos se nos adhieren. Los demonios se unirán a la persona que les dé lugar, trátese de un incrédulo o de un creyente. Cuando el hombre da a los espíritus malignos un sitio desde el cual atacar, una oportunidad de invadir, una base sobre la cual poner el pie, inevitablemente será poseído por ellos. Debido a que hay una causa, debe haber un efecto. Si el creyente da pie a los espíritus malignos, basándose en el supuesto de que no será poseído por el hecho de ser cristiano, ya ha sido profundamente engañado por ellos.

En pocas palabras, el lugar que los creyentes le dan al diablo es el pecado. El pecado abarca todos los lugares. Cuando los creyentes toleran el pecado, aceptan a los espíritus malignos que se esconden detrás del pecado. Cualquier pecado da cabida a los espíritus malignos. Sin embargo, el pecado se puede clasificar en dos grupos: pasivos y activos. Los pecados activos son los que el hombre comete, tales como hacer iniquidades con las manos, contemplar con los ojos lascivamente, escuchar palabras impropias, o proferir lenguaje profano. Todo esto crea las condiciones para que los espíritus malignos se unan a nuestras manos, nuestros ojos, nuestros oídos o nuestra boca; es una invitación a que los espíritus malignos vengan y hagan morada en la parte del cuerpo que el hombre utilice para cometer el pecado. Debemos prestar atención a tres asuntos para determinar cuán activamente desarrolla el pecado una relación con los espíritus malignos: (1) algunos pecados no acaban en la posesión de espíritus malignos; (2) otros pecados invitan a la posesión de espíritus malignos, y (3) otros pecados son causados por estar poseídos por espíritus malignos. Si un creyente es poseído como resultado de haber cometido algún pecado, debe abandonar ese pecado específico, y al recuperar ese terreno, será liberado. De lo contrario, el terreno que le concedió a los espíritus malignos crecerá gradualmente y sin detenerse, hasta extenderse a todo su ser. Muchos creyentes aún no han sido librados de pecados que los atormentan, ni siquiera después de haber aceptado el hecho de que están crucificados con Cristo, debido a que la fuente de su enfermedad no es simplemente la carne, no es una causa natural, sino la posesión de sus cuerpos por parte de espíritus malignos.

Este aspecto de concederles a los espíritus malignos una oportunidad de actuar por medio de un pecado activo es relativamente fácil de entender. La mayoría de los creyentes concuerda en esto; así que no abarcaremos esto, porque no está dentro del tema que queremos tratar. Prestemos atención al segundo aspecto del pecado, el lugar concedido a los espíritus malignos por la pasividad. Este es el aspecto menos comprendido por los creyentes hoy; la mayoría de los creyentes yerra en este aspecto. Además, esta clase de pecado se encuentra en la esfera de la voluntad. Por lo tanto, hablaremos de ello con detenimiento.

Existe una diferencia entre el pecado activo y el pecado pasivo. Una persona reconoce fácilmente el pecado activo, pero no se percata del pecado pasivo. La Biblia además de llamar pecado a los diferentes actos injustos que el hombre comete, también dice: "A aquel,

pues, que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado" (Jac. [Stg.] 4:17). La Biblia no sólo considera pecado los actos inicuos del hombre, pues también lo que el hombre omite puede ser pecado. El pecado da lugar a que los espíritus malignos se adhieran. (En lo sucesivo llamaremos a esto posesión demoníaca). Por lo tanto, además del pecado cometido activamente, el cual provee una base para la posesión demoniaca, también tenemos el pecado pasivo de omisión, que también propicia la posesión demoníaca.

El pecado pasivo da lugar a los espíritus malignos por la pasividad de los creyentes. A los ojos de Dios, tanto usar cualquier parte de nuestro cuerpo incorrectamente como no usarla en absoluto es pecado. Dios nos dotó de diversas facultades, las cuales no debemos usar incorrectamente ni dejar de usar. Cuando un creyente no hace uso de alguna de sus facultades, permitiendo que caigan en la pasividad, abre una puerta para que los espíritus malignos la usen en lugar de usarla él. Esto dará lugar a la posesión demoníaca. Aunque todos los creyentes admiten que el pecado es una condición propicia para la posesión demoníaca, no se dan cuenta de que la pasividad también es pecado y también crea las condiciones para la posesión demoníaca. Una vez cedido el terreno, la persona no puede evitar ser poseída, y una vez que sea poseída, no podrá evitar la aflicción.

LA PASIVIDAD

La razón por la cual los incrédulos y los creyentes carnales son poseídos por demonios es principalmente el pecado. Pero la razón por la cual algunos creyentes consagrados son poseídos por demonios puede resumirse en una palabra: la pasividad. Esta consiste en que *la voluntad deja de gobernar y de dirigir el espíritu, el alma, el cuerpo o cualquier parte de la persona; como consecuencia, deja de ejercer su voluntad para tomar decisiones en todos los aspectos de su vida diaria.* Ser pasivo es lo opuesto a ser activo. La pasividad de los creyentes tiene dos aspectos: (1) perder el dominio propio, lo cual significa que no pueda controlar su ser total o parcialmente; (2) perder la libertad, lo cual denota la imposibilidad de tomar decisiones que coincidan con la voluntad de Dios. Si un creyente es pasivo, es que no está haciendo uso de sus facultades y permite que éstas caigan en la pasividad. A pesar de que tiene boca, no habla, y espera que el Espíritu Santo hable. Aunque tiene manos, no las usa, y quiere que Dios las use. No está dispuesto a mover ninguna parte de su cuerpo, porque quiere que Dios lo haga. Piensa que se ha consagrado completamente a Dios, y que ya no necesita usar ninguna parte de su cuerpo. De esta manera cae en la pasividad y permite que los espíritus malignos lo engañen y se unan a los miembros pasivos de su cuerpo.

Muchos creyentes aceptan lo que dijimos en el capítulo anterior acerca de unirse a la voluntad de Dios. Pero piensan equivocadamente que esa unión y esa comprensión del deseo de Dios y la negación de la intención propia, requiere un sometimiento pasivo a Dios. Creen que su propia voluntad debe anularse y que deben llegar a ser como autómatas. Se imaginan que ser sumiso a Dios es dejar de usar la voluntad propia y dejar de usar su cuerpo voluntariamente. Tal persona (1) no escogerá, (2) no decidirá, y (3) no usará su propia voluntad para actuar. Aparentemente, ésta parece ser una señal de gran victoria, porque antes solía ser obstinado en su voluntad, y de repente ha venido a ser muy sumiso y tan dócil como el agua. Ya no opina sobre nada, y es completamente sumiso al seguir órdenes. No usa su mente ni su voluntad, ni emplea el discernimiento de su conciencia.

Llega a ser una persona completamente obediente; donde Dios se mueva, él se moverá. Sin embargo esto estimula la posesión demoníaca.

Puesto que el creyente se ha consagrado a Dios de esta manera, automáticamente cae en un estado pasivo y no se mueve en lo absoluto. Todo el día espera a que una fuerza externa lo mueva. Así que al percibir esa fuerza externa, se mueve. De lo contrario, permanece impasible. Cuando esta condición se prolonga mucho tiempo, descubre que no puede actuar cuando tendría que hacerlo, ya que la fuerza externa no está presente para estimularlo. Quizás entonces quiera moverse, pero por no tener la fuerza externa que lo empuja, no se puede mover. Si esto se prolonga indefinidamente, el creyente no podrá dar ni un sólo paso sin una fuerza externa. Incluso cuando la voluntad desea moverse, parece como si algo la detuviera. (Parece como si tuviera una atadura que le impide moverse como quisiera.) En tales circunstancias, el creyente cree que por no realizar ninguna actividad es muy sumiso a Dios. En realidad, aunque quisiera moverse, no podría hacerlo.

LA IGNORANCIA DEL CREYENTE

Cuando un creyente ha caído en una pasividad profunda, puede imaginarse que está muy sujeto a Dios, pero no se da cuenta de que los espíritus malignos están tomando ventaja de su pasividad para engañarlo. El creyente piensa que debe ser muy pasivo para estar verdaderamente sometido a Dios y para que su voluntad esté en completa unión con Dios. No comprende que su pasividad no le sirve a Dios para nada; por el contrario, es el poder de las tinieblas el que se beneficia de su pasividad. Además, Dios requiere que el creyente ejerza su propia voluntad para que trabaje activamente con El. Así lo indica la Biblia en repetidas ocasiones: "El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá..." (Jn. 7:17), y "Pedid lo que queráis, y os será hecho". Dios no anula nuestra voluntad.

Los seres humanos poseen libre albedrío. Dios nunca viola esto ni lo cambia. Aunque El desea que nos sujetemos a El, no anulará nuestra personalidad. (Nota del autor: al hablar de "personalidad" nos referimos al "hombre mismo", y no simplemente al "carácter".) Dios desea que tomemos la iniciativa y que escojamos lo que El quiere que escojamos. El no escogerá por nosotros ni permitirá que nuestra voluntad caiga en una condición de muerte. El requiere nuestra cooperación activa. Dios se deleita viendo al hombre obtener el logro más elevado que puede tener como criatura, que es la libertad total de la voluntad. Dios estableció, desde que creó al hombre, que éste tuviera una voluntad libre. Más adelante, por medio de la redención recobró el libre albedrío del hombre. Desde el principio, Dios no quería que el hombre le obedeciera de forma mecánica. Por lo tanto, después de obtener la redención, El no quiere que el hombre lo siga como si fuera una máquina. De hecho, Dios es tan grande que El no necesita que el hombre venga a ser como un pedazo de madera o una piedra que se someta a El. El confía en la obra que Su Espíritu hace en nosotros; el Espíritu hace que le obedezcamos voluntariamente, pero nunca toma ninguna decisión por nosotros. La diferencia en esto es enorme.

El *principio* que rige la obra de Dios y la obra de Satanás en el hombre es el mismo. Cuando Dios creó al hombre, quería que tuviera libre albedrío, y por eso le dio al hombre una voluntad libre. El deseaba que el hombre tuviera derecho a escoger y a decidir todo lo relacionado consigo mismo. Aunque Dios es el Soberano de todo el universo, El se deleita

en estar limitado y jamás viola la libertad del hombre para escoger. El no se complace en forzar al hombre a que le sea fiel. De igual manera, sin el consentimiento del hombre (consciente o inconsciente), Satanás no puede ocupar ninguna parte de él. Tanto Dios como Satanás requieren la aprobación de la voluntad del hombre para poder actuar en él. Así como el hombre desea algo bueno, y Dios se lo concede, si desea algo malo, los espíritus malignos se lo concederán. Esto fue lo que sucedió en el huerto de Edén.

Antes de que el hombre fuera regenerado, su voluntad era esclava de Satanás y no podía ser libre. En el caso del creyente regenerado y victorioso, su voluntad es libre y, por ende, puede escoger lo que sea de Dios. Sin embargo, Satanás no soltará fácilmente a estos creyentes recién regenerados y hará lo posible por volverlos a ganar para sí. El sabe que no podrá obtener permiso explícito para que los espíritus malignos entren en él y lo gobiernen. Así que, se valdrá del engaño para obtener el permiso que requiere. Tengamos presente que Satanás necesita obtener el permiso del creyente. No obstante, puesto que el creyente no le dará el permiso si lo solicita directamente, trata de robar este permiso maniobrando con engaños. Los espíritus malignos no entrarán en una persona si no obtiene antes el permiso de su voluntad. Inclusive, el grado al que entren lo determina la voluntad del hombre.

Los espíritus malignos saben si un creyente es sumiso a Dios y está dispuesto a seguirlo hasta el final a toda costa. Por lo tanto, engañan al creyente imitando a Dios, imitando Su voz, Sus acciones y Su presencia. Entre los creyentes que tienen contacto con la esfera espiritual, hay muchos que toman ciertas cosas como si fueran de Dios por el simple hecho de que son experiencias sobrenaturales y porque reciben ciertas sensaciones. Debido a eso, aceptan muchas imitaciones de los espíritus malignos y se ponen en una posición vulnerable. De esta manera los creyentes son engañados y toman como verdaderas las imitaciones de los espíritus malignos, permitiendo así que los espíritus continúen trabajando en ellos. Inicialmente son engañados, pero con el tiempo, dan su consentimiento, y permiten de una manera pasiva que los espíritus malignos trabajen. Así, los espíritus malignos pueden conseguir la aprobación de la voluntad y engañarlos aún más, hasta que ciertas partes de su ser llegan a ser poseídas por ellos. El primer paso para ser poseídos por demonios es ser pasivos.

Si el creyente está consciente de la condición óptima para que los espíritus malignos trabajen y del principio que rige la vida espiritual, no caerá en ese engaño. Pero si el desconoce que la pasividad es útil a los espíritus malignos y tampoco sabe que la vida espiritual requiere una voluntad activa para laborar con Dios, puede permitir que su voluntad caiga en la pasividad. Debemos notar en particular que Dios nunca reemplaza la voluntad del hombre con la Suya. El hombre debe ser responsable de lo que haga. Dios no lo forzará a nada.

De hecho, si la actividad de los espíritus malignos no está presente en una persona pasiva, su pasividad dará como resultado pereza y holgazanería. En casos comunes de inactividad (en los que no hay ninguna operación de espíritus malignos), la persona puede volver a estar activa en cualquier momento. Pero cuando cae en las manos de los demonios por la pasividad, no puede volver a estar activo aunque lo procure, es decir, ni aunque su voluntad lo desee.

Vemos, entonces, que hay una diferencia entre la manera en que Dios obra en el hombre y la manera en que Satanás lo hace. Dios desea que el hombre se consagre totalmente a El, y que utilice todas las facultades de su ser para cooperar con el Espíritu Santo. Satanás quiere que la voluntad del hombre sea completamente pasiva, ya que desea que el hombre detenga todas sus actividades y permita que los espíritus malignos obren en su lugar. Dios desea que el hombre escoja y actúe conforme a Su voluntad de una manera activa, consciente y voluntaria a fin de que el espíritu, el alma y el cuerpo del hombre sean libres, pero Satanás quiere que el hombre sea su esclavo y prisionero pasivo. Dios desea que el hombre sea independiente y libre, y dueño de sí mismo de una manera consciente, mientas que Satanás desea que sea su títere, una máquina y un obrero suyo. Dios nunca le exige al hombre detener sus actividades para poder obrar, pero Satanás desea que el hombre esté completamente pasivo y que detenga todas sus actividades. Dios quiere que el hombre trabaje con El de una manera consciente, pero Satanás quiere que el hombre esté pasivo para poder forzarlo a que le obedezca. Dios requiere que el hombre sólo detenga sus acciones pecaminosas, aunque provengan de su naturaleza o de su vida, porque sólo así puede el hombre trabajar con el Espíritu Santo. Pero Satanás desea que el hombre detenga todas sus actividades, incluyendo las funciones del alma, porque quiere actuar *en lugar* del hombre; desea que el hombre sea sólo una máquina carente de responsabilidad.

Es lamentable que los creyentes no entiendan el principio por el cual Dios mora en el hombre y actúa en él. Ellos creen que Dios quiere que ellos estén muertos como un pedazo de madera o una piedra para ser manipulados por El; no comprenden que cuando Dios creó al hombre, le dio una voluntad libre. Es cierto que El no desea que la voluntad del hombre exija ni haga nada aparte de El, pero tampoco quiere que el hombre sea privado de su voluntad y le obedezca como si fuera una máquina. Mientras la voluntad de un creyente decida hacer lo que Dios quiere, El estará satisfecho. Dios no requiere que el hombre sea una persona sin voluntad. Hay muchas cosas que los creyentes deben hacer solos, y Dios no las hará por ellos. En la actualidad se ha enseñado erróneamente que debemos entregarlo todo a Dios y permitirle que El lo haga todo por nosotros; que debemos entregarnos por completo al Espíritu Santo en nuestro interior y dejar que El lo haga todo en nuestro lugar. Esta enseñanza tiene cierta validez, pero los errores que están mezclados en ella son muchos más que la medida de verdad que contiene. (Hablaremos más al respecto en el próximo capítulo.)

UN PELIGRO

Debido a que los creyentes desconocen muchas cosas, son engañados por el poder de las tinieblas y sin darse cuenta son arrastrados por el engaño de Satanás. Ellos cumplen las condiciones para que los espíritus malignos trabajen en ellos y para que los demonios los puedan poseer. Debemos prestar atención al orden en que esto sucede, porque es crucial: (1) el creyente desconoce los hechos, (2) es engañado, (3) llega a estar pasivo y (4) a ser poseído por demonios. La ignorancia de un creyente es la causa inicial de la posesión demoníaca. Debido a que el creyente desconoce la forma en que operan los espíritus malignos y lo que exige el Espíritu Santo, Satanás tiene la oportunidad de engañarlo. Si el creyente conoce la verdad, sabe cómo laborar con Dios y sabe cómo opera Dios, no aceptará las mentiras de Satanás. Cuando el creyente es engañado por espíritus malignos, empieza a creer que su ser entero debe estar pasivo para que Dios viva y actúe a través de

él. Como consecuencia, acepta muchas manifestaciones sobrenaturales de espíritus malignos y piensa que son de Dios. De esta forma, llega a ser más engañado, y los espíritus malignos pueden adherirse a él.

(1) Cuando el creyente da pie a los espíritus malignos, los está invitando a que se adhieran a él. (2) Después de que han entrado, se manifestarán por medio de sus actividades. (3) Si el creyente interpreta mal estas actividades y no sabe que provienen del diablo, dará más lugar a los espíritus malignos, por haber ya creído en sus mentiras. Este es un ciclo que se repite una y otra vez. De esta forma, la posesión demoníaca de un creyente se hace cada día peor. Cuando el creyente cae en la pasividad, es decir, cuando le ha dado lugar a los espíritus malignos, el peligro es incalculable.

Cuando el creyente cae en la pasividad y no toma ninguna decisión en cuanto a sus propios asuntos, se someterá pasivamente a todo lo que le sobrevenga. Pensará que Dios toma todas las decisiones por él, tanto en sus circunstancias como en lo pertinente a las personas que se relacionan con él, y que debe someterse pasivamente. Todo lo que le sobreviene se convierte para él en la voluntad de Dios y en lo que Dios dispuso; lo acepta silenciosamente porque cree que Dio preparó todo ello para él. Después de algún tiempo, descubre que no puede tomar ninguna decisión con respecto a nada. No puede decidir respecto a muchas cosas que debería hacer, y no puede tomar la iniciativa en ellas. Teme hablar sobre lo que le agrada y es indeciso para expresar lo que decide. Otros pueden escoger, decidir, tomar la iniciativa y actuar, pero él es como un hoja que flota sobre el agua, a merced de los vientos y las olas. Anhela que otros tomen las decisiones por él o que las circunstancias le provean sólo un camino para no tener que tomar decisiones. Prefiere que otros lo fuercen a hacer algo, porque esto le evitará molestias. Puesto que se le hace tan difícil tomar decisiones, prefiere ser coaccionado por su entorno, en lugar de sentirse libre dentro del ambiente, ya que esto le exigiría emplear su voluntad.

Después de llegar a ser pasivo, encuentra que hasta la decisión más mínima es una carga pesada. En consecuencia, busca ayuda en todas partes, excepto en su interior, a fin de que se le ayude a tomar decisiones. Se siente muy triste y siente que ni siquiera puede enfrentar los asuntos pequeños de su vida diaria. Se le dificulta entender lo que los demás dicen. Pasa trabajos para acordarse de cualquier cosa. Si tiene que tomar alguna decisión, no sabe qué hacer. Le asusta el sólo pensar en tener una discusión sobre algo, y por eso su voluntad pasiva no puede soportar una responsabilidad tan pesada. Su voluntad es tan frágil que necesita recibir la ayuda de su entorno o de los demás. Si siempre recibe ayuda de una persona, siente como si ésta le hubiera robado su voluntad, pero, en cierto sentido, se deleita en tener una persona que tome todas las decisiones por él. Mientras espera la ayuda de una fuerza externa, desperdicia una gran cantidad de tiempo. No queremos decir que a este creyente no le agrade trabajar. Cuando es motivado, desea hacer ciertas cosas o piensa que las puede hacer. Pero cuando debe comenzar a hacerlas, cesa su emoción y siente que no tiene las fuerzas necesarias. Muchas de sus obras comienzan bien, pero terminan en fracaso por causa de la pasividad de su voluntad.

¡Cuán incómodo es este estado de pasividad! Durante este periodo, el creyente debe dejar notas en todos lados para recordar lo que debe hacer. Necesita hablar en voz alta para ayudarse a pensar e inventar mil “muletillas” en las cuales apoyarse a lo largo del día.

Finalmente encuentra que sus sentimientos gradualmente se adormecen y que adquiere sin darse cuenta muchos deseos y hábitos extraños. Cuando habla con otros, no se atreve a mirarlos a los ojos; encorva la espalda al caminar; se preocupa excesivamente por las necesidades de su cuerpo o reprime demasiado sus necesidades físicas. Cuando hace algo, trata de evitar el uso parcial o total de su mente, su razonamiento y su imaginación.

En su ignorancia, el creyente no se da cuenta de que estos síntomas provienen de la pasividad y de la posesión demoníaca. Piensa que son causados por su debilidad natural. El creyente se consuela pensando que estos síntomas se presentan porque no tiene tantos dones como los demás, o porque es menos inteligente, o porque su habilidad natural es inferior. No se alarma por ser como es, ni se da cuenta de que estos síntomas son las mentiras de los espíritus malignos, y que por medio de ellos quieren engañarlo más. No se atreve a hacer nada ni a asumir ninguna responsabilidad porque siente una repulsión hacia el trabajo, se siente débil mentalmente, sin elocuencia y lento para pensar. Siente que probablemente ha trabajado en exceso y que no se halla en una buena condición física. Nunca se pregunta por qué a otros creyentes no les pasa lo mismo. ¿Por qué a otros que no son tan dotados como él, no les ocurre lo mismo? ¿Por qué él no era así antes? Llega a creer que estas cosas son innatas, naturales y que son parte de su carácter, sin darse cuenta de que es obra de espíritus malignos. Esta necedad les da la oportunidad a los espíritus malignos de que ganen más terreno y de que el creyente sea más afligido.

Los principados de las tinieblas conocen la condición del creyente; así que suscitan todo tipo de dificultades en sus circunstancias para que lo atormenten persistentemente. Una vez que la voluntad del creyente se sume en la pasividad y es incapaz de trabajar, los espíritus malignos lo pondrán en una posición en la que es forzado a hacer uso de su voluntad a fin de desanimarlo y de ponerlo en ridículo. En este caso, el creyente ha llegado a ser como un pájaro enjaulado, y los espíritus malignos se comportan como niños perversos, molestándolo a su antojo. Ellos están siempre provocando tormentas y afligiendo al creyente con muchas cosas. Este no tiene poder para protestar ni para resistirlas. Su ambiente empeora día a día, y la vida va perdiendo sentido. Aunque el creyente tiene la autoridad de afrontar las cosas, se mantiene en silencio. De esta manera, los principados de las tinieblas van tomando el control gradualmente y llevan al creyente a pasar de un estado de ignorancia, engaño y pasividad, a un estado de posesión demoníaca, donde será atormentado por los demonios. Sin embargo, es sorprendente que los hijos de Dios ignoren que es imposible que estas cosas provengan de Dios, y que las acepten pasivamente.

Cuando un creyente llega a este estado, inconscientemente depende de la ayuda de los espíritus malignos. Ya vimos cómo el creyente carece de fuerza (en sí mismo) para tomar decisiones, y que tiene que depender de fuerzas externas para sostenerse. Muchas veces, debido al tormento de los espíritus malignos (sin darse cuenta de que el tormento proviene de ellos), el creyente añora la fuerza externa que lo ha estado ayudando y anhela que venga en su ayuda. Es por eso que a los espíritus malignos les conviene que el creyente caiga en un estado pasivo. Todas las facultades que el creyente ha dejado de usar están en manos de los espíritus malignos. Si el creyente trata de usar sus facultades en esta condición, sólo dará lugar a los espíritus malignos para expresarse a través de él. Los espíritus malignos siempre se deleitan en coartar al hombre. Ya que el hombre busca su ayuda, no rechazan esta petición. Con frecuencia inyectan pensamientos preconcebidos en la mente de los

creyentes, poniendo toda clase de visiones, sueños, voces, luces, fuegos y versículos fuera de contexto. Por estos medios, ponen sus ideas y toman decisiones por el creyente. Este no se da cuenta de lo que está sucediendo en realidad; considera esas revelaciones como de Dios y piensa que concuerdan con la voluntad de El. Además, estas cosas no requieren que tome decisiones, lo cuál de todos modos es doloroso para él. Como resultado, sigue el curso ciegamente. Los espíritus malignos gustosamente le ayudan al hombre a no pensar y a no usar su voluntad, sino a andar insensatamente según revelaciones externa. Así que, con frecuencia les conceden milagros a los creyentes.

Es muy lamentable que en medio de este estado en el que se ignora el principio por el cual Dios obra, el creyente pueda ser engañado pensando que en realidad se está sometiendo a Dios. En tales momentos, puede (1) creer en espíritus malignos, (2) depender de ellos, (3) obedecerles, (4) consagrarse a ellos, (5) escucharlos, (6) orar a ellos, (7) ser guiado por ellos, (8) aceptar el mensaje de ellos, (9) aceptar los versículos que ellos sugieren, (10) trabajar con ellos, (11) trabajar para ellos, y (12) ayudarles a lograr los deseos y obras del corazón de ellos, mientras piensa que se está volviendo a Dios y que está dedicado a Dios. Una cosa debe resaltarse: "Si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavo de aquel a quien obedecéis" (Ro. 6:16). Puede ser que de labios nos consagremos a Dios, pero si en realidad nuestra consagración es a los espíritus malignos, inevitablemente vendremos a ser esclavos de ellos. Aunque sea por haber sido engañados, nos ofrecimos a un dios falso. Por lo tanto, no tenemos forma de evadir la responsabilidad. El creyente debe saber que si no se comunica con Dios en comunión, sino bajo la posesión demoníaca, su oración estará dirigida a los espíritus malignos, su consagración se hará a ellos, y su confianza será depositada en ellos. En su corazón él cree que se está comunicando con Dios y que lo que ha obtenido proviene de El, pero en realidad se está comunicando con espíritus malignos y está aceptando sus dones.

Debemos conocer los pasos de este proceso. Puesto que el creyente busca la presencia de Dios en sus sentimientos y en otras experiencias (como lo mencionado en la tercera sección y en la séptima), los espíritus malignos lo engañan y le fabrican experiencias falsas, las cuales él acepta debido a su ignorancia, pensando que son de Dios. Como resultado, cae en la pasividad, y una vez que esto sucede, piensa que no necesita moverse, ya que Dios se moverá por él. De esta forma se queda quieto. Sin embargo, Dios no se moverá por él, porque Dios desea que el hombre coopere activamente con El. Dios no quiere que él sea una máquina fría e insensible. Si el creyente cumple las condiciones propicias para que los espíritus malignos operen en él, éstos lo harán. Cuando ni el hombre ni Dios se mueven, los espíritus malignos sí lo hacen. El creyente debe saber que después de entender claramente la voluntad de Dios con la intuición de su espíritu, todo su ser debe levantarse para llevarla a cabo de una forma activa; no puede quedarse pasivo. Si el creyente llega a estar poseído por demonios, posiblemente ni cuenta se dará de su condición y se considerará muy espiritual, por tener experiencias asombrosas. Pero los que han sido adiestrados en el Señor y poseen discernimiento espiritual saben que aunque esta clase de creyente experimenta cosas asombrosas, tiene una doble personalidad, lo cual es una clara señal de posesión demoníaca.

DOBLE PERSONALIDAD

Tener doble personalidad significa que hay dos personalidades o dos amos en el hombre que tiene ese problema. Esto no se refiere al hombre nuevo y al hombre viejo de los que hablamos con frecuencia. En una persona que tiene una posesión demoníaca severa, podemos ver claramente una doble personalidad. Cuando una persona es poseída gravemente, otros podrán ver que hay otra mente que lo controla. Hará cosas que son contrarias a su carácter. Su cuerpo parecerá controlado por una fuerza externa. Sus nervios y sus músculos se pondrán tensos, se contraerán y temblarán involuntariamente. Su boca dirá cosas que él no sabe o que conoce muy poco, y su voz parecerá la de otra persona. Podemos observar que la manifestación de demonios es pasajera en muchos incrédulos que se encuentran poseídos por demonios. Antes de que vengan los demonios, la persona está callada y en su juicio, pero cuando ellos vienen, su estado cambia de inmediato y actúa como un loco. En esto podemos ver que cuando un hombre es poseído por demonios, tiene una personalidad doble. Además de su propia persona, hay otra persona en su interior que usa las facultades de su alma y de su cuerpo. Cuando los demonios se manifiestan, toman control de casi todo; todas las actividades son de ellos, y hasta la personalidad del hombre permanece inactiva. Por consiguiente, después de que los demonios se van, muchos no se acuerdan de lo que hicieron, de lo que dijeron ni de lo que expresaron mientras los demonios se manifestaron. Esto se debe a que era la personalidad de los demonios la que actuaba, y no la propia personalidad del hombre. Como resultado, la personalidad del hombre olvida parcial o totalmente lo que sucedió.

No obstante, la manifestación de los demonios algunas veces es muy refinada. Con frecuencia, los demonios hacen que un hombre hable o se comporte como un ser humano normal. Pero en realidad, la personalidad de los demonios está operando, mientras la personalidad del hombre está adormecida. En esta clase de manifestación, con frecuencia pensamos equivocadamente que es el hombre quien actúa; nos cuesta trabajo percatarnos de que en realidad se trata de actividades de los demonios. Solamente cuando los demonios se comportan anormalmente podemos notar la doble personalidad de alguien.

Cuando los creyentes son poseídos por demonios, también se presenta una personalidad doble. Debido a que el grado en que son poseídos difiere en cada caso, las manifestaciones también difieren. Los demonios sorprendentemente controlan todas las partes de los que están seriamente engañados. Hacen que los creyentes tiemblen y sientan calor, les permiten tener toda clase de sensaciones extrañas, hacen que se tiren al piso, que hablen en lenguas desconocidas o con una voz extraña que otros nunca han escuchado y que tengan visiones que otros nunca han visto. Al mismo tiempo, estos creyentes pueden estar muy tranquilos en su espíritu y tener comunión con Dios. Ellos no disciernen nada y piensan que como todavía pueden hablar con Dios, estas manifestaciones deben ser del Espíritu Santo.

No se dan cuenta de que (1) el Espíritu Santo nunca se apodera de ninguna parte del cuerpo del hombre ni lo usa para Su propósito. Cuando Pablo recibió la visión, podía aún controlarse y hablar por su propia cuenta (Hch. 9:5). Cuando Pedro tuvo la visión, su mente también estaba despejada y podía controlarse (10:9-17). Cuando Juan tuvo la visión, tenía dominio propio, y por eso pudo escribir el libro de Apocalipsis. Al principio cayó en tierra porque no podía resistir la luz de la gloria del Señor. Pero después que el Señor lo fortaleció, se levantó. También podía recordar lo que había visto. Esto no es lo que muchos

hoy afirman acerca de ser lanzados al piso por el Espíritu Santo, sin estar conscientes de lo que hacen ni de lo que experimentan mientras están en el piso.

(2) En el espíritu del creyente mora el Espíritu Santo, y a la vez su cuerpo puede ser poseído por demonios. Debido a esto experimenta una doble personalidad. En su espíritu tiene comunión con Dios, pero los demonios se manifiestan en su cuerpo. El creyente no debe pensar que lo que hace externamente en su cuerpo debe provenir de Dios por el hecho de que puede comulgar con Dios en su espíritu. Debe comprender que por haber sido regenerado, su nueva vida siempre tendrá comunión. Pero sí es seguro que una vida llena del Espíritu Santo nunca tendrá una experiencia de doble personalidad. Una doble personalidad indica que la persona está poseída por demonios.

En aquellos que están menos engañados, la doble personalidad no es tan evidente como en los que mencionamos antes. A veces el creyente puede detectar que alguien aparte de él y fuera de él, está haciendo uso de sus facultades. Muchos pensamientos que no son suyos pueden infiltrarse. Su voluntad parecerá haberse paralizado, insensibilizado o perdido la capacidad de decidir y de escoger. Su imaginación y su memoria parecen estar aprisionadas por otro ser. No puede recordar nada ni pensar en nada. Su manera de razonar puede parecer fría y dura, y quizá no sepa actuar de manera racional. Muchas palabras imprevistas, comportamientos y actitudes pueden proceder de él sin el consentimiento de su voluntad, y le resultan difíciles de controlar. Esta es una manifestación más disimulada de una doble personalidad.

El significado de una doble personalidad es la existencia de dos entidades independientes, humanas y personificadas. Quiere decir que no hay necesidad de que la persona utilice su propia voluntad para tomar decisiones, y significa que su alma y cuerpo, parcial o completamente, pueden moverse asombrosamente por su propia cuenta. Significa que aparte de la voluntad del hombre, existe otra voluntad que gobierna directamente el alma y cuerpo del hombre. Un creyente poseído por demonios tiene, además de su propia voluntad, la de los espíritus malignos. La voluntad de un creyente poseído por demonios es reprimida, y reina sobre ella la voluntad de los espíritus malignos. En esto consiste la doble personalidad.

Cuando un creyente tiene una doble personalidad, hay dos poderes en su cuerpo. Algunas veces el Espíritu Santo envía poder desde el hombre interior del creyente, y a veces, los espíritus malignos dirigen su poder desde el hombre exterior del creyente. Algunas veces el Espíritu Santo expresa Su gracia, bendición y luz, y a veces los espíritus malignos exhiben su obra en el creyente, que son falsificaciones de la obra de Dios. Ellos harán que tenga visiones, que se ría exageradamente, que cante en voz alta, que llore con gemidos, o que sienta una alegría que recorre todo su cuerpo. En la actualidad hay un gran número de personas que sirven en la obra, las cuales tienen personalidad doble. Pero hay muy pocos que pueden discernir los espíritus. Satanás usará esta clase de personas para llevar a cabo su trabajo. Debido a que muchas de las cosas que hacen son espirituales y de Dios, los creyentes temen rechazar cosas que Satanás les presenta disimuladamente. Los creyentes hablarán sobre lo que ven de Dios en estas cosas y dirán que estas cosas son muy buenas. Olvidan que ésta es la obra de mezcla que efectúan los espíritus malignos.

Satanás *siempre* hace una obra llena de mezclas. El principio de todas sus obras es el de sembrar cizaña entre el trigo. El no solamente predica mentiras, sino también verdades, las cuales utiliza para anunciar sus mentiras a son de trompeta. Además, él está más dispuesto a predicar verdades que mentiras, a fin de que sus planes no salgan a la luz. Después de ganar terreno, cambiará la estrategia e invertirá la proporción. Podemos ver esta mezcla en muchas reuniones. Los creyentes deben aprender a discernir y a juzgar todas las cosas; de lo contrario, serán infectados por los obreros que tienen personalidad doble, caerán en la pasividad y serán poseídos por demonios.

CAPITULO TRES

CONCEPTOS ERRONEOS DE LOS CREYENTES

No debemos cometer la equivocación de pensar que los creyentes que son engañados por espíritus malignos son muy corruptos, degenerados y pecaminosos. Recordemos que estos creyentes se consagraron a Dios y, de hecho, van más adelante que los creyentes comunes. Ellos se esfuerzan por obedecer al Señor y están dispuestos a pagar cualquier precio para seguir al Señor. Debido a que se consagraron totalmente al Señor y a que no saben cómo cooperar con Dios, caen en pasividad. Los que no han dado estos pasos, no tienen la posibilidad de ser pasivos, pues es posible que piensen que se consagraron a Dios, pero todavía se conducen según los pensamientos y los razonamientos de su vida natural. Aún viven según su propia voluntad. Un creyente de éstos *no caerá en la pasividad* ni será poseído por demonios. Es posible que cedan terreno a los espíritus malignos en otros asuntos, pero en cuanto a obedecer la voluntad de Dios, no cederán terreno por pasividad a los espíritus malignos. Sin embargo, solamente los que se han consagrado sinceramente, los que no tienen en cuenta su propia pérdida o ganancia y están dispuestos a escuchar y obedecer los preceptos de Dios, pueden llegar a ser pasivos y, por ende, poseídos. La voluntad de esta clase de creyente está propensa a caer en la pasividad. Sólo quienes están dispuestos a obedecer incondicionalmente toda orden que reciban, pueden llegar a estar pasivos.

Algunos se preguntarán "¿Por qué Dios no los protege? ¿No tienen ellos un motivo puro? ¿Es posible que Dios permita que quienes lo buscan fielmente sean engañados por espíritus malignos?" Muchos supondrán que Dios debería proteger a Sus hijos en toda circunstancia. Pero olvidan que para recibir la protección de Dios, uno debe cumplir la condición necesaria. Si el creyente propicia las condiciones para que los espíritus malignos trabajen, Dios no puede prohibirles que lo hagan, ya que El respeta las leyes. Si el creyente se pone en manos de los espíritus malignos, consciente o inconscientemente, Dios no les puede quitar a ellos el derecho de gobernarlo. Muchos piensan que siempre que tengan un motivo puro, no serán engañados, pero ignoran que las personas que son más fáciles de engañar son las que tienen motivos puros. La sinceridad no es lo que nos guarda de ser engañados, sino el *conocimiento.* Si el creyente no se preocupa por lo que enseña la Biblia, ni ora ni vela, y piensa que sus motivos puros bastan para ser guardado del engaño, tarde o temprano será engañado. Si ingenuamente cumple las condiciones para que los espíritus malignos operen, ¿Cómo puede esperar que Dios lo proteja?

Muchos creyentes piensan que no pueden ser engañados porque pertenecen al Señor o porque se consagraron incondicionalmente al Señor o porque han adquirido muchas experiencias espirituales. No saben que cuando uno se considera estable, ya cayó en

engaño. Si un creyente no se humilla, será engañado; estará poseído por demonios y pensará que está lleno del Espíritu Santo. La posesión demoníaca no se evita por tener cierto nivel *de vida* ni por tener los motivos correctos, sino teniendo el debido conocimiento. Cuando el creyente recibe enseñanzas idealistas al comienzo de su vida cristiana, se le dificulta al Espíritu Santo la tarea de instruirlo con la verdad que necesita. Asimismo, el creyente puede estar prevenido con la interpretación de las Escrituras, y hacer difícil que otros creyentes le impartan la luz que él necesita. Cuando el creyente se jacta de tener seguridad, se encuentra en tal peligro y les da la oportunidad a los espíritus malignos para que trabajen o continúen trabajando.

Ya vimos que la pasividad provoca la posesión demoníaca, pero la ignorancia es la causa de la pasividad. Si el creyente no desconoce esto, no será presa de los demonios. En realidad, la "pasividad" es simplemente un entendimiento erróneo de lo que son la obediencia y la consagración. Podemos decir que es el resultado de la obediencia y la consagración exageradas. Si el creyente adquiere conocimiento y se da cuenta de que a los espíritus malignos les fascina la pasividad del hombre y que la necesitan para poder obrar, probablemente evitará caer en la pasividad y, en consecuencia, evitará concederles a los espíritus malignos la oportunidad de obrar. Si sabe que Dios necesita que los hombres laboren juntamente con El y que no desea que los hombres se conviertan en máquinas, evitará caer en la pasividad esperando que Dios actúe en vez de él. Hoy en día los creyentes caen en este estado principalmente por ignorancia.

Los creyentes necesitan de conocimiento para distinguir cuándo es Dios quien actúa y cuándo es Satanás. Necesitan conocimiento para comprender el principio por el cual Dios obra y la condición bajo la cual Satanás opera. Sólo quienes tienen este conocimiento pueden ser guardados del poder de las tinieblas. Satanás se vale de mentiras para atacar a los creyentes; por lo tanto, éstas necesitan ser reemplazadas con verdades. Satanás desea mantener a los creyentes en tinieblas; así que la luz debe brillar. Debemos tener muy presente el principio de que la forma de obrar de los espíritus malignos difiere de la forma en que lo hace el Espíritu Santo, pues cuando operan, *siempre lo hacen según su respectivo principio*. Aunque los espíritus malignos son expertos en cambiar su apariencia, si miramos la *totalidad* de su obra, podremos observar que el principio es siempre el mismo. Cuando comprendamos la diferencia, debemos examinar nuestras experiencias pasadas y discernir el principio que sirvió de base para ellas. Así podremos discernir lo que procede del Espíritu Santo y lo que procede de los espíritus malignos. Según el principio que se haya usado podemos determinar cuál espíritu actuó.

Debido a que los creyentes caen en la posesión demoníaca por ignorancia, necesitamos examinar en detalle varios asuntos que fácilmente los creyentes entienden mal.

MORIR CON CRISTO

La pasividad de muchos creyentes se debe a un entendimiento equivocado de lo que es "morir con Cristo". El apóstol dijo: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios" (Gá. 2:20). Basándose en este versículo, los creyentes suponen que la vida más elevada se resume en "ya no vivo yo". Concluyen que deben perder su personalidad, que ya

no deben tener voluntad ni dominio propio, y que su yo debe morir. De esta forma, vienen a ser una máquina que obedece a Dios. Piensan que no deben tener más sentimientos, que deben anular su personalidad y que deben eliminar todos sus deseos, intereses y preferencias. Finalmente, llegan a ser un cadáver. De ahí en adelante, no les queda ego, pues su persona se desvaneció. Creen que este pasaje requiere que ellos se borren a sí mismos, se destruyan y "se suiciden" al punto de no estar conscientes de sí mismos, ni de su necesidad, ni de su condición, de no tener sensaciones ni deseos, ni sentir bienestar ni aflicción, para así percibir únicamente la obra y el mover de Dios. Deducen que morir al yo significa no estar conscientes del yo. Por lo tanto, entregan su percepción de sí mismos a la muerte y tratan de morir al grado de no sentir nada que no sea la presencia de Dios. Comprenden que deben morir. Por eso, cada vez que están conscientes de sí mismos, toman la determinación de inmolarse. Cada vez que sienten un deseo, una carencia, una necesidad, un interés u otro sentimiento, resuelven eliminarlo.

Ellos piensan que por haber sido crucificados con Cristo el yo se desvaneció y creen que como Cristo vive en ellos, el yo ya no vive. "Con Cristo estoy juntamente crucificado". Por tanto, el yo *está muerto.* Tratan de aplicar dicha muerte haciendo a un lado sus pensamientos y sus sentimientos. Creen que su personalidad debe dejar de existir porque es Cristo quien vive en ellos. Puesto que saben que Cristo está en ellos, creen que deben someterse a El de una manera pasiva y permitir que sea El quien piense y sienta por ellos. Sin embargo, pasan por alto la segunda frase de Pablo: "La vida que ahora vivo en la carne" ¡Pablo murió, pero no murió! El yo fue crucificado, pero todavía está vivo. Después de pasar por la cruz, Pablo dijo: ¡"Ahora vivo"!

La cruz no aniquila al yo, pues éste siempre existirá. Aún después de ir al cielo, el yo seguirá existiendo. ¿Qué significado tendría la salvación si alguien pudiera sustituirme a mí para ir al cielo? El significado de aceptar la salvación es morir al pecado y darle muerte a la vida del alma. Hasta las mejores personas, más nobles y más limpias tienen que ser inmoladas. Hemos dicho esto muchas veces. Dios desea que rechacemos el corazón que vive en la vida natural; El quiere que vivamos por El y que absorbamos Su vida momento a momento hasta que todas las necesidades de nuestro ser sean suplidas. El no tiene la intención de aniquilar las diferentes funciones de nuestro ser, ni que nuestro ser caiga en la pasividad. Por el contrario, la vida cristiana requiere que nos neguemos diariamente a nuestra vida natural y busquemos la vida espiritual de Dios. Así como ni la muerte del cuerpo físico, ni la muerte en el lago de fuego es una aniquilación, la crucifixión con Cristo en la vida espiritual tampoco lo es. La persona del hombre debe existir, y el representante de la persona del hombre, es decir, su voluntad, también debe existir. Sólo debe morir la vida natural por la que vive. Esto es lo que enseña la Biblia.

Si el creyente no entiende lo que es morir con Cristo y se deja caer en la pasividad, (1) dejará de estar activo, (2) Dios no lo usará, porque esto iría en contra del principio por el cual obra; y (3) los espíritus malignos aprovecharán la oportunidad para adherírsele, por cuanto llena los requisitos propicios para que ellos operen. Por eso, este concepto erróneo acerca de morir con Cristo y la intención de practicarlo conducirá a la posesión demoníaca y a una imitación de lo que es ser lleno de Dios. Dijimos que hay creyentes que han llegado a ser poseídos por demonios y que tienen muchas experiencias peculiares por no haber entendido Gálatas 2.

Después de que un creyente "muere" de esta forma, los espíritus malignos lo conducen a no tener ningún sentimiento y a que no preste atención a la necesidad de tener sentimientos. Al relacionarse con otros, sentirá como si él fuera de hierro o de piedra y será como si estuviera desprovisto de sentimientos. No se duele ante los sufrimientos de otros, ni se da cuenta si los hace sufrir. No tiene la facultad de conocer, diferenciar, sentir ni examinar lo que está fuera de él ni dentro. No se percata de su actitud, su apariencia ni sus acciones. No emplea su voluntad para pensar, deducir ni decidir, antes de hablar o de actuar. Desconoce el origen de sus palabras, de sus pensamientos y de sus sentimientos. Su propia voluntad nunca toma ninguna iniciativa, pero a través de él se expresan muchas palabras, pensamientos y sentimientos que se apoderan de él como si fuera un canal. Todas sus acciones y su conducta son mecánicas; desconoce la razón de estas cosas; se siente confundido, y actúa porque recibe órdenes y presión de una fuente desconocida. Aunque no está consciente de sí, cuando otros levemente lo tratan mal, tiende a no entender y a sentirse herido. Pasa los días en un estupor, pues supone que ya murió con Cristo y ni siquiera percibe su propia persona. No se da cuenta de que esta condición es tanto el requisito como la consecuencia de estar poseído por espíritus malignos. Esto hace que los espíritus malignos se adhieran a él, lo estorben, lo ataquen, lo confundan, le hagan sugerencias, piensen por él, lo sostengan y lo motiven a continuar sin ninguna restricción, todo ello por privarse de toda sensación.

Por lo tanto, debemos recordar que lo que se conoce comúnmente como morir al yo es morir a la vida, el poder, las opiniones y las actividades del yo desconectado de Dios; no es la muerte de nuestra persona. No nos exterminamos a nosotros mismos ni llegamos a considerarnos inexistentes. Esto debe quedar claro. Cuando decimos que no tenemos el yo, nos referimos a que no tenemos las actividades del yo. Tampoco significa que nuestra persona deje de existir. Si el creyente deduce que debe aniquilar su persona, que debe dejar de pensar, de sentir o de tener opiniones, o que no debe mover su cuerpo en lo más mínimo, y que en lugar de esto debe vivir en una especie de sueño día y noche, sin saber ni dónde está, sin duda, será poseído. Posiblemente piense que ésa es la verdadera muerte del yo, que ahora es una persona totalmente despojada del yo, y que su experiencia espiritual es más elevada que la de los demás. No obstante, su consagración no es una entrega a Dios, sino a los espíritus malignos.

LA OPERACION DE DIOS EN NOSOTROS

"Porque es Dios el que en vosotros realiza el querer como el hacer, por Su beneplácito" (Fil. 2:13). Este versículo también se puede entender mal muy fácilmente. El creyente puede pensar que sólo Dios debe tener el deseo y sólo El debe llevarlo a cabo, que El pone en uno el querer y el hacer; es decir, que Dios desea por uno y actúa por uno. Al creer esto, se sobreentiende que él no necesita desear ni hacer nada, pues Dios se encargará de todo. En tal condición, el creyente se considera una persona extraordinaria y que no necesita querer ni hacer nada. Así, se convierte en una máquina inconsciente que no tiene nada que ver con el deseo de actuar ni con las acciones.

Estos creyentes no saben que este versículo quiere decir que Dios sólo trabajará en nosotros en la medida en que estemos dispuestos a querer y a trabajar. Dios no irá más allá de este punto; sólo obrará hasta allí. El no realizará ni el querer ni el hacer que al hombre le

corresponde. En lugar de esto, Dios sólo operará cuando el hombre esté dispuesto a querer y a actuar según el beneplácito Suyo. Tanto el querer como el hacer le corresponden al propio hombre. El apóstol fue muy cuidadoso y por eso dijo: "Es Dios el que en vosotros realiza el querer como el hacer". No es Dios quien desea y opera, sino que El produce *en vosotros;* es decir, la persona del creyente aún permanece. *Uno mismo* debe desear y hacer. El querer y el hacer siguen siendo asunto del creyente. Aunque Dios opera, El no nos reemplaza. Tanto el querer como el hacer son responsabilidades del hombre. Cuando dice que Dios *realiza,* es que El opera en nosotros, se mueve en nuestro ser, nos ablanda el corazón y nos anima, a fin de producir en nosotros *un corazón que esté inclinado a obedecer Su voluntad*. El no va a *querer* por nosotros para que obedezcamos Su voluntad. El solamente hará que estemos inclinados a Su voluntad. Después *nosotros mismos* de igual manera tendremos que obedecer. Este versículo enseña que la voluntad del hombre necesita el apoyo y la ayuda del poder de Dios. Aparte de Dios, cualquier cosa que el hombre determine y haga conforme a su propia voluntad no sirve de nada. Dios no va a *querer* por el hombre, ni tampoco desea que el hombre *quiera* aparte de El. El desea que el hombre dependa de Su poder para querer. Esto no significa que Dios tome nuestro lugar, sino que nosotros debemos querer como resultado de Su acción en nosotros.

Sin embargo, es posible que un creyente no entienda esto. Tal vez piense que como Dios opera en él, ya no tiene que hacer nada; que sólo debe permitir de una manera pasiva que Dios opere, y él simplemente debe seguirlo. Cree que puesto que es Dios quien opera en lo interior, no necesita utilizar su voluntad, que lo único que necesita hacer es permitir que otra voluntad venga y lo use. Por consiguiente, no se atreve a decidir ni a oponerse a nada; en lugar de esto, espera de manera pasiva que *descienda la voluntad de Dios.* Cuando una voluntad externa toma una decisión por él, la acepta. Por otra parte, rechaza todo lo que provenga de su propia voluntad. Como consecuencia: (1) no hace uso de su voluntad; (2) Dios no usa su voluntad para sugerir nada en lugar de él, puesto que desea que el creyente labore activamente con El; (3) los espíritus malignos aprovechan la oportunidad de apoderarse de su voluntad pasiva y actúan por él a fin de que quede paralizado y no tenga ningún progreso o que sea ferviente con el fuego de los demonios; y (4) en este momento, el creyente puede pensar que Dios está pensando por él, pero en realidad, son los principados de las tinieblas los que se han enseñoreado de él.

Debemos ver la diferencia entre el hecho que Dios "quiera" por nosotros y que seamos nosotros los que cooperemos con El valiéndonos de nuestra voluntad. Si Dios decide *en vez de nosotros,* las cosas serían completamente ajenas a nosotros. Aunque nuestras manos puedan hacer algo, nuestros corazones no habrían tenido la intención de hacerlo. Cuando estemos sobrios, veremos que *nosotros* no hicimos estas cosas. Pero si, por el contrario, usamos nuestra voluntad para trabajar activamente con Dios, veremos que aunque algo sea hecho por el poder de Dios, fuimos *nosotros* quienes lo efectuamos. Una persona que está completamente poseída por demonios no está consciente de ninguna de sus acciones cuando los demonios obran. Quizás pierda el juicio por un momento, pero luego no recordará nada de lo que hizo. Esto nos muestra que todas esas cosas fueron hechas por los demonios a través de su voluntad y *en lugar de él.* Cuando un creyente es engañado, puede pensar que en ese momento fue él quien llevó a cabo la acción, quien habló y quien pensó con sus propias ideas. Pero cuando sea iluminado por la luz de Dios y comience a preguntarse si realmente él *quería* actuar, hablar o pensar esas cosas, verá que tales cosas

no tienen nada que ver con él, y que las cosas que están adheridas a él lo están haciendo por él.

La voluntad de Dios no es aniquilar nuestra voluntad. Si decimos: "De ahora en adelante no tendré mi propia voluntad; permitiré que Dios se manifieste en mí", no nos habremos consagrado a Dios, sino que habremos hecho un pacto con los espíritus malignos, porque Dios no reemplazará nuestra voluntad con la Suya. La actitud correcta sería: "Tengo mi propia voluntad, pero mi voluntad desea hacer la voluntad de Dios". Debemos poner nuestra voluntad del lado de Dios, mas no con nuestra fuerza, sino por la vida de Dios. La verdad pura es que la vida que antes usaba nuestra voluntad murió. Ahora usamos nuestra voluntad por la vida de Dios. Nuestra voluntad no ha sido aniquilada; todavía está, lo que cambió fue la vida. La vida natural murió, pero la función de la voluntad subsiste, ya que Dios la renovó, y esta vida nueva ahora la está usando.

LA OBRA DEL ESPIRITU SANTO

Muchos creyentes han caído en la pasividad y en la posesión demoníaca por desconocer la obra del Espíritu Santo. He aquí algunos conceptos erróneos comunes.

A. Esperar que el Espíritu Santo obre

En la iglesia hoy prevalece la ignorancia en cuanto al Espíritu Santo en experiencia. Muchos creyentes bien intencionados ponen mucho énfasis en las enseñanzas acerca del Espíritu Santo. Entre estas enseñanzas, las más comunes afirman que debemos esperar hasta ser llenos del Espíritu Santo, esperar a que descienda el Espíritu Santo o esperar el bautismo del Espíritu Santo. En la práctica, algunos oran toda la noche en su casa y ayunan por períodos extensos, esperando recibir su propia experiencia de pentecostés. Algunas reuniones se convierten en reuniones de espera tan pronto se acaba el sermón, para que quienes buscan el Espíritu Santo puedan esperar. Por consiguiente, muchos reciben en realidad experiencias asombrosas y experimentan el descenso de espíritus sobrenaturales sobre ellos, que los hacen tener sensaciones extrañas y asombrosas, ver visiones y luces raras, escuchar voces, hablar en lenguas, temblar y experimentar otros fenómenos. Después de esto, el Señor Jesús viene a ser más precioso para ellos, y logran deshacerse de muchos pecados notorios. Llegan a sentirse más alegres y entusiastas, pensando que han recibido el bautismo del Espíritu Santo. Estas acciones se basan en los versículos siguientes: "He aquí, Yo envío la promesa de Mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto" (Lc. 24:49). "Les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre" (Hch. 1:4).

Debemos prestar atención a algunos asuntos importantes. Ciertamente el Señor les mandó a los discípulos que esperaran que el Espíritu Santo viniera sobre ellos. Pero después de Pentecostés, se usa la palabra "recibir", en lugar de la palabra "esperar" (Hch. 19:2).

Además, cuando los discípulos estuvieron esperando diez días, el Espíritu Santo no habla de que ellos estuvieran esperando pasivamente. Ellos perseveraban unánimes en la oración

y súplica. Esto es diferente a la experiencia de hoy, en la que esperan pasivamente toda la noche (algunos hasta lo hacen por más de diez días).

Asimismo, después de pentecostés, cada vez que vemos la experiencia de los creyentes al ser llenos del Espíritu Santo, se nos dice que fueron llenos *de inmediato.* No tuvieron que esperar como lo hicieron los apóstoles al principio. (cfr. Hch. 4:31, 9:17, 10:44).

El Espíritu Santo no puede ser invocado directamente. Tampoco viene porque le roguemos. Esto se debe a que es un don (cfr. Lc. 11:13; Jn. 14:16), y además, ya descendió el día el Pentecostés. En el Nuevo Testamento, nadie invoca el Espíritu Santo directamente. No existe ningún caso en la Biblia en el que los hombres pidieran el derramamiento o el bautismo del Espíritu Santo específicamente. En lugar de esto, la Biblia dice que *el Señor Jesús* "os bautizará en el Espíritu Santo" (Mt. 3:11).

Más aún, como ya dijimos, el Espíritu Santo sólo viene sobre el hombre nuevo, es decir, sobre el hombre interior. Esperar que el Espíritu Santo venga sobre el *cuerpo físico,* pedir alguna sensación y establecer ciertas manifestaciones como evidencias del derramamiento del Espíritu Santo, son una fuente de engaño.

Por lo tanto, la práctica que existe hoy de esperar que descienda el Espíritu Santo no es bíblica, debido a que es una práctica enteramente pasiva. La mayor parte de esta espera ocurre durante la noche cuando el cuerpo ya está bastante cansado. Asimismo, requiere por lo general de un largo periodo de ayuno y numerosos días de espera. La mente del creyente naturalmente se torna confusa. De igual forma, la oración prolongada, sentado o arrodillado, esperando que el Espíritu Santo descienda sobre el cuerpo, fácilmente lleva la voluntad a una completa pasividad. El creyente no resiste ni discierne ni decide nada; simplemente espera que un espíritu descienda sobre él, lo derribe o use su lengua o le dé alguna sensación extraña. Dicha espera abre la puerta a los espíritus malignos. No es de extrañarse que en estas condiciones los creyentes reciban experiencias sobrenaturales. Estas generalmente se dan cuando el hombre está lo suficientemente pasivo para manifestarse. Sin embargo, el Espíritu Santo, no hará ningún movimiento, porque esto iría en contra del principio por el cual obra. Los espíritus malignos aprovechan la oportunidad y operan activamente. Realizan muchas imitaciones en el creyente. Desde ese momento, las oraciones, las promesas y la fe ofrecidas al Espíritu Santo, en realidad están dirigidas a los espíritus malignos. Aunque una atmósfera agradable parezca llenar la casa en la reunión, aunque todos se sientan muy tranquilos y contentos, y aunque pueda haber consagraciones y obras como resultado de tal reunión, la vida del alma permanecerá intacta.

B. La obediencia al Espíritu Santo

Los creyentes, según Hechos 5:32, donde dice que "el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que *le* obedecen [a Dios]", creen que deben obedecer al Espíritu Santo. Por esta razón, no siguen el mandamiento en la Biblia de examinar y discernir el espíritu de verdad del espíritu de error, piensan que cualquier espíritu que venga sobre ellos es el Espíritu Santo. Así que, obedecen pasivamente al espíritu que viene *sobre ellos,* y todo su ser se vuelve como una máquina. Cualquier cosa que el espíritu que está sobre ellos les mande, lo obedecen. Cada vez que hacen algo, *se vuelven* primero a su cuerpo para esperar una orden.

A medida que pasa el tiempo, la pasividad empeora, y el espíritu que está sobre ellos se va apoderando de todos sus miembros, como por ejemplo, su boca y sus manos. Los creyentes piensan que esta obediencia al Espíritu Santo es agradable a Dios y no se dan cuenta de que este versículo no nos dice que obedezcamos al Espíritu Santo, sino que debemos obedecer a Dios el Padre por medio del Espíritu Santo. El apóstol nos dice en este versículo (v. 29) que debemos obedecer a Dios. Si el creyente toma al Espíritu Santo como su objeto de obediencia y se olvida de Dios el Padre, será guiado a seguir un espíritu que está dentro de él o alrededor, en lugar de obedecer por medio del Espíritu Santo al Padre que está en los cielos. Este es el comienzo de la pasividad, y esto da a los espíritus malignos la oportunidad de engañarnos. Una vez que la persona va más allá de lo que la Biblia dice, se encontrará en un gran peligro.

C. El Espíritu Santo como el amo

Ya dijimos antes que Dios disciplina nuestro espíritu por medio del Espíritu Santo y que nuestro espíritu gobierna nuestro cuerpo, y todo nuestro ser, por medio del alma (la voluntad específicamente). Si examinamos este concepto someramente parece no revelar nada importante, pero la relación espiritual implícita es muy decisiva. El Espíritu Santo sólo nos da a conocer Su voluntad por medio de nuestra intuición. Cuando el Espíritu Santo nos llena, colma nuestro espíritu, pero *no gobierna directamente nuestra alma ni nuestro cuerpo.* Tampoco llena directamente nuestra alma ni nuestro cuerpo. Esto debe quedar muy claro. No podemos esperar que el Espíritu Santo piense por medio de nuestra mente, sienta a través de nuestras emociones, ni tome decisiones por medio de nuestra voluntad. El manifiesta Su voluntad en la intuición a fin de que sea el propio creyente el que piense, sienta y tome decisiones según esa voluntad. Muchos creyentes concluyen que tienen que entregar su mente al Espíritu Santo y dejar que El piense por ellos, sin saber que ése es un error garrafal. El Espíritu Santo *nunca reemplaza* al hombre ni usa su mente de esta forma. El Espíritu Santo jamás exige que el hombre se consagre de una manera pasiva. Al contrario, desea que el hombre labore juntamente con El. El no obrará en lugar del hombre. El creyente *tiene el poder* de apagar la acción del Espíritu. El no obliga al creyente a hacer nada.

El Espíritu Santo tampoco gobernará el cuerpo del hombre directamente. Para que el hombre hable, debe usar su propia boca. A fin de desplazarse, debe mover sus pies. A fin de trabajar, debe usar sus propias manos. El Espíritu de Dios nunca viola la libertad del hombre. Aparte de trabajar en el espíritu del hombre, es decir, en la nueva creación, El no moverá ninguna parte del cuerpo del hombre, independientemente de la voluntad del hombre. Aunque el hombre estuviera dispuesto, El no reemplazaría al hombre ni movería ninguna parte de su cuerpo, debido a que el hombre tiene una voluntad libre. El hombre debe ser dueño de sí mismo y usar su propio cuerpo. Esta es la ley que Dios estableció, y El no quebrantará Su ley.

Con frecuencia decimos que “el Espíritu Santo controla al hombre”. Si con esto queremos decir que el Espíritu Santo opera dentro de nosotros para hacer que obedezcamos a Dios, es correcto usar dicha expresión. Pero si damos a entender que el Espíritu Santo controla directamente todo nuestro ser, estamos muy equivocados. Basándonos en esto, podemos distinguir entre la obra de los espíritus malignos y la del Espíritu Santo. Este mora en

nuestro espíritu para mostrarnos que *pertenecemos a Dios;* mientras que aquéllos se unen a nuestro cuerpo con el fin de manipularnos como una máquina. El Espíritu Santo pide nuestra cooperación, mientras que los espíritus malignos procuran ejercer *control* directo y total. Nuestra unión con Dios se da en el espíritu, no en el cuerpo ni en el alma. Si pensamos que nuestra mente, el asiento de nuestras emociones, nuestro cuerpo y nuestra voluntad deberían ser directamente movidos por Dios, los espíritu malignos introducirán su obra de engaño. Es cierto que el creyente no debe actuar según sus propios pensamientos, emociones ni preferencias. Pero cuando recibe revelación en su espíritu, debe *usar* su mente sus emociones y su voluntad para llevar acabo la orden del Espíritu. Abandonar nuestra alma y cuerpo y esperar que el Espíritu Santo los use directamente es el paso inicial que conduce a la posesión demoníaca.

LA VIDA ESPIRITUAL

Entre los creyentes hay muchos conceptos incorrectos en lo relacionado con la vida espiritual. Por ahora, sólo trataremos algunos brevemente:

A. En la conversación

"Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros" (Mt. 10:20). El creyente puede pensar que esto significa que *Dios* hablará en vez de él, que no necesita hablar, y que Dios emitirá palabras usando su boca. Con eso en mente "consagra" su boca a Dios. Así que no toma ninguna decisión y espera a que llegue "el oráculo" de Dios. Sus labios y sus cuerdas vocales yacen pasivas y permite que cualquier fuerza sobrenatural las use. Algunos que predican mensajes por el Señor creen que no necesitan usar su mente ni su voluntad durante la reunión y que simplemente necesitan presentar su boca a Dios pasivamente y permitir que El hable por medio de ellos. Las consecuencias de esto son: (1) el creyente no es el que habla; (2) tampoco Dios lo hace, porque El no utiliza al hombre como una grabadora; (3) los espíritus malignos se valen de la pasividad del creyente para hablar por su boca. Esto, por lo general, hace que el creyente experimente cierto poder que habla por su boca y le permite recibir "mensajes del cielo". Debido a que lo que dice posiblemente es bueno, piensa que esas palabras proceden de Dios.

El versículo de Mateo se refiere a una situación en la cual somos perseguidos y estamos en pruebas, y no dice que el Espíritu hablará en lugar del creyente. La experiencia posterior de Pedro y Juan ante el sanedrín confirma esto.

B. En ser guiados

"Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: este es el camino andad por él" (Is. 30:21). Los creyentes no comprenden que este versículo se refiere particularmente a los israelitas, el pueblo de Dios en la carne, durante el milenio. Para entonces, ya no existirá la obra engañosa de los espíritus malignos. Los creyentes piensan que ser guiados al escuchar una voz sobrenatural es lo más elevado. Se creen superiores a otros por ser guiados sobrenaturalmente todo el tiempo. Ellos no usan su conciencia ni su intuición. Simplemente esperan pasivamente oír una voz sobrenatural. Concluyen que no necesitan pensar, ni

meditar, ni escoger ni decidir, y que sólo deben obedecer pasivamente. Permiten que una voz substituya la función de su conciencia y de su intuición. Como resultado: (1) no hacen uso de su conciencia ni de su intuición; (2) Dios no les manda hacer nada ni les hace obedecer como una máquina; y (3) los espíritus malignos usarán una voz sobrenatural que reemplace la revelación que deberían recibir en la intuición. De este modo, los espíritus malignos se unirán a los creyentes.

De ahí en adelante, los creyentes no prestarán atención al sentir de su intuición, ni a la voz de la conciencia, ni a lo que otros entienden o piensan o dicen, sino que seguirán obstinadamente la voz sobrenatural sin cuestionarla ni por un momento. Su norma moral decaerá gradualmente, y ni siquiera se percatarán de ello porque han permitido que los espíritus reemplacen su conciencia, de suerte que no pueden discernir entre lo bueno y lo malo.

C. En la memoria

"Mas el Consolador ... os recordará todo lo que Yo os he dicho" (Jn. 14:26). El creyente no entiende que el significado de este versículo es que el Espíritu iluminará su mente *para que él recuerde* las palabras del Señor. Por lo tanto supone que no necesita usar la memoria. Como consecuencias: (1) no utiliza su voluntad para usar su memoria; (2) Dios tampoco la usa, porque no hay nadie que coopere con él; y (3) los espíritus malignos se infiltrarán y le pondrán en frente lo que a ellos les conviene, para que lo acepte. Su voluntad se hará pasiva y no podrá controlar su memoria.

D. En el amor

"El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones mediante el Espíritu Santo que nos fue dado" (Ro. 5:5). Los creyentes interpretan mal este versículo y creen que ellos no necesitan amar y que el Espíritu Santo les dará el amor de Dios. Le piden a Dios que ame por medio de ellos y que los abastezca plenamente de Su amor para poder ser llenos del amor de Dios. Ellos no son los que aman y desean que Dios los haga amar. Dejan de usar su propia facultad de amar, y permiten que su función de amar caiga en un frío adormecimiento. Las repercusiones de tal acción son: (1) el propio creyente ya no ama; (2) Dios no anulará al hombre ni su función natural de amar, y tampoco dará al hombre un amor sobrenatural; y (3) los espíritus malignos vivirán en lugar del hombre y expresarán su amor y su odio a su antojo. Los espíritus malignos tienen permiso de darle un sustituto del amor debido a que se encuentra pasivo y no usa su voluntad para ejercer su facultad de amar. Con el tiempo, el creyente vendrá a ser como un trozo de madera o una piedra. Se sentirá frío en todo y no sabrá lo que es el amor. Esta es la razón por la cual tantos creyentes son duros e inaccesibles aunque puedan ser muy santos.

El Señor Jesús dijo: "Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas" (Mr. 12:30). ¿De quién es este amor? ¿De quién son el corazón, el alma, la mente y la fuerza? Por supuesto, son nuestras. Nuestra vida natural debe morir, pero todas nuestras funciones deben permanecer.

E. En la humildad

“Porque no nos atrevemos a contarnos ni a compararnos con algunos que se recomiendan a sí mismos” (2 Co. 10:12). Debido a que el creyente no entiende el concepto de humildad, piensa que debe esconderse en todo. Como resultado, la dignidad que Dios permite que tengamos desaparece. En gran parte, menospreciarse a uno mismo es otra forma de pasividad y de posesión. Como consecuencia: (1) el creyente se repliega en sí mismo; (2) Dios no lo llena; y (3) los espíritus malignos se aprovechan de su pasividad para mantenerlo en esa condición de presunta humildad.

Cuando el creyente está poseído y se subestima exageradamente, todo a su alrededor parece convertirse en tinieblas, desesperanza y debilidad. Los que se relacionan con él sienten una especie de frialdad, depresión o tristeza. En momentos cruciales, se retraerá y abochornará a otros. La obra de Dios le tiene sin cuidado. Tanto en palabras como en hechos, se preocupa mucho por ocultar su yo. Pero mientras actúa de esta forma, su yo aflora más. Además, llega a ser un obstáculo para quienes son verdaderamente espirituales. Cuando surgen grandes necesidades en el reino de Dios, su extremado menosprecio no le permitirá mover ni un dedo. Un sentimiento prolongado de incapacidad, inutilidad, imposibilidad e hipersensibilidad se manifestará en él. Piensa que ésa es la verdadera humildad, pues en ella no se tiene en cuenta a sí mismo. No sabe que ése es el resultado de la obra de encerrarse en sí mismo, la cual es producida por espíritus malignos. La verdadera humildad mira a Dios y avanza.

LO QUE DIOS ESTABLECIO

En este mundo, además de la voluntad del hombre, existen dos voluntades que son diametralmente opuestas. Dios no sólo desea que le obedezcamos, sino que también resistamos a Satanás. Por lo tanto, El une estos asuntos dos veces en la Biblia. En Jacobo [Santiago] 4:7 dice: “Estad sujetos, pues, a Dios; resistid al diablo”. En 1 Pedro 5:6-9 dice: “Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios ... Vuestro adversario el diablo ... al cual resistid firmes en la fe”. Esto nos conduce al equilibrio en la verdad. El creyente debe someterse a Dios en todo lo que encuentra. Debe confesar que lo que Dios dispuso para él es lo mejor. Aunque sufra, está dispuesto a obedecer porque ésta es la voluntad de Dios. De esto hablamos en el capítulo uno, aunque es sólo *la mitad* de la verdad. Los apóstoles sabían que estábamos en peligro de parcializarnos; así que inmediatamente dijeron que después de someternos teníamos que resistir al diablo. Ello se debe a que además de la voluntad de Dios, existe la voluntad del diablo. Muchas veces él imita la voluntad de Dios, especialmente en nuestras circunstancias. Si pensamos que en este mundo sólo existe la voluntad de Dios, seremos engañados por el diablo y aceptaremos su voluntad como si fuera la de Dios. Por lo tanto, Dios desea que le obedezcamos y que al mismo tiempo resistamos al diablo. Resistir es obra de la *voluntad*. Resistir implica que la voluntad se opone, que no está dispuesta, que rechaza y que no está de acuerdo. Dios desea que usemos nuestra voluntad, y por eso dice: “Resistid”. Dios no resistirá por nosotros; nosotros mismos tenemos que resistir. Todavía tenemos voluntad, y todavía debemos usarla para obedecer la palabra de Dios. Esta es la enseñanza de la Biblia.

Pero el creyente no entiende y supone que la voluntad de Dios es manifestada en las circunstancias que El dispone a nuestro derredor. Para él, todo lo que le sucede es la voluntad de Dios. Por eso le parece que no tiene necesidad de utilizar su voluntad, ni

escoger nada, ni decidir, ofrecer resistencia. Se limita a aceptar todo en silencio. Esto parece bueno y correcto, pero no puede evitarse que haya malos entendidos. Es cierto que *nosotros debemos reconocer* la mano de Dios detrás de todas las cosas. También sabemos que debemos someternos a Su mano. Pero esto es cuestión de *actitud* más que de *conducta*. Si cualquier cosa que nos suceda es la voluntad de Dios, ¿podemos decir algo? Esto es una cuestión de actitud. Cuando nos disponemos a obedecer a Dios, podemos examinar el asunto y preguntar: ¿Proviene esto de los espíritus malignos? ¿Es permitido por Dios? Si ha sido predeterminado por Dios, no tendremos nada que decir, pero si no es así, debemos trabajar juntamente con Dios para resistir aquello. No debemos someternos a todas las circunstancias sin examinarlas y probarlas. Nuestra *actitud* siempre debe ser la misma, pero nuestra *acción* debe llevarse a cabo después de que hayamos entendido la situación. De lo contrario podemos estar obedeciendo la voluntad del diablo.

Los creyentes no deben carecer de mente; no deben estar completamente pasivos ni controlados por sus situaciones. Por el contrario, cada vez que se encuentran con algo, deben enérgica, activa y conscientemente determinar su origen, poner a prueba su naturaleza, entender su contenido y luego, decidir una acción específica. Ser sumisos a Dios es importante, pero no debe ser una sumisión ciega. Una investigación exhaustiva no significa que estemos desobedeciendo a Dios, sino que *tenemos la intención* de someternos a Dios, pero que no estamos seguros si es a Dios a quien nos estamos sometiendo. Hoy día, son pocos los creyentes que son sumisos en su actitud. Me refiero a que, después de saber que algo es de Dios, son sólo unos pocos los que se someten. Pero cuando sean quebrantados por Dios, obedecerán sin discernir si el asunto proviene de Dios; todo lo que les suceda lo aceptarán sin cuestionar. La verdad completa es que debemos tener una *actitud* sumisa y que, al mismo tiempo, *aceptemos* algo sólo después de que sepamos con certeza cuál es su origen.

Muchos creyentes que se consagran con sinceridad no entienden esta diferencia; simplemente se someten pasivamente a todas las circunstancias, y suponen que *todo* fue dispuesto por Dios. Esto da lugar a los espíritus malignos para utilizarlos y afligirlos. Ellos preparan las circunstancias como trampas a fin de hacer que el creyente haga la voluntad de ellos. Pueden provocar tormentas y afligir con ellas a los creyentes. De esta manera, hacen que los creyentes sufran el agravio de ciertas personas y que piensen que esto es un ejemplo de no resistir "al que es malo" (Mt. 5:39). Pero no se dan cuenta de que Dios también quiere que ellos combatan "contra el pecado" (He. 12:4), para vencer el espíritu de esta edad, levantándose por encima de las circunstancias.

El resultado de hacer esto es: (1) los creyentes no usan su voluntad para elegir ni para decidir; (2) Dios no los obliga a nada valiéndose del entorno de ellos; y (3) los espíritus malignos usarán cada circunstancia para apoderarse de su voluntad pasiva. Entonces los creyentes se someterán a los espíritus malignos pensando que se están sometiendo a Dios.

EL SUFRIMIENTO Y LA DEBILIDAD

Debido a que el creyente se consagró totalmente, piensa que debe tomar el camino de la cruz y sufrir por Cristo; también cree que su vida natural no tiene ninguna utilidad. Como desea recibir poder de Dios, voluntariamente se hace débil, esperando que al hacerlo, será fuerte. Tanto el sufrimiento como la debilidad son agradables a Dios; sin embargo, ambas cosas pueden llegar a ser la base para que por un entendimiento erróneo del creyente, los espíritus malignos operen.

El creyente puede considerar el sufrimiento como la mayor ganancia. Es posible que después de consagrarse, se someta pasivamente a todo padecimiento que le sobrevenga, sin importar de dónde venga. Se imagina que sufre por el Señor y que de ello recibirá recompensa o ganancia. Pero no sabe que debe explícitamente emplear su voluntad para escoger lo que Dios quiere que escoja y para resistir todo lo que provenga de los espíritus malignos. Si acepta los sufrimientos de una manera pasiva, los espíritus malignos tendrán la oportunidad de utilizar *sus propios* padecimientos para atormentarlo. Tomar una actitud pasiva frente al sufrimiento puede hacer que los espíritus malignos aflijan al creyente. Si el creyente acepta las aflicciones suponiendo que vienen de Dios, es decir, si cree las mentiras de los espíritus malignos, éstos tendrán la oportunidad de afligirlo por un largo tiempo. Puede ser que no se dé cuenta de que el sufrimiento es el resultado de cumplir las condiciones para que los espíritus malignos operen y de que en realidad no sufre por la iglesia, para completar lo que falta de las aflicciones de Cristo. Quizás piense que es un mártir, cuando en realidad es sólo una víctima. Quizá se gloríe en el sufrimiento, sin saber que es un síntoma de estar poseído.

Vale la pena mencionar que los padecimientos que vienen como resultado de la posesión demoníaca siempre carecen de sentido. No producen absolutamente ningún *resultado* y *no tienen objeto.* Además, no recibimos en nuestra intuición el testimonio del Espíritu Santo de que provengan de Dios. Tales pensamientos simplemente vienen del creyente.

Si el creyente examina aunque sea sólo un poco, posiblemente descubra que antes de su consagración, no tenía *esta clase de experiencia*. Empezó a padecer después de consagrarse al Señor y de *escoger el sufrimiento.* Además, después de aceptar todos los sufrimientos, pensó que todos ellos procedían de Dios. De hecho, si no son todos, por lo menos la mayoría de ellos son obra de los poderes de las tinieblas. Por haberles dado el terreno a los espíritus malignos y creer en sus mentiras, toda su vida se llenó de aflicciones. No hay motivo para ellas; parecen carecer de una causa lógica y tampoco traen ningún beneficio. Si el creyente sabe lo que es la posesión demoníaca, comprenderá este asunto. Así como hay muchos pecados que no pueden ser desechados por causa de la posesión demoníaca, hay muchas aflicciones de fuentes desconocidas que son causadas por la posesión demoníaca. Después de que el creyente conoce la verdad sobre la posesión demoníaca, podrá deshacerse de muchos pecados y de muchas aflicciones.

En cuanto a la debilidad, el creyente puede tener un concepto equivocado similar al anterior. Piensa que *tiene que estar* débil por un largo tiempo, a fin de obtener el poder de Dios. Toma lo dicho por el apóstol: "Porque cuando soy débil, entonces soy poderoso" (2 Co. 12:10), y piensa que *necesita estar* enfermo para poder ser fuerte. No se da cuenta de que el apóstol no dijo que *debía estar* débil para ser fuerte; él simplemente se refería a una de sus experiencias. Dijo que cuando era débil, la gracia de Dios lo fortalecía para que

hiciera la voluntad de Dios. Pablo no pidió esa debilidad, pues *ya estaba débil*, pero Dios lo fortaleció. Este pasaje no es una exhortación a que los creyentes escojan la debilidad; Pablo no tenía la intención de que el creyente fuerte escogiera *intencionalmente* la debilidad a fin de ser fortalecido por Dios. Su intención era instruir a quienes que *ya estaban débiles* para que pudieran estar fuertes.

Escoger a propósito la debilidad es un error que sólo le da una buena oportunidad a los espíritus malignos de actuar. Escoger la debilidad y las aflicciones cumplen los requisitos para que los espíritus malignos operen, porque tales actitudes ponen la voluntad del hombre del lado de los espíritus malignos. Muchos creyentes que tenían buena salud escogieron la debilidad, pensando que así serían fortalecidos por Dios. Para su sorpresa, la debilidad que habían escogido, se hizo más evidente con el tiempo, y la fuerza que esperaban nunca llegó. Finalmente, llegan a ser una carga para otros y pierden completamente su utilidad en la obra de Dios. Escoger la debilidad no trae la fortaleza de Dios, sino que proporciona a los espíritus malignos una oportunidad para atacar. Si el creyente no resiste la debilidad con decisión y si no la rechaza, permanecerá débil por mucho tiempo.

EL ASPECTO MAS CRITICO

En gran parte de lo que hemos abarcado hasta ahora, nos hemos referido al comportamiento de las personas que se van a los extremos. Muchos no se conducen de este modo exactamente, pero sí aplican el mismo principio. *Quienquiera que sea pasivo en su voluntad o cumpla la condición de los espíritus malignos*, será víctima de los demonios. Aunque muchos creyentes no hayan escogido adrede estas cosas, caen en la pasividad y ceden terreno a los espíritus malignos. Como resultado, se ponen en una posición bastante precaria. Espero que todos los que tengan las experiencias que acabamos de mencionar, se pregunten si han cumplido las condiciones para dar lugar a la acción de los espíritus malignos. Esto los rescatará de muchas experiencias falsas y de sufrimientos innecesarios.

Sabemos con certeza que los espíritus malignos usan verdades bíblicas, las exageran desmedidamente y las llevan más allá de su límite original. La negación del yo, la sumisión, la espera de órdenes de parte de Dios, el sufrimiento, son verdades bíblicas. Pero debido a que el creyente ignora el principio bíblico de la vida espiritual, los espíritus malignos se aprovechan de la insensatez del creyente y lo conducen a cumplir las condiciones necesarias para ellos poder obrar. Si no examinamos el principio relacionado con cada enseñanza para ver si corresponde a la obra del Espíritu Santo o a la de los espíritus malignos, seremos engañados. Cualquier verdad puede llegar a ser peligrosa si se exagera aunque sea un poco. Por consiguiente, tenemos que ser cuidadosos.

Por otra parte, debemos tener plena certeza en cuanto a la diferencia fundamental entre el principio de la obra de Dios en nosotros y el de la obra de Satanás: *(1) Dios desea que el creyente utilice todas las facultades de su ser por medio de su voluntad, cooperando con Dios al grado de ser lleno del Espíritu Santo. (2) Mientras que los espíritus malignos requieren que el creyente sea pasivo y que detenga las facultades de su ser, total o parcialmente, a fin de facilitar su trabajo.*

Según el primer principio, el Espíritu Santo llena el espíritu del hombre y deposita en su espíritu vida, poder, libertad, amplitud y renovación, fortalece todo su ser y lo libera de la esclavitud. Según el segundo principio, los espíritus malignos ocupan las facultades del hombre aprovechando su pasividad. Si éste no lo discierne, ellos hacen que pierda su personalidad y su voluntad; y harán de él su títere, enjaulándolo, reprimiéndolo, robándole, coaccionándolo y asediándolo. Ellos tratan de conquistar el alma y el cuerpo del hombre para esclavizarlo y privarlo de su libertad. En el primer caso, además de entender la voluntad de Dios en su intuición, el creyente puede pensar y entender con su mente y dirigir todo su ser por medio del libre ejercicio de su voluntad para cumplir la voluntad de Dios. En el segundo caso, el creyente es presionado por una fuerza exterior y supone que esa fuerza debe indicar la voluntad de Dios y, por ende, no se atreve a pensar ni a tomar ninguna decisión. Es coaccionado por una fuerza a actuar mecánicamente.

En la actualidad, muchos de los hijos de Dios se han permitido, sin darse cuenta, caer en la pasividad. Han dejado a un lado la función de su voluntad y de su mente; por consiguiente, han venido a ser poseídos y afligidos. No importa cuán pequeño sea el grado de pasividad, éste será suficiente para que los espíritus malignos hagan su trabajo. Si es mucha la pasividad, dará lugar a la manifestación de muchos fenómenos sobrenaturales en el *cuerpo.* Tal manifestación será semejante a las manifestaciones que se ven en los hechiceros cuando dan lugar a la obra de los espíritus malignos. La única diferencia es que en nuestro caso, hay una apariencia de cristianismo. No debemos sorprendernos de las experiencias sobrenaturales de muchos creyentes, tales como el hablar en lenguas, tener visiones o escuchar voces. Ellos simplemente actúan según una ley, pues también en la esfera espiritual hay leyes que rigen. Si se produce cierto fenómeno o cierto comportamiento, habrá consecuencias específicas de ese fenómeno o comportamiento. El Dios que establece las leyes se rige por las mismas. Por lo tanto, si una persona quebranta esta ley consciente o inconscientemente, experimentará las consecuencias que ello conlleva. Sea uno un creyente o un hechicero, mientras sea pasivo, los espíritus malignos se unirán a uno. Si el hombre coopera con Dios utilizando su voluntad, su mente, sus emociones y su fuerza, el Espíritu de Dios obrará. Esta también es una ley.

CAPITULO CUATRO

EL CAMINO A LA LIBERTAD

Un creyente consagrado puede ser engañado y caer insensatamente en la pasividad y permanecer en esa condición por varios años; inclusive puede hallarse en tal estado ignorando el peligro que corre. Con el tiempo puede llegar a una pasividad peor, a tal grado que le cause un dolor inexplicable en su mente, en su parte emotiva, en su cuerpo y en sus circunstancias. Por eso, es esencial predicarle el verdadero significado de la consagración. En los capítulos anteriores hicimos hincapié en la importancia del conocimiento, debido a que el conocimiento de la verdad es absolutamente indispensable para rescatar al creyente de la pasividad. Sin el conocimiento de la verdad, es *imposible* experimentar liberación. Un creyente pasivo cae en este estado por causa del engaño, y las causas del engaño son la insensatez y la ignorancia. Si somos sabios y tenemos conocimiento es imposible ser engañados.

EL CONOCIMIENTO DE LA VERDAD

Tenemos que conocer la verdad en cuanto a todas las cosas, como por ejemplo, la verdad en cuanto a la manera de laborar juntamente con Dios, en cuanto a la manera en que obran los espíritus malignos, en cuanto a la consagración y en cuanto a los fenómenos sobrenaturales. Este es el primer paso en el camino de la liberación. El creyente debe conocer la verdad en cuanto al origen y el carácter de todas sus experiencias a fin de tener alguna esperanza de ser libre. El creyente es (1) engañado, (2) luego cae en la pasividad, (3) después llega a ser poseído, (4) posteriormente es engañado aún más para empeorar su pasividad. Por lo tanto, si él desea ser libre, no ser poseído y evitar todo engaño y la pasividad que viene como resultado de la posesión, debe eliminar todo el engaño. Si este primer paso es eliminado, no habrá lugar a que haya un segundo ni un tercero. Cuando la persona es engañada, abre una puerta a los espíritus malignos, y cuando es pasiva, les da una base desde la cual tomar posesión para quedarse, y el resultado es la posesión demoníaca. Para ser librados de la posesión, debemos eliminar primero la pasividad, para lo cual debemos erradicar el engaño, y a fin de deshacernos del engaño, tenemos que conocer la verdad. Por lo tanto, el conocimiento de la verdad es el primer paso hacia la liberación. Ciertamente sólo la verdad puede hacer libres a los hombres.

Desde el comienzo de este libro, advertimos reiteradas veces a los creyentes acerca del peligro de las experiencias sobrenaturales (tales como señales extraordinarias, audición de voces, milagros, maravillas, llamas, hablar en lenguas, sensaciones anormales, etc.). No queremos decir con esto que debemos rechazar, desechar y resistir todas las experiencias sobrenaturales. Tal aseveración no sería bíblica, puesto que la Biblia nos dice que Dios ha hecho muchas cosas sobrenaturales. Nuestro propósito es mostrarles a los creyentes que las experiencias sobrenaturales pueden proceder de más de una fuente. *Los espíritus malignos pueden imitar* lo que Dios hace. Es muy importante distinguir lo que es de Dios de lo que no lo es. Si un creyente no ha muerto a su vida emocional y se empeña en buscar

experiencias en sus sensaciones, será engañado. Esto no significa que los creyentes deban rechazar todo lo que sea sobrenatural. Simplemente les aconsejamos que rechacen todo lo sobrenatural que provenga de Satanás. En este capítulo quisiéramos hacer notar las diferencias fundamentales entre la obra del Espíritu Santo y la de los espíritus malignos, para que los creyentes sepan distinguirlas.

Hoy en día, los creyentes son especialmente susceptibles de ser engañados por lo sobrenatural, y debido a ello caen en manos de espíritus malignos. Esperamos de todo corazón que el creyente pueda detenerse y discernir las cosas sobrenaturales para evitar ser engañado. No debe olvidar que si el Espíritu Santo le concede una experiencia sobrenatural, todavía puede hacer uso de su propia mente. No es necesario que esté total o parcialmente pasivo para obtener tal experiencia. Y después de recibirla, puede seguir haciendo uso de su propio sentir para discernir lo bueno de lo malo, y decidir aceptarlo o rechazarlo. No debe haber ningún tipo de coacción. Si los espíritus malignos le traen a una persona una experiencia sobrenatural, primero deben conducirlo a un estado de pasividad; su mente debe quedar en blanco, y todas sus acciones deben ser movidas por una fuerza externa. Esta es la diferencia básica. En 1 Corintios 14, el apóstol habla de los dones espirituales y sobrenaturales de los santos. Entre ellos hay revelaciones, profecías, lenguas y otras expresiones sobrenaturales. El apóstol reconoce que todas ellas provienen del Espíritu Santo, pero en el versículo 32 nos dice la característica principal de los dones divinos. "Los espíritus de los profetas están *sujetos* a los profetas". El apóstol dijo que si un profeta (un creyente) recibe algo del Espíritu Santo, el espíritu que reciba se sujetará a él. Si el Espíritu Santo le concede al hombre numerosas experiencias sobrenaturales, el espíritu estará sujeto al individuo; el Espíritu Santo no irá en contra de la voluntad de Dios usando alguna parte del cuerpo del creyente. El hombre debe mantener *el control de sí mismo.* Sólo el espíritu que se sujeta al profeta procede de Dios. El espíritu que subyuga al profeta no es de Dios. Por consiguiente, no debemos rechazar todas las cosas sobrenaturales, sino que debemos discernir si el don sobrenatural nos exige que nos le sometamos pasivamente. Si la persona que recibe el don de lenguas o algún otro don no puede controlarse, no puede hablar cuando quiere ni callar cuando quiere, ni puede quedarse sentado y es forzado a tirarse al suelo, o si un poder lo controla desde afuera, esto indica que el espíritu que recibió es un espíritu maligno. Esta es la diferencia básica entre la obra del Espíritu Santo y la de los espíritus malignos. Aquél desea que el hombre tenga plena libertad, mientras que éstos requieren que el hombre esté pasivo. Por lo tanto, si el creyente desea saber de dónde viene su experiencia, debe indagar un poco y determinar si está pasivo o no. Esto resolverá el dilema. Un creyente es engañado si no conoce esta verdad básica.

Por tanto, si un creyente desea obtener liberación, debe deshacerse de su necedad. En otras palabras, debe conocer la verdad, lo cual significa conocer la verdadera condición de un asunto. Las mentiras de Satanás atan al creyente, pero la verdad de Dios lo hace libre. No obstante, existe un problema: a fin de conocer la verdad, debemos pagar el precio, ya que esta verdad eliminará por completo la vanagloria que un creyente pueda tener por sus experiencias anteriores. El puede pensar que ha progresado mucho más que los demás, que ya es espiritual y que no volverá a cometer errores. Será muy difícil hacer que reconozca que puede estar poseído por demonios, o demostrarle que ya lo está. Si un creyente no está dispuesto a ser fiel a toda la verdad de Dios, le será muy difícil aceptar una verdad que le duela y lo haga humillarse. Es relativamente fácil aceptar lo que nos gusta, pero aceptar la

verdad que nos despoja de la vanagloria es muy difícil. Sin embargo, todo aquel que con vehemencia resista esta verdad, deberá tener cuidado, no sea que llegue a ser poseído por demonios. Es más fácil que comprenda que puede ser engañado. Pero es muy difícil que comprenda que ya está poseído y que lo admita. Necesitamos que Dios nos conceda la gracia. De lo contrario, aun si entendemos la verdad, la resistiremos. Aceptar la verdad es el primer paso para ser salvos. Tenemos que estar dispuestos a conocer toda la verdad con respecto a nosotros. No obstante, se necesita humildad y sinceridad para estar dispuestos a conocer la verdad acerca de nuestras experiencias espirituales y sobrenaturales.

Existen diferentes maneras en que los creyentes que han sido poseídos pueden obtener esta verdad. Algunos han sido atados tan fuertemente que perdieron su libertad en todas las cosas. Como consecuencia, la gravedad del problema hace que se despierten y conozcan la verdad respecto a sí mismos. Algunos creyentes obtienen la verdad porque descubren que aunque el noventa y nueve por ciento de su experiencia parezca provenir de Dios, existe una porción pequeña de elementos ajenos mezclados en ellas, lo cual despierta sospechas y hace que pongan en duda si cierta experiencia era realmente de Dios. Algunos obtienen la verdad cuando otros creyentes les predican la verdad y les llega la luz con respecto a este hecho. De cualquier forma en que obtengan la verdad, nunca deben rechazar el primer rayo de luz.

La duda es el primer paso para llegar a la verdad. Esto no significa dudar del Espíritu Santo ni dudar de Dios ni de Su palabra, sino de nuestras experiencias pasadas. Tal duda es necesaria y bíblica, porque Dios desea que probemos los espíritus (1 Jn. 4:1). Si creemos en algo, no tenemos necesidad de probarlo; si tenemos que probarlo, significa que no podemos determinar con certeza de dónde proviene. Con frecuencia, tenemos la idea equivocada de que poner a prueba nuestras experiencias podría ofender al Espíritu Santo. Esto se debe a que no sabemos que el Espíritu Santo desea que hagamos tales pruebas. Si algo es del Espíritu Santo, seguirá siendo del Espíritu Santo cuando sea probado. Si es de los espíritus malignos, saldrá a la luz y quedará claro que es una imitación. ¿Nos puso Dios en la condición en la cual estamos? ¿Puede acaso haber contradicciones en la obra del Espíritu Santo? ¿Es imposible que uno cometa algún error?

Cuando el creyente recibe una pequeña luz de la verdad, admitirá que es muy posible haber sido engañado. Esto le da a la verdad la oportunidad de trabajar. El peor error que puede cometer el creyente es pensar que jamás se equivoca, pues eso lo conducirá al engaño. Pero después de humillarse, verá que estaba engañado. Si compara el principio según el cual Dios obra con las condiciones en las que operan los espíritus malignos, verá que recibió sus experiencias pasadas estando pasivo. El cumplió la condición para que los espíritus malignos comenzaran a obrar, y esto trajo como resultado muchas experiencias extrañas; al principio lo hacían feliz, pero con el tiempo le acarrearon sufrimientos. Cuando compare su actitud pasada, el principio sobre el cual Dios actúa y las condiciones en las que obran los espíritus malignos, encontrará que no estaba laborando activamente juntamente con Dios, sino que estaba simplemente intentando seguir la voluntad de El de manera pasiva. Por consiguiente, todas aquellas experiencias maravillosas o adversas deben de haber provenido de los espíritus malignos. Entonces reconocerá que fue engañado. El creyente no sólo debe recibir la verdad, sino también reconocerla, ya que al hacerlo, las mentiras de Satanás son eliminadas. La experiencia del creyente debe corresponder a los siguientes pasos: (1) debe

reconocer que es posible que *un creyente* sea engañado; (2) debe admitir que él mismo puede ser engañado; (3) debe reconocer que *él fue, de hecho,* engañado; y (4) debe preguntarse por qué está engañado.

COMO DETERMINAR EL TERRENO

Podemos decir con certeza que el creyente puede ceder terreno a los espíritus malignos; no obstante, debemos preguntarnos cuál es ese terreno. Antes de que un creyente se pregunte qué terreno puede ceder, deberá primero estudiar qué es un terreno. De lo contrario, podría tomar como posesión demoníaca algo que realmente no lo es, o creer que algo no es posesión de los demonios cuando en verdad lo es. Quizás confunda su lucha espiritual diaria contra la autoridad de las tinieblas con la lucha por librarse de la posesión demoníaca. Hacer esto, les facilitará el trabajo a los espíritus malignos.

El creyente deberá comprender que, además de los pecados, él permite que su voluntad se vuelva pasiva cada vez que acepta las imitaciones de los espíritus malignos y que les cede terreno cada vez que cree los pensamientos que le inyectan. (Ya estudiamos esto en el capítulo anterior.) Por ahora, enfocaremos nuestra atención en la pasividad. Estar pasivos es permitir que nuestra mente y nuestro cuerpo caigan en un estado de completa inactividad y dejar de lado el uso de nuestras propias facultades; es detener todo esfuerzo consciente por controlar la mente y no usar la voluntad, la conciencia ni la memoria. Por medio de la pasividad cedemos un terreno decisivo. El grado de pasividad varía en cada persona y determina hasta dónde está poseída. Sin embargo, no importa el grado de pasividad en el que haya caído, en todo caso deberá recuperar este terreno. El creyente debe de manera resuelta, definida y persistente oponerse a que los espíritus malignos ganen terreno en él. Específicamente, necesita resistirlos en las áreas en que fue engañado. Es de suprema importancia que conozca el terreno que cedió y lo reclame.

Es bastante común, al hablar de posesión demoníaca, pensar que basta con echar fuera los demonios en el nombre del Señor. Pero eso no es suficiente cuando se trata de posesión demoníaca *de creyentes,* porque no es lo mismo que cuando se trata de posesión de incrédulos. Estos llegan a ser poseídos por cometer pecados, en tanto que los creyentes son poseídos cuando son engañados. Por consiguiente, para ser librados, precisan *salir del engaño.* Si la causa de la posesión es el *engaño,* y sólo le ordenamos a los espíritus malignos que se vayan, estaremos solamente tratando el efecto, no con la causa. Esto puede dar resultado por algún tiempo, pero no logra una liberación completa. A menos que eliminemos la causa de la posesión demoníaca, la cual se relaciona con el terreno cedido, los demonios saldrán y obedecerán temporalmente, pero regresarán al terreno que todavía les pertenece. Esta no es una teoría. A esto se refiere el Señor en Mateo 12:43-45. Si la casa en la que los demonios vivían no es derribada, ellos pueden abandonarla, pero regresarán al poco tiempo, y la condición del hombre llega a ser peor que antes. Esta "casa" es el terreno que el hombre cedió a los espíritus malignos.

Por lo tanto, aunque es necesario echar fuera los demonios, es indispensable que se resuelva el asunto del terreno que se había cedido. Echar fuera demonios no sirve de nada si el terreno no es recuperado, porque los demonios regresarán. Es por esto que muchos creyentes no tienen una liberación permanente ni pueden traerla a otros después de

desalojar a los demonios en el nombre del Señor. Aunque los demonios sí son echados fuera, *el terreno no;* éste necesita ser reclamado. A menos que reclame específica y persistentemente el terreno en el que había estado pasivo y engañado, no podrá haber una liberación completa.

Si el creyente no toma posesión del terreno que había cedido a los espíritus malignos, hará que ellos vuelvan y moren en él. Aunque alguien pueda, en el nombre del Señor, expulsar los demonios que estén en él o en otros, y aunque ellos se hayan ido, la persona no quedará verdaderamente libre. Sólo ciertas manifestaciones de demonios habrán desaparecido, pero es posible que hayan cambiado y tengan otra manifestación, o quizás no se manifiesten por algún tiempo para evitar más conflictos. Pero tan pronto el creyente baje la guardia, ellos renovarán sus manifestaciones. En otras palabras, si el terreno no es recuperado, los demonios todavía tendrán algo a qué aferrarse. La mente necesita recibir la verdad, y la voluntad debe repudiar vigorosa, activa y resueltamente toda base del enemigo. Este es el único camino.

Por lo tanto, cuando el creyente descubre que está poseído por haber sido engañado, debe buscar la luz, debe tratar de descubrir qué terreno cedió y recuperarlo. Los espíritus malignos entran por el terreno que se les dé. Si no les damos más lugar, ellos se irán.

Así que, cuando el creyente descubre que cedió terreno a los espíritus malignos en algún asunto, debe reclamarlo de inmediato. Puesto que llegó a ser poseído al abandonar su soberanía y dominio propio y puesto que cayó en la pasividad, debe emplear su voluntad con ahínco y oponerse al poder de las tinieblas por medio del poder de Dios en medio de las tentaciones y los sufrimientos, y debe revocar las promesas que haya hecho a los espíritus malignos. Debido a que la pasividad llega de manera gradual, sólo puede ser eliminada *gradualmente*. El grado de pasividad que haya descubierto el creyente es el grado que puede rechazar. Si la pasividad se ha extendido por un largo periodo, la liberación también demorará un largo tiempo. Es fácil ir cuesta abajo, pero es difícil ascender. Es fácil llegar a ser pasivo, pero es difícil ser libre, ya que requiere la cooperación total del creyente para reclamar el terreno perdido. Sólo de este modo puede ser liberado.

El creyente debe orar y pedirle a Dios que le muestre en qué ha sido engañado y debe desear sinceramente que Dios le muestre la verdadera condición de *todo su ser*. Por lo general, lo que uno tema escuchar y lo incomode es un área donde ha cedido terreno a los espíritus malignos. Si uno teme eliminar algo, debe eliminarlo, porque en nueve de diez casos, los espíritus malignos se ocultan en ese preciso asunto. El creyente necesita la luz de Dios para examinar su propia enfermedad y otros factores. Después de tener claridad al respecto, debe reclamar el terreno a los espíritus malignos resueltamente. La luz es indispensable, pues sin ella el creyente creerá que algunas cosas sobrenaturales son naturales, y que ciertas cosas que pertenecen a los espíritus malignos le pertenecen a él. Esto permite que los espíritus malignos se adhieran al creyente permanentemente y sin obstáculos. Tener esta actitud equivale a decir “amen” a los demonios.

DEBEMOS RECLAMAR EL TERRENO

El principio común en lo pertinente a todo terreno cedido a los espíritus malignos es la pasividad, lo cual significa que la voluntad dejó de estar activa. Por consiguiente, a fin de reclamar el terreno, la voluntad deberá activarse una vez más. El creyente debe (1) obedecer la voluntad de Dios, (2) oponerse a la voluntad de Satanás y (3) utilizar la voluntad para unirse a la de los santos. La responsabilidad de reclamar el terreno yace en la voluntad. Puesto que la voluntad antes estaba pasiva, ahora debe oponerse a la pasividad.

El primer paso que debe dar la voluntad es *decidir*. Decidir es poner la voluntad en determinada dirección. Cuando el creyente que ha sido afligido por espíritus malignos llega a ser iluminado por la verdad y motivado por el Espíritu Santo, no tolerará más la adhesión permanente de los espíritus malignos. Espontáneamente, será conducido a aborrecer a los espíritus malignos. El *tomará la decisión* de oponerse a todas las obras de los espíritus malignos. Decidirá recuperar su libertad y su dominio, y estará resuelto a desalojar a los espíritus malignos. El Espíritu de Dios obrará en él para que aborrezca a los espíritus malignos. Cuanto más haya sido atormentado, más los odiará. Cuanto más esté atado, más los detestará. Cuanto más piense al respecto y cuanto más tiempo pase, más los aborrecerá. Finalmente, estará resuelto a ser completamente libre del poder de las tinieblas. Esta decisión es el primer paso para reclamar el terreno. Si es verdadera, la persona no retrocederá no importa cuánto se resistan los espíritus malignos en este proceso. Ella decidió y se propuso resistir los espíritus malignos a partir de ese momento.

El creyente también debe utilizar su voluntad para *escoger*. Esto implica que debe escoger su propio futuro. En los días de lucha, la elección del creyente ocupa un lugar importante. El creyente debe declarar constantemente que escoge la libertad, que desea la libertad y que no estará pasivo; ejercitará sus propias facultades e identificará las artimañas de los espíritus malignos; deseará que los espíritus malignos fracasen, y deseará cortar todo lazo con el poder de las tinieblas; además, rechazará todas las mentiras y excusas de los espíritus malignos. Esta elección que hace la voluntad, y esta declaración repetida son muy útiles en la batalla. Debemos darnos cuenta de que esta declaración simplemente *muestra* que el creyente hizo esta elección, lo cual no significa que *haya decidido* hacer tal cosa. El poder de las tinieblas no es afectado por lo que el creyente "decida" hacer. Pero si él decide oponerse a los espíritus malignos de manera específica con su voluntad, ellos huirán. Todo esto se relaciona con el principio de que el hombre tiene una voluntad libre. Aunque el creyente pudo permitir que los demonios entraran, ahora puede escoger algo diferente y no dar más lugar a los espíritus malignos.

En esta lucha, el creyente debe llevar a cabo todo el trabajo de la voluntad vigorosamente. Además de tomar decisiones y hacer elecciones, debe también resistir. Esto significa que ejercita el poder de su voluntad para resistir a los espíritus malignos. Asimismo, debe *rechazar*. Rechazar equivale a cerrarse y no cederle nada a los espíritus malignos. Por una parte, el creyente debe oponerse a la obra de los espíritus malignos en él, y por otra parte, debe rechazarlos. Oponerse significa impedir que los espíritus malignos operen, y rechazar significa retractarse de todas las anteriores promesas que les haya hecho, es decir, revocar todas las promesas que les abrieron una vía para obrar. Por lo tanto, cuando además de rechazar a los espíritus malignos nos oponemos a ellos, no tienen manera de trabajar. Primero, debemos resistir; luego, debemos tener una actitud de rechazo. Por ejemplo, podemos rechazar a los espíritus malignos, diciendo: "Estoy decidido". Esto indica que

empleamos la voluntad para asirnos a la libertad. Pero también necesitamos oponernos, lo cual implica que debemos usar nuestra fuerza de una manera práctica para combatir al enemigo y mantener la libertad que nuestra voluntad obtiene por medio del rechazo. Debemos persistir en ello hasta que seamos completamente libres.

La verdadera lucha espiritual consiste en *resistir*, lo cual requiere la fuerza combinada de nuestro espíritu, nuestra alma y nuestro cuerpo. Pero la parte principal que debemos emplear es la voluntad. Decidir, escoger y rechazar, son parte de nuestra actitud, pero resistir es una acción práctica. Resistir es la *acción* que expresa la actitud existente e implica una lucha en el espíritu y con el poder del espíritu, en la que la voluntad *desaloja* el terreno ocupado por los espíritus malignos. Es un ataque a la fortaleza de los poderes de las tinieblas. Resistir es echar fuera, perseguir y desechar con el poder de la voluntad. Los espíritus malignos ocupan el terreno que el creyente les da. Cuando ellos ven la actitud de oposición del creyente, siguen ocupando el terreno original y no retroceden. Resistir implica que el creyente echa fuera los espíritus malignos con "verdadero poder" y que el creyente "obliga" a los espíritus malignos a salir y los "expulsa". Por lo tanto, cuando un creyente está ocupado con la tarea de resistir, debe *emplear su fuerza* y su voluntad para expulsar a los espíritus malignos. De no ser así, una declaración y una actitud serán inútiles. La práctica debe ir a la par de la actitud. Además, no sirve de mucho resistir sin rechazar, porque las promesas que se hicieron a los espíritus malignos en un principio deben ser revocadas.

En el proceso de reclamar el terreno, el creyente debe decidir, escoger y rechazar con su voluntad. El mismo debe resistir con su voluntad, decidir pelear la batalla y escoger la libertad. Debe reclamar todo terreno ocupado por el enemigo y resistirlo para que no ocupe más terreno en él ni lo prive de su libertad. En medio de la decisión, el rechazo, la elección y la resistencia, el creyente lucha por su soberanía. No debemos olvidar que tenemos una voluntad libre. Dios nos dio libre albedrío; por lo tanto, debemos ser dueños de nosotros mismos. No obstante, los espíritus malignos se apoderaron de nuestros miembros y sus funciones, y tomaron posesión de nuestro ser. Perdimos nuestra soberanía. Cuando el creyente comienza a reclamar su terreno, se opone a los espíritus malignos en su empeño por reemplazarlo a él. Es por eso que, él necesita luchar. El creyente debe declarar continuamente que no permitirá que los espíritus malignos violen sus derechos ni usurpen su personalidad. Tampoco les permitirá adherirse a él ni tomar control de su ser. Ya no seguirá a los espíritus malignos ciegamente. ¡No lo hará por ningún motivo! ¡Rotundamente no! El será dueño de sí mismo. Ahora desea saber lo que está haciendo, tomar control de su ser y sujetar todo su ser. Rechaza todas las obras de los espíritus malignos sobre él y el derecho a obrar en él. Cuando utiliza su voluntad para ejecutar esa decisión, los espíritus malignos no podrán continuar su obra. Puesto que la voluntad decidió, rechazó y escogió, él tendrá que seguir resistiendo con su voluntad.

Una vez que el creyente reclame el terreno con su voluntad, su vida experimentará un nuevo comienzo. Lo que hizo mal es cosa del pasado. Ahora tiene un nuevo comienzo. El puede reclamar de nuevo todo lo que antes había ofrecido a los espíritus malignos. Su espíritu, alma y cuerpo deben ser rescatados del enemigo y debe consagrarlos nuevamente a Dios. Todo el terreno que había dado a los espíritus malignos por su ignorancia debe

recuperarse. Todos los derechos deben ser reclamados de nuevo. Debe dar los siguientes pasos:

Rechazar todo lo que recibió.

Alejarse de todo lo que abrazaba.

Cancelar todo lo que programó.

Revocar todo lo que prometió.

No creer en nada de lo que entes creía.

Destruir todo lo que antes hizo.

Retractarse de todo lo que dijo.

Disolver toda relación a la que estaba atado.

Expresar todo lo que callaba.

Oponerse a todo lo que antes apoyaba.

Rehusarse a dar lo que antes dio.

Derribar los argumentos, pretextos y promesas anteriores.

Rechazar todas las oraciones, y las respuestas y sanidades recibidas.

Todas estas medidas están dirigidas a los espíritus malignos. Anteriormente el creyente pensaba que las manifestaciones de los espíritus malignos provenían del Espíritu Santo. Por lo tanto, tenía una estrecha relación con ellos. Ahora sabe lo que es en realidad esta relación, y está decidido a reclamar lo que les dio a ellos en su ignorancia. Como el creyente cedió terreno a los espíritus malignos en *incidentes aislados*, ahora debe eliminar los obstáculos uno por uno a fin de volver a tomar posesión de dicho terreno. El obstáculo más grande para que el creyente obtenga la libertad es tener una actitud vaga e indecisa al reclamar el terreno con su voluntad, y no hacerlo de forma *específica y detallada.* Rechazar la idea de ceder terreno a los espíritus malignos, sólo le dará al creyente la actitud correcta. Pero, a fin de obtener liberación, tiene que reclamar todo el terreno *en detalle.* Esto puede parecer difícil, pero si la voluntad busca sinceramente la libertad, y si el creyente pide ser alumbrado con la luz de Dios, cuando el Espíritu Santo le muestre todo su pasado, sólo le quedará resistir asunto por asunto, y todo desaparecerá. Si el creyente está dispuesto a perseverar pacientemente, verá que éste es un camino práctico para la liberación. Paso a paso avanzará hacia la libertad. Una resistencia a modo general muestra que nos oponemos a la obra de los espíritus malignos, pero una resistencia detallada obliga a los espíritus malignos a irse y a abandonar el terreno que habían invadido.

Caer en la pasividad en la voluntad es ir cuesta abajo; todo se degrada progresivamente hasta tocar fondo. A fin de reclamar este terreno, debe cambiar de dirección y ascender escalón tras escalón. Tiene que subir el mismo número de escalones que descendió; no puede obviar ninguno. Así como cayó gradualmente en el engaño y la pasividad, debe entender y ser vivificado paulatinamente. Todos los rincones pasivos deben ser destruidos y luego, reclamados uno por uno. A medida que nuestros pies suben cada escalón, comenzamos a reclamar otro escalón. Anteriormente, tenía un descenso gradual a medida que daba cada paso. Ahora, asciende a medida que da pasos. Debemos notar que lo que hayamos cedido más recientemente a los espíritus malignos, es lo que debemos reclamar primero. O sea que, el último paso de nuestro descenso debe ser el primer paso de nuestro ascenso.

La reconquista del terreno en el creyente no debe detenerse hasta que llegue a la posición *inicial* de libertad. El creyente debe saber *de dónde* descendió y retornar a su *condición original.* El debe saber cuál era su condición normal y cuán activa estaba su voluntad, cuán clara estaba su mente y cuán fuerte era su cuerpo. Debe además conocer su condición presente y comparar ambas. Entonces comprenderá cuánto descendió por su pasividad. Debe tener en mente cuál era su condición normal, y tomarla como meta. No deberá estar satisfecho hasta que su voluntad *controle activamente cada parte de su ser;* sólo entonces habrá recobrado su condición normal. En el proceso de restablecer la libertad, el creyente debe identificar claramente su condición normal. Ya que así no será engañado pensando que está libre cuando en realidad no ha recuperado todavía su condición normal.

Debemos recobrar todas las cosas que no podemos controlar, aun las que aparentemente están más allá de nuestro alcance, sean pensamientos, la memoria, la imaginación, el discernimiento, el juicio y el amor, poder para escoger y resistir, o cualquier parte de nuestro cuerpo que haya caído en pasividad y que haya perdido su condición normal, y nos impida ser amos de nosotros mismos. Debemos usar nuestra voluntad para *oponernos* a esta pasividad y utilizar nuestra voluntad haciendo uso de nuestras facultades. En el momento en que caigamos en pasividad, los espíritus malignos se apoderarán de nuestras facultades pasivas usándolas por nosotros o con nuestra ayuda. Cuando podamos ver nuestra condición y tratemos de reclamar el terreno y volver a usar nuestras propias facultades, sentiremos que es muy difícil hacerlo. Esto se debe a que: (1) nuestra propia voluntad todavía es débil y no puede ejercer control sobre todas las cosas, y a que (2) los espíritus agotarán todas sus fuerzas para luchar a fin de tomar posesión de nosotros. Por ejemplo, un creyente puede haber caído en pasividad en la determinación. Aunque rechace este terreno y no le permita a los espíritus malignos obrar allí y aunque haya decidido emplear su determinación para no permanecer bajo el control de los espíritus malignos, hallará que (1) no puede decidir nada por sí mismo y que (2) los espíritus malignos no le permitirán tomar ninguna determinación ni actuar de ninguna manera. Cuando el creyente que ha sido poseído trata de derrocar la autoridad de los espíritus malignos, éstos tratarán de impedir que su prisionero actúe como si fuera libre.

El creyente tiene que escoger si permanecerá pasivo permitiendo que los espíritus malignos se muevan constantemente en él. Si él rehusa permitir que los espíritus malignos lo usen de esta forma, aunque temporalmente no pueda "determinar" nada, *no permitirá que los espíritus malignos* usen su poder para determinar. Ahí se inicia la batalla por la libertad.

Dicha batalla es una lucha de la *voluntad.* Puesto que ésta había caído en pasividad, permitió que las demás facultades de su ser cayeran en la pasividad. La voluntad (la persona) perdió su autonomía y ya no puede controlar ni dirigir libremente las facultades de su ser. Por tanto, si el creyente desea ser libre, su voluntad debe levantarse para (1) oponerse al gobierno de los espíritus malignos, (2) recuperar el terreno perdido y (3) trabajar activamente juntamente con Dios usando todo el ser del creyente. Todo depende de la voluntad. Cuando ésta se opone a los espíritus malignos y no permite que tomen posesión de sus facultades, ellos se retirarán. Como dijimos antes, ellos pueden entrar en el creyente si éste les da permiso. Por lo tanto, es necesario que ahora los rechace para que sea anulado su consentimiento inicial, a fin de que ellos pierdan su base de ataque. Cuando los resiste de forma específica, ellos no podrán obrar en él.

Cada centímetro de terreno debe ser recuperado, y todo engaño debe ser expuesto. El creyente debe tener paciencia para luchar contra el enemigo en todo aspecto y hacerlo hasta las últimas consecuencias. Debe recordar que rechazar la idea de que algún terreno sea ocupado no implica que ya lo haya recuperado, pues no se recupera todo el terreno inmediatamente después de rechazar la usurpación del mismo. Los espíritus malignos todavía harán un último esfuerzo. La voluntad del creyente necesita pasar por la batalla más feroz a fin de fortalecerse y ser libre. Por eso, el creyente debe persistir en rechazar el terreno con perseverancia, hasta que todo el terreno sea traído a la luz, y su usurpación haya sido rechazada y abolida; entonces, todas las facultades de su ser podrán ser dirigidas por la voluntad humana. Todas las facultades que estaban pasivas deben ser restauradas a su función normal. Es necesario que la mente piense con claridad, ya que debe *estar en capacidad* de pensar en las cosas que la voluntad desea que piense. Asimismo, ningún pensamiento debe estar fuera del control de la voluntad. La memoria debe memorizar las cosas que una persona desea recordar y no estar llena de pensamientos ajenos. Otras acciones del cuerpo, tales como cantar, hablar, leer y orar también deben ser controladas por la voluntad, la cual necesita estar activa para regir todo nuestro ser. Las diversas facultades del hombre deben funcionar normalmente.

El creyente no solamente debe reclamar el terreno que los espíritus malignos tomaron, sino también rechazar *toda* la obra realizada por ellos. Necesita emplear su voluntad para oponerse decidida y firmemente a la obra de ellos. Esto les infligirá mucho daño. Luego el creyente ha de pedirle a Dios luz para reconocer las acciones de los espíritus malignos y rechazarlas una por una. Dichas acciones son: (1) reemplazar las actividades de los creyentes, y (2) afectar sus actividades. Por lo tanto, el creyente debe rechazar aquella obra no permitiendo (1) que sus actividades sean reemplazadas ni (2) que sus actividades sean afectadas. El creyente no sólo debe reclamar la base desde donde operan los espíritus malignos, sino también el terreno que los preserva en su actual condición. Cuando un creyente resiste de este modo, verá que ellos usarán todos los medios posibles para oponérsele. A menos que entremos en combate contra ellos usando todas nuestras fuerzas, no podremos recuperar nuestra condición original ni recobrar la libertad. Cuando luchamos de esta forma, descubrimos que inicialmente no podemos usar nuestras facultades, pero cuando usamos toda nuestra fuerza para contraatacar el poder del enemigo, nuestra voluntad puede recuperar completamente su condición activa, y podrá una vez más gobernar nuestro ser. Tanto la pasividad como la posesión demoníaca llegan a su fin en esta guerra.

Cuando el creyente combate para recobrar su terreno, pasa por momentos muy dolorosos. Al estar resuelto a recuperar su libertad, sentirá un gran dolor y librará una lucha muy intensa a causa de la resistencia del poder de las tinieblas. Cuando trata de usar su voluntad para (1) oponerse a la autoridad de los espíritus malignos y (2) llevar a cabo sus deberes, experimenta la intensidad de la oposición de los espíritus malignos que lo han estado ocupando. Cuando comienza a luchar contra los espíritus malignos, no comprende cuán hondo había caído, pero al poco tiempo, al ir recuperado el terreno centímetro a centímetro, sintiendo el peso de la oposición y la opresión de los espíritus malignos, entiende lo abismal de su caída. Puesto que los espíritus malignos se oponen con tal intensidad y puesto que están tan reacios a abandonar su opresión, los síntomas del creyente *empeoran* cuando comienza la batalla por recuperar el terreno. Parecerá que cuanto más lucha, menos poder tiene, y que las áreas que el enemigo posee son más confusas y desordenadas. Esta condición es una señal de *ir hacia la victoria.* Aunque el creyente se sienta peor que antes, su condición está en realidad mejorando *porque estos síntomas son indicios de que la resistencia ha sentido el efecto, y que los espíritus malignos están sintiendo el ataque del creyente; por eso se han levantado para resistir. Sin embargo, éste es sólo su último esfuerzo. Si el creyente persiste, ellos huirán de manera definitiva.*

Durante la batalla, es muy importante que el creyente se mantenga firme en Romanos 6:11, reconociendo que él *es uno* con el Señor y que como el Señor murió, *él también murió.* Esta fe lo librará de la autoridad de los espíritus malignos, porque ellos no tienen ninguna autoridad sobre un muerto. Esta debe ser la posición del creyente. Durante este período también debe usar la Palabra de Dios para enfrentar todas las mentiras del enemigo, porque ellos le dirán que ha caído tan profundamente que ya no puede ser restaurado. En medio del sufrimiento y del conflicto, especialmente cuando los espíritus malignos están haciendo su último esfuerzo y el creyente experimenta el mayor dolor, ellos harán que se sienta desanimado y piense que está desahuciado y que no puede ser libre. Si él le presta atención al diablo, estará en el más grave peligro. El creyente debe comprender que en el Calvario se les puso fin a Satanás y a sus espíritus malignos (He. 2:14; Col. 2:14-15; Jn. 12:31-32). La salvación ya se efectuó. Todos los creyentes puede ser libres en su experiencia de la potestad de las tinieblas y ser trasladados al reino del amado Hijo de Dios (Col. 1:13). Además, por el simple hecho de que la recuperación de este terreno ha traído tanto sufrimiento, sabemos que los espíritus malignos están temblando ante esta acción y que lo que se está haciendo es lo correcto, y recuperaremos más terreno. No importa cuántas nuevas manifestaciones produzcan los espíritus malignos ni cuánto nos hayan hecho sufrir o cuánto nos hayan manipulado, mientras *identifiquemos* que el origen son los espíritus malignos, debemos rechazarlas y no debemos *prestarles atención.* No se sienta mal por ellas ni hable sobre ellas; sólo debe rechazarlas y echarlas al olvido.

Si el creyente persiste en no hacer caso a su tristeza temporal y reclama firmemente su terreno con su voluntad, gradualmente verá que su libertad regresa. Si el terreno es identificado y reclamado de una manera detallada, el grado de posesión demoníaca también se reducirá poco a poco. Si el creyente *no cede más terreno* a los espíritus malignos, el poder de la posesión demoníaca disminuirá a medida que el terreno se vaya reduciendo. Aunque quizás demore algún tiempo para que el creyente llegue a ser completamente libre, en todo caso, está en el camino de la liberación. Quizás antes no tenía ningún sentimiento con respecto a sí mismo, a sus sentidos, a su apariencia ni a su conducta. Ahora, poco a

poco estos sentimientos regresarán. El creyente no debe dejarse engañar pensando que está retrocediendo en su vida espiritual por el hecho de sentir estas cosas una vez más. Debe darse cuenta de que perdió la sensibilidad con respecto a estas cosas cuando fue poseído por los demonios. Así que al empezar a ser liberado, los sentimientos con respecto a estas cosas regresan. Estos sentimientos muestran que los espíritus malignos estaban adheridos a sus sentidos y que ahora están saliendo. Cuando el creyente llega a este punto, debe avanzar firmemente, porque pronto experimentará una liberación plena. Sin embargo, antes de regresar a su condición normal, no debe conformarse con un pequeño éxito. A fin de que los demonios sean completamente erradicados, el terreno debe ser recobrado en su totalidad.

COMO SER GUIADOS EN REALIDAD

Debemos entender la manera en que Dios nos guía, así como la relación que existe entre la voluntad del hombre y la de Dios.

Necesitamos comprender que el creyente debe sujetarse a Dios incondicionalmente. Además, cuando la vida espiritual del creyente ha llegado a la cumbre, su voluntad debe estar en perfecta unión con la voluntad de Dios, lo cual no significa que deje de tener voluntad propia. La facultad de la voluntad permanece, pero el matiz natural ha desaparecido. Dios aún necesita la facultad de la voluntad del hombre para que trabaje juntamente con El a fin de que se cumpla Su voluntad. Cuando miramos el ejemplo del Señor Jesús, vemos que una persona que está en una unión perfecta con Dios todavía tiene su propia voluntad. "No busco Mi propia voluntad, sino la voluntad del que me envió" (Jn. 5:30). "No para hacer Mi propia voluntad, sino la voluntad del que me envió" (6:38). "No se haga Mi voluntad, sino la Tuya" (Lc. 22:42). Vemos que el Señor Jesús, quien es uno con el Padre, tiene *Su propia* voluntad además de la voluntad del Padre. Los versículos muestran que El no carece de voluntad, pero El no buscó ni hizo ni cumplió esa voluntad. Por consiguiente, quien es realmente uno con Dios no debe eliminar la función de la voluntad, sino que debe poner su voluntad del lado de Dios.

La verdadera forma de ser guiados no consiste en que debemos obedecer a Dios como una máquina, sino que debemos hacer la voluntad de Dios *activamente.* Dios no desea que el creyente lo siga a ciegas, sino que haga uso consciente de todo su ser para llevar a cabo Su voluntad. Las personas pasivas prefieren que Dios actúe por ellos mientras ellas se mantienen pasivas. Pero Dios no desea que los creyentes sean perezosos, sino que preparen sus miembros vigorosamente y que obedezcan activamente después de haber examinado y entendido la voluntad de Dios. Ya hablamos de conocer a Dios por medio de la intuición. Así que, no lo repetiremos. Si el creyente tiene el deseo de obedecer a Dios, debe seguir los siguientes pasos: (1) estar resuelto a hacer la voluntad de Dios (Jn. 7:17); (2) recibir la revelación en cuanto a la voluntad de Dios (Ef. 5:17); (3) ser fortalecido por Dios para decidirse a llevarla a cabo (Fil. 2:13); y (4) ser fortalecido por Dios para ejecutarla (Fil. 2:13). Dios no tomará el lugar del creyente para llevar a cabo Su voluntad. Después de que éste entienda la voluntad de Dios, debe disponer su voluntad para cumplirla. Cuando su voluntad haya tomado esta decisión, deberá reclamar el poder del Espíritu Santo para llevarla a cabo en la práctica.

El creyente debe reclamar el poder del Espíritu Santo, debido a que su voluntad es demasiado débil para actuar sola. Siempre experimentaremos que "el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo" (Ro. 7:18). Por lo tanto, es necesario que el Espíritu Santo fortalezca nuestro hombre interior a fin de que podamos obedecer a Dios en acción. Primero, Dios opera en nosotros para hacer que estemos dispuestos y luego, opera para que cumplamos por Su beneplácito (Fil. 2:13).

Dios nos revela Su voluntad por medio de la intuición. Si la voluntad del creyente se une con El, El le multiplicará la fuerza y lo capacitará para que su voluntad se ajuste a la Suya y para que la lleve a cabo. Dios desea que los creyentes sean uno con Su voluntad. Sin embargo, El no desea tomar el lugar de Sus hijos en la aplicación de Su voluntad. Su propósito al crear y redimir al hombre era que el hombre fuera completamente libre en su voluntad. Por medio de la salvación que el Señor efectuó en la cruz, los creyentes pueden escoger libremente y seguir la voluntad de Dios. Es por esto que muchos mandamientos del Nuevo Testamento (los cuales pertenecen a la vida y a la piedad) requieren del ejercicio de la voluntad *por parte del creyente* para escoger o rechazar. Si Dios hubiera querido eliminar la facultad de la voluntad, estos mandamientos no tendrían sentido.

El creyente espiritual tiene todo el poder para usar su propia voluntad y debe escoger constantemente la voluntad de Dios y rechazar la de Satanás. Aunque en muchas ocasiones no pueda distinguir lo que es de Dios de lo que es de Satanás, de todos modos, podrá escoger y rechazar. El podrá decir: "Aunque no sé lo que pertenece a Dios ni lo que pertenece al diablo, escogeré a Dios y rechazaré al diablo". Aunque él no sepa lo que pertenece a Dios, podrá escoger a Dios en su "intención" y elegirá todo lo que sea de El; podrá *adoptar la actitud* de que no desea nada que provenga del diablo, sea lo que fuere. En cualquier cosa que le sobrevenga, tendrá que escoger o rechazar. Aunque no sepa, deberá escoger la voluntad de Dios. Quizás pueda decir: "Cada vez que conozco la voluntad de Dios, la deseo. Siempre escogeré la voluntad de Dios y rechazaré la de Satanás". Haciendo esto, el Espíritu Santo obrará en él, y Dios fortalecerá esa voluntad que está en contra de Satanás, día a día, y éste comenzará a perder su poder. Entonces Dios habrá ganado otro siervo fiel en medio de un mundo de rebeldía. Cuando uno rechaza continuamente la voluntad de Satanás, por lo menos en la intención y le pide a Dios que pruebe lo que sea compatible con El, comprenderá en su espíritu el papel tan grande que juega la actitud de la voluntad en la vida espiritual.

GOBERNARSE A SI MISMO

Cuando la vida espiritual del creyente llega a la cúspide, él puede gobernarse a sí mismo. Cuando decimos que el Espíritu Santo nos gobierna a nosotros, no damos a entender que El rija directamente alguna parte de nuestro ser. Si el creyente no entiende esto, podrá ser poseído por los demonios o se desanimará al ver que el Espíritu Santo no gobierna así su vida. Si se da cuenta de que el Espíritu Santo lo guía a gobernarse a sí mismo, no caerá en la pasividad; por el contrario, dará grandes pasos en el progreso de su vida espiritual.

"El fruto del Espíritu es ... dominio propio" (Gá. 5:22-23). La obra del Espíritu Santo es llevar el hombre exterior del creyente a que tenga un dominio propio completo. El Espíritu Santo depende de la voluntad renovada del creyente para que ésta reine en él. Cada vez que

el creyente actúa según la carne, el hombre exterior se rebela contra el espíritu. Tal rebelión no se presenta como un acto aislado, sino como una serie de acciones de rebelión inconexas. Cuando el creyente es espiritual y tiene el fruto del Espíritu, no sólo se encuentran en él (en su alma) la benignidad, el gozo, la mansedumbre, y lo demás de esta lista, sino también el dominio propio. Aunque el hombre exterior estaba confundido, ahora está totalmente sometido y sujeto al gobierno propio de acuerdo con la voluntad del Espíritu Santo.

En primer lugar, el creyente debe controlar su espíritu para que éste se mantenga en la debida condición. No deberá ser demasiado ferviente ni demasiado frío, sino mantenerse en una posición equilibrada. Nuestro espíritu, al igual que las demás partes de nuestro ser, necesita estar bajo el control de nuestra voluntad. Uno sólo puede controlar su propio espíritu y mantenerlo en la debida actitud, cuando la mente es renovada y cuando él está lleno del poder del Espíritu Santo. El creyente experimentado sabe que cuando su espíritu está turbado, tiene que emplear su voluntad para controlarlo. Cuando el espíritu se deprime demasiado, tiene que ejercitar su voluntad para levantarlo; solamente así puede andar en el espíritu todos los días. Esto no contradice lo que dijimos con respecto a que el espíritu debe gobernar sobre todo nuestro ser. Cuando decimos que el espíritu controla todo nuestro ser, nos referimos a que la intuición del espíritu expresa la voluntad de Dios. Por consiguiente, es nuestro espíritu el que *controla* todo nuestro ser (incluyendo nuestra voluntad) según la voluntad de Dios. Cuando decimos que nuestra voluntad controla todo nuestro ser, queremos decir que nuestra voluntad *controla directamente* nuestro ser (incluyendo nuestro espíritu) según la voluntad de Dios. En la experiencia, estas dos cosas son perfectamente compatibles. “Como ciudad derribada y sin muros es el hombre cuyo espíritu no tiene rienda” (Pr. 25:28).

En segundo lugar, el creyente debe controlar su mente y las demás facultades de su alma. Todo pensamiento debe ser sometido al control de la voluntad. Todos los pensamientos que vagan deben ser puestos bajo el control de la voluntad. “...al llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo” (2 Co. 10:5). “Fijad la mente en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Col. 3:2).

En tercer lugar, el cuerpo debe estar bajo control; debe ser una herramienta y no convertirse en su amo por las lujurias y las pasiones desordenadas. El creyente debe usar su voluntad para controlar, adiestrar y subyugar su cuerpo, a fin de que sea completamente obediente y espere en la voluntad de Dios sin resistencia alguna. “Golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre” (1 Co. 9:27). Cuando el creyente llega tener un dominio propio total, ninguna parte de su ser será un estorbo. Una vez que sepa cuál es la voluntad de Dios, podrá responder instantáneamente. Tanto el Espíritu de Dios como el espíritu del hombre necesitan una voluntad autónoma para llevar a cabo la revelación de Dios. Por lo tanto, por una parte, debemos ser uno con Dios y, por otra, debemos afligir nuestro ser para que nos obedezca plenamente. Esto es necesario para nuestra vida espiritual.

DECIMA SECCION — EL CUERPO

CAPITULO UNO

EL CREYENTE Y SU CUERPO

Necesitamos conocer cuál es la posición del cuerpo a los ojos de Dios. No se puede negar que existe una relación entre el cuerpo y la vida espiritual. Además de tener espíritu y alma, también tenemos cuerpo. La intuición, la comunión y la conciencia de nuestro espíritu pueden ser muy saludables, y aunque la mente, la parte emotiva y la voluntad de nuestra alma puedan estar renovadas, no seremos hombres espirituales si nuestro cuerpo no es sano y renovado a la par de nuestro espíritu y nuestra alma. No podemos considerarnos completos si todavía nos falta algo. Como seres humanos no sólo tenemos espíritu y alma, sino que también cuerpo. No podemos descuidar el cuerpo y ocuparnos solamente del espíritu y del alma, pues si lo hacemos nuestra vida se marchitará.

El cuerpo es necesario e importante; si así no fuera, Dios no nos habría dado un cuerpo. Si leemos cuidadosamente la Biblia, veremos la importancia que Dios da al cuerpo humano. Casi todo lo que se narra en la Biblia tiene que ver con el cuerpo. La encarnación es el acto más evidente y convincente. El Hijo de Dios tomó un cuerpo de carne y sangre, y aunque pasó por la muerte, tendrá ese cuerpo por la eternidad.

EL ESPIRITU SANTO Y EL CUERPO

Romanos 8:10-13 nos habla en detalle de la condición de nuestro cuerpo, de la manera en que el Espíritu Santo ayuda a nuestro cuerpo y de la actitud que debemos tener hacia nuestro cuerpo. Si comprendemos estos versículos, no nos equivocaremos en cuanto a la posición de nuestro cuerpo en el plan de redención.

El versículo 10 dice: “Pero si Cristo está en vosotros, aunque el cuerpo está muerto a causa del pecado, el espíritu es vida a causa de la justicia”. Tanto nuestro cuerpo como nuestro espíritu estaban inicialmente muertos, pero después de que creímos en el Señor Jesús, lo recibimos como nuestra vida. Cristo por medio del Espíritu Santo mora en los creyentes. Esta es la verdad más sobresaliente de todo el evangelio. Todo creyente, no importa cuán débil sea, tiene a Cristo en él, y Cristo es su vida. Cuando Cristo entró en nosotros, avivó nuestro espíritu, como ya lo dijimos. Al principio, nuestro cuerpo y nuestro espíritu estaban muertos. Debido a que recibimos a Cristo y a que mora en nosotros, nuestro espíritu ahora está vivo. El espíritu y el cuerpo estaban muertos, pero el espíritu fue avivado, y solamente el cuerpo permanece en la muerte. Esta es la condición común de los creyentes: el espíritu está vivo, pero el cuerpo no.

Esta experiencia (común a todos los creyentes) hace que haya grandes diferencias entre lo externo y lo interno de los creyentes. Nuestro hombre interior está lleno de vida, pero nuestro hombre exterior está lleno de muerte. Nuestro espíritu está lleno de vida, pero habita en un cuerpo de muerte. En otras palabras, la vida de nuestro espíritu y la vida de nuestro cuerpo son completamente diferentes. La vida del espíritu es verdadera vida, pero la vida del cuerpo no es otra cosa que muerte, porque nuestro cuerpo sigue siendo un "cuerpo de pecado". Por consiguiente, no importa cuánto crecimiento tengamos en nuestra vida espiritual, nuestro cuerpo seguirá siendo el cuerpo de pecado. Todavía no hemos recibido el cuerpo de resurrección, el cual es glorioso y espiritual. La redención de nuestro cuerpo sucederá en el futuro. Nuestro cuerpo hoy no es más que un vaso de barro, un tabernáculo terrenal y todavía está en deshonra. Aunque el pecado haya sido echado fuera del espíritu y de la voluntad, la redención de nuestro cuerpo todavía pertenece al futuro. Así que, el pecado aún no ha sido echado fuera del cuerpo. Debido a eso el cuerpo está muerto. A ello alude el versículo que dice: "El cuerpo está muerto a causa del pecado", pero nuestro espíritu está vivo, o dicho de una manera más exacta, nuestro espíritu es vida. Por la justicia de Cristo, nuestro espíritu recibió vida. Cuando creímos en Cristo, recibimos instantáneamente La justicia de Cristo y fuimos justificados delante de Dios. En el primer caso, *Cristo depositó* Su justicia en nosotros. Este es un hecho plenamente revelado; no es una metáfora; Cristo nos impartió Su justicia. En el segundo caso, Dios por medio de Cristo nos ve como justos, lo cual es un procedimiento legal. Si no hubiera una impartición de justicia, no podría haber justificación. Cuando recibimos a Cristo, fuimos puestos en la posición de justos ante Dios. El nos impartió la justicia de Cristo en el mismo momento en que entró en nosotros para ser nuestra vida y avivar nuestro espíritu amortecido. Es por esto que Romanos 8:10 dice: "El espíritu es vida a causa de la justicia".

El versículo 11 dice: "Y si el Espíritu de Aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por Su Espíritu que mora en vosotros". El versículo anterior dice que Dios hace que nuestro espíritu *sea* vida, y este versículo nos dice que Dios hace que nuestros cuerpos reciban vida. El versículo 10 dice que solamente el espíritu está vivo; así que, el cuerpo todavía está muerto. Luego añade que el cuerpo también puede llegar a vivir después de que el espíritu sea avivado. Primero dice que el espíritu vive porque Cristo vive en nosotros, y luego dice que el cuerpo llega a vivir porque el Espíritu Santo vive en nosotros. El Espíritu Santo desea darle vida a nuestro cuerpo.

Ya vimos que nuestro cuerpo está muerto, y aunque la cáscara no esté muerta, va en camino a la tumba. Desde el punto de vista espiritual, el cuerpo también se cuenta como muerto. Aunque desde la perspectiva humana el cuerpo tiene vida, para Dios esta vida es muerte, porque está lleno de pecado. "El cuerpo está muerto a causa del pecado". Por una parte, aunque el cuerpo tiene fuerzas, no podemos permitir que exprese su propia vida. No debe ejercer ninguna acción porque las acciones de su vida no son otra cosa que muerte. El pecado es la vida del cuerpo, pero es muerte espiritual. El cuerpo vive en una especie de muerte espiritual. Por otra parte, sabemos que debemos dar testimonio de Dios, servirle y llevar a cabo Su obra, todo lo cual requiere la fuerza de nuestro cuerpo. Puesto que el cuerpo está muerto espiritualmente y su vida también está muerta, ¿qué debemos hacer para que nuestro cuerpo pueda ser usado a fin de que pueda suplir las necesidades del hombre espiritual sin hacer uso de su vida de muerte? Nuestro cuerpo es incompetente y se resiste a

andar conforme a la voluntad del Espíritu de vida que mora en nosotros. Por el contrario, se opone y lucha contra esa voluntad. ¿Qué debe hacer el Espíritu Santo a fin de capacitar al cuerpo para que se conduzca conforme a Su voluntad? La respuesta es que el Espíritu Santo da vida a nuestros cuerpos mortales.

Dios "levantó de los muertos a Jesús", pero no se menciona explícitamente; sólo dice: "Aquel que levantó de los muertos a Jesús", esto se debe a que el énfasis recae en la obra que El llevó a cabo al resucitar a Jesús de entre los muertos. Esto dirige la atención de los creyentes al siguiente hecho: si Dios levantó el cuerpo muerto de Jesús, puede también levantar los cuerpos mortales de los creyentes. El apóstol dice que si el Espíritu de Dios, es decir, el Espíritu Santo o el Espíritu de resurrección, "mora en vosotros", Dios "vivificará también vuestros cuerpos mortales" por medio de El. Esta es la segunda ocasión en que el apóstol usa la palabra "si", aunque no tenía duda con respecto a si el Espíritu Santo está en los creyentes. En el versículo 9, él dice que todos los que han participado de Cristo ya tienen el Espíritu Santo. El quiso decir que puesto que el Espíritu Santo mora en nosotros, nuestro cuerpo mortal recibirá Su vida. Este es un privilegio del que sólo participan aquellos en quienes mora el Espíritu Santo. El apóstol no quería que ningún creyente dejara de tomar esto en fe ni perdiera esta bendición.

Dicho versículo dice que si el Espíritu de Dios mora en nosotros, entonces Dios dará vida a nuestros cuerpos mortales por medio del Espíritu que mora en nosotros. Esto no se refiere a la resurrección que experimentaremos en el futuro, pues no tiene relación alguna con ese tema. Aquí se está comparando la resurrección del Señor Jesús con nuestros cuerpos que han recibido vida. Este versículo no habla de cuerpos que hayan muerto; en ese caso, sí estaría relacionado con la resurrección. Solamente se habla del cuerpo "mortal", que ha de morir, no del cuerpo que está muerto. El cuerpo de los creyentes se encuentra muerto espiritualmente, pero *no está muerto físicamente.* En realidad, está en camino a la tumba y morirá. Así como el Espíritu Santo que mora en nosotros se relaciona con el presente, el hecho de que el Espíritu Santo dé vida a nuestros cuerpos mortales es también una experiencia del presente. Este versículo tampoco nos habla de la regeneración, porque dice que el Espíritu Santo da vida a nuestro cuerpo, no a nuestro espíritu.

En este versículo, Dios nos dice que los cuerpos de los creyentes tienen el privilegio de recibir vida por medio del Espíritu Santo que mora en ellos. Esto no significa que "el cuerpo de pecado" llegue a ser un cuerpo santo ni que "el cuerpo de nuestra humillación" llegue a ser un cuerpo glorioso, ni que el "cuerpo mortal" llegue a ser un cuerpo inmortal. Estas cosas no son posibles en esta vida, pero sucederán cuando el Señor nos lleve consigo y nuestros cuerpos sean redimidos. La naturaleza de nuestro cuerpo no puede cambiar en esta vida. El hecho de que el Espíritu Santo dé vida a nuestros cuerpos quiere decir que (1) si nuestro cuerpo tiene alguna enfermedad, El puede hacer que se recupere, y (2) si no tiene ninguna dolencia, El nos preservará de contraer cualquier enfermedad. En síntesis, el Espíritu Santo desea fortalecer nuestro cuerpo para que satisfaga todos los requisitos de la obra de Dios y lo que El requiere en nuestra conducta, y para que no perjudique nuestra vida ni cause daño al reino de Dios.

Esto es lo que Dios preparó para todos Sus hijos. Pero ¿cuántos creyentes han experimentado que el Espíritu del Señor les dé vida cada día a sus cuerpos mortales? ¿No

son todavía muchos afectados por su constitución física y no ponen así en peligro su vida espiritual? ¿No caen muchos con frecuencia debido a la debilidad de su cuerpo? ¿No están todavía muchos incapacitados para participar en la obra vigorosa de Dios debido a la esclavitud de la enfermedad? Las experiencias de los creyentes hoy no pueden compararse con la provisión de Dios. Esto se debe a muchas cosas. Algunos no conocen la provisión que Dios nos dio en el Espíritu Santo y, por su incredulidad, la consideran imposible. Algunos piensan que no tiene mucha relación con ellos porque no la desean. Otros la conocen, la creen y la desean, pero no presentan sus cuerpos en sacrificio vivo. Simplemente esperan que Dios, por medio del Espíritu Santo, les dé la fuerza que les ayude a vivir por su propia cuenta. Así que, tampoco ellos experimentan estas riquezas. Si los creyentes están dispuestos a vivir para Dios, y si reclaman estas promesas y esta provisión por la fe, verán que es un hecho real que Dios llenará nuestro cuerpo de vida. (Más adelante daremos más detalles al respecto.)

El versículo 12 dice: "Así que hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne". Este versículo habla de la relación que debe haber entre el creyente y el cuerpo. Un sinnúmero de creyentes hoy se han convertido en fieles esclavos del cuerpo, y muchos de ellos tienen su vida espiritual confinada en sus cuerpos. Son como dos clases de personas; cuando miran en su interior, sienten que son muy espirituales, que están cerca de Dios y que tienen una vida espiritual muy elevada, pero cuando viven en la carne, sienten que son seres caídos y carnales y que están separados de Dios. Le obedecen a su cuerpo, el cual les parece una carga pesada. Cada vez que tienen un pequeño malestar, cambian de conducta, y cada vez que experimentan una pequeña debilidad, enfermedad o dolor, se sienten perdidos y comienzan a amarse a sí mismos y a tener compasión de sí mismos, y pierden la paz en su corazón. En tales circunstancias, se les hace imposible tener una vida espiritual.

La expresión "así que", usada por el apóstol, conecta este versículo con el contexto. El versículo 10 dice que el cuerpo está muerto, y el versículo 11 dice que el Espíritu Santo da vida al cuerpo. Basándose en estas dos condiciones, el apóstol añade: "Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne". (1) Puesto que el cuerpo está muerto a causa del pecado, *no debemos* vivir según él, pues si lo hacemos, pecaremos. (2) Puesto que el Espíritu Santo impartió vida a nuestro cuerpo mortal *no necesitamos* vivir según la carne, porque ésta ya no tiene autoridad para atar nuestra vida espiritual. Con estas provisiones del Espíritu Santo, nuestra vida interior puede dar órdenes directas al cuerpo sin ningún impedimento. Antes éramos deudores a la carne. No podíamos detener sus deseos, pasiones y concupiscencias. Por eso, le obedecíamos y cometíamos muchos pecados. Sin embargo, ya que el Espíritu Santo hizo tal provisión para nosotros, la concupiscencia de la carne no puede forzarnos a hacer nada, y la debilidad, la enfermedad y el dolor que se hallan en la carne tampoco pueden controlarnos.

Muchos piensan que la carne tiene sus deseos y apetitos legítimos y que deben satisfacerlos. Pero el apóstol nos dice que no le debemos nada a la carne. Aparte de mantener la carne en la debida condición como un vaso para Dios, no tenemos ninguna deuda para con ella. Sin embargo, la Biblia tampoco nos prohibe cuidar nuestro cuerpo. Cuando estamos enfermos, el cuerpo necesita atención especial. El vestido, el alimento y el techo son necesarios, y en algunas ocasiones, el descanso es indispensable. Pero, por otra

parte, no debemos permitir que nuestra vida esté centrada en estas cosas. Debemos comer cuando tengamos hambre, beber cuando tengamos sed, descansar cuando nos sintamos cansados y vestirnos cuando tengamos frío. De todos modos, no debemos permitir que estas cosas penetren demasiado en nuestros corazones hasta formar parte de las metas de nuestra vida diaria. No debemos desear tales cosas. Ellas deben ir y venir según nuestras *necesidades*, mas no deben perdurar mucho tiempo. No es correcto que se conviertan en pasiones. Sin embargo, hay momentos en los que el cuerpo tiene necesidad de estas cosas, pero por causa de la obra de Dios o debido a que existen necesidades más importantes, debemos golpear nuestro cuerpo y no ser esclavos suyos. El sueño que tenían los discípulos en el huerto del Getsemaní y el hambre que sintió el Señor Jesús junto al pozo de Sicar nos muestran la necesidad de vencer deseos que son lícitos. De lo contrario, estos deseos nos conducirán al fracaso. No tenemos ninguna deuda con la carne. Por tanto, no debemos pecar por la concupiscencia de la carne ni reducir la obra espiritual por la debilidad de la carne.

El versículo 13 dice: "Porque si vivís conforme a la carne, habréis de morir, mas si por el Espíritu hacéis morir los hábitos del cuerpo, viviréis". Puesto que Dios ha dado tales provisiones, los creyentes sufrirán si no las reciben y viven conforme a la carne.

"Si vivís conforme a la carne, habréis de morir". En este versículo los verbos "morir" y "viviréis" de la cláusula siguiente tienen varios significados. Sólo mencionaremos uno de ellos: la muerte del cuerpo. En lo que respecta al pecado, nuestro cuerpo está "muerto"; en cuanto al resultado, nuestro cuerpo es "mortal". Si vivimos conforme a la carne, el cuerpo mortal será un cuerpo que está a punto de morir. Si vivimos conforme a la carne, por una parte, no podemos recibir la vida que el Espíritu Santo le da al cuerpo, y por otra, el envejecimiento del cuerpo se acelerará. Todos los pecados son dañinos para el cuerpo. Todos los pecados tendrán un efecto nocivo para el cuerpo, y ese efecto es la muerte. Tenemos que luchar contra la muerte de nuestro cuerpo confiando en el Espíritu Santo, quien da vida a nuestro cuerpo. De lo contrario, la muerte acelerará su obra en el cuerpo.

"Si por el Espíritu hacéis morir los hábitos del cuerpo, viviréis". No sólo debemos recibir al Espíritu Santo para que dé vida a nuestro cuerpo, sino también para que mate los hábitos del cuerpo. Si somos descuidados y no ponemos fin los hábitos del cuerpo por medio del Espíritu Santo, no podremos esperar que El dé vida a nuestro cuerpo. *Sólo podremos vivir* haciendo morir los hábitos del cuerpo por medio de El. Si el cuerpo desea vivir, los hábitos del cuerpo primero deben morir. De lo contrario, el resultado inminente será la muerte. Este es el error que muchos cometen; piensan que pueden vivir por su propia cuenta, controlar su propio cuerpo, hacer lo que les place, y aún así, recibir la vida que el Espíritu Santo suministra al cuerpo para que éste se mantenga fuerte y saludable. ¿Cómo puede ser posible esto? El Espíritu Santo le da vida y poder al hombre a fin de que viva para El. Dios da vida a nuestro cuerpo para que le sirvamos a El; lo hace con el propósito de que vivamos para El. Si no nos hemos consagrado plenamente, viviremos aún más para nosotros mismos cuando el Espíritu nos dé salud, fuerza y poder. Muchos creyentes que buscan al Espíritu Santo para que le dé vida a su cuerpo deben comprender que no recibirán lo que piden si no prestan atención a esto.

Anteriormente, no podíamos controlar nuestro cuerpo, pero ahora, por medio del Espíritu Santo sí podemos. El nos da el poder para hacer morir los hábitos del cuerpo. Todos los creyentes han experimentado la concupiscencia de sus miembros, la cual insta su cuerpo a tratar de satisfacerla, y ha visto cuán impotente es de afrontar esto por sí solo; pero por medio del Espíritu Santo puede hacerlo. Este es un punto muy importante. Es inútil que el yo trate de crucificarse. En la actualidad muchos creyentes entienden lo que es estar crucificados juntamente con Cristo, pero muy pocos en realidad expresan esta vida. La verdad acerca de la crucifixión con Cristo se halla en la vida de muchos a modo de simple enseñanza. Tales creyentes no han visto con claridad el papel que el Espíritu Santo desempeña en la salvación; no han visto que el Espíritu Santo obra juntamente con la cruz. Si sólo tenemos la cruz sin el Espíritu Santo, ella es *inútil, pues solamente el Espíritu Santo puede aplicar lo que la cruz efectuó, y sólo El puede hacerla nuestra experiencia. Si no permitimos que esta verdad sea aplicada en nuestras vidas por el Espíritu Santo, todo lo que veamos serán sólo teorías.*

Es bueno saber que "nuestro viejo hombre fue juntamente crucificado con El para que el cuerpo de pecado sea anulado". Pero si no hacemos morir los hábitos del cuerpo por el Espíritu, es decir, por el poder del Espíritu Santo y en El, el conocimiento de esta verdad por sí solo no nos librará de los hábitos del cuerpo. Muchos creyentes entienden claramente la verdad de la cruz y la aceptan, pero ésta no tiene efecto en ellos. Esto los hace dudar si la salvación *práctica* de la cruz es verdadera. No debemos sorprendernos de que piensen eso, pues olvidan al Espíritu Santo, quien es el único que puede convertir la cruz en una experiencia. Solamente El puede hacer que la salvación nos sea aplicada. Si el creyente se niega a sí mismo y confía plenamente en que el poder del Espíritu Santo pondrá fin a los hábitos del cuerpo, entonces la verdad que reconoce no será más que una teoría. Sólo por medio del poder aniquilador del Espíritu Santo puede el cuerpo recibir vida.

GLORIFICAMOS A DIOS

En 1 Corintios 6:12-20 se arroja mucha más luz en cuanto al cuerpo de los creyentes. Examinemos esa porción versículo por versículo.

El versículo 12 dice: "Todas las cosas me son lícitas, mas no todas son provechosas; todas las cosas me son lícitas, mas yo no me dejaré dominar de ninguna". El apóstol se refería al cuerpo. (Explicaremos esto más adelante.) El dijo que todo le es lícito porque por naturaleza todos los deseos del cuerpo, tales como comer, beber y reproducirse (v. 13), son naturales, necesarios y lícitos. Pero el dijo que (1) no todas estas cosas nos convienen y (2) no debemos ser dominados por ellas. En otras palabras, desde la perspectiva del hombre, hay muchas cosas que el creyente puede hacer con su cuerpo, pero que debe evitarlas porque él pertenece al Señor y desea glorificar a Dios.

El versículo 13 dice: "La comida para el vientre, y el vientre para la comida; pero Dios reducirá a nada tanto al uno como a la otra. Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo". La primera parte de este versículo concuerda con la primera parte del versículo anterior. La comida es lícita, aunque tanto ésta como el

vientre serán reducidos a nada. Por lo tanto, no todo conviene. La segunda mitad también concuerda con la segunda mitad del versículo 12. Un creyente puede estar completamente libre del control de sus apetitos sexuales y ofrecer su cuerpo exclusivamente al Señor (7:34).

El cuerpo es para el Señor. Esta declaración es muy crucial. El apóstol acababa de hablar del problema de la comida. La necesidad de comer y de beber les da a los creyentes la oportunidad de obedecer esta declaración. La causa original de la caída del hombre fue la comida. El Señor Jesús también fue tentado en el desierto con respecto a la comida. Muchos creyentes ignoran que deben glorificar a Dios en lo relacionado con comer y beber, ya que no comprenden que el único propósito de comer y beber es hacer que el cuerpo sea útil al Señor. Por eso, comen y beben para satisfacer sus propios deseos. Tales creyentes deben recordar que el cuerpo es "para el Señor" y no para nosotros. Por tanto, no debemos usar nuestro cuerpo para agradarnos a nosotros mismos. Comer y beber no debe ser un impedimento en nuestra relación con Dios; sólo debe preservar nuestro cuerpo en una condición normal.

El apóstol también habló de la fornicación, un pecado que mancha el cuerpo. El pecado de la fornicación es exactamente lo contrario a la enseñanza de que el cuerpo es para el Señor. La fornicación que aquí se menciona no se relaciona sólo con satisfacer el deseo de la carne fuera del matrimonio, sino también con la relación entre cónyuges. El cuerpo es para el Señor; esto significa que le pertenece completamente a El y no a nosotros. Por consiguiente, la entrega completa al placer, aunque sea lícito, debe ser también prohibida.

El apóstol desea que veamos que todo lo que pase de este limite o no lo tenga en cuenta, sea lo que sea, debemos resistirlo terminantemente. Puesto que el cuerpo es para el Señor, nadie aparte de El debe usar nuestro cuerpo. Quien haga uso de su cuerpo, no importa qué parte, para su propio placer, no agrada a Dios. Además de ser un vaso de justicia, el cuerpo no debe utilizarse para ningún otro fin. Ni nuestro cuerpo ni nuestra persona pueden servir a dos amos. Aunque la comida y el sexo sean naturales, sólo podemos permitir que sean satisfechas cuando surja la *necesidad.* Después de que ésta es satisfecha, el cuerpo seguirá siendo para el Señor, no para la comida ni para el sexo. En la actualidad muchos creyentes van en pos solamente de la santificación de su espíritu y de su alma, pero no saben que para obtener la santificación de su espíritu y de su alma, deben santificarse en su cuerpo. En muchos aspectos, la santificación del espíritu y del alma dependen de la del cuerpo. Ellos olvidan que todos sus nervios, sus sensaciones, sus actividades, su conducta, trabajar, comer, beber, hablar, etc., deben hacerse o tenerse sólo para el Señor; de no ser así, no llegarán a la perfección.

El cuerpo es para el Señor; es decir, le pertenece a El. No obstante, le corresponde al hombre guardarlo para el Señor. Sin embargo, hoy en día, muy pocos saben esto y casi nadie lo practica. La razón por la cual muchos de los hijos de Dios sufren debilidades, enfermedades y aflicciones es que Dios está reprendiéndolos y llamándolos a ofrecer sus cuerpos completamente a El. Una vez que hagan esto, El los sanará. El desea que sepan que sus cuerpos no son de ellos, sino de El. Si todavía viven según su propia voluntad, experimentaran que la disciplina de Dios no se apartará de ellos. Si hay enfermos entre nosotros, deben prestar atención a este tema.

El Señor también es para el cuerpo. Esto es maravilloso. Comúnmente pensamos que el Señor vino para salvar el alma. Pero este versículo nos dice que El Señor también es para el cuerpo. Muchos creyentes menosprecian demasiado su cuerpo. Creen que el Señor sólo se preocupa por salvar almas, y que el cuerpo no sirve para nada. Creen que su cuerpo no tiene valor alguno en la esfera de la vida espiritual y que en la salvación Dios no hizo ninguna provisión de gracia para él. Pero este versículo nos dice que el Señor es para el cuerpo. El Señor es para ese cuerpo que el hombre menosprecia.

Puesto que los creyentes menosprecian el cuerpo de esta manera, creen que el Señor Jesús sólo se ocupa de eliminar los pecados de su espíritu y de su alma, y que no se ocupa de las enfermedades del cuerpo. Por lo tanto, cada vez que se sienten débiles o padecen alguna enfermedad, acuden a medios humanos para aliviarse. Aunque saben que los cuatro evangelios narran más casos de cuerpos sanados por el Señor de almas salvas, interpretan estos hechos sólo espiritualmente. Creen que los malestares son sólo síntomas de la condición espiritual de la persona. Pese a que reconocen que mientras el Señor estuvo en la tierra sanó enfermedades físicas, creen que hoy día El solamente sana enfermedades espirituales. Están dispuestos a entregarle sus enfermedades espirituales para que los sane, pero piensan que El no tiene ningún interés en las enfermedades de su cuerpo y que deben recurrir a su propio tratamiento. Sin embargo, olvidan que "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos" (He. 13:8). Piensan que el Señor Jesús sanó las enfermedades del cuerpo cuando estuvo en la tierra, pero que hoy solamente sana las del espíritu.

Los creyentes, en su mayoría, menosprecian el cuerpo. Les parece que Dios no hizo provisión alguna para su cuerpo, que la salvación que Cristo efectúa se limitara al espíritu y el alma, y que el cuerpo no tiene parte alguna en ella. No prestan atención al hecho de que, mientras el Señor Jesús estuvo en la tierra, sanaba a los enfermos, y que los apóstoles continuaron empleando el poder para sanar. La única explicación por la cual no se recibe esto es la incredulidad. Pero la palabra de Dios indica que el Señor también es para el cuerpo. El Señor es para el cuerpo. Todo lo que el Señor es, se aplica también al cuerpo.

En el contexto donde se habla de que nuestro cuerpo es para el Señor, vemos que El también es para nuestro cuerpo. Aquí podemos ver la relación que hay entre Dios y el hombre. Dios se entregó a Sí mismo por completo a nosotros y espera que también nosotros nos demos por entero a El. Después de que nos entreguemos a El, dependiendo de cuán íntegra sea nuestra entrega, El mismo se entregará a nosotros. Dios desea que sepamos que El ya dio Su cuerpo por nosotros y también que si nuestro cuerpo es verdaderamente para El, sin duda experimentaremos que El es para nuestro cuerpo. El cuerpo es para el Señor, lo cual significa que nosotros ofrecemos nuestro cuerpo incondicionalmente al Señor, a fin de vivir para El. El Señor es para el cuerpo; esto significa que el Señor aceptó nuestra ofrenda con agrado. El Señor dará Su vida y poder a nuestro cuerpo. El guardará, preservará y nutrirá nuestro cuerpo.

Nuestro cuerpo es débil, corrupto, pecaminoso y mortal. Parece difícil creer que el Señor fuera para nuestro cuerpo. Pero comprendemos esto cuando contemplamos la forma en que Dios nos salva. Cuando el Señor Jesús descendió a la tierra, se hizo carne; así que obtuvo un cuerpo. Mientras estaba en la cruz, llevó nuestros pecados en *Su propio cuerpo.* Cuando nos unimos a El por medio de la fe, nuestro cuerpo es clavado en la cruz juntamente con El.

Así, El libera nuestro cuerpo del poder del pecado. En Cristo, este cuerpo resucitó y ascendió a los cielos. Ahora el Espíritu Santo mora en nosotros. Por tanto, podemos decir que el Señor es para nuestro cuerpo. El no es sólo para nuestro espíritu y alma, sino también para nuestro cuerpo.

La expresión "el Señor es para el cuerpo" tiene varios significados. En primer lugar, el Señor es para el cuerpo porque El desea librar nuestro cuerpo del pecado. Casi todos los pecados se relacionan con el cuerpo. Muchas acciones pecaminosas son iniciadas por los constituyentes fisiológicos del cuerpo. Por ejemplo, la embriaguez y el desenfreno son el resultado de un deseo desaforado del cuerpo. También divertirse es una exigencia del cuerpo. La ira de muchos es influenciada por la constitución específica del cuerpo. Una constitución fisiológica que sea demasiado sensible y fácilmente provocada, conlleva a hablar de una manera fría, severa y áspera. La razón por la cual muchas personas tienen cierta forma de ser es su constitución fisiológica. Muchos tienen una tendencia marcada hacia la corrupción, la lascivia, la fornicación y la iniquidad, debido a una constitución fisiológica peculiar. Cuando son dominados por su cuerpo cometen todos estos pecados. Pero el Señor es para el cuerpo. Por lo tanto, si primero ofrecemos nuestro cuerpo al Señor y reconocemos que El es el Señor de todo, y si reclamamos Sus promesas por la fe, podremos ver que El es para el cuerpo, y por eso El nos librará del pecado. En consecuencia, no importa si nuestra constitución fisiológica es más débil que la de los demás, podemos confiar en el Señor para vencerla.

En segundo lugar, el Señor también se ocupa de las enfermedades del cuerpo. De la misma forma en que aniquila el pecado, El sana las dolencias. En todo lo relacionado con nuestro cuerpo, El está a favor de nosotros. Es por eso que El también se ocupa de nuestras enfermedades, la cuales tienen el propósito de revelarnos el poder que el pecado tiene en nuestro cuerpo. El Señor Jesús desea salvarnos por completo de todo pecado y de toda enfermedad.

En tercer lugar, el Señor también se relaciona con la subsistencia de nuestro cuerpo. El desea ser la fuerza y la vida de nuestro cuerpo físico a fin de que éste viva por El. En nuestra vida diaria El desea que experimentemos el poder de Su resurrección y veamos que nuestro cuerpo también vive por El en esta tierra. (Abarcaremos estos dos puntos detenidamente en otro capítulo.)

En cuarto lugar, el Señor también se relaciona con la glorificación de nuestro cuerpo, aunque éste es un hecho futuro. La cumbre a la que podemos llegar hoy es vivir por El. Pero esto no implica que la naturaleza de nuestro cuerpo sea cambiada. Un día el Señor redimirá nuestro cuerpo y hará que sea igual al cuerpo de la gloria Suya.

No debemos menospreciar la importancia de las palabras: "El cuerpo es para el Señor". Si verdaderamente deseamos experimentar el hecho de que el Señor es para el cuerpo, debemos primero entregar nuestro cuerpo al Señor. Si no consagramos nuestro cuerpo por completo a vivir para el Señor, y si usamos nuestro cuerpo según nuestros propios deseos agradándonos y complaciéndonos a nosotros mismos, no podremos experimentar el hecho de que el Señor es para el cuerpo. Sólo cuando nos ponemos completamente en las manos de Dios, nos sometemos a Sus preceptos en todas las cosas y presentamos nuestros

miembros como instrumentos de justicia, podemos comprobar que el Señor es para nuestro cuerpo. El nos dará vida y poder. Si nuestro cuerpo no es para el Señor, entonces no podremos experimentar que El es para nuestro cuerpo.

El versículo 14 dice: "Y Dios, que levantó al Señor, también a nosotros nos levantará mediante Su poder". Este versículo explica la última cláusula del versículo anterior, que dice que el Señor es para el cuerpo. La resurrección del Señor fue la resurrección de Su *cuerpo.* Nuestra resurrección en el futuro también será la resurrección de nuestro *cuerpo.* Dios ya resucitó el cuerpo del Señor Jesús y también resucitará nuestro cuerpo. En la Biblia estos dos eventos son hechos. ¿Cómo es posible que el Señor sea para nuestro cuerpo? El nos levantará con Su poder. Este es el clímax de la expresión "el Señor es para el cuerpo", y sucederá en el futuro. Pero, ¿qué decimos de hoy? Hoy podemos tener un anticipo del gran poder de Su resurrección.

El versículo 15 nos dice: "¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Tomaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? ¡De ningún modo!" La primera pregunta tiene una implicación maravillosa. En otra parte se nos dice: "Vosotros sois el cuerpo de Cristo" (12:27), pero éste es el único pasaje que dice: "Vuestros *cuerpos* son miembros de Cristo". Por supuesto, al decir "vosotros" se deduce que toda la persona del creyente es miembro de Cristo. ¿Por qué este versículo menciona el cuerpo específicamente? Parece que solamente creemos que nuestro espíritu es miembro de Cristo, puesto que tiene la misma sustancia que El, pero ¿cómo puede nuestro cuerpo físico ser un miembro de Cristo? En esto vemos un hecho maravilloso.

Necesitamos entender la unión que tenemos con Cristo. Dios no considera a ningún creyente como un individuo aislado. El puso a todos los creyentes en Cristo; así que, ningún creyente puede estar fuera de Cristo, debido a que su vida diaria procede de El. A los ojos de Dios, la unión de los creyentes con Cristo es un hecho innegable. El cuerpo de Cristo no es un término espiritual, sino un hecho tangible. Así como la cabeza está unida a todo el cuerpo, Cristo está unido a todos los creyentes. A los ojos de Dios, nuestra unión con Cristo es completa, eterna e irrevocable. En otras palabras nuestro espíritu está unido al Espíritu de Cristo, lo cual es crucial. Nuestra alma se encuentra unida al alma de Cristo. Esta es una unión en la mente, en la parte emotiva y en la voluntad. Nuestro cuerpo también esta unido al de Cristo. Si la unión entre *nosotros* y Cristo no tiene ninguna fisura, entonces nuestro cuerpo tampoco puede ser la excepción. Si somos miembros de Cristo, nuestro cuerpo también debe ser miembro de El.

Por supuesto, esto sólo tendrá su consumación en la resurrección futura. Pero hoy, por nuestra unión con Cristo, eso ya es un hecho. Esta enseñanza es crucial. Podemos recibir mucho consuelo si nos damos cuenta de que *el cuerpo de Cristo es para nuestro cuerpo.* Todas las verdades pueden ser experimentadas. ¿Hemos encontrado algún problema fisiológico como por ejemplo una enfermedad o debilidad? Debemos comprender que el cuerpo de Cristo es para nuestro cuerpo y que nuestro cuerpo está unido al Suyo. Por lo tanto, podemos obtener la vida y el poder del Señor Jesús para suplir todas las necesidades de nuestro cuerpo. Si alguno tiene alguna deficiencia en su cuerpo debe utilizar su fe para afirmarse sólidamente en su posición de estar unido al Señor y debe reconocer que él es

para el Señor y que el Señor para él. De esta forma, puede aplicar todo lo que el Señor es para el cuerpo.

El apóstol estaba asombrado de que los creyentes corintios no pudieran comprender una enseñanza tan obvia. Sabía que como los creyentes habían oído esta enseñanza, no sólo tendrían muchas experiencias espirituales, sino que también recibirían una advertencia con respecto a su práctica. Si el cuerpo de ellos es un miembro de Cristo, ¿cómo podrían unirse ellos a una ramera?

En 1 Corintios 6:16 dice: "¿O no sabéis que el que se une con una ramera es un cuerpo con ella? Porque Dios dice: Los dos serán una sola carne". el apóstol explica claramente el principio de la unión. El que se une con una ramera es una sola carne con ella. Por lo tanto, viene a ser miembro de ella. El creyente que está unido a Cristo es miembro de El. Si tomamos los miembros de Cristo y los unimos a una prostituta, y los hacemos de este modo miembros también de ella, ¿en qué posición quedará Cristo? Por esta razón el apóstol responde: "¡De ningún modo!"

El versículo 17 dice: "Pero el que se une al Señor es un solo *espíritu* con El". En estos versículos podemos ver el misterio de la unión de nuestro cuerpo con el Señor. Lo más crucial de estos tres versículos es lo dicho en cuanto a la unión. El versículo 17 quiere decir que si los que unen su cuerpo al de una ramera vienen a ser una sola carne con ella y con sus miembros, mucho más serán miembros de Cristo los cuerpos de los creyentes que se unen a El en un solo espíritu. ¡Este es un argumento decisivo! Si la simple unión del cuerpo de una persona con una ramera, hace de los dos cuerpos uno solo, ¿no será uno con Cristo el cuerpo de los creyentes que se unen a El? El apóstol afirma que uno que se ha unido al Señor es inicialmente un solo *espíritu* con El, pues se trata de una unión de espíritus, pero no dice que el cuerpo del creyente sea independiente de su espíritu. Admite que la unión inicial se da en el espíritu, pero dicha unión también hace que el cuerpo del creyente sea un miembro. Esta afirmación es una evidencia de lo que dice inmediatamente antes, que el cuerpo es para el Señor y que el Señor también es para el cuerpo.

Todos los problemas yacen en el asunto de la unión. Los hijos de Dios deben saber con claridad que su propia posición en Cristo es la de una unión ininterrumpida. Por eso, afirmamos que nuestro cuerpo es miembro del Señor. La vida del Señor puede manifestarse en nuestro cuerpo. Si el Señor fuera débil y enfermizo, y si estuviera lleno de preocupaciones, no tendríamos nada. Pero debido a que El no es así, nuestra unión con El puede garantizarnos la salud, el poder y la vida del Señor.

Sin embargo, quisiéramos hacer notar que esto no significa que como nuestro *cuerpo* es miembro de Cristo, debe sentir toda la comunión espiritual y los asuntos espirituales. Los creyentes con frecuencia llegan a pensar que como su cuerpo es miembro de Cristo, debe percibirlo todo. Piensan que el cuerpo debe percibir la presencia de Dios, que Dios sacude el cuerpo. Creen que Dios gobierna el cuerpo directamente, que el Espíritu Santo llena el cuerpo y le comunica Su voluntad, usando la lengua y la boca para que hablen por El. En ese caso, el cuerpo reemplazaría al espíritu en su obra. En consecuencia, el espíritu perdería su función y el cuerpo trabajaría en su lugar. A veces el cuerpo no puede soportar mucho trabajo y se debilita. Además, los espíritus malignos, es decir, los espíritus incorpóreos,

anhelan más que cualquier otra cosa tomar posesión del cuerpo del hombre. Su fin principal es unirse al cuerpo del hombre. Si el creyente exalta la posición de su cuerpo más de lo que debe, los espíritus malignos aprovecharán la oportunidad para obrar, pues de este modo satisfaría las leyes de la esfera espiritual. Si piensa que Dios y el Espíritu Santo se comunican con él por medio del *cuerpo,* puede caer en el error de esperar que tal cosa suceda, pero esto no acontecerá. Ni Dios ni Su Espíritu se comunican directamente con nosotros por medio de nuestro cuerpo; lo hacen mediante nuestro espíritu. Si el creyente persiste en experimentar a Dios en su cuerpo, dará lugar a que los espíritus malignos aprovechen la oportunidad para entrar en él, pues es exactamente lo que desean. En tal caso, el resultado será la unión de los espíritus malignos con el cuerpo del creyente. Al hablar de la unión de nuestro cuerpo con Cristo, nos referimos simplemente a que el cuerpo puede recibir la vida de Dios y ser fortalecido por ella y a que debe usarla cuidadosamente debido a que su posición es tan noble. No queremos decir con esto que el cuerpo pueda tomar control sobre la función del espíritu.

El versículo 18 dice: "Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo, mas el que fornica, contra su propio cuerpo peca". La Biblia considera la fornicación como el más grave de los pecados. Esto se debe a que la fornicación está relacionada estrechamente con el cuerpo, el cual es miembro de Cristo. No es de extrañar que el apóstol recuerde y exhorte reiteradamente a los creyentes a huir de la fornicación. Parece que nosotros únicamente prestamos atención a la deshonra moral que trae consigo la fornicación. Pero ése no es el énfasis del apóstol. Solamente la fornicación hace que nuestro cuerpo se una a otro. Por consiguiente, la fornicación es una ofensa contra el cuerpo. Aparte de la fornicación, ningún otro pecado hace que los miembros de Cristo lleguen a ser miembros de una ramera. Por lo tanto, la fornicación es un pecado que ofende a los miembros de Cristo. Puesto que el creyente está unido a Cristo, la fornicación es lo más deplorable. Podemos ver esto desde otro ángulo: Si la fornicación es tan deplorable, se entiende, entonces, que la unión de nuestro cuerpo con Cristo debe ser una realidad innegable.

El versículo 19 dice: "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios?" Esta es la segunda vez que se dice "o no sabéis". En la primera ocasión (v. 15) "no sabéis" se refiere a que el cuerpo es para el Señor; y en la segunda, se refiere a que el Señor es para el cuerpo. En 1 Corintios 3:16 el apóstol dice que nosotros somos el templo de Dios. Pero ahora específicamente dice: *"Vuestro cuerpo* es templo del Espíritu Santo". Esto indica que la morada de Dios se extiende del espíritu al cuerpo. Sería incorrecto afirmar que el Espíritu Santo habita primero en nuestro cuerpo; El inicialmente mora en nuestro espíritu y sólo se comunica directamente con nuestro espíritu. Pero no hay nada que le impida comunicar desde allí vida a nuestro cuerpo. Si pensamos que el Espíritu Santo viene primero a nuestro cuerpo, seremos engañados; pero si limitamos al Espíritu Santo únicamente a nuestro espíritu, sufriremos gran perdida.

Necesitamos comprender que nuestro cuerpo ocupa un lugar importante en la salvación. Dios desea santificarlo y llenarlo del Espíritu Santo, a fin de que sea un vaso Suyo. Puesto que Su cuerpo físico pasó por la muerte, la resurrección y la glorificación, El puede suministrar el Espíritu Santo a nuestro cuerpo. De la misma forma en que nuestra vida

anímica llenaba nuestro cuerpo, el Espíritu Santo llenará nuestro cuerpo. El desea llegar a cada miembro y suministrarle más vida y fortaleza que lo que podemos pensar.

Nosotros somos el templo del Espíritu Santo. Este es un hecho establecido y lo podemos experimentar de una manera viva. Muchos creyentes, igual que los corintios, parecen haber olvidado este hecho. A pesar de que el Espíritu Santo mora en ellos, parece que no estuviese en ellos. Necesitamos fe para creer, reconocer y recibir lo que Dios hizo y cumplió en nuestro favor. Si *tomamos* todo ello por la fe, el Espíritu Santo no solamente pondrá la santidad, el gozo, la justicia y el amor en nuestra alma, sino que también pondrá Su vida, Su poder, Su salud y Su vigor en nuestros cuerpos débiles, cansados y enfermos. El traerá la vida del propio Cristo a nuestro cuerpo y el elemento de Su cuerpo glorificado. Cuando nuestro cuerpo esté dispuesto a obedecerlo completamente, cuando estemos dispuestos a rechazar toda acción independiente y cuando solamente busquemos ser un templo para el Señor, es decir, cuando hayamos muerto con Cristo en nuestra experiencia, el Espíritu Santo manifestará la vida del Cristo resucitado en nuestro cuerpo. ¡Cuán maravilloso sería ver que el Señor por medio de Su Espíritu que mora en nosotros, nos sana, nos fortalece y viene a ser nuestra salud y nuestra vida! Si creemos que nuestro propio cuerpo es el templo del Espíritu Santo, seguiremos al Espíritu llenos de admiración, de gozo, de santidad y de amor.

En 1 Corintios 6:20 dice: "Porque habéis sido comprados por precio, glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo". La última parte del versículo 19 es una continuación de la pregunta del mismo versículo. "¿O ignoráis que no sois vuestros?" Somos miembros de Cristo y somos el templo del Espíritu Santo. No somos dueños de nosotros mismos; fuimos comprados por Dios por un alto precio. Todo lo nuestro, especialmente nuestro cuerpo, le pertenece a Dios. Cristo se unió a nosotros, y el sello del Espíritu Santo mora en nosotros, lo cual demuestra que nuestro cuerpo le pertenece a Dios de una manera especial. "Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo". Hermanos, Dios desea que lo glorifiquemos en nuestro cuerpo. El desea que lo glorifiquemos con una consagración en la que el cuerpo sea exclusivamente para El, y que lo glorifiquemos por medio de la gracia en la que El Señor es para el cuerpo. Seamos sobrios y velemos, no permitiéndonos emplear nuestro cuerpo para nuestro propio beneficio, ni permitiendo que caiga en un estado como si el Señor no fuese para él. Sólo entonces podremos glorificar a Dios, y sólo entonces podrá El manifestar libremente su poder. Entonces, seremos libres, por una parte, del egoísmo, del amor propio y del pecado, y por otra, de la debilidad, la enfermedad y el dolor.

CAPITULO DOS

LA ENFERMEDAD

Las enfermedades son lo más común en la vida humana. Si deseamos preservar nuestro cuerpo en una condición que glorifique a Dios, necesitamos saber qué actitud debemos tomar frente a ellas, cómo utilizarlas y cómo ser sanados de ellas. Debido a que las enfermedades son tan comunes, inevitablemente habrá un gran vacío en nuestras vidas si no sabemos cómo afrontarlas.

LA ENFERMEDAD Y EL PECADO

La Biblia revela que la enfermedad y el pecado tienen una estrecha relación. El resultado final del pecado es la muerte. La enfermedad se halla entre el pecado y la muerte. La enfermedad es el resultado del pecado, y ésta conduce a la muerte. Si no hubiese pecado en el mundo, ciertamente tampoco habría muerte ni enfermedad. Una cosa es segura, si Adán no hubiese pecado, no habría enfermedad en la tierra. Así como otras aflicciones, la enfermedad es traída por el pecado.

Tenemos una naturaleza espiritual y otra física. Ambas fueron afectadas cuando el hombre cayó. El "alma" (en esta sección voy a incluir en este término tanto al alma como al espíritu) fue dañada por el pecado, y el cuerpo fue invadido por la enfermedad. El pecado en el "alma" y la enfermedad en el cuerpo revelan que el destino del hombre es morir.

Cuando el Señor Jesús vino a traer la salvación, no sólo perdonó los pecados del hombre, sino que también sanó sus dolencias. El salvó tanto el "alma" del hombre como su cuerpo. Al comienzo de Su obra, El sanaba las enfermedades. Cuando terminó Su labor, El vino a ser, en Su muerte de cruz, la propiciación por las transgresiones del hombre. El sanó a muchos enfermos mientras estuvo en la tierra. Sus manos estaban siempre listas para tocar y curar a los enfermos. Si prestamos atención a lo que hizo o a los preceptos que dio a los apóstoles, veremos que la salvación que trajo siempre incluía la sanidad de las enfermedades. Su evangelio incluía ambas cosas. Estas dos siempre aparecen juntas. El Señor Jesús salva al hombre del pecado y de la enfermedad para que pueda conocer el amor del Padre. Ya sea en los evangelios, en los Hechos, en las epístolas o en el Antiguo Testamento vemos que la sanidad de las enfermedades y el perdón de pecados van siempre juntos.

Isaías 53 es el capítulo del Antiguo Testamento donde se explica el evangelio de una manera más clara. Muchos pasajes en el Nuevo Testamento que hablan de la redención que efectuó el Señor Jesús como cumplimiento de la profecía hacen referencia a Isaías 53. El versículo 5 dice: "El castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados". Aquí vemos claramente que recibimos al mismo tiempo la sanidad del cuerpo y la paz del "alma". Un aspecto aún más obvio es el uso de dos significados diferentes para el

verbo “llevar” en este capítulo. El versículo 12 dice: “Habiendo él llevado el pecado de muchos”, y el versículo 4 dice: “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades”. El Señor Jesús llevó nuestro pecado, y también llevó nuestras enfermedades. Así como no necesitamos llevar nuestro pecado porque el Señor Jesús lo llevó en la cruz, tampoco tenemos que llevar nuestras enfermedades porque El ya las llevó. (Sin embargo, el grado en que el Señor llevó el pecado y el grado en que llevó las enfermedades difieren.) El pecado perjudicó tanto nuestra “alma” como nuestro cuerpo, y el Señor Jesús desea salvar ambos. Por lo tanto, El no sólo llevó sobre Sí nuestro pecado, sino también nuestras enfermedades. Por lo tanto, El no sólo nos salva del pecado sino también de la enfermedad. Los creyentes pueden ahora regocijarse con David diciendo: “Bendice, alma mía, a Jehová ... El es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias” (Sal. 103:2-3). Es una lástima que muchos creyentes sólo puedan elevar una alabanza parcial porque experimentan una salvación parcial. Por una parte, ellos sufren dolor, y por otra, Dios sufre pérdida.

Si el Señor Jesús sólo perdona nuestros pecados sin sanar nuestras enfermedades, Su salvación sería incompleta. Aunque El ya salvó nuestra “alma”, todavía permite que nuestro cuerpo sea dominado por la enfermedad. Por eso, mientras estuvo en la tierra El resolvía ambos problemas por igual. A veces perdonaba primero el pecado, y luego sanaba la enfermedad. En otras ocasiones, sanaba la enfermedad antes de perdonar el pecado. El le daba al hombre lo que éste podía recibir. Si estudiamos los evangelios, veremos que el Señor Jesús parece haber hecho más obras de sanidad que cualquier otra cosa. Esto se debe a que era más difícil para los judíos creer en que el Señor perdonara los pecados que en que El sanara la enfermedad (Mt. 9:5). Pero el caso de los creyentes hoy es completamente lo opuesto. En aquellos días, los hombres creían que el Señor Jesús tenía el poder para sanar enfermedades, pero dudaban de Su gracia para perdonar pecados. Los creyentes hoy creen en Su poder para perdonar pecados, pero ponen en duda que Su gracia pueda curar las enfermedades. Los creyentes parecen pensar que el Señor Jesús solamente viene a salvar a las personas del pecado, y se han olvidado de que El también sana. La incredulidad del hombre siempre divide al Salvador perfecto en dos partes. No obstante, Cristo es y será siempre el Salvador del “alma” y del cuerpo del hombre. Así que, El nos perdona y también nos sana.

Para el Señor Jesús, no basta con que el hombre sea perdonado sin ser sanado. Por lo tanto, después de decirle al paralítico: “Tus pecados te son perdonados”, añade: “¡Levántate, toma tu cama, y vete a tu casa!” Nosotros, a pesar de que estemos llenos de pecados y de enfermedades, nos contentamos con recibir perdón de parte del Señor, y pensamos que debemos sobrellevar nuestras enfermedades, o buscamos otras maneras de ser sanados. Pero el Señor nunca tuvo la intención de que el paralítico regresara a su casa sin ser sanado después de haber visto al Señor y haber sido perdonado de sus pecados.

La percepción del Señor Jesús en cuanto a la relación entre el pecado y la enfermedad es diferente a la nuestra. Para nosotros, el pecado se halla en la esfera espiritual; es algo que Dios detesta y condena, mientras que la enfermedad es una condición adversa de nuestra vida humana y parece no tener ninguna relación con Dios. Sin embargo, el Señor Jesús considera que tanto el pecado, que está en el “alma”, como la enfermedad, que se halla en el cuerpo, son obra de Satanás. El vino para “destruir las obras del diablo” (1 Jn. 3:8). Por

lo tanto, cada vez que se encontraba con los demonios los echaba fuera; cada vez que se encontraba con la enfermedad las erradicaba. Bajo la inspiración del Espíritu Santo, el apóstol escribió en cuanto a la *sanidad:* "Sanando a todos los oprimidos por el diablo" (Hch. 10:38). El pecado y la enfermedad están estrechamente relacionados con nuestra alma y con nuestro cuerpo. Por consiguiente, el perdón y la sanidad son interdependientes.

LA DISCIPLINA DE DIOS

Ya hablamos de la enfermedad de una manera general. Ahora quisiéramos prestar especial atención al origen de las enfermedades de los *creyentes.*

El apóstol dijo: "Por lo cual hay muchos debilitados y enfermos entre vosotros, y muchos duermen. Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas cuando el Señor nos juzga, nos disciplina para que no seamos condenados con el mundo" (1 Co. 11:30-32). Para el apóstol la enfermedad era una especie de castigo de parte del Señor. Debido a que los creyentes cometieron algunos errores delante del Señor, El permite que se enfermen. Esto lo hace con el propósito de castigarlos y de que ellos se examinen a sí mismos, para que corrijan sus errores. Dios muestra Su gracia para con Sus hijos castigándolos para que no sean condenados con el mundo. Si los creyentes se arrepienten, Dios no los castigará nuevamente. Si estamos dispuestos a examinarnos a nosotros mismos, no sufriremos enfermedad.

Por lo general, creemos que la enfermedad es sólo un problema del cuerpo y no tiene nada que ver con la justicia, la santidad ni el juicio de Dios. Pero el apóstol nos dice explícitamente que la enfermedad es el resultado de nuestro pecado y que es un castigo de Dios. Al leer el relato de Juan 9 acerca del hombre ciego, muchos creyentes no pensarán que la enfermedad sea un castigo que Dios trae por causa del pecado. No comprenden que el Señor Jesús no daba a entender que el pecado y la enfermedad no tuvieran relación, sino que simplemente les advertía a los discípulos que no usaran el pecado para culpar a todas las personas que se encontraran enfermas. Si Adán no hubiese pecado, ese hombre no habría nacido ciego. Debido a que "nació" ciego, su caso es completamente diferente al de las enfermedades de los *creyentes.* Quizás nuestras enfermedades de "nacimiento" no tengan nada que ver con nuestro pecado. Pero las enfermedades que tengamos después de haber creído en el Señor, según la Biblia, se relacionan con el pecado. En Jacobo [Santiago] 5:16 dice: "Confesaos, pues, vuestros pecados unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados". Tenemos que confesar nuestros pecados a fin de recibir sanidad, ya que éste es la raíz de la enfermedad.

Por consiguiente, la enfermedad es generalmente la disciplina que Dios nos trae para que prestemos atención al pecado que hemos pasado por alto y para que lo rechacemos. Dios *permite* que la enfermedad venga como castigo y nos limpie para que veamos nuestros errores. Quizás cometimos alguna injusticia o le debemos algo a alguien. Tal vez ofendimos a alguien y no hemos remediado la ofensa. Quizás tenemos orgullo y amamos al mundo. Quizás escondemos en nuestro corazón orgullo y ambición en la obra, o tal vez fuimos desobedientes después de que Dios nos habló. Cuando esto sucede, la mano de Dios pesa sobre nosotros y nos conduce a prestar atención a estas cosas. Por lo tanto, la enfermedad es claramente un juicio de Dios sobre el pecado. Esto no significa que quien se

enferme haya pecado más que los demás (cfr. Lc.13:2). Por el contrario, aquellos que han sido castigados por Dios de esta manera son precisamente los más santos. Job es un ejemplo de ello.

Cada vez que un creyente es disciplinado por Dios y se enferma, tiene el potencial de recibir grandes bendiciones. "El Padre de los espíritus ... [nos disciplina] para lo que es provechoso, para que participemos de Su santidad" (He. 12:9-10). A veces la enfermedad hace que meditemos y examinemos nuestra vida, y nos hace conscientes de cualquier pecado escondido y de cualquier rebeldía u obstinación que pueda traer sobre nosotros la disciplina de Dios. Sólo en esos momentos vemos el obstáculo que existe entre El y nosotros, y sólo entonces podemos ver lo más recóndito de nuestro corazón. Entonces descubrimos cuán llena está nuestra vida del yo y cuán lejos está de compararse con la vida santa de Dios. De esta manera, podremos progresar en la vida espiritual y recibir la sanidad de Dios.

Por consiguiente, un creyente enfermo no debe apresurarse a buscar sanidad ni a tratar métodos de curación; tampoco debe sobresaltarse ni llenarse de temor. Debe ponerse sin reserva bajo la luz de Dios y examinarse de una manera sincera para descubrir la razón por la cual se halla bajo la disciplina de Dios. Debe examinarse y censurarse a sí mismo. Después de esto, el Espíritu Santo le revelará en qué área ha fracasado. Aquello que le sea mostrado en la luz deberá rechazarlo inmediatamente, y deberá confesar el pecado a Dios. Si este pecado le trajo perjuicios a *otros,* debe hacer *todo lo posible* para restituir y creer que Dios se agrada con esto. Debe renovar su consagración a Dios y estar dispuesto a hacer Su voluntad.

Dios "no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres" (Lm. 3:33). Cuando El logra convencernos de lo que El desea, el castigo cesa. Si no necesitemos más Su castigo, El estará muy complacido en retirarlo. La Biblia dice que si nos juzgamos a nosotros mismos de esta forma, El no condenará nuestros pecados. Dios desea que nos despojemos del pecado y del yo. Por lo tanto, cuando esto se cumple, cesan las enfermedades porque han cumplido su cometido. La gran necesidad que el creyente tiene es saber que Dios castiga con un propósito específico. Por eso debe permitir que el Espíritu Santo le muestre su pecado a fin de que el propósito de Dios se cumpla. Cuando Dios logra Su propósito, el creyente deja de necesitar la disciplina; entonces, Dios puede sanarlo, y lo hará.

Después de que el creyente confiesa su pecado, lo desecha y cree que fue perdonado, puede creer en la promesa de Dios y tener la plena certeza de que Dios lo sanará. Su conciencia ya no lo acusará. Por lo tanto, tiene confianza para acercarse a Dios y pedir gracia. Cuando nos encontramos lejos de Dios, se nos hace difícil creer, o pensamos que no podemos creer. Pero si obedecemos a la iluminación del Espíritu Santo, eliminando el pecado y la maldad, y obteniendo perdón, seremos guiados a la presencia de Dios. Una vez que desaparece la raíz de la enfermedad, ésta desaparece. Puesto que es fácil que un creyente enfermo crea que el Señor disciplinó su cuerpo por causa del pecado, y puesto que su pecado fue perdonado, su cuerpo también obtiene perdón y gracia. En tales momentos, la presencia del Señor se hace más evidente, y la vida de El entra en el cuerpo para avivarlo.

¿Estamos conscientes de que nuestro Padre celestial no está satisfecho con nosotros en muchas áreas y desea corregirnos? Por medio de la enfermedad El nos ayuda a entender cuáles son nuestras faltas. Si no apagamos la voz de nuestra conciencia, el Espíritu Santo nos dará las razones de nuestro castigo, una a una, a través de ella. Dios se alegra de perdonar nuestros pecados y de sanar nuestras enfermedades. La gran obra de redención que efectuó el Señor Jesús, incluye tanto el perdón de pecados como la sanidad de las enfermedades. Sin embargo, El no desea que haya ninguna distancia entre El y nosotros. El quiere que vivamos por El. Por lo tanto, es hora de que le obedezcamos completamente y confiemos en El. El Padre celestial preferiría no castigarnos. El está más dispuesto a sanarnos y a llevarnos a una comunión más intima con El llevándonos a comprender Su amor y Su poder.

LA ENFERMEDAD Y EL YO

Todas las circunstancias desagradables y adversas de nuestro entorno exponen nuestra verdadera condición. Las circunstancias no exponen pecados que no tengamos; solamente exponen nuestra condición. La enfermedad, la cual es una de estas circunstancias, hace que entendamos nuestra verdadera condición.

Muchos no estamos conscientes de cuánto vivimos para Dios y cuánto vivimos para el yo. Cada vez que nos enfermamos, especialmente durante un largo período, descubrimos esto. En otras ocasiones, podemos decir que estamos totalmente dispuestos a obedecer a Dios y que estamos satisfechos, no importa cómo nos trate. Sin embargo, cuando nos enfermamos podemos descubrir si esas palabras eran ciertas o no. Dios desea lograr que Sus hijos tomen Su voluntad como su satisfacción y deleite. El no desea que se quejen de Su voluntad, especialmente de lo que El dispuso para ellos, motivados por *sus propios* sentimientos. Ocasionalmente El permite que sus amados hijos se enfermen a fin de ver qué actitud muestran hacia Su voluntad, hacia lo que El dispuso para ellos.

Es muy lamentable que cuando un creyente está bajo la prueba que Dios permite se queje por causa de sus deseos y cuestione por qué ha caído en ese estado. El no cree que lo que Dios le ha dado es lo mejor. (Cuando decimos que Dios nos trae enfermedades, nos referimos a que El permite que nos sobrevengan. Satanás es el que causa la enfermedad directamente. Dios permite que la enfermedad venga a nosotros con un propósito. La experiencia de Job es el mejor ejemplo.) Su corazón anhela que tengamos una pronta recuperación. Por consiguiente, El sólo prolongará el período de enfermedad en nuestro cuerpo porque no quitará los medios que usa hasta cumplir Su meta. La meta de Dios al comunicarse con los creyentes es que ellos lo obedezcan incondicionalmente, para que, sin importar cómo El los trate, ellos estén dispuestos a obedecer. Dios no se complace al ver que el creyente lo alaba durante los buenos tiempos pero que murmura contra El y duda o interpreta mal Sus obras en los momentos de dificultad. Dios desea que el creyente le obedezca hasta el punto en que no se resista, ni aunque le cueste la vida.

Dios desea que sus hijos comprendan que todo lo que les sobreviene procede de El. No importa cuán inestable sea la condición del cuerpo o del ambiente, todo es medido por Su

mano. Todo lo relacionado con ellos está bajo Su voluntad; ni siquiera se excluye la caída de uno de sus cabellos. Si el creyente resiste las cosas que le acontecen, resiste al Dios que las permite. Si se amarga por el sufrimiento que le causa la enfermedad, inevitablemente resistirá al Dios que permite que tal enfermedad le haya sobrevenido. Lo que cuenta no es si el creyente debe enfermarse o no, sino si resiste a Dios. Dios desea que uno se olvide de su enfermedad mientras está enfermo y que mantenga la mirada en El. Si el Señor desea que uno se enferme y que permanezca convaleciente por un largo período ¿está uno dispuesto a soportarlo? ¿Puede sujetarse a Su mano poderosa sin resistirla? ¿Se esforzará por recuperar la salud fuera de Su voluntad? ¿Puede uno mantenerse sujeto hasta que El haya logrado todo lo que desea para entonces pedir la recuperación según la voluntad de El? Al ser disciplinados, ¿nos abstendremos de procurar ser sanados aparte de El? En los momentos de mucho sufrimiento, ¿trataremos de obtener por todos los medios lo que El no nos ha dado? Todas estas preguntas deben penetrar profundamente el corazón del creyente que esté pasando por una enfermedad.

Dios no se deleita viendo que Sus hijos se enfermen. Por Su amor El preferiría que Sus hijos tuvieran días buenos siempre. No obstante, El sabe que existe el peligro de que cuando los creyentes tienen días favorables, todo su amor por El, todas las palabras de alabanza que le dirigen y todo lo que hacen para El se debe solamente a las condiciones favorables en que se hallan. El sabe que es muy fácil que nuestro corazón se aparte de El y de Su voluntad, y se incline a Sus dones. Por tanto, El permite que la enfermedad y otras adversidades nos acontezcan para que veamos si amamos a Dios por lo que El es o por lo que nos da. Si en las adversidades no buscamos nada para nosotros ni por nuestro esfuerzo, ciertamente buscaremos a Dios. La enfermedad puede revelar si el hombre se centra en su propia voluntad o en lo que Dios dispone.

Todavía tenemos nuestra propia voluntad, la cual colma nuestra vida diaria. En la obra de Dios, al relacionarnos con las personas y los asuntos, al pensar y expresar nuestras opiniones, descubrimos que hay demasiadas voluntades obstinadas. Por lo tanto, Dios debe llevarnos al borde de la muerte para que veamos la condición tan difícil de aquellos que se resisten a El. Dios permite que experimentemos profundo dolor y sufrimiento a fin de quebrarnos y hacer que abandonemos la obstinación que tanto aborrece. Muchos creyentes no parecen oír lo que el Señor les dice durante los días corrientes, pero cuando El hace que sus cuerpos sufran, se disponen a obedecer sin condiciones. El Señor recurre al castigo cuando la amonestación de amor no surte efecto. El propósito de Su castigo es quebrantar nuestra obstinación. Al creyente enfermo le convendría mucho examinarse a sí mismo con respecto a este asunto.

Aparte de nuestras propias esperanzas y deseos, lo que Dios más aborrece es nuestro *amor propio.* Este perjudica la vida espiritual y destruye las obras espirituales. Si Dios no logra eliminar de nosotros el amor propio, nunca podremos avanzar en la senda espiritual. El amor propio se relaciona especialmente con nuestro cuerpo. Tener amor propio equivale a amar nuestro cuerpo y nuestra vida. Por lo tanto, a fin de eliminar nuestro amor propio, Dios permite que nuestro cuerpo sea atacado por las enfermedades. Debido a que nos amamos a nosotros mismos y tenemos temor de que nuestro cuerpo se enferme, Dios permite que se debilite. Nosotros tememos que nuestro cuerpo sufra, pero Dios permite que sufra. Nosotros deseamos mejorarnos, pero nuestra enfermedad empeora. Queremos

preservar nuestra vida, pero parece que perdemos toda esperanza de vivir. Por supuesto, la manera en que Dios nos trata varía según la persona. La disciplina algunas veces es muy severa, mientras que otras, es leve. Sin embargo, la intención que Dios tiene de eliminar nuestro amor propio es la misma siempre. Muchos creyentes *fuertes* sólo empiezan a abandonar su amor propio cuando pasan cerca de la muerte. Cuando el cuerpo es quebrantado, y la vida está en peligro, cuando la enfermedad ha acabado con nuestra salud, y el dolor ha agotado nuestras fuerzas, y cuando todo llega a su fin, ¿qué más hemos de amar? En ese momento, el creyente quizá desee morir; tal vez descubra que no tiene esperanza y que no le queda nada a que aferrarse. Es un hecho desafortunado que después de llegar a este punto, aún no sepa cómo apropiarse de las promesas de la sanidad que Dios le hizo.

Es muy difícil cuando el corazón del creyente está lejos del corazón de Dios, quien desea que el creyente deseche su amor propio. Es por eso que permite que le vengan enfermedades. Sin embargo, cuanto más se enferma, más se ama a sí mismo, y cuanto más se debilita, más trata de cuidarse. Lo que Dios desea es que se olvide de sí mismo, pero el creyente se preocupa sólo por su enfermedad, por su dolor físico, por aliviarse y por su salud. ¡Todos sus pensamientos giran en torno a sí mismo! Presta mucha atención a lo que come, y se abstiene de ciertas comidas. Cuando se siente un poco incómodo, se preocupa terriblemente. Le presta demasiada atención a la temperatura de su cuerpo y a las horas que debe dormir. Si tiene algo de fiebre, contrae un leve resfriado o pierde una noche de sueño, se siente muy mal. Parece como si todas estas cosas fueran gravísimas. Se vuelve muy sensible con respecto al trato que recibe de los demás y a lo que piensan de él, a si lo cuidan o lo visitan. Dedica mucho tiempo a pensar en su propio cuerpo y en su condición, y no en el Señor ni en lo que quiere lograr en él. Ciertamente, muchos creyentes están totalmente obsesionados consigo mismos en tiempo de enfermedad. Con frecuencia no somos muy conscientes de cuánto nos amamos a nosotros mismos. Pero cuando estamos enfermos, podemos ver que nos amamos mucho.

¿Se deleita Dios en esto? El desea que comprendamos que el amor propio nos causa más daño que cualquier otra actitud y que sepamos que nos amamos exageradamente. En medio de la enfermedad, El desea que aprendamos a no prestar tanta atención a los síntomas y a no preocuparnos por el dolor, sino que pongamos nuestros ojos exclusivamente en El. El quiere que pongamos nuestro cuerpo incondicionalmente en Sus manos y le permitamos cuidar de él. Cada vez que descubrimos un síntoma negativo, debe servirnos de advertencia para no concentrarnos en el cuerpo y pensar solamente en el Señor.

Sin embargo, debido a nuestro amor propio, buscamos sanidad tan pronto nos enfermamos. No se nos ocurre que primero se debe eliminar la obra maligna de nuestro corazón antes de pedir sanidad. Lo único que buscamos es aliviarnos. No nos preguntamos por qué Dios permite que la enfermedad venga a nuestro cuerpo ni preguntamos de qué necesitamos arrepentirnos, qué debe eliminarse ni qué debe rechazar para que la obra de Dios no sea en vano. Nos preocupamos por nosotros mismos. No podemos soportar sentirnos débiles; así que anhelamos recuperar nuestra fortaleza inmediatamente. Por eso, buscamos maneras de ser sanados. Pedimos al hombre y suplicamos a Dios, esperando tener una pronta recuperación. En esta condición, Dios no logrará Su meta. Aunque muchas veces somos sanados temporalmente, la salud no dura y después de algún tiempo, volvemos a caer en la

misma enfermedad. ¿Cómo hemos de experimentar una sanidad perdurable si la raíz de la enfermedad no ha sido eliminada?

Dios nos habla por medio de la enfermedad. Su intención no es que procuremos desesperadamente ser sanados sino que obedezcamos y oremos. Es lamentable que el creyente no le diga al Señor: "Habla, que tu siervo escucha". Por el contrario, espera obtener una recuperación rápida. Nuestro interés es librarnos inmediatamente del dolor y la debilidad. Nos apresuramos a hacer lo posible por obtener la mejor medicina. Es como si la enfermedad nos forzara a inventar todo tipo de remedios. Cada síntoma nos asusta y trastorna nuestra mente. Parece que Dios estuviera lejos de nosotros. Nos olvidamos de nuestra condición espiritual. Sólo pensamos en nuestro sufrimiento y en el remedio. Si la enfermedad se prolonga, llegamos a perder la percepción del amor del Padre, pero si la medicina comienza a obrar, alabaremos a Dios por Su gracia. Sin embargo, debemos preguntarnos: ¿es en realidad la intención del Espíritu Santo que seamos completamente librados del dolor? ¿Acaso le da gloria a Dios ese esfuerzo de nuestra carne?

LA MEDICINA

El amor propio espontáneamente suscita un esfuerzo personal. Debido a que los creyentes se aman a sí mismos y no ceden esto a Dios de una manera incondicional, acuden a la medicina terrenal cada vez que se enferman. Por ahora no emitiremos ningún juicio con respecto al uso o la abstención de medicinas. No tenemos tiempo para discutir este tema. Sin embargo, puesto que el Señor Jesús nos trajo la salvación en la cruz, y puesto que nuestro cuerpo puede recibir de El la sanidad, si seguimos recurriendo al mundo en busca de ayuda médica, lo haremos por ignorancia o por incredulidad.

Muchos discuten si deben usarse medicinas o no, como si la respuesta a esta pregunta resolviera los demás interrogantes. No comprenden que el principio de la vida espiritual no radica en si se puede hacer algo o no, sino en si somos guiados por Dios o si emprendemos nuestras propias actividades. Por lo tanto, nuestra pregunta debe ser: Cuando el creyente es motivado por su amor propio a buscar insistentemente la sanidad y ser curado con medicinas, ¿son sus acciones motivadas por su yo o por el Espíritu Santo? El hombre, desde su punto de vista natural, siempre trata de obtener la salvación por medio de sus propias obras. Solamente después de que Dios quebranta al hombre, éste llega a estar dispuesto a ser salvo por medio de la fe. Pero ¿no se aplica esto también a la sanidad del cuerpo? Temo decir que en este caso, la lucha es mucho más seria que la lucha por el perdón de pecados. El hombre sabe que aparte la salvación que le da el Señor Jesús, no tiene acceso alguno al cielo, pero existen muchas técnicas médicas que pueden usarse para sanar el cuerpo. Así que no halla necesario depender de la salvación del Señor Jesús. Lo que deseamos recalcar no es si la medicina puede usarse, sino si la aplicación de la medicina es iniciativa nuestra y si deja al margen la salvación que Dios da. ¿No afirma también el mundo tener muchas maneras de librar al hombre del pecado? ¿No tiene numerosas filosofías, psicologías, éticas, principios morales, preceptos y educación para hacer que los hombres progresen y para librarlos del pecado? ¿Confiamos en estos métodos para obtener nuestra perfección? ¿Buscamos la salvación que el Señor Jesús logró por

nosotros en la cruz o los métodos mundanos? De igual forma, el mundo también tiene numerosas medicinas para librar a la gente de la enfermedad. En la cruz, el Señor Jesús efectuó la salvación que libra a las personas de la enfermedad. ¿Deseamos obtener sanidad según los métodos humanos, o estamos dispuestos a confiar en el Señor Jesús?

Reconocemos que a veces Dios también manifiesta Su poder y Su gloria por algún medio y no directamente. Sin embargo, según la enseñanza bíblica y la experiencia de los creyentes, los sentimientos del hombre se apoderaron de toda su vida desde la caída, de manera que espontáneamente confía más en alguno de los medios de Dios que en Dios mismo. Por consiguiente, cuando el creyente se enferma, le presta más atención a la medicina que al poder de Dios. Aunque diga con su boca que confía en el poder de Dios, su corazón está inclinado hacia la medicina. Parece que el poder de Dios no pudiera expresarse sin la medicina. En esta condición, hay intranquilidad, disgusto, ansiedad y pánico. El acude a los mejores recursos disponibles para ser sanado. No tiene la paz que es fruto de confiar en Dios. Debido a que la medicina ocupa un lugar tan grande en su corazón, pierde la presencia de Dios y se inclina hacia el mundo. Por consiguiente, la enfermedad que tenía el propósito de instarlo a estrechar su relación con Dios lo aparta de El. Algunas personas pueden usar medicinas sin que éstas las afecten en su relación con Dios. Pero temo que tales personas son la excepción. La mayoría de los creyentes no pueden usar medicinas sin perjudicar su vida espiritual, ya que siempre consideran los medios más importantes que el poder de Dios.

Hay una enorme diferencia entre ser sano por medio de la medicina y ser sano por confiar en Dios. El poder de la medicina es sólo natural, mientras que el poder de Dios es divino. Las maneras como se reciben estas dos clases de sanidades también son totalmente diferentes. La sanidad que se recibe por la medicina, depende de la inteligencia del hombre, mientras que la sanidad que se recibe por confiar en Dios depende de los méritos y la vida del Señor Jesús. Aunque un doctor que sea creyente le pida a Dios la sabiduría y que bendiga la medicina que recete, aun así no podrá darles a los pacientes una bendición espiritual. Inconscientemente, el paciente permite que su corazón ponga la confianza en la medicina más que en el poder de Dios. Aunque su cuerpo quede sano, su vida espiritual es perjudicada en gran medida. Si el creyente confía en Dios, no necesita medicina. Sólo debe entregarse al amor y a Su poder. Debe examinar el origen de su propia enfermedad delante de Dios y descubrir en qué punto ha desagradado a Dios. Así, cuando finalmente sea sano, no solamente obtendrá beneficio en su cuerpo, sino que también recibirá bendición en su espíritu.

La mayoría de los creyentes considera la medicina como algo dado por Dios y por tanto, creen que deben usarla. Sin embargo, debemos tener presente si usamos la medicina porque Dios nos guía a usarla. No vamos a discutir si la medicina es dada por Dios o no. Solamente deseamos preguntar ¿no fue el Señor Jesús dado por Dios de una manera explícita a los creyentes como el que sana sus enfermedades? ¿Debemos seguir a los incrédulos o a los débiles en la fe para acudir a la medicina o a métodos naturales? ¿O debemos recibir al Señor Jesús a quien Dios preparó para que confiemos plenamente en Su nombre?

Confiar en la medicina y aceptar la vida del Señor Jesús son dos asuntos completamente diferentes. Admitimos que la medicina puede curar a las personas. La medicina y la farmacología han inventado muchos métodos y productos que curan las enfermedades de las personas. Sin embargo, esta clase de sanidad es natural, y no es mejor que lo que Dios preparó para Sus hijos. El creyente puede pedirle a Dios que bendiga la medicina, y ser sano después de usarla; es posible que después de ser sano le dé gracias a Dios por ella y concluya que Dios lo sanó. No obstante, esta sanidad no la recibió tomando la vida del Señor Jesús. Esta es una señal del creyente que abandona la batalla de la fe por la comodidad. Si nuestra única meta en nuestra lucha contra Satanás al hallarnos enfermos es obtener la sanidad, entonces cualquier curación bastará. Pero si estamos tratando de obtener algo más importante que la salud, no tenemos otra alternativa que permanecer en silencio delante de Dios y esperar Su voluntad y Su tiempo.

No diremos de una manera inflexible que Dios nunca aprueba el uso de la medicina. En muchas ocasiones Dios ha honrado la utilización de la medicina porque El es bueno y perdonador. No obstante, los creyentes que se hallan en esa posición no se apoyan en la redención; están en la misma posición que las personas del mundo. Con respecto a la enfermedad, ellos son iguales a la gente del mundo y no pueden dar testimonio de la obra de Dios. Tomar pastillas, aplicarnos un ungüento o una inyección no pueden darnos la vida del Señor Jesús. Cuando confiamos en el Señor, estamos simplemente en una esfera que trasciende lo natural. En muchos casos la sanidad que proviene de la medicina es dolorosa y requiere un largo tratamiento, mientras que la sanidad que viene de Dios es rápida y llena de bendición.

Una cosa sabemos con certeza: si somos sanados al confiar en Dios, el beneficio espiritual que obtenemos no puede obtenerse por medio de la sanidad que proviene de la medicina. Para muchas personas la enfermedad parece serles de mayor beneficio que la salud, pues mientras están convalecientes, se arrepienten de la vida que llevaban. Pero cuando se alivian, se alejan del Señor más que antes, lo cual no sucede si son sanos por confiar en Dios. Al contrario, confesarán sus pecados, se negarán a su yo, creerán en el amor de Dios y confiarán en Su poder. Aceptarán la vida y la santidad de Dios y tendrán una relación nueva e inseparable con Dios.

La lección que debemos aprender es que la meta de Dios en tiempo de enfermedad es que cesemos nuestras propias actividades y dependamos completamente de El. Pero muchas veces cuando buscamos sanidad, nuestros corazones son inspirados por nuestro amor propio, y como nos amamos a nosotros mismos, solamente nos interesa aliviarnos y nos olvidamos de Dios y de la lección que El desea enseñarnos. Si los hijos de Dios son librados de su amor propio, no buscarán la sanidad con tanta vehemencia, y si abandonaron sus propias actividades, no seguirán recurriendo al mundo para recibir ayuda medica. Primero se examinarán a sí mismos silenciosamente delante del Señor y tratarán de entender la razón por la cual Dios ha permitido esa enfermedad, antes de acudir *a El* en busca de sanidad por Su amor de Padre. Aquí vemos la diferencia entre confiar en la ayuda médica y confiar en el poder de Dios. En el primer caso, el creyente procura ansiosamente ser curado, y en el segundo, busca en silencio la voluntad de Dios. El creyente acude a la medicina en medio de la enfermedad porque tiene una fuerte inclinación a ella, porque está lleno de amor propio y porque puede utilizar su propia fuerza. Si por el contrario, busca el

poder de Dios, no se comportará así. Si el creyente desea confiar en que Dios lo sanará, tiene que confesar con franqueza sus pecados y eliminarlos, y estar dispuesto a consagrarse plenamente a Dios.

Hoy hay muchos creyentes enfermos. No obstante, el Señor tiene un propósito con todos ellos. Cada vez que el yo pierde su autoridad, el Señor lleva a cabo la sanidad. Si el creyente no está dispuesto a inclinar su cabeza y aceptar su enfermedad, y si no puede reconocer que lo que Dios dispone para él es lo mejor, si busca sanidad fuera de Dios y se rebela contra aquello que El usa para quebrantarlo, no le deja otro camino a Dios que permitir que se vuelva a enfermar. Si el creyente no está dispuesto a desistir de su amor propio e insiste en cuidarse y alimentarse a sí mismo, y en lamentarse por su condición y tener lástima de sí, y si no se abandona en el Señor, Dios le traerá cosas que harán que se lamente aún más. Si el creyente no está dispuesto a desistir de sus propios caminos y actividades y continúa buscando sanidad fuera de la salvación del Señor Jesús, Dios le mostrará que la medicina terrenal no le proporcionará una cura duradera. El desea que sus hijos sepan que si nos da *un cuerpo fuerte y sano, no lo hace para nuestra propia felicidad ni es para que hagamos nuestra voluntad, sino exclusivamente para El.* El Espíritu de sanidad es el Espíritu de santidad. No estamos escasos de sanidad, sino de santidad. Lo primero de lo cual necesitamos ser liberados no es de nuestras enfermedades, sino de nuestro yo.

Cuando el creyente deje de valerse de métodos terrenales y de la medicina terrenal y confíe en Dios con todo su corazón, su fe llegará a ser mucho más fuerte que antes. Esto le dará la oportunidad de tener una nueva relación con Dios, y comenzará a tener una vida de confianza y fe que nunca antes tuvo. No solamente entregará su "alma" a Dios, sino también su cuerpo. Podrá ver que la voluntad de Dios es manifestar el poder del Señor Jesús y el amor del Padre; El desea que estemos ejercitados y establecidos en nuestra fe. Desea demostrarnos que el Señor no sólo redime nuestra "alma", sino también nuestro cuerpo. Por lo tanto, "no os inquietéis ... por vuestro cuerpo" (Mt. 6:25). Si nos entregamos al Señor, El nos cuidará. Si experimentamos una liberación inmediata, debemos alabar al Señor, pero si la enfermedad empeora, no debemos dudar, sino que debemos fijar nuestros ojos únicamente en la promesa de Dios y no permitir que el amor propio vuelva a despertarse. Dios está tratando de exprimir la última gota de nuestro amor propio. Si nos preocupamos por nuestro cuerpo, tendremos dudas; pero si ponemos nuestros ojos en la promesa, nos acercaremos a Dios, nuestra fe aumentará y recibiremos la sanidad.

Sin embargo, debemos tener cuidado, no sea que nos vayamos a los extremos. Es cierto que Dios desea que confiemos en El completamente. Pero después que de que hayamos rechazado nuestra propia acción y hayamos confiado plenamente en El, El estará complacido de vernos usar algunos medios naturales para ayudar a nuestro cuerpo. Esto lo podemos ver en el caso de Timoteo. El apetito de Timoteo no era bueno y se enfermaba con cierta frecuencia. Pablo no lo acusó de que le faltara fe ni de no recibir la sanidad directamente de Dios. Por el contrario, le recomendó que tomara un poco de vino, porque éste le sería de ayuda. Es interesante notar que el apóstol animó a usar vino, lo cual se encuentra en una línea muy fina entre lo bueno y lo malo.

Podemos aprender una lección de este caso. Debemos creer en Dios y confiar en El. (Esto fue lo que hizo Timoteo.) Sin embargo, al mismo tiempo, no debemos irnos a extremos. Si nuestro cuerpo tiene alguna debilidad, necesitamos tomar, según nos guíe el Señor, las cosas que sean alimenticias y provechosas para nuestro cuerpo. Si seguimos las instrucciones del Señor y tomamos alimentos nutritivos para el cuerpo, éste tendrá más fuerza. Mientras nuestro cuerpo no sea redimido, seguiremos teniendo un cuerpo humano y por esto sigue siendo necesario prestar la debida atención al aspecto natural de las cosas.

La comida nutritiva puede ir de la mano con la fe, y no tienen que excluirse mutuamente. Sin embargo, los creyentes no deben estar preocupados por la necesidad de tomar alimentos nutritivos al grado de no tener necesidad de creer en Dios.

ES MUCHO MEJOR ESTAR SANOS

También existen otros creyentes que se han ido otro extremo. Según su carácter natural son severos y obstinados. Sin embargo, por medio de la enfermedad que Dios permite en ellos, llegan a ser quebrantados. Como resultado, cuando llegan a obedecer la voluntad de Dios expresada en esa disciplina, llegan a ser dóciles, afables, flexibles y santos. Por consiguiente, concluyen que estar enfermos es un gran beneficio para ellos, y llegan a amar más la enfermedad que la salud. Piensan que la enfermedad puede hacer que su vida espiritual progrese grandemente. En consecuencia, no buscan la sanidad. Si ellos comprenden que deberían estar sanos, deberán acudir a Dios y pedirle que los sane. Ellos aceptan toda clase de enfermedades, pensando que es más fácil expresar a Dios cuando están enfermos que cuando están sanos. Creen que están más cerca de Dios cuando están solos y en medio del dolor que cuando están bien y activos. Creen que es mucho mejor yacer en cama que estar libres y correr. No desean pedirle a Dios que los sane, pues creen que trae mucho más beneficio estar débil que estar fuerte. Debemos admitir que muchos creyentes han abandonado sus malas obras por haberse enfermado y han ganado experiencias profundas en medio de su convalecencia. Debemos, por otra parte, reconocer que muchos minusválidos y personas con defectos físicos tienen experiencias espirituales excepcionales. Pero también debemos mencionar que muchos creyentes entienden muy poco con respecto a varios puntos que se relacionan con este tema.

Aunque la persona enferma pueda ser muy santa, esta santidad es impuesta. Quizás si estuviese bien de salud y pudiera escoger libremente, desearía regresar al mundo y a su yo. Sólo llega a ser santa cuando está enferma y se vuelve mundana cuando se alivia. Así que, el Señor tiene que mantenerla enferma para que sea santa continuamente. Su santidad depende de la enfermedad. Una vida dedicada al Señor no debe restringirse a los momentos de convalecencia. No debemos dar lugar a que otros piensen que el único medio por el cual Dios puede subyugar al creyente es la enfermedad, y que sin ésta el creyente no glorificaría a Dios en su vida diaria. El debe expresar la vida de Dios en su vida diaria. Aunque es provechoso soportar el sufrimiento, es mucho mejor obedecer a Dios cuando estamos llenos de vigor.

Debemos saber que la sanidad procede de Dios; es El quien nos sana. Si buscamos la sanidad por medio de la medicina humana, nos encontraremos separados de Dios. Pero si acudimos a Dios para ser sanados, tendremos más intimidad con El. La persona sanada *por*

Dios lo glorificará más que una que permanezca enferma mucho tiempo. Es cierto que la enfermedad puede glorificar a Dios porque la sanidad le provee a El la oportunidad de manifestar Su poder sanador (Jn. 9:3), pero si la persona se mantiene enferma, ¿cómo puede Dios ser glorificado? Cuando la persona recibe la sanidad *de parte de Dios,* ve la gloria de El por la demostración de Su poder.

El Señor Jesús nunca consideró la enfermedad una bendición ni algo que los creyentes deban soportar hasta la muerte. Tampoco dijo que la enfermedad fuera una expresión del amor de Dios el Padre. El Señor Jesús deseaba que Sus discípulos llevarán la cruz, pero nunca afirmó que los enfermos deben permanecer en enfermedad. El les indicó a los discípulos la manera en que deberían sufrir por El, pero no dijo que debían sufrir enfermedades por causa de El. Aunque dijo que tendríamos sufrimiento en el mundo, no se refería a la enfermedad. Ciertamente El sufrió mientras estuvo en la tierra, pero nunca estuvo enfermo. Además, cada vez que se encontraba con enfermos, los sanaba. Para El la enfermedad era fruto del pecado y obra del diablo.

Debemos conocer la diferencia que existe entre el sufrimiento y la enfermedad. "Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas le librará Jehová. El guarda todos sus huesos; ni uno de ellos será quebrantado" (Sal. 34:19-20). Jacobo [Santiago] dice: "¿Sufre alguno entre vosotros? Haga oración" (Jac. [Stg.] 5:13), para que reciba gracia y fortaleza. "¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor" (v. 14), para que sea sanado.

En 1 Corintios 11:30-32 se describe claramente la relación entre la enfermedad y el creyente. La enfermedad es básicamente una forma de disciplina que Dios nos aplica. Si el creyente se examina a sí mismo, Dios hará que la enfermedad desaparezca. Dios no tiene la intención de que los creyentes sufran enfermedades continuamente. El creyente que se aparta de lo que Dios condena y al mismo tiempo permite que la enfermedad permanezca en su cuerpo, desconoce el propósito por el cual Dios permite esa enfermedad. Ninguna disciplina debe durar para siempre. Una vez que la causa de la disciplina es eliminada, la disciplina misma debe desaparecer rápidamente. "Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero *después*..." (He. 12:11a). Los creyentes casi olvidan que hay un "después". "Pero después da fruto apacible de justicia a los que por ella han sido ejercitados" (v. 11b). La disciplina no debe perdurar para siempre. De hecho, el fruto más excelente viene después de que termina la disciplina. Tampoco debemos ser engañados pensando que la disciplina de Dios es el castigo. Siendo exactos, los creyentes no son castigados. En 1 Corintios 11:31 se explica esto muy bien. No debemos permitir que este concepto *legalista* entre en nosotros. Esto no depende de cuántos pecados hayamos cometido, pues no necesitamos sufrir cierta medida de castigo para compensar nuestros pecados con sufrimiento. Este no es un asunto que se deba resolver en un tribunal, sino en la familia.

Si examinamos lo que enseña la Biblia, veremos que lo que Dios desea finalmente es nuestro cuerpo. Con sólo leer el siguiente versículo, los conceptos de muchos serán derribados: "Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma" (3 Jn. 2). Esto lo reveló el Espíritu Santo al apóstol, y muestra lo que Dios desea con respecto al cuerpo del creyente y Su deseo en la eternidad.

Dios no tiene la intención de que Sus hijos permanezcan enfermos toda la vida, incapacitados para laborar activamente en Su obra. El se deleita en ver que Sus hijos prosperan y tienen salud, así como prosperan sus almas. Podemos concluir que sin duda la enfermedad prolongada no es la voluntad de Dios. Puede ser que El temporalmente nos discipline y permita que perdamos la salud, pero El no se agrada de vernos constantemente débiles.

Pablo en 1 Tesalonicenses 5:23 también nos muestra que la enfermedad prolongada no es la voluntad de Dios. La condición del cuerpo debe concordar con la condición del espíritu y del alma. Si nuestro espíritu y nuestra alma son santificados por completo y si son guardados perfectos e irreprensibles, mas nuestro cuerpo continua enfermo, débil y lleno de aflicción, indudablemente Dios no estará satisfecho. Su meta es salvar al hombre integralmente. Su meta no se limita a salvar parte del hombre.

Todas las sanidades que el Señor Jesús realizó en la tierra revelan la intención de Dios en cuanto a la enfermedad. El solamente hacía la voluntad de Dios; no hizo nada más durante toda Su vida. Podemos especialmente ver el corazón del Padre celestial y Su actitud hacia la enfermedad en el caso del leproso que fue sanado. El leproso le dijo: "Señor, si quieres, puedes limpiarme". Parece que esta persona tocara la puerta del cielo y preguntara si la sanidad es la voluntad de Dios. "Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: Quiero; sé limpio" (Mt. 8:2-3). Dios siempre quiere sanarnos. Si el creyente piensa que Dios no quiere sanarlo y que debe permanecer enfermo, no conoce la voluntad de Dios. La obra del Señor Jesús en la tierra fue sanar "a *todos* los enfermos" (v. 16), y no ha cambiado hoy de parecer.

Sabemos que la meta de Dios hoy es que se haga Su "voluntad, como en el cielo, así también en la tierra" (Mt. 6:10). La voluntad de Dios se hace en los cielos, y sabemos que no hay enfermedad allí. Basándonos en esto, vemos que la enfermedad no es compatible con la voluntad de Dios. Muchos creyentes oran pidiendo sanidad por un corto período de tiempo. Cuando Dios no parece responder sus oraciones y pierden toda esperanza, dicen: "Que se haga entonces la voluntad del Señor", como si la voluntad del Señor fuera sinónimo de enfermedad y muerte. Este es un grave error. La voluntad de Dios para Sus hijos no es la enfermedad. Aunque en algunas ocasiones El permita que se enfermen, lo hace por el bien ellos; pero Su voluntad es que siempre tengan buena salud. En el cielo no hay enfermedad, lo cual demuestra que Dios no desea que Sus hijos estén enfermos.

Si determinamos de dónde proviene la enfermedad, nos daremos cuenta de que es correcto buscar la sanidad. Hechos 10:38 nos dice que toda enfermedad es obra de la opresión del diablo. Cuando el Señor Jesús le habló a la mujer encorvada, dijo que ella había estado atada por Satanás (Lc. 3:16). Cuando sanó a la suegra de Pedro, reprendió la fiebre (4:39), como si estuviera dirigiéndose al diablo. Si leemos el libro de Job, hallaremos que fue el diablo quien hizo que Job se enfermara (caps. 1 y 2), y fue Dios quien lo sanó a Job (cap. 42). El aguijón que hizo que el apóstol Pablo se debilitara era un "mensajero de Satanás" (2 Co. 12:7), pero el que lo fortalecía era Dios. Hebreos 2:14 nos dice que el que tiene el imperio de la muerte es el diablo. Cuando el pecado llega a su madurez, trae como resultado la muerte. El pecado es sólo un indicio de la muerte. Si Satanás tiene el poder de la muerte, también tiene el poder de la enfermedad, pues la muerte el resultado final de la enfermedad, mientras que la enfermedad es el primer paso que conduce a la muerte.

Al leer todos estos versículos, tenemos que concluir que el diablo es el origen de la enfermedad. Debido a que hay algunos defectos en los creyentes, Dios *permite* que Satanás los ataque. Si los hijos de Dios (1) no complacen a Dios y permiten que la enfermedad permanezca en sus cuerpos, o (2) si ellos han rechazado lo que Dios exige y permiten que la enfermedad permanezca en sus cuerpos, se están sometiendo voluntariamente a la opresión de Satanás. Después de obedecer a la revelación de Dios, debemos rechazar la enfermedad y reconocer que ésta proviene de Satanás. Por lo tanto, no hay razón para seguir bajo la esclavitud de la enfermedad. Debemos entender claramente que ella pertenece a nuestro enemigo, y que no debemos recibirla. El Hijo de Dios vino para libertarnos, no para atarnos.

Muchos se preguntan por qué Dios no quita la enfermedad cuando no hay necesidad de que los creyentes se enfermen. Necesitamos comprender que Dios actúa según nuestra fe (Mt. 8:13). Este es un principio inmutable que se aplica a la relación de Dios con nosotros. Muchas veces Dios está dispuesto a sanar a Sus hijos, pero como ellos no creen ni lo piden, El permite que la enfermedad perdure. Si el creyente se resigna a estar enfermo o acepta empeorarse, si le da cabida a la enfermedad, pensando que ella lo separa del mundo y lo hace más santo, el Señor no puede hacer otra cosa que darle lo que desea. Con frecuencia Dios trata a Sus hijos según lo que ellos pueden soportar. El puede tener un gran deseo de sanarlos, pero puesto que ellos no tienen la fe para pedir, no reciben este don.

No debemos pensar que somos más sabios que Dios ni que podemos ir más allá de lo que la Biblia revela. Aunque nuestro lecho de convalecencia pueda a veces parecer un santuario, y aunque todos los que entren en él puedan sentir que Dios los toca, ésa no es la voluntad perfecta de Dios, ni es lo que Dios desea para nosotros. Si nos conducimos conforme a nuestras emociones y no prestamos atención a la revelación de Dios, El permitirá que andemos como queramos. Muchos creyentes dicen: "No importa lo que suceda, yo me entregaré a las manos de Dios. Sea que me mejore o que continúe enfermo, dejaré que Dios decida por mí, y le permitiré tratarme como a El le agrade". *Pero muy frecuentemente, estas mismas personas recurren a la medicina al mismo tiempo.* ¿Es esto lo que se hace cuando se deja todo en las manos de Dios? Buscan la sanidad de Dios, dejando la responsabilidad en las manos de El, y al mismo tiempo la sanidad del hombre, recurriendo a la medicina. Esto es una contradicción. El hecho es que muchos creyentes han perdido su fuerza de voluntad por el período tan prolongado que yacen en cama. Ya no se sienten capaces de aferrarse a la promesa de Dios. Su sumisión es en realidad una especie de pereza espiritual. Aunque desean recuperar salud, ese deseo no hace que Dios obre en ellos. Muchos creyentes se resignan pasivamente a su enfermedad durante un largo tiempo; se enferman cada vez más,, y no tienen la firmeza para buscar la libertad. Prefieren que otros crean por ellos o esperan que Dios les dé fe y los obligue a creer sin hacer ellos ningún esfuerzo. Ahora bien, si su voluntad no es motivada y si no resisten al diablo y se aferren al Señor Jesús, la fe que Dios da no llegará a ellos. Muchos enfermos no necesitan estar en esta condición; si están enfermos es porque no tienen fuerzas para reclamar las promesas de Dios.

Debemos comprender que las bendiciones espirituales que recibimos en la enfermedad son muy inferiores a las que ganamos al ser restaurados. Si al confiar en Dios y al consagrarnos a El somos sanados, debemos llevar una vida santa en lo sucesivo. Solamente esto

mantendrá nuestra buena salud. Al sanarnos de esta manera, el Señor obtiene nuestro cuerpo, lo cual es un gozo inexplicable. Sin embargo, este gozo viene no porque hayamos sido sanados, sino porque ahora tenemos una nueva relación con nuestro Señor. Tenemos una nueva experiencia de El, estrechamos nuestra relación con El y recibimos de El nueva vida. En tales momentos, Dios es glorificado mucho más que cuando estábamos enfermos.

Por consiguiente, los hijos de Dios deben buscar la sanidad. Primeramente debemos acudir al Señor y escuchar lo que El desea decirnos en medio de nuestra enfermedad. En segundo lugar, debemos conducirnos con un corazón puro, conforme a lo que El nos ha revelado. Finalmente, debemos poner nuestro cuerpo bajo Su cuidado y consagrarlo a El. Si hay ancianos en la iglesia que puedan ungirnos con aceite (Jac. [Stg.] 5:14-15), debemos llamarlos y dejar que cumplan el *precepto* bíblico. De lo contrario, debemos permanecer en calma y emplear nuestra fe para asirnos de la promesa de Dios (Ex. 15:26), y El nos sanará.

CAPITULO TRES

DIOS ES LA VIDA DEL CUERPO

Ya vimos que nuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo. Debemos prestar especial atención al hecho de que el apóstol se ocupa bastante en nuestro cuerpo. Por lo general, creemos que la vida de Cristo se aplica a nuestro espíritu y no a nuestro cuerpo. Pero en realidad, cuando nuestro espíritu recibe al Espíritu Santo, la salvación que Dios nos da se extiende también a nuestro cuerpo. Si la intención de Dios fuera solamente hacer que el Espíritu Santo morara en nuestro espíritu para que éste recibiera el beneficio, ¿por qué no dijo el apóstol: "Vuestro espíritu es templo del Espíritu Santo", sino: "Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo"? Ya debemos comprender que el hecho de que nuestro cuerpo sea el templo del Espíritu Santo es más que un privilegio especial, ya que también es un poder efectivo que no sólo fortalece nuestro hombre interior y alumbra los ojos de nuestro corazón, sino que también hace que nuestro cuerpo tenga salud.

También dijimos que el Espíritu Santo da vida a nuestro cuerpo mortal. El no espera hasta que muramos para resucitarnos; hoy El le imparte vida a nuestro cuerpo. En el futuro El resucitará nuestro cuerpo *corrupto,* pero ahora le da vida a nuestro cuerpo *mortal.* El poder de Su vida penetra a cada célula de nuestro ser y hace que experimentemos Su vida y Su poder.

Debemos dejar de pensar que nuestro cuerpo es una triste prisión y ver que en él habita la vida de Dios. Podemos experimentar las palabras, "ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí". Cristo es ahora la fuente de nuestra vida. El vive en nosotros como vivió en Su cuerpo de carne en aquel tiempo. Todos necesitamos entender con claridad las palabras: "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia". Esta vida abundante suple todas las necesidades de nuestro cuerpo. El apóstol le dijo a Timoteo que echara mano de la vida eterna (1 Ti. 6:12). Sin embargo, en este caso, Timoteo no necesitaba vida eterna para ser salvo. Por lo tanto, debe de refiere a la vida "que lo es de verdad", la cual se menciona en el versículo 19. El apóstol alude con esto a que Timoteo debería experimentar la vida eterna en esta edad y a que esta vida es lo suficientemente poderosa para vencer todos los efectos de la muerte.

No desconocemos el hecho de que nuestro cuerpo es un cuerpo de muerte. Pero debemos tener presente que necesitamos que la vida absorba el poder de la muerte. Dentro de nuestro cuerpo existen dos fuerzas: la muerte y la vida. Por una parte, nos debilitamos, y por otra, somos fortalecidos por el alimento y el descanso. La debilidad nos conduce a la muerte, mientras que el fortalecimiento que recibimos del alimento y el descanso mantiene nuestra vida. Si acumulamos demasiado suministro, el cuerpo produce un "exceso", debido a que la fuerza de la vida es grande. La demasiada fatiga hace que el cuerpo se debilite, debido a que la fuerza de la muerte también es grande. Lo óptimo es mantener las fuerzas de la vida y la muerte en equilibrio. El cansancio que un creyente siente en su cuerpo es, en muchos aspectos, diferente al que experimenta la gente común, pues no se halla solamente en su

cuerpo físico. El camina con el Señor, lleva las cargas de otros, tiene compasión de sus hermanos, trabaja para Dios, intercede delante de El, lucha en contra del poder de las tinieblas y golpea su cuerpo; por eso, el alimento y el descanso solos no pueden reponer la perdida de energía de su cuerpo. Por esta razón muchos creyentes, que tenían muy buena salud antes de ser llamados a la obra, se debilitan al poco tiempo. Nuestro contacto con la esfera espiritual y lo relacionado con nuestra vida, nuestra labor y nuestra participación en la guerra espiritual van más allá de lo que nuestro cuerpo físico puede soportar. El contacto que tenemos con los pecados, los pecadores y los espíritus malignos absorben todos los recursos de nuestro cuerpo y hacen que sea difícil satisfacer muchas necesidades. Por lo tanto, si el creyente depende solamente de medios naturales para abastecer sus necesidades físicas, no sobrevivirá. Necesitamos la vida de Cristo porque sólo Su vida puede satisfacer nuestras necesidades. Debemos tener en cuenta que si dependemos del alimento físico, de una buena nutrición y de la medicina, estamos poniendo nuestros ojos en la fuente equivocada. Solamente la vida del Señor Jesús puede satisfacer todas las necesidades de nuestra vida, nuestra labor y nuestra lucha espiritual. Solamente El puede reponer las fuerzas que necesitamos para luchar contra los pecados y contra Satanás. Solamente cuando el creyente llega a entender en verdad lo que es la batalla espiritual y cómo luchar en el espíritu contra el enemigo, llega a comprender lo preciosa que es la vida de Jesús para nuestro cuerpo físico.

Los creyentes deben ver cuán real es su unión con el Señor. El es la vid, y nosotros los sarmientos. Así como éstos van unidos a la vid, asimismo estamos nosotros unidos al Señor Jesús. Es por medio de la unión con la vid que las ramas reciben el flujo de vida. ¿No es igual nuestra unión con el Señor Jesús? Si limitamos esta unión al espíritu, nuestra fe no aceptará esa restricción. Nuestro Señor nos llamó a experimentar en la práctica nuestra unión con El; El desea que creamos y recibamos el fluir de su vida en nuestro espíritu, en nuestra alma y en nuestro cuerpo. Si nos separamos del Señor, no sólo perderemos la paz del espíritu sino también la salud del cuerpo. Si nuestra unión con el Señor es constante, Su vida llenará nuestro espíritu y fluirá a nuestro cuerpo. Si no participamos verdaderamente de la vida del Señor Jesús, no seremos sanados ni tendremos salud. Dios llama a Sus hijos a tener una unión más profunda con el Señor Jesús.

Por lo anterior, necesitamos comprender que aunque estas cosas afectan nuestro cuerpo físico, son espirituales. Recibir sanidad y fortaleza de parte de Dios no es una experiencia física sino espiritual, aunque ocurra en el cuerpo. Tales experiencias no son otra cosa que la vida del Señor Jesús expresada en nuestro cuerpo mortal. Así como la vida del Señor Jesús resucitará nuestro espíritu muerto, ahora vivifica nuestro cuerpo mortal. Dios desea que aprendamos a permitir que la vida resucitada, gloriosa y victoriosa de Cristo sea manifestada en todo nuestro ser. El desea que renovemos nuestra fuerza con Su vida día tras día y hora tras hora. Esta es nuestra verdadera vida. Aunque nuestro cuerpo físico sea animado por la vida de nuestra alma, no debemos vivir por ésta, sino depender de la vida de Dios, la cual da vida a nuestros miembros en una forma que la vida anímica no puede. Debemos prestar atención a la palabra “vida”. Todas nuestras experiencias espirituales vienen de algo maravilloso llamado “vida”, que penetra ricamente a todo nuestro ser. Dios desea que comprendamos que la vida de Cristo es nuestra fuerza.

Mateo 4 nos muestra que la palabra de Dios es vida para nuestro cuerpo físico: "No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (v. 4). Nos muestra claramente que la palabra de Dios puede sustentar nuestro cuerpo físico. Según lo natural, el hombre vive de pan, de la comida física; pero cuando la palabra de Dios brota con Su poder, el hombre puede vivir también por ella. Vemos dos maneras de vivir: La manera sobrenatural y la manera natural. Aunque Dios no nos dice que no comamos, El desea que sepamos que Su palabra puede darnos la vida que el pan no puede dar. Cuando el pan no puede producir el efecto que esperamos, Su palabra sí puede y nos da vida. Algunos viven por el pan, y otros, por la palabra de Dios. Aquél a veces falla, pero éste nunca cambia.

Dios pone Su vida en Su palabra. Así como El es la vida, también es la palabra. Si tomamos Su palabra como una enseñanza, un credo o una regla moral, no tendrá ningún poder en nosotros. La palabra de Dios debe ser digerida por nosotros y estar unida a nosotros de la misma forma que el pan. Los santos que tienen hambre saben que la palabra de Dios es su alimento. Cuando la reciben con fe, la palabra viene a ser su vida. Dios dijo que Su palabra puede sustentar nuestra vida; por eso, cuando falta el alimento natural, podemos creer en Dios según Su palabra. Entonces veremos que Dios es vida no sólo para nuestro espíritu sino también para nuestro cuerpo físico. Hoy en día sufrimos una gran pérdida al no comprender que tenemos una provisión rica en la Palabra de Dios (la Biblia) para nuestro cuerpo físico. Hemos limitado las promesas de Dios a nuestra vida espiritual y nos hemos olvidado de nuestro cuerpo físico. Pero en realidad, la necesidad de nuestro cuerpo físico no es menor que nuestra necesidad espiritual.

LA EXPERIENCIA DE LOS SANTOS DE LA ANTIGÜEDAD

Dios no desea que Sus hijos estén débiles ni enfermos; Su voluntad es que tengan salud y vigor. El no quiere que Sus hijos estén afligidos con debilidades hasta la muerte. Su palabra dice: "Y como tus días serán tus fuerzas" (Dt. 33:25), lo cual se refiere a nuestro cuerpo. Si vivimos en la tierra un día más, la fuerza que el Señor promete para nuestro cuerpo nos acompañará un día más. Dios no tiene la intención de darnos otro día sin proveernos la fuerza que necesitamos. Debido a que los creyentes no aplican esa preciosa promesa por la fe, su fuerza no es igual al número de sus días. Dios desea que la fuerza de Sus hijos corresponda al número de sus días; por eso, promete que El será su fuerza. Por lo tanto, de la manera que Dios vive, también nosotros viviremos, y asimismo durará nuestra fuerza. Por la promesa de Dios, todos los días al levantarnos con la aurora, podemos afirmar en fe, que como Dios vive, nosotros tendremos para ese día tanto fuerza espiritual como física. Era común que los santos de antaño conocieran a Dios como su fuerza y experimentaran la fuerza de El trasmitida a su cuerpo físico. Encontramos esto primeramente en Abraham. "Y no se debilitó en su fe, aunque consideró su propio cuerpo, ya muerto, siendo de casi cien años, y lo muerta que estaba la matriz de Sara" (Ro. 4:19). El engendró a Isaac porque creyó a Dios. La fuerza de Dios se expresó por medio de un cuerpo casi muerto. No importa la condición en que se halle nuestro cuerpo; lo que cuenta es la fuerza que Dios le da.

En cuanto a Moisés, la Biblia dice: "Era Moisés de edad de ciento veinte años cuando murió; sus ojos nunca se oscurecieron, ni perdió su vigor" (Dt. 34:7). Vemos claramente que el poder de la vida de Dios se expresaba en El.

La Biblia también describe la condición física de Caleb. Después de que los israelitas entraron a la tierra de Canaán, él dijo: "Entonces Moisés juró diciendo: Ciertamente la tierra que holló tu pie será para ti, y para tus hijos en herencia perpetua, por cuanto cumpliste siguiendo a Jehová mi Dios. Ahora bien, Jehová me ha hecho vivir, como él dijo, estos cuarenta y cinco años, desde el tiempo que Jehová habló estas palabras a Moisés, cuando Israel andaba por el desierto; y ahora, he aquí, hoy soy de edad de ochenta y cinco años. Todavía estoy tan fuerte como el día que Moisés me envió; cual era mi fuerza entonces, tal es ahora mi fuerza para la guerra y para salir y para entrar" (Jos. 14:9-11). Caleb siguió fielmente a Dios y Dios llegó a ser la fuerza de Caleb según Su promesa, a tal punto que después de cuarenta y cinco años no había menguado en nada su fuerza.

Cuando leemos el libro de Jueces y vemos la fuerza de Sansón, queda bastante claro para nosotros que el Espíritu Santo puede conceder fuerza física al hombre. Aunque Sansón cometió muchas inmoralidades y aunque el Espíritu Santo no necesariamente le da esta gran fuerza a todos los creyentes, es cierto que si dependemos de que El mora en nosotros, siempre obtendremos Su fuerza para que todas nuestras necesidades diarias sean satisfechas. Si miramos algunos de los cánticos de David en los salmos, descubriremos que él recibió la fuerza de Dios en su cuerpo: "Te amo, oh Jehová, fortaleza mía ... Dios es el que me ciñe de poder, y quien hace perfecto mi camino; quien hace mis pies como de ciervas, y me hace estar firme sobre mis alturas; quien adiestra mis manos para la batalla, para entesar con mis brazos el arco de bronce" (18:1, 32-34). "Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?" (27:1). "Jehová dará poder a Su pueblo" (29:11). "Tu Dios ha ordenado tu fuerza ... el Dios de Israel, él da fuerza y vigor a su pueblo" (68:28, 35). "El que sacia de bien tu boca de modo que te rejuvenezcas como el águila" (103:5).

Otros salmos nos muestran que Dios era la fuerza para su pueblo. Salmos 73:26 dice: "Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre". Salmos 84:5 dice: "Bienaventurado el hombre que tiene en Ti sus fuerzas", y 91:16 declara: "Lo saciaré de larga vida y le mostraré mi salvación".

Eliú le dijo a Job acerca del castigo de Dios y de su resultado: "También sobre su cama es castigado con dolor fuerte en todos sus huesos, que le hace que su vida aborrezca el pan y su alma la comida suave. Su carne desfallece, de manera que no se ve, y sus huesos, que antes no se veían, aparecen. Su alma se acerca al sepulcro, y su vida a los que causan la muerte. Si tuviese cerca de él algún elocuente mediador muy escogido, que anuncie al hombre su deber; que le diga que Dios tuvo de él misericordia, que lo libró de descender al sepulcro, que halló redención; su carne será más tierna que la del niño, volverá a los días de su juventud" (Job 33:19-25). La vida de Dios fue expresada por medio de una persona que estaba a las puertas de la muerte.

El profeta Isaías también dio testimonio de esto: "He aquí Dios es salvación mía; me aseguraré y no temeré, porque mi fortaleza y mi canción es JAH Jehová, quien ha sido salvación para mí" (12:2). "El da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no

tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán y no se fatigarán" (40:29-31). Todos estos versículos se refieren claramente al cuerpo físico. La fuerza de Dios vendrá sobre aquellos que esperan en El para hacerles esta clase de personas.

Cuando Daniel recibió la visión de parte de Dios, dijo: "No quedó fuerza en mí, antes mi fuerza se cambió en desfallecimiento, y no tuve vigor alguno" (10:8). Pero Dios envió un ángel para fortalecerlo. Daniel habló sobre esto y escribió: "Y aquel que tenía semejanza de hombre me tocó otra vez, y me fortaleció, y me dijo: Muy amado, no temas; la paz sea contigo; esfuérzate y aliéntate. Y mientras él me hablaba, recobré las fuerzas, y dije: Hable mi señor, porque me has fortalecido" (vs. 18-19). Aquí podemos ver claramente que Dios puede fortalecer el cuerpo humano. Los hijos de Dios hoy deben saber que El se preocupa por su cuerpo físico. Dios es la fuerza no sólo de nuestro espíritu, sino también de nuestro cuerpo físico. En el Antiguo Testamento, la gracia no se había manifestado en la misma medida que hoy; sin embargo, los santos de ese entonces experimentaban a Dios como su fuerza física. ¿Acaso la bendición que recibimos hoy no es igual a la de ellos? Lo que experimentemos en nuestro cuerpo físico debe ser lo mismo que ellos vivieron. Si no conocemos las riquezas de Dios, podemos pensar que El solamente nos da cosas espirituales, pero si tenemos fe, no limitaremos la fuerza ni la vida de Dios a nuestro espíritu olvidándonos de nuestro cuerpo. Recalcamos bastante que la vida de Dios no sólo sana nuestras enfermedades sino que también nos mantiene saludables, libres de las enfermedades. Dijimos antes que Dios sana nuestras enfermedades, y ahora queremos resaltar que El, como nuestra fuerza, nos hace aptos para vencer tanto la enfermedad como la debilidad. Dios no nos sana simplemente para que tengamos salud y vivamos según nuestra vida natural, sino que El mismo viene a ser vida para nuestro cuerpo físico a fin de que éste pueda también vivir por El y recibir toda la fuerza que necesitamos para llevar a cabo Su obra. Cuando los israelitas salieron de Egipto, Dios les dijo: "Si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, e hicieres lo recto delante de Sus ojos, y dieres oído a Sus mandamientos, y guardares todos sus estatutos, ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios te las enviaré a ti; porque Yo Soy Jehová tu sanador" (Ex. 15:26). Más adelante, esta promesa se cumplió plenamente: "Los sacó con plata y oro; y no hubo en sus tribus enfermos" (Sal. 105:37). Tal vez sepamos que la sanidad de Dios no sólo nos sana, sino que nos guarda de las enfermedades y preserva nuestra fuerza y nuestra salud. Si estamos perfectamente sometidos a El y no nos oponemos intencionalmente a Su voluntad, y si con un corazón de fe tomamos la vida de Dios como la fuerza de nuestro cuerpo, veremos que Jehová todavía sana.

LA EXPERIENCIA DE PABLO

Si aceptamos la enseñanza bíblica de que nuestros cuerpos son miembros de Cristo, también tendremos que aceptar que la vida de Dios fluye a nuestro cuerpo. La vida de Cristo fluye de la Cabeza a Su Cuerpo, impartiéndole vida, vigor y fortaleza. Puesto que nuestros cuerpos son miembros de Su Cuerpo, la vida divina fluirá en ellos. Sin embargo, dicha vida sólo se recibe por fe. La medida de vida que recibamos depende del grado de fe

que ejercitemos al acercarnos a esa vida. En la Biblia vemos que la vida del Señor Jesús puede ser aplicada y recibida por el cuerpo del creyente, pero esto no puede suceder sin fe. Quizás muchos creyentes se sorprendan la primera vez que escuchan esta enseñanza. Pero no debemos quitarle importancia a la enseñanza explícita de la Biblia. Si examinamos la experiencia de Pablo, veremos lo práctico y valioso de este asunto.

En 2 Corintios 12 el apóstol Pablo habló de la condición de su cuerpo. Dijo que tenía un aguijón en su carne y que le había rogado al Señor tres veces para que se lo quitara. Pero el Señor le respondió: "Bástate Mi gracia; porque *Mi* poder se perfecciona en la debilidad" (v. 9a). Así que, el apóstol añade: "Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder de Cristo extienda tabernáculo sobre mí ... porque cuando soy débil entonces soy poderoso" (vs. 9b-10). ¿Cuál era el aguijón que el apóstol tenía en su carne? Podemos dejar esta pregunta sin respuesta por ahora, puesto que la Biblia no nos da los detalles. Pero una cosa es cierta: ese aguijón tenía el efecto de debilitar su cuerpo. La palabra original traducida "debilidad", se refiere a la debilidad del cuerpo. La misma expresión se usa en Mateo 8:17. Los corintios sabían que el cuerpo del apóstol era débil (2 Co. 10:10). El apóstol mismo les dijo que cuando estuvo la primera vez entre ellos, estuvo con debilidad (1 Co. 2:3). Esto no significa que el apóstol careciera de poder espiritual, porque ambas epístolas revelan que él estaba lleno de poder espiritual. Además, la palabra "debilidad" también describe la debilidad física mencionada anteriormente y se usa en otros dos pasajes para referirse a la condición de muerte del cuerpo físico.

Por consiguiente, en estos versículos podemos ver la condición física del apóstol. Al principio estaba muy débil físicamente, ¿pero permaneció en debilidad para siempre? No. El nos dice que el poder de Cristo descansaba sobre él para fortalecerlo. Debemos prestar atención a "los contrastes". El aguijón nunca se apartó de Pablo, ni la debilidad que venía con el aguijón; sin embargo, el poder de Cristo descansaba sobre su cuerpo débil y lo fortalecía para satisfacer todas las necesidades. El poder de Cristo estaba en contraste con la debilidad de Pablo. Este poder no quitó el aguijón ni la debilidad, sino que vivía en Pablo, haciéndose cargo de todas las cosas que el cuerpo débil de Pablo no podía hacer. Esto puede ser comparado con la mecha de una lámpara que arde y no se consume debido a que está llena de aceite. Aunque la mecha sea muy débil, el aceite suple todo lo que la llama necesita.

Aquí vemos el principio de que la vida de Dios es la fuerza de nuestro cuerpo. Dicha vida no cambia la naturaleza débil y mortal de nuestro cuerpo, sino que lo satura con lo que él no puede proveer. Por consiguiente, según su condición natural, Pablo era el más débil, pero según el poder que recibía de Cristo, era el más fuerte. La fuerza que se menciona en este pasaje se refiere específicamente al cuerpo del apóstol. Todos sabemos que el apóstol trabajaba sin cesar día y noche, laborando mental y físicamente, haciendo un trabajo que ni siquiera entre tres o cuatro hombres fuertes se podría realizar. Si este cuerpo débil no hubiese recibido la vida del Espíritu Santo, no habría podido llevar tantas cargas. Es indiscutible que Dios fortaleció el cuerpo de Pablo.

¿Cómo fortaleció Dios a Pablo? El apóstol menciona el problema de su cuerpo en 2 Corintios 4, donde dice: "Llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros

que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal" (vs. 10-11). Lo que más nos llama la atención es que aunque los versículos 10 y 11 aparentemente son repetitivos, en realidad no lo son. El versículo 10 habla de la vida de Jesús manifestada en nuestro cuerpo; mientras que el versículo 11 habla acerca de la vida de Jesús manifestada en nuestra carne mortal. Muchos pueden expresar la vida de Jesús en su cuerpo pero no van un paso más adelante para hacer lo mismo en su carne mortal. La diferencia entre estos dos es enorme. Muchos creyentes cuando están enfermos muestran verdadera obediencia y paciencia sin murmurar y sin expresar ansiedad. Sienten la presencia del Señor y manifiestan Sus virtudes en su rostro, en sus palabras y en sus acciones. Por el Espíritu Santo manifiestan evidentemente la vida de Jesús en su cuerpo; sin embargo, no saben que el Señor Jesús puede sanar sus enfermedades, ni han escuchado que Su vida también puede correr por su humilde cuerpo. Nunca aplican su fe para apropiarse de la sanidad que el Señor ofrece a su cuerpo de la misma manera que lo hicieron para ser lavados y para recibir la vida del Señor en su espíritu muerto. Como resultado, no manifiestan la vida de Jesús en su "carne mortal". Por la gracia del Señor, soportan el dolor pero no reciben sanidad. Experimentan el versículo 10 pero no el versículo 11.

En este versículo vemos que Dios nos sana y nos fortalece por la vida del Señor Jesús. Esto es crucial. Cuando nuestro cuerpo mortal es fortalecido, su naturaleza no es transformada en una naturaleza inmortal. El cuerpo sigue siendo el mismo, y es la vida que suministra fuerza al cuerpo la que cambia. Antes dependíamos de nuestra vida natural, y ésta era la fuente de nuestra fuerza; pero ahora dependemos de la vida de Cristo como suministro. Podemos ser fortalecidos para laborar porque tenemos la vida de resurrección de Cristo, la cual sustenta nuestro cuerpo.

El apóstol no se refería a que una vez que viviera por el Señor, nunca volvería a estar débil. Cuando el poder de Cristo no reposaba sobre él, era tan débil como antes. Podemos llegar a perder la manifestación de la vida del Señor Jesús en nuestro cuerpo por ser descuidados, independientes o por el pecado. Algunas veces puede ser que suframos debilidad en nuestro cuerpo, no por alguna falta nuestra, sino por atacar osadamente el poder de las tinieblas. En otras ocasiones podemos sufrir constantemente por causa del Cuerpo de Cristo cuando lo experimentamos profundamente. Sin embargo, el hombre generalmente no experimenta estos últimos dos a menos que sea muy espiritual. Una cosa es segura: aunque podamos estar débiles, la voluntad de Dios es que no tengamos ningún impedimento físico, que nunca faltemos en Su obra y que no le causemos sufrimiento. El apóstol frecuentemente estaba débil, pero la obra de Dios nunca se debilitó por ello. Reconocemos la infinita autoridad de Dios, pero no debemos evadir nuestra responsabilidad.

Vemos que las palabras "la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal", se basan en el hecho de que "siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús". En otras palabras, debemos negarnos por completo a nuestra propia vida para experimentar la manifestación de la vida de Jesús en nuestro cuerpo. En esto podemos ver la relación que existe entre la vida de una persona espiritual, libre del yo, y un cuerpo sano. La vida de Dios es El mismo. El manifiesta Su vida en nuestro cuerpo a fin de llevar a cabo Su propia obra. El no tiene la intención de darnos Su vida y fuerza para que laboremos y vivamos para nosotros mismos, ni da Su vida a nuestro cuerpo para que nosotros la desperdiciemos;

tampoco nos suministra Su fuerza para que llevemos a cabo nuestro propio propósito. Si no vivimos exclusivamente para El, El no querrá darnos esta vida. Vemos, entonces, la razón por la cual muchos buscan sanidad y fuerza, pero no la reciben; creen que la salud y la fuerza se les otorga para que ellos disfruten. Buscan la vida de Dios para su cuerpo a fin de sentirse más cómodos, contentos, libres y menos atados a fin de realizar cualquier tipo de acción. Es por esto que permanecen débiles e incapacitados. Dios no nos dará Su vida para nuestro propio uso ni para que expresemos la vida del yo, haciendo que su propósito sufra continua pérdida. Dios espera que Sus hijos lleguen al final de ellos mismos para darles lo que buscan.

¿A qué se refiere "la muerte de Jesús" en el versículo 10? A la vida del Señor Jesús que continuamente da muerte al yo. Toda la vida el Señor se negó al yo. El no hizo nada por Sí mismo, sino que llevó a cabo la obra de Dios. El apóstol nos dice que él permitía que la muerte de Jesús operara en su cuerpo para que la vida del Señor Jesús también se manifestara en su carne mortal. ¿Podemos recibir esta enseñanza? Dios busca a quienes estén dispuestos a aceptar la muerte del Señor Jesús para que El pueda vivir en el cuerpo de ellos. ¿Quién está dispuesto a obedecer voluntad de Dios sin reservas? ¿Quién no iniciará nada por su cuenta? ¿Quién está dispuesto a atacar continuamente el poder de las tinieblas por causa de Dios? ¿Quién se rehusa a usar su propio cuerpo para llevar a cabo algo por sí mismo? Esta clase de persona llena las condiciones para que la vida del Señor Jesús se manifieste en su carne. Si prestamos atención a la muerte, Dios nos cuidará en el aspecto de la vida. Cuando consagremos nuestra debilidad a El, El nos dará Su fuerza.

EL PODER NATURAL Y LA VIDA DE JESUS

Si nos consagramos plenamente a Dios, podemos creer que El ciertamente preparó un cuerpo para nosotros. A veces pensamos que habría sido maravilloso haber podido decidir cómo queríamos que fuera formado nuestro cuerpo. Quisiéramos que nuestro cuerpo no hubiera tenido tantos defectos naturales y que tuviera más resistencia, a fin de que pudiéramos disfrutar de una vida más larga sin dolor ni enfermedad. Pero Dios no nos preguntó. El sabía lo que debíamos tener. No debemos culpar a nuestros antepasados por sus errores y pecados, ni debemos dudar del amor ni de la sabiduría de Dios. Todo lo relacionado con nosotros fue decidido antes de la fundación del mundo. Dios ejerció Su inmensa bondad al darnos un cuerpo que fuera propenso a estar limitado por el dolor y la enfermedad. Su propósito no es que abandonemos este cuerpo ni que lo consideremos una carga. El desea que nosotros tomemos un cuerpo *nuevo* por medio del Espíritu Santo que mora en nosotros. Cuando El preparó nuestro cuerpo, El conocía todas las limitaciones y la fragilidad de éste, y tenía la intención de que deseáramos un cuerpo nuevo por medio de las experiencias dolorosas, un cuerpo que no viva por la fuerza *natural* sino por la vida de Dios. De esta manera, podemos cambiar nuestra debilidad por Su fuerza y comprender que aunque nuestro cuerpo no haya llegado a ser nuevo, la vida por la cual vive sí es nueva.

El Señor se deleita en llenar cada nervio, cada vaso sanguíneo y cada célula con Su fuerza. El no cambia nuestra constitución débil por una fuerte, ni simplemente nos imparte gran cantidad de fuerza. El desea ser la vida de nuestro cuerpo para que podamos vivir por El a cada instante. Algunos pueden creer que recibir al Señor Jesús como la vida de nuestro cuerpo significa que Dios lleva a cabo el milagro de transfundir una gran medida de fuerza

a nuestro cuerpo para que, como resultado, no suframos más o dejemos de enfermarnos por el resto de nuestra vida. Pero ésta no fue la experiencia del apóstol; él dijo: "Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal". Su carne siempre estaba débil, pero la vida del Señor Jesús continuamente fluía en él. El vivió por la vida del Señor momento a momento. Recibir al Señor Jesús como vida para nuestro cuerpo requiere una dependencia continua. Con nuestra propia fuerza no podemos afrontar nuestras circunstancias ni por un momento, pero al depender del Señor, El nos da la fuerza que necesitamos momento a momento.

Esto es lo que Dios quiso decir cuando le dijo a Jeremías: "Pero a ti te daré tu vida por botín en todos los lugares a donde fueres" (Jer. 45:5). Nosotros no nos sentimos seguros en absoluto en nuestra fuerza natural; más bien, nos entregamos a la vida del Señor cada vez que respiramos. Hay una seguridad muy grande en ello porque El vive para siempre. No tenemos ninguna fuerza *de reserva* por la cual podamos actuar libremente. Por el contrario, cada vez que necesitemos fuerza, tenemos que obtenerla tomando nuestro aliento del Señor. La respiración de un momento nos capacita para vivir ese momento; nada puede guardarse en reserva. Esta es una vida completamente unida y dependiente del Señor. "Yo vivo por causa del Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por causa de Mí" (Jn. 6:57). Esta es la llave de esta vida. Si pudiéramos vivir independientemente del Señor que nos da vida, seríamos conducidos a seguir nuestro propio camino y a perder nuestro corazón de dependencia. Seríamos iguales a los del mundo que desperdician sus fuerzas vanamente. Dios desea que le necesitemos y dependamos de El continuamente. Así como el maná sólo podía recogerse una vez para el día, nuestro cuerpo debe vivir por Dios hora tras hora.

De esta forma no limitamos nuestra obra con nuestra fuerza natural, ni permanecemos en una continua ansiedad por nuestro cuerpo. Si alguna cosa es la voluntad de Dios, tenemos la osadía de obedecer aunque parezca arriesgado desde el punto de vista de la sabiduría humana. El es nuestra fuerza; así que, simplemente debemos esperar Su comisión. En nosotros mismos no tenemos fuerzas para soportar nada, pero nuestros ojos están puestos en El. No tenemos nada en qué confiar; vamos adelante en victoria sólo por El. Somos demasiado fuertes y no sabemos cómo dejar de confiar en nuestra fuerza ni cómo depender totalmente de El. Su fuerza sólo se puede manifestar en nuestra debilidad; cuanto menos tengamos de qué depender (en nuestra actitud), tanto más se manifestará Su fuerza. Nuestra fuerza nunca podrá laborar juntamente con El. Si pretendemos ayudar a la fuerza de Dios con la nuestra, el resultado no será otra cosa que fracaso y turbación.

Puesto que el Señor requiere que dependamos de El, esta experiencia no debe ser sólo para los que por naturaleza son débiles, sino también para los que son fuertes en lo natural. Algunos creyentes pueden pensar que no necesitan buscar esta clase de experiencia hasta que comiencen a sentirse débiles, ya que sus cuerpos son fuertes, lo cual es un error, pues tanto nuestra fuerza como nuestra debilidad naturales necesitan la vida de Dios. Nada de lo que recibamos en la vida de la vieja creación satisface a Dios. Si el creyente ha sido enseñado por Dios, pondrá a un lado su propia fuerza para recibir la vida de Dios, aun si su cuerpo es tan fuerte que aparentemente no necesita buscar la vida de Dios. Esto no significa que ejercite su voluntad para *escoger* estar débil, sino que no *cree* en su fuerza, y tampoco en su propia habilidad. Esta consagración lo salvará de jactarse según su fuerza carnal, lo

cual es una enfermedad común de los obreros del Señor. No se atreverá a ir más allá de lo que el Señor le mande. El es como quienes son débiles por naturaleza, quienes sin la fortaleza del Señor no se atreven a hacer nada. Por lo tanto, no se atreve a trabajar más de la cuenta ni a ser descuidado al comer ni a exponerse gratuitamente al peligro como los que son débiles por naturaleza.

Esta clase de vida es crucial para que el yo sea restringido por el Espíritu Santo. De lo contrario, estamos destinados a caer. A algunos creyentes les encantaría tener esta vida, pero no pueden detener completamente sus acciones. Todavía no obedecen la voluntad de Dios y actúan independientemente. En consecuencia, pueden ser admirados por algún tiempo, pero la fuerza de su cuerpo no los sostendrá mucho tiempo. La vida de Dios no es el siervo de nuestra voluntad. El no nos suministrará fuerzas para que hagamos algo que El no ha autorizado. Si hacemos algo aparte de El, Su vida se nos escapa y nos encontraremos una vez más llevando la obra con nuestro pobre cuerpo. Para vivir por Dios, no debemos hacer nada libremente según nuestra propia voluntad; debemos hacer solamente aquello que sepamos con certeza que Dios nos indicó que hiciéramos. Si somos obedientes, veremos que Su vida verdaderamente nos será aplicada; de no ser así, El no nos dará Su fuerza para que le desobedezcamos.

LA BENDICION DE ESTA VIDA

Si recibimos la vida del Señor Jesús para que sea la vida de nuestro cuerpo, éste será fortalecido por el Señor, y nuestra vida espiritual también prosperará por El.

Comprendimos hace mucho tiempo, por lo menos en teoría, que nuestro cuerpo es para el Señor; sin embargo, debido a nuestro egoísmo, el Señor no ha podido llenarnos. Ahora le entregamos todo a El. Aceptamos cualquier quebranto que El traiga sobre nosotros. Presentamos nuestro cuerpo en sacrificio vivo y dejamos de regir nuestra propia vida y nuestro futuro. Ahora entendemos lo que significa presentar nuestro cuerpo al Señor. Lo que nos causaba ansiedad ya no nos conmueve. Aunque el enemigo todavía nos tiente a pensar que esto es muy arriesgado y denigrante, ya no estamos tan temerosos como antes. Sabemos que pertenecemos completamente al Señor. Nada que El desconozca o no permita llegará a nosotros. Cualquier ataque que nos sobrevenga sólo mostrará que El tiene un propósito y que El nos protegerá. Nuestro cuerpo ya no es nuestro. Todos sus nervios, sus células y sus órganos fueron entregados a El. Ya no somos dueños de nosotros mismos; por consiguiente, no tenemos ya la responsabilidad. Si de repente el clima cambia, es responsabilidad de El. Si llegamos a tener insomnio en la noche, no nos pondremos ansiosos. No importa con cuánta furia nos ataque Satanás, siempre recordaremos que es Dios quien lucha y no nosotros. Cuando nos conducimos de esta manera, Dios puede expresar Su vida por medio de nuestro cuerpo. Otros pueden estar intranquilos, desesperados, preocupados o pueden estar tratando ansiosamente de buscar algún remedio cuando son puestos en esta misma condición; pero nosotros podemos vivir tranquilamente para Dios por medio de la fe, porque sabemos que no vivimos por causa de una buena alimentación, de suficientes horas de sueño ni del clima apropiado, sino por la vida de Dios. Por eso, nada puede amenazarnos.

Ahora que los creyentes saben que Dios es para Su cuerpo, todas las riquezas de El están listas para que ellos las apliquen. Cada vez que haya una necesidad urgente, Dios tendrá el suministro; por esta razón, están reposados por causa de la provisión de Dios. No piden más de lo que Dios suple, ni se contentan con menos de lo que El prometió. Antes de que llegue el momento para que Dios actúe, ellos no usan su propia fuerza para ayudarlo. Tienen su mirada en el cuidado del Padre. La gente del mundo puede desesperarse y correr en tales momentos debido al sufrimiento en su carne, pero el creyente mira apacible las riquezas de Dios y sabe esperar el tiempo de Dios, debido a la unión que tiene con El. Tal creyente no pone su vida en sus propias manos. ¡Qué paz es ésta!

En esa condición el creyente el creyente glorifica a Dios en todas las cosas. Suceda lo que suceda, lo considera una oportunidad para manifestar la gloria de Dios. No utiliza sus propios métodos, lo cual eclipsaría la alabanza que Dios merece. El ve la liberación que trae el poder de Dios como una oportunidad para alabarlo.

La meta de los creyentes no debe ser solamente recibir las bendiciones de Dios. El mismo es más precioso que todos Sus dones. Si la sanidad no magnifica a Dios mismo, el creyente no la aceptará. De hecho, si solamente deseamos la protección y la provisión de Dios, o si solamente lo invocamos para escapar de nuestras pruebas ya habremos caído. Dios no viene a ser nuestra vida para que tengamos un corazón que busque su beneficio propio. El creyente que realmente conoce a Dios no busca la sanidad, sino a Dios mismo. No desea la sanidad si ésta no glorifica a Dios o si lo aleja de El. Siempre debe recordar que estará cayendo gradualmente si su meta es buscar el don de Dios en lugar de a Dios mismo. Si el creyente vive exclusivamente para Dios, no estará desesperado por pedir ayuda, ni por buscar bendiciones ni por obtener su provisión, sino que se entregará incondicionalmente a Dios.

CAPITULO CUATRO

LA VICTORIA SOBRE LA MUERTE

La experiencia de vencer la muerte no es extraña entre los santos. Por la sangre del Cordero, los israelitas fueron librados de la mano del ángel que mató a los primogénitos de Egipto. David fue librado de las garras del león y del oso y también de la mano de Goliat. Eliseo en cierta ocasión esparció harina en una olla para eliminar un veneno mortal (2 R. 4:38-41). Sadrac, Mesac y Abed-nego, no se quemaron en el horno de fuego ardiendo (Dn. 3:16-27). Daniel vio cómo Dios cerró la boca de los leones cuando fue echado en el foso (6:21-23). Pablo en cierta ocasión sacudió una víbora en el fuego sin sufrir daño alguno (Hch. 28:3-5). Enoc y Elías, ejemplos aún más excelentes de vencer la muerte, fueron llevados al cielo sin pasar por la muerte.

Dios desea conducir a Sus hijos a la experiencia de vencer la muerte. Es crucial vencer el pecado, el yo, el mundo y Satanás; pero nuestra victoria todavía no será completa si no vencemos la muerte. Si deseamos tener una victoria completa, debemos vencer la muerte, el último enemigo (1 Co. 15:26). Si no vencemos la muerte, dejamos suelto un enemigo.

La muerte, que proviene de Satanás, se halla en el mundo natural y también está dentro de nosotros. La tierra esta bajo maldición, y todas las criaturas están bajo el efecto de esta maldición. Si deseamos vivir en constante victoria en este mundo, tenemos que vencer la muerte que hay en él. La muerte también reside en nuestro cuerpo. Desde el día en que nacimos, la muerte ha estado operando en nosotros, pues desde que nacimos vamos en camino a la tumba. No debemos pensar en la muerte solamente como una "puerta" que cruzamos cuando lleguemos al final de nuestros días; debemos ver que la muerte es un proceso. La muerte ya está en nosotros y nos consume gradual y continuamente. El final de nuestro cuerpo físico no es otra cosa que la máxima expresión de la obra de la muerte. La muerte puede atacar nuestro espíritu para hacer que la vida y el poder escaseen en él; puede atacar a nuestra alma para hacer que esté confusa y carente de sentimientos, pensamientos y decisiones; o puede atacar nuestro cuerpo para debilitarlo y enfermarlo.

Al leer Romanos 5, donde dice que: "Reinó la muerte" (v. 17a), vemos que el problema no es solamente la muerte, pues se habla del reinado de la muerte. Este reinado existe en el espíritu, en el alma y en el cuerpo. Aunque nuestro cuerpo todavía no ha muerto, la muerte reina en él. Aunque el poder de la muerte no haya llegado a su expresión máxima, ya está reinando y expandiendo su dominio en todo el cuerpo. Las diversas enfermedades que encontramos en nuestro cuerpo nos muestran en qué medida se halla el poder de la muerte en nosotros, ya que todas ellas conducen nuestra vida humana a su final.

Además del reinado de muerte, también tenemos el reinado de vida (v. 17b). El apóstol dijo que quien reciba el don de la justicia por Cristo Jesús "reinará en vida", lo cual sobrepasa grandemente el poder de la muerte. Debido a que los creyentes ponen tanto énfasis en el problema del pecado, se olvidan de la muerte. Vencer el pecado es esencial, pero no

debemos olvidar que debemos vencer la muerte; estas dos acciones se complementan. Desde el capítulo cinco de Romanos hasta el ocho, se habla explícitamente de vencer el pecado, pero se le presta igual atención al asunto de vencer la muerte: "La paga del pecado es muerte" (6:23). El apóstol no sólo recalca lo que es el pecado, sino que también explica lo que es el resultado del pecado. No sólo muestra que la justicia está en contraste con el pecado sino que también presenta el contraste entre la vida y la muerte. Muchos creyentes sólo se preocupan por vencer las manifestaciones del pecado en su vida diaria y en su carácter, pero descuidan el asunto de vencer la muerte, la cual es la consecuencia del pecado. En estos versículos vemos que Dios no dice mucho por medio del apóstol en cuanto a las manifestaciones del pecado de la vida diaria; más bien, hace un marcado énfasis en el resultado del pecado, la muerte.

Debemos ver claramente la relación que existe entre el pecado y la muerte. Dios murió no sólo para librarnos del pecado sino también de la muerte. El nos llama a vencer ambas cosas. Como pecadores, estábamos muertos en el pecado, el cual reinaba junto con la muerte en nosotros. Puesto que el Señor Jesús murió por nosotros, nuestro pecado y nuestra muerte fueron absorbidos por Su muerte. Antes la muerte era nuestro rey. Pero ahora, después de ser bautizados en Su muerte, no sólo estamos muertos al pecado, sino que también podemos recibir vida, y vivir para Dios (6:11). Estamos unidos a Cristo; por lo tanto, puesto que "la muerte no se enseñorea más de El" (v. 9), tampoco puede enseñorearse de nosotros (v. 14). La salvación que Cristo efectuó reemplaza el pecado con la justicia, y la muerte con la vida. Si leemos este pasaje con detenimiento, veremos que éstos son los puntos principales que presenta el apóstol. Si nos quedamos con la mitad, ciertamente estaremos incompletos. Cuando el apóstol habla acerca de la salvación completa que efectuó el Señor Jesús, dice: "Porque la ley del Espíritu de vida me ha librado en Cristo Jesús de la ley del *pecado* y de la *muerte"* (8:2). Puede ser que hayamos tenido mucha experiencia en vencer el pecado, pero ¿en qué medida hemos experimentado vencer la muerte?

Puesto que la vida increada de Dios entró en nuestro espíritu cuando creímos en el Señor y recibimos la regeneración, tenemos una pequeña experiencia de vencer la muerte. Pero ¿es ésta la única experiencia que podemos tener? ¿Hasta qué punto puede la vida vencer la muerte? Es cierto que la mayoría de los creyentes no ha experimentado victoria sobre la muerte al grado que Dios desea. Debemos admitir que la muerte opera más fuertemente en nosotros que la vida. Por lo tanto, debemos prestar igual atención al pecado y a la muerte así como Dios lo hace. Debemos vencer la muerte de la misma forma en que vencemos el pecado.

Puesto que Cristo venció la muerte, los creyentes no deben resignarse a que *tienen que morir,* aunque *posiblemente* mueran. Del mismo modo, puesto que Cristo condenó el pecado en la carne, los creyentes no *tienen que* seguir pecando, aunque *es posible* que todavía pequen. Puesto que la meta del creyente es ser libre del pecado, también debe tener como meta ser libre de la muerte. El debe entender que por causa de la muerte y la resurrección de Cristo, su relación con la muerte es la misma que su relación con el pecado. Estas cosas ya fueron vencidas completamente en Cristo; por eso, Dios lo llama ahora a que las venza en su experiencia. Pensamos que como Cristo venció la muerte por nosotros, no tenemos que hacer nada. Pero si ése fuera el caso, no podríamos testificar de la victoria del

Señor en nuestra experiencia. Sin la muerte de Cristo en el Calvario, no tendríamos ninguna base para la victoria. Pero esperar pasivamente que la naturaleza tome su curso tampoco nos conduce a vencer. Nosotros no vencemos el pecado de esta manera; tampoco es así como vencemos la muerte. Dios desea que nos apropiemos de la realidad de vencer la muerte; es decir, que por la muerte de Cristo, podamos vencer la muerte en nosotros de una manera práctica. Ya hemos vencido muchas tentaciones, la carne, el mundo y a Satanás; ahora debemos levantarnos para derrotar el poder de la muerte.

Puesto que debemos resistir la muerte de la misma forma que resistimos el pecado, nuestra actitud hacia la muerte debe cambiar radicalmente. Puesto que la muerte es la herencia común de todos los hombres caídos, por naturaleza tenemos la tendencia a someternos a ella. Los creyentes no han aprendido a oponérsele. Toda la humanidad va rumbo a la tumba sin ofrecer resistencia. Aunque sabemos que la segunda venida del Señor está muy cercana y que no todos morirán debido al arrebatamiento, en nuestra experiencia diaria, la mayoría de nosotros todavía espera la muerte. Cuando la justicia de Dios opera en nosotros, de manera espontánea odiamos el pecado, pero no hemos permitido que la vida de Dios opere en nosotros a tal grado que odiemos la muerte.

Para vencer la muerte el creyente debe dejar su actitud sumisa y adoptar actitud reacia a la muerte. A menos que el creyente ponga fin a esa *pasividad*, jamás vencerá la muerte y, por el contrario, será constantemente asediado por ella y terminará entre las tumbas de aquellos que mueren prematuramente. La mayoría de los creyentes confunde la fe con la pasividad, pues piensan que le entregaron todo a Dios, que si no es el momento de morir, El indiscutiblemente los librará de la muerte; pero si deben morir, nada hará que Dios cambie aquello. Ellos simplemente aceptan que la voluntad de Dios se haga en todo. Tal actitud parece correcta, ¿pero es eso fe? En realidad, es simplemente una pasividad que surge de una actitud perezosa. Cuando *no conocemos* la voluntad de Dios, debemos decir, como el Señor dijo: "No sea como Yo quiero sino como Tú" (Mt. 26:39). Esto no significa que no tengamos que clamar a Dios *de manera específica*, presentándole nuestras peticiones. No debemos rendirnos pasivamente a la muerte; Dios desea que trabajemos activamente con Su voluntad. A menos que *sepamoscon certeza* que *Dios desea* que muramos, no debemos permitir pasivamente que la muerte nos oprima. Por el contrario, debemos trabajar de manera activa juntamente con la voluntad de Dios para resistirla y rechazarla.

Nosotros no tenemos una actitud pasiva con respecto al pecado, así que ¿por qué tenemos tal actitud con respecto a la muerte? La Biblia considera la muerte nuestro enemigo (1 Co. 15:26). Por lo tanto, debemos estar resueltos a luchar contra ella y vencerla. Puesto que el Señor Jesús la enfrentó y la venció por nosotros, El desea que cada uno de nosotros la venza en su vida presente. No debemos pedirle a Dios que nos conceda el poder para soportar el poder de la muerte, sino pedirle la fuerza para vencer su autoridad.

Puesto que la muerte proviene del pecado, nuestra liberación de la muerte se basa en el hecho de que el Señor Jesús murió por nosotros y nos salvó del pecado. Su redención se relaciona profundamente con la muerte. Hebreos 2:14-15 dice: "Así que, por cuanto los hijos son participantes de sangre y carne, de igual manera El participó también de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tiene el imperio de la muerte, esto es, al

diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a esclavitud". La cruz es la base sobre la cual vencemos la muerte.

Satanás tiene el imperio de la muerte porque tiene el pecado, el cual es su base. "Por tanto, como el pecado entró en el mundo por medio de un hombre, y *por medio del pecado* la muerte; y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron" (Ro. 5:12). Pero el mismo Señor Jesús entró en la esfera de la muerte y por medio de Su redención abolió Su aguijón, el pecado, así que Satanás ha perdido su dominio. Por la muerte de Cristo, el pecado no sólo perdió su efecto, sino que la muerte también perdió su poder. Por eso, debemos quebrantar el poder de la muerte por medio de la muerte de Cristo y apropiarnos de todo lo que El logró en el Calvario para que todo nuestro ser quede libre del asedio de la muerte.

Hay tres maneras en que los creyentes vencen la muerte: (1) creyendo que no morirán antes de que acaben Su obra; (2) creyendo que el aguijón de la muerte fue quitado, para que si mueren, no haya nada qué temer; y (3) creyendo que serán totalmente librados de la muerte debido a la segunda venida del Señor y al arrebatamiento. Estudiemos cada una de ellas.

MORIR DESPUES DE CULMINAR NUESTRA OBRA

A menos que el creyente sepa con certeza que ya concluyó su obra y que el Señor no necesita que permanezca en esta tierra, no debe morir; es decir, siempre debe resistir la muerte. Si los síntomas de la muerte han ido penetrando gradualmente en su cuerpo y sabe que no ha terminado la carrera, debe rechazar estos síntomas y rehusarse a morir. También debe creer que el Señor sustentará su resistencia debido a que todavía le tiene trabajo asignado. Por consiguiente, si no hemos terminado la obra que se nos encomendó, podemos estar tranquilos y creer aunque nuestro cuerpo pueda estar asediado por el peligro, mientras laboremos y luchemos juntamente con el Señor, El absorberá nuestra muerte con Su vida.

El Señor Jesús resistió la muerte. Cuando lo quisieron arrojar desde un precipicio: "El pasó en medio de ellos y se fue" (Lc. 4:29-30). En otra ocasión, "andaba Jesús en Galilea; pues no quería andar en Judea, porque los judíos procuraban matarle" (Jn. 7:1). Y en otra ocasión, "tomaron ... piedras para arrojárselas; pero Jesús se escondió y salió del templo y se fue" (8:59). El resistió la muerte reiteradas veces porque Su hora no había llegado. El sabía que había una hora definida para que el Mesías fuera cortado; El no podía morir antes del tiempo que Dios había señalado, ni podía morir en ningún otro lugar que no fuera el Calvario. Nosotros tampoco debemos morir antes de nuestra hora.

El apóstol Pablo también tuvo muchas experiencias de resistir la muerte. Los poderes de las tinieblas hicieron lo posible porque muriera antes de tiempo, pero él los venció en todos los casos. En cierta ocasión estando en la cárcel y en gran peligro, dijo: "Mas si el vivir en la carne resulta para mí en una labor fructífera, no sé entonces qué escogeré. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, pues esto es muchísimo mejor, pero quedar en la carne es más provechoso por causa de vosotros. Y confiando en esto, sé que quedaré, y aún permaneceré" (Fil. 1:22-25). El no le temía a la muerte; puesto que no había acabado la obra que se le había encomendado, él confiaba en

que Dios no permitiría que muriera. Así venció la muerte. Más adelante, cuando estaba seguro de que había peleado la buena batalla, acabado la carrera y guardado la fe, concluyó que el tiempo de su partida estaba cercano (2 Ti. 4:6-7). Mientras sepamos que no hemos terminado nuestra carrera, no debemos morir.

No sólo Pablo actuó de esta manera; Pedro también obró así. El sabía cuándo partiría del mundo. "Sabiendo que pronto será quitado mi tabernáculo, como también me lo ha declarado nuestro Señor Jesucristo" (2 P. 1:14). Es un error pensar que nuestra muerte es inminente sólo por las circunstancias o por nuestra salud, sin tener una indicación específica de parte del Señor. Así como vivimos para el Señor, morimos para El. Por esa razón, debemos resistir cualquier llamado de la muerte que no provenga del Señor.

Al leer el Antiguo Testamento vemos que todos los antepasados murieron "llenos de días". ¿Qué significa estar lleno de días? Significa que vivieron plenamente los días que Dios les había asignado. Dios nos asigna un número específico de años (Jos. 21) a cada uno de nosotros. Si no vivimos hasta ese momento, no hemos vencido la muerte. Pero ¿cómo sabemos cuántos años nos ha señalado Dios? La Biblia nos da un número *general:* "Los días de nuestra edad son setenta años; y ... en los más robustos son ochenta años" (Sal. 90:10). No queremos decir que todos deben vivir por lo menos setenta años, ya que el hombre no puede violar lo que Dios dispuso para él. Pero si no tenemos indicaciones específicas de un período más corto, debemos tomar ese número como la norma y resistir cualquier muerte que nos pueda llegar prematuramente. Si permanecemos firmes en la Palabra de Dios, veremos que la victoria es nuestra.

LIBRES DEL TEMOR DE LA MUERTE

Basándonos en lo que acabamos de decir acerca de vencer la muerte, no nos referimos necesariamente a que nuestro cuerpo jamás morirá. Aunque creemos que *"no todos* dormiremos" (1 Co. 15:51), afirmar que no moriremos sería demasiado supersticioso. Puesto que la Biblia toma setenta años como una medida general para la vida humana, podemos tener la esperanza de vivir ese tiempo si tenemos fe. Pero no debemos pensar que somos inmortales por el hecho de tener al Señor Jesús como nuestra vida. Sabemos que Dios con frecuencia permite excepciones; algunos mueren antes de los setenta. Nuestra fe sólo puede pedirle a Dios que no muramos antes de que nuestra obra sea terminada. Sea que vivamos un tiempo corto o largo, no debemos perecer como pecadores a la mitad de nuestros días. Nuestra vida debe ser lo suficientemente larga como para completar nuestra obra. Entonces, cuando llegue el final, podremos partir de esta tierra en paz por la gracia de Dios, de una manera que sea tan natural como cuando cae del árbol una fruta plenamente madura. Job describe esta clase de muerte, como "la gavilla de trigo que se recoge en su tiempo" (5:26).

Vencer la muerte no significa necesariamente no pasar por ella, porque Dios quiere que algunos la venzan en resurrección así como el Señor Jesús. De todos modos, aunque un creyente pase por la muerte, así como lo hizo el Señor Jesús, no debe *temer* a la muerte. Si el creyente se esfuerza por vencer la muerte simplemente porque le teme y la detesta, ya fue derrotado. ¿Cómo puede esperar vencer? El Señor puede decidir completamente salvarnos de la muerte llevándonos vivos a los cielos, pero no debemos pedirle que regrese pronto por

temor de la muerte. Ese temor es un síntoma de que la muerte ya nos derrotó. Inclusive si morimos, será como pasar de un cuarto a otro. No hay necesidad de sentir dolor ni ansiedad ni temor exagerados.

Anteriormente, por el temor de la muerte estábamos durante toda la vida sujetos a esclavitud (He. 2:15), pero el Señor Jesús nos libró para que ya no temamos. El dolor, la oscuridad y la soledad de la muerte no nos amedrentan. Cuando el apóstol tuvo la experiencia de vencer la muerte dijo: "Porque para mí ... el morir es ganancia ... teniendo deseo de partir y estar con Cristo, pues esto es muchísimo mejor" (Fil. 1:21,23). He aquí una actitud completamente libre de temor. Esta es una verdadera victoria sobre la muerte.

ARREBATADOS VIVOS

Ser arrebatados vivos es la última manera para vencer la muerte. Cuando el Señor Jesús regrese, muchos creyentes serán arrebatados vivos, como se nos enseña en 1 Corintios 15:51-52 y en 1 Tesalonicenses. 4:14-16. No se sabe el día en que el Señor vendrá. El pudo haber regresado en cualquier momento durante estos últimos dos mil años. Los creyentes tienen la esperanza de ser arrebatados vivos en cualquier momento y así no pasar por la muerte. El día de la segunda venida del Señor Jesús está mucho más cerca hoy que antes. Por consiguiente, los creyentes hoy tienen más esperanzas de ser arrebatados que los de generaciones pasadas. No queremos decir mucho aquí, pero sí podemos decir algo con seguridad: *Si* el Señor Jesús regresara en esta generación, *seríamos* arrebatados vivos. En tal caso, *debemos* vencer la muerte no permitiendo que muramos antes de ese tiempo para poder ser arrebatados vivos. Según la profecía bíblica, habrá un grupo de creyentes que serán arrebatados sin pasar por la muerte. Ser arrebatado vivo es otra manera de vencer la muerte. Mientras vivamos en la tierra, no debemos decir que no seremos parte de ese grupo. Por lo tanto, debemos prepararnos para vencer la muerte completamente.

Creer que no moriremos físicamente no es una superstición, puesto que la Biblia nos ofrece esta esperanza. Tal vez muramos, pero no es indispensable que muramos. El Señor nos enseña claramente: "El que come Mi carne y bebe Mi sangre, tiene vida eterna, y Yo le *resucitaré* en el día postrero" (Jn. 6:54). Pero también dice: "Este es el pan que descendió del cielo; no como el que comieron vuestros padres, y *murieron;* el que come de éste pan, vivirá *eternamente"* (v. 58). El da a entender que entre Sus creyentes algunos morirán y serán resucitados, mientras que otros no pasarán por la muerte en absoluto. El Señor Jesús expresó esta idea más claramente cuando murió Lázaro: "Yo soy la resurrección y la vida; él que cree en Mí, aunque esté muerto vivirá. Y todo aquel que cree en Mí, no morirá eternamente" (Jn. 11:25-26). El Señor Jesús no sólo es la resurrección, sino también la vida. Casi todos nosotros creemos que El es la resurrección pero olvidamos que también es la vida. Sólo sabemos que en el futuro El nos resucitará, pero olvidamos que mientras vivimos El desea ser nuestra vida y salvarnos de morir. El Señor Jesús nos habla de estas dos clases de obra, pero nosotros sólo creemos en una de ellas. El dijo: "El que cree en Mí, aunque esté muerto vivirá". Esto es lo que los creyentes de estos dos mil años han de experimentar. Pero también dijo que habrá un grupo de personas que viven y creen en El, quienes no morirán eternamente. No sabemos cuántos millares de personas han creído en Dios y ya han muerto, pero la Palabra de Dios dice que algunos no morirán eternamente; o sea que algunos no serán resucitados, ya que *no morirán eternamente.* No tenemos ninguna base

para decir que debemos morir primero y luego ser resucitados. Puesto que la segunda venida del Señor Jesús ya está cerca, ¿por qué hemos de morir antes de ese día y esperar la resurrección? ¿Por qué no poner nuestros ojos en El para que nos arrebate en Su segunda venida y podamos ser totalmente librados del poder de la muerte?

El Señor nos dice que El no sólo es la resurrección para muchos, sino también la vida para algunos. Aunque es maravilloso ser resucitado de entre los muertos como le sucedió a Lázaro, ello no significa que aparte de la resurrección, no exista otra manera de vencer la muerte. El Señor dijo que hay otro camino para no morir eternamente. Antes, estábamos destinados a caer en el tenebroso valle de muerte, pero Dios construyó un "puente" que nos da acceso a los cielos directamente. Este puente es el arrebatamiento.

Si algunos desean ser arrebatados y el tiempo del arrebatamiento está muy cercano, entonces Dios querrá que aprendan a vencer la muerte para que estén entre los que serán arrebatados vivos. Antes del arrebatamiento, el último enemigo en ser vencido es la muerte. El Señor Jesús venció plenamente la muerte en la cruz, pero Dios desea que la iglesia experimente esa victoria. Percibimos que estamos al final de este siglo y que antes de nuestro arrebatamiento el Espíritu Santo nos guía a pelear la última batalla, la batalla contra la muerte.

Satanás sabe que le queda poco tiempo y hace todo lo posible por impedir que los creyentes sean arrebatados. Como resultado, los hijos de Dios hoy experimentan muchos ataques físicos, por lo cual llegan a acostumbrarse a respirar la atmósfera de la muerte y pierden la esperanza de ser arrebatados vivos. Los creyentes no saben que eso es el desafío del enemigo para impedir que sean arrebatados. Si el creyente ha recibido el llamado a esperar el arrebatamiento, espontáneamente desarrollará un espíritu de lucha contra la muerte, y en su espíritu sentirá que la muerte es un estorbo para ser arrebatado y, por ende, debe vencerla.

El diablo ha sido homicida desde el principio (Jn. 8:44). Su obra consiste en matar. La meta de lo que Satanás hace en los creyentes es causarles la muerte. Al final de los tiempos atacará a los hijos de Dios de una manera especial, tratando de desgastarlos (Dn. 7:25). Si puede añadir algo de ansiedad al espíritu del creyente, algo más de temor y de preocupaciones en su mente, haciendo que tenga insomnio una noche, que pierda el apetito o que en otras ocasiones trabaje más de la cuenta, habrá tenido éxito en iniciar una invasión de muerte. Aunque una gota de agua sea indefensa, un continuo goteo durante un largo periodo puede desgastar una roca. Sabiendo esto, Satanás se vale de pequeñas preocupaciones, ansiedades y descuidos para desgastar a los santos.

En otras ocasiones Satanás ataca directamente a los creyentes y les causa la muerte. En realidad, muchos ataques semejantes han ocurrido, pero los creyentes no los reconocen como tales. Algunas veces el ataque simplemente viene como un resfriado, una insolación, insomnio, fatiga o pérdida del apetito. Algunas veces puede ser lascivia, ira, envidia o deseo de placer. No conociendo el poder homicida que viene con estos ataques, los creyentes no obtienen una victoria perfecta. Si reconocieran dichos ataques y los resistieran así como resisten a la muerte, vencerían. Puesto que ellos no tienen suficiente conocimiento como para entender el verdadero significado de estas experiencias, las atribuyen a su edad o

a otros factores, sin comprender que el enemigo los ataca tratando de inyectarles muerte debido a que el arrebatamiento está tan próximo.

El Señor Jesús regresará pronto; por consiguiente, debemos pelear una batalla sin tregua contra la muerte. De la misma manera que luchamos contra el pecado, el mundo y Satanás, debemos luchar contra la muerte. No sólo debemos esforzarnos por vencer, sino también por asirnos de la victoria. En todo aspecto debemos asirnos firmemente a la obra de Cristo de vencer la muerte. Si examinamos nuestra experiencia y le pedimos a Dios que nos ilumine, veremos las numerosas ocasiones en que hemos sido atacados por la muerte sin darnos cuenta. Estos ataques se debían a otras cosas y, pensando así, no los confrontamos. Si los hubiéramos reconocido como ataques de la muerte, Dios nos habría dado el poder para vencerlos. Con frecuencia parece que pasáramos por puentes rotos y por calles destrozadas, y es como si todo lo que nos rodea nos diera a entender que estamos próximos a morir, pero no *podemos morir,* o a veces hasta perdemos la esperanza de vivir, pero *no podemos morir.* ¿Por qué habríamos de morir ahora? En años recientes, los hijos de Dios han tenido muchas experiencias de luchar por sus vidas, lo cual es extremadamente doloroso y, sin embargo, perciben que no pueden morir. Parece que dijeran que no quieren morir. ¿Qué es todo esto? Son los ataques de la muerte para impedirnos ser arrebatados. Dios nos guía a pelear nuestra última batalla en contra de la muerte antes de ser arrebatados.

Debemos aplicar la victoria de Cristo para cerrar la puerta del Hades. Debemos estar firmes y rechazar todo poder que la muerte tenga sobre nosotros. Rechacemos todo lo que tenga el elemento de muerte. Apliquemos esta visión a toda enfermedad, a toda debilidad y a todo dolor. En ese momento el cuerpo quizás no sienta nada, pero la muerte ya habrá hecho su obra. Toda aflicción en el espíritu y toda tristeza en el alma trae muerte. Dios ahora nos llama a ser arrebatados; por consiguiente, todo lo que estorbe el arrebatamiento, debe ser destruido.

Dios pone a Sus hijos en diferentes circunstancias donde los despoja de su fuerza y de aquello de lo que dependen, para que ellos pongan sus vidas en Sus manos y se sostengan por el hilo de fe. De no ser así, no tendrían esperanza de vivir. Hay momentos cuando parece no haber otro camino que clamar: "Señor manténme vivo". La batalla hoy es una batalla entre la vida y la muerte.

Los espíritus malignos y homicidas trabajan en todas partes hoy. Si los creyentes no adoptan una posición firme contra ellos y oran, caerán. Si uno sigue siendo tan pasivo como antes, ciertamente morirá. Uno puede decir: "Señor, hazme vencer la muerte". Pero el Señor le dirá: "Si tomas una posición firme contra la muerte, Yo haré que la venzas". La oración sola no surtirá tanto efecto si no resistimos la muerte con nuestra voluntad. Debemos decir: "Señor, puesto que Tú venciste la muerte, rechazo todos sus ataques. Estoy decidido a vencer ahora mismo. Señor, concédeme victoria sobre la muerte". El Señor desea que nosotros venzamos la muerte. Tomemos la promesa que Dios nos dio. Oremos pidiendo ser librados de la muerte y creamos que nada puede hacernos daño. No aceptemos la idea de que la muerte puede afectarnos. Por ejemplo, si nos encontramos en una región infectada por alguna enfermedad, debemos rechazar las enfermedades y prohibairles que se nos acerquen. No permitamos que la muerte nos ataque valiéndose de la enfermedad.

No debemos esperar pasivamente a la venida del Señor pensando que de todos modos seremos arrebatados. Debemos estar preparados. Ser arrebatados, igual que cualquier otro asunto, requiere que la iglesia de Dios coopere con El. La fe no deja que las cosas tomen su propio curso. La muerte debe ser resistida con determinación. De igual manera, el arrebatamiento debe tomarse con decisión. La fe es indispensable, pero no significa que podamos abandonar pasivamente la responsabilidad. Si teóricamente aceptamos el hecho de que podemos ser completamente librados de la muerte, pero nos rendimos pasivamente a su poder, de nada nos sirve.

EL PECADO DE MUERTE

La Biblia dice que hay cierta clase de pecado llamado pecado de muerte (1 Jn. 5:16) que los creyentes pueden cometer. La "muerte" a la que se alude aquí no se refiere a la muerte espiritual, porque la vida eterna de Dios nunca muere; tampoco se refiere a la segunda muerte, porque las ovejas del Señor no perecerán jamás. Esta muerte es una muerte física.

Necesitamos examinar de manera específica lo que es este pecado de muerte para quienes esperamos el arrebatamiento sepamos tener cuidado para que nuestra carne no se corrompa por cometer tal pecado y para que no perdamos la bendición de ser arrebatados vivos. Si el Señor retrasa Su venida, y tenemos que pasar por la muerte, nuestra liberación de este pecado nos mantendrá vivos hasta que estemos llenos de días y terminemos la labor que el Señor nos encomendó. Debido a la negligencia, los días de algunos hijos de Dios se han acortado en la tierra, y ellos han perdido sus coronas. Muchos obreros estarían trabajando para el Señor hoy si hubiesen prestado atención a este asunto.

La Biblia no nos dice explícitamente qué clase de pecado es el pecado de muerte, pero es obvio que tal pecado existe. Según lo que la Biblia describe de las experiencias de los creyentes, sabemos que este pecado varía según las personas. Para algunos, cierto pecado puede ser un pecado de muerte, mientras que para otro puede no serlo. Esto depende de la medida de gracia recibida, de la luz obtenida y de la posición que cada creyente adopte.

Aunque la Biblia no dice qué clase de pecado es éste, sabemos que cualquiera que muera por haber cometido un pecado, cometió un pecado de muerte. Los hijos de Israel cometieron un pecado de éstos en Cades (Nm. 13:25—14:12). Aunque habían tentado al Señor diez veces antes (14:22), El los toleró. Pero en esta ocasión, El hizo que sus cuerpos cayeran en el desierto aunque los perdonó por rehusarse a entrar en Canaán (v. 32).

Por hablar precipitadamente junto a las aguas del Meriba (Sal. 106:33) Moisés murió fuera de la tierra de Canaán. No se le permitió entrar en la tierra. Este fue su pecado de muerte. Aarón cometió el mismo tipo de pecado que Moisés y tampoco pudo entrar a la tierra santa (Nm. 20:24). El varón de Dios que viajó de Judá a Bet-el cometió el pecado de muerte al desobedecer al mandamiento de Dios en cuanto a la comida (1 R. 13:21-22). En el Nuevo Testamento, Ananías y Safira fueron castigados con la muerte porque cometieron un pecado de muerte; ellos sustrajeron parte del dinero de la venta de su heredad y mintieron al Espíritu Santo (Hch. 5). El creyente de Corinto que cohabitó con su madrastra también cometió pecado de muerte. Por eso, el apóstol dijo: "El tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne" (1 Co. 5:5). La Biblia dice que muchos creyentes corintios habían

muerto por participar indignamente del cuerpo y de la sangre del Señor (11:27, 30). También ellos cometieron un pecado de muerte.

Para vencer la muerte debemos vencer continuamente el pecado porque la muerte es consecuencia del pecado. Si deseamos vivir largamente o hasta que el Señor regrese, debemos tener cuidado para no pecar. Muchos creyentes que no fueron prudentes en esto acabaron por ir a la tumba prematuramente. Esto no significa que hubieran cometido un pecado horrendo; el pecado del cual hablamos no es el mismo en todos los casos. La fornicación fue considerado un pecado de muerte entre los corintios, pero las palabras necias de Moisés fueron consideradas un pecado de muerte en su caso. La Biblia nos dice que Moisés era "muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra" (Nm. 12:3). Así que, no podemos pasar ningún pecado por alto.

Estamos en la era de la gracia, y Dios está lleno de gracia; por lo tanto, podemos estar tranquilos. No permitamos que Satanás nos acuse sugiriéndonos que cometimos esta clase de pecado y que, por ende, debemos morir. Aunque la Biblia no nos dice que oremos por otros que han cometido esta clase de pecado, Dios nos perdonará si nos examinamos a nosotros mismos y nos arrepentimos. Muchos piensan que la persona a la que se alude en 2 Corintios 2:6-7 era el que había cohabitado con su madrastra. En 1 Corintios 11:30-32 se nos dice que aunque hayamos cometido un pecado de muerte, podemos ser librados si estamos dispuestos a juzgarnos a nosotros mismos. Por lo tanto, *nunca* debemos *tolerar* ningún pecado para que éste no llegue a ser un pecado de muerte en nuestra vida. Tal vez nuestra carne sea débil, pero no debemos dejar de examinarnos a nosotros mismos. Debemos juzgar nuestro propio pecado y no tolerarlo jamás. En esta vida es imposible alcanzar una perfección inmaculada, pero es indispensable confesar los pecados continuamente y depender de la gracia de Dios. Dios todavía nos perdona. Quienes desean vencer la muerte deben prestar especial atención a esto. "El les dará a conocer la obra de ellos, y que prevalecieron sus rebeliones. Despierta además el oído de ellos para la corrección, y les dice que se conviertan de la iniquidad. Si oyeren y le sirvieren, acabaran sus días en bienestar, y sus años de dicha. Pero si no oyeren, serán pasados a espada, y perecerán sin sabiduría. Mas los hipócritas de corazón atesoran para sí la ira, y no clamarán cuando El los atare. Fallecerá el alma de ellos en su juventud, y su vida entre los sodomitas" (Job 36:9-14).

LAS ENSEÑANZAS DE LOS PROVERBIOS

Proverbios es un libro que trata sobre la conducta diaria de los creyentes; hace mucho énfasis en la manera como ellos pueden preservar sus vidas. Estudiemos esto más detenidamente para saber cómo vencer la muerte.

"Hijo mío, no te olvides de mi ley, y tu corazón guarde mis mandamientos; porque largura de días y años de vida y paz te aumentarán" (3:1-2).

"Porque será medicina a tu cuerpo, y refrigerio para tus huesos" (3:8).

"Retenga tu corazón Mis razones, guarda Mis mandamientos, y vivirás" (4:4).

“Oye, hijo mío, y recibe mis razones, y se te multiplicarán años de vida” (4:10).

“Retén el consejo, no lo dejes; guárdalo, porque eso es tu vida” (4:13).

“Porque son vida a los que las hallan, y medicina a todo su cuerpo” (4:22).

“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (4:23).

“Mas el que comete adulterio es falto de entendimiento; corrompe su alma el que tal hace” (6:32).

“Porque él que me halle [a la sabiduría], hallará la vida, y alcanzará el favor de Jehová” (8:35).

“Porque por mí [por la sabiduría] se aumentarán tus días” (9:11).

“Mas la justicia libra de muerte” (10:2).

“El temor de Jehová aumentará los días; mas los años de los impíos serán acortados” (10:27).

“En el camino de la justicia está la vida; y en sus caminos no hay muerte” (12:28).

“El temor de Jehová es manantial de vida para apartarse de los lazos de la muerte” (14:27).

“El corazón apacible es vida de la carne; mas la envidia es carcoma de los huesos” (14:30).

“El camino de la vida es hacia arriba al entendido, para apartarse del Seol abajo” (15:24).

“El que tiene en poco la disciplina menosprecia su alma” (15:32).

“En la alegría del rostro del rey está la vida” (16:15).

“Su vida guarda el que guarda Su camino” (16:17).

“El que guarda el mandamiento guarda su alma; mas el que menosprecia sus caminos morirá” (19:16).

“El temor de Jehová es para vida” (19:23).

“Amontonar tesoros con lengua mentirosa es aliento fugaz de aquellos que buscan la muerte” (21:6).

“El hombre que se aparta del camino de la sabiduría vendrá a parar en la compañía de los muertos” (21:16).

“El que sigue la justicia y la misericordia hallará la vida” (21:21).

Cuando el Espíritu Santo nos guíe a vencer la muerte, estos versículos cobrarán un significado nuevo para nosotros. Estamos acostumbrados a pensar en la vida como si sólo fuera un término. Pero después de recibir iluminación, la vida de nuestro cuerpo será alargada, si cumplimos las condiciones estipuladas por Dios. Por esta razón, debemos prestar la debida atención a los versículos anteriores. Si no obedecemos estos preceptos, veremos que nuestra vida se nos escapa gradualmente. Por ejemplo, Dios promete: “Honra a tu padre y a tu madre ... para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra” (Ef. 6:2-3). Si desobedecemos este mandamiento, nuestros días se acortarán. Dios desea que obedezcamos Sus palabras, recibamos sabiduría, sigamos la justicia y guardemos nuestros corazones. (La intención del corazón tiene mucho que ver con la vida.) De esta manera, no perderemos la vida. Si deseamos preservar nuestra vida, debemos obedecer.

LOS PODERES DEL SIGLO VENIDERO

En el reino que está por venir el Señor Jesús será el sol de justicia con sanidad en sus alas (Mal. 4:2). Para entonces ningún ciudadano del reino dirá: “Estoy enfermo” (Is. 33:24). Los *creyentes* verán que “cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte para victoria” (1 Co. 15:54). Los creyentes en la edad del reino estarán libres de enfermedades, de debilidades y de muerte, tendrán un cuerpo redimido y aplastarán a Satanás bajo sus pies.

Sin embargo, la Biblia nos dice que podemos ahora tener un anticipo de “los poderes del siglo venidero” (He. 6:5). Aunque nuestro cuerpo todavía no haya sido redimido, podemos gustar por la fe un anticipo de los poderes del siglo venidero no teniendo debilidad ni enfermedad ni muerte. Esta es una experiencia muy profunda, pero si el creyente cumple con las condiciones que Dios exige y cree en las palabras de Dios con todo su corazón, verá que esta clase de experiencia es posible. La fe trasciende el tiempo y puede apropiarse tanto de lo que Dios logró por nosotros en el pasado como de lo que El logrará para nosotros en el futuro.

En 2 Corintios 5 el apóstol habla de la futura transfiguración de nuestro cuerpo: “Porque asimismo los que estamos en éste tabernáculo gemimos abrumados; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quién nos ha dado en arras el Espíritu” (vs. 4-5). La palabra “arras” significa “cuota inicial”, que es un pago parcial con el que se garantiza el pago completo en un futuro. El Espíritu Santo en nosotros es las arras de Dios de que “lo mortal sea absorbido por la vida”. Aunque no hemos experimentado esto en plenitud, podemos experimentarlo en parte porque ya recibimos el pago inicial del Espíritu Santo. La garantía del Espíritu Santo se nos da para que disfrutemos ahora la victoria venidera de la vida.

El apóstol dice explícitamente en 2 Timoteo 1:10: “Nuestro Salvador Cristo Jesús, el cuál anuló la muerte y sacó a la luz la vida y la incorrupción por medio del evangelio”. La vida y la inmortalidad son la posesión común de todos los que reciben el evangelio. Surge,

entonces, la pregunta: ¿En qué medida ha guiado el Espíritu Santo a los creyentes a experimentar esta posesión? La muerte ya fue abolida, y los creyentes han experimentado esto en cierto grado. Pero ahora este siglo está llegando a un final, y con la esperanza inminente del arrebatamiento, el Espíritu Santo exhorta a los creyentes a experimentar más de la herencia que recibieron del evangelio.

Se puede tener un anticipo de los poderes del siglo venidero. Cuando el apóstol dice: "Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo" (1 Co. 15:57), se refiere al *presente* y específicamente a la *muerte*. El habla de vencer la muerte en el futuro, pero no piensa que la experiencia de vencer la muerte sea exclusivamente para el futuro. El dice que podemos vencer ahora por medio del Señor Jesús.

Dios aplica el principio de que lo que desea hacer en una edad, lo hace primero en un grupo relativamente pequeño de personas. Lo que todos experimentarán en el milenio, lo deben experimentar primero los miembros de Cristo en la tierra hoy. En los siglos pasados siempre hubo algunos que gustaron de los poderes del siglo venidero; por consiguiente, la iglesia hoy debe tener mucho más experiencia de la victoria de Cristo sobre la muerte. Dios desea que irrumpamos en la esfera del Hades hoy. El Señor desea que venzamos la muerte por causa de Su cuerpo. Si no vencemos la muerte, nuestra victoria no será completa.

Cada uno de nosotros debe buscar lo que el Señor desea con respecto a nuestro futuro. (No creemos de manera supersticiosa que no moriremos.) Pero si éste es el fin del siglo, si la segunda venida de Cristo no se retrasa más y si ocurre mientras aún estamos vivos, debemos asirnos de la palabra de Dios por la fe y creer que no moriremos sino que permaneceremos vivos para ver el rostro del Señor. Debido a esta esperanza, debemos purificarnos a nosotros mismos como El es puro. Debemos vivir por El continuamente y aplicar Su vida de resurrección a las necesidades de nuestro espíritu, nuestra alma y nuestro cuerpo.

"Por la fe Enoc fue trasladado para no ver muerte" (He. 11:5). Espero que también tengamos la fe de que no moriremos. Espero que podamos creer que la victoria sobre la muerte es una realidad, que el arrebatamiento es verdadero y que el tiempo no se alargará más. "Y antes que fuese trasladado, tuvo testimonio de haber agradado a Dios". ¿Qué diremos de nosotros?

¡Oh, cuán excelente es la gloria que vendrá! ¡Cuán completa es la salvación que Dios nos dio! Este es el momento para que nos levantemos y avancemos. Espero que los cielos nos colmen a tal punto que la carne no tenga terreno y que el mundo no nos distraiga. Anhelo que el amor del Padre esté tanto en nosotros que no tengamos nada más que ver con Su enemigo. Que el Señor Jesús santifique nuestros corazones, y que nosotros no deseemos nada que no sea El mismo. Que el Espíritu Santo produzca en cada creyente una oración que clame: "¡Señor Jesús, ven pronto!"

No moriremos; seremos arrebatados para ver al Señor.
Este es el camino que el Padre nos mostró.

El Espíritu Santo nos enseña esto claramente,
Para que podamos volvernos del mundo al trono.

No moriremos; seremos arrebatados para ver al Señor.
¡Qué gloria será regresar a nuestro hogar celestial!
¡En un abrir y cerrar de ojos seremos transformados,
Y seremos llevados arriba para mirarlo cara a cara!

No moriremos; seremos arrebatados para ver al Señor.
Tal promesa es verdadera y fiel.
Aunque no sabemos el día ni la hora,
Sentimos que la hora se acerca.

No moriremos, por lo tanto, santifiquémonos.
Corta todos lazos con los pecados,
El mundo pasará, y la gloria del cielo aparecerá,
Que podamos vivir nuestros días piadosamente.

¡Seremos arrebatados para ver al Señor en los aires!
Guardemos nuestro espíritu de toda mancha terrenal,
No estamos esperando morir aquí;
Esperamos ser llevados de este mundo.

No moriremos; seremos arrebatados para ver al Señor.
Avancemos por tanto, hasta que el día amanezca.
Perseveremos, para que nadie tome nuestra corona,
Porque pronto, el Señor nos premiará con el trono.

No moriremos; seremos arrebatados para ver al Señor.
Hijos de Dios, ¡qué victoria admirable!
Nuestro espíritu debe decir: "¡Ven Señor! Ven pronto,
Y quédate con nosotros para siempre".